

# ALLENDE

LA BIOGRAFÍA

MARIO AMORÓS



B

# ALLENDE

LA BIOGRAFÍA

MARIO AMORÓS



ALLENDE

La biografía

*Mario Amorós*



1.<sup>a</sup> edición: septiembre 2013

© Mario Amorós, 2013

© Fundación Salvador Allende: fotografías de su archivo cedidas para este libro.

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito legal: B. 23.215-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-598-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Contenido

Portadilla

Créditos

Cita

Dedicatoria

Presentación. Más allá del mito

1. El valor de los Allende

2. La huella libertaria

3. Médico, socialista y masón

4. Ministro del Frente Popular

5. Los años difíciles

6. Un camino único

7. La fuerza del *allendismo*

8. La victoria del miedo

9. En las trincheras de la *guerra fría*

10. La construcción de la Unidad Popular

11. El desafío de 1970

12. El compañero Presidente

13. El tiempo de las cerezas

14. La dignidad de Chile

15. El abismo

16. La burguesía en la escuela de Lenin

17. Las lecciones de marzo

18. La última apuesta

19. Salvador Allende ante la Historia

Apéndice I. Índice de siglas

Apéndice II. Principales personas citadas

Apéndice III. Cronología esencial

Apéndice IV. Candidato presidencial (1952-1970)

Apéndice V. Documentos

Apéndice VI. Mapas  
Fuentes, bibliografía y testimonios  
Ilustraciones

La memoria del hombre honrado y virtuoso  
no muere en el corazón de sus conciudadanos,  
la muerte es impotente para borrar el recuerdo...

Dr. RAMÓN ALLENDE PADÍN  
Valparaíso, 25 de febrero de 1872

*A la memoria de Francisco Amorós Ribelles, mi padre*

## Presentación

### Más allá del mito

El 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende se convirtió en un mito del siglo xx. Las estremecedoras imágenes del bombardeo de La Moneda, la belleza casi poética y el dramatismo de sus últimas palabras a través de Radio Magallanes, su muerte en defensa de un siglo y medio de desarrollo democrático de Chile y del proyecto revolucionario al que consagró toda su vida y la ominosa dictadura militar que se instaló en el país otorgaron a su nombre una dimensión universal. Hoy está inscrito en avenidas, plazas, calles, colegios, hospitales, auditorios, puertos, centros culturales, asociaciones, cátedras universitarias, equipos de fútbol o comunidades indígenas de decenas de países. Es sinónimo de valores como democracia, justicia social, pluralismo, derechos humanos, libertad, socialismo.

Pero Salvador Allende es un mito atrapado aún entre las llamas de La Moneda. Cada 11 de septiembre el eco imperecedero de su esperanzadora apelación postrera a las Grandes Alamedas retorna desde el fondo de la Historia. Vuelve a resplandecer su heroica resistencia, casi inerme, junto con un grupo de escoltas, funcionarios, médicos, colaboradores y dirigentes políticos ante la traición de los generales golpistas y la abyecta conducta de sus instigadores civiles. No obstante, la evocación casi exclusiva de su sacrificio ha terminado por oscurecer su labor como Presidente de la República y ha condenado al olvido su singular compromiso político a lo largo de las cuatro décadas centrales del siglo pasado, que siempre puso el acento en la superación del capitalismo, en la construcción del socialismo con pleno respeto al pluralismo, los derechos humanos y las libertades democráticas. Allende es un gran desconocido. Incluso en Chile, donde aún resiste la mitología construida por la dictadura militar y sus apologistas para legitimar el golpe de Estado.

Esta biografía traza de manera minuciosa su trayectoria política y perfila su semblanza humana. Desde la historia familiar, unida al nacimiento de la

República, a la formación de su conciencia revolucionaria. Desde los estudios de Medicina y la participación en las luchas universitarias al ejercicio de su profesión en Valparaíso en los años treinta y su protagonismo en la fundación y expansión del Partido Socialista. Desde su labor como diputado y ministro de Salubridad a su preocupación como senador durante un cuarto de siglo por la aprobación y desarrollo de las leyes sociales que favorecían a las clases populares. Desde las cuatro campañas presidenciales a los *mil días* de la Unidad Popular. Desde los tiempos en que el Chicho era mimado por doña Laura Gossens y su *nana*, la «mamá Rosa», en su infancia en Tacna a aquel negro 11 de septiembre de 1973. Desde el contexto internacional y sus viajes por el mundo a los largos recorridos por su país, de Arica a los confines de Magallanes.

La investigación se nutre de 18 años de estudio y atención a la historia de Chile en el siglo xx. A diferencia de un trabajo anterior publicado en 2008 en España, para su preparación he podido desarrollar un exhaustivo trabajo en varios archivos chilenos. He visitado dos centros de documentación estatales: el Archivo Nacional (ubicado en el imponente edificio de la Biblioteca Nacional, en la Alameda de Santiago) y el novísimo Archivo Nacional de la Administración (ARNAD). En el primer caso, ha sido un privilegio revisar el fondo documental de Orlando Letelier, principalmente los *papeles* que produjo como embajador en Estados Unidos entre marzo de 1971 y mayo de 1973, pero también me conmovió poder acariciar objetos tan personales como su agenda de teléfonos. En el ARNAD pude ver algunos volúmenes del periodo de Allende como ministro (1939-1942).

También me he dirigido a los archivos de dos de los colegios donde cursó sus estudios: el Instituto Nacional, en Santiago, y el Liceo Eduardo de la Barra en Valparaíso. Para su etapa como alumno de la Universidad de Chile acudí al Museo Nacional de Medicina. Respecto a su ingreso en la masonería, gracias al periodista Juan Gonzalo Rocha he tenido acceso a los documentos más relevantes de su incorporación a la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso en 1935. Acerca de su relegación en Caldera, que ante la confusión existente en la bibliografía creo haber logrado situar en 1936, he tenido la ayuda de dos historiadores locales: Vidal Naveas y Eduardo Bown. También he podido trabajar en la biblioteca del Colegio Médico, que presidió entre 1950 y 1952. Por supuesto, estudié la documentación que se conserva en la Fundación Salvador Allende y un último archivo muy relevante ha sido el de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva, instalada en el que fue hogar del Presidente de Chile entre 1964 y

1970. A lo largo del libro dejo constancia de estas pesquisas y de mi gratitud a los responsables de cada uno de estos centros.

La gran cantidad de referencias halladas en la prensa de la época ha sido imprescindible para profundizar en la trayectoria política y penetrar en los rasgos de la personalidad de Allende. Me faltan palabras para agradecer a los profesionales de las secciones de Periódicos y Revistas y del Salón de Investigadores de la Biblioteca Nacional de Chile su amable atención, su paciencia y su ayuda. Deseo dejar también constancia de mi reconocimiento a la periodista Lucía Sepúlveda Ruiz y al historiador Carlos Sandoval Ambiado, quienes a principios de 2013 localizaron algunos documentos y textos que requerí a última hora para completar la información. En total, esta biografía cita 54 medios de comunicación chilenos, desde las publicaciones anarquistas y socialistas del primer tercio del siglo XX a los diarios digitales actuales, desde *El Mercurio de Valparaíso* del siglo XIX a las grandes cabeceras del largo periodo que comprende su acción política. También menciona artículos de 23 publicaciones de otros países, tan dispares como el diario soviético *Pravda*, las revistas *Time* (Estados Unidos) o *Bohemia* (Cuba), el bonaerense *La Opinión* o el francés *Le Monde*, además de los principales periódicos españoles.

Asimismo, he tenido acceso en el archivo del Servicio Electoral a los resultados oficiales de las cinco elecciones parlamentarias y cuatro presidenciales en las que fue candidato. Y he obtenido dos documentos muy importantes procedentes de los archivos nacionales de Brasil y Suecia (ambos reproducidos en el Apéndice V) y copias parciales de dos números de *Bohemia* en la Biblioteca Nacional de Cuba.

Una última base documental relevante, en este caso para reconstruir lo sucedido en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, ha sido la causa rol 77-2011 que ha instruido Mario Carroza, magistrado de la Corte de Apelaciones de Santiago. La exhumación de los restos del Presidente Allende y su análisis científico por especialistas de prestigio internacional confirmaron en julio de 2011 su suicidio, su muerte inducida por el golpe de Estado. He podido revisar las 2.490 fojas de este sumario judicial, que contiene detalles hasta ahora desconocidos del último día de Allende, entre otros, algunos indicios potentes sobre la identidad de los dos pilotos que bombardearon La Moneda.

Los testimonios complementan todas estas fuentes escritas. En noviembre de 2012, durante mi última estancia en Santiago de Chile, entrevisté a nueve personas especialmente significativas a quienes agradezco el relato de sus

valiosos recuerdos: Víctor Pey, Andrés Pascal Allende, Osvaldo Puccio Huidobro, Patricia Espejo, Ángela Jeria, Virginia Vidal, Jaques Chonchol, Miguel Lawner y Jorge Insunza. En Madrid, he podido conversar (en realidad lo vengo haciendo desde hace muchos años) con el doctor Óscar Soto, médico personal del Presidente. He recurrido también a mi archivo de entrevistas sobre Chile (construido desde la primera que hice a Carmen Soria en agosto de 1996) para incluir seis voces más: las de Victoria Morales y su hija Carolina Tohá, Isabel Morel, Manuel Cortés, Pablo Zepeda y José Balmes.

Además, numerosos protagonistas de la época de Allende han relatado sus recuerdos en obras autobiográficas que he consultado dentro de una bibliografía de 250 títulos o en la prensa. Estos recursos han sido esenciales para perfilar el lado más personal del biografado: la relación con su familia, sus amistades, sus gustos gastronómicos, su sentido del humor, sus distracciones favoritas, sus costumbres y hábitos cotidianos. Ahora bien, quisiera precisar que esta obra no se adentra en los aspectos más recónditos de su vida privada, un *territorio* ya explorado de manera elegante y respetuosa por Eduardo Labarca. Tampoco incursiona, más allá de su ingreso en 1935, en su filiación masónica, recuperada y documentada de modo brillante por Juan Gonzalo Rocha.

La parte final comprende varias «herramientas» para ayudar a la lectura (un índice de siglas, una cronología, varios mapas y una relación de las personas citadas más relevantes), además de un apéndice estadístico que sistematiza los resultados de sus cuatro elecciones presidenciales y dos apartados de documentos y fotografías. La selección documental incluye 35 textos nunca antes publicados en un libro, ni siquiera en las numerosas obras que han seleccionado la producción escrita de Allende. La mayoría se reproducen o transcriben por primera vez. Algunos se refieren a sus estudios, como la solicitud de ingreso en el Instituto Nacional suscrita por su padre en mayo de 1919, el certificado de un examen de Historia y Geografía del Liceo Eduardo de la Barra o la portada del resumen de su tesina de licenciatura. Otros poseen un gran valor, como el informe realizado para la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso, que ofrece algunos datos biográficos hasta ahora desconocidos, o la firma del proyecto de reforma de la importantísima Ley 4.054 en junio de 1941. Algunos tienen el carácter de «curiosidad histórica», como el obituario de su padre, el certificado del servicio militar o la simpática nota manuscrita que dirigió a Eduardo Frei en julio de 1964, a ocho semanas de la elección que les enfrentó. Seis documentos se refieren a sus sucesivas candidaturas presidenciales; otros, como la bella carta

que dirigió a los sobrinos de su amigo Víctor Pey, permiten apreciar su letra... sin duda la propia de un médico.

También recoge textos inéditos para reexaminar algunos de los aspectos políticos centrales de aquel tiempo, relativos a las negociaciones con el Partido Demócrata Cristiano (PDC) en septiembre y octubre de 1970, el discurso del Presidente Richard Nixon en la presentación de las cartas credenciales de Orlando Letelier y por primera vez se reproduce de manera íntegra la carta original que el 23 de agosto de 1973 el general Carlos Prats dirigió al Presidente Allende para comunicarle su dimisión, abriendo paso al ascenso de Augusto Pinochet a la jefatura del Ejército.

Otros dos documentos llamarán la atención del lector. Uno de ellos era absolutamente desconocido hasta ahora, jamás ha sido citado: el discurso que Salvador Allende pronunció en el homenaje a Stalin celebrado el 15 de marzo de 1953, diez días después de su muerte, en el Teatro Baquedano de Santiago. El otro es el artículo que publicó en *Pravda* el 11 de agosto de 1954 (citado parcialmente por Lavretski en 1978 y Labarca en 2007), que se publica íntegramente por primera vez junto a la imagen original de la página del mítico diario soviético.

El libro incluye, además, una amplia selección de fotografías procedentes principalmente del archivo de la Fundación Salvador Allende y de la familia Puccio Huidobro, a quienes agradezco la gentileza de su cesión.

Descubrí a Salvador Allende en 1993, cuando en un hermoso cartel leí sus últimas palabras («Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse...»). Después, en la biblioteca de mi padre hallé un opúsculo con el programa de la Unidad Popular y algunos de sus discursos. Ahí nació mi cercanía con este país, cimentada por los viajes, las entrevistas, los libros, los amigos, los proyectos, los afectos.

El 6 de agosto de 1997 asistí a una conferencia sobre Allende del prestigioso sociólogo Tomás Moulian en la Universidad Finis Terrae. Era mi primera estancia en Chile... y llegué caminando, casi sin aliento, desde la avenida Portugal hasta Pedro de Valdivia, en Providencia. Tres o cuatro filas más adelante estaba sentada Hortensia Bussi. Al concluir la magnífica exposición de Moulian (aún conservo mis notas de aquella tarde), me permití abrazar a la viuda del Presidente y con todo el entusiasmo de mis 24 años le expliqué: «Soy español y voy a escribir un libro sobre Salvador Allende». «Muy bien», me dijo escuetamente.

Al final, me he demorado 16 años, querida Tencha...

# 1

## El valor de los Allende

En varias ocasiones Salvador Allende habló con legítimo orgullo del patriotismo de sus antepasados. Si él consagró su trayectoria política a la construcción de un amplio movimiento popular que fuera capaz de conquistar la «segunda independencia» de Chile, la económica, en los albores del siglo XIX, su bisabuelo paterno y sus dos hermanos participaron en la larga pugna por la emancipación nacional. Y medio siglo después uno de sus abuelos, por quien sintió verdadera devoción, fue un médico muy destacado, masón, parlamentario del Partido Radical, filántropo, librepensador y defensor de las reformas democráticas. Allende siempre quiso ser un digno descendiente del doctor Ramón Allende Padín. En junio de 1948, en el discurso que pronunció en el Senado para denunciar la persecución desencadenada por el Presidente Gabriel González Videla contra el Partido Comunista, citó un artículo publicado por su abuelo en un diario de Valparaíso en 1873. Entonces Allende Padín reivindicó el calificativo que sus adversarios le habían imputado: *el rojo Allende*. «Rojo, pues ya que es preciso tomar un nombre, y aunque este nos ha sido impuesto como infamante; rojo, digo, estaré siempre de pie en toda cuestión que envuelva adelanto y mejoramiento del pueblo», escribió. En aquella sesión también mostró unas viejas cartas que el líder radical Manuel Antonio Matta dirigió a su abuelo paterno para sentenciar: «Aquí también hay hombres que tenemos una herencia, aunque modesta, al servicio de la República».<sup>1</sup>

### CON O'HIGGINS, LOS HERMANOS CARRERA... Y BOLÍVAR

Los Allende llegaron al territorio que hoy forma la República de Chile a mediados del siglo XVII, procedentes al parecer del valle de Gordejuela, en la parte occidental de Vizcaya (España),<sup>2</sup> y en las décadas siguientes se asentaron

en distintos enclaves del centro y sur del territorio bajo control de la monarquía hispánica.<sup>3</sup> La periodista Virginia Vidal menciona a uno de los primeros antepasados directos de Salvador Allende que nació en los confines de América, José de Allende Carrasco, alumbrado el 26 de septiembre de 1656 en Santiago.<sup>4</sup>

Un siglo y medio después, los hermanos Gregorio, Ramón y José María Allende Garcés, hijos de Pedro Allende Aguilera y Petronila Garcés Honorato, se unieron tempranamente a la pugna contra la Corona. Aunque conocemos muy poco de sus vidas, su contribución al nacimiento de la República mereció una honrosa mención en un libro del músico José Zapiola aparecido en 1872. Zapiola elogió a Gregorio y Ramón Allende Garcés, quienes «habían pertenecido a nuestro Ejército desde la campaña de 1813 y habían conquistado gran fama por su raro valor».<sup>5</sup> Aquel año las tropas realistas lanzaban una de sus últimas ofensivas sobre los patriotas chilenos, principalmente en Concepción y la frontera con el territorio mapuche de la Araucanía, y era también entonces cuando empezaba a constituirse la fuerza militar que conquistaría definitivamente la independencia en 1818.

Los hermanos Allende Garcés no escaparon a las pugnas entre los partidarios de Bernardo O'Higgins y de los hermanos Carrera. De hecho, el bisabuelo paterno de Salvador Allende, Gregorio Allende Garcés, llegó a ser el jefe de la guardia personal del Director Supremo... o, como escribió de manera divertida el periodista Carlos Jorquera (uno de los mejores amigos de Salvador Allende): «Gregorio Allende Garcés, en esos años tumultuosos, fue algo así como el jefe del GAP de Bernardo O'Higgins, puesto que era el responsable de la Guardia Personal del Padre de la Patria...».<sup>6</sup> Su lealtad hacia O'Higgins le impelió a acompañarle en 1823 a su exilio en Perú, de donde solo regresó tras la muerte del prócer en 1842.

Sus hermanos Ramón y José María también tuvieron una existencia azarosa. Formaron parte del regimiento Húsares de la Muerte, creado después de la batalla de Cancha Rayada en marzo de 1818 y comandado por el legendario guerrillero Manuel Rodríguez. Dos años después, en abril de 1820, Ramón Allende Garcés participó en una conjura fracasada contra O'Higgins, por la que fue condenado a muerte, aunque finalmente el Director Supremo le conmutó la pena capital por el destierro perpetuo del territorio de la joven República.<sup>7</sup> Barros Arana consignó que el 10 de agosto, a bordo del bergantín *Pueirredón*, partió hacia el puerto de Buenaventura, en la actual Colombia. En el exilio, Ramón Allende Garcés luchó junto a Simón Bolívar en las batallas de Boyacá y

Carabobo, cruciales en la gesta de la emancipación de América Latina. Algunos cronistas destacan que el Libertador le señaló como «la mejor lanza» de su Ejército<sup>8</sup> y el propio Barros Arana señaló que «conquistó allí cierto renombre por su bizarría en numerosas batallas».<sup>9</sup>

Al regresar a Chile en 1842, Gregorio Allende Garcés se asentó en Valparaíso, donde, según ha señalado Virginia Vidal, se ganó la vida como jefe de los serenos del puerto. Y contrajo matrimonio con Salomé, hermana del doctor Vicente Padín, catedrático de Fisiología, decano de Medicina en la Universidad de Chile, fundador del Hospital San Vicente de Paul y diputado liberal desde 1864 hasta su muerte en 1868. El 19 de marzo de 1845 nació su primogénito, Ramón Allende Padín, abuelo paterno de Salvador Allende.<sup>11</sup> Su existencia fue corta, pero en sus 39 años le dio tiempo a desarrollar un compromiso político y social que inspiraría siempre a su nieto Salvador. «Más de una vez me mostró con orgullo el retrato de su abuelo...», destacó en 1987 Carlos Briones, uno de sus grandes amigos.<sup>12</sup>

#### LAS BATALLAS DEL «ROJO ALLENDE»

Ramón Allende Padín es una personalidad que sobresale en la segunda mitad del siglo XIX chileno. Cursó sus estudios secundarios entre Valparaíso y el Instituto Nacional, en Santiago. En 1865, se licenció como médico por la Universidad de Chile, con una destacada memoria sobre el tifus, y con solo 20 años se convirtió en profesor de la Escuela de Medicina. Ya entonces era un activo voluntario del cuerpo de bomberos, puesto que el 8 de diciembre de 1863 había participado en la ayuda a las víctimas del incendio de la iglesia de la Compañía en la capital, que causó más dos mil muertos.

En 1869 se casó con Eugenia Castro del Fierro y tuvieron cinco hijos, el mayor de ellos Salvador Allende Castro, padre de Salvador Allende Gossens. Ingresó en la masonería y se adhirió al Partido Radical, justo cuando, con líderes como Manuel Antonio Matta, se estaba estructurando a escala nacional para enfrentar la hegemonía de los sectores conservadores del Valle Central, que conducían el destino de la República.<sup>13</sup> El radicalismo enarboló las grandes banderas de la democratización de la sociedad: el sufragio universal, la libertad de prensa y de asociación y la educación obligatoria, gratuita y laica. Frente a conservadores y liberales, *pelucones* y *pipiols*, fue abriendo una cuña en el

mundo político. Casi desde su origen convivieron en su seno dos almas, una próxima a la derecha, otra cercana a las ideas más avanzadas de la época, difundidas por grupos que, como la Sociedad de la Igualdad, habían empezado a sembrar las ideas del cambio social. Sus prohombres se fueron formando en las escuelas secundarias del Estado y en la Universidad de Chile. Con unos fuertes lazos con la masonería, el Partido Radical pronto se convirtió en el gran polo político y social de la clase media, posición central que mantuvo hasta el ascenso del Partido Demócrata Cristiano a partir de 1957.<sup>14</sup>

Cuando mencionaba a su abuelo paterno, Salvador Allende siempre destacó, entre otros méritos, su condición de fundador de la primera escuela laica del país, la Blas Cuevas, en Valparaíso, hoy denominada Escuela Blas Cuevas-Ramón Allende. Promovida por la masonería con la herencia que le legó el comerciante de origen peruano que le dio su nombre originalmente, y que falleció en 1870, fue inaugurada en el populoso barrio de San Francisco el 25 de febrero de 1872 con la asistencia de «numerosos caballeros» y del intendente provincial, según la crónica de *El Mercurio de Valparaíso*. El primer orador en la ceremonia fue el doctor Allende Padín, presidente de la Sociedad de Instrucción «Blas Cuevas» (fundada en octubre de 1868), quien subrayó que aquella iniciativa partía de la buena voluntad de algunas personas para aliviar una de las más sentidas necesidades sociales de la ciudad, «la deficiencia de la instrucción elemental», el analfabetismo, que en aquel tiempo golpeaba a más del 70% de sus habitantes mayores de 7 años.

Sus palabras fueron las de un humanista, un hombre empeñado en contribuir a transformar una sociedad lacerada por todas las expresiones de la injusticia social: «Hoy que la civilización de las naciones, la grandeza de los pueblos no se mide por sus ejércitos ni por sus riquezas naturales, sino por su ilustración, cada escuela que se levanta es un paso al progreso...». Su disertación se detuvo también en una razonada defensa del carácter aconfesional que debía tener la enseñanza pública: «Nótese aquí que no se enseña catecismo de religión, es decir el dogma de una fe; pero a ello nos hemos decidido después de maduro examen, creyendo con la mayoría del público ilustrado y siguiendo la opinión más generalmente aceptada, “que la educación religiosa no pertenece a la escuela, sino al hogar doméstico, al cuidado de los padres de familia, jueces únicos que pueden y deben inculcar a sus hijos la creencia que crean verdadera”».

Antes de declarar inaugurada la escuela, rindió un sentido tributo a Blas Cuevas, su principal impulsor: «Su nombre es una enseñanza, un símbolo, y

debe recordarnos que la memoria del hombre honrado y virtuoso no muere en el corazón de sus conciudadanos; que la muerte es impotente para borrar el recuerdo del que, sin más timbres que su honradez, su virtud y ardiente caridad, se ha alzado una estatua en el seno de un hospital, asilo del que sufre en la materia, y hoy llega a grabar su nombre en el pórtico de una escuela, asilo, santuario majestuoso de la inteligencia». <sup>15</sup> Al iniciar sus actividades contaba con 140 alumnos matriculados de manera gratuita y un programa de estudios muy avanzado. En enero de 1971, durante sus primeras semanas en La Moneda, Salvador Allende la visitó y promovió la construcción de un nuevo edificio, que inauguró personalmente el 24 de octubre de aquel año. <sup>16</sup>

En 1873, el doctor Allende Padín regresó a Santiago, donde trabajó en los hospitales San Borja y San Vicente de Paul. En 1875 el Presidente de la República, Federico Errázuriz, le designó miembro de una comisión (integrada también por José Manuel Balmaceda y Benjamín Vicuña Mackenna) que tenía el encargo de definir una política nacional de salud y cuyo resultado a medio plazo fue la duplicación del número de camas hospitalarias. Asimismo, defendió y teorizó la importancia de la vacunación universal obligatoria e impartió numerosas conferencias, algunas de ellas publicadas, sobre asuntos de salud pública. <sup>17</sup> También fundó un periódico de bello título decimonónico: *Guía del pueblo*.

En 1876, fue elegido diputado por la capital con el mayor número de sufragios y llegó a ostentar durante un año y medio la vicepresidencia de la Cámara. En 1879, renovó su escaño por Copiapó y Caldera y en 1882 fue votado senador suplente por Atacama. <sup>18</sup> Presidente de la Sociedad Médica de Santiago desde 1876, al estallar la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia en 1879 se alistó como voluntario en el conflicto que otorgó a su país el *mar* de salitre del norte de Atacama (para que lo rentabilizara el capitalismo británico). Primero fue jefe del Servicio Sanitario en Campaña y desde septiembre de 1880 superintendente del mismo y, por tanto, uno de los pioneros de la medicina militar chilena. <sup>19</sup>

Ramón Allende Padín falleció en Santiago el 14 de octubre de 1884. Hacía pocos meses que había sido distinguido con el máximo grado de la masonería nacional: Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile. El 31 de agosto de aquel año, gravemente enfermo de diabetes, intuía su muerte ya próxima cuando recibió a los amigos que querían felicitarle por su aniversario. «Presiento que mis días están contados», les dijo. «Pero no me entristece dejar esta vida,

que bien pocos halagos tiene para mí, sino separarme de los que han sido y son mis verdaderos amigos. Todos mis goces se los debo a ellos. Por eso, como no tendré ocasión de encontrarlos otra vez, quiero recomendarles la unión. Ella es la gran fuerza de todas las luchas del progreso; y estos principios libertarios, por los que hemos luchado toda nuestra vida, se mantendrán siempre altos mientras exista unidad de miras entre los encargados de defenderlos. Estos principios harán la felicidad de la Patria y debemos defenderlos por amor a esa misma Patria».<sup>20</sup>

En su corta existencia supo labrar una profunda huella. Dejó también el recuerdo de una concepción y un ejercicio profundamente humanista y filantrópico de la medicina. «Tanto en Valparaíso como en Santiago fue uno de los médico-cirujanos que atendían con más esmero y desprendimiento la curación de los enfermos menesterosos, a quienes concedía su asistencia con tanta solicitud como si hubiese de recompensar sus afanes con un crecido honorario», leemos en el extenso obituario que le dedicó *El Mercurio de Valparaíso*. Este diario reconoció que legaba a sus hijos «ya que no una fortuna, un nombre que les hará alto honor».<sup>21</sup>

Su funeral fue un acontecimiento nacional y portaron su féretro personalidades como José Manuel Balmaceda o Ramón Barros Luco, posteriormente Presidentes de la República.<sup>22</sup> En la oración fúnebre que le rindió, el diputado radical Enrique Mac-Iver afirmó: «Fue una vida ejemplar para todos y ejemplo será su memoria. Vivirá mientras el ejemplo de los que piensan sea luz que ilumine el camino de los que marchan en busca de la realización de un ideal de virtud, de libertad y de justicia».<sup>23</sup>

#### DON SALVADOR Y DOÑA LAURA

Sus cuatro hijos varones continuaron sus pasos e ingresaron en la Universidad de Chile: Ramón y Salvador siguieron la carrera de Derecho, Guillermo estudió Medicina y Tomás se formó como dentista. Todos ellos pertenecieron a la masonería y militaron también en las filas del Partido Radical, pero solo Ramón (concejal de Santiago) y Tomás (gobernador de San Antonio) tuvieron en algún momento cargos relevantes de representación política.<sup>24</sup> Su hija Ana quedó soltera y en marzo de 1926 acogería en su casa de Santiago a su sobrino Salvador, quien, tras cumplir el servicio militar y pasar el verano en

Tacna con sus padres, llegó para iniciar los estudios de Medicina.

Salvador Allende Castro nació en Valparaíso el 22 de noviembre de 1871.<sup>25</sup> Como su padre, durante un tiempo estudió en el Instituto Nacional. Como su abuelo Gregorio y su progenitor, tuvo experiencia militar puesto que participó como alférez de artillería en la guerra civil de 1891 (la más cruenta del siglo XIX chileno, con más de diez mil víctimas), que terminó con el suicidio del Presidente Balmaceda en la legación argentina en Santiago el 19 de septiembre.<sup>26</sup> Aquella guerra marcó una cesura en la evolución política del país y abrió paso al denominado «periodo parlamentario», que se prolongó hasta la promulgación de la Constitución de 1925, restauradora del presidencialismo... y que Allende y la Unidad Popular tomarían como punto de partida para la «vía chilena al socialismo». Concluido el conflicto bélico, inició sus estudios de Derecho en la Universidad de Chile, un tiempo en el que entabló amistad con Arturo Alessandri Palma. En junio de 1897 empezó a trabajar en el Ministerio de Instrucción y después fue archivero del Ministerio de Guerra y secretario de la Dirección de Contabilidad de los Ferrocarriles del Estado.<sup>27</sup>

En 1898, contrajo matrimonio con una bella joven llamada Laura Gossens Uribe, hija de un inmigrante belga (Arsenio Gossens) de oficio comerciante, y de Laura Uribe, dama de una familia de la aristocracia colonial de origen vasco.<sup>28</sup> El contraste de la pareja no podía ser más llamativo: Salvador Allende Castro era un hombre de personalidad muy extravertida, cautivadora, un notable improvisador de versos y amante de los encuentros sociales, apegado a la tradición familiar de la masonería. Laura Gossens Uribe, por quien su hijo Salvador sentiría un intenso amor filial, fue una mujer seria, callada y de firmes creencias católicas, de comunión y misa diaria. Recibió una cuidada educación y conocía bien dos idiomas (inglés y francés), lo que le serviría para manejarse al frente de la notaría de su esposo al enviudar en 1932. Procreó seis hijos, aunque los dos primeros (Salvador y Laura) fallecieron a los tres y nueve años. Más suerte tuvieron los siguientes, Alfredo (1903) e Inés (1905), quien en 1925 se casaría con el doctor Eduardo Grove.<sup>29</sup>

El 26 de junio de 1908 a la una y media de la madrugada, en el domicilio familiar de avenida España 615 de Santiago, cerca del entonces llamado Parque Cousiño, nació su hijo Salvador Guillermo Allende Gossens. Hasta que en 2008, con motivo de la conmemoración de su centenario, se difundió el acta de nacimiento, estaba universalmente aceptado que era natural de Valparaíso, ya que además él siempre se reivindicó como porteño, a pesar de haber tenido una

infancia bastante itinerante. En cualquier caso, este descubrimiento, sin dejar de causar sorpresa entonces, no pasa de la mera anécdota, porque fue en Valparaíso donde *nació* el Allende político.

La fe religiosa de Laura Gossens prevaleció y su hijo Salvador fue bautizado por el rito católico en la Iglesia San Lázaro de Santiago el 12 de julio de 1908... el mismo día que en el sur volcánico y lluvioso Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto (Pablo Neruda) cumplía su cuarto aniversario. Sus padrinos fueron sus tíos Guillermo Allende y Josefina Lascasas.<sup>30</sup> A fines de aquel año, la familia Allende Gossens se trasladó a vivir a Tacna, entonces parte de Chile, donde permanecieron hasta 1918, ya que Salvador Allende Castro fue designado procurador de la Corte de Apelaciones y secretario de la Intendencia. En 1911, nació su hija menor, que recibió el nombre de su madre y que siempre estuvo muy unida a su hermano Salvador.

La infancia de Salvador Allende transcurrió en Tacna rodeado del afecto maternal de dos mujeres, su madre y su *nana*, una joven campesina llamada Zoila Rosa Ovalle, quien por su afecto conquistó el apelativo de «mamá Rosa».

#### LA «MAMÁ ROSA»

Zoila Rosa Ovalle, natural de Lampa, había empezado a trabajar con la familia Allende Gossens en 1903. Ya en el viaje en vapor hacia Tacna, en diciembre de 1908, se encargó del cuidado del recién nacido y, a pesar de que en principio iba a dedicarse a las tareas de costura, acabó entregada tan solo a él. A fines de 1912, cuando Salvador Allende tenía 4 años, la «mamá Rosa» lo llevó a Santiago y permanecieron allí durante varios meses. «Llevaba a mi niño a mirar los monumentos esos que hay en la Alameda y él se aprendía de memoria las lecturas de las estatuas que le iba indicando», explicó en 1970.<sup>31</sup> En las entrevistas que en distintas ocasiones concedió para hablar del candidato presidencial de la izquierda, narró a su manera cómo nació tempranamente su pasión política, su vocación de liderazgo entre juegos infantiles: «Y en Tacna reunía a los niños y, encaramado en un montón de arena, les decía discursos en los que les contaba lo que decían los monumentos».

Este tipo de relatos tejieron toda una leyenda que el propio Allende rebajó en una entrevista que concedió a mediados de 1972. «Usted desde niño quería ser Presidente...», afirmaron, más que preguntaron, los periodistas de *Chile Hoy*.

«¡No, hombre!»... Pero le insistieron: «Hay testimonios de sus compañeros de colegio que recuerdan que ya entonces quería ser Presidente...».<sup>32</sup>

Según la «mamá Rosa», nunca fue un niño caprichoso con la comida, se entusiasmaba con las cazuelas de ave y las humitas que le preparaba y se engolosinó con los helados desde muy chico, cuando también aprendió a cuidar y a jugar con los perros. Tampoco fue miedoso: «Le apagaban la luz y se quedaba dormido tranquilamente».<sup>33</sup> Y subrayó que fue un buen estudiante: «... cuando tenía 10 años ya iba en primer año de Humanidades. Todos se acostaban y yo me quedaba con él para que estudiara. Y al otro día a las 7 salía *cascando* para el Instituto Nacional. Claro que a veces se arrancaba de la escuela, pero porque me decía que estaba enfermo, y yo, si no era verdad, le pegaba. ¿Cómo iba a ser *flojo* el niño si a los 16 o 17 años salió de las Humanidades y antes de los 5 años ya estaba en la escuela y sabía leer bastante bien?».<sup>34</sup>

Fue también en aquellos primeros años cuando se ganó un afectuoso apelativo familiar, Chichito, al balbucear el diminutivo de su nombre: Salvadorcito. Con el tiempo, el apodo también creció y se transformó en el Chicho que utilizaron él mismo, sus familiares, amigos y tantas veces también el pueblo *allendista*.

Hasta que se licenció como médico en 1933 la «mamá Rosa» vivió pendiente de Salvador Allende. Después, convertido en profesional y muy pronto en un líder político de talla nacional, fue él quien se preocupó de ella y de su familia a lo largo de toda su vida. La visitaba con frecuencia y le rogaba que preparara sus platos favoritos para compartirlos con sus amigos. El abogado Hernán Santa Cruz y el dirigente socialista Manuel Mandujano nunca olvidaron las cazuelas de gallina o los chupes de locos que preparaba. Son varias las anécdotas que han quedado registradas, algunas de ellas, como la boda de uno de sus nietos, narradas magistralmente por Carlos Jorquera en su libro. Otra pequeña historia señala que un día la «mamá Rosa» regresó a su casa, donde le esperaba Allende, y le dijo indignada que los comerciantes de la vega donde compraba desde hacía años no querían creer que había sido su *nana*. Inmerso en una nueva campaña presidencial, el candidato la tomó del brazo una mañana y juntos pasearon por aquel mercado saludando a los vendedores y testimoniando la relación de profundo afecto que les unía.<sup>35</sup>

La «mamá Rosa» vivió 87 años, los suficientes para salir del Congreso Nacional el 3 de noviembre de 1970 con su adorado Chichito del brazo... El deseo que formulara en octubre de 1963 («rezo todas las noches para ver a mi

niño de Presidente») se había cumplido.<sup>36</sup> Su muerte en 1972 conmovió profundamente a Allende.

#### DEL INSTITUTO NACIONAL AL LICEO EDUARDO DE LA BARRA

En 1918, la familia se trasladó a Iquique en una época de crisis para la economía salitrera y de movilizaciones del movimiento obrero, que ya se organizaba con Luis Emilio Recabarren en el Partido Obrero Socialista y la Federación Obrera. Al año siguiente, el joven Allende fue enviado a Santiago, donde vivió en la casa de su tío Ramón, en el número 2.423 de la calle Huérfanos, e ingresó en el colegio público más emblemático del país, el Instituto Nacional, donde ya habían estudiado su abuelo Ramón y su padre. En este centro se conserva el escrito que Salvador Allende Castro suscribió el 13 de mayo de 1919 solicitando su admisión, cuando estaba a punto de cumplir once años, para que cursara allí el primer curso de Humanidades.<sup>37</sup>

Los dos años siguientes los cumplió en el liceo de Valdivia, donde su padre se empleó como abogado del Consejo Fiscal. En esta ciudad austral tuvo como compañero de estudios a un niño llamado Raúl Rettig, con quien trabó una amistad que se mantuvo con el paso del tiempo, a pesar de que —como veremos— se batieron en un duelo a muerte en 1952. Entre 1971 y 1973 Rettig sería el embajador en Brasil.<sup>38</sup> «En el liceo de esta ciudad se destaca por su cuidadosa indumentaria», recordó Rettig. «Entre hijos de campesinos abrigados con mantas de lana o sacos harineros, Salvador es el único que viste de ciudad y se protege de la lluvia con un impermeable. Es un niño elegantito, las mujeres se vuelven en las calles alabando su pelo dorado y en la fiesta de primavera corona un carro alegórico vestido de príncipe».<sup>39</sup>

Según la biografía oficial distribuida por la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República en tres idiomas en 1972, la familia Allende Gossens no se instaló en Valparaíso hasta 1922. Aquel año Salvador Allende Castro fue nombrado relator de su Corte de Apelaciones y en 1924, notario público y de hacienda de la ciudad, cargo que ocupó hasta su muerte. Una vez más, en su infancia itinerante por la geografía nacional, Allende tuvo que cambiar de lugar de estudios. Con 14 años se matriculó en uno de los centros de mayor solera del puerto, el Liceo Eduardo de la Barra (inaugurado en 1862), en el que concluyó sus estudios secundarios.

El 23 de enero de 1971, durante sus primeros meses como Presidente de la República, Allende evocó su adolescencia en Valparaíso durante la ceremonia en que la Municipalidad le otorgó la Medalla Diego de Almagro: «Para mí este acto tiene un contenido personal que puedo destacar: empecé a corretear, hace muchos años, para así decirlo, por las calles de Valparaíso, como estudiante del Liceo Eduardo de la Barra. Aquí vivieron los míos y aquí seres queridos pagaron el tributo que todos pagamos a la vida. (...) Habiendo además cometido no el delito, sino el hecho significativo de amarrarme más al puerto, ya que mi compañera es porteña. Entonces, para mí, todo lo envuelven el mar y los cerros, el recuerdo de mi infancia y de la juventud, la iniciación de mis trabajos como médico y la cárcel, donde estuviera recluso por mis ideas».<sup>40</sup>

En aquellos días de 1922 conoció a la persona que favoreció su temprana aproximación a las ideas revolucionarias, un carpintero anarquista de origen italiano llamado Juan Demarchi, quien le enseñó a jugar ajedrez y le habló de las injusticias sociales, unas lecciones que tendría presente a lo largo de toda su vida. Las conversaciones sobre las luchas de los trabajadores en Europa y América, los principios anarquistas y la situación de los obreros chilenos fueron el primer paso que distanciaron a Salvador Allende de lo que el futuro parecía reservarle: el ejercicio de una profesión liberal y la previsible adscripción al Partido Radical.

La conciencia social orgullosamente heredada de su abuelo Ramón, la huella libertaria de Demarchi y el imprevisible discurrir de la Historia le preparaban otro destino.

1. Martner, Gonzalo (comp.): *Salvador Allende. 1908-1973. Obras escogidas*. Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Presidente Allende (España). Santiago de Chile, 1992, pp. 172-173.

2. «Yo soy vasco por lado y lado, mañana llamaré al embajador de España». Así respondió Salvador Allende a su colaborador español, Joan Garcés, cuando en diciembre de 1970 le solicitó que protestara ante la dictadura del general Franco por el juicio sumarísimo contra 16 militantes de ETA en el emblemático «Proceso de Burgos». Al igual que las fuerzas democráticas de España y del mundo e importantes personalidades, el Presidente Allende pidió la anulación de las condenas a muerte. Garcés, Joan E.: «El pluralismo en el Gobierno de Salvador Allende». *Alternativa*, n.º 9. Julio-septiembre de 1998, p. 34.

3. Salazar Salvo, Manuel: «Allende biografía». Edición especial del diario *La Nación* con motivo del centenario de Salvador Allende. 29 de junio de 2008, p. 29.

4. Vidal, Virginia: «Los abuelos de Allende. Héroes de la Independencia, políticos y artistas». *Punto Final*, n.º 765. 31 de agosto de 2012, p. 4.

5. Zapiola, José: *Recuerdos de treinta años*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1945, p. 211.

6. Jorquera, Carlos: *El Chicho Allende*. BAT. Santiago de Chile, 1993, pp. 30-31.

7. Eyzaguirre, Jaime: *O'Higgins*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1946, p. 287.

8. Amunátegui, Miguel Luis y Vicuña Mackenna, Benjamín: *La dictadura de O'Higgins*. América. Madrid, 1930, p. 253.

9. Barros Arana, Diego: *Historia general de Chile. Tomo XII*. Rafael Jover Editor. Santiago de Chile, 1892, pp. 606-607.

11. De Ramón, Armando *et alii*: *Biografías de chilenos. Miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Tomo 1*. Ediciones de la Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1999, p. 62.

12. *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3. Universidad Autónoma Chapingo. Chapingo (México), 1990, p. 164.

13. Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo: *Memoria de la izquierda chilena. Tomo I (1850-1970)*. Javier Vergara Editor. Santiago de Chile, 2003, p. 45.

14. Gil, Federico G.: *El sistema político de Chile*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1969, p. 278.

15. *El Mercurio de Valparaíso*, 26 de febrero de 1872, p. 2. Este discurso se transcribe de manera íntegra en el Apéndice V.

16. Escuela Blas Cuevas: *Revista del centenario*. Valparaíso, 1971, p. 6. En el pliego de fotografías se incluye una imagen de la visita del Presidente Allende el 24 de octubre de 1971. Agradezco al director de la Escuela Blas Cuevas-Ramón Allende, Neif Lavín, su cesión.

17. Martínez, Jesús Manuel: *Salvador Allende*. Nobel. Oviedo, 2009, p. 25.

18. Véase la reseña biográfica de Ramón Allende Padín que ofrece la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile

19. Cruz-Coke Madrid, Ricardo: *Historia de la medicina chilena*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995, pp. 397-408.

20. Escuela Blas Cuevas: *Revista del centenario*, p. 3.

21. *El Mercurio de Valparaíso*, 15 de octubre de 1884, p. 2.

22. Nolff, Max: *Salvador Allende. El político. El estadista*. Documentas. Santiago de Chile, 1993, p. 23.

23. *El Siglo*, 17 de septiembre de 1970. Segundo cuerpo, p. 3.

24. Martínez, pp. 29-30.

25. Figueroa, Virgilio: *Diccionario histórico y biográfico de Chile. Vol. 1*. Kraus Reprint. Nendeln (Liechtenstein), 1974, p. 450.

26. Existen contradicciones entre los distintos autores sobre si Allende Castro participó en las tropas leales a Balmaceda o con los sublevados. Tampoco Salvador Allende mencionó en algún discurso o entrevista la participación de su padre en la guerra civil de 1891, a pesar de que la referencia al valor del Presidente Balmaceda fue habitual en su mensaje público.

27. *El Mercurio de Valparaíso*, 9 de septiembre de 1932, p. 5.

28. Labarca, Eduardo: *Salvador Allende. Biografía sentimental*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007, p.

23.

29. Puccio, Osvaldo: *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado*. Emisión. Santiago de Chile, 1985, p. 291,

30. Fuente: Fundación Salvador Allende: <http://www.fundacionsalvadorallende.cl/salvador-allende/linea-del-tiempo/#>

31. *Las Noticias de Última Hora*, 25 de agosto de 1970, p. 7.

32. *Chile Hoy*, n.º 3. 6 de julio de 1972, p. 32.

33. *Las Noticias de Última Hora*, 25 de agosto de 1970, p. 7.

34. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 11.

35. Jorquera, pp. 206-207.

36. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 11.

37. Este documento se reproduce en el Apéndice V. Agradezco a Alfredo Cáceres y a Marisol Bustamante, de la Biblioteca del Instituto Nacional, su amable atención.

38. Y, como es sabido, en 1990 y 1991 Raúl Rettig presidió la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, que elaboró un informe imprescindible.

39. Vial, Gonzalo: *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*. Universidad Finis Terrae y Centro de Estudios Bicentenario. Santiago de Chile, 2005, pp. 40-41.

40. *El pensamiento político de Salvador Allende*. Quimantú. Santiago de Chile, 1971, p. 154.

## La huella libertaria

La infancia de Salvador Allende había transcurrido entre el calor de Tacna, los luminosos días en Iquique, los meses en el tumulto de Santiago y el Instituto Nacional y la lluvia de Valdivia. Rodeado de los cuidados y el afecto maternal de doña Laura Gossens y su querida *nana*, fue educado en colegios públicos. Habitado a que sus padres se relacionaran con las elites locales, sus primeras noticias de la política nacional debieron corresponder probablemente a la histórica elección presidencial de 1920, que otorgó la victoria a un amigo de su progenitor: Arturo Alessandri Palma, el *león de Tarapacá*. Cuando se adentraba en la adolescencia, ya en Valparaíso, Juan Demarchi empezó a moldear su conciencia social y política. Concluidos sus estudios secundarios, tomó una determinación impropia de un joven de su clase social: realizar el servicio militar. Después, a punto de cumplir los 18 años, regresó a la capital del país para iniciar los estudios universitarios. El muchacho que llegó a Santiago en marzo de 1926 era diferente al que había ingresado en el Instituto Nacional siete años antes. Ya había oído hablar de las injusticias del capitalismo, de las ideas de Bakunin y Kropotkin, sabía de la Revolución Rusa. Con limitados recursos económicos, accedió a una Universidad que se rebelaba contra el coronel Carlos Ibáñez del Campo, quien hacía poco tiempo que fungía como dictador. Los años universitarios le convirtieron en un destacado dirigente estudiantil. Sufrió la represión, polemizó con los militantes más exaltados de la izquierda en el Grupo Avance, discutió con los jóvenes líderes católicos inspirados por Maritain y padeció la discriminación profesional por motivos políticos.

### LAS LECCIONES DEL VIEJO DEMARCHI

Nacido hacia 1864 en la región de Calabria, Juan Demarchi desertó del

Ejército italiano e inició el largo peregrinaje que marcó su vida, siempre amenazada debido a su tenaz voluntad de organizar a los trabajadores, allá donde viviera, y la difusión de los ideales anarquistas. Pasó por Portugal, por el actual territorio de Marruecos, donde aprendió el oficio de carpintero, por Brasil (desde la selva y los cafetales al cinturón proletario de Río de Janeiro) y de regreso a Europa, llegó al *volcán* libertario que era la Barcelona de fines del siglo XIX. Retornó a América, primero a Argentina, donde estuvo preso, y luego, alrededor de 1898, arribó a Chile.<sup>41</sup> Fue uno de los muchos inmigrantes europeos que tanto contribuyó a la expansión y pujanza del anarquismo en las dos primeras décadas del siglo XX. Y Valparaíso, el gran puerto chileno, fue el umbral de entrada de muchos de aquellos luchadores sociales.

En los años veinte Demarchi, militante del sindicato anarquista IWW, tenía su taller frente a la casa donde se instaló por un breve tiempo, en 1922, la familia de Allende. Fue en enero de 1971 cuando el recién elegido Presidente de la República le mencionó como una influencia importante en la formación de su conciencia política, sumada a la tradición familiar de adscripción al radicalismo y la masonería. «Cuando era muchacho», explicó al filósofo y periodista francés Régis Debray, «me acercaba al taller de un artesano zapatero anarquista llamado Juan Demarchi, para oírle su conversación y para cambiar impresiones con él. Eso ocurría en Valparaíso en el periodo en que era estudiante del liceo. Cuando terminaba mis clases iba a conversar con ese anarquista que influyó mucho en mi vida de muchacho. Él tenía 60, o tal vez 63 años, y aceptaba conversar conmigo. Me enseñó a jugar al ajedrez, me hablaba de cosas de la vida y me prestaba libros...». Pero más que la densa literatura anarquista, destacó las largas conversaciones que mantuvo con aquel modesto trabajador «y, sobre todo, los comentarios de él eran importantes, porque yo no tenía una vocación de lecturas profundas y él me simplificaba con esa sencillez y esa claridad que tienen los obreros que han asimilado las cosas».<sup>42</sup>

Esta importante referencia en tan emblemática entrevista convirtió al «zapatero» Juan Demarchi en un personaje legendario para quienes indagan o conocen la biografía de Salvador Allende y así aparece citado en todos los trabajos que reconstruyen su vida. Sin embargo, al *bucear* en la prensa libertaria de aquel tiempo se le atribuye el oficio de carpintero, a pesar de que tanto en la primera edición francesa de la conversación entre Allende y Debray (publicada por Maspero) como en la chilena (editada por la revista *Punto Final* en su número 126 de marzo de 1971) y las siguientes en español se pone en boca del

Presidente que era zapatero... y como tal es citado en todas las obras posteriores. La incógnita se despeja al ver el documental *Compañero Presidente*, la filmación de aquella conversación que hizo Miguel Littin con un equipo de Chile Films, en la que se escucha a Salvador Allende mencionar claramente a Demarchi como carpintero. Un error en la transcripción de sus palabras originó un pequeño malentendido que ha persistido durante 42 años.

A finales de los años veinte, fue expulsado a Argentina.<sup>43</sup> Allí participó en el fallido complot del «avión rojo» y cuando pudo regresar a Chile fue detenido y relegado a Isla Mocha, donde ya estaban desterrados el comunista Elías Lafferte y otros dirigentes de la izquierda.<sup>44</sup> Caída la dictadura de Ibáñez, pudo retornar a Valparaíso, pero de nuevo las autoridades quisieron deportarle al retomar su actividad revolucionaria.<sup>45</sup> Es probable que Allende y él se reencontraran en el puerto en los años treinta, cuando aquel ya trabajaba como médico y desde 1933 se dedicaba a organizar el Partido Socialista, porque, como relató Hortensia Bussi a un periodista italiano en 1974: «Salvador me contaba siempre de sus amigos que vivían en condiciones muy modestas. Eran anarquistas, zapateros remendones, panaderos, todos de los cerros de Valparaíso».<sup>46</sup>

En 1943, Juan Demarchi vivía en Santiago, pero al agravarse su estado de salud pidió que le trasladaran a Valparaíso, donde quiso pasar sus últimos días. Murió a los 79 años. Su funeral se celebró el 7 de abril y asistieron más de 300 personas, así como delegaciones de la IWW de Santiago, del grupo anarquista Adelante, del Ateneo Cultural de Valparaíso y del Sindicato de Mueblistas.<sup>47</sup> En aquel momento Salvador Allende era el secretario general del Partido Socialista, pero no hay constancia de que asistiera al sepelio. Demarchi dejó cinco hijas y un hijo, que nacieron a partir de 1911.<sup>48</sup>

En el Liceo Allende se graduó en 1924, con excelentes calificaciones según se ha repetido en numerosas ocasiones sin aportar la fuente. Sin embargo, el informe elaborado por la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso en 1935 para valorar su admisión (una referencia fiable por su cercanía a aquellos años) señala al respecto: «Como estudiante secundario no fue brillante, pero tampoco perdió tiempo».<sup>49</sup> Este documento también resalta que durante un año ejerció como profesor en la Escuela Nocturna que la Federación de Estudiantes porteños mantenía en el Liceo. En 1972, como Presidente de la República inauguró su nuevo edificio.<sup>50</sup>

El profesor Luis Gaudio, responsable de su biblioteca, me envió el único papel que conservan referido a este ex alumno: el acta de un examen de

geografía e historia con fecha de 5 de diciembre de 1924, firmada por el profesor Ruperto Banderas.<sup>51</sup> Eran sus últimos días en el Liceo y, en una decisión inusual para un joven de su extracción social, decidió retrasar un año su ingreso en la universidad para, al igual que su bisabuelo, su abuelo y su padre, vestir el uniforme del Ejército de Chile y cumplir como voluntario el servicio militar.

## EN EL EJÉRCITO

Sus padres recibieron la decisión con sorpresa y disgusto, según relató la «mamá Rosa». «Yo entonces dije que para ser bien hombrecito tenía que hacer el servicio. Y entonces el papá consiguió que lo hiciera de voluntario».<sup>52</sup> En 1970, su *nana* incluso explicó que en algún momento de su juventud meditó la posibilidad de ingresar en la Escuela Militar para dedicar su vida a la carrera armada: «Quería ser militar cuando grande. Pero después se decidió por Medicina...».<sup>53</sup>

Acogido al régimen especial para estudiantes, el 6 de abril de 1925, sin haber cumplido aún los 17 años, inició su servicio militar en el Escuadrón de Ametralladoras del Regimiento de Caballería n.º 4 «Coraceros del General Prieto» de Viña del Mar. Cumplidos seis meses y con el grado de cabo segundo, solicitó y obtuvo el traslado al Tercer Escuadrón del Regimiento de Caballería n.º 5 «Lanceros del General Cruz», en Tacna, donde de nuevo vivían sus padres, puesto que Salvador Allende Castro había sido designado como abogado para integrar la Comisión del Plebiscito, que finalmente dejaría la ciudad bajo soberanía peruana en 1929. Allí fue trasladado el 3 de noviembre de aquel año y 25 días después fue dado reglamentariamente de baja con la calificación de buena conducta.<sup>54</sup> Su paso por el Ejército durante siete meses y 23 días le sirvió, entre otras cosas, para pasear orgulloso por Viña del Mar el uniforme militar, como atestiguan varias fotografías de la época. También perfeccionó su destreza en la equitación, que demostraría tantas veces en las largas giras como candidato, y aprendió a boxear, deporte que entusiasmaba a su hermano mayor, Alfredo.

En varias ocasiones Salvador Allende se refirió con orgullo a su etapa en el Ejército, como en mayo de 1964, en los meses finales de su tercera campaña presidencial, cuando afirmó en un programa de televisión: «Además, tengo confianza en el comportamiento de las Fuerzas Armadas porque las conozco. He

vivido y he estado cerca de ellas; hice mi servicio militar y tengo tradición, los míos estuvieron muy cerca de las Fuerzas Armadas. Mi abuelo fue el jefe de los servicios sanitarios del Ejército en la Guerra del Pacífico; otros de mis antepasados estuvieron junto a O'Higgins y Manuel Rodríguez. Sé que el Ejército de Chile no es una guardia pretoriana, aquí no hay aprendices de gorilas...». <sup>55</sup> Cuatro años después, el 12 de marzo de 1968, en un largo discurso en el Senado se defendió de manera impetuosa de los ataques de la Democracia Cristiana y de la derecha por su ayuda a los guerrilleros cubanos supervivientes de la expedición de Ernesto *Che* Guevara en Bolivia y comentó de manera irónica: «Pues bien, el ex ministro señor Molina, regular equitador, asistió cabalgando a la Parada Militar preparatoria, antes del 19 de septiembre. ¡Gran foto! Sin embargo, yo, que hice el servicio militar —aquí son pocos los que lo han hecho...». <sup>56</sup>

#### EN LA FACULTAD DE MEDICINA

En 1926 Salvador Allende pasó el verano junto con sus padres en Tacna, la ciudad donde habían transcurrido sus diez primeros años de vida. Concluidos los estudios medios y cumplido el servicio militar, debía tomar una decisión tan importante para su futuro como la elección de los estudios universitarios que empezaría a cursar aquel mismo año. A diferencia de su hermano Alfredo, que se había decantado por la carrera jurídica, él quiso ser médico, influido seguramente por la memoria de su abuelo y por el doctor Eduardo Grove, quien recientemente había contraído matrimonio con su hermana Inés.

En marzo de aquel año, a punto de cumplir los 18 años, viajó, probablemente en vapor, hasta Valparaíso y de allí en tren hasta la Estación Central de Santiago, en la Alameda. Inicialmente, como tantos estudiantes de provincias, se instaló en la casa de su tía Ana Allende Castro, aunque no tardaría en independizarse de la tutela familiar y costearse su alojamiento y manutención.

La Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, enclavada en la popular avenida Independencia de una ciudad que entonces rondaba los 350.000 habitantes, era una de las más prestigiosas de América Latina. <sup>57</sup> Los estudios tenían una duración de seis años y cien alumnos ingresaban en el primer curso. El año académico se extendía del 1 de abril al 10 de enero y en aquella década se graduaron anualmente un promedio de 72 médicos. <sup>58</sup> Entre los compañeros de

aulas de Allende estuvieron jóvenes que después fueron brillantes profesionales, como Jorge Mardones Restat (catedrático de Farmacología y Premio Nacional de Ciencias en 1977), Ignacio Matte Blanco (psiquiatra y psicoanalista) o Héctor Croxatto (Premio Nacional de Ciencias en 1979). Fue alumno de destacados profesores, como Juan Noé, Eduardo Cruz-Coke, Emilio Aldunate o Armando Larraguibel.<sup>59</sup>

La Universidad de Chile, que entonces contaba con unos cinco mil estudiantes,<sup>60</sup> vivía un clima de efervescencia agitado por la Federación de Estudiantes (FECh, creada en 1906) e influido por el contexto político nacional (la dictadura del coronel Ibáñez y la represión contra la izquierda), continental (todavía se escuchaban los ecos del movimiento por la reforma universitaria de 1918 en Córdoba, Argentina) y mundial (el impacto de la Revolución de Octubre, las primeras sombras del fascismo en Europa). «Por un instante solíamos sentir que en nuestras manos descansaba el porvenir de la especie humana», describió José Santos González Vera.<sup>61</sup>

Allende no tardó en descubrir el mundo nuevo que se le abría en el horizonte. En mayo de 1926, el rector denegó a la FECh la utilización del Salón de Honor de la Universidad, una decisión que originó una serie de protestas que condujeron a una larga huelga estudiantil y al cierre de varias escuelas, así como a enfrentamientos con la policía.<sup>62</sup> Muy pronto destacó en la combativa Facultad de Medicina, donde fue elegido tempranamente presidente del Centro de Alumnos.

Tampoco se demoró en adoptar dos decisiones importantes. Por una parte, se independizó de su tía Ana y se marchó a vivir a una de las numerosas pensiones estudiantiles que poblaban la zona de Recoleta. El descubrimiento de la falta de atención médica y de educación, de la precariedad de las viviendas de las clases populares, de la miseria de su pueblo en definitiva, ahondó la senda iluminada por Demarchi. «Vivíamos en esa época en un barrio que era muy modesto, convivíamos prácticamente con el pueblo, éramos la mayoría estudiantes de provincia y en las noches nos reuníamos los que vivíamos en la misma pensión y en voz alta leíamos *El Capital*, a Lenin, y también a Trotsky».<sup>63</sup>

Por otra, como la economía familiar no era tan boyante como aparentaba la intensa vida social de su padre, tuvo que combinar estudios y trabajo y, dado que mostró interés por la psiquiatría, desde 1927 estuvo adscrito como interno, con derecho a habitación y alimentación, durante un tiempo en el Manicomio Nacional (fundado en 1852 con el nombre de Casa de Orates). «Desde el

segundo año trabajé en la Casa de Orates, donde después llegué a ser jefe de internos. Cuando cursaba cuarto año de Medicina fui ayudante de Anatomía de los profesores Benavente y Muñoz Pal», recordaba en 1939, tres semanas después de asumir como ministro de Salubridad del Presidente Pedro Aguirre Cerda.<sup>64</sup> Además, según señala el informe elaborado por la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso en 1935, en aquel tiempo colaboró de manera solidaria en un consultorio médico del sindicato anarquista IWW.

Durante un lustro pasó mucho tiempo en el enorme Manicomio Nacional, que estaba ubicado en la calle Olivos, muy cerca de la extensa avenida de La Paz, también en Recoleta. Entonces contaba con unas tres mil camas y tres secciones: ingresos voluntarios y observación, enfermos peligrosos y crónicos, y alcohólicos.<sup>65</sup> En aquel tiempo su jefe médico era el destacado psiquiatra Jerónimo Letelier Grez.<sup>66</sup>

En 1952, al cumplirse cien años de la fundación de la antigua Casa de Orates, Salvador Allende rindió homenaje en un discurso en el Senado a este doctor y a otros especialistas que consagraron su vida a intentar sanar a los más parias entre los parias de la sociedad. Como psiquiatra «frustrado» por su vocación política, planteó un proyecto de ley para que el presupuesto nacional de 1953 recogiera una partida de 350 millones de pesos destinada a la construcción de un nuevo hospital psiquiátrico y que se trazara un plan para implantar en los hospitales de provincias secciones dedicadas a la salud mental a fin de paliar la «pavorosa» atención a este tipo de enfermos.<sup>67</sup> La construcción del actual Hospital Psiquiátrico concluyó en 1959 y fue mérito en parte de aquella iniciativa del doctor Allende.<sup>68</sup>

Entre marzo de 1926 y diciembre de 1931 su vida también transcurrió en el mundillo social de los estudiantes en Santiago, entre las pensiones, los cafés y la Facultad. Así conoció a jóvenes poetas como Pablo Neruda o Vicente Huidobro, trabó amistad con muchachos como Víctor Jaque o Juan Varletta, con quienes practicaba la lucha romana y la natación en la piscina del Estadio Santa Laura o frecuentaba lugares de moda en la época, descritos por el periodista Manuel Salazar: «La Fuente Iris, donde conocen a Manuel Rojas, Ricardo Latchman, Antonio Acevedo Hernández, Carlos Cariola, Nicomedes Guzmán y José Santos González Vera; los cafés Santos y Volga, frecuentados por Mariano Latorre, Oreste Plath, Luis Sánchez Latorre, Tito Mundt y los periodistas de *El Mercurio*. Ocasionalmente, si alcanzaba el dinero, se arrimaban a la confitería Torres, bastión de la derecha; o al Jockey, en la primera cuadra [manzana] de Ahumada,

donde se reunían los *pijos* de la Universidad Católica». <sup>69</sup>

En aquel tiempo empezó también a forjarse su leyenda como seductor de mujeres, cultivada por amigos y compañeros como Carlos Jorquera y Óscar Waiss. Con todo, encontraba tiempo suficiente para el estudio, con la ayuda de una memoria privilegiada, y para el compromiso social, con su participación — como ya había hecho en Valparaíso— en las escuelas nocturnas para obreros que organizaba la FECh.

Pronto tuvo su primera experiencia militante en el grupo que reunía a los estudiantes marxistas de la Universidad de Chile. En 1931, Salvador Allende veía cada vez con mayor distancia la filiación radical de su padre, sus tíos y su abuelo. Había elegido su propio camino... y se acercaban días decisivos.

#### EN EL GRUPO AVANCE

Su tantas veces recordado discurso en la Universidad de Guadalajara (México), el 2 de diciembre de 1972, consagró otra de las referencias míticas de su bautismo en la lucha política. <sup>70</sup> Si Demarchi fue el primero que le transmitió las ideas de la emancipación de la explotación capitalista, ante los estudiantes mexicanos que le escuchaban con fervor evocó su militancia en el Grupo Avance para alertar frente al radicalismo estéril, contra el *infantilismo revolucionario*: «Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes que, como han leído el *Manifiesto Comunista* o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres que, por lo menos, tienen consecuencia en su vida».

Allende acostumbraba a destacar la lealtad a sus principios políticos porque sabía de las dificultades que ello entrañaba, como proclamó en otra de sus frases más recordadas de Guadalajara: «Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil». «Un ejemplo personal: yo era un orador universitario de un grupo que se llamaba Avance... el grupo más vigoroso de la izquierda. Un día se propuso que se firmara por el Grupo Avance un manifiesto —estoy hablando del año de 1931<sup>71</sup>— para crear en Chile los sóviets de obreros, campesinos, soldados y estudiantes. Y yo dije que era una locura, que no había ninguna posibilidad, que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que

mañana, como profesional, no iba a aceptar. Éramos 400 los muchachos de la universidad que estábamos en el Grupo Avance, 395 votaron mi expulsión; de los 400 que éramos, solo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero; tuvieron latifundios —se los expropiamos— y a los de los monopolios les pasó lo mismo. Pero en el hecho dos hemos quedado y a mí me echaron por reaccionario; pero los trabajadores de mi patria me llaman el Compañero Presidente».<sup>72</sup>

Avance se fundó en junio de 1931 por iniciativa de Marcos Chamudes, un joven militante del Partido Comunista, primer secretario general del Grupo y... cuatro décadas después furibundo enemigo del Gobierno de la Unidad Popular desde la tribuna insidiosa de la revista *PEC*. La militancia de Allende durante aproximadamente un año en esta organización es también interesante porque estaba claramente hegemonizada por dos sectores que se reclamaban los legítimos herederos del Octubre soviético. En su interior se reprodujo la división entre *laffertistas* e *hidalguistas*, entre los seguidores de la dirección del Partido Comunista (encabezada por Elías Lafferte y fiel a la Komintern) y los partidarios de la fracción disidente trotskista (liderada por Manuel Hidalgo), comandados en Avance por Óscar Waiss. Había una tercera fracción, más minoritaria y distanciada de las ácidas querellas del movimiento comunista internacional, a la que adscribía Salvador Allende. El Grupo tuvo sus bastiones en las dos facultades que encabezaban la lucha contra la dictadura de Ibáñez: Derecho y Medicina.<sup>73</sup>

La militancia en Avance le sirvió no solo para afirmar el realismo político, sino también para templar sus cualidades oratorias ante auditorios en ocasiones hostiles. En 1983, Óscar Waiss (director del diario *La Nación* durante la presidencia de Allende) evocó de manera muy gráfica una de sus primeras intervenciones en las tumultuosas asambleas que en aquellos años celebraban en la Casa Central de la Universidad de Chile, en la Alameda.<sup>74</sup> Los afines a la izquierda marxista solían ser una clara minoría de alrededor de un centenar de estudiantes, por lo que, cuando alguno de sus líderes más conocidos intentaba intervenir, sus palabras eran ahogadas por el estruendo de la mayoría. Debido a ello, un día decidieron presentar a un joven procedente de Valparaíso que estudiaba Medicina. Su apariencia elegante y atildada, en evidente contraste con el desaliño indumentario de sus compañeros, no despertaría inicialmente el rechazo...

«El “debut” de Allende fue muy curioso», registró Waiss en su libro

autobiográfico. «Cuando éramos una minoría insignificante, nos resultaba muy difícil intervenir en las asambleas, porque nuestros adversarios armaban un chivateo insoportable. Entonces decidimos lanzar a Salvador a la tribuna, porque tenía un aspecto de *pije*, no lo conocían y su origen social era claramente burgués. Subió el Chicho —ya lo llamábamos así— al sitio señalado y comenzó su intervención diciendo con voz sonora: “Señores”. Los radicales, que eran el núcleo principal de la derecha, se callaron pensando que se trataba de uno de ellos; nosotros permanecemos en silencio muy desconcertados, pues en esos tiempos decir “señores” en vez de “compañeros” significaba una herejía repudiable. Pero Salvador tenía una notable inteligencia y una agilidad mental extraordinaria; se lanzó pues a hablar de la libertad, tema en que nadie se atrevía a manifestar discrepancias o reservas, y, en nombre de esa libertad reconquistada, pidió respeto para exponer sus ideas. Logró el milagro y, desde ese día, se convirtió en un líder universitario».<sup>75</sup>

En el momento en que la dictadura de Ibáñez se desmoronaba, y en el contexto de una crisis profunda del Partido Comunista y del movimiento obrero, el Grupo Avance fue capaz de aglutinar a una corriente estudiantil revolucionaria que fue protagonista de importantes hechos políticos y sociales en aquellos convulsos años.<sup>76</sup> Así, en 1931 y 1932 conquistó la presidencia de la FECh con Julio Barrenechea y René Frías Ojeda, y debió de ser en aquel tiempo cuando Allende ocupó por un breve periodo la vicepresidencia de la Federación de Estudiantes. A fines de 1931 fue elegido delegado al Nuevo Consejo Universitario.<sup>77</sup>

El Grupo Avance tuvo un notable protagonismo en las movilizaciones que terminaron por derribar la dictadura. El 23 de julio de 1931 los estudiantes ocuparon el Salón de Honor de la Universidad y acusaron al régimen de despótico. En una situación económica muy dura, caracterizada por el hambre y el desempleo de grandes capas de la población, producto de las consecuencias de la crisis de 1929, tres días después el tiranuelo no tuvo más remedio que abandonar el país. En septiembre de 1957, Allende recordaba así aquellos días en los que tuvo oportunidad de conocer a uno de los líderes legendarios del movimiento popular: «El 25 de julio del año 31 me encontré encerrado en la Universidad defendiendo la dignidad de la Patria ofendida y humillada por el mismo personaje que ahora desempeña la Presidencia de la República. Allí conocí a un hombre al cual se ha ligado mi vida y con el que he realizado memorables jornadas de lucha. A él le debo mucho de lo que soy. Allí conocí y

estreché por primera vez la mano del presidente del Partido Comunista, mi gran amigo Elías Lafferte».<sup>78</sup>

Por su participación en las protestas contra Ibáñez llegó a ser expulsado de la Universidad y estuvo preso. Jamás olvidó aquel periodo en el que el coronel impuso un régimen autoritario y represivo y aquella memoria fue decisiva para que en 1951 decidiera levantar por primera vez su opción como candidato presidencial, en otro momento difícil para la izquierda.

En sus últimos años como estudiante de Medicina en Santiago, Salvador Allende también conoció al grupo de muchachos católicos que pocos años después fundarían la Falange Nacional y que desde los años sesenta, ya como Partido Demócrata Cristiano, pugnaron con la izquierda por la hegemonía política. Los jóvenes socialcristianos que estudiaban en la Universidad de Chile formaron el grupo Renovación, y, según Óscar Waiss, protagonizaron «una homérica lucha con Avance, desde el año 1931 hasta mediados de 1933». Al tiempo que iniciaban un debate entre marxismo y socialcristianismo que se prolongaría hasta 1973, Allende forjó una relación de amistad con varios de ellos. Así lo expresó el 12 de marzo de 1968 en el Senado: «Falta en este recinto Ignacio Palma. Él sabe que lo que digo es cierto. Manuel Garretón y él eran líderes del movimiento católico renovador; yo, el dirigente del Grupo Avance. Veinte veces cruzamos nuestras espadas en la Universidad y hemos seguido cruzándolas a lo largo de la vida política: él, desde su trinchera demócratacristiana, yo, en mi convicción de marxista y socialista. Eso debe merecer respeto en este país».<sup>79</sup>

Aquellos encuentros debieron de ser muy interesantes porque permitieron una confrontación ideológica muchas veces acalorada y sectaria, pero otras más sosegada y racional, sobre todo cuando el sacerdote que dirigía el Pensionado Católico reunía a los miembros de ambos grupos. «Nos sentábamos a un lado los de izquierda, generalmente Allende, Contreras Moroso, Roberto Alvarado, José Manuel Calvo, Julio Cabello y yo; al otro los de Renovación, casi siempre Bernardo Leighton, Manuel Garretón, Ignacio Palma y algún otro. Allí la discusión solía ser tranquila, llegaba a niveles extraordinarios y sirvió para establecer lazos humanos que se han conservado a través de más de cincuenta años», escribió Waiss.<sup>80</sup>

En diciembre de 1931, después de seis intensos cursos en la Universidad de Chile y la participación activa en la lucha contra la dictadura de Ibáñez, Salvador Allende regresó a la casa familiar en la avenida Libertad número 269 de Viña del

Mar, frente al Palacio Carrasco, a cuatro esquinas de la plaza Vergara y muy cerca de la iglesia de las Carmelitas, adonde cada domingo acompañaba a su madre y la esperaba mientras ella asistía a misa. El eje con Valparaíso volvió a ser el centro de su existencia cotidiana. Ya en la recta final de sus estudios, debía prepararse de manera concienzuda para los últimos exámenes y concentrarse en la preparación de su investigación.

No volvió a vivir en Santiago hasta su designación como ministro de Salubridad en septiembre de 1939, cuando se estableció en la capital de forma definitiva.

41. *El Andamio*, 27 de septiembre de 1945, p. 2.
42. Debray, Régis: *Conversación con Allende*. México, Siglo XXI, 1971, p. 62.
43. *Bandera roja*, n.º 4. Concepción, junio de 1926, p. 6.
44. *El Andamio*, 27 de septiembre de 1945, p. 4.
45. *La Protesta*, 6 de marzo de 1932, p. 4.
46. *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3, p. 146.
47. *Acción Directa*, mayo de 1943, p. 3. Para encontrar en los fondos de la Biblioteca Nacional de Chile todas estas referencias a Juan Demarchi ha sido muy importante el artículo sobre este anarquista publicado por Manuel de la Tierra en el periódico libertario *El Surco* en enero-febrero de 2011 y las fuentes que cita. Este artículo está disponible en: <http://www.portaloaca.com/historia/biografias/3469-juan-demarchi-anarquista.html>
48. He intentado, sin éxito, localizar a sus descendientes en Valparaíso. Agradezco a Sergio Vuskovic, alcalde comunista de Valparaíso entre 1971 y 1973, su disposición a ayudarme en este punto.
49. Este documento se reproduce en el Apéndice V. Agradezco al periodista Juan Gonzalo Rocha su cesión.
50. En septiembre de 2003, con la participación de Isabel Allende Bussi, el auditorio del Liceo Eduardo de la Barra fue bautizado como «Salón de Honor para la Educación y la Cultura, ex alumno Salvador Allende Gossens».
51. Este documento se reproduce en el Apéndice V. Agradezco a la directora del Liceo Eduardo de la Barra, Lorena Cortés, y al profesor Luis Gaudio la ayuda prestada.
52. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 11.
53. *Las Noticias de Última Hora*, 25 de agosto de 1970, p. 7.
54. Labarca (2007), p. 36. Agradezco a Eduardo Labarca la cesión del certificado de servicios que en mayo de 2006 le facilitó el Ejército de Chile y que se reproduce en el Apéndice V.
55. *Arauco*, n.º 55. Agosto de 1964, p. 19.
56. En enero de 2013, el Ejército de Chile organizó una exposición sobre el servicio militar en el Senado y destacó algunas de las personalidades que lo cumplieron: en el siglo XX solo tres Presidentes (Gabriel González Videla, Salvador Allende y Patricio Aylwin). Fuente: <http://www.cambio21.cl/cambio21/site/artic/20130122/pags/20130122175305.html>
57. Salvo un ejemplar de su memoria de licenciatura (restaurado este mismo año y digitalizado) y un resumen de la misma, ningún otro documento queda hoy en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile del paso de Salvador Allende, según nos informaron en noviembre de 2012 en la biblioteca del Museo Nacional de Medicina. Un gran incendio ocurrido el 2 de diciembre de 1948 destruyó el edificio que ocupaba desde 1890 y un gran volumen de documentación, entre otra la correspondiente al Centro de Alumnos. Agradezco a Andrés Díaz y sus compañeros la amable ayuda que me prestaron.
58. Sierra, Lucas: *Cien años de enseñanza de la Medicina en Chile*. Santiago de Chile, 1934, p. 297.
59. Cruz-Coke M., Ricardo: «Síntesis biográfica del doctor Salvador Allende G.». *Revista Médica de Chile*. Vol. 131. Santiago de Chile, 2003, p. 810.
60. Mallafe, Rolando *et alii*: *Historia de la Universidad de Chile*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1992, p. 148.
61. González Vera, José Santos: *Cuando era muchacho*. Nascimento. Santiago de Chile, 1951, p. 245.
62. Mallafe, p. 153.
63. Debray, pp. 59-60.
64. *Hoy*, 19 de octubre de 1939. Entrevista incluida en: *Salvador Allende. Vida política y parlamentaria*. Ediciones de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Santiago de Chile, 2008, p. 276.
65. Escobar Miguel, Enrique *et alii* (eds.): *De Casa de Orates a Instituto Psiquiátrico. 150 años de historia*. Sociedad Chilena de Salud Mental. Santiago de Chile, 2002, pp. 118-119.
66. En la biblioteca del actual Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak de Santiago se conserva el ejemplar del resumen de la memoria de licenciatura que Salvador Allende dedicó de manera afectuosa al doctor Letelier Grez en 1933. Agradezco a Maritza Alderete, bibliotecaria del Instituto Psiquiátrico, su

atenta atención.

67. Agradezco al personal de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile que me facilitaran este discurso.

68. Armijo Brescia, María Alejandra (ed.): *La psiquiatría en Chile. Apuntes para una historia*. Santiago de Chile, 2010, p. 24.

69. Salazar Salvo, Manuel: «Allende biografía». Edición especial del diario *La Nación* con motivo del centenario de Salvador Allende. 29 de junio de 2008, p. 30.

70. Hoy en la Universidad de Guadalajara, en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, existe un auditorio llamado «Dr. Salvador Allende Gossens». Con capacidad para más de 600 personas, es el mayor de los cinco que tiene este Centro Universitario. Asimismo, el 11 de septiembre de 2003 la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) creó la Cátedra Latinoamericana de Medicina Social Dr. Salvador Allende Gossens.

71. En aquel discurso se equivocó de fecha, ya que fue el 5 de junio de 1932, al día siguiente de la proclamación de la República Socialista, cuando el Grupo Avance constituyó «el primer Sóviet de Obreros, Campesinos, Mineros, Soldados, Marineros, Carabineros e Indios» y cuando debió de producirse su expulsión del mismo. Cruz Salas, Luis: *La República Socialista del 4 de junio de 1932*. Ediciones Tierra Mía. Santiago de Chile, 2002, p. 24.

72. Witker, Alejandro: *Salvador Allende. 1908-1973. Prócer de la liberación nacional*. UNAM. México, 1980, pp. 4-5.

73. Moraga, Fabio: *Muchachos casi silvestres: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno. 1906-1936*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 2007, pp. 542-552.

74. *Diario 16*. Madrid, 11 de septiembre de 1983. Documento especial sobre el décimo aniversario de la muerte de Salvador Allende, p. VIII.

75. Waiss, Óscar: *Chile vivo. Memorias de un socialista. 1928-1970*. Centro de Estudios Salvador Allende. Madrid, 1986, pp. 21-22.

76. Moraga, p. 546.

77. Departamento de Planificación de la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República (OIR): *Biografía del Presidente Allende*. Santiago de Chile, 1972, pp. 6-7. En octubre de 2012 me puse en contacto con el archivo de la FECh, pero no conservan documentación de aquellos años.

78. *El Siglo*, 16 de septiembre de 1957, p. 4. En sus memorias, Lafferte evocó la *marea popular* de julio de 1931 y cómo conoció a algunos militantes de Avance: «El sábado 25 de julio, la presión creció cuando se supo que los carabineros habían matado a dos jóvenes aristócratas antiibañistas: Pinto Riesco y Jaime Ortúzar. Yo salí a la calle y desesperadamente me puse a buscar contactos, pero no los encontré. Fui a la Universidad, pero no pude entrar, llevado y traído por las mareas de gentes que iban y venían en un interminable flujo y reflujo, empujadas por los carabineros con sus lanzas en ristre. (...) Era el 26 de julio. Al salir, a las doce y media del día, me encontré con el espectáculo que presentó Santiago ese día. Los automóviles corrían haciendo sonar sus bocinas, las gentes se abrazaban en la calle, sin conocerse. (...) Ibáñez había caído y la libertad, después de largos años de ibañismo, se paseaba eufórica por las calles de Santiago. Lo mismo ocurría en todas las ciudades, pueblos y aldeas de Chile. (...) En la noche llegó a Santiago Carlos Contreras Labarca y con él fui a la Universidad, donde conocí a varios jóvenes del Grupo Avance». Lafferte, Elías: *Vida de un comunista. Páginas autobiográficas*. Santiago de Chile, 1961.

79. *Informe del señor presidente del Senado acerca de su reciente viaje a Pascua y Tahití*. Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Sesión 65.<sup>a</sup>. Martes, 12 de marzo de 1968, p. 13.

80. Waiss, p. 22.

## Médico, socialista y masón

La década de 1930 marcó definitivamente el rumbo de la vida de Salvador Allende. En 1933, en el escaso plazo de un mes participó en la fundación del Partido Socialista desde Valparaíso y obtuvo su título de licenciado como médico-cirujano por la Universidad de Chile. Durante un lustro ejerció profesionalmente su profesión en distintos hospitales del puerto y compartió con otros profesionales un consultorio que era conocido como el «Socorro Socialista». La vocación política no tardó en imponerse y su trayectoria fue realmente meteórica: con 27 años ya era el secretario político del PS en la provincia, con 28 fue designado vicepresidente del Frente Popular en Valparaíso y con 29 fue electo diputado. Medio siglo después, un Allende volvía al Congreso Nacional. Y como su abuelo Ramón, su padre y sus tíos ingresó en la masonería, a la que perteneció hasta el fin de sus días.

### MIL QUINIENTAS AUTOPSIAS

Después de seis años de ausencia, Salvador Allende se instaló de nuevo en la casa familiar en Viña del Mar. En el sosiego de la Ciudad Jardín, tras el agitado 1931 que vio la caída de Ibáñez, se preparó para el periodo definitivo de sus estudios universitarios: los exámenes finales y la redacción del trabajo para licenciarse como médico-cirujano.<sup>81</sup> Su memoria prodigiosa, su probada capacidad de trabajo y seguramente muchas noches en vela frente a los libros, como tantos estudiantes, le permitieron compensar el tiempo dedicado a la actividad política y social y también, obviamente, a las distracciones propias de la edad.

A lo largo de 1932 estuvo adscrito como médico interno a los hospitales San Agustín y Carlos Van Buren de Valparaíso. Su título universitario tiene fecha de

12 de abril de 1933 y señala que logró la «distinción máxima» en las pruebas prescritas.<sup>82</sup> Un mes después defendió su tesina de licenciatura, titulada *Higiene mental y delincuencia*, aprobada con una calificación media por una comisión integrada por los profesores Jaime Vidal (especialista en Medicina Legal), Joaquín Luco (Psiquiatría) y Hugo Lea (Neurología).

*Higiene mental y delincuencia* fue el resultado de sus años de trabajo y convivencia con los pacientes del Manicomio Nacional, una labor animada (como expresó en su prefacio) por «el anhelo de días mejores y el recuerdo de largas horas de charla en que criminales y delincuentes nos abrieron el pórtico de su vida, derramando en torno nuestro su venero sentimental, salpicado en sangre, dolor y miseria». En el resumen obtenido en el Museo Nacional de Medicina constan las cuatro principales conclusiones que el aspirante a médico planteaba después de varios años de atención psiquiátrica: la criminalidad en Chile era por esencia «de naturaleza homicida»; «la influencia evidente que tienen las taras hereditarias y enfermedades degenerativas en la etiología de la delincuencia»; «la importancia del analfabetismo y del alcoholismo en la génesis de los delitos de sangre»; «la más relativa frecuencia de los trastornos endocrinos, sobre todo tiroideos en los delincuentes».<sup>83</sup>

Ante esta realidad, sugería las siguientes medidas: «ampliar y difundir las escuelas experimentales para débiles mentales»; «crear y organizar a lo largo de todo el país los servicios de higiene mental»; «establecer anexos psiquiátricos y servicios médico-criminológicos en las penitenciarías y cárceles»; «formar la carrera de médico psiquiátrico y médico criminalista»; «determinar que solo los médicos especializados en Psiquiatría criminológica pueden servir como asesores en las Cortes y Juzgados del Crimen»; «entregar a un personal técnico (médicos, psicólogos y pedagogos) la administración y dirección de establecimientos penales».

A diferencia de su único libro (*La realidad médico-social chilena*, publicado a fines de 1939), su tesina de licenciatura quedó en el olvido hasta que en 2005 Víctor Farías publicó el primero de tres opúsculos que pretendían la demolición del «mito» de Salvador Allende al imputarle planteamientos racistas similares a los del nazismo.<sup>84</sup> Su libro fue conveniente y rápidamente respondido por la Fundación Presidente Allende de España con una obra que analiza y reproduce íntegramente el trabajo de Allende de 1933 (y a la que remitimos a los interesados en esta polémica).<sup>85</sup>

A pesar de su notable expediente académico, Allende enfrentó grandes

obstáculos para ejercer su profesión en Valparaíso, como explicó en 1971 al cineasta italiano Roberto Rosellini, en una entrevista grabada para varias cadenas de televisión: «Tuve muchas dificultades, porque, aunque fui un buen estudiante y me gradué con una calificación alta, me presenté por ejemplo a cuatro concursos en los que era el único concursante y sin embargo los cargos quedaron vacantes. ¿Por qué? Por mi vida estudiantil». Su participación en las luchas contra Ibáñez, su notoriedad como dirigente universitario determinaron que las autoridades le negaran trabajo.

En Valparaíso solo encontró ocupación como asistente de anatomía patológica en el Hospital Carlos Van Buren. «Con estas manos he hecho 1.500 autopsias», señaló en aquella entrevista, en otra de sus sentencias recurrentes para evocar su trabajo profesional de varios años como médico... y para rebatir a quienes, con tanto empeño como ignorancia, dibujaban la imagen del «*pije* Allende», le motejaban como un burgués que se disfrazaba de revolucionario para engañar al pueblo y arañar sus votos.

Eran jornadas muy intensas que se prolongaban hasta entrada la noche porque, al finalizar su trabajo, se dedicaba a organizar el PS: «Yo soy el fundador del Partido Socialista de Valparaíso. Me enorgullece haber mantenido desde cuando era estudiante hasta hoy una línea, un compromiso, una coherencia», le dijo a Rosellini.<sup>86</sup> Siempre expresó esa legítima honra, tal y como lo manifestó en 1964: «... si de algo estoy satisfecho es de no haber cambiado jamás mi apellido político. Soy fundador en Valparaíso del Partido Socialista; todo Chile sabe lo que soy y cuál es el fundamento doctrinario y la filosofía que tenemos los socialistas».<sup>87</sup>

Y en abril de 1973, en una entrevista publicada con motivo del cuadragésimo aniversario de su fundación, evocó de manera muy sucinta su recorrido en las filas del socialismo: «Yo he sido de todo en el partido, desde fundador en Valparaíso, jefe de núcleo, secretario general, subsecretario general, diputado del partido, senador del partido, ministro del partido, Presidente del partido. Lo que más me ha marcado es el espíritu socialista, la generosidad y el fervor de miles de militantes que he conocido en mi vida, que nunca pidieron nada personal y siempre tuvieron fe en la victoria del pueblo para construir el socialismo. Ahora, yo personalmente puedo decir que todo lo que soy y he sido se lo debo al Partido Socialista y al pueblo».<sup>88</sup>

El 11 de septiembre de 1973 en La Moneda portaba en su cartera el carné del Partido Socialista, uno de los pocos objetos personales que su familia conserva.<sup>89</sup>

Una fuerza política fundada el 19 de abril de 1933, después de un acontecimiento que sacudió el país durante doce días...

## LA REPÚBLICA SOCIALISTA

El origen inmediato del PS se remonta a junio de 1932, cuando en Chile se proclamó la primera República Socialista de América. Fue un proceso efímero, pero que alumbró liderazgos nuevos en la izquierda, singularmente el de Marmaduke Grove (el gran caudillo socialista en los años treinta), y sobre todo impulsó la convergencia de distintos grupos alejados del «tronco» comunista.

La noche del 4 de junio de 1932, Grove, coronel de la Fuerza Aérea (y hermano de Eduardo, esposo de Inés Allende), acompañado por un centenar de personas, entró en La Moneda y comunicó al Presidente Juan Esteban Montero que como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas tomaba el mando de la nación y establecía una República Socialista. Se formó una Junta de Gobierno (integrada por el general retirado Arturo Puga, el dirigente socialista Eugenio Matte y el periodista Carlos Dávila) que duró doce días. Grove asumió el Ministerio de Defensa en un gobierno copado por socialistas como el propio Matte, Eugenio González (Educación), Alfredo Lagarrigue (Hacienda) o Carlos Alberto Martínez (Tierras y Colonización). La República Socialista disolvió el «Congreso Termal», indultó a los marinos condenados por la sublevación de la escuadra de 1931 y planteó un programa económico que preveía la creación de un banco estatal y la reforma agraria. Pero el 16 de junio un grupo de militares, que acusó a Matte y Grove de pretender conducir el país al «comunismo», puso fin a tan singular experiencia y desterró a sus principales líderes a la Isla de Pascua. Carlos Dávila encabezó el nuevo Gobierno, que apenas duró tres meses, con formas autoritarias: clausuró el Congreso Nacional y declaró la ley marcial.

Aquellos agitados días sorprendieron a Allende en su entorno cotidiano del eje Viña del Mar-Valparaíso. Acerca de su participación en aquel movimiento político no hay más información que la que él mismo proporcionó a Debray en 1971: «Cuando vino la caída de la República Socialista de Marmaduke Grove estaba haciendo mi internado de Medicina en Valparaíso. Entonces pronuncié un discurso como dirigente universitario en la Escuela de Derecho, como consecuencia del cual se me detuvo. Además, fueron detenidos otros familiares míos (...). Ahí nos juzgó una corte marcial que nos puso en libertad. Nuevamente

nos tomaron presos y nos sometieron a una segunda corte marcial, vino toda la etapa del proceso propiamente tal».

Entonces su padre estaba gravemente enfermo, le habían amputado una pierna y tenía síntomas de gangrena en la otra. Alfredo Allende y su hermano Salvador estaban detenidos, pero les permitieron visitarle. «Allí como médico me di cuenta del estado de gravedad suma en que se encontraba. Pude conversar unos minutos con él y alcanzó a decirnos que solo nos legaba una formación limpia y honesta y ningún bien material». Falleció pocas horas después, el 8 de septiembre de 1932, en su hogar de Viña del Mar. En su funeral su hijo menor tomó la palabra para hacer una promesa de hondo calado, según recordó tres décadas después: «... hablé para decir que me consagraría a la lucha social, promesa que creo haber cumplido».<sup>90</sup>

Moulian subraya el significado de estas palabras: «Esta autoimagen es interesante, Allende vincula su vocación de luchador social a la fuerza de los afectos, a esa simbólica promesa realizada ante la tumba paterna. No la liga al conocimiento ideológico, a la iluminación del marxismo. En esa confesión ante Debray, él realiza sin pretenderlo un retrato sociológico de la generación política socialista de los años treinta. Provenientes la mayor parte de la tradición del humanismo laico, de familias de capas medias profesionales provincianas, realizan su tránsito hacia posiciones revolucionarias de manera distinta a la generación de los sesenta. Se sensibilizan, no a través del vehículo de la teoría marxista, sino a través de un conocimiento empírico de la miseria (...) o a través de su inmersión en las luchas sociales de esos años agitados».<sup>91</sup>

El deceso fue recogido por la prensa local, que destacó que fue «sentido en nuestros círculos sociales». «Desaparece el señor Allende rodeado de los solícitos cuidados que desde hacía largo tiempo le prodigaban su esposa e hijos y sus incontables amigos, que lamentan inconsolables su muerte».<sup>92</sup> Su funeral, con misa incluida, tuvo lugar el 10 de septiembre en Viña del Mar. Al día siguiente, *El Mercurio de Valparaíso* le dedicó un elogioso obituario que ensalzaba sus cualidades profesionales («abogado sagaz y laborioso», «consejero jurídico inteligente»), pero sobre todo su simpatía y su pasión por los placeres vitales: «Asistir a una comida en compañía de Salvador Allende en algún círculo de amigos era un placer único». Y ello porque con gran ingenio y simpatía solía inventar versos simpáticos y satíricos sobre las situaciones más diversas desde el buen gusto. «Bondadoso, excelente amigo, hombre de hogar con ternuras exquisitas, jefe de una familia encantadora...».<sup>93</sup>

Justo 41 años después, este mismo diario se referiría de modo muy diferente a la muerte de su hijo menor.

## EL HACHA ARAUCANA EN EL CORAZÓN DE AMÉRICA

Las elecciones presidenciales del 30 de octubre de 1932 clausuraron un tormentoso periodo de inestabilidad y abrieron paso a cuatro décadas en las que presidentes constitucionales elegidos en las urnas se relevaron en La Moneda y los militares se mantuvieron recluidos en sus cuarteles. Entre 1932 y 1973 (el tiempo político de Salvador Allende), en una América Latina que estuvo sojuzgada por dictadores como Pérez Jiménez, Batista, Rojas Pinilla, Strossner, Somoza o Duvalier, o regida por caudillos populistas como Perón o Vargas, Chile exhibió un sistema estable de partidos, perfectamente alineados en el eje izquierda-centro-derecha, una sucesión ordenada en el poder político y una cierta capacidad de negociación de los sectores medios y populares.

Fue entonces cuando se forjó el mito de Chile, de una democracia ejemplar que permitiría incluso la sustitución de la institucionalidad «burguesa» y la economía capitalista por unas nuevas estructuras que terminarían franqueando el tránsito al socialismo. Tiempo de mistificación, de olvido de la ominosa proscripción de los comunistas entre 1948 y 1958, tiempo en el que ni Salvador Allende ni la izquierda supieron comprender el significado de la intervención de Washington, capaz de reclutar para sus intereses a los sectores y prohombres anticomunistas, ni la importancia del contexto de la *guerra fría*, agudizada en la región tras la Revolución Cubana.<sup>94</sup>

El 30 de octubre de 1932 Arturo Alessandri Palma fue elegido de nuevo Presidente de la República con el 54,6% de los sufragios. La gran sorpresa fue la elevada votación (17,7%) obtenida por Marmaduke Grove, quien carecía de una organización política de apoyo y ni siquiera pudo realizar campaña por estar preso. Además, su hermano Hugo fue elegido senador por Valparaíso y Eugenio Matte, por Santiago.<sup>95</sup> Aquel resultado coincidió con la profunda crisis del Partido Comunista, cuyo candidato, Elías Lafferte, apenas logró el 1,2%.<sup>96</sup> Fundado en 1912 por Luis Emilio Recabarren con el nombre de Partido Obrero Socialista, había conocido una primera década de expansión y organización por todo el país, al igual que la Federación Obrera, pero la represión del régimen de Ibáñez, el sectarismo de las directrices de la Komintern y las querellas con los

sectores catalogados como trotskistas le sumieron en la irrelevancia hasta la formación del Frente Popular.

El notable apoyo a Grove aceleró la convergencia de varios grupos heterogéneos: sectores que reivindicaban una identidad de apellido socialista, grupos que cultivaban un nacionalismo progresista, militantes expulsados del Partido Comunista y también la Acción Revolucionaria Socialista de Óscar Schnake y Eugenio González, de inspiración anarcosindicalista, una matriz que aportó muchos militantes al PS. Su principal referencia externa fue la peruana Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) de Víctor Raúl Haya de la Torre por su latinoamericanismo y antiimperialismo, así como por su desafección hacia Moscú.

Todos estos grupos confluyeron en Santiago el 19 de abril de 1933 para formalizar la fundación de una organización política cuya primera Declaración de Principios proclamó: «El Partido Socialista adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social. La actual organización capitalista divide la sociedad humana en dos clases cada día más definidas, una clase que se ha apropiado los medios de producción y que los explota en su beneficio y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario».

El PS habló en aquel documento de la necesidad de una especie de dictadura del proletariado, aunque no en términos leninistas: «El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de transportes, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados». Incluso descartó la posibilidad de construir el socialismo «por medio del sistema democrático»: «La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación». Su vocación era esencialmente latinoamericanista: «La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. Para resolver este postulado el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica para llegar a la Federación

de las Repúblicas Socialistas del continente y a la creación de una política antiimperialista».<sup>97</sup>

La personalidad de Marmaduke Grove (hijo de un abogado radical y masón, como Allende), caudillista, mesiánica (pero también carente de preparación ideológica y política), fue decisiva para la expansión del Partido Socialista por todos los confines del país.<sup>98</sup> Con el *grovismo* como fenómeno de masas, en aquella década el socialismo fue forjando una cultura partidaria claramente diferenciada.<sup>99</sup> La bandera roja con el hacha araucana incrustada en el mapa de América se desplegaba por todo Chile y todo Chile escuchaba su himno: *La Marsellesa socialista*.

Salvador Allende, cuyo nombre no figura entre los signatarios del acta fundacional del PS, participó en su creación en Valparaíso en los días en que se preparaba para defender su tesina *Higiene mental y delincuencia*. En su conversación con Debray en 1971 no renunció a explicar por qué se había unido a quienes postulaban una segunda fuerza política definida como marxista: «Efectivamente, cuando fundamos el Partido Socialista existía el Partido Comunista, pero nosotros analizamos la realidad chilena y creímos que había cabida para un partido que, teniendo un pensamiento filosófico doctrinario similar, un método como el marxismo para interpretar la historia, era un partido que no tenía vinculaciones de tipo internacional, lo cual no significaba que nosotros desconociéramos el internacionalismo proletario. (...) El Partido Comunista aparecía como un partido más hermético, más cerrado, nosotros creíamos que era conveniente un partido que sobre la base, reitero, del mismo pensamiento, tuviera una concepción más amplia, de una independencia absoluta, con otra táctica que enfocara esencialmente los problemas, digamos, chilenos con un criterio al margen de una posición vinculada internacionalmente».<sup>100</sup>

Drake revisó el censo de los 447 primeros militantes del Partido Socialista en Santiago y de ellos solo nueve eran médicos.<sup>101</sup> Desconocemos cuántos de estos profesionales participaron en la primera seccional de Valparaíso, pero no resulta difícil intuir que muy pocos, puesto que este oficio, rodeado de un aura de prestigio social, invitaba a una vida burguesa y, en términos políticos, a alinearse con las fuerzas que garantizaban el orden capitalista. No fue esta la opción de Salvador Allende. Las lecciones del viejo Demarchi, las batallas estudiantiles, la sensibilidad social demostrada con los pacientes del Manicomio Nacional, la participación en la República Socialista y la represión política y la

discriminación laboral sufridas explican su participación en la fundación del PS desde el ancho puerto observado por los 42 cerros.

## UN ASCENSO FULGURANTE

Pronto los principales dirigentes recorrieron el país para impulsar la estructuración del partido y, así, a fines de junio Eugenio Matte, Albino Pezoa y Federico Klein participaron en una concentración masiva en Valparaíso.<sup>102</sup> En apenas tres meses se constituyeron más de ochenta seccionales del Partido Socialista, según la que probablemente fue su primera publicación, que señalaba acerca de la de Salvador Allende: «En plena organización, reúne en su seno a amplias masas proletarias. Camaradas de mucho espíritu de lucha».<sup>103</sup> Este periódico informaba de la estructura orgánica y mencionaba los distintos consejos técnicos que asesoraban al Comité Central, integrados por «militantes especialistas y peritos en cada materia». Es probable que Allende formara parte muy pronto del consejo de «Salubridad y Asistencia» por su destacada participación en esta materia en los primeros congresos del PS.

En cualquier caso, desde el primer momento tuvo responsabilidades partidarias. Inicialmente, fue elegido jefe de uno de los núcleos porteños: los núcleos eran la agrupación de base (similares a las células comunistas) y estaban integrados por entre cinco y nueve militantes. Cuando superaban este número, se dividían y volvían a iniciar su labor de captación y formación de nuevos adherentes. Todos los de una localidad formaban la estructura territorial superior: la seccional.

En los últimos días de octubre de 1933, el Partido Socialista celebró su primer Congreso General Ordinario, que confirmó a los dirigentes designados de manera provisional en abril: Óscar Schnake como secretario general y Marmaduke Grove, Eugenio Matte o Carlos Alberto Martínez como tres de los miembros más destacados del Comité Central.<sup>104</sup>

En 1934 Allende vivía en Viña del Mar con su madre, trabajaba en el departamento de Anatomía Patológica del Hospital Van Buren (camino de sus 1.500 autopsias) y, como especialista en Medicina Interna y Psiquiatría, se integró en un consultorio médico junto con los hermanos Hugo, Eduardo y Jorge Grove y con Lautaro Ponce, conocido como el «Socorro Socialista». Por los anuncios que aparecían en el semanario *Consigna* (primera publicación oficial

duradera del PS) sabemos que aquel centro médico estuvo ubicado en el número 163 de la calle Aldunate.<sup>105</sup>

En diciembre de ese año, Valparaíso acogió el II Congreso General del PS, que se celebró en un amplio local de los trabajadores del tranvía ubicado en la avenida Manuel Montt esquina con la calle Morris. Por el periódico *Núcleo* (órgano de su seccional) tenemos constancia de la participación de Allende en aquel cónclave, en el que integró la comisión de Salubridad y la representó ante el plenario la noche del 23 de diciembre para dar lectura al informe producto de su discusión, que fue aprobado. En su intervención planteó la política asistencial que el Estado debería desarrollar y ofreció un conjunto de estadísticas oficiales demoledoras. Por ejemplo, señaló que, de cada mil niños nacidos vivos en Chile, 238 fallecían tempranamente (117 en España, 76 en Francia, 110 en Uruguay, 32 en Nueva Zelanda) y describió el devastador impacto de las enfermedades venéreas (sífilis, gonorrea).<sup>106</sup> También tomó la palabra para referirse al trabajo que debían desarrollar los parlamentarios socialistas y en el debate acerca del trabajo de la comisión de Cultura.

En aquel marco, el Partido Socialista celebró el que debió de ser su primer acto de masas en Valparaíso, puesto que más de tres mil personas llenaron el Teatro Coliseo. Hablaron el secretario general, Óscar Schnake, y varios dirigentes regionales, como Natalio Berman (Concepción) o César Godoy Urrutia (Santiago). En representación de la seccional de Valparaíso subió a la tribuna el zapatero Amaro Castro, antes de que Grove procediera a la clausura.<sup>107</sup> En aquellos días también se constituyó la primera plataforma unitaria que el Partido Socialista integró: la agrupación de parlamentarios de varias fuerzas progresistas (Partido Radical Socialista, Partido Democrático, Izquierda Comunista y PS) en el Block de Izquierdas, creado para hacer frente a la política reaccionaria del Presidente Arturo Alessandri y su denostado ministro de Hacienda, Gustavo Ross.

En 1935 la publicación de la seccional de Valparaíso se denominaba *El Socialista*. Los escasos ejemplares que se conservan en la Biblioteca Nacional de Chile permiten establecer que ya en marzo de aquel año Allende era el secretario regional del Partido Socialista en la provincia de Aconcagua y también que no fue candidato en las primeras elecciones nacionales a las que el PS concurrió, los comicios municipales de abril de aquel año, en los que su compañero de consultorio, el doctor Ponce, fue elegido regidor.

El 31 de marzo, el Teatro Palace acogió la proclamación de los tres

candidatos socialistas. Participaron el diputado Carlos Alberto Martínez, dos de los aspirantes (Amaro Castro y Luis A. Gallardo) y cuatro oradores designados por el secretario de Agitación, «el camarada Plaza», entre los que se hallaba Allende. De su intervención, dedicada a explicar el funcionamiento interno de un partido que en aquellas fechas se aproximaba a sus dos primeros años de vida, el periódico socialista porteño destacó: «Muy acertado en su disertación estuvo el camarada Allende, secretario provincial de Aconcagua, quien hizo ver la férrea organización que se estaba dando al Partido, organización distinta a la de todos los demás partidos».<sup>108</sup> El resultado de aquellas elecciones, a las que concurrió sin alianzas, fue negativo, ya que solo obtuvo once regidores en todo el país, frente a los más de 350 de los partidos Conservador y Liberal o los 289 del Partido Radical.<sup>109</sup>

El 1 de mayo de 1935 a Salvador Allende le correspondió por primera vez subir a la tribuna en el Día del Trabajo. Fue en Viña del Mar, donde se concentraron alrededor de dos mil trabajadores, que aclamaron a Grove y a la delegación de dirigentes que le acompañaba, compuesta por Ricardo Latcham, Hugo Grove, Lautaro Ponce y él mismo.<sup>110</sup> Sus responsabilidades partidarias iban desde la gran a la pequeña política. Por ejemplo, en las semanas siguientes se dedicó a la preparación de los actos de conmemoración del tercer aniversario de la República Socialista en distintos puntos de la provincia<sup>111</sup> y el 25 de junio participó en el cerro Santo Domingo en la elección del nuevo jefe de barrio y, una vez más, tuvo que explicar «la forma y el valor» de la estructura nuclear del PS.<sup>112</sup>

Fue en aquel tiempo cuando por primera vez hicieron acto de presencia, en una concentración en La Calera, las Milicias Socialistas, una agrupación de militantes en formación militar que durante aquellos años (hasta que el Presidente Pedro Aguirre Cerda decretó la disolución de este tipo de grupos) se enfrentó en combates callejeros con las Milicias Republicanas de la derecha y con los grupos de asalto del nazismo criollo: el Movimiento Nacional Socialista dirigido por el abogado Jorge González Von Marées. Como atestiguan varias fotografías de la época (una de ellas incluida en este libro), Allende desfiló varias veces con el uniforme de las Milicias Socialistas y, con su probada habilidad para el boxeo, tomó parte en los combates callejeros que expulsaron a los nazis de Valparaíso. Varios militantes socialistas, como Manuel Bastías en Concepción o el joven y admirado poeta Héctor Barreto en Santiago, murieron en aquellos enfrentamientos.<sup>113</sup>

Durante aquellos años compatibilizó su compromiso político con su trabajo como médico y su actividad gremial y profesional era tan intensa como la política. En 1935, era miembro de la directiva de la Asociación Médica y director de su sección local. Desde esta instancia fue el editor del *Boletín Médico de Chile* y fundó la *Revista de Medicina Social de Valparaíso*. En sus artículos y en las ponencias que presentó en las convenciones anuales de la Asociación Médica dejó constancia de su interés por lograr la estructuración nacional de la atención sanitaria. A partir de su nombramiento como ministro de Salubridad, en septiembre de 1939, y por la evolución posterior de su carrera política abandonó el ejercicio de la profesión para la que se había formado, aunque mantuvo su compromiso con el trabajo gremial, que culminaría con la creación en 1949 del Colegio Médico, que presidió entre 1950 y 1952.

#### LA LOGIA «PROGRESO» 4

El ingreso temprano en la masonería, hija de las Luces de la Ilustración, decisiva en la emancipación de las repúblicas americanas, contribuyó a moldear, *con compás y escuadra*, la personalidad de Allende. Sin duda, la memoria de los suyos, principalmente de su abuelo Ramón Allende Padín, influyó en su adscripción. «Entonces, tú comprendes perfectamente bien que por esa tradición familiar y, además, porque la masonería luchó por principios fundamentales como Libertad, Igualdad y Fraternidad, uno puede tener esas conexiones. Ahora bien, yo he sostenido dentro de la Masonería que no puede haber igualdad en el régimen capitalista, ni siquiera de oportunidades, por cierto; que no puede existir fraternidad cuando hay explotación de clase y que la auténtica libertad es concreta y no abstracta. Así es que yo le doy a los principios masónicos el contenido real que deben tener».<sup>114</sup>

Como ha expuesto Juan Gonzalo Rocha en distintos trabajos, fue el dentista Jorge Grove (Venerable Maestro de la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso) quien a fines de 1934 le propuso pertenecer a la masonería y el 18 de julio de 1935 Allende suscribió el documento en que expresaba su solicitud.<sup>115</sup> Como era preceptivo, antes de formalizar su ingreso en esta Logia (fundada en 1862), una comisión hizo una investigación sobre su vida y preparó un informe, fechado el 23 de septiembre de aquel año. Este documento recogió datos como la fecha y lugar de nacimiento (Santiago) y la identidad de sus padres, destacó que había

cumplido el servicio militar como «voluntario» y reseñó que como estudiante de Medicina había complementado sus estudios en el Manicomio Nacional y en la Escuela Dental de la Universidad de Chile. El documento añadía que era médico del Hospital Carlos Van Buren y del «Socorro Socialista», así como secretario de redacción del *Boletín Médico de Chile*, que tenía «renta suficiente» y que vivía con su madre y la ayudaba. En una última página anotaron sus impresiones personales acerca del joven candidato: su honradez era «acrisolada», su capacidad intelectual, «muy superior» y su estilo de vida correspondía «a su edad». También destacaban como meritoria su condición de secretario regional del Partido Socialista y que sus amistades más cercanas eran los hermanos Jorge, Eduardo y Hugo Grove.

Fue aceptado en esta Logia, en la que se inició como un miembro de pleno derecho la tarde del 16 de noviembre de 1935, cuando suscribió el testamento masónico, que incluía tres preguntas. La tercera es muy interesante puesto que, preguntado por la «memoria» que desearía dejar de sí mismo, respondió cuando tenía 27 años: «La de haber cumplido la obligación que me impusiera de haber sido útil a la sociedad, impulsando cada día su perfeccionamiento espiritual, moral y material».<sup>116</sup>

Salvador Allende perteneció a la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso hasta fines de 1940, cuando era ministro de Salubridad, acababa de contraer matrimonio con Hortensia Bussi y había fijado su residencia en Santiago. El 8 de noviembre de aquel año se incorporó a la Logia «Hiram» 65 de la capital, a la que perteneció hasta su muerte.<sup>117</sup> En 1950 y 1951 fue su Venerable Maestro y posteriormente ejerció plenamente su condición de ex Venerable.<sup>118</sup> A lo largo de su vida, en no pocas ocasiones tuvo que salir en defensa de su pertenencia a la masonería. Jaime Suárez Bastidas recordó que en el XVIII Congreso del PS, realizado en Valparaíso en octubre de 1959, el comité regional de Santiago presentó una resolución para que los estatutos prohibieran la doble condición de socialista y masón. El primero en rebatirla de manera apasionada fue Allende.<sup>119</sup>

En 1965, envió una carta al Venerable Maestro de su Logia en la que de manera respetuosa propuso cambios en su funcionamiento y les llamó a un mayor compromiso con los desafíos de aquel momento histórico. En aquella misiva también solicitó su retirada de la masonería, pero sus *hermanos* la rechazaron de manera unánime.<sup>120</sup>

## HACIA EL FRENTE POPULAR

Chile fue el único país de América donde las fuerzas de izquierda constituyeron un Frente Popular antifascista en los años treinta y, al igual que en Francia y España, fue victorioso. Entre los antecedentes de esta experiencia estuvo el viraje del Partido Comunista, que apostó por construir alianzas amplias desde su Conferencia de 1933, una estrategia reforzada en agosto de 1935 por el histórico VII Congreso de la Komintern. En aquellas semanas el funeral del senador radical Pedro León Ugalde favoreció también el clima unitario.

En Valparaíso, el 28 de julio de 1935 Allende representó al PS en el acto de homenaje a Ugalde que tuvo lugar en el Teatro Coliseo, en el que también participaron dirigentes de los partidos Radical, Comunista y Democrático, así como de diversos sindicatos. «El Partido Socialista frente al pueblo hambriento y a la serie de males sociales declara que estamos obligados a comprender que el mal es originado por el actual régimen», afirmó. Y tras recordar las recientes muertes del periodista Luis Mesa Bell y del obrero Bascuñán Zurita propugnó la convergencia de las fuerzas populares: «Los problemas actuales no son de hombres, sino de regímenes. Para combatirlos, debemos ir a la formación del *block* formidable de los trabajadores de todo el país».<sup>121</sup>

En medio de la represión desencadenada por el Gobierno de Alessandri contra las fuerzas de izquierda y la creciente organización del nazismo, el dramático devenir de la política europea (con el ascenso del fascismo y la crisis de la democracia) empezó a influir notablemente en Chile. El domingo 27 de octubre de 1935 el Partido Socialista efectuó una concentración pública en el Teatro Coliseo en protesta contra el nazismo y la guerra y para denunciar el asesinato de su militante Manuel Bastías. Ante más de tres mil personas, intervinieron los responsables políticos de las seccionales de Valparaíso, Quillota y Viña del Mar, antes de que Salvador Allende, el diputado porteño Hipólito Verdugo y Ricardo Latcham clausuraran el acto. Según el semanario socialista, Allende «se refirió a la obra de avanzada del Partido Socialista frente a la ofensiva de la reacción y ahondó en lo que significan para la vida nacional los tres años de lucha del Partido. Rindió un cálido homenaje a Bastías, asesinado recientemente por militantes nazis». Las palabras del joven médico socialista obtuvieron una gran acogida: «Su enérgica y sólida improvisación despertó el entusiasmo de la muchedumbre que llenaba el Coliseo».<sup>122</sup>

En el último trimestre de aquel año se concentró en la organización del

primer Congreso Regional del PS. El debate se organizó en torno a dos bloques. En primer lugar, los aspectos más generales, como los estatutos del partido, la orientación política y sindical, la lucha antifascista y antiimperialista y las propuestas para el III Congreso General del PS. En un segundo apartado figuraban los asuntos específicos de la provincia: los reglamentos de las seccionales, el trabajo de los socialistas en el movimiento obrero, las relaciones entre el partido y su federación juvenil, la organización de las mujeres socialistas, los estudios sectoriales (salubridad, educación, vivienda, alimentación...). En una breve comunicación reproducida en el semanario *Consigna*, Allende exhortó a los secretarios de cada seccional a «hacer trabajar en forma intensa a los militantes» de acuerdo con la pauta indicada.<sup>123</sup>

Este I Congreso Regional se celebró los días 29 y 30 de noviembre y 1 de diciembre en Quillota con la participación de delegados de las seccionales de Valparaíso, Viña del Mar, La Calera, Villa Alemana, Quilpué, Placilla, San Felipe, Los Andes y de la propia ciudad de las chirimoyas.<sup>124</sup> Tuvieron que hacer frente al acoso de las autoridades locales, que intentaron impedir su celebración, logrando que no les cedieran el local que habían arrendado y presionando al propietario del teatro para anular el acto político convocado para el domingo 1, al que Grove estaba invitado como orador central, ya que ese mismo día el Presidente Alessandri hablaría en la plaza de Armas. Finalmente, el cónclave tuvo que celebrarse en el pequeño local de la seccional. El informe político de Allende fue aprobado y fue reelegido como secretario político provincial.<sup>125</sup>

## DESTIERRO EN CALDERA

A fines de febrero de 1936, pocos días después de la victoria de la izquierda en España, los partidos Radical, Comunista y Socialista convocaron a la constitución del Frente Popular, que se concretó en las semanas siguientes con la elección de un comité directivo y la elaboración de un programa de 31 puntos.<sup>126</sup> La coyuntura política, con las elecciones parlamentarias de marzo de 1937 y las presidenciales de octubre de 1938 en el horizonte, favorecía el agrupamiento de las fuerzas progresistas.

Fue justo en aquellos primeros meses de 1936 cuando el Gobierno de Alessandri, que declaró el estado de sitio como reacción a la huelga de los trabajadores ferroviarios, debió de decretar la relegación de Salvador Allende en

Caldera (más de 800 kilómetros al norte de Valparaíso), entonces un pueblito muy golpeado por la crisis de la minería del salitre y casi incomunicado, a excepción de la vieja vía del ferrocarril... Existe una gran confusión en la bibliografía en torno a cuándo fue desterrado, a la que también contribuyó el propio Allende con declaraciones contradictorias en distintos momentos de su vida. Tres elementos permiten situar su destierro en el Norte Chico en 1936 y no en 1932 o 1935, como han señalado otros autores. En primer lugar, la revisión de la prensa socialista de la época muestra su intensa actividad política en Valparaíso a lo largo de todo 1935.<sup>127</sup> En segundo lugar, en octubre de 1939 el entonces ministro de Salubridad aseguró en una entrevista ya citada: «... en la época de Ibáñez estuve preso; en la de Alessandri, relegado en Caldera». Estas palabras en un momento muy cercano a los hechos invalidan la posibilidad de que hubiera sido enviado allí en las semanas posteriores a la efímera República Socialista de 1932 (aunque así se lo relató Allende a Rossellini en 1971<sup>128</sup>).

Por último, en marzo de 1936 el semanario *Consigna* informaba de dos hechos relevantes. Por una parte, la detención de los dirigentes más destacados de la seccional de Valparaíso, que fueron relegados a distintos puntos del país, entre otros Amaro Castro o Santiago Nilson, mientras que el secretario político, José Cerda, la continuaba dirigiendo desde la clandestinidad. Aunque en los números de este periódico que se conservan no se menciona el destierro de Allende, sí se señala en uno de ellos que en aquellas fechas el Comité Central del PS decidió nombrar «interinamente» como secretario provincial de Aconcagua al senador Hugo Grove.<sup>129</sup> Además, no se vuelven a encontrar referencias a Allende en la prensa partidaria hasta finales de aquel año, cuando era citado de nuevo como responsable político de Aconcagua y vicepresidente del Frente Popular en Valparaíso.<sup>130</sup>

De sus meses en Caldera varios autores han señalado que desplegó un notable trabajo como médico y que se dedicó con tenacidad a tejer las redes del Partido Socialista en la zona, pero no mencionan sus fuentes históricas. En algunos casos incurren en la repetición de relatos poco consistentes, casi míticos.<sup>131</sup> El historiador copiapino Eduardo Bown Rivera ha aportado algo de luz y ofrece un dato muy interesante: durante su estancia en esta localidad costera Allende se alojó en la casa de Ana Vallejo Burgos, madre de su cuñado Eduardo Grove y del gran caudillo socialista, frente a la Playa Brava.<sup>132</sup>

En cualquier caso, no guardó un recuerdo amargo de aquel destierro y en su casa de Guardia Vieja 392 colocó una fotografía del Presidente Arturo

Alessandri en su excepcional galería de retratos.

De regreso en Valparaíso, reintegrado plenamente a la actividad política, a comienzos de 1937 conoció a un joven abogado, Carlos Briones, quien pronto se convirtió en uno de sus más cercanos amigos. Briones pertenecía a la Izquierda Comunista, que en 1936 se había integrado en el Partido Socialista y en sus reuniones entablaron amistad. En 1987, le evocaba como «un hombre extraordinariamente inteligente, con una gran perspicacia, con una gran intuición política, que en ese momento vivía en un proceso de definiciones teóricas...». La influencia del anarquismo pugnaba con un conocimiento superficial del marxismo. «No tenía mucha claridad en el pensamiento marxista, pero le inquietaba mucho; sin ánimo de vanagloriarme, yo tenía más manejo porque me dedicaba más al estudio... pero no tenía el talento de Allende, su notable intuición». Quien fue el ministro del Interior el 11 de septiembre de 1973 también ensalzó las cualidades humanas de una persona «de sabroso ingenio, de gran sentido del humor, de nobleza transparente y muy tolerante...».<sup>133</sup>

#### DIPUTADO CON 29 AÑOS

El domingo 3 de enero de 1937, a escasos tres meses de las elecciones parlamentarias, el Partido Socialista organizó un mitin en el Teatro Coliseo de Valparaíso con César Godoy Urrutia y Marmaduke Grove. Salvador Allende fue el primer orador y, según *Consigna*, «pronunció un magnífico discurso, a través del cual analizó la situación política y las nuevas perspectivas de represión cuyo desencadenamiento prepara el Gobierno. En uno de sus pasajes —que fue aclamado— Allende declaró que las izquierdas no irían a los comicios de marzo bajo el imperio de la ley llamada de Seguridad Interior del Estado, que, en el fondo, no es sino la intervención electoral más indigna para arrebatarle el triunfo al Frente Popular».<sup>134</sup> Por el prestigio social que ya se había labrado en el puerto como médico y su labor como secretario regional, fue elegido, cuando contaba con 28 años, como uno de los tres candidatos de su partido a ocupar un escaño en la Cámara de Diputados, junto con el obrero panificador Hipólito Verdugo y el zapatero Amaro Castro.

Semanas después, el semanario socialista ofrecía una síntesis biográfica. Tras citar sus estudios secundarios en el Liceo Eduardo de la Barra, añadía: «En la Escuela de Medicina, en donde continúa sus estudios, se destaca su tendencia de

izquierda, encabezando las luchas de los estudiantes. Militante y fundador del Grupo Universitario “Avance”, que tanta actuación tuvo en las luchas de la Federación contra la dictadura de Ibáñez. En ese tiempo conoce las cárceles de Chile por primera vez. Ya en posesión de su título, ejerce su profesión en Valparaíso, su ciudad natal, en donde se hace querer y apreciar por el elemento trabajador del puerto por el carácter de marcado humanismo social que da a su profesión. En esta labor lo encuentran los breves días de la República Socialista de Grove, a la cual presta de inmediato su más decidida cooperación. Por este motivo a la subida de Dávila es detenido y encarcelado en una de las mazmorras de Valparaíso por más de un mes y medio. Milita en el Partido desde su fundación. Ha sido jefe de núcleo, secretario de Estudios Sociales de la Seccional Valparaíso y, desde hace dos años, secretario provincial de Aconcagua». <sup>135</sup> De manera un tanto sorprendente, esta reseña biográfica obviaba su reciente destierro en el Norte Chico.

Aquella fue la primera de las nueve campañas en las que fue candidato a lo largo de su vida. Le correspondió recorrer palmo a palmo Viña del Mar, Limache, por supuesto Valparaíso, La Calera, Quilpué o Quillota, donde participó en actos masivos, en los que en ocasiones contó con el apoyo de destacados dirigentes nacionales, como Marmaduke Grove o Manuel Hidalgo. <sup>136</sup> El 7 de marzo de 1937 fue elegido diputado por Valparaíso y Aconcagua <sup>137</sup>: con 2.021 votos, fue el tercer candidato más apoyado de la lista del Frente Popular y de la sexta agrupación electoral departamental, solo por detrás del entonces comunista Marcos Chamudes y de su compañero Amaro Castro. <sup>138</sup> De un total de 412.812 votos válidos a escala nacional, el PS logró 46.050 (el 11,2%) y 19 de los 147 diputados electos. Los partidos Conservador y Liberal obtuvieron 35 escaños cada uno, el Radical, 29 y el Partido Comunista, 6 (con el 4,2%). <sup>139</sup>

Desde su nacimiento, el Frente Popular mantuvo un profundo lazo afectivo con la suerte de sus compañeros españoles. La guerra civil, fruto del golpe de Estado militar del 17 de julio de 1936, sacudió también a Chile, donde la opinión pública siguió de manera apasionada su evolución a través de la prensa. La izquierda (singularmente la Alianza Libertadora de la Juventud, rama juvenil del Frente Popular) se volcó en las tareas de apoyo político, moral y material a la República. En Valparaíso funcionaban la Unión Republicana Española y la Asociación de Amigos de España, y en Santiago se formó el Comité Pro España Republicana, integrado por destacadas personalidades. El 14 de abril de 1937 los

emigrantes leales a la II República y los chilenos solidarios con la democracia en España celebraron actos en varias ciudades para recordar el sexto aniversario de su proclamación, en los que se cantaron el Himno de Riego y la Canción Nacional.<sup>140</sup> En la concentración de Valparaíso intervinieron el historiador Augusto D’Halmar, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, y Salvador Allende, quien en aquellas semanas debía estar también ocupado en organizar su vida y su acción política entre el puerto y la capital de la nación. El 24 de mayo los nuevos diputados socialistas tomaron posesión de su cargo, acompañados por un centenar de militantes que lograron entrar en el hemiciclo de la calle Compañía de Santiago. Con «el puño en alto, cerrado, la voz potente, el gesto firme», prometieron su cargo.<sup>141</sup>

En la Cámara, Allende asumió la representación de su partido en los debates en materia sanitaria. En una de sus primeras intervenciones relevantes, realizada el 26 de julio de aquel año para responder al proyecto de ley que establecería los servicios de medicina preventiva en el país y que fue presentada por el ministro, su antiguo profesor Eduardo Cruz-Coke, puede apreciarse ya el relato que plasmará dos años después en *La realidad médico-social chilena* y que inspirará buena parte de su labor como ministro, parlamentario y Presidente de la República.

Su diagnóstico no podía ser más crudo y realista: «Yo le digo al colega ministro, yo le digo al técnico, que él tiene la obligación —como hombre que conoce la tragedia de este país— de decir al Gobierno que el pueblo chileno, que nosotros estamos diezmados por la miseria, el hambre y las enfermedades y que para poder remediar esto hay que tomar medidas drásticas que signifiquen control de la producción y de la distribución; en caso contrario, estos proyectos no serán nada más que voladores de luces, juegos artificiales. El técnico, el médico, el hombre honrado, y todo aquel que piensa a conciencia estarán de acuerdo con lo que hemos expuesto y con lo que reclamamos como un imperativo categórico de la hora que vivimos. Por desgracia somos escépticos frente a la actitud que pueda asumir el Ejecutivo».<sup>142</sup> Aquella ley entró en vigor el 31 de enero de 1938 y tuvo una importancia trascendental puesto que estableció el examen médico para todos los trabajadores o el derecho al reposo para el cuidado de su salud. Como destacó Carlos Briones en la citada entrevista de 1987, Allende hizo una cierta contribución a su aprobación.

Además, también se preocupó de denunciar los problemas más acuciantes para las mayorías sociales de la zona que representaba. En febrero de 1938

publicó un artículo en el periódico *Claridad* para denunciar el aumento de las tarifas de los singulares ascensores que surcan los cerros de Valparaíso. Como haría 33 años después con la gran minería del cobre, su análisis partió de los «suculentos» beneficios de las compañías concesionarias, superiores al 9% anual y en algunos casos de hasta un 19%. Por ello, señaló que «pretender alzar las tarifas era sencillamente extorsionar al máximo al pueblo». Insistió en que esos ascensores daban servicio diario a más de cincuenta mil personas, por lo que su servicio debía considerarse «de uso público», sobre todo porque los habitantes de los cerros vivían de «un mísero jornal» o de «un pequeño sueldo» que no alcanzaba a satisfacer sus necesidades y, por tanto, su reducido presupuesto no podría asumir el aumento de tarifas. El diputado socialista reclamaba a la Municipalidad que denegara de inmediato una subida de los precios que significaría «estrangular más a un pueblo cuyas condiciones de vida son casi imposibles».<sup>143</sup>

81. Martínez, p. 67.
82. Una copia de su título de licenciado (expedida por la Universidad de Chile) formó parte de la exposición multimedia «La consulta del doctor Allende», presentada en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile en 2012 por Marcelo Brodsky y Arturo Duclos. Cedidos por la Fundación Salvador Allende, en ella se mostraron también el sólido escritorio de madera (procedente de la notaría de su padre) y parte del mobiliario e instrumental que utilizó en los años treinta. La historiadora Diana Veneros ha señalado que su nota media fue de 5 sobre el máximo de 7 que rige en Chile. En sus materias preferidas (neurología, psiquiatría o dermatología) alcanzó el 6. Veneros, Diana: *Allende. Un ensayo psicobiográfico*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2003, p. 70.
83. La portada de este resumen se reproduce en el Apéndice V.
84. Farías, Víctor: *Antisemitismo y eutanasia*. Maye. Santiago de Chile, 2005.
85. Pey, Víctor (coord.): *Salvador Allende: Higiene mental y delincuencia. Respuesta al libro difamatorio de Víctor Farías*. Fundación Presidente Allende y CESOC. Santiago de Chile, 2005.
86. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12. ILESCO-IELCO. México DF-Santiago de Chile, 1993, pp. 67-74.
87. *Arauco*, n.º 55. Agosto de 1964, p. 51.
88. *Chile Hoy*, n.º 45. 19 de abril de 1973, p. 32.
89. Patricio Guzmán lo muestra en su documental *Salvador Allende* (2004).
90. Debray, p. 59.
91. Moulían, Tomás: *Conversación interrumpida con Salvador Allende*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998, p. 35.
92. *El Mercurio de Valparaíso*, 9 de septiembre de 1932, p. 5.
93. *El Mercurio de Valparaíso*, 11 de septiembre de 1932, p. 3.
94. Moulían, Tomás: *Chile Actual. Anatomía de un mito*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997, p. 156.
95. Dinamarca, Manuel: *La República socialista chilena: orígenes legítimos del Partido Socialista*. Documentas. Santiago de Chile, 1987, p. 226.
96. Cruz-Coke, Ricardo: *Historia electoral de Chile, 1925-1973*. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1984, p. 99.
97. Arrate y Rojas, p. 170.
98. Faletto, Enzo *et alii*: *Génesis histórica del proceso político chileno*. Quimantú. Santiago de Chile, 1972, p. 100.
99. Arrate, Jorge e Hidalgo, Paulo: *Pasión y razón del socialismo chileno*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1989, pp. 21-22.
100. Debray, pp. 57-58.
101. Drake, Paul W.: *Socialismo y populismo. Chile: 1936-1973*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1992, p. 135.
102. *Acción*, 8 de julio de 1933.
103. *Boletín del Partido Socialista*, n.º 1. Santiago de Chile, primera quincena de agosto de 1933, p. 10.
104. Jobet, Julio César: *Historia del Partido Socialista de Chile. Tomo 1*. Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile, 1971, pp. 88-89.
105. *Consigna*, 2 de junio de 1934, p. 8.
106. Allende se refirió a su intervención en el II Congreso del Partido Socialista en uno de sus primeros discursos en la Cámara de Diputados. Quiroga, Patricio (comp.): *Salvador Allende Gossens. Obras escogidas. 1933-1948. Vol. I*. LAR. Santiago de Chile, 1988, pp. 47-48.
107. *Núcleo*, n.º 10. Valparaíso, 25 de diciembre de 1934, p. 1. Este periódico se editaba desde junio de aquel año.
108. *El Socialista*, n.º 3. Valparaíso, 4 de abril de 1935, p. 1.
109. Sagues Jiménez, Nicolás: *Los partidos de izquierda y el Frente Popular*. Tesis para optar al grado académico de licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile,

1998, p. 51.

110. *Consigna*, 11 de mayo de 1935, p. 4.

111. *Consigna*, 1 de junio de 1935, p. 4.

112. *Consigna*, 27 de julio de 1935, p. 4.

113. Martínez, p. 117.

114. Debray, p. 61.

115. Agradezco al periodista Juan Gonzalo Rocha que me haya facilitado copia de esta solicitud y del informe del 23 de septiembre de 1935. Ambos documentos se reproducen en el Apéndice V. También deseo dejar constancia de mi gratitud hacia Gerardo Díaz Román, Venerable Maestro de la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso, por su amable atención.

116. Yocolevzky Retamal, Rubén Alfredo: *Salvador Allende Gossens en la memoria de sus hermanos masones*. Occidentales. Santiago de Chile, 2012, p. 35.

117. Rocha, Juan Gonzalo: «Salvador Allende, un masón consecuente». En: *Salvador Allende. Fragmentos para una historia*. Fundación Salvador Allende. Santiago de Chile, 2008, pp. 195-197. En otro de sus trabajos, Rocha relató que en 2008 al menos ocho logias masónicas en todo el mundo llevaban su nombre y que, con motivo del 50.º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en 1998 la Gran Logia de Italia incluyó a Allende en una relación de los cien masones más destacados de la humanidad al lado de Gandhi, Garibaldi, Voltaire, Bolívar, Washington o Montesquieu. «Allende masón». *La Nación*, 29 de junio de 2008. Suplemento especial con motivo del centenario de Salvador Allende, p. 37.

118. Rocha, Juan Gonzalo: *Allende masón*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2001, pp. 88-89.

119. Suárez Bastidas, Jaime: *Allende. Visión de un militante*. Ocho Libros. Santiago de Chile, 2008, pp. 60-62.

120. Véase este intercambio epistolar en: Rocha (2001), pp. 139-149 y 223-226.

121. *Consigna*, 3 de agosto de 1935, p. 1.

122. *Consigna*, 2 de noviembre de 1935, p. 4.

123. *Consigna*, 28 de septiembre de 1935, p. 4.

124. *Consigna*, 30 de noviembre de 1935, p. 4.

125. *Consigna*, 7 de diciembre de 1935, p. 4.

126. Milos, Pedro: *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008, p. 78.

127. La biografía oficial distribuida por la OIR en 1972 sitúa en 1935 los meses de relegación en Caldera.

128. «Fui expulsado de la Universidad, arrestado y juzgado, antes de ser médico, por tres cortes marciales. Fui liberado, enviado al norte de Chile y después comencé en Valparaíso mi carrera profesional.» *Salvador Allende. De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, p. 67.

129. *Consigna*, 14 de marzo de 1936, p. 4.

130. *Consigna*, 31 de octubre de 1936, p. 1.

131. El historiador Vidal Naveas, de la Biblioteca Municipal de Referencias Históricas de Atacama, en Copiapó, tuvo la amabilidad de enviarme la fotografía inédita de la época que se incluye en el pliego de fotos. Agradezco su ayuda y la de Pedro González Aguirre, presidente de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos de Caldera, para intentar hallar alguna fuente histórica que pudiera ofrecer información sobre el destino de Allende.

132. Bown Rivera, Eduardo: «Recordando». *El Diario de Atacama*, 29 de junio de 2008, p. 8. Agradezco a Vidal Naveas que me facilitara este artículo y el contacto con su autor.

133. *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3, pp.163-167.

134. *Consigna*, 9 de enero de 1937, p. 1.

135. *Consigna*, 27 de febrero de 1937, p. 4.

136. *Consigna*, 6 de febrero de 1937, p. 2.

137. *El Mercurio de Valparaíso*, 8 de marzo de 1937, p. 1.

138. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

139. Urzúa, Germán: *Historia política electoral de Chile (1931-1973)*. Santiago de Chile, 1986, p. 30.
140. Sapag M., Pablo: *Chile, frente de combate de la guerra civil española*. Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED. Alzira, 2003, p. 218.
141. *Consigna*, 29 de mayo de 1937, p. 1.
142. Quiroga (1988), pp. 54-55.
143. Quiroga (1988), pp. 57-58.

## Ministro del Frente Popular

El Frente Popular (1938-1941) marcó una encrucijada en la historia de Chile. Por primera vez una coalición progresista, encabezada por el Partido Radical pero con el concurso imprescindible de socialistas y comunistas y de la Confederación de Trabajadores, conquistó La Moneda. El Gobierno del Presidente Pedro Aguirre Cerda imprimió un viraje a la política económica y promovió la industrialización del país con la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) tras el terremoto de Chillán de enero de 1939. Salvador Allende fue protagonista de aquel periodo. Dirigió la campaña de Aguirre Cerda en Valparaíso y saboreó su histórico triunfo del 25 de octubre de 1938, dos meses después se convirtió en el subsecretario general del Partido Socialista y en septiembre de 1939, con tan solo 31 años, asumió como ministro de Salubridad. En el ámbito personal, en septiembre de 1940 contrajo matrimonio con Hortensia Bussi y poco después se instalaron en un singular edificio próximo al cerro Santa Lucía, donde crecerían sus tres hijas: Carmen Paz, Beatriz e Isabel.

### EN CAMPAÑA CON DON PEDRO

En abril de 1938 tuvo lugar la Convención Presidencial del Frente Popular en la que pugnaron por la candidatura el socialista Marmaduke Grove y el radical Pedro Aguirre Cerda, quien finalmente fue proclamado, mientras que Grove asumió la jefatura política de la coalición.<sup>144</sup> Un cuarto de siglo después, cuando iniciaba su tercera *marcha* hacia La Moneda, Salvador Allende evocó aquel cónclave, en el que fue uno de los 330 delegados socialistas: «El Partido Socialista tuvo una actitud permanente de lealtad absoluta hacia el Presidente. Y debo recordar ahora que en la Convención de Izquierda fue el Partido Socialista

el que determinó su elección como candidato. El candidato de mi partido era Marmaduke Grove. En una reunión solemne, en la cual hubo hasta patetismo, el Partido Socialista acordó retirar a su candidato y apoyar a don Pedro».<sup>145</sup>

La de 1938 fue la primera campaña para unas elecciones presidenciales en la que tuvo un papel relevante... aunque no fuera todavía el aspirante. Algunas semanas después de la Convención Presidencial del Frente Popular fue convocado a la sede de su comando nacional por Arturo Olavarría Bravo, quien le propuso asumir la jefatura de la campaña en la provincia de Valparaíso ante la ineficacia del militante radical que ostentaba tal responsabilidad. «Estábamos conversando con Olavarría, a quien no conocía, cuando entró don Pedro Aguirre Cerda, a quien tampoco conocía. Con ese sentido claro y bonachón me dijo: “Doctor Allende, ayúdeme, sea usted el jefe de la campaña en Valparaíso”. Medité unos instantes y le respondí: “Acepto don Pedro, pero pongo una sola condición”». No había cumplido aún los 30 años, pero fue tajante: «Yo mando en Valparaíso».

La primera concentración popular que le correspondió organizar fue en la localidad de Llay Llay. Parlamentarios comunistas, radicales y socialistas precedieron en la tribuna al candidato, cuya intervención le defraudó. «Su discurso fue demasiado medido, tímido.» En el viaje en tren hasta La Calera conversaron de ello con franqueza. «Creo que hay que plantear los problemas», le espetó Allende. Aguirre Cerda justificó su cautela: «Yo sé que debía haberlo hecho, pero estimé prudente no pronunciarme sobre esas cosas que pueden crear resistencia. Aunque estoy convencido de que hay que hacerlo». En la ciudad industrial su mensaje fue diferente y «allí empezó una confianza que salvó las distancias entre él y yo». A partir de septiembre de 1939 aquella relación humana y política se estrecharía y dejaría un hondo recuerdo en su memoria: «Era grato trabajar con don Pedro. Tenía una gran actitud humana. Sabía escuchar». Recordó también cómo atendía en silencio, con un cigarrillo, las razones de su interlocutor y después con firmeza y agilidad exponía su opinión y las razones que la fundamentaban.

Aguirre Cerda tuvo dos actos muy importantes en Valparaíso. «La humana consigna de “Pan, techo y abrigo” prendió en el puerto y prendió de tal manera que la primera concentración pagada que se ha hecho en Chile se realizó en Valparaíso», recordaba Allende en 1963. «Nosotros hicimos una reunión cobrando la entrada. La gente pagaba por la platea, por el anfiteatro y por la galería. Así preparamos la campaña de don Pedro hasta realizar la gran marcha y

concentración con que finalizó. Recuerdo perfectamente que hablamos allí el representante de los trabajadores porteños Juan Vargas Puebla, quien era el dirigente sindical de la campaña, y yo como dirigente político».

Aquel día el Teatro Coliseo estaba atestado de partidarios del Frente Popular. El mitin se alargó tanto que Salvador Allende tuvo que salir en dos ocasiones hacia la Asistencia Pública para atender a varios enfermos. Pero regresó aún a tiempo de escuchar al candidato presidencial. «Don Pedro hizo un discurso muy significativo y puso como siempre el acento en el problema educacional. Habló también de la insuficiente producción de la agricultura chilena...».<sup>146</sup>

Por supuesto, con el contexto lejano de la guerra civil española, el Frente Popular tuvo que defenderse de las acusaciones de comunismo y anticlericalismo. El 30 de agosto Allende salió al paso de estos últimos *dardos* en una sesión ordinaria de la Cámara de Diputados, cuando en un impetuoso discurso inquirió a Ricardo Boizard, miembro de la socialcristiana Falange Nacional (todavía vinculada al Partido Conservador como su rama juvenil), por qué respaldaban la candidatura derechista de Gustavo Ross. Y, por si el motivo radicaba en la «cuestión religiosa», le recalcó: «El Frente Popular ante el problema de la conciencia individual, ante la fe, ante la necesidad de creer de algunos hombres, ante su venero interno, se detiene respetuoso. Solo declaramos, con absoluta franqueza, que combatiremos a la Iglesia cuando esta transforme su poder espiritual en un poder político, al servicio de determinada causa. Los cristianos de verdad nada tienen que temer y todos los hombres honrados de este país que comprenden lo que somos tendrán que estar junto con nosotros en la lucha entablada contra una clase y una casta que solo busca la satisfacción de sus menguados intereses...».<sup>147</sup>

Las elecciones de 1938 estuvieron condicionadas por un suceso que indujo la retirada del tercer candidato, Carlos Ibáñez del Campo: la masacre acaecida el 5 de septiembre en el edificio del Seguro Obrero cuando 63 militantes del Movimiento Nacional Socialista fueron acibillados después de que fracasara su aventura golpista. El 12 de octubre, desde la cárcel, Ibáñez arrió su candidatura y sus partidarios llamaron a votar por el Frente Popular para derrotar a Gustavo Ross, candidato de la derecha y ex ministro en el Gobierno presidido por Alessandri, responsable de la matanza.<sup>148</sup>

A fines de agosto, Salvador Allende se había desplazado de Valparaíso a Quillota. Por la tarde, cuando subía al tren para regresar al puerto unos militantes nazis le identificaron y se abalanzaron sobre él con la intención de golpearle y

echarle del vagón. De repente uno de ellos, armado con una pistola, se aproximó y exclamó: «Al doctor Allende no lo toca nadie». Había estado ingresado en el Hospital Van Buren durante dos meses tras haber caído herido en un enfrentamiento. Allende se limitaba a visitarle cada día y preparar sus curas, hasta que le dieron el alta y este hombre le dijo: «Doctor, no olvidaré que usted ha respetado mis puntos de vista y me ha salvado tal vez la vida». Un cuarto de siglo después de aquellos hechos, cuando la amenaza fascista característica del periodo de entreguerras quedaba ya muy lejana, aunque nuevas nubes negras se cernían en el horizonte, Allende evocaba aquellos días: «Después del 5 de septiembre supe con pesar que fue uno de los que cayeron acribillados en la “Torre de la Sangre”. Se llamaba Silva. Le rendimos un homenaje cuando las fuerzas populares desfilaron por la masacre al igual que a todos los que cayeron. Habían sido nuestros adversarios, pero habían tenido inquietud por Chile, un celo patriótico que no compartíamos, pero que quizás desde su ángulo era honesto».

El 25 de octubre de 1938, después de conducir durante un largo siglo la construcción del Estado republicano, la oligarquía perdió por primera vez la Presidencia. En la primera confrontación electoral directa entre la derecha y una alianza del centro y la izquierda, Pedro Aguirre Cerda derrotó a Gustavo Ross por un estrecho margen de votos: 222.720 frente a 218.609.

Aquella noche, ya muy tarde, Salvador Allende cenaba con un diputado comunista en un restaurante del centro de Valparaíso. «Nosotros habíamos tenido un resultado electoral satisfactorio, pero ignorábamos lo que pasaba en el resto de Chile». <sup>149</sup> Efectivamente, en esta provincia el candidato del Frente Popular alcanzó una victoria decisiva: 22.667 votos frente a los 19.105 de su rival. <sup>150</sup> Fue hacia las once y media cuando se difundieron los cómputos oficiales definitivos. «Había un silencio increíble en ese restaurant y lentamente la radio anunció que don Pedro Aguirre Cerda había triunfado por tres mil y tantos votos. Y después de eso vino la Canción Nacional. Fue un instante indescriptible y la verdad es que, de los que estábamos allí, los partidarios de don Pedro éramos minoría. Yo había saludado a unos adversarios conservadores y liberales. Cuando terminó la Canción Nacional, avanzaron desde la mesa en que se encontraban y me felicitaron. Fue una expresión democrática inolvidable porque era el reconocimiento a una victoria que había sido jalonada con dureza y dificultades en la lucha (...). Ahí sentí la emoción de que había triunfado en Chile un hombre que había levantado una consigna tan humana como era la de

“Pan, techo y abrigo”». <sup>151</sup>

El programa del Frente Popular significó un cambio notable esencialmente en materia económica, además de la derogación de las leyes represivas implementadas por Alessandri. No obstante, era un proyecto claramente reformista, pues propugnaba una distribución «más equitativa y más justa» de la riqueza, pero no se atrevía (como aquel mismo año hizo el general mexicano Lázaro Cárdenas con el petróleo) a nacionalizar las grandes minas de cobre y salitre. En materia de política internacional, abogó por la defensa de la paz en el continente a partir del respeto a la independencia de cada nación. <sup>152</sup>

#### TELEGRAMA A HITLER

Justo un mes después de aquellos comicios, el 26 de noviembre, Allende suscribió junto con otros 65 parlamentarios chilenos un telegrama enviado a Adolf Hitler como protesta por la extrema violencia que la población judía había sufrido el 9 de noviembre («la noche de los cristales rotos»): «En nombre de los principios que informan la vida civilizada, consignamos nuestras más vivas protestas por la trágica persecución de que se hace víctima al pueblo judío en ese país, y formulamos votos porque su excelencia haga cesar tal estado de cosas y restablezca para los israelitas el derecho a la vida y a la justicia, tan humana y elocuentemente reclamados por el Presidente Roosevelt». <sup>153</sup>

En diciembre, el Partido Socialista celebró su V Congreso General Ordinario en Santiago con la asistencia de seiscientos delegados. El debate de fondo se polarizó en torno a la posible participación en el Gobierno que próximamente se constituiría, opción que defendió ante el plenario un invitado especial, el Presidente electo Pedro Aguirre Cerda. El alma izquierdista del socialismo chileno (siempre presente) se encarnó en aquella ocasión en la delegación de Atacama, que manifestó: «El poder no se ejerce desde uno o dos bandos ministeriales. No confundamos la participación en un gobierno democrático burgués con el ejercicio del poder. Por el contrario, aquella participación puede significar la ruina de las esperanzas de capturarlo y ejercerlo con el propósito definido de implantar una sociedad sin clases privilegiadas, sin monopolios, sin concesiones al capital extranjero, de efectiva construcción socialista».

Finalmente, el Partido Socialista aceptó la invitación de Aguirre Cerda, quien en cambio no tuvo ese gesto con el PC, y reeligió a Schnake como secretario

general. Se abría un horizonte importante en el que por primera vez, tras solo cinco años y medio de existencia, sería un pilar importante del Ejecutivo. Para reforzar la dirección nacional se acordó elegir como subsecretario general al diputado Allende. Aguirre Cerda asumió la Presidencia el 24 de diciembre y entregó a los socialistas tres carteras ministeriales: Fomento (Arturo Bianchi), Tierras y Colonización (Carlos Alberto Martínez) y Salubridad (el doctor Miguel Etchebarne).<sup>154</sup>

Se aproximaba 1939, que traería la amarga derrota de la República en España y la invasión alemana de Polonia, que encendió la Segunda Guerra Mundial. En Chile, fue el año del devastador terremoto de Chillán y de la llegada del *Winnipeg*.

El 25 de febrero, al pronunciar un discurso con motivo del tercer aniversario de la creación del Frente Popular, Allende se refirió a la España aplastada por el fascismo: «Alzo mi voz, con el pesar del hombre que mira la tragedia de Europa, ante el drama de España, que se desangra en defensa de su suelo contra el invasor, mientras las democracias la traicionan, con el pesar del hombre que lucha por la libertad y la cultura». También se conmovió aquel día ante el desastre sísmico acaecido en el sur: «Veo el dolor de todo un pueblo, el dolor de nuestro pueblo que ha visto destrozadas varias provincias, y que hoy sobre la tragedia debe luchar contra la reacción que aún pretende aniquilarlo. Pero este dolor es también una fuerza de reafirmación de convicciones, de voluntad, de principios. Las fuerzas se agigantan contra el presente, porque lo han demostrado cuando expresan su voluntad de darse un gobierno que los representara genuinamente».<sup>155</sup>

El seísmo hizo jugar a la casualidad y aquella misma noche quedó prendado de una bella muchacha que pronto se convertiría en su esposa. Y, meses después, en el buque nerudiano de los refugiados españoles viajaría un joven ingeniero llamado Víctor Pey, quien en poco tiempo se convirtió en uno de sus amigos más entrañables, cuidadoso defensor de su memoria hasta nuestros días.

## LOS OJOS DE HORTENSIA BUSSI

A las once y media de la noche del 24 de enero de 1939 un violento terremoto rasgó el sur de Chile y causó la muerte de miles de personas. En aquellos instantes Allende participaba en Santiago en una reunión de la

masonería y, como es costumbre, salieron a la calle para evitar los derrumbamientos, más aún él, quien tenía auténtico pánico a los movimientos telúricos. A escasos metros, una joven de 25 años llamada Hortensia Bussi había abandonado la sala del Cine Santa Lucía junto con su acompañante, Manuel Mandujano, pero tuvo que regresar precipitadamente a buscar sus guantes. Al volver al exterior encontró a Mandujano charlando con un compañero suyo, el diputado Salvador Allende, quien, como reconocería años después, se quedó prendado de la belleza de sus ojos y les invitó a tomar un café frente al Teatro Municipal.<sup>156</sup>

En 1988, Mandujano recordaba así aquellos instantes: «Éramos amigos del Partido con Salvador y yo por mi parte era muy amigo de la Tencha. (...) Estaba en el cine con la Tencha cuando empezó el temblor. Arrancamos y afuera estaban los masones, que habían arrancado de su local, que estaba al lado del cine. Entre ellos estaba Salvador, le presenté a la Tencha y él, que les tenía terror a los temblores, nos convidó a pasar el susto a un café de la calle Tenderini. Hablaron muy largo y Salvador estaba muy impresionado porque era una mujer preciosa».<sup>157</sup>

En distintas entrevistas de prensa, Hortensia Bussi también se refirió a aquel primer encuentro. Licenciada en Geografía e Historia por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, conversaron acerca de su adscripción masónica. «En efecto, le dije a Salvador que yo no concebía que fuera masón en el siglo xx, que no imaginaba a un hombre moderno siendo masón. Le dije que, como profesora de Historia, comprendía el papel jugado por la masonería en la independencia de toda Latinoamérica, muy decisivo, pero que en ese momento en que estábamos hablando me costaba entender que alguien fuese todavía masón». Allende se explayó con orgullo sobre sus antepasados, cuyo recuerdo presentaba muy vivo. Naturalmente, destacó a Ramón Allende Padín. Le relató que su muerte temprana había dejado casi sin recursos a su familia y que entonces la masonería había adquirido dos casas: una para que pudieran vivir su esposa y sus cinco hijos, la otra para que la pudieran arrendar. Ese gesto, transmitido por sus padres, había reforzado su gratitud y adhesión a esta institución.<sup>158</sup>

Antes de dos años, el 17 de septiembre de 1940, contrajeron matrimonio en el Registro Civil de Ñuñoa y disfrutaron de una breve luna de miel en la bella localidad costera de Algarrobo. En 1997, en una entrevista concedida al diario chileno *La Época*, ella recordaba: «Fue un flechazo mutuo, tenía un algo, una atracción, una fuerza magnética. Salvador no era ni alto ni bajo, ni gordo ni

flaco, sus facciones eran firmes. Pero tenía, en cambio, ese algo, ese... no sé cómo decirlo, que cautiva, que a una la embruja».<sup>159</sup>

En los primeros meses aún vivieron en el piso que Allende compartía con Carlos Briones en la Galería Alessandri, en la calle Huérfanos 1160, en pleno centro de Santiago. El 10 de enero de 1941 nació la primera de sus tres hijas, Carmen Paz, en la Clínica Santa María.<sup>160</sup> Pronto arrendaron el departamento 26 de un edificio construido por el Seguro Obrero en el número 181 de la calle Victoria Subercaseaux, junto al cerro Santa Lucía.<sup>161</sup> En esta comunidad convivieron con un destacado exiliado venezolano, Rómulo Betancourt, dos dirigentes socialistas, Manuel Mandujano y Rolando Merino, el poeta Vicente Huidobro, los escritores Benjamín Subercaseaux y Fernando Alegría, y el abogado Hernán Santa Cruz, entre otros.

Muchas mañanas el futuro Presidente de Venezuela y el futuro Presidente de Chile se calzaban los guantes de boxeo y practicaban este deporte, guiados por un *sparring* singular, un hombre llamado Tulio Salinas Castillo, más conocido como el Chicharra, que muchos años después llegaría a La Moneda preguntando por su amigo Salvador..<sup>162</sup>

## UN MÉTODO PARA INTERPRETAR LA HISTORIA

En la profusa prensa socialista de los años treinta que hemos consultado no hemos hallado ningún artículo de poso ideológico de Salvador Allende, ninguna reflexión teórica que refleje su visión del marxismo. Para conocer su pensamiento político, sus posiciones doctrinarias de la época, es imprescindible recurrir a sus primeras intervenciones parlamentarias, seleccionadas por el historiador Patricio Quiroga.

El 7 de junio de 1939, por ejemplo, pronunció un discurso en la Cámara de Diputados para contrarrestar las acusaciones de la derecha de que en Chile se estaba instalando un «clima revolucionario». En este texto hallamos la referencia más temprana a su concepción del cuerpo filosófico que inspiraba al PS: «Los diputados socialistas, a cuyo nombre hablo, analizamos los fenómenos sociales a través del marxismo, que no es un dogma, sino un método para interpretar la Historia, y cuyos fundamentos lo constituyen el materialismo y la lucha de clases. Esta nos evidencia que existen en la sociedad capitalista sectores sociales, grupos humanos antagónicos. Antagonismos que emanan de sus distintos

intereses económicos. Los detentadores de la riqueza y del poder son los opresores o explotadores que oprimen a los que viven de su salario o jornal, a quienes explotan política y económicamente. Este panorama del mundo se evidencia con mucha nitidez en los países poco intelectualizados y de economía incipiente, como lo son los de América Latina».

De manera implícita, lanzó también una crítica al Partido Comunista por su adhesión incondicional a la Komintern: «El Partido Socialista, leal a la dialéctica marxista, se ha constituido como partido de clase, resuelto a empujar la lucha hasta la conquista del poder por los trabajadores, manuales e intelectuales, y la implantación de un régimen socialista. Condena los errores de los partidos de filiación internacional, la beligerancia suicida de las fracciones obreras, el agresivo desprecio por las clases medias o pequeños burgueses y la práctica de teorías universales que no contemplan la realidad indoamericana». Añadió que luchaban contra el latifundismo y el imperialismo, «dos factores semicoloniales de nuestra economía», como primer paso hacia «una legítima democracia y un avance en la marcha ascendente hacia el socialismo».

Ya entonces valoró la experiencia del Frente Popular en los mismos términos en que lo haría tres décadas después en la conversación con Régis Debray: «No se puede confundir —dijo en junio de 1939— un gobierno socialista con un gobierno de Frente Popular. Un gobierno frentista está creado para defender las garantías democráticas en contra de la amenaza tenebrosa del fascismo, cuya acción empieza ya a sentirse en estas tierras de América». Además, subrayó que la participación del Partido Socialista en aquella coalición no implicaba el abandono de su propio programa, sino que en aquel momento histórico, tras la reciente victoria franquista y la amenaza de la guerra en Europa, habían priorizado la defensa de la democracia frente a la oligarquía, el fascismo y el imperialismo: «El Frente Popular es una barricada defensiva en la que se cobijan todas las fuerzas democráticas».

Una evidencia palmaria de las limitaciones de la experiencia frentepopulista es que no se atrevió, como lo había prometido, a poner en marcha la reforma agraria, a expropiar las grandes haciendas heredadas de la colonia que constituían el símbolo del sector más reaccionario de la clase dominante. En aquel discurso, precisamente, Allende hizo una referencia crítica a la persistencia del latifundio, una «rémora del progreso en nuestra patria», y expresó su confianza en la futura transformación del agro: «Día llegará en que sea posible nuestra aspiración: ni hombres sin tierra, ni tierras sin hombres».

En la parte final hizo una encendida defensa de las Milicias Socialistas, cuya existencia la derecha pretendía instrumentalizar para enfrentar al PS con las Fuerzas Armadas: «Nada más gratuito, más absurdo, ni más injusto. Nosotros respetamos como nadie sus gloriosas tradiciones y vemos en ellas las instituciones indispensables para salvaguardar la integridad de nuestra patria y de nuestras instituciones y hago solemne declaración de que seremos los primeros en apoyar la realización de los planes del Ejecutivo en orden a dotarlas de los elementos necesarios para desarrollar sus funciones en la forma que el país necesita (...). Los partidos de derecha armaron la Milicia Republicana con armas del Ejército y del Cuerpo de Carabineros, en cambio nuestras milicias no tienen armas». Las *únicas* eran, subrayó, «su espíritu de disciplina y su convicción ciudadana».

Tampoco dudó en denunciar la conspiración de sectores conservadores, que a su juicio no vacilarían siquiera en desencadenar una guerra civil para aplastar «la voluntad soberana de un pueblo que se ha dado un Gobierno de izquierda con hombres de izquierda».<sup>163</sup> Su advertencia se probó justificada pocas semanas después.

#### LA DIGNIDAD DE UN PRESIDENTE

El 25 de agosto de 1939 el general Ariosto Herrera, pasado a retiro el día anterior, se sublevó contra el Gobierno constitucional. Su golpe de Estado, que ha quedado anotado en la historia nacional como el *ariostazo*, fue sofocado rápidamente y unas doscientas mil personas se manifestaron por el centro de Santiago con la consigna «¡Todo Chile con Aguirre!». La firmeza del Presidente de la República, quien expresó que de ningún modo abandonaría La Moneda hasta culminar su mandato y conminó al general Herrera a deponer su actitud, fue decisiva. En el número especial de la revista *Ercilla* publicado solo cinco días después se aprecia en una de las fotografías a Salvador Allende junto a Eleodoro Domínguez, miembro del Comité Ejecutivo Nacional, y a José Rodríguez, jefe de las Milicias Socialistas, estudiando la distribución de las fuerzas del partido para un nuevo caso de emergencia.<sup>164</sup>

El 14 de abril de 1970, en un importante discurso pronunciado en el Gran Templo de la Gran Logia de Chile, Allende evocó con sentimiento, ante sus hermanos masones, lo sucedido aquel día: «Y entonces nace la tentativa de

Ariosto Herrera y la derecha chilena se confabula y la amenaza se cierne. Y el golpe militar se aplasta, sin disparar un tiro por la actitud consciente de las masas populares dirigidas por sus partidos de vanguardia, los marxistas de ayer y de hoy, y por la actitud moral de firmeza de un Hermano [Aguirre Cerda, quien también era masón] que tuvo siempre el sentido de la dignidad del cargo que desempeñaba».

En una de sus últimas comparecencias en la masonería antes de ser Presidente de la República, recordó que aquella madrugada estuvo en el palacio de gobierno: «Me tocó, y es un hecho que tiene ribetes de anécdota histórica, estar presente a las cinco de la mañana de ese día, en La Moneda. Junto a don Pedro, no estaba otro hombre que Roberto Wachholtz (...) y misiá Juanita [su esposa], cuando el edecán, Venerable Maestro, vino a decirle al Presidente Aguirre Cerda que estaban listos los autos frente a la amenaza que se cernía, ya que las tropas del general Herrera avanzaban hacia La Moneda. Y yo oí y aprendí y nunca olvidaré lo que es la firmeza serena de la dignidad hecha hombre. Don Pedro Aguirre Cerda le dijo: “Usted está formado para luchar, use los autos. Yo soy un hombre de Derecho. Saldré de aquí con los pies hacia adelante, pero jamás abandonaré este cargo que el pueblo me entregó”.».

Con profundo afecto, Salvador Allende culminó el retrato de uno de los Presidentes más queridos por los chilenos de 1970: «Con esa respuesta quedaba definitivamente establecido el hecho de que don Pedro Aguirre, pequeño y moreno, chileno y masón, tenía un alma y una conciencia que han hecho posible, además, que su recuerdo esté incorporado al corazón agradecido del pueblo».<sup>165</sup>

#### MINISTRO DE SALUBRIDAD

El 16 de septiembre de 1939 Salvador Allende realizó una de sus últimas intervenciones en la Cámara de Diputados, cuando tomó la palabra para presentar un importante proyecto de ley de alfabetización obrera y campesina. El joven parlamentario subrayó que el Partido Socialista y el Frente Popular no se contentaban con liberar de la ignorancia a los 850.000 chilenos mayores de 9 años que no sabían ni leer ni escribir. «Defendemos el derecho a la cultura —y no solo a instrumentos de cultura— de toda la masa trabajadora; de todos los que siendo alfabetos no logran concebir y practicar nuevas formas de vida individual

y colectiva; de todos los que habiendo concurrido dos, tres y cuatro años a la escuela primaria apenas conservan un residuo precario y vago de su aprendizaje. Defendemos el derecho a disponer de todos los recursos de promoción cultural para el pueblo considerado como entidad orgánica; de este pueblo que hoy se cohesiona, se estructura y se orienta desde el fondo de su abandono y su miseria en torno a este Gobierno de Frente Popular...».<sup>166</sup>

Sus datos fueron apabullantes: en 1938 la población potencial en edad escolar (7-15 años) era de un millón de niños, pero solo se habían matriculado 609.719; desde 1920 los habitantes del país habían aumentado un 22,8%, pero el número de escuelas primarias solo un 12,1% y apenas existían instituciones educacionales para los adultos analfabetos. Por ello, propuso el incremento rápido de colegios y la contratación de maestros para incorporar al sistema educativo a los casi 400.000 niños excluidos y, asimismo, la inmediata creación de un cuerpo de instituciones alfabetizadoras a través de toda la República para los adultos con una formación insuficiente. En definitiva, para hacer realidad una de las grandes aspiraciones formuladas por Aguirre Cerda, «Gobernar es educar», propugnó un incremento «generoso» del presupuesto destinado a educación. «¡Por un Chile sin analfabetos! ¡Porque todo Chile sea una escuela!», exclamó.

Diez días después, el martes 26 de septiembre de 1939, los tres ministros socialistas (Arturo Bianchi, Carlos Alberto Martínez y Miguel Etchebarne) dimitieron de manera irrevocable y el Comité Central del PS sugirió al Presidente de la República como sustitutos a Rolando Merino, Luis Zúñiga y Salvador Allende. La prensa manejó el nombre de otros candidatos para el Ministerio de Salubridad, como el doctor Jaime Vidal Oltra.<sup>167</sup>

En la mañana del 28 de septiembre Marmaduke Grove, Óscar Schanke y Eleodoro Domínguez se reunieron en La Moneda con Aguirre Cerda. Tras conversar con el líder del Partido Radical y con su ministro del Interior (Pedro Enrique Alfonso), el Presidente anunció aquella misma tarde los titulares de las tres carteras vacantes, Rolando Merino (Tierras), Óscar Schnake (Fomento) y Salvador Allende (Salubridad). En una ceremonia celebrada a las siete en el Salón Rojo de La Moneda, en presencia de Aguirre Cerda y de los tres dimisionarios, así como de otros altos cargos, el subsecretario de Interior, Raúl Rettig, procedió a tomar juramento a los tres nuevos ministros, que a continuación pasaron a una sala anexa para reunirse con el resto del gabinete.<sup>168</sup>

El viernes 29 de septiembre Allende se dirigió temprano a las dependencias

del Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, donde cumplió con la tradición de despedir a su antecesor, el doctor Etchebarne, recorrió las diversas secciones y conversó con los trabajadores. También atendió a los periodistas, a quienes explicó que su labor estaría inspirada en el programa del Frente Popular: «Habrá progreso y ayuda a las clases necesitadas».<sup>169</sup>

Para cerrar aquella intensa semana, el Partido Socialista difundió un comunicado a los medios de comunicación en el que señaló su insatisfacción por el ritmo de las reformas e hizo hincapié en el choque entre sus tres ministros y el titular de Hacienda, que amenazaba la estabilidad del Ejecutivo.<sup>170</sup> Por su parte, *Consigna* tituló en su portada: «Schnake, Allende y Merino vitalizarán la acción del Gobierno. Plan de realizaciones inmediatas en favor del pueblo».<sup>171</sup> Óscar Schnake, secretario general, y Salvador Allende, subsecretario general, cedieron sus cargos en la dirección del partido a Marmaduke Grove y José Rodríguez.

Muy pronto, el ministro Allende hizo una amplia exposición de sus propósitos: «Sí, soy médico, pero ante todo soy socialista y declaro que el problema de la salud del pueblo es, ante todo y sobre todo, un problema económico general. ¡Hay que combatir la miseria en todas partes, con todas las armas y recursos posibles, yendo directamente al fondo del asunto! El trascendental asunto de la salud del pueblo no es cuestión de medicinas, ni de drogas, es cuestión de pan y techo. El alza de los salarios, el control y la rebaja de los artículos alimenticios, la planificación en el fomento, una real política de habitación: tales cosas van a sanar nuestra raza. Es natural que eso tendrá que irse solucionando paulatinamente. ¡Pero no hay que dejarlo para mañana, hay que ponerle el hombro inmediatamente!».

En vibrantes palabras anticipó al semanario socialista el amplio programa de acción que intentaría desarrollar como ministro de Salubridad, una etapa que se prolongó hasta el 7 de abril de 1942, con un paréntesis entre el 24 de octubre y el 15 de diciembre de 1941 en que fue sustituido por su compañero Rolando Merino.<sup>172</sup> «¡Comando Único en la lucha contra la tuberculosis, enfermedades venéreas, infecto-contagiosas y en la salvación de la madre y el niño! ¡Amplia función social en las Cajas de Previsión! ¡Cruzada de salvación nacional en defensa del niño proletario con intervención (...) del maestro y del médico, de los sindicatos y partidos políticos, de las organizaciones de la juventud...! ¡Desayuno y almuerzo escolar! ¡400.000 niños más a las escuelas de la República! (...) Combatiremos a los especuladores en los medicamentos y al imperialismo farmacopea. Deben bajarse los precios de las drogas y debemos

liberarnos del monopolio extranjero en este sentido. Finalmente, haré realidad un viejo y sentido deseo de nuestro Partido: ¡Aire y sol para los niños de los trabajadores! ¡Vacaciones para obreros y obreras! ¡Contra el tugurio, el prostíbulo y el juego: montaña y mar!». <sup>173</sup>

El domingo 8 de octubre el Partido Socialista organizó un acto de masas en el Teatro Caupolicán a fin de que los nuevos ministros explicaran sus objetivos. Lleno a rebosar, a pesar de la persistente lluvia una parte de los asistentes tuvo que escuchar los discursos desde el exterior, en la populosa calle San Diego. Allende fue el primer orador y una vez más dejó constancia de su condición de médico socialista: «El medio más eficaz para defender la salud y la vida de los habitantes es yendo a la inmediata elevación del estándar de vida de las clases asalariadas: nada puede hacer la ciencia médica cuando los males físicos radican en la desnutrición del organismo. El cuadro de las condiciones sanitarias en que se debate el país, la enorme mortalidad infantil, que es la más alta de América e inferior tan solo a la de los países más atrasados de África, y la curva vital, que en Chile llega solamente a los 22 años de edad, son algunas de las herencias que nos legan cien años de gobierno oligárquico». Se refirió también a las largas jornadas laborales y a los bajos salarios de los empleados de los hospitales y a la necesidad de pasar de una asistencia curativa a una preventiva, principalmente en las zonas rurales, donde vivían dos millones de ciudadanos.

En la tensión permanente que presidió la relación entre el Partido Socialista y el Gobierno, el ministro Óscar Schnake llamó en aquel mitin al cumplimiento del programa del Frente Popular. <sup>174</sup> Ese clima rebrotó en el VI Congreso General Ordinario celebrado en Santiago en diciembre (uno de los más «dramáticos» de la historia socialista según Jobet, lo que es mucho decir), cuando la tendencia «inconformista», liderada por el diputado César Godoy Urrutia, habló de fracaso del partido y planteó una retirada honorable de sus ministros. La línea oficialista de Grove, Schnake y Allende triunfó, pero el sector crítico se escindió y fundó el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). <sup>175</sup>

En mayo de 1940 Salvador Allende fue muy crítico con sus ex compañeros: «Ante todo hay que esclarecer el concepto inconformista que el grupo divisionista reclama para sí. Inconformistas somos, seguramente, todos los socialistas. Yo me declaro un inconformista, pero mi inconformismo no se resuelve en gritos demagógicos ni en actitudes personalistas que han llevado al divisionismo. No. Mi inconformismo se ha traducido en hacer conocer al pueblo de Chile su realidad sanitaria, sus miserias planteando medidas para su solución.

Mi inconformismo como el de otros funcionarios del Partido Socialista destacados en el Gobierno está traducido en acción, en proyectos de ley presentados al Congreso, en medidas tendientes a conquistar para las clases explotadas de Chile mejoramiento económico dentro de las directivas programáticas del Frente Popular». <sup>176</sup>

## LAS HERIDAS DE CHILE

En octubre de 1939 concedió una entrevista muy interesante al periodista Ismael Edwards Matte en la que recorrió su trayectoria como médico, planteó sus impresiones acerca de su recién iniciada labor ministerial y anunció la publicación de su libro: «Mire, mire estos cuadros. Esta es la realidad y hasta aquí deberemos llegar dentro de un año. Si no, querría decir que habríamos fracasado. Pero no. No tenga cuidado. Triunfaremos. El pueblo y el Gobierno forman una entidad que permitirá vencer todos los obstáculos. Hay mucho que hacer. Pronto editaré un folleto». <sup>177</sup>

Allende tenía muy clara la concepción de una salud pública integral, innovadora, que exigía y merecía un gran esfuerzo nacional, construir un Chile distinto en definitiva. «Prefiero para el pueblo un plato de lentejas a un frasco de tónico. El alimento es la mejor medicina para la gran enfermedad nacional, que es la desnutrición. El tifus exantemático es un producto de la subalimentación de nuestro pueblo. No hay nada que lo pueda evitar, así de un día a otro. Este año, otra vez en el invierno tendremos tifus exantemático. Yo podría decirle que voy a extirparlo. Se engañaría y cuando el invierno vuelva quedaría yo como embustero. No. Con palabras no se conjuran los males que se producen por insuficiencias fisiológicas. Hemos recibido una herencia pesada. Necesitaremos una coordinación de todos los esfuerzos para hacer salir del sitio deprimente en que nos colocan los índices de morbilidad de Chile. Pero todo se hará».

A fines de aquel año, el Ministerio de Salubridad publicó *La realidad médico-social chilena*, un texto de 216 páginas que diseñaba un programa integral de actuación que su autor describió así en 1963: «Este libro trazaba un plan de gobierno. Este plan significó una concepción revolucionaria de la medicina y su aplicación a las masas populares. Fue el comienzo de una medicina integrada, o sea una medicina preventiva y curativa, sin separaciones artificiales, y señaló la importancia de la atención al grupo familiar; estableció

como una exigencia perentoria el que no solo el jefe de familia enfermo, la madre en el periodo de embarazo y el niño lactante tuvieran atención, sino la atención permanente del grupo familiar; mejoró los subsidios por enfermedad y lactancia; estableció las pensiones de vejez y enfermedad. En resumen, una medicina distinta para atender el capital humano y también beneficios económicos diferentes para las masas populares».<sup>178</sup>

Una de sus iniciativas fundamentales como ministro fue la propuesta de reforma de una de las bases de la legislación social, la Ley 4.054, del 8 de septiembre de 1924, que había establecido el seguro obligatorio contra los riesgos de enfermedad, invalidez y muerte para todas las personas asalariadas menores de 65 años. El financiamiento se hacía con cargo al Estado, los patrones y el asalariado, y para organizar y dirigir ese seguro se habían creado una Caja Central y Cajas Locales con personalidad jurídica.<sup>179</sup>

El 11 de agosto de 1940 el Partido Socialista celebró una gran concentración en Santiago que contó como principal orador con Allende, quien impartió una extensa y didáctica conferencia sobre esta importante iniciativa.<sup>180</sup> Según la crónica de *Consigna*, «se anunció que iba a usar la palabra nuestro camarada ministro de Salubridad, el cual en una magnífica exposición planteó en forma clara las reformas necesarias que hay que realizar para dar mayores beneficios a las masas trabajadoras. Grandes aplausos rubricaron cada uno de los párrafos de la interesante conferencia de Allende...».<sup>181</sup>

El 9 de septiembre intervino ante la Cámara de Diputados para ofrecer un resumen de su primer año al frente de la cartera de Salubridad. Hizo una mención especial a otra de sus medidas más impactantes de aquella etapa: la exposición sobre la situación de la vivienda que organizó frente al aristocrático Club de la Unión: «En plena Alameda de las Delicias, alzamos un stand de la vivienda, exposición hecha en grandes diarios murales en los que destacábamos la magnitud e importancia de este problema. Dijimos a la faz de todo Santiago, durante tres meses, que un millón quinientos mil chilenos viven en habitaciones insalubres; que tenemos un déficit de trescientas mil viviendas; que las habitaciones construidas por la Caja de Habitación hasta hoy, anualmente, no alcanzaban a absorber el aumento vegetativo de la población; que, término medio, existían 5,7 personas por pieza, haciendo observar cómo influyen el hacinamiento y las condiciones higiénicas de la vivienda en las cifras de morbimortalidad, en las enfermedades comunicables, en las epidemias y en la salud en general».

Estaba convencido de que aquella exposición había contribuido a concienciar a la sociedad acerca de las dramáticas carencias de las grandes mayorías en un rubro tan básico como la vivienda. Siempre enfrentó los grandes problemas nacionales desde el realismo político y las acciones destinadas a corregirlos, no desde la retórica estéril e inflamada. Recordó que había planteado este asunto en el gabinete y que el Presidente les había designado al ministro de Hacienda y a él mismo para que redactaran un proyecto de ley que contemplaría otorgar a la Caja de Habitación una suma cercana a los 300 millones de pesos para construir hasta diez mil viviendas anualmente.<sup>182</sup>

En conferencias, declaraciones a la prensa y artículos, Salvador Allende hizo un esfuerzo pedagógico por instalar en Chile una visión integral de la salud pública. En su labor como ministro abordó los asuntos centrales de la vida de las clases populares: la atención médica, la previsión social, la protección ante los accidentes de trabajo, la vivienda o la alimentación. Por ejemplo, en agosto de 1940 publicó un artículo en el que planteó que, a pesar de que el trabajador invertía en su alimentación y la de su familia casi el 90% de sus ingresos y en las capas más pobres el 100%, estaba mal nutrido y la mayoría de la población sufría «de hambre fisiológica».<sup>183</sup> En noviembre de aquel año recibió el aplauso unánime de la Convención anual de la Asociación Médica.

En marzo de 1941 hubo elecciones para renovar una parte del Senado y la Cámara de Diputados. El Partido Socialista concurrió en solitario, marginado del Frente Popular, y pese a ello obtuvo dos senadores (Grove por Santiago y Eleodoro Domínguez por Atacama y Coquimbo) y quince diputados, con un relevante 17% de los votos.<sup>184</sup> El distanciamiento respecto al resto de fuerzas de la coalición y el Gobierno llevó a que en el transcurso de aquella campaña sus tres ministros presentaran la dimisión, que Aguirre Cerda rehusó, como les explicó en una carta no fechada a Schnake, Merino y Allende: «... la renuncia de ustedes es un error porque los ministros deben permanecer en sus cargos mientras cuenten con la confianza del Presidente de la República y la verdad es que en ningún momento les ha faltado el sentimiento de la mayor lealtad y colaboración del Presidente, como ustedes mismos lo reconocen. Rechazo, pues, las renuncias de ustedes y les pido que por el interés público continúen prestando al Presidente de la República la constante cooperación que con inteligencia y sinceridad ideológica han estado ustedes aportándole en el desempeño de sus respectivos cargos».<sup>185</sup>

En aquellas semanas la comisión que había designado para estudiar la

reforma de la Ley 4.054 concluyó la elaboración del proyecto de ley, que fue enviado al Congreso Nacional en junio de aquel año con la firma del Presidente de la República y la suya.<sup>186</sup> El semanario socialista se deshizo en elogios: «Con obras se hace gobierno y no con palabras. Con hechos incontrovertibles, Salvador Allende brinda al pueblo una demostración definitiva de su capacidad de estadista. Por encima de las pasiones del momento, de los intereses primarios en vísperas electorales, el camarada Allende ha trabajado intensamente en una obra de bien común».<sup>187</sup> Sin embargo, aquella trascendental reforma legal no prosperó entonces y durante más de una década languideció en los cajones del Congreso Nacional.

Ya en aquel tiempo presentó también un proyecto de ley para la creación del Colegio Médico, pero la derecha, en dos ocasiones, lo impidió. A principios de octubre de 1941 viajó a Estados Unidos para asistir a la reunión de la Asociación Americana de Salud Pública, en la que criticó con contundencia el imperialismo y los préstamos otorgados por las instituciones de este país: «Hasta aquí los empréstitos han servido fundamentalmente para renovar el material bélico y no el material humano, que es el básico de una gran nación».<sup>188</sup>

#### MEMORIA DEL FRENTE POPULAR

El 25 de noviembre de 1941 falleció el Presidente Pedro Aguirre Cerda. Se convocaron elecciones y, aunque el Partido Socialista levantó inicialmente la opción de Schnake, acabó apoyando al radical Juan Antonio Ríos, quien el 1 de febrero de 1942 derrotó ampliamente (con el 55,96% de los votos) a Carlos Ibáñez, impenitente candidato que aún tendría que esperar una década más para retornar a La Moneda. El 7 de abril, al constituirse el gabinete presidido por Ríos, Allende cesó como ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social. Fue sustituido por Eduardo Escudero, también socialista pero de mucho menor perfil político, y fue nombrado vicepresidente y administrador de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio, cargo que ejerció hasta enero de 1943, cuando el PS decidió retirarse del Ejecutivo... y Allende se convirtió en su secretario general.

En 1963, valoró de este modo su etapa como ministro de Salubridad, en la que contó con el apoyo de la Asociación Médica: «Envié al Congreso Nacional los proyectos que modificaron el Seguro Obrero, la ley de Accidentes de Trabajo, el Servicio Nacional de Salud, que es hoy día la ley que, ampliada o

modificada, contiene en esencia los puntos de vista que yo planteara como ministro de don Pedro. Cambié fundamentalmente lo relativo al desayuno escolar, financié mejor la Sanidad y el Instituto Bacteriológico».<sup>189</sup>

El Frente Popular fue una encrucijada decisiva en su trayectoria política.<sup>190</sup> Fueron los años en que se convirtió en un dirigente socialista de talla nacional. Como responsable de la campaña de 1938 en Valparaíso recibió su bautismo de fuego en una gran contienda política, coronada con la histórica victoria del 25 de octubre. Como diputado novel empezó a interiorizar los secretos de las artes parlamentarias. Como ministro, supo de las dificultades de integrar una coalición plural y del sinuoso camino que debía recorrer un programa reformista sin mayoría en el Poder Legislativo.

La memoria de aquel tiempo le acompañó durante toda su vida. El 25 de octubre de 1943 pronunció un discurso en un acto partidario de homenaje al primer Presidente progresista del país: «El 25 de octubre de 1938 es para el pueblo de Chile y para sus masas obreras un acontecimiento político que quiebra el rumbo de nuestra vida nacional. Significa el desplazamiento de los viejos sectores tradicionalistas, que mantuvieron el Gobierno por más de 120 años, y el triunfo de los grupos democráticos y populares que, unidos en torno a un maestro y un estadista, conquistaron el poder político. (...) A Pedro Aguirre Cerda se le respetó porque fue leal con el pueblo; porque creyó en el destino de las clases trabajadoras; porque bregó contra la incompreensión de muchos, la maldad de sus adversarios políticos y la terquedad de sus propios partidarios; porque anheló organizar un destino mejor para las masas ciudadanas y para Chile un desarrollo económico e industrial que le permitiera su independencia. Porque ejerció su misión con dignidad de hombre y con dignidad de gobernante, por eso los socialistas, que fuimos leales con él en vida, hoy, en este instante de inercia política, en medio de la apatía en que vivimos, frente a la indiferencia culpable de muchos y a las vacilaciones del propio Gobierno, miramos a Aguirre y vemos en él al padre espiritual de una etapa que fue promisoría en su significado y en su iniciación y que debemos continuar, en función no de la voluntad de un hombre o de un partido, sino de las esperanzas de un pueblo».<sup>191</sup>

En 1963, tras ser elegido candidato presidencial del Frente de Acción Popular (FRAP), hizo hincapié en las diferencias entre ambas coaliciones, puesto que en el Frente Popular la hegemonía correspondió siempre al Partido Radical, mientras que en el FRAP (y después en la UP) la clave de bóveda, la viga maestra, era la confluencia de los partidos Comunista y Socialista. Del mismo

modo, subrayó la evolución de la izquierda hacia unas propuestas netamente transformadoras de la sociedad capitalista. Así, al recordar el histórico lema de «Pan, techo y abrigo», reflexionó: «Pero no se decía que para dar pan es menester una reforma agraria, porque entonces el problema del pan es el problema del trigo, es el problema de la tierra». «Nunca se dijo que para dar techo era indispensable una planificación económica previa, vale decir de desarrollo industrial sobre bases permanentes y sólidas que permitieran efectivamente movilizar a las mayorías nacionales en función de que la producción alcanzara metas indispensables para su desarrollo». «El abrigo implicaba, y no se dijo, la necesidad de una política de sueldos y salarios que permitiera un aumento del poder adquisitivo de las masas y aún más, que las industrias pudieran producir en función de las necesidades del pueblo. Hoy día, tanto la industria textil como la del calzado, por ejemplo, producen a un tercio de su capacidad».<sup>192</sup>

También en 1971, ya como Presidente de la República, analizó la trascendencia y las limitaciones de la experiencia frentepopulista: «Nosotros conscientemente actuábamos en el Frente Popular como una etapa, pero indiscutiblemente cada vez veíamos que los problemas de fondo no podían solucionarse. Y ¿por qué no podían solucionarse? Porque nuestras riquezas esenciales estaban en manos del capital extranjero. De ahí entonces que esa experiencia vivida fortificó nuestra convicción de que la lucha esencial en los países capitalistas dependientes o “en vías de desarrollo” es la lucha antiimperialista. Este es el fondo, la base de los otros cambios estructurales».<sup>193</sup>

## EL VALOR DE LA AMISTAD

En 1941 Salvador Allende, Hortensia Bussi y la pequeña Carmen Paz, recién nacida, se trasladaron a un departamento que arrendaron en un edificio ubicado a los pies del cerro Santa Lucía, en el número 181 de la calle Victoria Subercaseaux, donde también vivieron sus primeros años Beatriz (nacida el 8 de septiembre de 1943) e Isabel (el 18 de enero de 1945). Allí creció la amistad entre Allende y el abogado Hernán Santa Cruz, quien había sido uno de sus dos padrinos de boda y apadrinó también a Carmen Paz, mientras que él asumió ese rol con Adriana Santa Cruz. «Una de las cualidades de Salvador era su sentido de amistad y lealtad no solo hacia sus amigos, sino hacia sus principios, a sus

ideas y a sus compromisos. Como amigo era muy particular, en todos esos años lo consideré mi mejor amigo, sin que la política interviniera», aseguró en 1988 Hernán Santa Cruz, embajador ante las Naciones Unidas entre 1966 y 1973.<sup>194</sup>

Él no siempre coincidió con las posiciones políticas de Allende, de hecho también mantenía una amistad muy estrecha con otro joven político, Eduardo Frei Montalva. En aquellos años los tres compartieron muchos almuerzos y conversaciones. Allende —añadió Santa Cruz en 1988— «tenía un carácter ideal, era enormemente simpático. En una primera fase su actitud parecía dura y altanera, pero en su vida privada con los amigos era de una sencillez y simpatía muy grandes y con un gran sentido del humor. Esa actitud poco simpática era más bien a primera vista, pero no era para preocuparse. Él como hombre socialista venido de Valparaíso y estando aquí en el centro de la vida chilena no quería ser mirado en menos, además era muy seguro de sí mismo». Como otras personas cercanas, destacó su gran capacidad de trabajo: «Siempre fue increíblemente trabajador, no dormía más de cuatro horas al día, ni se acostaba antes de las 2 de la mañana, jugaba ajedrez y antes de las 7 estaba llamando por teléfono a todo el mundo».

Este abogado ayudó mucho a Allende durante su etapa como ministro de Salubridad y formó parte del equipo de trabajo que preparó la reforma legal relacionada con el seguro obrero y los accidentes laborales. Al periodista Carlos Jorquera le explicó su labor pionera en aquel tiempo: «Salvador decidió inaugurar una política masiva de salubridad. Y formó un equipo que se reunía todas las tardes en su oficina a diseñar esta nueva política. (...) De manera que todos aportamos lo que sabíamos, bajo la dirección de Chicho. Y en este punto, hay que señalar algo muy importante: Salvador fue el primero que supo consolidar el concepto de Seguridad Social, no solamente en Chile, sino también en América Latina».<sup>195</sup>

144. Milos, p. 268.
145. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 4.
146. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 4.
147. Fuente: Especial del diario digital *El Clarín* sobre Allende: <http://www.elclarin.cl/fpa/descarga.html>
148. Milos, pp. 294-303.
149. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 4.
150. Urzúa, p. 35.
151. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 4.
152. Milos, pp. 339-341.
153. Pey, p. XI.
154. Jobet, Tomo 1, pp. 128-131.
155. Departamento de Planificación de la OIR: *Biografía del Presidente Allende*, p. 13.
156. *Ercilla*, 20 de mayo de 1964, pp. 4-5.
157. *Análisis*, 20 de junio de 1988, p. 36.
158. *Análisis*, número especial con motivo del décimo aniversario del golpe de Estado. Septiembre de 1983. Consultado en: <http://www.salvador-allende.cl/familiaSAG/Tencha3.pdf>
159. Zerán, Faride: *Desacatos al desencanto*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997, p. 33.
160. Labarca (2007), p. 63.
161. *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3, p. 166.
162. Jorquera, p. 43.
163. Quiroga (1988), pp. 59-81.
164. *Ercilla*, 30 de agosto de 1939. Número extraordinario, p. 13.
165. Rocha (2001), p. 35.
166. Quiroga (1988), pp. 139-148.
167. *El Mercurio de Valparaíso*, 28 de septiembre de 1939, p. 1.
168. *El Mercurio de Valparaíso*, 29 de septiembre de 1939, p. 1.
169. *El Mercurio de Valparaíso*, 30 de septiembre de 1939, p. 1.
170. *El Mercurio de Valparaíso*, 1 de octubre de 1939, p. 16. Este comunicado se publicó en: *Consigna*, 8 de octubre de 1939, p. 1.
171. *Consigna*, 30 de septiembre de 1939, p. 1.
172. Fuente: Ministerio de Salud de Chile.
173. *Consigna*, 8 de octubre de 1939, p. 1.
174. *Consigna*, 13 de octubre de 1939, p. 1.
175. Jobet, Tomo 1, pp. 134-139.
176. *Ercilla*, 15 de mayo de 1940. En: *Historia documental del PSCH. 1933-1993. Signos de identidad*. Archivo Salvador Allende, n.º 18. IELCO. Concepción, 1993, p. 147. Pero en aquellos mismos días el órgano oficial del Partido Socialista y de la Federación Juvenil Socialista en Valparaíso publicó una durísima crítica a la participación de los tres militantes socialistas en el Gobierno presidido por Pedro Aguirre Cerda. Titulado «Por qué los socialistas fracasan en el Gobierno», el artículo era un furibundo ataque, entre otros, al propio Allende: «Las clases poseedoras aceptan sí la colaboración (...) solo cuando están bien convencidas de la lealtad y el servilismo que se les ofrece: es la “representación” que suelen conceder a los dirigentes del pueblo. Es esta representación la que pavonean los ministros llamados “socialistas” en el actual Gobierno de Frente Popular. Allí están para servir a sus amos y los sirven esta vez manteniendo la resignación de los trabajadores y la esperanza de que ellos “pueden hacer algo”. Ya el pueblo ha visto lo que ellos pueden hacer: el conventillo sigue inmundo prestando fácil propagación a todas las epidemias, mientras hay un gran proyecto de habitación del ministro Allende...». El artículo condenaba a la hoguera a los tres ministros, a los que nada más y nada menos este periódico socialista acusaba de haber traicionado al pueblo para disfrutar de los privilegios del poder: «Por eso están felices, con todos sus amanuenses y burócratas, bien comidos y bien vestidos, en buenos puestos públicos y creyendo tener con

ellos un Partido». *Lucha Obrera*, n.º 1. Valparaíso, junio de 1940, p. 3.

177. Entrevista publicada en la revista *Hoy* el 19 de octubre de 1939. Reproducida en: *Salvador Allende. Vida política y parlamentaria*, pp. 275-279.

178. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, pp. 4-5.

179. Cruz-Coke Madrid, p. 482.

180. Esta conferencia se publicó íntegramente en: *Consigna*, 24 de agosto de 1940, p. 2.

181. *Consigna*, 17 de agosto de 1940, p. 1.

182. Un largo extracto de este discurso fue publicado aquel mismo año: Allende, Salvador: *Síntesis de la labor ministerial*. Santiago de Chile, 1940, pp. 8-9. Siempre tuvo presente aquella emblemática exposición. En abril de 1971, ya como Presidente de la República, explicó al sociólogo español Mario Gavilla, uno de los invitados de la «Operación Verdad»: «Usted ha planteado, compañero, uno de los problemas más álgidos, que no solo es de Chile sino de todos los países del mundo. Yo no conozco ningún país en América Latina que haya solucionado el problema de la vivienda. Yo fui ministro de Pedro Aguirre Cerda (...). Hice la primera exposición de la vivienda en Chile. La hice allí en la Alameda de las Delicias, frente al Club de la Unión, cuando el Club de la Unión era el centro de la oligarquía chilena. En esa época los arquitectos y los técnicos de izquierda demostraron que en Chile faltaban 320.000 viviendas. Han pasado 31 años y hoy día en Chile faltan 440.000 viviendas». *Encuentro del Presidente de la República, compañero Salvador Allende, con los participantes extranjeros de la Operación Verdad, realizado en el gran comedor del Palacio de La Moneda*. OIR. Santiago de Chile, 1971, p. 19.

183. *Consigna*, 17 de agosto de 1940, p. 3. Este artículo se transcribe en el Apéndice V.

184. Jobet, Tomo 1, p. 147.

185. Aguirre Silva, Leónidas: *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2001, pp. 134-135.

186. El proyecto de ley suscrito por Pedro Aguirre Cerda y Salvador Allende puede consultarse en el Archivo Nacional de la Administración, en Santiago, en el Tomo 194 del Ministerio de Salud. La página con sus firmas se reproduce en el Apéndice V.

187. *Consigna*, 21 de marzo de 1941, p. 1.

188. Departamento de Planificación de la OIR: *Biografía del Presidente Allende*, p. 18.

189. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 4.

190. El 7 de octubre de 1942 el Frente Popular se transformó en la Alianza Democrática, que estaba integrada por los partidos Radical, Socialista, Comunista, Socialista de los Trabajadores y Democrático y recibía el apoyo de la Confederación de Trabajadores.

191. *El Partido Socialista de Chile*. Archivo Salvador Allende, n.º 6. México, 1990, pp. 33-43.

192. *El Siglo*, 27 de octubre de 1963, p. 5.

193. Debray, p. 66.

194. *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3, pp. 169-171. Hernán Santa Cruz se refirió también a su relación con Allende en su trilogía autobiográfica: *Cooperar o perecer. El dilema de la comunidad mundial*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1984.

195. Jorquera, pp. 238-239.

## Los años difíciles

En enero de 1943, después de participar en los gabinetes de Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, el Partido Socialista acordó retirarse del Gobierno. Salvador Allende, que había sido ministro de Salubridad durante dos años y medio y vicepresidente de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio durante casi nueve meses, salió de la administración y su actividad cotidiana se concentró desde entonces en la dirección del PS, ya que fue elegido por primera vez secretario general de la fuerza política que había contribuido a fundar diez años atrás. Pero a partir de entonces el PS vivió los años más turbulentos desde su origen, los más difíciles, un tiempo histórico marcado por el divisionismo (capitaneado por el viejo caudillo ya en declive, Marmaduke Grove), el aislamiento y el inicio, en definitiva, de una larguísima travesía en el desierto. El desastroso resultado de las elecciones presidenciales de 1946 y el apoyo de la mayor parte de sus filas a Carlos Ibáñez en 1952 marcaron las simas de una época en la que, sin embargo, Allende supo preservar su prestigio político. Su elección en 1945 como senador por las provincias australes, la continuidad de su trabajo parlamentario en defensa de las leyes sociales y su denuncia tenaz de la persecución contra el Partido Comunista instigada por González Videla le auparía al liderazgo de la izquierda en noviembre de 1951.

### SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO SOCIALISTA

Entre el 22 y el 24 de enero de 1943 tuvo lugar en Rancagua el IX Congreso General Ordinario del Partido Socialista, en el que por primera vez fue elegido secretario general. Junto a él se integraron en el nuevo Comité Central, entre otros, Carmen Lazo, Rolando Merino, Óscar Naranjo, Raúl Ampuero y Carlos Alberto Martínez. El debate más acalorado se produjo sobre el asunto que

tensionaba el Partido desde la misma victoria del Frente Popular: la permanencia en el gabinete o la retirada de los ministros socialistas. Finalmente, se alcanzó un acuerdo gracias a la capacidad de Allende para aunar voluntades y tejer consensos, al despliegue de su proverbial «muñeca política», como relató *Ercilla*: «Después de tres horas de discusión explicándose que la tesis “retirista” se justificaba antes por la no ruptura de relaciones con el Eje, el Congreso adoptó una tesis sustitutoria, redactada por Allende en el sentido de prestar colaboración y apoyo al Gobierno sin exigencias administrativas. Fue aprobada por 46 votos contra 34». A consecuencia de la enconada discusión los socialistas abandonaron el Ejecutivo de Juan Antonio Ríos y, tras su derrota interna, Grove acaudilló una escisión.

Tuvieron que ser días complicados para Allende por sus vínculos familiares con Marmaduke Grove, a quien además acompañó su cuñado Eduardo, esposo de Inés Allende. La polémica tuvo un gran eco en la prensa, pero no se arredró en la defensa de sus convicciones y señaló que su voluntad era dirigir el trabajo partidario con la mística de los años fundacionales, cuando el socialismo arraigó en todo el país. «Lo que me interesa ahora es comenzar a trabajar como en los primeros días del Partido. Lo dije al recibir mi designación que considero un error político, por razones muy especiales: soy emparentado con el camarada Grove, soy uno de los hombres más resistidos en el radicalismo y tengo pendientes algunos juicios en mi calidad de vicepresidente de la Caja del Seguro Obrero por acusaciones interesadas y falsas que no deseaba dejar en el aire. Pero una vez elegido, acepto el mandato y la difícil tarea que se me asigna de reiniciar una nueva vida en el PS, que será igual a la de los primeros días, cuando el Partido se formaba con su franciscana pobreza económica y gran riqueza de heroísmo y desinterés».<sup>196</sup>

Durante los casi veinte meses en que ocupó la máxima responsabilidad en el socialismo tuvo que abordar en varias ocasiones la relación con el Partido Comunista, con el que aún compartía trinchera en la Alianza Democrática y cuya línea política estaba condicionada por la evolución de la Segunda Guerra Mundial, en la que la Unión Soviética se jugaba su supervivencia.

Orlando Millas recordó en sus memorias que, a los pocos días de su elección como secretario general del PS, hubo un encuentro en la sede del Partido Comunista entre representantes de esta fuerza política, del Partido Socialista y del Partido Socialista de los Trabajadores, al que Millas pertenecía. Los comunistas querían explorar la posibilidad de un acercamiento de las

organizaciones antifascistas para constituir un partido federado. Pero él propuso un camino distinto... que no cuajaría hasta una década después. «Allende expuso una tesis propia», escribió Millas, «que evidentemente había pensado mucho y la tenía elaborada hasta en los detalles. Defendió como asunto básico la raigambre propia en la sociedad chilena y la razón de ser de los partidos Comunista y Socialista, su idiosincrasia diferente y los matices en su composición clasista. Recuerdo que abundó en esto para sostener que era realista defender la plena independencia y autonomía de ambas colectividades. A continuación, propuso con mucho entusiasmo lo que denominó enfáticamente unidad socialista-comunista, término nuevo y que estuvo en boga un decenio más tarde. Según Allende, esa unidad debía consistir en que estos partidos formularsen una plataforma conjunta para sus relaciones con las otras fuerzas democráticas y estableciesen comités de enlace, tanto de sus direcciones centrales como de sus direcciones intermedias y de organismos de base».<sup>197</sup>

En agosto de 1943 tuvo que rendir el informe ante el IV Congreso General Extraordinario del Partido Socialista, convocado en Valparaíso para formalizar el retorno de la fracción grovista, y fue reelegido como principal dirigente por unanimidad. En aquel extenso discurso, publicado después como folleto,<sup>198</sup> analizó la trayectoria reciente de su fuerza política, su actuación en los gobiernos de Aguirre Cerda y Ríos y la decisión de abandonar el Ejecutivo acordada en enero en Rancagua.

Con una visión más crítica que nunca de aquella experiencia, destacó que desde fines de 1938 habían dirigido ministerios «subalternos», sin capacidad para determinar el rumbo de los grandes rubros de la economía, y que el compromiso con la defensa de la democracia ante la amenaza fascista (expresada en el programa autoritario con el que Ibáñez concurre a las elecciones de 1942) no les impedía apreciar la profunda crisis nacional. «Los socialistas abandonamos el Gobierno cuando vimos la imposibilidad de desarrollar una política positiva en beneficio del país, del pueblo, de sus clases trabajadoras. Dejamos de pertenecer al Ejecutivo cuando nos dimos cuenta de que nuestro esfuerzo en el poder era estéril y mal interpretado y que nuestras iniciativas eran amagadas por la derecha económica, que ha seguido controlando el crédito y las finanzas. Al abandonar el Gobierno dijimos que apoyaríamos todas sus iniciativas tendientes a mejorar las condiciones generales de vida y al desarrollo económico e industrial del país. Recalcamos que mantendríamos como siempre nuestra libertad de crítica y que la emplearíamos como la mejor colaboración al

Gobierno democrático del señor Juan Antonio Ríos. Afirmamos que defenderíamos las libertades individuales y sociales que consagra nuestra Constitución».

Después de analizar la situación económica nacional de manera exhaustiva, desgranó un amplio conjunto de propuestas: abogó por «la acción orientadora del Estado» y la economía planificada para crear una gran industria de carácter público, propugnó la nacionalización de los monopolios, defendió la necesidad de aprobar una legislación que reconociera mejor los derechos de los trabajadores y demandó una ley de alfabetización popular. El discurso que se haría cotidiano a partir de 1970 ya resonaba entonces: «Abramos los caminos de la ciencia y el arte para el pueblo; hagamos más amplios los horizontes de la cultura popular. Los hombres y los pueblos no pueden vivir al margen de la vida espiritual. Démosle sentido a la juventud en la tarea grande de hacer un Chile grande. (...) Creemos la emoción de trabajar por una Patria generosa».

Sin embargo, de su severa autocrítica se desprende que la izquierda aún no estaba en condiciones de ofrecer al país un proyecto que pudiera disputar el poder político a la derecha y el centro. En parte, por la situación del propio PS, que Allende analizó de manera cruda en aquel informe ante el IV Congreso General Extraordinario. «El Partido ha perdido la mística, ha perdido la fe, ha perdido la confianza en sus destinos». Y llamó a abandonar las recurrentes luchas intestinas para fortalecer la cohesión en torno a un pensamiento político uniforme y compartido. «Nuestra doctrina, nuestra filosofía, es el marxismo enriquecido por las experiencias del devenir social; el programa no lo tenemos y la táctica cambia de acuerdo con las realidades, que exigen acomodar la línea política o la táctica a esas realidades».

#### DISCREPANCIAS CON EL PARTIDO COMUNISTA

Durante su breve periodo como secretario general del Partido Socialista también le correspondió atender y dar respuesta a la propuesta comunista de fundirse en un único partido obrero, cuando la organización presidida por Elías Lafferte propugnaba la Unión Nacional frente al fascismo. El 1 de diciembre de 1943 remitió a Carlos Contreras Labarca, secretario general del PC, las resoluciones adoptadas al respecto en el Congreso que habían celebrado en agosto en Valparaíso. Los socialistas valoraban de manera muy positiva la

disolución de la Komintern y compartían la concepción teórica de constituir una nueva fuerza a partir de la unificación de «los partidos populares». Sin embargo, después de tres meses de contactos en un comité de enlace Allende también subrayó la oposición socialista a los planteamientos de la Unión Nacional, ya que ellos apostaban por la construcción de una alternativa desde la izquierda: «En Chile, la política económica de tiempos de guerra ha significado el enriquecimiento desproporcionado de empresas poderosas y el desarrollo del sector social que vive de la especulación; ha significado también utilidades gigantescas para algunas industrias, limitación de las garantías sociales y sacrificios y cargas para los hombres que producen riqueza. Esta situación no puede continuar, a riesgo de entregar a la clase obrera a la demagogia de cualquier aventurero, lo que produciría al país más inquietud que los riesgos que se desean evitar. Estamos, en consecuencia, por un programa de realizaciones que se viene postergando mucho tiempo, aun cuando de paso deban herirse los intereses de algunos antifascistas de ocasión».

De inmediato, detalló los seis puntos que podían concretar una unidad de acción socialista-comunista, como paso previo a la convergencia orgánica. Como labor primordial planteó la movilización unitaria para lograr el aumento de la producción y la contención del alza constante del coste de la vida, así como para proporcionar unas «humanas condiciones de vida» a las masas populares. En política internacional, destacó que el Gobierno de Ríos debía cooperar con las nacientes Naciones Unidas y adoptar medidas políticas y económicas contra los agentes y los capitales de las potencias del Eje en el país, además de romper las relaciones diplomáticas con esos países. Después de mencionar algunos proyectos legales que podrían promover en el Congreso Nacional y la necesidad de imprimir un viraje clasista a la Confederación de Trabajadores, propuso que de cara a las elecciones parlamentarias de 1945 fueran en una lista única en todo el país.<sup>199</sup>

Pero el diálogo socialista-comunista no tuvo ningún resultado concreto, entre otros motivos porque el PC mantenía su alianza estratégica con el radicalismo. La amarga experiencia de la *Ley Maldita* rompería ese entendimiento.

Un mes después, en enero de 1944, Allende remitió un documento a la Convención del Partido Radical que se celebraba en Concepción en el que sugirió un conjunto de medidas orientadas a la acción exterior e interior de la Alianza Democrática. En el primer terreno, el líder socialista instaba al PR a convertir el Gobierno del Presidente Ríos en el principal defensor de la

democracia en América Latina. Y se anticipó al movimiento tercermundista que nacería en la histórica Conferencia de Bandung (Indonesia) en abril de 1955: «Pensamos también que las naciones de este continente deben vincularse en forma efectiva con los demás países débiles del mundo que se aprestan para librar una batalla económica y moral por conquistar una ubicación soberana e igualitaria con respecto a las grandes potencias». Y propuso que Chile estableciera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, «gran potencia industrial, que en las deliberaciones de la paz y en la vida futura del mundo ha de ocupar un lugar destacado».<sup>200</sup>

Semanas después, pronunció un discurso en un acto de masas celebrado en el Teatro Caupolicán en el que defendió la posición adoptada por su partido en 1938 ante la evolución de la coyuntura mundial y su independencia tanto de la II como la III Internacional.<sup>201</sup> Constató también el agotamiento histórico de la fórmula unitaria que llevó a la victoria de Aguirre Cerda y planteó un camino propio para las fuerzas más progresistas: «Los socialistas pedimos a la izquierda el máximo de responsabilidad, no debe dejarse arrastrar por las provocaciones; no puede hacer el juego a los conspiradores. Los socialistas llamamos a la izquierda a unirse en torno a un programa; un programa que agitaremos desde la calle y desde el Parlamento; un programa de interés nacional, que reúna el máximo de voluntades en torno a él. (...) Solo un gobierno homogéneo, con un programa y con la decisión de realizarlo, podrá poner atajo a la desorientación, al desconcierto y al caos en que vivimos».

A mediados de 1944, el senador Grove impulsó su última y definitiva escisión y creó el Partido Socialista Auténtico (PSA) al no poder imponer sus tesis de colaboración con el Gobierno de Ríos y de fusión con el Partido Comunista. En los primeros días de julio se consumó el definitivo quiebre político entre Grove y Allende, al encabezar el primero el cónclave fundacional de su fracción, mientras que el segundo se desplazó a Talca para participar en el X Congreso del Partido Socialista de Chile.<sup>202</sup> Este transcurrió en un clima de disgregación dramático, puesto que no solo Grove agrupaba a sus partidarios en el PSA, sino que el 18 de junio el Partido Socialista de los Trabajadores (el viejo sector «inconformista» liderado por Godoy Urrutia) había formalizado su ingreso en las filas comunistas.

En Talca, el informe político de Allende fue aprobado mayoritariamente, pero anunció que, después de un lustro con importantes responsabilidades, no deseaba asumir ningún cargo ejecutivo.<sup>203</sup> Los socialistas leales al tronco

histórico de 1933 eligieron como nuevo secretario general a Bernardo Ibáñez (diputado por Valparaíso y hasta ese momento líder de la Confederación de Trabajadores) y a Allende como uno de los 24 miembros del Comité Central.<sup>204</sup>

#### SENADOR POR EL SUR

1945, el año del fin de la Segunda Guerra Mundial, fue importante para Salvador Allende, puesto que, después de su etapa como diputado, ministro de Aguirre Cerda y secretario general del Partido Socialista, su carrera política corría el peligro de estancarse. Sin embargo, las elecciones parlamentarias le brindaron la oportunidad de probar que su estrella aún brillaba. En lugar de optar a uno de los 147 escaños de la Cámara de Diputados, apuntó más alto, al Senado, donde ocupaban asiento los dirigentes más notables de cada uno de los partidos, los prohombres de la política nacional. Y decidió pelear su cupo en uno de los feudos de la derecha, la novena agrupación, que entonces comprendía las provincias de Valdivia, Osorno, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes.

Fue en el transcurso de aquella campaña electoral cuando Osvaldo Puccio Giesen, quien sería uno de sus más estrechos colaboradores y entrañables amigos durante más de dos décadas, oyó por primera vez su voz desde la ciudad de Punta Arenas: «En aquel tiempo yo era un muchacho de 18 años. En la radio escuché el discurso que Allende pronunció después de su viaje a estas cuatro provincias. Habló de lo que era su política y adónde iba a llegar. Planteó la unidad de la clase obrera y del pueblo. Explicó el horror que significaba que un hombre, para poder comer, tuviera que estar seis, siete u ocho meses metido entre piedras, a kilómetros de distancia de lo que se llama civilización. Si se enfermaba o se moría se venía a saber, a veces, un año después. Mientras tanto, los patrones paseaban por Europa o gozaban de sus grandes mansiones en Punta Arenas y de las mejores en Buenos Aires o Santiago».<sup>205</sup> En los confines australes del país, el candidato socialista habló a los trabajadores de las enormes estancias magallánicas del injusto reparto de la tierra, de que los dueños de los fundos, que jamás pisaban aquellos territorios inhóspitos, se apropiaban del beneficio de quienes trabajaban contra el viento y el frío que erosionan la piel de los hombres. Cinco años después, el joven Osvaldo Puccio debió de recordar aquellas palabras cuando le conoció en unas circunstancias bastante curiosas...

El 4 de marzo de 1945 Allende fue uno de los cinco senadores elegidos por

este inmenso territorio, junto con los radicales Alfredo Duhalde y Alfonso Bórquez, el liberal progresista Carlos Haverbeck y el liberal José Maza, y derrotó a los dos candidatos del Partido Socialista Auténtico de Grove.<sup>206</sup> Su victoria tuvo un gran mérito porque en aquellos comicios la cosecha del Partido Socialista menguó. En la votación para diputados logró el 7,2% de los votos y el PSA de Grove, el 5,6%, frente al 22,1% alcanzado cuatro años antes por la suma del PS, el PST y otro grupo socialista. El Partido Comunista alcanzó el 10,3% y 15 diputados, frente a los 6 del PS y los 3 del PSA,<sup>207</sup> y eligió también 3 senadores en sus feudos mineros: Elías Lafferte y Pablo Neruda por Tarapacá y Antofagasta y Salvador Ocampo por las provincias de Ñuble, Concepción y Arauco. El PS solo obtuvo otro senador, Carlos Alberto Martínez, por Valparaíso y Aconcagua.

Allende ya no abandonaría el Senado hasta que se terció la banda presidencial el 3 de noviembre de 1970. El 14 de agosto de 1945, en uno de los primeros discursos de su nueva etapa como parlamentario, analizó en profundidad la situación política nacional e internacional tras el final de la Segunda Guerra Mundial y expresó el distanciamiento de su partido respecto a la coalición radical-comunista. Curiosamente, habló de la política de «unidad popular»: «Los socialistas luchamos contra el fascismo nacional e internacional y en la lucha entre el fascismo y la democracia, estaremos con la democracia. Hoy, aplastado el fascismo, declaramos que lucharemos por el socialismo. Estamos contra la economía individualista y liberal. Luchamos por una economía social. (...) La izquierda chilena, agrupada, aparentemente cohesionada, en lo que se llama la Alianza Democrática, no tiene un programa en defensa de una posición ideológica común. Los compañeros del Partido Comunista han planteado frente a la Alianza su concepción sobre la política de unidad nacional que nosotros no aceptamos y que hemos combatido, porque sustentamos la política de unidad popular. El Partido Radical, haciéndose eje de la Alianza Democrática, ha hecho de ella una balanza que se inclina a uno y otro lado, frente a estas fuerzas políticas».<sup>208</sup>

El 12 de septiembre de 1945 intervino en el Senado para fijar su posición frente a la Carta de las Naciones Unidas. Concluida la Segunda Guerra Mundial con la derrota del fascismo, recordó la complacencia de la mayor parte de la derecha con las potencias del Eje y expresó su deseo de que la democracia regresara a España: «Nuestro Gobierno y ciertos políticos no quieren recordar que la guerra comenzó en España; que la revuelta de Franco, apoyada por las

potencias del Eje, fue el primer estallido de la conflagración internacional. Esta guerra debe terminar en España y con la instauración de un régimen de acuerdo con la voluntad soberana del pueblo español. ¡Ah, si recordáramos la defensa que se ha hecho del régimen franquista; si repitiéramos las palabras que han pronunciado en este Honorable Senado los senadores de derecha y las que pronunciaron en la Honorable Cámara los diputados de esta combinación política...». <sup>209</sup>

Aquel año el Partido Socialista se retiró de la Alianza Democrática y optó por levantar el llamado Tercer Frente, una pretendida alternativa a la entente radical-comunista y a la derecha que, por primera vez con un candidato propio (Bernardo Ibáñez, su secretario general), probaría suerte en las elecciones presidenciales. El 4 de septiembre de 1946 el radical Gabriel González Videla alcanzó la primera mayoría, con el 40,23% de los votos. Llama la atención la elevada votación de la derecha, que perdió porque se dividió entre las candidaturas de Eduardo Cruz-Coke (29,81%) y Fernando Alessandri (27,42%). Mientras tanto, Bernardo Ibáñez solo logró 12.114 votos (2,54%). <sup>210</sup>

Después de obtener el peor resultado electoral de su no muy larga historia, el Partido Socialista celebró a mediados de octubre en Concepción su XI Congreso, en el que decidió apoyar en el Parlamento la investidura de González Videla frente a Cruz-Coke. Raúl Ampuero fue designado como el nuevo secretario general y Allende no entró en el Comité Central, pero sí fue elegido para la Comisión de Programa, que tenía la misión de redactar el nuevo documento teórico que inspiraría la acción partidaria. Los trabajos de esta Comisión culminaron en noviembre de 1947 con la celebración de una Conferencia Nacional que aprobó el histórico programa inspirado esencialmente por el profesor Eugenio González. Titulado «Por una república democrática de trabajadores», reivindicó el «sentido humanista y libertario del socialismo». <sup>211</sup>

### CONTRA LA *LEY MALDITA*

Con González Videla en La Moneda, por primera vez tres dirigentes comunistas (Carlos Contreras Labarca, Miguel Concha y Víctor Contreras) asumieron otros tantos ministerios (Fomento, Agricultura y Tierras y Colonización). Pero fue por poco tiempo. El estigma de la traición no cae sin justificación sobre el último Presidente radical, quien había declarado: «No

habrá fuerza humana ni divina que me aparte del pueblo. Sin el concurso del Partido Comunista, yo no sería Presidente de la República».<sup>212</sup> No obstante, presionado por el Gobierno de Harry S. Truman, la *guerra fría* empezaba a influir en Chile: el mandatario impulsó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que supuso la ilegalización del Partido Comunista y la persecución de sus militantes, desterrados o confinados desde 1948 en campos de concentración como la caleta de Pisagua, en el extremo septentrional del país.<sup>213</sup> En aquellos días oscuros de peregrinaje clandestino, Pablo Neruda culminaba su obra cumbre, *Canto general*, en la que precisamente estampó a fuego el nombre de González Videla entre los renegados de la historia nacional.

Contra la proscripción del Partido Comunista, que en las elecciones municipales de 1947 había alcanzado el 17% de los votos y se había convertido en la segunda fuerza, se alzaron voces en la derecha, en la Falange Nacional y en el socialismo, aunque hubo parlamentarios de esta filiación que sí la apoyaron. Estas discrepancias internas desencadenaron en 1947 una nueva escisión en el Partido Socialista y, si la fracción anticomunista (liderada por Ibáñez) mantuvo la denominación histórica, el sector integrado por Salvador Allende, Raúl Ampuero, Clodomiro Almeyda o Aniceto Rodríguez fundó el Partido Socialista Popular, cuya estrategia abogaba por la independencia de clase y postulaba ya entonces un «Frente de Trabajadores».

El 18 de junio de 1948, Allende intervino en el Senado en nombre de su Partido para rechazar el proyecto de Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Es uno de sus discursos más importantes, puesto que ilumina claramente algunos de los conceptos centrales de su pensamiento político: su concepción abierta del marxismo, su noción del concepto de revolución, su defensa del pluralismo y de una democracia que para serlo realmente debía incluir los derechos económicos y sociales. Y, sobre todo, es especialmente meritorio su análisis de la Unión Soviética, en un momento histórico en que su prestigio alcanzaba su cénit por su decisiva contribución a la derrota del nazismo y el monumental sacrificio humano y material que le supuso.<sup>214</sup>

El senador socialista no tuvo dudas acerca del significado de aquella iniciativa: «... esta ley, a mi juicio, barrena las bases fundamentales en que se sustenta la organización democrática del país, en términos tales que su repercusión tendrá alcances políticos, sociales y económicos de extraordinaria trascendencia. (...) Las disposiciones contenidas en él, señor Presidente, son una verdadera bomba atómica caída en medio de nuestra convivencia social,

asentada en largos años de una efectiva tradición democrática». Defendió el derecho de los comunistas a participar en la vida política con los mismos argumentos que habría empleado —precisó— para los conservadores o los socialcristianos y explicó las concepciones revolucionarias de su partido: «Señor Presidente y Honorable Senado, he dicho que somos marxistas, que creemos en el socialismo científico, que somos antiimperialistas, antifeudales y antioligárquicos y que tenemos un sentido revolucionario de la transformación económico-social que necesita la Humanidad. Quiero destacar, sí, que este sentido de la revolución no tiene el contenido habitual y pequeño con que suele emplearse esta palabra. Por ejemplo, no es revolucionario el jefe militar que, a la cabeza de un regimiento, toma el poder: eso puede ser un motín. No es revolucionario el que, por la fuerza, logra, transitoriamente, mandar».

Ya entonces, a la altura de 1948, intuía la posibilidad de que era posible un camino al socialismo diferente al que marcaba el poderoso ejemplo de Petrogrado: «En cambio, puede ser revolucionario el gobernante que, llegando legalmente al poder, transforme el sentido social, la convivencia social y las bases económicas del país. Ese es el sentido que nosotros damos al concepto de revolución: transformación profunda y creadora. (...) Respetamos la democracia y actuaremos siempre dentro de sus cauces legales, mientras el régimen democrático respete el sufragio, los derechos sindicales y sociales y las garantías que establece nuestra Carta Fundamental: de libertad de pensamiento, de reunión y de prensa».

No ocultó las diferencias ideológicas y las ácidas polémicas mantenidas con el Partido Comunista, pero como probó en aquella ocasión jamás militó en las filas del anticomunismo: «El Partido Socialista no propicia la dictadura del proletariado, aunque estima necesaria una dictadura económica en la etapa de transición que lógicamente hay que vivir para pasar de la sociedad capitalista a la socialista. He sostenido y sostengo que el marxismo es un método para interpretar la Historia; no es un dogma ni algo inmutable falto de elasticidad». Además, afirmó que de los comunistas «los socialistas hemos sido sus más tenaces y permanentes adversarios» y evocó las discrepancias de los años del Frente Popular, el rechazo del PS a la creación del Partido Único y a la línea política de la Unión Nacional: «Para nosotros, honorables colegas, no hay libertad efectiva si no hay una base económica que garantice al ser humano la posibilidad de su integral desarrollo. Para nosotros, honorables colegas, la libertad que da la organización social actual es solo aparente y tan solo una

pequeña minoría dueña del poder y de los medios de producción es prácticamente libre, política y económicamente. La mayoría de nuestros conciudadanos, los obreros de las industrias, el campesinado, los empleados, en suma, todos aquellos que tienen como única herramienta para ganarse la vida la fuerza de sus brazos o de su inteligencia no son libres».

Su impugnación del capitalismo ya era absoluta entonces. Salvador Allende no se radicalizó a partir del triunfo de la Revolución Cubana y su profundo impacto en América Latina. Ya en 1948 iba más allá de lo que entonces planteaba la socialdemocracia, no hablaba de humanizar el capitalismo, sino de un hondo proceso de transformaciones que debería alumbrar una nueva economía para una nueva sociedad. Y por su vocación latinoamericanista e internacionalista tenía una visión universal del sistema capitalista: «Nosotros sostenemos que este régimen de democracia política consagra permanentes privilegios e injusticias; opinamos que cientos, miles y miles de seres humanos en todas las latitudes de la tierra y especialmente en los países de incipiente desarrollo económico e industrial como el nuestro viven como parias, huérfanos de toda posibilidad. Para ellos están vedados todos los caminos del intelecto y del espíritu. Sostenemos nosotros que la economía capitalista, dislocada e irracional, atropella al hombre y a los pequeños países. Sostenemos nosotros que la democracia burguesa que defienden sus señorías está en crisis y que ella dará necesariamente paso a la democracia económica».

En aquel extensísimo e importante discurso también evocó con profundo orgullo a su abuelo paterno, el doctor Ramón Allende Padín, y leyó la parte del artículo que publicó en 1873 en un diario de Valparaíso en el que reivindicó el apelativo de «rojo» que le habían impuesto sus adversarios. «El eco de la voz, doctrinaria y limpia, de un antepasado mío me impulsa, además de mis convicciones, a votar en contra de este proyecto, que considero liberticida. Con ello, creo contribuir a defender las bases esenciales de la convivencia democrática, que han sido y son el alto e inembargable patrimonio de la patria».

Tampoco renunció a referirse, en los comienzos de la *guerra fría*, a las dos potencias hegemónicas y a los principios fundamentales que les distanciaban de la URSS: «Solo quiero destacar en forma muy somera que, a nuestro juicio, el mundo entero oscila entre la Rusia soviética, por un lado, y el capitalismo norteamericano, por otro. Los socialistas chilenos, que reconocemos ampliamente muchas de las realizaciones alcanzadas en la Rusia Soviética, rechazamos su tipo de organización política, que ha llevado a la existencia de un

solo partido, el Partido Comunista. No aceptamos tampoco una multitud de leyes que en ese país entraban y coartan la libertad individual y proscriben derechos que nosotros estimamos inalienables a la personalidad humana; tampoco aceptamos la forma en que Rusia actúa en su política expansionista. Innecesario me parece insistir en las razones que nos mueven a rechazar también la acción del capitalismo norteamericano, fundamentalmente su penetración imperialista...».

Creía que había dos alternativas a los modelos patrocinados por ambas potencias. Una era la Democracia Cristiana, que en abril de aquel año había ganado las elecciones en Italia frente a la alianza de socialistas y comunistas (con una intensiva campaña de propaganda anticomunista, precedente de la que se desarrollaría en Chile en 1964) y al año siguiente lo haría en la República Federal Alemana. «En esta disyuntiva en que se debate el mundo, en esta hora tremenda de las grandes decisiones, yo solo veo dos caminos: el uno, representado por la filosofía socialcristiana, que no comparto y cuya orientación económica no alcanzo a comprender en toda su amplitud». La opción que él defendía era la del «socialismo científico», «cuyos conceptos económicos nadie desconoce, pero que, muy al contrario de lo que muchos suponen, levanta y dignifica la personalidad humana y da al hombre todos los caminos de superación, una vez haya obtenido su liberación económica».

En la parte final de su discurso anunció su voto contra el proyecto de ley en discusión, ya que constituía un atentado contra «las bases mismas del régimen democrático» y «ataca en sus más legítimos derechos a la clase obrera». «Los socialistas seguiremos nuestra lucha con nuestros perfiles propios, sin concomitancias con el Partido Comunista (...). Lucharemos como socialistas, como siempre lo hemos hecho, con honradez y con cariño, con emoción chilena, por el engrandecimiento y el progreso de nuestra patria. Lucharemos dentro de los cauces democráticos y combatiremos tenazmente esta ley que, tarde o temprano, tendrá que derogarse para que vuelva la democracia a imperar en nuestra tierra querida».

Después de la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (llamada la *Ley Maldita* por sus víctimas y sus detractores) todas las personas que habían militado o militaban en el Partido Comunista fueron excluidas de los censos electorales y sus dirigentes y miembros más destacados sufrieron persecución. Allende intentó visitarlos en Pisagua, pero se lo habría impedido un joven teniente llamado Augusto Pinochet, según alardeó este en

distintas ocasiones cuando ya era dictador, aunque en realidad no resulta difícil imaginarle dócil ante todo un senador de la República.<sup>215</sup>

## EN LA VIDA FAMILIAR

Los testimonios y la prensa de la época nos ayudan a conocer cómo era Salvador Allende en el ámbito familiar.<sup>216</sup> En 2007, su hija menor, Isabel, destacaba el gran afecto paternal que les brindó a sus dos hermanas y a ella: «Es casi imposible separar a mi padre de su vida política. Pero me quedo con las imágenes de un papá muy cariñoso, extremadamente vital, entretenido, de muy buen humor, al que le gustaba la naturaleza y por sobre todo el mar. Él fue quien nos enseñó a nadar a mis hermanas y a mí, a remar, a saltar por las rocas. De hecho, mi mejor recuerdo de la niñez está en Algarrobo, lugar hasta donde nos llevaba cada vez que tenía unos días libres».<sup>217</sup>

Sus hábitos cotidianos partían con un desayuno temprano y muy frugal, apenas una taza de café (siempre sin azúcar) como mucho acompañada de una manzana. En cambio, agradecía la buena mesa en los almuerzos y las cenas; uno de sus platos favoritos, además de los que le preparaba su querida «mamá Rosa», era el arroz graneado con carne y prescindía del pan así como del aliño en las ensaladas. Practicó deporte a lo largo de toda su vida: natación, equitación y ping-pong y una tabla de gimnasia matinal. Hortensia Bussi y él acudían de manera asidua al teatro y al cine y su género preferido era el *western*, que en las décadas centrales del siglo xx conoció su edad de oro.

En su personalidad brillaban también unas formas que llamaban la atención por su trato de caballero decimonónico con las mujeres, su sentido de la dignidad y del honor, su lenguaje educado y su dicción perfecta. Una de las escasas personas que le tuteaba, el dirigente socialista Carlos Altamirano, ha recordado que en ningún caso empleaba palabras duras, ni groseras. «Jamás le escuché decir “huevón” a nadie, nunca. Puede que en algún momento lo haya dicho, pero no en mi presencia. Era muy bien hablado, pero no impedía que los demás, que éramos mal hablados, dijéramos lo que se nos antojara delante de él. No se molestaba, ni llamaba la atención, pero él no usaba garabatos, ni palabras groseras para expresarse».<sup>218</sup>

Tanto en el primer departamento de Victoria Subercaseaux como posteriormente en la casa de la calle Guardia Vieja disfrutaba compartiendo

mesa, un buen whisky escocés y conversación con infinidad de amigos, compañeros y adversarios de las trincheras políticas, intelectuales y singularmente también distinguidos refugiados latinoamericanos, como el venezolano Rómulo Betancourt o el dominicano Juan Bosch, ambos futuros Presidentes de sus países. «Le gustaba tener la casa llena de invitados... escritores, artistas, gente de la cultura y políticos —añadió en 2007 Isabel Allende—. Era feliz como anfitrión y a nosotras nos instalaba ahí, junto a la mesa, la mayoría de las veces escuchando cuando éramos más chicas y participando después. Él animaba las conversaciones, contaba anécdotas, pedía opiniones y lo veíamos feliz. Era muy extravertido. Y aunque intentaba almorzar con nosotras la mayor parte de los días, siempre consideramos que el tiempo junto a él era escaso, que necesitábamos más».

No fue un padre estricto ni autoritario, pero sí exigió a sus hijas responsabilidad y el compromiso de concluir los estudios con un título universitario, que ellas cumplieron: Carmen Paz trabajó como profesora de educación infantil, Beatriz (quien puso fin a su vida en La Habana en 1977) fue médico y llegó a dar clase en la Universidad de Chile, e Isabel finalizó los estudios de Sociología. «Esa fue su muletilla de toda la vida. Nos ayudaba con las tareas (le encantaba explicar biología) y también les enseñaba a nuestros amigos... era muy solidario en eso». Además, fue tolerante con determinadas costumbres muy arraigadas en un país mayoritariamente católico: sus tres hijas fueron bautizadas e hicieron la primera comunión (en parte, seguramente, para complacer a doña Laura Gossens) e Isabel recordaba en 2007 que incluso en una época ella solía ir a misa. Su padre, agnóstico y masón, nunca se opuso. «Años más tarde me alejé de la Iglesia y tampoco hizo preguntas».

En un extenso reportaje publicado en octubre de 1963 en el diario del Partido Comunista, Carmen Paz y Beatriz relataron muchas anécdotas de su padre, quien entonces iniciaba su tercera campaña presidencial. Su sentido del humor, por ejemplo, se expresaba en frecuentes bromas que se inspiraban en una probada y jocosa habilidad para la imitación. «Muchas veces me ha “hecho caer” hablando como mi pololo y pasan varios minutos antes de que me dé cuenta de que es mi papá en otra de sus bromas», explicó Beatriz Allende.<sup>219</sup>

Uno de los sucesos más divertidos, repetido año tras año, partía en los primeros días de junio, cuando empezaba a dejar cartelitos a sus hijas por diferentes lugares de la casa avisando de la proximidad de su aniversario. Letreros del estilo: «Atención, faltan veinte días para mi cumpleaños. No

olviden los regalos». Y cuantos menos días quedaban... más cartelitos aparecían. La tradición familiar imponía que cada 26 de junio debían levantarse bien temprano y acudir a su cama para despertarle con los cariños y los regalos correspondientes. «Este último cumpleaños lo hicimos igual. Todas, con la cara aún llena de sueño, corrimos a la pieza a saludarlo. Nos extrañó encontrarlo aún dormido y tapado hasta la cabeza. Con grandes risas corrimos a abrazarlo y nos dimos cuenta de que en la cama había un muñeco hecho con la ropa perfectamente simulando al papá. No salíamos aún del estupor cuando lo vimos aparecer de un clóset muerto de la risa al ver nuestras caras», relató Carmen Paz.

En la memoria de sus hijas quedaron grabados los juegos compartidos en la infancia, con los coloridos volantines tan típicos de Chile, los paseos por el cerro San Cristóbal, los baños en la playa de Algarrobo. Y, según fueron creciendo, participaron en las decisiones sobre los asuntos cotidianos propios de cualquier familia. «Nos acostumbramos a ser tomadas en cuenta y a que nuestras opiniones fueran importantes. Creo que es una magnífica forma de permitirnos desarrollar nuestra propia personalidad», prosiguió entonces Carmen Paz.

Salvador Allende tuvo un vínculo muy estrecho con sus hermanas, Inés y Laura, y menos con su hermano Alfredo, abogado, que quedó soltero y vivió siempre en el centro de Santiago. Como era el miembro más destacado de la familia gustaba de ejercer un cierto papel patriarcal, como evoca su sobrino Andrés Pascal, el hijo menor de Laura Allende Gossens. «Para mis hermanos y para mí era el tío Chicho», señala. «Era muy apegado a sus hermanas y a sus respectivas familias. Eso se expresaba por un lado socialmente. Por ejemplo, todos veraneábamos en Algarrobo, que en aquel tiempo era un balneario bastante pequeño, poco más que una caleta de pescadores. Mis padres, el Chicho, otro tío mío y otras familias amigas tenían casa allí, frente a la playa. En los veranos había una relación muy intensa y uno de los ejes de esa vida social era la casa del Chicho, que a media tarde se transformaba en un centro de conversación política. Llegaban Eduardo Frei, Pablo Neruda, Manuel Rojas... lo que para nosotros, los niños, eran bien entretenido porque nos sentábamos a escuchar las conversaciones».<sup>220</sup>

Además de los baños en las aguas cálidas y tranquilas de Algarrobo, los paseos en su pequeño bote a vela, que bautizó como *Huaso marino*,<sup>221</sup> por la bahía hasta la imponente roca San Pedro, que se alza frente al pueblo, y la práctica de la natación, Allende disfrutaba en aquellos inolvidables veranos de los años cincuenta y sesenta de las partidas de ajedrez con algunos de sus

amigos, juego en el que desplegaba las enseñanzas del viejo Demarchi, y de dominó con Neruda, quien llegaba desde la vecina Isla Negra.

«En aquellas largas vacaciones de verano, el Chicho no siempre estaba ahí; por sus obligaciones políticas, venía los fines de semana en su Chevrolet, pero tenía una relación de mucha empatía con los sobrinos», explica Pascal Allende. También le unió unos lazos de enorme cariño y confianza con sus padres. «Tenía un vínculo estrecho con mi papá, que era un hombre liberal, no era socialista, era un empresario, pero era muy ligado también al Chicho. Entonces mi papá tenía actividades de negocio en las que él participaba. Tuvieron una empresa de pesca en el norte, una empresa conservera en el sur, hacían importaciones y exportaciones a Cuba y a Argentina junto con otro cuñado. Podíamos decir que le manejaban la generación de recursos económicos, aunque no se metían en la parte política».

En la memoria de sus hijos y sobrinos quedaron grabados como recuerdos maravillosos los largos veranos en la costa central, en la playa de Algarrobo. En una entrevista concedida en 1983, Isabel Allende relató que después del golpe de Estado la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) se apropió durante tres años de la casa familiar en este balneario y la destrozaron.<sup>222</sup>

196. *Ercilla*, 27 de enero de 1943.
197. Millas, Orlando: *En tiempos del Frente Popular. Memorias*. CESOC. Santiago de Chile, 1993, pp. 287-288. A fines de febrero de 1943 la rama juvenil del PST, encabezada por Millas, ingresó en las Juventudes Comunistas.
198. Allende, Salvador: *La contradicción de Chile: régimen de izquierda, poder económico de derecha*. Talleres Olmos. Santiago de Chile, 1943.
199. Quiroga (1988), pp. 257-268.
200. *El Partido Socialista de Chile*. Archivo Salvador Allende, n.º 6, p. 73.
201. El VI Congreso del PS aprobó un documento que señalaba respecto a las Internacionales de matriz marxista: «A menudo estas directivas han carecido de arraigo en nuestra realidad; no han sabido interpretar nuestra modalidad ni fijar nuestros rumbos. Sus orientaciones han dado resultados contraproducentes y perjudiciales para nuestros movimientos populares. América tiene problemas que le son propios, como la lucha contra el latifundio y el imperialismo, el desarrollo de sus fuentes económicas, y necesita resolverlos de acuerdo con sus modalidades sociales y políticas». *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5. Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco. México, 1990, pp. 193-204.
202. *Las Noticias de Última Hora*, 6 de julio de 1944, p. 5.
203. *Las Noticias de Última Hora*, 8 de julio de 1944, p. 7.
204. Jobet, Tomo 1, pp. 176-177.
205. Puccio, p. 22.
206. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.
207. Cruz-Coke (1984), p. 81.
208. *El Partido Socialista de Chile*. Archivo Salvador Allende, n.º 6, pp. 67-76.
209. Martner (1992), p. 134.
210. Moulian, Tomás y Torres Dujisin, Isabel: *Discusiones entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la derecha en Chile, 1938-2010*. Akhilleus-ARCIS. Santiago de Chile, 2011, p. 209.
211. Véase este programa en: *Historia documental del PSCH. 1933-1993. Signos de identidad*. Archivo Salvador Allende, n.º 18, pp. 157-166.
212. De Ramón, Armando: *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*. Catalonia. Santiago de Chile, 2004, p. 151.
213. Garcés, Joan E.: *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Siglo XXI. Madrid, 1996, pp. 105-110.
214. Martner (1992), pp. 143-178.
215. Correa, Raquel y Subercaseaux, Elizabeth: *Ego sum Pinochet*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1990, pp. 62-64.
216. En mi viaje a Chile en noviembre de 2012 contacté a Carmen Paz e Isabel Allende Bussi. De manera muy amable, la hija mayor de Salvador Allende me explicó que no concede entrevistas. En cuanto a la senadora Allende, en aquellos días estaba enfrascada en el complicado escrutinio para dilucidar si la alcaldía de Ñuñoa correspondía a Maya Fernández Allende (hija de su hermana Beatriz y militante del Partido Socialista) y fue imposible concertar un encuentro. Posteriormente, Isabel Allende tuvo el detalle de resolver algunas dudas sobre la historia familiar que le planteé por correo electrónico a través de una de sus asistentes, Berni Cancino, a quien agradezco su amable y paciente ayuda.
217. *El Mercurio*, 17 de junio de 2007. Suplemento de Reportajes, p. 5.
218. Salazar, Gabriel: *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*. Debate. Santiago de Chile, 2011, p. 229.
219. *El Siglo*, 12 de octubre de 1963. Suplemento especial sobre la mujer, pp. 4-5.
220. Entrevista a Andrés Pascal Allende. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
221. En la vorágine de la campaña presidencial de 1958, sus adversarios le acusaron de poseer un auténtico yate en el Pacífico... El candidato de la izquierda no dudó en llevar su bote a Santiago y anclarlo a la pequeña fuente situada en el lado sur de La Moneda para desmontar tal acusación. Labarca (2007), p. 67.
222. *Hoy*, 19 de octubre de 1983. En: *Salvador Allende cercano*. Archivo Salvador Allende, n.º 3, pp.

157-161.

## Un camino único

La persecución de los comunistas y las divisiones intestinas en las filas socialistas sumieron a la izquierda en su época más difícil desde la caída de Ibáñez en 1931. Entre 1947 y 1951 atravesó un periodo de retroceso continuo, en el que incluso pudo haber perdido el «tren de la Historia», porque, en un tiempo histórico marcado en Sudamérica por la impronta del argentino Juan Domingo Perón y del brasileño Getulio Vargas, un amplio sector del socialismo llegó a sucumbir a la tentación populista. Todo empezó a cambiar en noviembre de 1951, cuando se lanzó la candidatura de Salvador Allende para las elecciones presidenciales del año siguiente. Aunque el representante del Frente del Pueblo apenas superó el 5% de los votos, aquella larga campaña iluminó el camino que recorrería la izquierda hasta conquistar La Moneda en 1970. Una experiencia de confluencia y unidad programática cada vez más amplia, sin parangón en el mundo dividido abruptamente por la *guerra fría*. Allende fue uno de los principales constructores de esta estrategia política.

### LA PRIMERA CANDIDATURA PRESIDENCIAL

En junio de 1950, el XIII Congreso del Partido Socialista Popular proclamó como su candidato presidencial para 1952 a Carlos Ibáñez del Campo, quien había regresado a la arena política impulsado por una curiosa y eficaz propaganda que lo presentaba como «el General de la Esperanza» que «barrería» la corrupción de los gobiernos radicales, pero con un programa vago e impreciso.<sup>223</sup>

La discusión sobre Ibáñez abrió una brecha en el socialismo, tal y como lo anotó en sus memorias Clodomiro Almeyda, quien también evocó su fría relación inicial con Allende, a quien había conocido en 1946. «Nos movíamos en

diferentes círculos partidarios. Y cuando tuvimos mayor contacto en la dirección que ambos integrábamos a principios de los años cincuenta, pronto se produjo entre nosotros un fuerte cortocircuito. Como subsecretario general del Partido, en ausencia de Raúl Ampuero, me correspondió presidir la sesión del Comité Central en la que se resolvió apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez. Allende era abiertamente contrario a esta postulación y reaccionó muy negativa y airadamente ante la forma en que yo conduje esa reunión con el propósito de que la gran mayoría de la dirección, favorable a Ibáñez, resolviera finalmente apoyarlo, dejando de lado consideraciones o gestiones que Allende introducía en el debate para postergar la decisión final».<sup>224</sup>

Un largo año después, el 5 de octubre de 1951, 52 dirigentes del Partido Socialista Popular, encabezados por Salvador Allende, suscribieron una declaración pública en la que anunciaron el abandono de la organización por su respaldo a Ibáñez, cuya candidatura representaba «una negación de los principios esenciales del socialismo». Indudablemente, pesaba la memoria de las duras batallas libradas contra su régimen a finales de los años veinte, en las que Allende tuvo su bautismo de fuego y arriesgó su carrera profesional. Pero tampoco olvidaban su vinculación con el movimiento nazi en los años treinta y la representación de la derecha en la contienda de 1942. Por ello, denunciaron aquella «aventura populista», el apoyo a un hombre «sin principios» y con una biografía tan inconsecuente, y reafirmaban su lealtad y la «adhesión de toda una vida» a los valores políticos, sociales y económicos del socialismo y llamaron a sus compañeros del PSP a trabajar por el reencuentro en torno a esos principios.

Después de la convulsa evolución de su partido en los años cuarenta, fue entonces cuando por primera y única vez Allende sintió que abandonaba la organización que había contribuido a fundar en 1933. «Durante 18 años he militado en el Partido y en todo este tiempo he demostrado ser el más disciplinado de sus militantes; pero ahora el problema es otro: el Partido se ha desviado totalmente de su doctrina y de sus finalidades de acción política, motivo por el cual ya no tendría explicación la militancia en esa colectividad. Renuncio y sigo viviendo de acuerdo con mis principios filosóficos y doctrinarios».<sup>225</sup> Aunque en aquel momento no desveló qué rumbo tomaría, muy pronto este grupo ingresó en el Partido Socialista de Chile, del que los elementos anticomunistas se marcharon al Partido Socialista Auténtico de Grove.

El 1 de noviembre de 1951 el comité regional del Partido Socialista de Chile proclamó al senador Allende como candidato presidencial y algunos días

después difundió una declaración en la que esbozó los principales contenidos programáticos de este proyecto, que pivotaban en torno a la nacionalización de las grandes minas de cobre para sostener sobre ella la modernización de la agricultura, el establecimiento de una industria pesada y una política de construcción de viviendas populares. Desde el principio aquella candidatura, presentada como una «bandera de lucha limpia y sostenida», se concibió con optimismo como «un camino para que por él marchen las aspiraciones del verdadero pueblo de Chile. Es una meta hacia la cual tendrán forzosamente que converger las voluntades de las fuerzas de auténtica izquierda democrática, hoy desorientadas con la anarquía política imperante. El Partido Socialista, al levantar el nombre del senador Salvador Allende a la lucha presidencial, está seguro de que él será el elemento aglutinador de un gran Frente del Pueblo por el imperio de la moral, de la justicia, de la democracia y de la libertad».<sup>226</sup>

La declaración ensalzaba su recorrido, desde el compromiso en la Universidad de Chile a la labor como diputado y ministro del Frente del Pueblo. Elogiaba también su desempeño en el Senado (en el que entonces ejercía la vicepresidencia)<sup>227</sup> en defensa de las libertades democráticas y de numerosos proyectos de ley en favor de las clases populares (como la alfabetización obrera y campesina o la reforma del Código del Trabajo) y sus esfuerzos por avanzar hacia la nacionalización de la principal riqueza natural del país: «Sin exageración, podemos afirmar que Salvador Allende ha sido el hombre del cobre<sup>228</sup> y de las reformas de las leyes sociales». Pronto, desde la clandestinidad, el Partido Comunista le otorgó su apoyo.

La mañana del 25 de noviembre de 1951 el Teatro Caupolicán se llenó a reborar para su proclamación pública como candidato presidencial de una alianza que agrupaba al Partido Socialista de Chile, al PC y a algunos sectores radicales, pequeñas formaciones de izquierda y algunas personalidades. En primer lugar, tomó la palabra Gustavo Molina, representante de los profesionales independientes, después Armando Mallet por el PSCh, y, en nombre del Partido Comunista, su presidente, el senador Elías Lafertte. Con el ceremonial característico de este tipo de actos, antes de que el candidato se dirigiera a las miles de personas que llenaban incluso los pasillos y corredores, atronó la Canción Nacional: «Puro Chile es tu cielo azulado...».

Allende partió explicando el significado de su postulación: «Con el Frente del Pueblo tenemos una plataforma de lucha clara, definida, precisa, que nos distingue y separa de los otros grupos políticos hoy transitoriamente unidos con

vistas exclusivas a una campaña electoral y a la defensa de sus posiciones administrativas, de sus intereses o de sus concepciones políticas». En un momento en que los pueblos de Asia y África se sacudían el yugo colonial, cuando ya hacía dos años que China era comunista, Salvador Allende subrayó la necesidad de profundos cambios en el país: «Nosotros no somos la suma de dos partidos. Somos eso y mucho más; somos un vasto sector ciudadano que quiere acelerar, con sentido de progreso, el proceso evolutivo de nuestra democracia para transformarla en una democracia social. (...) El mundo, desde hace años, está en un hondo y amplio proceso de transformación que alcanza a lo político, a lo económico y social. Nosotros no podemos estar al margen de él. La revolución está en marcha en la conciencia de los hombres, en la voluntad de los pueblos. Cada país la orienta y la conforma según sus características propias, geográficas, económicas y políticas».

Mencionó la trascendencia histórica de la Revolución de Octubre y habló del socialismo árabe que pugnaba por abrirse paso en Egipto para plantear en su país un proceso de transformaciones de carácter constructivo, creador y progresista. «Para esto nació el Frente del Pueblo, como un potente movimiento nacional, antiimperialista, antioligárquico, antifeudal». Como tantas y tantas veces haría a partir de entonces, en uno de sus recursos retóricos más cuidados, saludó a los trabajadores que extraían el cobre de las entrañas de la patria, a los que laboraban en las oficinas salitreras del Norte Grande, a los obreros de las gélidas estancias magallánicas (a quienes entonces representaba en el Senado), a los universitarios que se incorporaban a las filas de la izquierda. «Hombres, mujeres y jóvenes de mi Patria: el Frente del Pueblo os llama a luchar por las consignas de la victoria: por el pan y la libertad; por el trabajo y la salud; por la paz y la cultura, contra el imperialismo; por la reforma agraria y la industrialización; y por la democracia, contra la oligarquía y las dictaduras».

Finalizó su discurso con una denuncia de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Entre ovaciones prolongadas, exigió su derogación y el fin de la persecución contra el Partido Comunista: «Las ideas no pueden matarse a palos. Tampoco es posible que en Chile existan parias de las leyes. Desde este momento, y ante el pueblo aquí reunido, me coloco a la cabeza de los que luchan contra la represión».<sup>229</sup> Con el puño en alto, cantó *La Internacional* comunista y *La Marsellesa socialista* y con él todo el Caupolicán. Al concluir el acto político miles de personas, llenas de entusiasmo y haciendo frente al intenso calor, marcharon por la calle Prat en dirección al corazón del poder político, la plaza

Bulnes, frente a La Moneda, donde de nuevo tomó la palabra Allende, que volvió a ser aclamado.<sup>230</sup>

Debutó como candidato presidencial en los comicios que clausurarían la era radical inaugurada por el triunfo de Aguirre Cerda en 1938, en las primeras elecciones en que las ciudadanas mayores de 21 años podrían votar. Proscrito el Partido Comunista, embrujado un amplio sector del socialismo por la *escoba* de Ibáñez, el entusiasmo militante que exhibió el candidato del Frente del Pueblo no bastaba entonces para aspirar con posibilidades a La Moneda. Pero, como escribió el dirigente comunista Luis Corvalán en su autobiografía: «... esa candidatura de Salvador Allende dejó establecida una posición de principios que se transformó, con el correr de los años, en una alternativa verdaderamente revolucionaria y de masas».<sup>231</sup>

#### DE ARICA A MAGALLANES

Entre diciembre de 1951 y agosto de 1970 su vida política fue, principalmente, una interminable campaña electoral. Cuatro batallas presidenciales y tres contiendas parlamentarias para renovar su puesto en el Senado le llevaron a recorrer todos los rincones de Chile planteando un programa que se fue enriqueciendo con el tiempo y la contribución de sectores cada vez más amplios y plurales. «De Arica a Magallanes», como acostumbraba a proclamar. Por tierra, mar y aire. En las tardes tórridas del estío en las polvorientas *poblaciones* de Santiago y en las largas noches invernales de la Araucanía, cuando la lluvia incesante cala los huesos sin remedio. En la pampa y en la Patagonia, en los cerros de Valparaíso y en la cuenca minera de Arauco, en Chuquicamata y en Sewell. Con *ardiente paciencia*, Allende y la izquierda fueron creciendo, conquistando conciencias, aunando voluntades en torno a un proyecto para construir un país mejor, más justo, más democrático, más libre.

Uno de los profesionales que le acompañó en sus cuatro campañas presidenciales fue el arquitecto Miguel Lawner, militante del Partido Comunista. Lawner había participado en la Universidad de Chile en la reconstrucción de la unidad de la izquierda, que conquistó la presidencia de la FECh (con el socialista José Tohá como candidato) en 1950 y 1951, y conoció a Allende un poco antes de aquella campaña. «Tenía una característica fundamental: la capacidad de estimular la iniciativa de cada una de las personas que adherían a él o que

conocía; en ese sentido era extremadamente hábil, sabía tocar la *tecla* justa tanto en hombres como mujeres. Además, en esto fue pionero en colocar a las mujeres en un lugar de igualdad con los varones, en un tiempo en que eso ni se soñaba porque su participación en política era escasa...». <sup>232</sup>

La primera gira como candidato presidencial del Frente del Pueblo llevó a Allende a la cuenca de Arauco, primero a Lota y Coronel; después, el 2 de diciembre, al Teatro Central de Concepción. A mediados de mes viajó al Norte Grande: Arica, Iquique, Antofagasta y las oficinas salitreras La Alianza, Victoria, Humberstone y Huara. A su regreso a Santiago, el 20 de diciembre, le recibió una magna concentración popular.

El 13 de enero de 1952 llegó a su querido puerto de Valparaíso, donde en un acto de masas definió la coalición que sustentaba su candidatura y los objetivos centrales de su programa, que aún no hablaban expresamente del socialismo: «Somos un movimiento de liberación nacional, antiimperialista, antioligárquico, con una meta que no termina en septiembre. Estamos protagonizando una gesta emancipadora por el pan y la libertad, por el trabajo y la salud, por la reforma agraria y la industrialización del país, por la paz, la democracia y la independencia nacional. El Frente del Pueblo lucha por la derogación inmediata de la *Ley Maldita*, para que se ponga término al estado policial que mantiene en las cárceles y en los sitios de relegación a numerosos patriotas que han luchado por los intereses de Chile». <sup>233</sup>

En febrero, se desplazó al sur y en su recorrido por la provincia de Osorno le acompañó Jaime Suárez, entonces militante socialista en la Brigada Universitaria de Concepción y miembro del comando juvenil de la campaña. Con una voluntad de acero o, como escribió Suárez, con «una dedicación de misionero», llegó al poblado de Pilmaiquén: «Sobre un cajón de azúcar, con un megáfono, entre banderas chilenas, chiquillos, banderas de los partidos Socialista y Comunista, intervinieron los oradores. La voz profunda y el pelo blanco de Elías Lafferte, su silueta vigorosa, antecedió al orador de fondo, el candidato presidencial. (...) Intervino con un lenguaje didáctico y apasionado. Quien solo hubiera escuchado su discurso no se habría imaginado jamás el escenario y la audiencia que alcanzaba a 40 o 50 personas, incluyendo los dos carabineros. La situación podría haber parecido ridícula pero constituía, ese marco casi epopéyico, una demostración de la voluntad y la vocación política de Salvador». <sup>234</sup>

La represión contra el Partido Comunista y el miedo entre las capas

populares marcaron entonces a la izquierda. El dirigente comunista Volodia Teitelboim, uno de los dos secretarios generales del comando del Frente del Pueblo, junto con el socialista Agustín Álvarez Villablanca, dejó constancia en sus memorias de la debilidad del movimiento popular: «Nos dolía en el alma ver que la campaña no cundía. La persecución de González Videla había producido un desplome de la confianza. La fractura de la izquierda, el movimiento sindical diezmado hicieron que gran parte del pueblo volcara su esperanza en el hombre que prometía soluciones milagrosas. Por lo empinado de la cuesta estábamos obligados a forcejear contra viento y marea. Así íbamos tratando de tocar puertas de pueblo en pueblo. Los actos en esa campaña del 52 se asemejaban a veces a las prédicas de los *canutos* [los protestantes] en las esquinas, con la diferencia de que nuestra jornada era de mañana, tarde y noche». Especialmente significativo fue el clima político que hallaron en el Norte Grande, donde en 1945 Lafferte y Neruda obtuvieron una elevadísima votación. «No puedo olvidar lo que sucedió en Pedro de Valdivia, donde yo había estado muchas veces, acompañando a Elías Lafertte. Entonces hablábamos ante toda la población. La gran mayoría de los dirigentes sindicales elegidos eran comunistas. Ahora no había casi nada, salvo unos cuantos camaradas que tenían que trabajar en la sombra, porque si los descubrían los enviaban a Pisagua...». <sup>235</sup>

Como Miguel Lawner, Jaime Suárez y Volodia Teitelboim, también Carmen Lazo acompañó a Allende en todas sus campañas presidenciales. Cuando llegaban al lugar previsto, ella acostumbraba a sacar de su bolsillo un flautín o una armónica que tocaba para convocar a la proclamación del candidato. De 1952 la *negra* Lazo dejó escrita, entre otras, esta simpática anécdota: «En esa misma gira íbamos con Volodia Teitelboim (...) Un día me dijo: “¿Sabes, Carmen? Creo que Allende es un ladrón intelectual”. Me quedé pensando por qué Volodia decía eso y me acordé de que cada vez que llegábamos a una oficina salitrera, yo, cansada de discursar, empezaba confidenciando: “Miren, compañeros, yo ya estoy cansada de hablar bien de este caballero, así que ahora les voy a contar un cuento”. Empezaba a narrar las andanzas del gigante y los enanos de Gulliver. Y cuando ya había hecho el cuento agregaba: “Bueno, ustedes ya habrán comprendido que el gigante es América Latina y los enanos que amarraron al gigante hasta dejarlo inmovilizado son los intereses económicos, por el cobre, por la plata, el platino, el hierro y todas nuestras riquezas naturales”. Este cuento resultó muy ilustrativo, pues nuestros invitados entendían cabalmente cuál era el problema de nuestro subdesarrollo. Cuando

dejamos ese lugar para ir a otro, Allende me advirtió: “Morena, olvídense del gigante, porque en la otra oficina salitrera lo voy a usar yo”. Esto motivó el comentario de Volodia y por supuesto que lo usaba y le sacaba mucho más partido al cuento del gigante y los enanos».<sup>236</sup>

Con la intensa presencia «en terreno», el Frente del Pueblo pretendía paliar las dificultades derivadas de la dramática falta de recursos económicos. En 1952 los medios de propaganda fueron muy modestos, apenas un programa radial («El pueblo a la ofensiva») que se transmitía de lunes a sábado por Radio Corporación, mientras que, clausurado *El Siglo*, solo contaba con la simpatía del diario vespertino *Las Noticias de Última Hora*.<sup>237</sup>

## HOMENAJE DEL COLEGIO MÉDICO

Desde su etapa al frente del Ministerio de Salubridad Salvador Allende dedicó mucho esfuerzo a trabajar por la creación del Colegio Médico de Chile. El proyecto que presentara como ministro a principios de 1941 fue aprobado por fin y se publicó en el *Diario Oficial* el 10 de diciembre de 1948 como la Ley 9.263. Fue el 1 de agosto de 1949 cuando se formalizó su constitución y, según consta en el acta de la sesión, el doctor René García Valenzuela fue elegido como el primer responsable de su Consejo General.

El 9 de octubre de 1950 Allende fue designado su presidente en un momento crucial para el gremio, que pugnaba por la aprobación del Estatuto Médico Funcionario.<sup>239</sup> Su compromiso con las reivindicaciones corporativas y su condición de presidente de la Comisión de Salud, Higiene y Seguridad Social del Senado le convertían en la persona idónea para lograr la culminación de uno de los principales anhelos de la profesión. Un año después, el 17 de diciembre de 1951, la Ley 10.223 hizo realidad ese Estatuto, que mejoró sustancialmente el marco vigente desde 1946 en la regulación de las condiciones de trabajo, remuneraciones y perfeccionamiento de los médicos que trabajaban en la red pública de salud.<sup>240</sup> Durante toda su vida fue un activo miembro del Colegio Médico, fundó y encabezó su departamento de Salud Pública y se preocupó de la estructuración del Fondo de Solidaridad Gremial, cuya presidencia también ocupó.<sup>241</sup>

Inmerso en la campaña presidencial, el 13 de marzo de 1952 presentó su dimisión de manera irrevocable.<sup>242</sup> En la sesión ordinaria del 3 de abril, el

Consejo General aceptó su renuncia y eligió a su sustituto, el doctor Gustavo Jirón. Su revista destacó la positiva valoración de su gestión y de su tarea como senador: «Se dejó constancia por la unanimidad de los consejeros presentes del pesar con que veían alejarse de la presidencia al Dr. Allende, a quien se reconoció como el más eficaz impulsador de la Ley 10.223, de la reforma de la Ley 4.054 y creación del Servicio Nacional de Salud y de otras medidas legislativas igualmente trascendentales, con lo cual se había granjeado la gratitud del cuerpo médico».<sup>243</sup>

El 26 de abril el Colegio Médico aprovechó su asamblea anual para rendirle un homenaje público «en reconocimiento de los servicios prestados desde la presidencia del Colegio Médico y desde todos los cargos que ha desempeñado en su larga y brillante vida pública». En su discurso el doctor Jirón evocó a su abuelo paterno: «El Dr. Allende se entronca con uno de los preclaros forjadores de la medicina chilena en el siglo pasado, el Dr. Ramón Allende Padín. Su ilustre abuelo, profesor de la Facultad, presidente de la Sociedad Médica en 1878, fue jefe de la sanidad militar en la campaña del 79».

Antes de entregarle un pergamino y una medalla que expresaban «el sentimiento agradecido de todos sus colegas», Gustavo Jirón elogió su trayectoria como parlamentario, su labor como ministro de Salubridad y la honestidad de su dimisión al convertirse en candidato presidencial. Por su parte, el presidente del Consejo Regional de Santiago, el doctor Guillermo Velasco, señaló: «Si al Estatuto del Médico Funcionario agregamos su papel en las leyes de reforma de la Ley 4.054 y del Servicio Nacional de Salud, podemos decir que ha contribuido en forma que podríamos llamar histórica a realizar y construir las piedras angulares de una nueva era de la salubridad en Chile...».

Salvador Allende agradeció el tributo de sus colegas, recordó su labor al frente de la institución gremial y reflexionó sobre el sentido de esta profesión en una sociedad subdesarrollada: «Hemos luchado por llegar a una previsión única, integral para todos los chilenos, y especialmente para su clase obrera y sus masas campesinas; muestra fehaciente de ello es nuestra brega por la reforma de las Leyes 4.054 y 4.055. Hemos luchado por dar salud a todos los chilenos y de ello es también testimonio la creación del Servicio Único de Salud Pública. Hemos luchado por un Plan Extraordinario de Salubridad con el fin de dar preventivamente a la sociedad todos los recursos técnicos y educacionales con que mejorar las condiciones sanitarias en que vive la población. Hemos luchado, finalmente, por un Estatuto para el Médico Funcionario, por uno que le dote de

la eficiencia y dignidad indispensables tanto a su profesión misma, como a su condición de servidor del Estado».<sup>244</sup>

El 8 de agosto de 1952 se publicó la Ley 10.383, que creó el Servicio Nacional de Salud (SNS) y el Servicio de Seguro Social, el exitoso resultado final de la larga tramitación de la reforma de la Ley 4.054 que suscribiera junto con el Presidente Aguirre Cerda en junio de 1941.<sup>245</sup> La Ley 10.383 proporcionó asistencia médica gratuita para los asegurados y sus familias y otros beneficios, tales como subsidios por enfermedad y lactancia o el aumento de las pensiones de orfandad y viudez. El Servicio Nacional de Salud agrupó, con un presupuesto único, a cinco servicios entonces dispersos: los servicios médicos y sanitarios municipales, la Junta Central de Beneficencia y Asistencia Social, el Instituto Bacteriológico, la Sección de Higiene y Seguridad Industriales de la Dirección del Trabajo y las direcciones generales de Sanidad y de Protección a la Infancia y Adolescencia.

El 16 de noviembre de 1956, en el Senado, Salvador Allende destacó que la creación del SNS había sido «la iniciativa de orden médico técnicamente más seria y responsable que haya adoptado el país y es para nosotros motivo de profunda satisfacción poder destacar que esta ley no es copia ni remedo de ninguna otra de ningún país: se creó de acuerdo a nuestra configuración geográfica, a nuestra patología social, a las condiciones de vida del chileno y a nuestros conocimientos científicos. Es un servicio destinado a establecer responsabilidad técnica; cuenta con autonomía económica y, administrativamente, es centralizado en lo normativo y descentralizado en lo ejecutivo».<sup>246</sup>

La huella de su labor de un cuarto de siglo como senador también quedó en la creación de la Sociedad Proayuda al Niño Lisiado (hoy Fundación Teletón) y de la Sociedad Protectora de la Infancia, en la construcción del edificio de la Asistencia Pública en Santiago y de la Escuela de Salubridad de la Universidad de Chile (actual Escuela de Salud Pública), en la concesión de financiación para el Departamento de Perfeccionamiento Científico del Colegio Médico y en la reconstrucción de la Escuela de Medicina tras el terrible incendio de diciembre de 1948.<sup>247</sup> Y promovió las tres leyes (12.401, 12.462 y 13.305) que otorgaron la asignación prenatal para las mujeres desde el quinto mes de embarazo, que favorecían cada año a unas 300.000 madres. O la que creó las Juntas de Auxilio Escolar, que proporcionaba el desayuno a un millón de niños.<sup>248</sup>

## DUELO A MUERTE... CON RAÚL RETTIG

La campaña presidencial avanzaba hacia la cita de septiembre con las urnas. El 18 de marzo de 1952 Allende llegó a Punta Arenas y desde el mismo aeropuerto encabezó una caravana de vehículos que llegó hasta la plaza Bulnes, donde se celebró el primer acto de proclamación. Después se dirigió hasta el teatro de la ciudad, donde intervinieron distintos dirigentes locales y también el presidente de la FECh, José Tohá. En los días posteriores visitó la zona petrolífera de Magallanes y algunas localidades de Tierra del Fuego.

El domingo 6 de abril el Frente del Pueblo preparó una marcha multitudinaria desde cinco puntos de Santiago hasta el Parque Cousiño. El 19 de abril, en la Casa del Pueblo (la sede del comando nacional), Allende intervino en un acto que conmemoró el 19.º aniversario de la fundación del Partido Socialista. Durante aquellos meses también tuvo que desmentir la retirada de su candidatura en favor del representante del Partido Radical, Pedro Enrique Alfonso, quien ya contaba con la adhesión de la Falange Nacional. En junio se movió por la zona centro-sur (Chanco, Cauquenes, San Fernando, Santa Cruz, San Javier y Parral) y a mediados de julio viajó al Norte Chico para recorrer Chañaral, Vallenar, Potrerillos, Tierra Amarilla, Freirina y el valle del Huayco. En aquellas semanas el clima político se encrespó después de la aprobación del pacto militar con Estados Unidos que situaba a Chile en el frente de la *guerra fría*, un acuerdo denunciado firmemente por la izquierda. En agosto visitó la provincia de Valparaíso y recorrió Viña del Mar, Quilpué, Villa Alemana y Quillota.

A cuatro semanas de la elección, la prensa de Santiago informó ampliamente de un suceso que parecía más propio de los *western* que tanto gustaban al candidato del Frente del Pueblo: el senador Raúl Rettig y él se batieron en un duelo a muerte al amanecer del 6 de agosto en una parcela de Macul. Compañeros de colegio en Valdivia en 1920 y 1921, el día anterior habían tenido un duro enfrentamiento verbal en el Senado después de que el dirigente radical insinuara que la candidatura del Frente del Pueblo estaba financiada por la derecha para restar votos a Ibáñez y a Alfonso.<sup>249</sup> La mediación de Eduardo Frei y Radomiro Tomic impidió que se golpearan allí mismo, pero la interrupción de la sesión para aplacar los ánimos encolerizados por parte de Fernando Alessandri, presidente de la Cámara Alta, fue estéril. Ambos se retiraron del Congreso Nacional en medio de un gran revuelo y a lo largo de aquel mismo día

concertaron batirse para lavar el ultraje a su honor.<sup>250</sup>

Rettig designó a dos representantes que visitaron a Allende en su domicilio y le exigieron explicaciones por sus duros reproches o, en su defecto, «una reparación por las armas». Allende se negó a hacerlo y designó a Armando Mallet y Astolfo Tapia como sus portavoces. Todas las mediaciones a lo largo de la tarde, la noche y la madrugada fueron inútiles y a las 7 de la mañana del 6 de agosto de 1952, tras sortear el seguimiento de Carabineros y la Policía de Investigaciones, que debían evitar un enfrentamiento armado que estaba penado por la ley con condenas de cinco a diez años de cárcel, lograron llegar al lugar concertado. En la quinta del empresario Raúl Jara Barros, en Macul Alto, Rettig y Allende se colocaron frente a frente y, en presencia de varios testigos y periodistas (entre ellos Carlos Jorquera), cada uno disparó una sola vez. Ambos resultaron ilesos.<sup>251</sup> Allende declaró que había notado la bala muy cerca de su rostro, mientras que la suya, según el *negro* Jorquera, «se perdió rumbo a la cordillera». Para los contendientes, el honor mancillado había sido restaurado.

A finales de septiembre, tras las elecciones, una amiga común les invitó a una cena en su hogar y con los saludos afectuosos ya quedó claro que habían olvidado el dramático episodio. La vieja amistad nacida en el sur tres décadas atrás quedó restaurada.<sup>252</sup>

## EL RETORNO DEL POETA

En agosto de 1952, después de cuatro años en el exilio, por fin Pablo Neruda pudo regresar a Chile y alcanzó a participar en la recta final de la primera campaña presidencial de Allende. El autor de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* concedió algunas entrevistas a los medios de comunicación y aprovechó esos espacios para desmentir los rumores interesados que planteaban una retirada de la izquierda ante sus nulas expectativas de victoria.<sup>253</sup> Así lo expresó el 16 de agosto en declaraciones a Radio Minería: «El Frente del Pueblo mantendrá, naturalmente, la candidatura del senador Allende como el abanderado de un programa nacional y de las esperanzas populares».<sup>254</sup>

Tampoco a la prensa internacional le cabían dudas de quién era el principal favorito. «El general Ibáñez parece el candidato presidencial con más posibilidades de éxito», titulaba el periódico español *Abc*, cuyo enviado especial motejaba a Allende como «cabeza visible de los comunistas», «capitán de las

izquierdas chilenas» y «prestigioso médico de ideas muy avanzadas».<sup>255</sup>

Sin caer en el desánimo, en la recta final de la campaña este volvió a recorrer el Norte Grande (Antofagasta, la oficina salitrera de Pedro de Valdivia, Chuquicamata),<sup>256</sup> Valparaíso y Santiago con un discurso nítido que llamaba a construir una alternativa desde la izquierda: «Estamos contra la derecha y su candidato, porque ellos representan el feudalismo, el vasallaje económico, el hambre, la miseria y la explotación. Estamos contra el candidato del Gobierno, porque representa estos años de ignominia, estos años sin libertad. Estamos contra el general Ibáñez, porque el pueblo no acepta la asonada fascista, con caudillos de opereta, con generales sin batallas, que levantan como único programa una escoba. Los problemas de Chile son más profundos y ante la escoba del general levantamos el arado, el yunque y la fragua donde se ha fundido el porvenir venturoso de Chile».<sup>257</sup>

La mañana del domingo 31 de agosto asistió al homenaje a Pablo Neruda organizado por los Partidarios de la Paz en el Teatro Caupolicán. Por la tarde, se desplazó a Buin y Paine. Al día siguiente recorrió Melipilla y Pomaire y, acompañado por el poeta, asistió a una cena ofrecida por los periodistas que adherían a su candidatura.<sup>258</sup> Unos días antes de la votación volvió a comprometerse a derogar la *Ley Maldita* si era elegido Presidente («es una norma legal impuesta al Gobierno de Chile sustancialmente por intereses extranjeros para que todo el peso de la crisis pudiera ser descargado sobre las espaldas del pueblo») y planteó un horizonte de nacionalización para los grandes complejos cupríferos, «lo que implica independencia económica y efectiva soberanía».<sup>259</sup>

El 2 de septiembre tuvo lugar la clausura de su campaña. Después de que el viernes 29 de agosto el derechista Arturo Matte encabezara la «Marcha de la Patria», al día siguiente el radical Pedro Enrique Alfonso guiara la «Marcha del Triunfo» y el domingo 31 el ibañismo organizara las «Cuatro Marchas del pueblo con Ibáñez», aquella tarde invernal los partidarios del Frente del Pueblo se congregaron en cuatro columnas en la plaza Baquedano, la avenida Vicuña Mackenna con la Alameda, el Parque Forestal y la avenida Bustamante con plaza Italia. Cuando a las siete de la tarde escucharon una salva de 21 cañonazos, en medio del intenso frío, la lluvia y el viento, miles de santiaguinos empezaron a marchar con Allende hacia la plaza Bulnes y después al Teatro Caupolicán, desde donde los discursos fueron transmitidos a todo el país por una cadena nacional de emisoras de radio.

Los principales oradores, Pablo Neruda y Salvador Allende, hablaron más de lo que se venía a partir del 4 de septiembre que de una victoria en las urnas. «Somos la juventud del mundo», exclamó el poeta, con optimismo militante. «Sabemos adónde vamos, somos la vanguardia organizada del pueblo». Neruda señaló que el Partido Comunista, aún proscrito, deseaba que el pueblo entendiera la necesidad de desarrollar una política unitaria que reagrupara a la izquierda.

Cuando Salvador Allende se dirigió hacia los micrófonos estalló «una ovación formidable» en el interior y el exterior del Caupolicán cuyo eco, aseguró el periodista de *Las Noticias de Última Hora*, alcanzó hasta la Alameda. Los aplausos fervorosos dieron paso a la Canción Nacional y a las primeras palabras del candidato, quien ensalzó la gigantesca marcha que acababan de protagonizar y señaló su convicción de que estaban empezando a «forjar el porvenir de la patria». «El Frente del Pueblo se propone hacer la revolución constructiva y democrática que Chile necesita, es decir, la revolución antiimperialista, antioligárquica y antifeudal». Resaltó que con la destacada participación del Partido Comunista y el retorno de Neruda habían derrotado a la *Ley Maldita* y expresó su orgullo por la reciente creación del Servicio Nacional de Salud, «que deberá atender a más de tres millones de chilenos».<sup>260</sup>

La víspera de las elecciones un centenar de destacados artistas, escritores e intelectuales publicaron un manifiesto de apoyo a su candidatura: «Saludamos en el doctor Salvador Allende a uno de los nuestros. Su importante libro *La realidad médico-social chilena*, su lucha en la profesión y el gremio médico, su obra en el Gobierno del Frente Popular, su acción constructiva en el Parlamento, su actuación de veinte años en la política chilena y el denuedo y vigor con que ha tomado en sus manos la traicionada bandera de las reivindicaciones populares lo hacen un digno abanderado del poderoso movimiento democrático que abre ahora un nuevo camino hacia el futuro de Chile».<sup>261</sup>

## LA VICTORIA DE IBÁÑEZ

Sin el apoyo de ninguno de los grandes partidos y con un programa que hacía concesiones a la izquierda (reforma agraria, derogación de la *Ley Maldita*, rechazo a los acuerdos militares con Estados Unidos), Ibáñez avasalló a pesar de sus 75 años y su turbio pasado autoritario (46,8% y 446.439 votos). El derechista Arturo Matte obtuvo el 27,8% de las preferencias y el radical Pedro Enrique

Alfonso el 19,9%, mientras que Allende quedó en último lugar con el 5,4% y apenas 51.975 sufragios. Las provincias donde el Frente del Pueblo logró más adhesiones fueron Santiago (22.762), Concepción (5.468) y Valparaíso (4.250), también las únicas en las que obtuvo más de mil votos femeninos.<sup>262</sup> Es evidente que la base popular socialista se lanzó a los brazos de Ibáñez y que la comunista se había retraído muchísimo en apenas un lustro, además de la supresión de sus militantes de los registros electorales: ni siquiera en el Norte Grande el candidato de la izquierda alcanzó el 10% de los sufragios. Y fue en las provincias agrarias del centro-sur (Maule, Linares y Ñuble) donde obtuvo un menor apoyo (2,1%). Ya entonces su votación sufrió un acusado desequilibrio de género, puesto que solo logró 13.735 votos en las mesas donde sufragaban las mujeres por 38.240 en las masculinas.<sup>263</sup>

Durante aquella jornada Allende permaneció en la Casa del Pueblo, un edificio colonial situado en la calle Serrano, unos cincuenta metros al sur de la Alameda. Las radios informaban del escrutinio y obviamente los datos dibujaban rostros taciturnos... menos en el candidato, como recuerda el arquitecto Miguel Lawner: «Tenía una notable capacidad para mantener la fe en las convicciones. No se me van a olvidar nunca aquellos momentos. En el patio estábamos aglomerados muchos compañeros escuchando la radio y dentro, en la sala, con las ventanas abiertas, él estaba con otro grupo. Los resultados eran francamente adversos, no sospechamos nunca la paliza que iba a dar Ibáñez, pero Allende en un momento dijo: “Un momento, compañeros, no gimáis, aún no han llegado los resultados de Lota...”. Con aquel comentario divertido cambió la pesadumbre general».<sup>264</sup>

Aquella misma noche el Frente del Pueblo reconoció mediante una declaración la victoria de Ibáñez, aunque, evidentemente, señaló que la ciudadanía no había elegido «el sendero más justo» debido a la ausencia de un programa definido y la visible heterogeneidad de las fuerzas que sustentaban al vencedor. «Pero habiendo escogido en el momento actual esta ruta, estaremos junto al pueblo, ayudándolo a hacer su propia experiencia histórica, alentando el avance social y poniéndolo en guardia contra los intereses regresivos, conservando nuestro sentido independiente y nuestra insobornable voluntad de lucha. No cesaremos un minuto en el combate por las reivindicaciones concretas del pueblo, por su pan, su paz, su libertad, democracia e independencia nacional».

La izquierda llamó a las bases del radicalismo a reflexionar sobre la

degeneración de su partido y a la Falange Nacional y otras fuerzas «con sentido nacional y social» a abandonar sus posiciones subalternas para unirse a la mayoría necesitada de cambios reales y profundos. En cualquier caso, el Frente del Pueblo subrayó que su candidatura probaba «la existencia a través de todo el país de un sólido movimiento organizado» con perspectivas de desarrollo hacia el futuro. Y con optimismo convocó, por último, a recorrer un camino ciertamente singular: «Levantemos más alta que nunca la bandera de la unidad popular en torno a las necesidades del país. Llamamos a todos los chilenos, cualquiera que sea su filiación partidista o su candidatura de ayer, a multiplicar los esfuerzos de esclarecimiento y organización».<sup>265</sup>

El 7 de septiembre, en un discurso en el Senado, Allende valoró la importancia de los 51.975 votos alcanzados porque eran «la expresión de otras tantas conciencias limpias que sabían que votaban por un programa, por una idea, por algo que estaba apuntando hacia el futuro».<sup>266</sup>

Del mismo modo que el trienio de Aguirre Cerda, la candidatura de 1952 fue una referencia recurrente para él. Años más tarde explicó que la división entre socialistas y comunistas solo había conducido a una «guerra fratricida» que durante mucho tiempo debilitó al movimiento popular y benefició a la burguesía y al imperialismo norteamericano. «La alianza con los comunistas en 1951 no perseguía la victoria electoral por cuanto el Partido Comunista se hallaba entonces en la clandestinidad. Pero yo buscaba un objetivo más importante: la creación de un verdadero instrumento de liberación de la clase obrera y de Chile».<sup>267</sup>

El Frente del Pueblo fue la primera etapa de un largo proceso de convergencia social y política en torno a los partidos marxistas que culminó en 1970. La primera candidatura presidencial también forjó el entendimiento entre Allende y el Partido Comunista, uno de sus aliados más leales en la larga marcha hacia La Moneda y durante sus *mil días* como Presidente de la República. La unidad de acción entre socialistas y comunistas, algo excepcional en el mundo en el contexto de la *guerra fría*, resistiría aún dos derrotas más. Sin embargo, aquel camino había partido con un desgarró para Salvador Allende, tal y como recordó en septiembre de 1957, cuando fue elegido candidato presidencial del FRAP: «El año 1951 tuve un gesto que me dolió... Me vi obligado a dejar mi hogar político, que es como dejar el hogar en que uno nace, para combatir la candidatura del Sr. Ibáñez. Recorrimos el país alentando al pueblo sobre lo que iba a ser el gobierno del Sr. Ibáñez. Quisimos prevenir a la ciudadanía contra la

demagogia irresponsable de este candidato. Dijimos que el pueblo iba a ser víctima de una nueva estafa política. Y tuvimos razón. Los hechos han demostrado que estábamos en lo cierto».<sup>268</sup>

#### SENADOR POR EL NORTE GRANDE

Tan importante como la candidatura del Frente del Pueblo fue la creación de la Central Única de Trabajadores (CUT), que, tras la decadencia de la Confederación de Trabajadores, logró unir a los obreros de filiación comunista, socialista, socialcristiana, radical e incluso libertaria.<sup>269</sup> Su Congreso fundacional se celebró entre el 12 y el 15 de febrero de 1953 en el Teatro Coliseo de Santiago tras una convocatoria suscrita por 2.355 delegados que representaban a unos 300.000 trabajadores sindicalizados y contó con la condescendencia del Gobierno, hasta el punto de que el ministro de Trabajo, Clodomiro Almeyda, intervino en la jornada inaugural. Si bien en torno al 40% de los delegados eran comunistas, su primera dirección estuvo presidida por Clotario Blest (de profundas creencias cristianas), acompañado por representantes de todas las tendencias.<sup>270</sup>

La creación de la CUT antecedió a las elecciones parlamentarias del 1 de marzo, en las que el ibañismo conquistó una gran victoria al lograr la mitad de los escaños de la Cámara de Diputados y 11 de los 25 cupos del Senado en disputa.<sup>271</sup> Con su discurso populista y antipartidista, el bloque gubernamental apoyó su fuerza en el Partido Agrario-Laborista (15,1%) y en el Partido Socialista Popular (8,3%), pero también en una amalgama de grupos improvisados, sin doctrina, líderes, ni programa que sumaron un espectacular 22% de los votos. El ibañismo dinamitó el viejo sistema de partidos: las fuerzas de derecha pasaron del 40,7% de 1949 al 26%; en el centro político, la Falange Nacional seguía siendo testimonial (2,8%) y el radicalismo perdía casi la mitad de su apoyo (del 26,7% al 14%). En la izquierda, el Partido Socialista de Chile apenas logró el 1,5% de los votos y cinco diputados, que conformarían una diminuta bancada junto con otros cuatro adscritos al Frente del Pueblo.<sup>272</sup>

En aquella ocasión Allende se postuló por las circunscripciones de Tarapacá y Antofagasta y fue de nuevo elegido, por lo que quedó como el único senador de la alianza que había respaldado su candidatura presidencial. Sin embargo, a pesar de que concurrió por uno de los antiguos feudos comunistas y de que

aspiraba a *heredar* uno de los escaños logrados por Neruda y Lafferte en 1945, solo fue el cuarto candidato más votado por esta zona, con 4.017 votos, por detrás del radical Marcial Moral (5.312 votos), de uno de los hijos del *león de Tarapacá*, Fernando Alessandri Rodríguez (5.245), y de Raúl Ampuero (5.117) y solo por delante del agrario-laborista Guillermo Izquierdo (3.230).<sup>273</sup>

La alianza del Partido Socialista Popular con Ibáñez duró muy poco. En abril de 1953 sus militantes se retiraron de los ministerios y las subsecretarías y apenas mantuvieron su apoyo político al viejo caudillo algunos meses más. El sueño populista se desvaneció pronto.

En aquel año la familia Allende Bussi se trasladó a vivir a una casa de dos pisos ubicada en el número 392 de la calle Guardia Vieja, en Providencia, a dos esquinas de la gran avenida que nace en la plaza Italia y serpentea hacia el oriente, muy cerca de Pedro de Valdivia. Las gestiones de Miguel Labarca, uno de sus colaboradores más estrechos durante muchos años y gran amigo, fueron determinantes para que Salvador Allende pudiera adquirir la vivienda donde vivió hasta principios de 1971, cuando se trasladó a la residencia oficial de Tomás Moro.<sup>274</sup>

#### ANTE LA MUERTE DE STALIN

El 5 de marzo de 1953 el fallecimiento del presidente del consejo de ministros de la Unión Soviética y secretario general del PCUS conmocionó al movimiento comunista internacional, que lloró al sucesor de Lenin, al constructor de «la patria de todos los trabajadores del mundo», al líder que había guiado a su pueblo a la heroica victoria sobre el nazismo, al «padre» de la inmensa nación que, en palabras de Luis Corvalán, «había abierto para la humanidad la era del socialismo».<sup>275</sup> Entonces se desconocía la magnitud de la despiadada represión que desplegó durante sus tres décadas al frente de los destinos soviéticos. El XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956, ya condenó sus «crímenes» y la apertura de los archivos soviéticos a partir de los años noventa ha permitido a los historiadores iluminar los episodios ominosos de aquel tiempo... desconocidos para quienes lamentaron su muerte en marzo de 1953. Ignorados por quienes en Santiago de Chile acudieron la mañana dominical del 15 de marzo de 1953 al Teatro Baquedano (actual Teatro de la Universidad de Chile, en la plaza Italia) para asistir al «grandioso homenaje» al

«gran constructor del socialismo y líder de la paz recientemente fallecido». El aforo quedó pequeño y miles de personas tuvieron que seguir desde la calle, por altoparlantes, su desarrollo.<sup>276</sup>

En el proscenio, dos banderas nacionales flanqueaban un enorme cuadro de Stalin. En las primeras filas del patio de butacas se sentaban las personalidades políticas e intelectuales más representativas de la izquierda: el científico Alejandro Lipschutz, Roberto Parada, María Maluenda, Olga Poblete, Clotario Blest, Pablo Neruda y su esposa, Delia del Carril, Elías Lafferte, Salvador Allende, Margot Loyola o Volodia Teitelboim. El acto, lleno de emoción, estuvo conducido por José Miguel Varas y Eliana Mayerholz y empezó a las 11 horas con la soprano Blanca Hauser cantando el himno soviético y la Canción Nacional acompañada al piano por Armando Carvajal. Un viejo compañero de Allende, Juan Vargas Puebla, intervino en nombre de los trabajadores; el presidente del Partido Radical, Justiniano Sotomayor, pronunció un vibrante discurso y María Maluenda y Roberto Parada interpretaron el poema de Maiakovsky sobre la muerte de Lenin. Clausuraron el acto Salvador Allende (presidente del Frente del Pueblo), cuya intervención fue interrumpida por el público con recurrentes aplausos, y, en nombre del Partido Comunista, Pablo Neruda, quien fue recibido con una enorme ovación que precedió al canto de *La Internacional* y leyó un poema inédito dedicado al líder soviético fallecido.

El descubrimiento de este discurso de Salvador Allende ha sido ciertamente una sorpresa... puesto que su contenido contrasta vivamente con su conocida posición acerca del sistema soviético, claramente expuesta en el discurso de junio de 1948 ya mencionado y en otros posteriores.<sup>277</sup> En un viaje gestionado por Pablo Neruda en el marco del Instituto Chileno Soviético de Cultura, Allende llegó por primera vez a la URSS en agosto de 1954,<sup>278</sup> un año y medio después de la muerte de Stalin, como parte de una comitiva chilena y entonces publicó un artículo en *Pravda*, puramente descriptivo de la realidad nacional y el programa, composición y objetivos del Frente del Pueblo.<sup>279</sup> Junto con su esposa y sus acompañantes se alojaron en el Hotel Nacional y visitaron instituciones científicas y culturales, varias fábricas, el mausoleo de Lenin, el Museo de la Revolución y el Kremlin.<sup>280</sup> Regresaría varias veces a lo largo de los años sesenta, una de ellas en noviembre de 1967 (con su hija Beatriz), cuando presidió la delegación de su país invitada a la conmemoración del cincuentenario de la Revolución.<sup>281</sup> Y en diciembre de 1972 visitaría Moscú y Kiev en su gira exterior más importante como Presidente.

Aunque siempre reconoció la trascendencia histórica del Octubre soviético y el positivo papel de la URSS como aliado de los pueblos del Tercer Mundo que luchaban por la emancipación (singularmente elogió varias veces el caso de Vietnam), no dudó en condenar dos sucesos que causaron un grave daño al prestigio del comunismo: las invasiones militares de Hungría y Checoslovaquia. Por la cercanía histórica a la muerte de Stalin, destaca el primer caso, ya que el 7 de diciembre de 1956 intervino en el Senado para rechazar la agresión y defender el principio de la libre determinación de los pueblos: «La experiencia vivida por la humanidad en estos días reafirma lo que hemos venido sosteniendo en cuanto a que los principios socialistas pueden y deben buscar los cauces de superación y reemplazo del capitalismo de acuerdo con las características de cada país. Es evidente el fracaso de todas las tendencias que han creído que los regímenes políticos pueden ser trasplantados o impuestos sobre los pueblos. No hay pueblo que acepte el colonialismo mental o espiritual y, tarde o temprano, su lucha emancipadora buscará sus legítimos y propios derroteros».

Y se refirió también entonces al histórico XX Congreso del PCUS, celebrado aquel mismo año, en el que Nikita Kruschev presentó su demoledor informe sobre Stalin: «... lo acontecido en Europa y las conclusiones del Vigésimo Congreso del Partido Comunista vienen a reconocer los propios errores cometidos durante la etapa en que la orientación interna y externa de la Unión Soviética la tuvo el estalinismo». Defendió «los conceptos humanistas y libertarios» del socialismo y ni siquiera justificaba aquella invasión militar por el supuesto peligro de restauración del capitalismo: «Nosotros, que somos partidarios de la autodeterminación de los pueblos, no podemos dejar de expresar claramente nuestra palabra condenatoria de la intervención armada de la Unión Soviética en Hungría. Ni aun con el pretexto de aplastar un movimiento reaccionario que significara la limitación de las conquistas sociales o económicas que pudiera haber alcanzado el pueblo húngaro y la vuelta a formas políticas caducas justificaríamos nosotros la intervención de una potencia extranjera».<sup>282</sup>

Su larguísimo discurso en aquella mañana de marzo de 1953 en el Teatro Baquedano fue una verdadera oración fúnebre, una extraordinaria loa a Stalin. Sus últimas palabras las dedicó a su principal aliado, al que interpeló con un mensaje destinado a consolar su orfandad: «Camaradas del Partido Comunista, nosotros sabemos que hay sombra y dolor en vuestros corazones, que es ancha y profunda vuestra angustia. Vuestro consuelo, el saber que hay hombres que no

mueren. Stalin es uno de ellos». Fue el discurso menos *allendista* de toda su vida.

## UN NUEVO ESCENARIO POLÍTICO

La temprana ruptura con el ibañismo abocó al Partido Socialista Popular de manera irremisible al entendimiento con las fuerzas que integraban el Frente del Pueblo, aunque sin renunciar a su línea política marcadamente principista. A finales de octubre de 1955, el PSP realizó su XVI Congreso, en el que reafirmó su estrategia del Frente de Trabajadores,<sup>283</sup> declaró agotada la etapa de los acuerdos con los partidos burgueses y apostó por una alianza que agrupara solo a las fuerzas obreras y a la CUT. En cambio, en abril de 1956 el X Congreso del PC oficializó su apuesta por la «vía pacífica», explicitada en su tesis del Frente de Liberación Nacional, que defendía la alianza con sectores de la burguesía progresista (cuyos intereses les enfrentaban con el capital monopolista y el imperialismo) para realizar los cambios profundos propios de la revolución democrático-burguesa y avanzar de manera gradual hacia el socialismo.<sup>284</sup>

El 1 de marzo de 1956 los dos partidos socialistas, el Partido del Trabajo (un partido instrumental que cobijaba a los pocos parlamentarios comunistas), el Partido Demócrata del Pueblo y el Partido Democrático, con la participación desde la clandestinidad del Partido Comunista, suscribieron el acta fundacional del Frente de Acción Popular y eligieron como su presidente a Salvador Allende, quien el 5 de junio declaró en el Senado: «Queremos devolverle al pueblo de Chile la fe en su propia fuerza y en el destino que ha de construir con sus propias manos generosas. Queremos decirle que, pasada esta hora negra y angustiosa de esta dictadura legal, quedará el ibañismo sepultado por el desprecio cívico y entonces de nuevo encontrará el pueblo el camino que le permita construir un Gobierno popular y una efectiva democracia en nuestro país».<sup>285</sup> Si la composición del FRAP se correspondía con las tesis clasistas del Frente de Trabajadores, su política y su programa se acercaban más a la línea comunista. En las elecciones municipales de abril alcanzó 130.000 votos y eligió 248 concejales.<sup>286</sup>

El 4 de diciembre Allende destacó la trascendencia del proceso unitario de la izquierda y no tuvo reparos en admitir que los socialistas estaban aliados con el Partido Comunista, aún ilegal. Asimismo, y tres años antes de que la Revolución

Cubana cambiara la historia de América, advirtió: «Si mañana Chile, con legítimo derecho, eligiera un gobernante comunista, tengo la certeza absoluta de que la presión internacional sería de tal magnitud que la voluntad soberana del país se vería doblegada. Los comunistas lo saben; son lo suficientemente fríos, en el sentido justo de la apreciación política, para comprender que existe esta limitación, esta realidad. Saben que hay una realidad social, económica, geográfica, en un país pequeño como el nuestro, sometido a la tremenda y violenta fuerza de la presión internacional, que se ejerce en lo económico y en lo político».

Como fue habitual a partir de aquellos años, después de fundamentar su alianza con los comunistas, aclaró que los socialistas mantenían con ellos diferencias en política internacional, en aquellos días explicitadas por los dramáticos sucesos de Hungría: «Porque he creído sinceramente que los comunistas chilenos acatan los compromisos contraídos con nosotros —y lo he probado a lo largo de algunos años que tengo de contacto con ellos—, sigo lealmente trabajando sobre la base de esos compromisos neta y claramente establecidos. Jamás nosotros aceptaríamos la presencia del Partido Comunista si ello significara, de parte nuestra, hipotecar nuestro derecho a criticar, a analizar, a desmenuzar la política internacional de la Unión Soviética. Si los comunistas chilenos están de acuerdo con algunos puntos de esa política, o no lo están, es problema de ellos; pero nunca ese problema se ha proyectado en nuestras relaciones y jamás han puesto como condición para mantener ese entendimiento el que nosotros opinemos de esta u otra manera en el aspecto internacional o nacional». Y volvió a defender el derecho del partido fundado por Recabarren a recuperar la legalidad: «... las ideas, los principios y las doctrinas no se arrancan del corazón de los hombres y de las multitudes ni con leyes represivas, ni con la cárcel, ni con el destierro, ni con la persecución».<sup>287</sup>

A fines de 1956, los efectos de las políticas económicas de la misión Klein-Saks originaron una grave recesión económica y un elevado desempleo. Cada vez más aislado, repudiado por el sector de la izquierda que le había apoyado inicialmente y despreciado por la derecha, Ibáñez desplegó una política represiva: el 17 de septiembre tres obreros cayeron muertos en la oficina salitrera Pedro de Valdivia y 24 resultaron heridos. Y 1957 empezó en medio de un clima de movilización social: en Santiago y Valparaíso se formaron comités contra las alzas de precios con la participación de las Juventudes Comunistas, la Juventud Socialista, la FECh y la CUT.

A fines de marzo, como tantas veces en la Historia, un hecho puntual encendió la rebelión social: el incremento del pasaje del transporte público en Valparaíso y Santiago sacó a miles de personas a las calles primero en el puerto y a partir del 1 de abril también en la capital, donde los estudiantes se enfrentaron con los carabineros en una auténtica batalla campal. El Gobierno desplegó al Ejército y en el céntrico Paseo Ahumada se instalaron ametralladoras. La imprenta comunista Horizonte fue destruida y el local del Partido Socialista Popular ubicado en la calle Londres, sitiado. El edificio de *El Mercurio*, el Palacio de Justicia, el Congreso Nacional e incluso La Moneda fueron apedreados por los rebeldes.

Los sucesos del 2 de abril de 1957 marcaron la memoria de la izquierda de los años sesenta. Chile había cambiado: inéditos sectores urbanos, como los habitantes de las modestas *poblaciones* que surgían en la periferia urbana, nuevos componentes de la clase obrera, como las mujeres proletarias, se incorporaban a la lucha social.<sup>288</sup>

Aquel día Salvador Allende se encontraba trabajando en el Senado cuando Osvaldo Puccio le informó de lo que sucedía.<sup>289</sup> Se dirigió a la Intendencia y exigió que cesara el uso de las armas. Por la tarde ambos verificaron la destrucción del local del Partido del Trabajo y el saqueo de la imprenta Horizonte. Tres días después, en el Senado, pronunció un durísimo discurso en el que explicó su actuación y señaló que la agitación estudiantil le recordó las convulsas semanas de julio de 1931... cuando en La Moneda estaba el mismo personaje que entonces. Y rechazó las críticas de los sectores derechistas, que acusaron al FRAP (instrumentalizado por «el comunismo», evidentemente) de alentar, desde las sombras, aquellas movilizaciones populares: «... prefiero el peor Gobierno civil —el actual Gobierno civil— a la mejor dictadura militar. En un régimen legal hay la posibilidad de hablar, de criticar, de formar conciencia (...). En las dictaduras, no (...) Nunca visité un cuartel, sino para cumplir la obligación ciudadana de hacer mi servicio militar. Nunca conspiré, ni he creído jamás en los cuartelazos como solución para los problemas sociales».<sup>290</sup>

En junio de 1957, el XVII Congreso General del PSP culminó la reagrupación de las filas socialistas y la recuperación de su nombre original. En el programa aprobado se incluyeron objetivos como la nacionalización de la minería y de los servicios de utilidad pública sin indemnización; la planificación de la producción nacional a partir de las necesidades señaladas por unos comités de obreros, campesinos y empleados; la estatización de la banca y de las

compañías de seguros y el monopolio del comercio exterior por el Estado; una «revolución agraria», con la expropiación sin contraprestación de los latifundios; y la derogación de todas las leyes represivas, en especial la *Ley Maldita*.<sup>291</sup> Como secretario general fue elegido Salomón Corbalán, como subsecretario general, Manuel Mandujano, y entre los miembros del Comité Central estuvieron Raúl Ampuero, Clodomiro Almeyda, José Tohá o Belarmino Elgueta, pero no Salvador Allende, quien nunca más volvió a integrar el máximo órgano de dirección, aunque sí fue uno de los cuatro militantes designados como representantes ante el FRAP.<sup>292</sup>

Otro acontecimiento decisivo de aquel año fue la creación del Partido Demócrata Cristiano el 27 de julio. En las elecciones de marzo los socialcristianos habían salido por fin de la marginalidad al obtener casi el 10% de los votos y catorce diputados. Los jóvenes de la Acción Católica que en 1938 habían transformado la rama juvenil del Partido Conservador en la Falange Nacional (Bernardo Leighton, Eduardo Frei, Radomiro Tomic o Rafael Agustín Gumucio), rivales de Allende en los debates entre Renovación y Avance en 1931, por fin habían conquistado un espacio relevante.<sup>293</sup> Además, Eduardo Frei había revalidado su asiento en el Senado por la circunscripción de Santiago, con la primera mayoría nacional, y rápidamente fue proclamado candidato presidencial. En septiembre, Allende sería nominado como abanderado del FRAP.

#### EL FIEL SECRETARIO PRIVADO

Salvador Allende contó siempre con la lealtad de un grupo de amigos que le acompañaron en sus cuatro campañas presidenciales y en sus *mil días* como Presidente de Chile. Augusto Olivares, Carlos Jorquera, Miguel Labarca, Gonzalo Piwonka, José Tohá, Rodolfo Ortega u Osvaldo Puccio Giesen fueron parte esencial de su vida y de su trayectoria política.

Puccio, autor de un libro imprescindible escrito en el exilio, fue el *secretario privado* de Allende durante dos décadas. «No era un secretario en el sentido clásico del señor que le llevaba la agenda, sino que era mucho más un compañero en la organización de las cosas, en la relación política y en los temas financieros. Mi padre no tuvo una relación laboral con él, en términos de trabajo remunerado y con un horario, hasta noviembre de 1970 en La Moneda, cuando

asumió como su secretario, jugando un papel de mucha relevancia, aunque sin ninguna figuración pública», señala el mayor de sus tres hijos, Osvaldo Puccio Huidobro, actual presidente de la Fundación Salvador Allende. «No tengo recuerdos de mi casa sin Allende», agrega.

Durante dos décadas la vida de su familia se organizó en gran parte en función de la magna cita electoral que cada seis años llevaba a Allende a pugnar por la Presidencia de la nación. «Mi padre era un hombre que se dedicaba a los negocios y le iba más o menos bien, pero cuando empezaban las campañas electorales con Allende dejaba todo y se centraba en exclusiva en ello. Antes de la campaña del 58 tenía una fábrica de empanadas y de vidrios, que después vendió. Hicieron muchos negocios con los países socialistas. Después de la campaña del 64 armaron con un grupo de amigos una empresa, Comercial Arauco, en la que Allende era socio y que tenía representaciones de Polonia, la RDA y algunas cosas probablemente soviéticas».

Aquella amistad nació a principios de 1950 en unas circunstancias bien curiosas. Acompañado de su padre (general de la Fuerza Aérea y masón), Puccio estaba comprando ranas en Algarrobo, cuando llegó Allende con la misma intención, pero como ya no quedaban le ofreció las suyas... a cambio de una conversación. Allende se rio: «¿Cómo no le voy a dar una audiencia a este *cabro* [muchacho]?». Él ya militaba en el Partido Socialista, en el sector afín al senador, y era muy amigo de José Tohá. Semanas después de aquel encuentro fortuito en la costa le visitó en el Congreso Nacional. Conversaron sobre los años que él había vivido en Europa y la situación de la izquierda. «Aún somos pocos», le dijo Allende, «pero llegará el día en que seremos muchos».

En aquellos primeros años Osvaldo Puccio se limitó a cumplir algunos encargos o favores que el senador le solicitaba. En la campaña de 1952 trabajó sobre todo en el frente juvenil.<sup>294</sup> «Y así se estableció una relación que duró toda la vida», recuerda Osvaldo Puccio Huidobro. «Una relación de mucha cercanía, con un cierto sesgo paterno-filial, ya que se llevaban casi veinte años. Mi padre siempre lo acompañó, le llevó durante años las platas a Allende, operaba todos los asuntos de búsqueda de recursos y financiación de las campañas y también le ayudaba en las relaciones políticas». Esto tenía algunas consecuencias inesperadas para la familia Puccio. «En la del 58, Salomón Corbalán y mi padre firmaron un sinnúmero de letras de cambio para ayudar a financiar la campaña... y luego obviamente vino todo un periodo de hacer efectivas las letras y de embargo de los bienes de nuestra casa. Mis hermanos y yo éramos niños

pequeños y nuestros padres ya nos dijeron que teníamos que hacer dos cosas: anotar la placa de los camiones de los receptores judiciales que se llevaban las cosas e impedir que se llevaran las camas, que según la legislación chilena son inembargables...».<sup>295</sup>

Con sus hermanos (Carlos y José Miguel) y con él, Salvador Allende cumplió gustoso un afectuoso rol de tío.<sup>296</sup> No ha olvidado cuando una Navidad les obsequiaron con un tren eléctrico que su padre y el líder de la izquierda armaron en la sala de la casa... y se quedaron jugando con él hasta bien entrada la noche. «Y al día siguiente apareció muy temprano a jugar con mi papá con el tren eléctrico. Era una relación muy cercana. Íbamos con él a pescar a la costa y siempre nos traía algún regalo cuando viajaba al extranjero».

Fue en la campaña electoral de 1958 cuando Osvaldo Puccio ya tuvo un rol muy destacado, entre otras cosas, como comisario del legendario «Tren de la Victoria»... que aún tardaría doce años en llegar a su estación término.

223. Correa, Sofía *et alii*: *Historia del siglo XX chileno*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2001, p. 190.
224. Almeyda, Clodomiro: *Reencuentro con mi vida*. Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1987, p. 168.
225. *Las Noticias de Última Hora*, 5 de octubre de 1951, pp. 3-4.
226. *El Mercurio*, 5 de noviembre de 1951, p. 31. Esta declaración se transcribe en el Apéndice V.
227. Allende fue vicepresidente del Senado entre el 3 de julio de 1951 y el 25 de mayo de 1955. Agradezco a Pía Montalva Díaz, jefa del área de Historia Política Legislativa de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, este dato y su fuente: Valencia Avaria, Luis: *Anales de la República*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1986.
228. En 1951, Elías Lafferte y Salvador Allende presentaron en el Senado un proyecto de ley para nacionalizar las grandes minas de cobre del país.
229. *Las Noticias de Última Hora*, 25 de noviembre de 1951, p. 16.
230. *Las Noticias de Última Hora*, 26 de noviembre de 1951, p. 8.
231. Corvalán, Luis: *De lo vivido y lo peleado. Memorias*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997, p. 55.
232. Entrevista a Miguel Lawner. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
233. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*. Apsi, número extraordinario. 3 de septiembre de 1987, pp. 3-4.
234. Suárez Bastidas, pp. 23-24.
235. Teitelboim, Volodia: *Un hombre de edad media*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2000, pp. 350-351.
236. Lazo, Carmen y Cea, Carmen: *La negra Lazo: memorias de una pasión política*. Planeta. Santiago de Chile, 2005, pp. 54-55.
237. Gutiérrez Rodríguez, Christian: *Candidatura de Salvador Allende Gossens, año 1952*. Tesina de licenciatura. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1997, p. 70.
239. *Colegio Médico*, n.º 9. Santiago de Chile, 1950, p. 3. Citado en: Veneros, pp. 120-121.
240. La publicación del Colegio Médico reconoció la contribución de Allende a la cristalización de su principal reivindicación: «... ha tenido una actuación brillante en el Congreso (...). Su labor incansable, constante y sin vacilaciones ha merecido el reconocimiento del gremio». *Vida Médica*, n.º 1. Noviembre de 1951, p. 1. Esta página se reproduce en el Apéndice V.
241. *Vida Médica*, n.º 12. Diciembre de 1970, p. 27.
242. Agradezco a Patricio Azolas, periodista del Colegio Médico de Chile, y a Carla Hernández, responsable del centro de documentación de la Fundación Salvador Allende, su ayuda en este punto. Hoy el auditorio de la sede nacional del Colegio Médico lleva el nombre de Allende, el primero de sus miembros que alcanzó la Presidencia de la República.
243. *Colegio Médico*, marzo-abril de 1952, p. 24.
244. Los tres discursos se publicaron en: *Colegio Médico*, mayo de 1952, pp. 12-16. El de Allende se transcribe en el Apéndice V.
245. *Salvador Allende. Vida política y parlamentaria*, p. 123.
246. *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5, p. 134.
247. Amar Díaz, Mauricio: «Salud, educación, vivienda y trabajo en el pensamiento de Salvador Allende Gossens». En: *Salvador Allende. Vida política y parlamentaria*, pp. 173-176.
248. Departamento de Planificación de la OIR: *Biografía del Presidente Allende*, p. 28.
249. *Ercilla*, 12 de agosto de 1952. Esta revista evocó en sus páginas centrales la notable tradición nacional en este tipo de enfrentamientos entre «caballeros». El último precedente que reseñó databa de 1937, cuando el dirigente radical Juan Antonio Ríos (Presidente entre 1942 y 1946) se batió con su compañero Octavio Señoret, al que dejó cojo de por vida.
250. *El Mercurio*, 6 de agosto de 1952, p. 21.
251. *El Mercurio*, 7 de agosto de 1952.
252. Jorquera, pp. 297-305.

253. En el segundo volumen de sus memorias, Volodia Teitelboim narró cómo en 1952 Carlos Ibáñez del Campo convocó a una reunión privada a la dirección del Partido Comunista. En aquel encuentro, cara a cara con Elías Lafferte, a quien había reprimido 25 años atrás, Ibáñez les planteó que retiraran su apoyo a Allende y se lo brindaran a él para que el PC no quedara a la margen de su segura victoria. «Nosotros tenemos un candidato. Lo apoyaremos hasta el fin. Se llama Salvador Allende», replicó Lafferte. «No tiene ninguna posibilidad. No hagan un saludo a la bandera. Únanse a mi general y no tendrán que lamentar una derrota», abundó un colaborador de Ibáñez. «Nosotros somos gente de principios», sentenció *el hijo del salitre*. «Respetamos nuestros compromisos (...). No nos interesa triunfar de cualquier manera. Lo que queremos es que el pueblo abra un camino». Teitelboim, pp. 338-342.

254. *Democracia*, 17 de agosto de 1952, p. 1. Citado en: Gutiérrez Revuelta, Pedro y Gutiérrez, Manuel J. (eds.): *Pablo Neruda. Yo respondo con mi obra*. Universidad de Salamanca. Salamanca, 2004, p. 321.

255. *Abc*. Madrid, 29 de agosto de 1952, p. 17.

256. Gutiérrez Rodríguez, pp. 86-89.

257. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 6.

258. *Las Noticias de Última Hora*, 1 de septiembre de 1952, p. 3.

259. *Ercilla*, 2 de septiembre de 1952, pp. 12-15.

260. *Las Noticias de Última Hora*, 3 de septiembre de 1952, p. 3.

261. *Las Noticias de Última Hora*, 3 de septiembre de 1952, p. 14. Este manifiesto (y la relación de adhesiones) se transcribe en el Apéndice V.

262. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile. Véanse las estadísticas completas por provincias de esta elección en el Apéndice IV.

263. Garay Vera, Cristián: «La elección presidencial de 1952. La candidatura de Carlos Ibáñez del Campo y su retorno a La Moneda». En: San Francisco, Alejandro y Soto, Ángel: *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago de Chile, 2005, p. 273.

264. Entrevista a Miguel Lawner. Santiago de Chile, noviembre de 2012.

265. *Las Noticias de Última Hora*, 5 de septiembre de 1952, p. 9.

266. Ligeró, Juan y Negrete, Juvencio: *Allende: la consecuencia de un líder*. LAR. Santiago de Chile, 1986, p. 56.

267. Lavretski, J.: *Salvador Allende*. Progreso. Moscú, 1978, pp. 64-65.

268. *El Siglo*, 16 de septiembre de 1957, p. 4.

269. Moulian, Tomás: *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2006, pp. 180-182.

270. Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 290.

271. *Zig Zag*, 7 de marzo de 1953, pp. 34-36.

272. Urzúa, pp. 84-88.

273. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

274. Los recuerdos que Labarca dejó de «la calle de Allende», en el relato póstumo publicado por sus hijos, son muy hermosos. Labarca, Miguel: *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración*. CESOC. Santiago de Chile, 2008, pp. 80-90. Por otra parte, agradezco a Isabel Allende Bussi que me haya precisado, con la mediación de Berni Cancino, la fecha de compra de la casa de Guardia Vieja, que hoy es su hogar.

275. Así lo recordó en sus memorias Luis Corvalán, quien, en representación del PC chileno, asistió al XX Congreso del PCUS. «No teníamos idea de sus crasos errores o los tomábamos como invención del enemigo». Corvalán (1997), p. 59.

276. *El Siglo*, 16 de marzo de 1953, p. 1.

277. *El Siglo*, 16 de marzo de 1953, p. 5. Este discurso se transcribe en el Apéndice V.

278. Aquel viaje se prolongó durante más de cuatro meses y se extendió a China, donde la delegación chilena asistió el 1 de octubre a la conmemoración del quinto aniversario de la Revolución, presidida por Mao en la plaza de Tiananmen. Labarca (2007), pp. 86-90.

279. Allende, Salvador: «La lucha del pueblo de Chile por la independencia nacional». *Pravda*. Moscú, 11 de agosto de 1954, p. 3. Firmó este artículo como vicepresidente del Senado y presidente del Frente del Pueblo. Este texto se reproduce y se transcribe en español en el Apéndice V. Agradezco su traducción a Pedro Hernández, traductor-intérprete jurado de lenguas eslavas residente en Madrid.
280. Lavretski, p. 67.
281. Guilisasti, Sergio: *Los partidos políticos chilenos*. Nascimento. Santiago de Chile, 1964, p. 270.
282. *Salvador Allende: Frente al mundo*. Archivo Salvador Allende, n.º 11. UNAM. México DF, 1990, pp. 139-141.
283. Esta estrategia política bebía del manantial trotskista que alimentó al PS desde los años treinta en cuanto a la naturaleza de la revolución en los países atrasados, el rechazo a la noción de «burguesía nacional» o la hostilidad a las alianzas interclasistas. Faúndez, Julio: *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*. Ediciones BAT. Santiago de Chile, 1992, p. 170.
284. Varas, Augusto (comp.): *El Partido Comunista en Chile*. FLACSO-CESOC. Santiago de Chile, 1988, pp. 144-173.
285. *El proceso al Partido Comunista. Discursos de los senadores Salvador Allende y Humberto Martones*. Santiago de Chile, 1956.
286. Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 308.
287. Martner (1992), pp. 188-191.
288. Arrrate y Rojas, Tomo 1, pp. 313-318.
289. Puccio, pp. 37-40.
290. *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5, pp. 209-221.
291. Casanueva Valencia, Fernando y Fernández Canque, Manuel: *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*. Quimantú. Santiago de Chile, 1973, p. 190.
292. *Boletín del Comité Central del PS*, n.º 1. Julio-agosto de 1957, p. 7.
293. Grayson, George: *El Partido Demócrata Cristiano chileno*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968, pp. 100-144.
294. Puccio, pp. 24-27.
295. Entrevista a Osvaldo Puccio Huidobro. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
296. En noviembre de 2012, Carlos Puccio me mostró el archivo familiar relacionado con Salvador Allende y de manera muy generosa me cedió algunas de las fotografías incluidas en el libro.

## La fuerza del *allendismo*

En las elecciones presidenciales de 1958 Salvador Allende se quedó a poco más de treinta mil votos de La Moneda. Cohesionado en torno a los dos partidos marxistas, el FRAP emergió como una alternativa real frente a la derecha tradicional, que venció por última vez, y el otro polo ascendente: la Democracia Cristiana. La intuición de Allende se probó acertada. Su convicción de que la izquierda podía conquistar en las urnas la principal instancia de poder político, la Presidencia de la República, para emprender un amplio programa de transformaciones que abriera paso al socialismo estuvo a punto de hacerse realidad ya entonces. La Revolución Cubana, que impactó profundamente en el continente y de la que fue amigo y firme defensor, no alteró su defensa del singular camino emprendido desde 1951. La elección de 1958 selló el acta de nacimiento del *allendismo*, un actor colectivo que trascendía ampliamente las fronteras de los partidos Socialista y Comunista, que crecería a lo largo de la década siguiente hasta convertirse en un movimiento social y político verdaderamente impresionante y que en 1970 abriría de par en par las puertas de la Historia.

### LA SEGUNDA CANDIDATURA PRESIDENCIAL

Con el lema «Un camino nuevo, un candidato popular y un programa de lucha», entre el 13 y el 15 de septiembre de 1957 el Salón de Honor del Congreso Nacional acogió la Convención Presidencial del Pueblo, en la que participaron 1.800 delegados que debían escoger entre cinco precandidatos y definir las propuestas medulares de la izquierda.<sup>297</sup> Allende concurrió como la opción del Partido Socialista, decisión que unas semanas antes Salomón Corbalán le había comunicado durante una cena en casa de Osvaldo Puccio.<sup>298</sup>

Un amplio número de personalidades políticas, intelectuales, escritores y artistas suscribieron la convocatoria de la Convención Presidencial. Encabezados por Allende, prestaron su respaldo a esta iniciativa: Salomón Corbalán, Galo González, Elías Lafferte, Humberto Martones, Miguel Etchebarne, Olga Poblete, Pablo Neruda, Nemesio Antúnez, Carlos Altamirano, Nicanor Parra, José Tohá, Federico Klein, Eugenio González, María Maluenda, Raúl Ampuero, José Oyarce, Mario Palestro, José Cademártori, Jorge Jiles, Rubén Azócar, Orlando Millas, Miguel Labarca, Volodia Teitelboim, Miguel Lawner, César Godoy Urrutia, Enrique París, Enrique Kirberg, Clodomiro Almeyda, Bernardo Araya, Hugo Zemelman, Luis Figueroa y Galvarino Melo, entre otros. Aquel manifiesto constataba la profunda crisis económica y política del país y convocaba a los trabajadores, los campesinos, los técnicos y profesionales con conciencia social, los maestros, los jóvenes y las mujeres a participar en una asamblea que abriera paso a un gran movimiento popular. «Así pretendemos iniciar la reconquista del poder para que lo detente y lo ejerza el pueblo mismo, ajeno a los designios antinacionales de los grupos oligárquicos e imperialistas».<sup>299</sup>

En la clausura, el domingo 15, Alejandro Serán (precandidato del Partido Democrático) comunicó que el senador socialista había sido elegido, «por unanimidad y aclamación», candidato presidencial del FRAP. «Este anuncio oficial de la proclamación fue saludado con indescriptibles manifestaciones de júbilo que se prolongaron por largo rato y con el Himno Nacional», escribió un periodista de *El Siglo*, quien, embargado por esa misma euforia, no dudó en advertir a sus lectores: «En este instante, el Salón de Honor del Congreso Nacional fue escenario del más trascendental episodio histórico de todos los tiempos».<sup>300</sup>

Emocionado, Salvador Allende tomó la palabra para enhebrar un discurso que se prolongó durante una hora y media. Reagrupada la izquierda después de tres lustros de divisiones, reunificado el sector al que él mismo pertenecía, fracasado el experimento populista de Ibáñez, aparecía ante el país como el líder de una opción en ascenso. «He repasado cuidadosamente mi vida en estos últimos días. Me he hecho un profundo examen de conciencia. Y creo decir con orgullo que he tenido la satisfacción de comprobar que ha existido consecuencia y lealtad entre las palabras y las acciones que haya podido desarrollar en la vida pública. Tal vez a esto se deba que ahora hayáis querido depositar en mi persona tanto honor y tanta responsabilidad. (...) Mi vida entera es un juramento cumplido de lealtad a Chile y a su pueblo».

Asimismo, resaltó la trascendencia política de la unidad de acción de los dos principales partidos marxistas: «He dicho y sostenido que en una verdadera democracia no puede haber sectores de la ciudadanía al margen de la ley y de sus derechos cívicos. Y he dicho también que es necesario restablecer al Partido Comunista la plenitud de sus derechos. He afirmado que no soy, no he sido, ni seré comunista, pero comprendo que en una democracia no puede haber parias, ni ciudadanos marginados de sus legítimos derechos. La unidad socialista-comunista debe ser la piedra angular de este gran movimiento que se ha puesto en marcha. Y esta unidad tenemos que ir extendiendo cada vez a más amplios sectores sin sectarismos».<sup>301</sup>

El programa aprobado en aquella Convención se apoyaba en cuatro ejes principales: la reforma agraria, la nacionalización del cobre y del salitre, el control de la banca privada y la creación de un área de propiedad estatal en la economía, medidas que articulaban una propuesta de transición gradual inspirada ya en los principios de lo que a partir de 1970 se conoció como «la vía chilena al socialismo».<sup>302</sup>

Su segunda campaña presidencial fue muy diferente a la de 1952. La reunificación del socialismo y la derogación de la *Ley Maldita* en agosto de 1958 ayudaron al crecimiento del movimiento popular, al igual que la entrega y el carisma que el candidato iba ganando provincia a provincia, localidad a localidad, cuando estaba en la madurez de su vida. Desde el principio quedó claro que serían unos comicios muy competidos, ya que pugnaban por La Moneda otros tres candidatos muy representativos: Jorge Alessandri por la derecha, Luis Bossay por el radicalismo y, por primera vez, un demócratacristiano, Eduardo Frei. Había un cuarto rival para Allende, salido de las propias filas de la izquierda: Antonio Zamorano, «el cura de Catapilco», diputado del FRAP elegido por Talca en 1957.

En un país donde las elecciones se vivían de manera apasionada puesto que, además de su carácter simbólico, el Jefe del Estado tenía grandes atribuciones otorgadas por una Constitución muy presidencialista, las campañas empezaron a modernizarse y, aunque la televisión no entró en juego hasta seis años después, sí lo hicieron entonces las pegadizas melodías electorales. Y así el comando de Alessandri inventó una letra para la melodía «Cielito lindo», los radicales adaptaron el tema «Río, Río» y Vicente Bianchi escribió una tonada especial para Frei titulada «La hora de Chile». El FRAP, por su parte, recurrió al estribillo de uno de los himnos comunistas italianos: *Avanti popolo*. «Pueblo adelante /

llegó la hora / de la victoria / de la victoria / que surge ya / y la victoria será del FRAP / y la victoria será del FRAP / con Salvador Allende y la unidad», cantaban, de manera un tanto forzada, los partidarios de la izquierda.<sup>303</sup>

En su recorrido por todo el país, Allende mostró interés como siempre por entablar conversación con los obreros y las gentes sencillas, una imagen que sus adversarios utilizaban para retratarle como el *pije* Allende, caricatura que, sin amargura, tuvo que soportar durante toda su vida. Osvaldo Puccio dejó escrita una anécdota de aquella campaña en Valparaíso, cuando el regidor comunista Luis Vega organizó un encuentro con los trabajadores del matadero: «Los compañeros habían preparado una ceremonia. Nos llevaron a un recinto de matanza, donde tenían un buey listo para ser carneado. Todavía hoy se hace en Chile de la misma manera: le pegan al animal en la cabeza o lo matan degollándolo. Nos pararon a unos diez metros frente a ese animal. Luego se acercó el jefe de los matarifes con un ayudante que llevaba un gran jarro de lata. Le clavó un puñal en la aorta al animal y salió el chorro de sangre. La recibieron en un jarro y lo prepararon de inmediato con ají, cebolla, ajo, sal y otros aliños. Esta mezcla los matarifes la llaman *ñachi*. Después de revolver la sangre caliente con un palo, entregaron el pocillo, que tenía forma de jarro cervecero, a Allende. Allende hizo como un saludo a todos y tomó un trago largo. Después me pasó el jarro a mí y me dijo que tomara. Le habían quedado los bigotes llenos de espuma y se limpió como lo hacen los matarifes, con la mano».<sup>304</sup>

Fue también entonces cuando se produjo un conocido episodio en el que se vio involucrada su madre. Un día en el confesionario, el sacerdote preguntó a Laura Gossens por quién votaría en las elecciones, en un momento en el que la Iglesia católica mantenía los más duros anatemas sobre todo lo que evocara a «comunismo». Doña Laura le respondió que apoyaría a Allende. Indignado, el cura le replicó que si no sabía que ese hombre era comunista, que iba a destruir las iglesias, a encarcelar a los curas, a ordenar que se violara a las monjas... Ella le rebatió que era un buen hijo y por tanto incapaz de cometer semejantes tropelías. Sorprendido, su confesor le preguntó cómo lo sabía. «Muy sencillo, soy su madre».

Una de las novedades de aquella campaña fueron los métodos de captación de fondos, puesto que, ante la precariedad para afrontar los innumerables gastos (publicidad en la radio y los periódicos, impresión de carteles, empleados, viajes...), recurrieron por ejemplo a la práctica utilizada con éxito por los comunistas de organizar almuerzos para recaudar fondos. Así, el 26 de junio de

1958, con motivo del 50.º cumpleaños del candidato, su comando nacional organizó una comida en el céntrico y elegante restaurante santiaguino *El Pollo Dorado* (ubicado en la confluencia de la calle Estado con Agustinas) con los cubiertos al precio de cincuenta mil pesos. Aquel acto llamó la atención de la prensa y despertó las críticas de sus rivales, pero Allende salió al paso y les conminó a revelar sus fuentes de financiamiento.<sup>305</sup> Además, el FRAP instauró el «día de salario para la victoria», iniciativa promovida por los actores y gentes del espectáculo que simpatizaban con la izquierda y que fue asumida incluso por el «comando allendista de prostitutas», integrado por casi doscientas mujeres.<sup>306</sup>

### SANEAMIENTO DEMOCRÁTICO

Antes de que los ciudadanos concurrieran a las urnas el 4 de septiembre de 1958, el Congreso Nacional aprobó dos reformas legales promovidas por el Bloque de Saneamiento Democrático, integrado por el FRAP, el PDC y el Partido Radical, y apoyadas por Ibáñez: la derogación de la *Ley Maldita* y una trascendental reforma electoral que instituyó la cédula única electoral. La proscripción del Partido Comunista terminó el 2 de agosto de 1958, con la oposición de los partidos Liberal y Conservador. Después de una década, los comunistas recuperaron todos sus derechos políticos y, en el primer manifiesto público, su Comité Central llamó a reforzar la campaña: «El supremo deber de todas las fuerzas populares y progresistas es unirse para derrotar a la reacción y a Alessandri y asegurar la más amplia victoria de la candidatura de Salvador Allende».<sup>307</sup>

En cuanto a la reforma electoral, fue decisiva para desterrar el cohecho y la compra de votos, ya que se acabó con el viejo procedimiento de que cada partido imprimía sus papeletas y las repartía antes de la jornada electoral.<sup>308</sup> A partir de entonces cada elector debía marcar su preferencia en un impreso oficial de la Dirección del Registro Electoral, en el que constaba el nombre de todos los candidatos, ordenados numéricamente, y en cada recinto de votación se instalaron cámaras donde anotar el voto de manera confidencial.

En el sorteo celebrado en el Registro Electoral para dilucidar qué número ocuparía cada candidato en la cédula única, a Alessandri le correspondió el 1, Bossay se quedó con el 2, Zamorano con el 3, Allende con el 4 y Frei con el 5. Los eslóganes no se hicieron esperar: «La mano del destino señala al triunfador,

Alessandri, primero en el corazón de Chile»; «El candidato que vale por dos en el número dos: Bossay»; en el caso del FRAP, «Vote el cuatro por el cuatro, Allende»; y otro de resonancias bíblicas «Los últimos serán los primeros: Frei». <sup>309</sup>

El 7 de agosto el Teatro Baquedano acogió una magna concentración de apoyo a la candidatura del FRAP en el que intervino Pablo Neruda en nombre de los escritores y artistas: «Pero sabemos, y por eso estamos aquí, que ante todo debe elevarse nuestro pueblo a la dignidad humana que merece. Y en esta lucha, en esta convicción combatiente, nos sentimos representados por Salvador Allende. (...) No queremos seguir siendo escritores de un pueblo que no puede leer. No queremos sentir la vergüenza, la ignominia de un pasado estático y leproso. Queremos más escuelas, más maestros, más periódicos, más libros, más editoriales, más revistas, más cultura. (...) En este sentido, queremos decirte que esta lucha que tú encabezas hoy es la más antigua de Chile: es el glorioso combate de la Araucanía contra sus invasores, es el pensamiento que levantó las banderas, los batallones y las proclamas de la Independencia, el mismo contenido de avance popular que tuvo el movimiento de Francisco Bilbao. Y, ya muy cerca de nosotros, Recabarren no solo aportó su condición de más grande dirigente proletario de las Américas, sino también la de escritor de dramas y panfletos populares. El pensamiento de Chile ha acompañado dramáticamente todas las ansiedades, todas las tragedias y las victorias de nuestro pueblo». <sup>310</sup>

Tres días después, en el Teatro Caupolicán se celebró un acto multitudinario de los jóvenes del FRAP que culminó con una improvisada marcha hacia plaza Italia. Fue un mitin con momentos especiales, como cuando Elías Lafferte se sentó junto a los dirigentes juveniles y respondió a la ovación memorable que le tributaron mostrando con su mano el número 4 de Allende. El candidato llegó al mediodía tras participar en un acto de los trabajadores de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado y, al ingresar en el Caupolicán, desde el techo empezaron a caer cientos de flores de copihues rojos que habían sido prendidas en cordones que cruzaban de extremo a extremo. Como sorpresa, los organizadores regalaron a Allende un caupolicán por cada uno de los ocho actos de masas que habían celebrado a lo largo de aquella campaña.

En nombre de las Juventudes Comunistas, el doctor Enrique París, quien quince años después acompañaría al Presidente en La Moneda el 11 de septiembre, ensalzó la contribución de la juventud: «Cuando el mundo entero se transforma, cuando los pueblos de todo el planeta emprenden la marcha

definitiva de la victoria, cuando el socialismo amanece en media humanidad... la juventud ha tomado el lugar que le corresponde junto a la clase obrera, junto a los partidos populares, junto a todos los sectores progresistas, para conseguir la liberación política y la emancipación económica, para el mantenimiento de la paz mundial...».

En su discurso, más breve de lo habitual porque intervinieron varios dirigentes juveniles y hubo una parte artística y musical, Salvador Allende habló a la juventud de la trayectoria de un socialista que acababa de cumplir 50 años: «Mi nombre no llegó al pueblo envuelto de contrabando en paquetitos de comestibles, enviados a las gentes que no tienen qué comer, en actitud denigrante y que en vez de favorecer humilla a los trabajadores de nuestra patria. No, mi nombre llegó al pueblo en treinta años de lucha insobornable, defendiendo los intereses populares; de limpia vida política al servicio del pueblo, sin que jamás mi mano se haya levantado para votar una ley represiva y sin que nunca mi voz se haya alzado sino para hablar defendiendo a los sectores populares». Y les explicó, como tantas veces hizo ante auditorios juveniles, las luchas que marcaron los inicios de su compromiso: «Yo también conocí la vida del estudiante. En 1926 llegué de provincia e ingresé a la Universidad. Fui dirigente estudiantil y también conocí la relegación y el destierro. En 1931, en la Universidad, y tras los viejos muros, sentí el tronar de las balas que querían brutalmente acallar la voz libertaria de la juventud».<sup>311</sup>

## FREI Y ALLENDE

Durante muchos años Salvador Allende y Eduardo Frei mantuvieron una relación de pública amistad y cercanía personal y familiar. A fines de los años treinta ya solían compartir almuerzos con Hernán Santa Cruz, además de otras amistades del medio político. La relación se estrechó desde que Frei fuera elegido senador por Atacama y Coquimbo en 1949 y posteriormente durante los veraneos en Algarrobo, donde más de una vez disfrutaron juntos los baños en la playa y los paseos junto al mar, como lo recordó en sus memorias el demócratacristiano Gabriel Valdés: «Todas las tardes, los tres caminábamos conversando sobre temas políticos hasta la Puntilla, en la playa, para ver la puesta de sol. Frei leía mucho y nos ilustraba, y Allende leía poco, pero le gustaba conversar. Al volver nos deteníamos en su casa, donde tomábamos el

mejor whisky, porque a él le gustaba lo bueno en el vestir, en el beber y en el comer».<sup>312</sup>

La primera pugna presidencial entre ambos dejó algunas anécdotas tan divertidas como la que evocó Hortensia Bussi en 1983: «Fue para la campaña de 1958, Salvador me dijo: “Voy a hacerle una broma a Eduardo. Sé que está muy nervioso y tenso, porque en unos días más tiene concentración en el Teatro Caupolicán y no está muy seguro de llenarlo”. Lo llamó entonces por teléfono, tapando el fono con un pañuelo. Se apretó también las narices. En fin, hizo todo lo necesario para cambiar la voz y se hizo pasar por Venturino, el dueño del Caupolicán. Frei no reconoció a Salvador, quien empezó planteándole que tenía un gran retrato de él y que no sabía cómo ponerlo, si de frente o de perfil. Frei estaba muy desconcertado y le decía: “No sé, no sé, decida usted como le parezca mejor”. Salvador continuaba: “Es que si lo pongo de perfil, usted sabe el problema, con esa nariz...”. Durante un buen rato mantuvo la conversación, hasta que no pudo más y soltó la carcajada. (...) Frei le dijo: “Te lo agradezco, porque estaba muy tenso y me has hecho reír”. Salvador le replicó que en verdad lo llamaba para desearle suerte».<sup>313</sup>

En 1958 la amistad salió indemne, puesto que, a pesar de la victoria de Alessandri, cosecharon un buen resultado que auguraba una reedición del enfrentamiento en 1964. Así lo corroboraba en febrero de 1959 una de las principales revistas de la época, que publicaba una fotografía de ambos sentados juntos en el Senado, con un pie que rezaba: «Allende y Frei no solo son grandes amigos, sino dos figuras de permanente proyección en el primer plano de la actualidad política».<sup>314</sup>

#### «A TODO VAPOR CON SALVADOR»

Lo más recordado de la campaña de Salvador Allende de 1958 es el «Tren de la Victoria», una iniciativa muy innovadora que le permitió recorrer en apenas ocho días los mil kilómetros que separan Santiago de Puerto Montt (fin del trazado ferroviario) y pronunciar 147 discursos en decenas de ciudades, pueblos o simples paraderos ante miles de personas. Alquilaron una vieja locomotora de carbón con pito penetrante que arrastraba dos modernos vagones dormitorio, un vagón comedor y uno de primera clase. Pintada de negro, en su morro se incrustó un escudo de Chile y, si en un lateral colgaron un letrero que decía

«Tren de la Victoria», en el otro figuró la consigna «A todo vapor con Salvador». El coordinador administrativo de la gira, con el pomposo título de Comisario del Tren, fue, evidentemente, Osvaldo Puccio.

Acompañado por algunos de sus colaboradores y amigos (como el periodista Carlos Jorquera) y de varios dirigentes políticos, el miércoles 13 de agosto el convoy partió de la Estación Central, en la Alameda. A tres semanas de la votación y con un resultado electoral incierto, el recorrido fue apoteósico desde el primer momento, ya que en cada localidad centenares de personas se acercaban a la vía para saludar a su candidato presidencial. En la primera parada, frente a la maestranza de San Bernardo, Allende intervino acompañado por el recién elegido secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán. En Rancagua, en su plaza Central, prometió a los trabajadores de El Teniente y al país que como Presidente de la República nacionalizaría las grandes minas de cobre.

En Curicó, se produjo uno de los episodios que muestra la concepción de su papel como dirigente político. Mientras pronunciaba su discurso, que solía durar más de una hora y en el que conjugaba la explicación de los principios con un gran sentido didáctico con alusiones directas al auditorio precedidas de la fraternal palabra «compañero», se acercó una campesina que le besó la bastilla del pantalón, ante su sorpresa y reacción indignada. Al regresar al tren, se dirigió a sus acompañantes: «Compañeros, yo no soy un Mesías, ni quiero serlo. Yo quiero aparecer ante mi pueblo, ante mi gente como una posibilidad política. Quiero aparecer como un puente hacia el socialismo. Tenemos la responsabilidad de que eso no vuelva a ocurrir. Hay que golpear políticamente. Tenemos que hacer claridad política. No podemos llegar al Gobierno, no podemos llegar a La Moneda con un pueblo que espera milagros. Tenemos que llegar a La Moneda con un pueblo que tenga conciencia. Tenemos que luchar hasta conseguirlo. Van a venir años duros, pues la construcción del socialismo no es una cosa fácil. Cambiar este país no es un asunto de horas. Y una mujer que besa los pantalones o intenta besarle los pies a uno espera milagros que yo no puedo hacer, porque el milagro tendrá que hacerlo el pueblo y no yo».<sup>315</sup>

El recorrido de aquel primer día concluyó en Chillán. Cerca de la medianoche, Allende y sus acompañantes, entre los que se encontraba el chillanejo José Tohá, decidieron cenar en el Club de Ñuble. Allí un grupo de personas celebraba una fiesta en honor de una joven, Victoria Morales. «A medianoche, llegó una delegación de dirigentes de la candidatura de Allende

para preguntar si podían tomar un café y un sándwich antes de irse a dormir», recuerda esta. «En principio, la gente que estaba en la fiesta se negó porque eran muy conservadores, pero el *maître* nos dijo que no podíamos negar la entrada a un candidato presidencial. Entonces llegaron Salvador y José, quien quedó sentado a mi lado. Tuvimos un diálogo áspero porque yo era una muchacha de 18 años bastante ignorante. José me dio un pequeño curso, me preguntó a qué me dedicaba y yo le dije que vivía de mis rentas, porque mi abuelo en vida me había legado un campo y lo tenía arrendado. José me preguntó que si me parecía justo que me aprovechara de un campo en el que no trabajaba. Entonces recordé el lema de la campaña de Allende: “La tierra para el que la trabaja”. Todo lo que me dijo quedó dando vueltas en mi cabeza».

En 1964, después de la nueva derrota, José Tohá y Victoria Morales se casaron con Allende como padrino.<sup>316</sup> Al año siguiente nació su hija Carolina (actual alcaldesa de Santiago de Chile), quien le evoca con gran afecto: «Le recuerdo como a un tío mío, él venía a nuestra casa, era un amigo de nuestra familia, venía y jugaba y reía con nosotros, también íbamos a su casa».<sup>317</sup>

Entre el 14 y el 16 de agosto de 1958, el «Tren de la Victoria» recorrió Coelemu, Ranquelmo, Menque, Tomé, Lirquén, Penco, Yumbel, Cabreiro y San Rosendo. El domingo 17 de agosto tuvo lugar el acto central de cierre de la campaña en Concepción, en la plaza O’Higgins, al que asistieron más de treinta mil personas, con una impactante participación de centenares de mineros de la cuenca de Arauco y sus familias.<sup>318</sup> Presidieron el acto unos retratos gigantescos de O’Higgins, Aguirre Cerda y Allende para establecer la continuidad histórica entre los próceres de la patria, el Presidente del Frente Popular y el desafío de 1958. Los discursos de Luis Corvalán, la abogada Graciela Álvarez, Raúl Ampuero y Salvador Allende fueron transmitidos por Radio Corporación de Santiago y Radio Simón Bolívar de Concepción.

Después, el «Tren de la Victoria» puso rumbo hacia el sur, con paradas en Las Viñas, Collipulli o Ercilla. En los cuatro días siguientes recorrió la zona de Temuco, Valdivia y Osorno, hasta llegar a Puerto Montt el miércoles 20 por la tarde. En Puerto Varas, acompañaron a Allende como oradores la socialista Carmen Lazo, Fernando Luengo (del Partido Democrático) y Pedro Foncea (presidente del Partido del Pueblo). En Puerto Montt, el Teatro Roxi, con capacidad para dos mil personas, se quedó pequeño y el candidato tuvo que hablar dos veces: a las personas congregadas en el auditorio y desde su balcón a las miles que no habían podido acceder.<sup>319</sup>

El jueves 21 el convoy emprendió el regreso hacia Santiago en un largo itinerario con nada más y nada menos que 35 escalas (Parral, Linares, Talca, Curicó, San Fernando, Rancagua, Paine y San Bernardo, entre otras) hasta la llegada a la Estación Central cerca de las diez de la noche. Una multitud le recibió en Santiago y le invitó a marchar al frente de una improvisada manifestación hasta la plaza Bulnes, donde habló a sus partidarios. Su proverbial resistencia física superó en aquellos ocho días una auténtica prueba de fuego.

El 26 de agosto regresó a la zona donde un cuarto de siglo atrás se había fogueado como dirigente político. Por la mañana, desde el nudo ferroviario de La Calera partió en un tren que recorrió el departamento de Quillota: Limache, Peña Blanca, Villa Alemana y Quilpué. El convoy de catorce vagones fue insuficiente para acoger a todas las personas que querían acompañar al candidato. Otros dos convoyes de diez y seis vagones, respectivamente, que a lo largo del día se incorporaron a la ruta tampoco solucionaron el «problema». Allende llegó a la Estación Barón de Valparaíso en medio de un clima apoteósico. Le recibieron los trabajadores de las minas El Soldado y El Cobre con sus cascos y lámparas y una magnífica presentación de las Juventudes Socialistas, y le abrieron paso para que encabezara la columna humana que enfiló la avenida Argentina hasta la avenida Pedro Montt y la plaza Sotomayor, donde se habían congregado más de setenta mil personas. Subió a la tribuna acompañado por su esposa y sus tres hijas, por un viejo compañero socialista, el senador Carlos Alberto Martínez, por Volodia Teitelboim, Graciela Álvarez, el pastor evangélico Manuel Vergara y el senador socialista Aniceto Rodríguez.

Como siempre, la visita al puerto, la imponente perspectiva de los cerros, implicaba evocar su adolescencia, el despertar de su conciencia orientado por el viejo Demarchi, los años de la construcción del Partido Socialista, los días del Frente Popular. «Después de haber recorrido los pueblos del sur en el “Tren de la Victoria” y de haber sentido el fervor con que se apoya a este movimiento que nada ni nadie podrá contener, quería llegar a Valparaíso para estrechar las manos de ustedes, sentir el latido de vuestros corazones y mirar los rostros de los hombres y mujeres de esta tierra donde nací y crecí a la vida política (...). Hace veinte años recorrí esta provincia como jefe de la campaña presidencial de Pedro Aguirre Cerda. Hoy me presento ante ustedes como el abanderado de vuestras esperanzas, como el futuro Presidente de Chile».

En 1958 ya anunció lo que no pudo hacer realidad hasta la victoria de la Unidad Popular en 1970: «Podemos decir que cumpliremos el programa porque

a nuestro lado está lo mejor de Chile: los obreros, los campesinos, los intelectuales, los profesores, los artistas más prominentes, en suma, lo más valioso de la patria. (...) La tarea no será fácil porque el Gobierno del pueblo, para cumplir su programa, tendrá que herir intereses que nadie antes se atrevió a tocar. Tendremos que terminar con la voracidad del capital foráneo, tendremos que acabar con los abusos de los terratenientes (...), tendremos que hacer la reforma agraria para que haya más alimentos para el pueblo y entregar la tierra a los campesinos a fin de que la cultiven en beneficio propio y de la colectividad».<sup>320</sup>

Aquella noche regresó en automóvil a Santiago, puesto que al día siguiente le esperaba otra ruta agotadora. Menos de una semana después del regreso del «Tren de la Victoria», el 27 de agosto se subió al «Avión de la Victoria» acompañado por Elías Lafferte, Raúl Ampuero y el dirigente juvenil Manuel Gómez para recorrer las dos provincias del Norte Grande: la oficina salitrera María Elena, Calama, la gigantesca mina de Chuquicamata, la plaza Colón de Antofagasta y el puerto de Iquique.<sup>321</sup>

El domingo 31 de agosto Salvador Allende y el FRAP clausuraron su campaña con un gran acto de masas en el centro de Santiago, de nuevo en la plaza Bulnes, en la que desde cuatro puntos distintos de la ciudad confluyeron las columnas formadas por miles de personas denominadas «Independencia Nacional», que partió de la plaza Baquedano, «Democracia», desde la plaza Artesanos, «Bienestar Social», de la plaza Argentina, y «Desarrollo Económico y Reforma Agraria», desde la plaza Ercilla. A pesar del frío de aquella mañana invernal, decenas de miles de personas marcharon con las banderas de los partidos Comunista y Socialista, con estandartes, lienzos, con la gigantesca U de la Brigada Universitaria Socialista, acompañados por bandas de música y artistas populares como Violeta Parra, el Conjunto Cuncumén, Margot Loyola y Lautaro Manquilef y su conjunto araucano. Una marea humana inundó la Alameda desde el Oriente y desde el Poniente. Solo la columna «Desarrollo Económico y Reforma Agraria» ocupó sesenta cuadras desde la plaza Ercilla, con unas cuarenta mil personas que cantaban *La Marsellesa*, *Hijos del pueblo*, *La joven guardia* o *La Internacional*, o coreaban las consignas centrales de la campaña: «¡Allende... Allende... Allende... solo Allende!», «¡Ahora... ahora... ahora le toca al pueblo!».

Minutos después del mediodía, cuando Allende apareció en el escenario, centenares de palomas fueron lanzadas al vuelo y miles de globos se elevaron

sobre el cielo de Santiago. Acompañado por los principales dirigentes de los partidos del FRAP, escuchó al senador y jefe del Comando Nacional Electoral de la Campaña, Humberto Martones, explicar la nueva forma de votación tras la introducción de la cédula única electoral. Como en 1952, Pablo Neruda entregó su voz al movimiento popular y aquella mañana proclamó: «Aquí, en estas plazas, se desbordó el río de la patria con sus grandes corrientes históricas, con su lucha indomable. Chilenos, saludemos a los que forjaron esta nueva victoria».

El discurso de Allende duró alrededor de una hora y se centró en explicar el programa. Insistió en que su candidatura no tenía un carácter mesiánico ni providencial, sino que era la expresión de la voluntad de imprimir un cambio al rumbo del país. Se dirigió especialmente a las bases del Partido Radical para que no votaran por Bossay y lo hicieran por él si deseaban «continuar la senda de Pedro Aguirre Cerda». También trazó la línea esencial de su política internacional... que desarrollaría a partir del 3 de noviembre de 1970: «Orientaremos nuestra posición en los organismos internacionales hacia la preservación de la paz, el respeto a la integridad territorial y del derecho de autodeterminación de todos los pueblos... (...) Seremos altivos e inflexibles en la defensa de Chile, de su territorio, de sus riquezas y de su independencia».<sup>322</sup>

Todavía la noche del martes 2 de septiembre pronunció un último y extenso discurso a través de varias emisoras de radio, en el que también saludó a los compatriotas que habían decidido votar por otro candidato: «... pueden estar seguros de que el Gobierno Popular no estará inspirado por ningún ánimo revanchista o resentimiento bastardo». «A todos mis partidarios, al trabajador del campo, de la mina y la fábrica, al empleado, al maestro, al profesional, al técnico y al artista, a la mujer, la madre y la muchacha; al industrial, el agricultor y el comerciante; al estudiante y la juventud, en fin, a todo ese ser anónimo y multitudinario que constituye nuestro pueblo, a todos los hombres que han depositado en mí su confianza, a todos cuantos entregaron generosamente tantas energías, tantos esfuerzos y sacrificios, a los que recortaron pesos de sus salarios, a los que estrecharon mis manos y me fortalecieron con su adhesión, a los que abnegadamente formaron este gran ejército de voluntad, decisión y esperanza, a todos ellos llegue mi emocionada gratitud. Con su ejemplo me han enseñado a ser más fuerte, más firme y más fervoroso. Soy y tengo un poco de cada uno de ustedes. Lo que me han dado es lo mejor que hay en mí. A todos, simple y emocionadamente: gracias».<sup>323</sup>

## POR TREINTA MIL VOTOS

El 4 de septiembre Salvador Allende, uno de los 1.497.902 ciudadanos inscritos en los registros electorales, emitió su sufragio en el Liceo José Victorino Lastarria de Providencia. Al mediodía compartió almuerzo en su domicilio de la calle Guardia Vieja con Salomón Corbalán, Luis Corvalán y otros dirigentes y después se dirigió a la Casa del Pueblo, situada en aquella ocasión en la calle Compañía. Por la tarde, los primeros datos anunciaban una apretada lucha suya con Alessandri e incluso llegó a encabezar el escrutinio... cuando se produjo un fuerte temblor cerca de Santiago que ocasionó problemas en el recuento en unas mesas en las que la izquierda tenía pocos apoderados y la derecha controlaba.

Cuando la alegría por la primera mayoría provisional inundaba el comando, las noticias sobre el sentido de la votación en las mesas femeninas arrojaron un balde de agua gélida. «Todo el mundo se abrazaba y felicitaba», escribió Ozren Agnic, entonces secretario de Allende en el Senado. «En calle Compañía la multitud que repletaba la vía bailaba y cantaba con alborozo. El segundo cómputo oficial fue similar e incrementaba la ventaja de Allende sobre Alessandri. La muchedumbre en la calle Compañía aumentaba minuto a minuto». Pero la llegada del senador Humberto Martones y las noticias que portaba cambió el semblante de todos: «Salvador, estamos jodidos; gana Alessandri en casi todas las mesas de mujeres y, aunque estamos ganando en las de hombres, la diferencia no se puede compensar».<sup>324</sup>

Cerca de la medianoche, Allende, quien estaba persuadido de que le habían robado la victoria,<sup>325</sup> habló en la plaza Bulnes para solicitar a sus partidarios que se retiraran con tranquilidad: «Pueblo de Santiago, vuestro deber es permanecer alerta y movilizado, así como debe hacerlo también todo el pueblo de Chile, en cada ciudad, en cada *población*, en cada sitio de trabajo, en cada casa, hasta que dispongamos de cifras oficiales sobre los resultados de la elección de hoy. Pero, pase lo que pase, recuerden que su deber esencial de militantes de esta gran causa es mantener a toda costa la unidad del movimiento popular. Solo así nuestra lucha podrá seguir hacia delante, hacia la meta histórica que nos hemos trazado. Ya lo dije en 1952: no somos un movimiento meramente electoral, oportunista o aventurero. Somos una conciencia en marcha para cambiar hoy o mañana, pero un día cada vez más próximo, la estructura económica, social, política y espiritual de Chile para bien de todos sus hijos».<sup>326</sup>

Solo a las tres de la madrugada se anunciaron los resultados completos y oficiales. Finalmente, el derechista Jorge Alessandri se impuso con 389.909 votos (31,18%) y fue el más votado en 17 de las 25 provincias. Allende se quedó a 33.417 sufragios de la victoria al lograr 356.493 (28,51%) y Eduardo Frei obtuvo 255.769 (20,46%). En último lugar, muy lejos del radical Luis Bossay (192.077 votos, 15,36%), penó el sacerdote Antonio Zamorano, quien con un discurso izquierdista logró 41.304 adhesiones (3,30%) y cumplió el objetivo de quienes alimentaron su candidatura: impedir la victoria del FRAP. Allende no solo venció en las provincias del Norte Grande (Tarapacá y Antofagasta) y el Norte Chico (Atacama y Coquimbo) y en Arauco, Concepción, Aysén y Magallanes, sino que logró penetrar con éxito en el electorado de las zonas rurales (en Ñuble, Talca o Curicó obtuvo casi los mismos votos que Alessandri). Además, fue el candidato más votado por la población masculina, aunque entre las mujeres quedó detrás de Alessandri y también de Frei.<sup>327</sup>

Luis Hernández Parker (compañero suyo en el Grupo Avance en 1931), en un brillante análisis del resultado, escribió: «Allende fue y seguirá siendo el asombro. Quedó a 32 mil votos del vencedor y sus amigos nunca terminarán de maldecir la hora en que se les ocurrió cobijar en el FRAP la candidatura a diputado de Catapilco. Los 42 mil votos catapilcanos le habrían bastado y sobrado al FRAP para dar el batacazo del siglo». Este periodista destacó el enorme crecimiento de la votación izquierdista en lugares históricamente afines a la derecha, como La Serena, Salamanca, Machalí, Doñihue, Graneros, San Fernando o Molina. «El programa y la propaganda de Allende fueron semillas que penetraron hondamente en la tierra y fructificaron en votos. Mucho más que las marchas y los discursos causaron impacto el “Tren de la Victoria” que recorrió el sur y el “Avión de la Victoria” que sobrevoló el norte».<sup>328</sup> Por su parte, la crónica del diario español *Abc* concluía así: «La elevada votación obtenida por el socialista doctor Allende significa, sin duda, una advertencia».<sup>329</sup>

Como ningún candidato había alcanzado la mayoría absoluta, correspondía entonces, en el plazo constitucionalmente marcado de cincuenta días, a los diputados y senadores reunidos en Congreso Pleno elegir como Presidente a uno de los dos más votados, aunque la tradición señalaba como segura la investidura de Alessandri. El 8 de septiembre, en un discurso transmitido por radio, el líder de la izquierda demostró sus hondas convicciones democráticas al aceptar una derrota que sin embargo creía injusta: «Para nosotros habría resultado fácil promover a lo largo del país un gran movimiento de masas que desde las calles y

a través de las formas de la violencia exigiera nuestra proclamación por parte del Congreso Pleno. Al contrario, la misma noche del 4 de septiembre exigimos al pueblo su tranquilo retiro a los hogares, sin patrocinar ningún acto de esta naturaleza. Si deseáramos presionar, tendríamos otras herramientas, paralizaríamos los centros vitales del país, el cobre, el salitre, el carbón, donde nuestro poderío es incontestable. Desmentimos, pues, la insidia de *El Mercurio*, vocero del *alessandrismo*, que, diariamente, tergiversa nuestra actitud y nos supone todos los sucios móviles que a él lo animan. No habrá nada ni nadie, óiganlo bien, que pueda inducirnos a buscar el camino aventurero del golpe o la asonada».

Y recordó cómo en 1939 la derecha conspiró y alentó la sublevación del general Ariosto Herrera: «Si no se oirán nuestras voces para implorar el apoyo de un partido político, menos irán nuestras manos a golpear las puertas de los cuarteles como lo hiciera la derecha después del triunfo de don Pedro Aguirre Cerda. Y no lo haremos. Lo impide la fuerza de nuestras convicciones, la responsabilidad de dirigentes del movimiento popular. Y también el respeto que nos merecen las Fuerzas Armadas que, al igual que el Cuerpo de Carabineros, con motivo de esta elección han dado una vez más una muestra de patriótica prescindencia. Nuestra conducta de ahora y la del futuro habrá de ser la misma. Que los cauces constitucionales encaminen el proceso normalmente».<sup>330</sup>

Su liderazgo en el movimiento popular era indiscutible. Por eso, el Partido Socialista lanzó una campaña de reclutamiento de miles de nuevos militantes que bautizó como *Contingente Salvador Allende*, en homenaje a quien simbolizaba, después del 4 de septiembre, «el fortalecimiento y crecimiento del socialismo chileno».<sup>331</sup>

El 24 de octubre el Congreso Pleno eligió a Jorge Alessandri Presidente de la República, con la abstención de los parlamentarios del FRAP, que se retiraron en el momento de la votación. A pesar de la derrota, el camino elegido en 1951 se demostró correcto. En ningún otro país de América Latina las fuerzas de izquierda tenían como en Chile la posibilidad de conquistar el Gobierno. El revés de 1958, más amargo porque tenían la convicción de que solo las maniobras oscuras de la derecha les habían arrebatado la victoria, no llevó ni a Allende ni a la izquierda a moderar sus posiciones, a renunciar a las grandes transformaciones que consideraban necesarias para poner fin a las injusticias que golpeaban a la mayor parte de la sociedad.

Así, el 10 de diciembre de aquel año, en el Senado, defendió una vez más la

necesidad de una reforma agraria al presentar una iniciativa para lograr una mejora sustancial en las remuneraciones de los campesinos: «Fui candidato de los partidos populares y en las provincias agrícolas del país obtuve una votación sin precedentes. (...) Tuve especial interés en ser yo, el candidato de los partidos populares, quien planteara al país la reforma agraria. Dicha reforma, señor Presidente y señores senadores, es un hecho social y económico imposible de detener en el país. Pero la planteé siempre con la responsabilidad del hombre que ha estudiado, junto con sus compañeros, esta materia; convencido de que la economía de Chile reclama una reforma agraria; con plena conciencia de que la realidad social chilena la exige. Y por eso he repetido, hasta la saciedad, que estamos gastando cien millones de dólares al año para traer alimentos que podríamos producir. Señalé la necesidad de esa reforma porque conozco, como médico, los déficits de alimentación».<sup>332</sup>

#### ECOS DE LA SIERRA MAESTRA

Durante décadas, Salvador Allende y Fidel Castro fueron presentados de manera muy esquemática como los símbolos de las dos vías para construir el socialismo en América Latina, dos paradigmas descritos como una encrucijada de caminos que exigía necesariamente una elección irreversible. Sin embargo, ni Castro ni Allende fueron tan categóricos. El comandante cubano acogió al senador socialista como a un compañero y aceptó la posibilidad de la «vía chilena al socialismo»... en el país austral. El líder de la izquierda chilena se convirtió desde 1959 en un paladín del derecho del pueblo cubano a rebelarse con las armas contra la dictadura de Batista, a construir su proceso histórico de transformaciones y a defenderse de la agresión estadounidense... sin que ello alterara jamás su convicción respecto a la estrategia del movimiento popular en su país.

El triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959 cambió la historia de América Latina, su mundo político e ideológico. La gesta de los guerrilleros de la Sierra Maestra, el carisma de Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara, la estrepitosa derrota del imperialismo norteamericano en Playa Girón, la declaración temprana del carácter socialista del proceso revolucionario convirtieron a esta isla del Caribe en el ejemplo luminoso para gran parte de la izquierda latinoamericana. Pero la existencia de un país socialista a cien millas

de las costas de Florida también endureció la intervención en el continente de Washington, que desplegó todos sus recursos en el marco de la *guerra fría*, desde la lucha contrainsurgente a la elaboración de la Doctrina de Seguridad Nacional, desde el patrocinio de golpes de Estado de nuevo tipo (Brasil, 1964) a invasiones militares (República Dominicana, 1965) y el financiamiento millonario de las fuerzas antimarxistas y de vastas operaciones de guerra psicológica, como fue el caso de Chile a partir, sobre todo, de 1964.

El 7 de diciembre de 1958 Rómulo Betancourt venció en las primeras elecciones democráticas en Venezuela tras la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. A la ceremonia de toma de posesión, prevista para el 13 de febrero, invitó a dos buenos amigos chilenos, Eduardo Frei y Salvador Allende, quienes viajaron juntos con sus esposas y compartieron unos días en Caracas, en los que no faltaron ciertas anécdotas y situaciones hasta cómicas relatadas por Ozren Agnic y Carlos Jorquera.<sup>333</sup> De Caracas, Allende y Hortensia Bussi se dirigieron a La Habana y las vivencias de aquel primer viaje se las narró en 1971 a Régis Debray. Fue en la fortaleza de La Cabaña, que se eleva imponente sobre la bahía, donde conoció personalmente a Ernesto Guevara, médico como él: «Ahí llegué yo y ahí estaba el Che. Estaba tendido en un catre de campaña, en una pieza enorme (...). Solamente con los pantalones y con el dorso descubierto, y en ese momento tenía un fuerte ataque de asma. Estaba con el inhalador y yo esperé que se le pasara, me senté en la cama, en la otra, entonces le dije: “Comandante”. Pero me dijo: “Mire, Allende, yo sé perfectamente bien quién es usted. Yo le oí en la campaña presidencial del 52 dos discursos: uno muy bueno y uno muy malo. Así es que conversemos con confianza, porque yo tengo una opinión clara de quién es usted”. Después me di cuenta de la calidad intelectual, el sentido humano, la visión continental que tenía el Che y la concepción realista de la lucha de los pueblos, y él me conectó con Raúl Castro y después, inmediatamente, fui a ver a Fidel».

Fidel Castro y Salvador Allende se conocieron en Cuba en febrero de 1959 y desde entonces mantuvieron una relación política y personal muy cercana. «Recuerdo como si fuera hoy día: estaba en un Consejo de Gabinete. Me hizo entrar y yo presencié parte de la reunión. Hubo una cena y después salimos a conversar con Fidel a un salón. Había guajiros jugando al ajedrez y a las cartas, tendidos en el suelo, con metralletas y de todo. Ahí, en un pequeño rincón libre, nos quedamos largo rato. Ahí me di cuenta de lo que era, ahí tuve la concepción de lo que era Fidel».

La Revolución Cubana le enseñó que «un pueblo unido, un pueblo consciente de su tarea histórica, es un pueblo invencible». De Cuba se llevaría en 1960 un verdadero tesoro que mostraría siempre con orgullo a quienes le visitaban en Guardia Vieja o mencionaría para defender su condición de revolucionario ante quienes le arrojaban el estigma de «reformista»: una de las primeras unidades de *La guerra de guerrillas* dedicada por Guevara. «Este ejemplar estaba encima del escritorio del Che, debe haber sido el segundo o tercer ejemplar, porque —me imaginó— el primero se lo dio a Fidel. Y aquí tienes una dedicatoria que dice: “A Salvador Allende que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, Che”». <sup>334</sup>

En mayo de 1960, participó en Maracay (Venezuela) en el II Congreso Interamericano Pro-Democracia y Libertad junto con otros 250 delegados de las 21 repúblicas americanas. La revista venezolana *Momento* le escogió junto con otros siete «líderes continentales» para someterle a un cuestionario de cinco preguntas. Interrogado sobre si América Latina vivía un «trance revolucionario» y en qué medida estaba influido por la Revolución Cubana, respondió de manera afirmativa: «Lo demuestra el hecho de que hayan sido derrocados los dictadores de Perú, Colombia, Venezuela y Cuba. Además, porque existe conciencia en la mayoría de nuestros pueblos de que solo sobre un cambio profundo en las estructuras institucionales será posible el desarrollo económico, la elevación del nivel de vida de las masas y el camino para la industrialización nacional».

En Maracay, subrayó la influencia de Cuba en aquellos momentos pero precisó que intentar «calcar» su proceso revolucionario en una realidad diferente constituía un error tremendo: «... Cuba ha demostrado lo que es la Revolución Nacional, que tiene que ser, a mi juicio, antiimperialista y antifeudal. Las revoluciones tendrán características propias en cada país, ya que en los pueblos de América Latina existen distintas etapas de desarrollo. Pero, siendo nacionales, estas revoluciones tienen que proyectarse en el ámbito continental. Deben ser revoluciones humanas, en el sentido del respeto a la dignidad individual y colectiva, y democráticas, o sea, que expresen el sentimiento mayoritario. Aquellos que pretenden calcar la Revolución Cubana, en sus procedimientos o métodos, cometen un error tremendo y aquellos que pretendan ignorar su realidad y su proyección en el futuro son unos cretinos». <sup>335</sup>

Con Guevara se reencontró en abril de 1961 en Montevideo durante las jornadas antiimperialistas organizadas en la Universidad como respuesta a la primera Conferencia de la Alianza para el Progreso que se celebraba en el

balneario de Punta del Este, una iniciativa lanzada por Kennedy durante un discurso ante los embajadores latinoamericanos en la Casa Blanca el 13 de marzo. «Esa noche el Che me invitó al hotel en que estaba hospedado para conversar durante la comida. En esa ocasión me presentó a su madre, la quería mucho. En medio de la conversación me contó un secreto del momento: al día siguiente viajaría a Buenos Aires, en forma reservada, invitado por el Presidente argentino de la época, el civil Arturo Frondizzi. El viaje se realizó y la consecuencia del encuentro privado pero evidentemente político fue el derrocamiento de Frondizzi. Poco después el Presidente de Brasil, Janios Quadros, sería derribado por condecorar al Che...».

Salvador Allende tenía presente la posibilidad de que Washington agrediera al gobierno revolucionario de La Habana, como le había sucedido en 1954 al Presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. Precisamente, el 4 de diciembre de 1956 defendió desde la tribuna del Senado las reformas democráticas de Arbenz, a quien los senadores derechistas calificaban recurrentemente de «comunista»: «¡Decir que Guatemala tuvo un gobierno comunista! ¿Por qué? ¿Se nacionalizaron las industrias? ¿Se expropió la tierra en su integridad? ¿Se terminó con la propiedad privada? No, señor presidente. Entonces ¿qué razones se tienen? ¿Acaso no existía un Parlamento elegido por el pueblo y un Poder Judicial autónomo? (...) El señor senador liberal don Eduardo Moore se conduce porque los gobernantes norteamericanos sean tan tolerantes y respetuosos de la autodeterminación de los pueblos y, por ello, nada hagan contra las ignominiosas dictaduras de América. No, señor presidente: ¡les conviene no hacer nada! (...) No solo las instalan: las protegen, las mantienen, las apoyan, porque les sirven. Bastaría un soplido de Estados Unidos para que las dictaduras del Caribe desaparecieran».<sup>336</sup>

Con este precedente, el 27 de julio de 1960 subió a la tribuna del Senado para apoyar la Revolución Cubana. En primer lugar, recordó a quienes irrumpieron en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953: «Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al Cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo, siente, comparte y vive los ideales de la Revolución Cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie porque, en la conciencia del pueblo chileno, existe la inmensa y profunda convicción de que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa y que la cubana marca con

caracteres imborrables un proceso de superación, al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, en su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres».

Manifestó su convicción de que, con estrategias y tácticas distintas en cada país, «la revolución latinoamericana» tendría tres desafíos esenciales: la ruptura de la dependencia económica de estas naciones, una «batalla frontal contra el imperialismo» y la reforma agraria «para hacer posible el desarrollo económico y el cambio político capaces de crear un porvenir de dignidad y grandeza para el pueblo latinoamericano». En su discurso también denunció la política de Washington: «Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana. Hoy es Cuba. Ayer y hoy el Departamento de Estado norteamericano defiende, impudicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política. Ayer y hoy muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del norte. Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atentar en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba».

De manera minuciosa y documentada, recorrió la historia de la isla desde la invasión de la Corona española en las postrimerías del siglo xv hasta las luchas por la abolición de la esclavitud y la independencia en el siglo xix, desde la Guerra de los Diez Años (1868-1878) a José Martí y su Partido Revolucionario Cubano, la Enmienda Platt y las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. En la parte final hizo una fundamentada y apasionada defensa de los logros alcanzados en su primer año y medio, para finalizar con estas palabras: «Desde aquí, como un homenaje a la Revolución Cubana, a su Gobierno y a su pueblo, solo puedo decir que la agresión contra Cuba es una agresión a la tierra, a la sangre y a la historia de Latinoamérica».<sup>337</sup>

A principios de febrero de 1962 volvió a viajar a la isla, por quinta vez en tres años, para participar en la Primera Conferencia de los Pueblos como miembro del Comité de Defensa y Solidaridad con la Revolución Cubana. En el marco de aquel encuentro, que aprobó la Segunda Declaración de La Habana como reacción a la expulsión de Cuba de la OEA, Fidel Castro hizo un apasionado discurso en el que reivindicó que su pueblo había mostrado a América Latina que era posible hacer la revolución y llamó a superar el

sectarismo y el divisionismo en la izquierda. El 18 de febrero Allende relató este viaje en un multitudinario acto en el Teatro Caupolicán y convocó a la solidaridad con Cuba, pero, como siempre, con la «vía chilena» en la cabeza: «Yo recordaba que en otro viaje que hice a Cuba dije que Chile tiene su Sierra Maestra en la unidad popular (...) la unidad popular hará posible la revolución en Chile y la unidad de Latinoamérica permitirá la liberación de todos los países». <sup>338</sup>

### *LOS HIJOS DEL CARBÓN*

A comienzos de 1960, los mineros del carbón de Lota iniciaron una huelga en demanda de una mejora notable de sus condiciones salariales y laborales. <sup>339</sup> El Gobierno de Alessandri y los empresarios apostaron por llegar al agotamiento del conflicto sin hacer concesiones, puesto que los *stocks* permitían el funcionamiento de la empresa con el trabajo paralizado durante varios meses. <sup>340</sup> Desde el inicio de su lucha los mineros recibieron una gran solidaridad: de todas las provincias llegaron caravanas de camiones con alimentos y centenares de niños fueron evacuados para aliviar la situación de las familias de uno de los bastiones del proletariado nacional. <sup>341</sup>

«Allende viajó a la zona del carbón y organizó como primera medida las “ollas comunes”. Y después planteó junto con el FRAP algo que en ese momento pareció casi utópico: la traída a Santiago, Concepción, Temuco, Osorno, pero sobre todo a Santiago y Concepción, de niños, hijos de obreros del carbón en huelga, a las casas de los compañeros de esas ciudades. Se contrataron microbuses para esta acción. En total alojamos a 2.000 niños en diferentes casas. A Santiago los niños llegaron al local del Partido Comunista en cuatro o cinco buses. Ahí esperamos una cantidad grande de compañeros que nos habíamos inscrito en las listas para recibir transitoriamente a los niños», escribió Osvaldo Puccio.

La principal movilización de aquella huelga de casi cien días fue la legendaria marcha a pie hasta Concepción, encabezada por los dirigentes sindicales locales (Galvarino Melo, Isidoro Carrillo), acompañados por Salvador Allende, Luis Corvalán y otros diputados comunistas, socialistas, radicales e incluso demócratacristianos. «Caminaron a pie, desde Lota a Concepción, 40 kilómetros. Y Allende, junto con los mineros. Fue una demostración de

disciplina revolucionaria. No sabría decir exactamente cuántos eran, pero la marcha era larga, por lo menos de un kilómetro. Venían mineros, mujeres, niños. La mayoría de los mineros venía con su traje de trabajo. (...) Frente a Concepción el río Bío-Bío es muy ancho. Entonces estaba solo el viejo puente carretero, bastante angosto. Cuando lo atravesaron, se veía como una enorme *serpiente*. Cuando entramos, se hizo una concentración. Los hombres venían con sus cascos. Al atardecer, los compañeros prendieron los focos». <sup>342</sup> La población de Concepción recibió a las más de veinte mil personas que marchaban con los comercios cerrados y entre aplausos. <sup>343</sup> Después de 96 días, la huelga concluyó con un éxito relativo: un aumento salarial, bonificaciones por trabajo insalubre y algunos beneficios menores.

El fin del paro estuvo acompañado el 22 de mayo por un violento terremoto que devastó precisamente el sur, desde Concepción a Valdivia. Después de visitar la inmensa zona afectada por el seísmo más grave jamás registrado (9,5 grados en la escala de Richter), Salvador Allende intervino en el Senado en su condición de presidente del FRAP para defender la aprobación de una ley que permitió a los damnificados recibir préstamos a largo plazo para reconstruir sus casas, la concesión de ayudas para que las industrias mantuvieran los puestos de trabajo y la aprobación de obras estatales para crear empleos. «No se trata solo de reconstruir, sino de aprovechar esta dolorosa coyuntura para comprometer al país en una gran empresa colectiva de desarrollo económico y de progreso cultural», afirmó entonces. <sup>344</sup>

297. Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 322.
298. Puccio, p. 44.
299. *El Siglo*, 12 de septiembre de 1957, p. 5.
300. *El Siglo*, 16 de septiembre de 1957, p. 2.
301. *El Siglo*, 16 de septiembre de 1957, p. 5.
302. Nolff, pp. 59-62.
303. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 11.
304. Puccio, p. 54.
305. Puccio, pp. 59-63.
306. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 11.
307. *El Siglo*, 18 de agosto de 1958, p. 2.
308. Véase al respecto, reproducida en el Apéndice V, la carta que en julio de 1952 Salvador Allende dirigió a Jorge Alessandri, entonces director gerente de la Compañía Papelera.
309. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, pp. 11-12.
310. Gutiérrez Revuelta y Gutiérrez, pp. 283-288.
311. *El Siglo*, 11 de agosto de 1958, pp. 8-9.
312. Valdés, Gabriel: *Sueños y memorias*. Taurus. Santiago de Chile, 2009, p. 245.
313. *Análisis*, número especial con motivo del décimo aniversario del golpe de Estado. Septiembre de 1983. Consultado en: <http://www.salvador-allende.cl/familiaSAG/Tencha3.pdf>
314. *Zig Zag*, 27 de febrero de 1959, p. 20.
315. Puccio, pp. 71-72.
316. Entrevista a Victoria Morales. Conversación telefónica mantenida el 13 de julio de 2002.
317. Entrevista a Carolina Tohá. Conversación telefónica mantenida el 15 de mayo de 2002.
318. Toro, Carlos: *La Guardia muere, pero no se rinde... mierda*. Partido Comunista de Chile. Santiago de Chile, 2007, pp. 157-158.
319. *El Siglo*, 21 de agosto de 1958, p. 1.
320. *El Siglo*, 27 de agosto de 1958, p. 16.
321. *El Siglo*, 26 de agosto de 1958, p. 6.
322. *El Siglo*, 1 de septiembre de 1958, pp. 4-9.
323. *El Siglo*, 3 de septiembre de 1958, pp. 8-9.
324. Agnic, Ozren: *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2008, pp. 58-59.
325. En julio de 1964, ante las cámaras del Canal 9, recordó que en la elección presidencial anterior más de sesenta mil votos habían sido declarados nulos... en mesas donde el FRAP carecía de apoderados o en el mundo rural, donde evidentemente no era fácil enfrentarse en una discusión en la mesa electoral al patrón del fundo o a su representante, que pugnaban por la victoria de Alessandri. *Arauco*, n.º 55. Agosto de 1964, p. 88.
326. *El Siglo*, 17 de septiembre de 1970. Segundo cuerpo, p. 2.
327. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile. Véanse las estadísticas completas por provincias de esta elección en el Apéndice IV.
328. *Ercilla*, 10 de septiembre de 1958, p. 10. Aquel artículo concluía con una deliciosa reflexión: «El Instituto de Altos Estudios Psiquiátricos resolvió enviar una comisión confidencial a Talca para realizar una encuesta colectiva. Desea conocer las causas de por qué allí, en la ciudad más importante del mundo (después de París y Londres), Catapilco obtuvo la segunda mayoría».
329. *Abc*. Madrid, 7 de septiembre de 1958, p. 59.
330. Quezada Lagos, Fernando: *La elección presidencial de 1970*. Santiago de Chile, 1985, pp. 97-98.
331. *Boletín del Comité Central del PS*, n.º 8. Julio-septiembre de 1958, p. 1.
332. *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5, pp. 47-48.
333. Agnic, pp. 69-70. El texto del *negro* Jorquera (un relato de poco más de dos páginas escrito en 1998) se conserva en la Fundación Salvador Allende. Habla de una larga madrugada en la pensión de una

española llamada Doña Herminia, en Caracas, en la que Allende y Hortensi Bussi compartieron unos tragos con un buen grupo de «chilenos allendistas» y brindaron por «el futuro Presidente de Chile». «En la mitad del primer brindis, Salvador no pudo contener su emoción y entonces nos dijo un breve discurso en el que nos reiteró el diseño de la sociedad que soñábamos construir...».

334. Debray, pp. 69-72. Este ejemplar se conserva en la Fundación Salvador Allende y el 9 de mayo de 2013 pudo conocerlo Aleida Guevara, hija del legendario guerrillero, durante su visita a la Fundación, donde fue recibida por Marcia Tambutti, nieta del Presidente, y su director ejecutivo, Boris Martínez.

335. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1. UNAM. Santiago de Chile, 1990, p. 15.

336. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, pp. 127-128.

337. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, pp. 59-83.

338. *Arauco*, n.º 25. Febrero de 1962, pp. 37-38.

339. Entre las principales peticiones estaba que se considerara parte de la jornada laboral el tiempo que tardaban en recorrer la distancia entre la boca de la mina y el lugar de trabajo, situado varios kilómetros más allá. Los mineros, cuya esperanza de vida era inferior a 50 años, debían descender hasta unos 500 o 600 metros de profundidad para caminar desde ahí, a veces incluso siete kilómetros y muchas veces arrastrándose, por galerías que se adentraban bajo el mar hasta llegar a los piques y era en ese momento cuando empezaba a contar su tiempo de trabajo. Pasaban entre once y doce horas en la mina, no era extraño que tuvieran que trabajar tendidos y después tenían que caminar una o dos horas hasta sus casas.

340. Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 338.

341. En las elecciones presidenciales de 1958 Allende había obtenido en la provincia de Arauco casi tantos votos como sus cuatro rivales juntos, 6.258, por 1.932 de Alessandri, 3.125 de Bossay, 1.616 de Frei y 61 de Zamorano.

342. Puccio, pp. 99-101.

343. Figueroa Ortiz, Enrique y Sandoval Ambiado, Carlos: *Carbón: cien años de historia (1848-1960)*. CEDAL. Santiago de Chile, 1987, pp. 298-303.

344. *Arauco*, n.º 9. Julio de 1960, pp. 17-19.

## La victoria del miedo

En la década de los sesenta dos proyectos políticos pugnaron por conquistar la mayoría social: el reformismo demócratacristiano y la propuesta transformadora de la izquierda. Liquidado el viejo sistema de partidos tras la victoria de Ibáñez en 1952, la derecha republicana aún pudo emitir su último resoplido en 1958, con la victoria de Jorge Alessandri, cuyo sexenio fue un interregno entre el «viejo Chile» y el ciclo reformista-revolucionario de 1964-1973. En 1964, con el apoyo político de los sectores conservadores y favorecido por una intervención a gran escala de Estados Unidos, que presentó la «Revolución en Libertad» como el emblema de la Alianza para el Progreso, Eduardo Frei derrotó a Salvador Allende.

### SENADOR POR VALPARAÍSO Y ACONCAGUA

En 1960, Salvador Allende tuvo que decidir por qué circunscripción intentaría revalidar su presencia en el Senado. En 1953, Raúl Ampuero (respaldado por el ibañismo) y él (por el Frente del Pueblo) habían sido elegidos por Antofagasta y Tarapacá, pero en 1961 era seguro que los comunistas obtendrían un senador en unas provincias donde tenían sus raíces históricas, por lo que el FRAP solo podría conquistar otro más. A lo largo de aquel año se reunió con los dos principales dirigentes orgánicos de su partido, Salomón Corbalán y el propio Ampuero, y les sorprendió al solicitar ser candidato por Valparaíso y Aconcagua. «Si yo voy por la primera circunscripción, se pierde Raúl Ampuero. Si yo voy por la quinta, te vas a perder tú. Por la séptima no puedo ir porque tenemos un compromiso con el FRAP en el sentido de apoyar a Rafael Tarud. Si yo voy por la novena se va a perder Aniceto Rodríguez, que es un muy buen senador socialista. Vale decir, queda solamente la tercera

circunscripción: Valparaíso. ¡Y esto no lo pido, sino que lo exijo! ¡Creo tener pleno derecho para hacerlo!».<sup>345</sup>

Era consciente de la dificultad que entrañaba esta decisión, ya que el Partido Comunista postulaba al doctor Jaime Barros, muy apreciado por las clases populares del puerto por su labor altruista, pero también sabía que, si demostraba una vez más el gran apoyo que concitaba, nadie en la izquierda discutiría su candidatura para las elecciones presidenciales de 1964. Durante semanas recorrió de nuevo, como en los años treinta, como en 1952 y 1958, los cerros de Valparaíso, Viña del Mar y las ciudades y pueblos del valle del río Aconcagua con su reconocible discurso político. La noche del domingo 5 de marzo de 1961 los resultados sorprendieron a todo el país, ya que efectivamente el FRAP fue la única fuerza que logró dos senadores por estas dos provincias: Allende (24.325 votos) y Barros (21.570). También fueron elegidos el demócratacristiano Radomiro Tomic (29.362), Luis Bossay (30.076) y el liberal Pedro Ibáñez (26.858).<sup>346</sup>

La alianza entre socialistas y comunistas no excluyó ni las discrepancias, ni los roces, ni las disputas ideológicas entre dos fuerzas que «competían» por la misma base social y tenían una identidad política diferente. En los años sesenta la polémica de mayor repercusión tuvo lugar en 1962 a través de un intercambio epistolar entre sus secretarios generales, Raúl Ampuero y Luis Corvalán, que debatieron abiertamente acerca del papel de la Unión Soviética y del «campo socialista» en el mundo, sobre la posibilidad de la «vía pacífica» (defendida abiertamente por el PC) y el carácter del marxismo en la teoría revolucionaria.

Salvador Allende tenía su propia opinión sobre estos puntos, que coincidía con la del PS en el primer asunto y con la del PC en el segundo, pero siempre consideró secundarios este tipo de debates en favor del desafío *práctico* esencial: mantener la unidad de acción entre socialistas y comunistas en torno a un programa y atraer a este entendimiento al conjunto de fuerzas de la izquierda y del mundo progresista. Así, lo explicó en 1964, cuando volvía a ser el candidato presidencial del FRAP, durante un debate en el Canal 9. Tras reconocer las discrepancias, principalmente de orden internacional, subrayó lo esencial: «El proceso social ha ido limando las viejas y duras querellas que hubo entre ambos partidos y que han sido hechos públicos. Hoy podemos decir que, sin perder la personalidad que caracteriza a ambas agrupaciones, hemos coincidido en puntos esenciales al servicio de Chile y la mayoría nacional. Sin embargo, todo Chile sabe que el Partido Socialista planteaba como táctica y estrategia el Frente de

Trabajadores, mientras que el Partido Comunista planteaba el Frente de Liberación Nacional. De todas maneras, estos pensamientos, esta actitud, esta concepción, esta interpretación de la necesidad de una táctica distinta pertenece de hecho al pasado en función de que ambos partidos han coincidido en aceptar el programa del Frente de Acción Popular...».<sup>347</sup>

#### LA TERCERA CANDIDATURA PRESIDENCIAL

El notable resultado logrado en 1958 y la reelección como senador en 1961 situaron de nuevo a Allende como previsible candidato de la izquierda en la elección presidencial de septiembre de 1964. Ya en diciembre de 1961, en su XIX Congreso celebrado en Los Andes, el PS aprobó proponer su nombre al FRAP y como abanderado socialista intervino a principios de 1962 en un acto partidario en el Teatro Caupolicán. Allí advirtió a las bases socialistas de que la pelea de 1964 sería aún más difícil: «Las castas feudales se defienden y el imperialismo construye nuevas trincheras. Cuatro o cinco días antes del desembarco en Playa Girón, levantaron la “Alianza para el Progreso” como panacea para impulsar el desarrollo de América Latina. Los enemigos han llegado a hablar de “revolución”, de cambios estructurales».<sup>348</sup>

Como líder del movimiento popular habló a fines de noviembre de 1962 cuando el Gobierno de Alessandri cometió la matanza de la *población* José María Caro, en la localidad santiaguina de La Cisterna, durante el transcurso de un paro nacional convocado por la CUT. Una impresionante manifestación acompañó los féretros de las seis personas muertas y en su discurso en el mismo cementerio expresó los sentimientos de pesar: «El pueblo se reúne a expresar su dolor y congoja. Vivimos en una convivencia social que no es tal. También vivimos en una aparente democracia. El pueblo pide satisfacción a sus necesidades y el Gobierno le da represión y persecución. La CUT interpretó la inmensa amargura y desesperanza de los trabajadores y convocó al paro. Medida extrema, pero necesaria. El pueblo reclama su derecho a la vida, a tener alimentos, escuelas y trabajo».<sup>349</sup>

El 22 de noviembre de 1962, cuando faltaban aún casi dos años para los comicios, el Comité Central del Partido Socialista le proclamó, por unanimidad, como su candidato a la Presidencia de la República,<sup>350</sup> decisión que asumió muy pronto el Partido Comunista. Y a finales de enero de 1963 el Salón de Honor del

Congreso Nacional acogió la Asamblea Presidencial del Pueblo para cumplir con el rito casi ceremonioso de su tercera designación como representante de la izquierda. La mañana del domingo 27, 245 delegados designados por los partidos que integraban el FRAP (Comunista, Socialista, Democrático Nacional, Vanguardia Nacional del Pueblo, Radical Doctrinario y Alianza Nacional de Trabajadores), el Movimiento Independiente de Izquierda, el Instituto Popular, la Asociación de Economistas de Izquierda y dos agrupaciones que reunían a militares retirados (el Frente Cívico Militar y el Baluarte del Pueblo) votaron masivamente por Allende, quien se impuso sobre Pedro Nolasco Cárdenas, del Partido Democrático Nacional.<sup>351</sup>

El acta de proclamación de la candidatura («la partida de nacimiento de la felicidad de nuestra patria y, por tanto, de la felicidad de nuestros hijos», en las palabras de la actriz María Maluenda, miembro del Comité Central del Partido Comunista) fue suscrita por los principales dirigentes del FRAP. Recogía el compromiso de conquistar el 4 de septiembre de 1964 un gobierno «popular, nacional y revolucionario» que desarrollara la reforma agraria, nacionalizara la gran minería del cobre, del hierro y del salitre, así como la banca, asumiera una política exterior independiente, liquidara los monopolios industriales y comerciales y mejorara de manera sustancial la sanidad, la educación y las pensiones.<sup>352</sup> Y para ello elegían como «candidato presidencial del pueblo» al doctor Salvador Allende Gossens, «líder probado, dirigente político de una conducta intachable al servicio del pueblo trabajador, bandera de victoria, gran soldado de la causa popular, patriota consecuente de férrea voluntad».<sup>353</sup>

El Comando Nacional del FRAP estuvo presidido en aquella campaña por el diputado Luis Minchel, presidente del Partido Democrático Nacional, y como secretario general y jefe del Comité Nacional Ejecutivo fue designado el senador socialista Salomón Corbalán. Los comunistas Luis Corvalán y Óscar Astudillo, el socialista Raúl Ampuero, el independiente Carlos Vassallo y Guillermo del Pedregal, Mamerto Figueroa y Ricardo Dávila también formaban parte del equipo más próximo al candidato. A partir de este núcleo central se estructuró una verdadera «galaxia allendista», con numerosos frentes de masas: el Comité Independiente de Mujeres Allendistas (dirigido por su hermana Laura), el Movimiento Católico Allendista, el Frente Cívico Militar, el Comando de Independientes y el Comando de Profesionales y Técnicos. Su creación sugería la pretensión de penetrar en el electorado femenino —su punto débil—, en los sectores cristianos que empezaban a aproximarse a la izquierda con el trasfondo

del trascendental Concilio Vaticano II, en los militares retirados con convicciones avanzadas o en las clases medias. También se constituyó un Frente Creativo que trabajó la publicidad y los mensajes radiofónicos de la campaña, de hecho fue entonces cuando se creó el símbolo del FRAP y después de la Unidad Popular: la equis mayúscula con una línea horizontal en la parte inferior que formaba una letra A en alusión al candidato.

Desde muy pronto, la atención de la izquierda se concentró en la provincia de Santiago, donde vivía un tercio de los 2.895.165 ciudadanos inscritos en los registros electorales. «Esta es nuestra Sierra Maestra», advertía en tono combativo la revista socialista *Arauco*.<sup>354</sup> Y hacia este territorio lanzó su primera ofensiva el candidato tras las vacaciones estivales de 1963, a un año y medio de la votación, en la que fue la campaña más larga de su vida. Con un prólogo el 5 y 6 de marzo, cuando visitó Paine, Buin, San Bernardo, Quilicura, Lampa, Til Til y Polpaico, y el 17 (Cartagena, San Antonio y Talagante), entre el 25 de marzo y el 3 de abril recorrió 21 localidades y dos *poblaciones* del área metropolitana. Y el 4 de abril una masiva marcha popular inundó la capital de banderas del FRAP. Pero, además, el 3 de marzo visitó la provincia de Maule, entre el 7 y el 11 el Norte Grande, entre el 12 y el 14 el Norte Chico, el 16 la zona de San Felipe-Los Andes, entre el 18 y el 21 estuvo en Aconcagua y Valparaíso y, entre el 23 y 27 de marzo, llegó a Temuco, Talca y la provincia de O'Higgins. El viernes 5 de abril habló en Punta Arenas.<sup>355</sup>

En el marco de un intercambio epistolar que mantuvo a mediados de aquel año con Orlando Letelier, quien entonces trabajaba en Washington como economista del Banco Interamericano de Desarrollo, con motivo de la invitación que la revista marxista *Monthly Review* le cursara para participar en un seminario sobre América Latina,<sup>356</sup> Allende expresó su visión del desafío de 1964: abrir un nuevo camino hacia el socialismo. «Modestamente hemos echado sobre nuestros hombros una misión sencilla: derogar la historia y abrir una válvula desconocida». Al ser un documento privado, es particularmente interesante el análisis que hacía entonces del papel de la Democracia Cristiana: «... habla un lenguaje próximo al nuestro, pero nos separan hechos concretos: su carencia de definición frente al imperialismo» y la mimetización con la derecha que la podía alejar de sus fines.<sup>357</sup>

Masón, marxista y agnóstico en un país mayoritariamente católico, Salvador Allende fue educado por sus padres y formó a sus hijas en el respeto a todas las creencias. Nunca fue un anticlerical y a lo largo de su vida tuvo gestos de reconocimiento hacia distintas personalidades del catolicismo. Así, el 10 de diciembre de 1958 intervino en el Senado para lamentar el fallecimiento del primer cardenal chileno, el arzobispo de Santiago José María Caro, a quien consideró «un símbolo nacional». También la CUT y el FRAP deploraron la partida de quien, en palabras de Allende, contribuyó de manera eficaz a consolidar la convivencia desde el respeto y la tolerancia: «Todos perdemos mucho con su muerte».<sup>358</sup>

El 5 de junio de 1963 demostró de nuevo estas convicciones cuando pronunció un largo discurso en la Cámara Alta para manifestar su pesar por el fallecimiento dos días antes del Papa Juan XXIII, el inspirador del decisivo Concilio Vaticano II, que abrió paso al *aggiornamento* de la Iglesia católica y que tanta influencia tuvo en América Latina y en Chile.<sup>359</sup> Del padre Roncalli destacó el «amor por los pobres», el «coraje moral», la «cálida sencillez campesina», la capacidad de diálogo con el resto de las iglesias cristianas, la apertura de la Iglesia al mundo, con el fin del anatema del socialismo y el comunismo, la defensa de la autodeterminación de los pueblos y el rechazo a todo tipo de imperialismo. Incluso leyó varios párrafos de *Pacem in terris*, la última de sus ocho encíclicas, publicada el 11 de abril de 1963. «Nuestro movimiento popular, dentro de sus luchas, ha mantenido inalterable la posición sociológica fundamental que, desde el solio de los pontífices, ha enunciado el Papa Juan XXIII. Por ello, en esta solemne oportunidad, afirmo y proclamo que, cualesquiera sean las vicisitudes que nos reserven las jornadas de lo porvenir, reiteramos en la acción y ejecutaremos en los hechos los principios que Juan el Bueno, con grandeza insuperable, ha sabido magnificar».<sup>360</sup>

En relación con la libertad de conciencia, en abril de 1964 tuvo lugar una de las polémicas más agrias en las que se vio envuelto en aquella campaña, cuando *El Mercurio* publicó a tres columnas una fotografía que recogía el instante en que cruzaba el dintel del número 654 de la Alameda, donde tenía su sede la Gran Logia de Chile.<sup>361</sup> El 8 de abril el diario de Agustín Edwards publicó una nota de protesta remitida por el candidato presidencial del FRAP en la que señalaba que «no es acontecimiento ni noticia periodística que un masón ingrese al Club de la República» y que la habían incluido para perjudicarle en sus aspiraciones,

agitando los viejos fantasmas sobre la masonería.<sup>362</sup>

La polémica se prolongó durante varias semanas más. El 6 de mayo, en el Senado, Allende criticó ácidamente a la cabecera de referencia de su país: «Este diario se ha convertido en el vocero antipopular y en el más encarnizado y torvo adversario de nuestras luchas. Implacablemente nos ha combatido y me ha combatido. (...) *El Mercurio* no es un diario, sino una palanca informativa para defender los privilegios de una clase social, de un grupo, de una familia...».<sup>363</sup>

#### DE CURICÓ A LANGLEY

A principios de 1964 tres senadores pugnaban por conquistar La Moneda en septiembre: Julio Durán, del Partido Radical con el apoyo de la derecha, Eduardo Frei y Salvador Allende. Pero en marzo un acontecimiento inesperado dio un vuelco al escenario: un «terremoto» político con epicentro en Curicó entregó a Frei el apoyo irrestricto de la derecha, anuló las posibilidades de Durán y dibujó una contienda bipolar entre dos viejos amigos. El 15 de marzo se celebró la elección complementaria para elegir al diputado que cubriera la baja dejada por el fallecimiento del socialista Óscar Naranjo Jara. Tan solo podía participar el 1,17% del electorado nacional pero, en el fragor de la campaña presidencial, la derecha y el PDC la convirtieron en un plebiscito sobre qué fuerza ostentaba la primacía entre los votantes no marxistas.

La victoria del candidato del FRAP (Óscar Naranjo Arias, hijo del fallecido), con el 39,2% de los votos, frente al 32,5% de la derecha y el 27,7% del PDC, desencadenó el pánico entre la burguesía, puesto que en las elecciones municipales del año anterior la derecha había vencido en la provincia con el 47,5%, frente al 27,2% de la izquierda y el 21,4% del PDC. El crecimiento del FRAP en una zona históricamente hostil parecía augurar una probable victoria de Allende si la derecha mantenía su apoyo a Durán. Apenas se conoció el resultado, el PDC tuvo éxito al proclamar que constituía «la única alternativa real al marxismo», ya que era una fuerza en ascenso frente a la decadencia de derechistas y radicales: antes de 24 horas, los partidos Conservador y Liberal retiraron su respaldo a Durán y lo entregaron apresuradamente, sin contrapartida alguna, a Frei, quien emergía como el último dique de contención de la «amenaza marxista».<sup>364</sup> En los comicios municipales de 1963, el PDC, una organización con un enorme peso doctrinario, reacia a las alianzas con los dos

extremos del sistema político y empeñada en recorrer su «camino propio», concebido como la superación de la pugna histórica entre capitalismo y socialismo (o, en palabras de su principal teórico, «entre el individualismo liberal y el socialismo colectivista»<sup>365</sup>), se había convertido en el primer partido del país.<sup>366</sup>

Pero no solo la derecha contemplaba aterrorizada la posibilidad de la victoria de Allende, hipótesis que interpretaban, en función de sus propios prejuicios, como un descenso de Chile al «infierno del comunismo». La campaña de 1964 anunció el tiempo de extrema polarización política y social que sobrevendría a partir de la victoria de la Unidad Popular el 4 de septiembre de 1970. Los ecos de la campaña presidencial alcanzaron a Langley (Virginia), sede del cuartel general de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que financió con veinte millones de dólares más de la mitad de los gastos electorales de Frei, una inversión por votante superior a la que aquel mismo año realizaron los candidatos republicano y demócrata en las presidenciales de Estados Unidos.<sup>367</sup> Como admitió la propia Agencia en septiembre del año 2000 en el *Informe Hinchey*, «la victoria de Frei el 4 de septiembre de 1964 marcó un hito en el desempeño de la CIA en las elecciones chilenas». En ese marco, promovió una virulenta propaganda anticomunista que alcanzó proporciones desconocidas en el país, según reveló ya en 1975 el *Informe Church*,<sup>368</sup> con un uso masivo de la prensa, la radio, panfletos, afiches, pasquines, pintadas o banderolas. Fue una verdadera «campaña del terror» contra Allende que estuvo dirigida sobre todo a las mujeres.<sup>369</sup>

Junto con neutralizar la «amenaza marxista» que representaba el candidato del FRAP, el Gobierno de Lyndon Johnson pretendía además promover el proyecto de Frei como un modelo de reformismo democrático para América Latina. En su batalla contra el «comunismo», el PDC también recibió treinta millones de dólares procedentes de la República Federal Alemana y otras cantidades importantes de las casas reales de Bélgica y Holanda y de la Iglesia católica de varios países europeos, canalizada esta última por el sacerdote jesuita belga Roger Vekemans.<sup>370</sup>

## PULSO FAMILIAR

Antes de la votación del 4 de septiembre de 1964 falleció Laura Gossens, la

madre de Salvador Allende, en la Clínica Santa María de Santiago. Ambos tenían una relación de extraordinario afecto y su muerte supuso un durísimo golpe. Pidió a sus familiares y amigos, entre ellos Carlos Briones, que le permitieran velarla en solitario durante toda la noche.<sup>371</sup> La recordaría siempre de manera conmovedora. Como aquel 6 de septiembre de 1970, dos días después de su victoria electoral, en que recibió en su casa a un grupo de sacerdotes que trabajaban en las *poblaciones*. «Cuando Allende comenzó a hablar», ha recordado Alberto Jerez, presente en aquel encuentro, «hizo un recuerdo de su madre, que había sido una mujer creyente y con la cual le unieron muy fuertes lazos filiales. De pronto calló, se cubrió el rostro con las manos y sollozando de manera impresionante la siguió nombrando. Luego se tranquilizó, se secó el rostro y continuó hablando con sosiego».<sup>372</sup>

En mayo de 1964, la periodista Erika Vexler almorzó con Allende, su esposa y sus hijas en Guardia Vieja para escribir un amplio reportaje. Tan solo les acompañó en la mesa uno de los grandes amigos del candidato, el ingeniero Víctor Pey, quien llegó a Valparaíso en el *Winnipeg* el 4 de septiembre de 1939.<sup>373</sup> Se conocieron de manera fugaz en alguno de los actos de acogida a los refugiados españoles y fue en 1940 cuando empezaron a establecer una profunda amistad al coincidir en la tertulia semanal que convocaba el destacado periodista Aníbal Jara Letelier, cofundador y director del diario *La Hora*. «Sabía de los problemas de uno, le consultaba, se preocupaba, era muy generoso desde el punto de vista sentimental y emocional. Buscaba siempre los consensos, también en los asuntos personales», recuerda Pey.

Militante de la central anarquista CNT en España, en Chile nunca se adscribió a ningún partido y por ese motivo, entre otros, Allende siempre tuvo en alta consideración sus opiniones. En la esfera privada, era una de las pocas personas que tuteaba al líder de la izquierda. Almorzaba con frecuencia en Guardia Vieja, donde naturalmente trató mucho a Hortensia Bussi y a Carmen Paz, Beatriz e Isabel desde pequeñas. «Allende se sentaba en una cabecera de la mesa y la Tencha enfrente. Comía con una mano de la Tati tomada y, cuando ella se fue a estudiar Medicina a Concepción, le tomaba la mano a Isabel».<sup>374</sup>

Erika Vexler consignó la presencia de Víctor Pey en aquel almuerzo en su reportaje, un texto muy interesante porque nos ofrece una cierta «imagen fija» de la vida de la familia Allende Bussi. Con un delicioso menú formado por callampas con salsa blanca, montadas sobre tostadas fritas, pastel de choclo y postre de manzanas con merengue, Salvador Allende mantuvo una conversación

relajada con la periodista de *Ercilla*. Por ejemplo, le explicó que, de ser elegido, no concurriría a la ceremonia de transmisión de mando vestido de frac, porque era una indumentaria «incómoda», a pesar de que había comprado uno cuando fue nombrado ministro de Salubridad. Hortensia Bussi apostilló: «Y conste que el frac tiene 25 años y le queda perfecto, cosa de la cual pocos hombres pueden jactarse».

Tanto sus hijas como ella se organizaban para acompañar al candidato en sus actos en Santiago o en las largas giras por provincias. Incluso a veces les correspondía decir unas palabras. «Lo hago, pero por dentro me muero de susto y me tiemblan las piernas», reconocía su esposa. Con buen sentido del humor, Allende añadió: «Tencha tiene dos aspectos: oradora pública y oradora familiar. Debo confesar que en su segunda postura me gusta menos, sencillamente porque me plantea sus problemas de dueña de casa, las cuentas de gas, luz, paquetes que hay que ir a dejar y otras cosas que me cuesta mucho resolver».

Sobre su vida cotidiana, el candidato comentó que apenas dormía unas cinco horas (aunque después del almuerzo solía hacer una breve siesta) y paseó junto con Erika Vexler por la casa, mostrándole los cuadros del mexicano David Alfaro Siqueiros o del cubano René Portocarrero, los objetos que señalaban sus viajes por el mundo, con especial predilección por las piezas de artesanía popular como gredas, tallados en madera, marfiles y piedras, y las fotografías con personalidades de talla nacional o mundial, como Pedro Aguirre Cerda, Fidel Castro o Mao Tse-Tung.

Hábilmente, la periodista le preguntó qué libro salvaría de una hipotética destrucción de todos los textos de la Tierra. Candidato en campaña en un país mayoritariamente católico y con un rival demócratacristiano, Allende fue más audaz en la respuesta: «La Biblia porque condensa el pensamiento y la inquietud humanos...». Al final de la singular entrevista, Erika Vexler le inquirió por qué pregunta le hubiera gustado que le hubiera hecho. De manera simpática, le señaló que le hubiera agradado responder a «qué recuerdo desearía dejarle al país una vez finalizado el periodo presidencial». Su respuesta, en ese caso, habría sido: «“Haber cumplido todo lo que prometí y no dejar ningún chileno sin zapatos”. Supongo que esto último alegrará a los fabricantes de zapatos...».<sup>375</sup>

La televisión se extendió por Chile a partir del Campeonato Mundial de Fútbol de 1962 y la de 1964 fue la primera elección presidencial en la que este medio de comunicación tuvo una cierta influencia. En aquella ocasión ya hubo un programa especialmente creado para escuchar a los candidatos, *Septiembre 1964*, que desde mayo sentó cada viernes a Frei, Durán y Allende ante las cámaras del Canal 9, propiedad de la Universidad de Chile.<sup>376</sup> En agosto de 1964, el número 55 de *Arauco* (la revista mensual del Partido Socialista) reprodujo de manera textual las seis primeras participaciones de Allende, un denso y excepcional documento que recibió el título de *Imagen de un líder*.

En la primera entrevista, preguntado por su gran amigo Augusto Olivares, Salvador Allende destacó el pluralismo de las fuerzas políticas y sociales que apoyaban su candidatura y la amplia participación en la elaboración del programa. Por su parte, Rafael Kittsteiner le interrogó de manera maliciosa acerca de su posición sobre la dura controversia entre China y la URSS que entonces empezaba a dividir al movimiento comunista internacional. Sin inmutarse, le explicó que estaba al corriente de la misma y que compartía la posición de su partido<sup>377</sup>: «Pero quiero reiterarle que la táctica, la estrategia y el proceso dialéctico nuestro tienen por asiento Chile y un camino chileno. Con satisfacción puedo decir que nosotros, teniendo un sentido exacto para valorizar lo que hemos hecho —y eso no es vanidad— hemos creado un camino distinto. No hay ningún país del mundo en que haya la unidad que hay aquí: dos partidos marxistas, con cuatro partidos no marxistas y amplios sectores que no tienen domicilio político. No hay ningún país del mundo en que se haya buscado el camino legal para hacer la revolución. Nosotros creemos que vamos a conquistar el poder a través del camino legal a fin de elegir un Presidente socialista, que va a realizar un programa y un plan de gobierno...».

Uno de los puntos recurrentes para algunos periodistas en sus sucesivas comparecencias ante el Canal 9 fue Cuba, por su conocida amistad con los líderes de la Revolución y su abierta defensa de la misma. De manera capciosa, por ejemplo, Gastón Cruzat le preguntó «si el régimen marxista que usted piensa implantar en Chile será similar al del Cuba». Sin complejos, Allende explicó su posición de manera contundente: «... la Revolución Cubana es un hecho social de extraordinaria magnitud y significación en América Latina y en el mundo. Lo he dicho sin que nadie me lo pregunte: si hubiera nacido en Cuba, no habría trepido un minuto en estar con Fidel Castro. Nací en Chile, en otra historia, en otra geografía, en otra tradición, en otra convivencia social». Y, seguramente

para fastidio de Cruzat, repasó con pausa la historia de Cuba, desde la larga dominación colonial española, hasta la tutela neocolonial de Estados Unidos tras 1898 y la dictadura de Fulgencio Batista.

A lo largo de aquellas apariciones televisivas, reafirmó su confianza en la estrategia política de la izquierda chilena. El 29 de mayo la describió así: «Hemos escogido la vía legal, la vía de no violencia, porque ello se aviene con nuestra tradición, con nuestra realidad y cae dentro de lo que es y debe ser la lucha del pueblo de Chile por alcanzar el poder. Reclamamos que se respeten las condiciones de lucha y destacamos que esta es muy desigual para nosotros. Cuando se controla la prensa y la radio; cuando se tiene tal diferencia de medios económicos para propaganda; cuando esta deja de ser propaganda para transformarse en presión psicológica, hay que tener mucha fe y mucha confianza en la conciencia del pueblo para tener, como nosotros, la certeza de la victoria. ¡Está comprometida la palabra nuestra de aceptar el veredicto que dé el pueblo, a través del sufragio, el 4 de septiembre de este año!».

El 19 de junio tuvo que referirse a la relación personal con quien era su gran rival, aunque admitió que la dureza de la campaña la había socavado: «No he negado jamás, ni podría hacerlo, mi amistad con el senador Eduardo Frei, producto de muchos años en que hemos tenido la oportunidad de conocernos y tratarnos. Lamentablemente los hechos políticos separan a los hombres que tienen definiciones y concepciones distintas. Y estos hechos políticos no pueden significar, ni renegar de una amistad, ni desconocer las condiciones morales o intelectuales de su adversario». Dos semanas después, a pesar de la dureza de la campaña electoral, esa amistad se pondría de manifiesto.

A principios de julio, su comando informó que padecía una aguda afonía y que descansaría durante algunos días. Se desplazó a Viña del Mar, a casa de su hermana Inés, para alejarse del bullicio de la capital, de las tensiones de la campaña y de la presión de la prensa. El 5 de julio estaba previsto que clausurara en el Caupolicán la primera Conferencia Nacional de Independientes Allendistas, cuya comisión organizadora estaba integrada por personalidades como Arturo Olavarría Bravo, Max Nolff, Arturo Merino Benítez, José Santos González-Vera o Gonzalo Rojas y en la que participaba por ejemplo el Comando Independiente de Mujeres Allendistas. Asistió, pero solicitó al actor Jorge Lillo que leyera su discurso, lo que motivó que sus adversarios esparcieran los más sombríos rumores sobre su salud: cáncer de pulmón, parálisis facial, obstrucción coronaria, hemorragia cerebral, hasta hemiplejía...<sup>378</sup>

Pero pudo recuperar su voz a tiempo para cumplir con su cita en el Canal 9 el 10 de julio y poder responder a las insistentes preguntas de algunos periodistas sobre su estado: «... soy un hombre como cualquier otro. He estado muchos años en una actividad más dura y más permanente que otros parlamentarios, ya que desde el año 1951 hasta ahora no he tenido reposo, porque se han alternado campañas presidenciales con luchas parlamentarias y de regidores. Y habiendo sido durante siete años y nueve meses presidente del Frente de Acción Popular, he tenido que recorrer Chile de norte a sur y de cordillera a mar. Hay que pensar, además, que esta campaña presidencial, que tiene para mí más de un año y meses, golpea físicamente y no quiero decir cómo golpea moralmente, cuando la insidia, la calumnia o la maldad lo cercan a uno».

Allende llevó siempre una vida cuidada y, salvo un sobresalto importante a mediados de 1970, demostró una salud de acero. Hacía gimnasia con frecuencia, conciliaba el sueño sin dificultad, tenía una alimentación bastante equilibrada. Como buen médico, sin mayor preocupación explicó a la audiencia el problema que acababa de sufrir: «Soy un hombre como cualquier otro; tengo derecho a tener un catarro, una laringitis o aun enfermedades mayores. Por suerte para mí solo tuve un proceso como consecuencia de la lucha dura en las provincias del sur, donde constantemente hubo viento y lluvia. Tuve cuatro o cinco días una semiafonía, hecho que ha dado motivo y pábulo para una campaña que ha desbordado absolutamente todo lo que hasta ahora era tolerable, que ha roto todos los diques y que es la expresión, a mi juicio, de una conjura que comienza en el campo internacional para terminar categóricamente en el campo nacional, utilizando métodos y procedimientos que jamás antes en nuestro país se habían empleado».

Las exageradas noticias sobre su salud alertaron no solo a la izquierda, también preocuparon a sus amigos de otras opciones políticas... entre ellos el mismo Eduardo Frei, quien el 7 de julio por la mañana telefoneó al abogado Hernán Santa Cruz para solicitarle un favor. Le explicó que desde hacía varios días había estado pensando en la forma de interesarse por la salud de Allende y desearle un pronto restablecimiento sin que este le malinterpretara y creyera que lo hacía por motivos egoístas. Por eso había descartado hablar directamente con él o con su esposa y le había elegido como mensajero. Amigo de ambos desde hacía un cuarto de siglo, Santa Cruz se acercó a la casa de Guardia Vieja y allí le comunicaron que estaba en Valparaíso, por lo que decidió escribirle una nota que una asistente suya le llevó personalmente al día siguiente.

«Señaló que estaba seguro de que a ti te había pasado lo que a él: que una enfermedad accidental (laringitis en ti y sinusitis en él) habían encontrado el clima propicio de una condición debilitada por el esfuerzo y por la tensión», explicó Santa Cruz a Allende. También le transmitió que otros amigos suyos del PDC (y citó a Bernardo Leighton) se habían preocupado por la enfermedad que le aquejaba en un momento tan crucial de la campaña y que todos le transmitían su simpatía y deseos de rápida mejoría «por encima de las rivalidades políticas y de la contienda eleccionaria». Frei rogó a Hernán Santa Cruz que extremara sus excelentes cualidades diplomáticas para que Allende entendiera su verdadera intención, puesto que estaba seguro de que en caso contrario el candidato de la izquierda hubiera procedido de igual modo, y que le hiciera saber que esta gestión no debía retraerle, según le apuntó coloquialmente Santa Cruz, de «pegarle los palos que estimaras conveniente».<sup>379</sup>

El 8 de julio, este abogado escribió una breve misiva a Frei Montalva para informarle de su gestión y explicarle los motivos de haberla cumplido de manera tan diligente: «En verdad lo he hecho no solo porque mi antiguo aprecio y amistad por ambos me mueve a desear que se conserve entre ustedes una hermosa relación humana, de la cual he sido testigo durante veinte años, sino que también porque estoy firmemente convencido de que es menester hacer todo lo necesario para limar las asperezas de una campaña electoral que a ratos reviste una mezquindad y falta de visión a largo plazo que es indigna de ustedes. Ello puede malograr para siempre las posibilidades de colaboración de las fuerzas y elementos que representan la única esperanza de que se efectúen las grandes transformaciones que la mayoría de los chilenos esperamos, sin trastornos inútiles y aprovechando al máximo nuestros escasos recursos técnicos y humanos, que no se deben ni pueden desperdiciar».<sup>380</sup>

Y el 9 de julio le trasladó la reacción de Allende y la breve nota que le dirigía, garabateada con letra de médico, en cinco pequeñas hojas que se conservan en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva.<sup>381</sup> «Como puedes ver reaccionó ante tu recado en la forma que yo preveía, conserva el sentido del humor que te ha hecho reír siempre y en nada ha mejorado su caligrafía».<sup>382</sup> Y se molestó en mecanografiar la nota para que la comprendiera rápidamente:

Eduardo:

Gracias por tu preocupación. Sé que es expresión legítima y sincera de tu

amistad. Estoy tan bien que te voy a ganar. Cuando estuve en la Universidad Técnica y tú estabas enfermo, claro que los resfríos te duran más a ti que a mí, le dije a los jóvenes democratacristianos que te saludaran y que deseaba te mejoraras luego, porque no me gusta pelear con la sombra. Tencha agradece tu deferencia.

Saludos cariñosos a Maruja y los tuyos, cordialmente amigo,

SALVADOR  
(Allende y de Chile)

P.D.: Por la televisión te voy a pegar unos palos.

El 15 de agosto Irene Frei Montalva, la hermana mayor del candidato democratacristiano, falleció en un accidente de automóvil y Salvador Allende y su esposa le visitaron para expresarle sus condolencias.

#### LA ARCILLA DE LA PATRIA

La campaña electoral no daba respiro. Su recta final se vio sacudida por la decisión de Alessandri, adoptada el 12 de agosto en concordancia con la posición de la OEA, de romper las relaciones diplomáticas con Cuba, medida a la que se opusieron el FRAP, el PDC y el Partido Radical. En una contundente declaración, Salvador Allende condenó la resolución del Presidente, expresó su apoyo al pueblo cubano y señaló la necesidad de una «política exterior soberana, digna e independiente». Y anunció que cuando la izquierda llegara a La Moneda haría todo lo posible en la escena internacional para que se anularan las sanciones contra Cuba.<sup>383</sup>

En aquellos mismos días Pablo Neruda efectuó una gira por el territorio de su infancia, por la provincia de Cautín, donde pudo pulsar el «sentimiento allendista tan vibrante». Temuco, Lautaro, Nueva Imperial, Carahue, Loncoche, Villarrica y Pitrufquén escucharon la voz del gran poeta comunista que con la belleza de sus versos y el testimonio de su largo y firme compromiso político llamaba al pueblo a votar por su amigo. De regreso en Santiago, el sábado 15 de agosto por la tarde participó en la inauguración de un enorme mural pintado por los artistas del Comando de Profesionales Allendistas de Quinta Normal. La

explosión muralista de la campaña de 1970 y la aparición del movimiento de la Nueva Canción Chilena ya asomaron con fuerza en 1964: en aquel acto también se escucharon las canciones de Ángel Parra y su conjunto.<sup>384</sup>

En cambio, en 1970 la izquierda no contaría con un singular apoyo que sí tuvo entonces: el de un amplio grupo de militares retirados. El 15 de agosto de 1964 el Teatro Baquedano se llenó para un inusual acto que fue denominado «La familia militar con Allende». Uno de los oficiales más destacados presentes fue el general de la Fuerza Aérea Arturo Merino Benítez (quien da hoy nombre al aeropuerto internacional de Santiago), junto con varios altos oficiales (generales, coroneles) de todas las ramas de las Fuerzas Armadas, Carabineros y Policía de Investigaciones ya en retiro. Merino Benítez, fundador de la FACH, criticó el imperialismo norteamericano, la ruptura de relaciones con Cuba y aseguró que apoyaba al FRAP para que Chile pudiera recuperar su dignidad nacional y rescatar sus riquezas naturales.<sup>385</sup>

Por otra parte, de nuevo Allende y la izquierda recibieron el apoyo público de los principales escritores e intelectuales del país. Más de trescientos creadores suscribieron un manifiesto encabezado por cuatro premios nacionales de Literatura (Pablo Neruda, José Santos González Vera, Manuel Rojas y Ángel Cruchaga Santa María) y apoyado también por Volodia Teitelboim, Francisco Coloane, Nicanor Parra, Juvencio Valle, Luis Enrique Délano, Homero Arce, Diego Muñoz, Alejandro Lipschutz, Rubén Azócar, Ester Matte y Gonzalo Rojas. «Estamos junto al pueblo. El pueblo siente y comprende profundamente que solo un Gobierno impuesto por el consenso de la mayoría popular, que es la mayoría ciudadana, representada indiscutiblemente por los partidos del Frente de Acción Popular y por los grandes sectores independientes que los apoyan, podrá llevar a feliz término las reformas estructurales que Chile necesita para su cabal desarrollo económico, social y cultural».<sup>386</sup> «El *allendismo* representa la arcilla de nuestra patria», declaró Cruchaga Santa María.<sup>387</sup> «Tenemos un gran sentido social, por eso estamos con Allende», proclamó Manuel Rojas.<sup>388</sup> Incluso el filósofo británico Bertrand Russell (Premio Nobel de Literatura en 1950) envió un mensaje personal al candidato de la izquierda para desearle la victoria.

El 18 de agosto Allende visitó la industria textil Yarur, donde fue recibido amablemente por su propietario, Amador Yarur, quien ordenó paralizar el trabajo para que, en sesiones separadas, tanto los empleados de cuello blanco como los obreros escucharan al candidato. El propietario de una de las fábricas más emblemáticas que serían nacionalizadas e incorporadas al Área Social en 1971

(tras la histórica toma por parte de sus trabajadores) asistió incluso complacido al discurso de Allende, cuyo programa no planteaba aún la nacionalización de los grupos monopolistas.<sup>389</sup>

El 24 de agosto el candidato del FRAP volvió a subirse al «Tren de la Victoria». Adornada con un gran 1 (el número que en aquella ocasión le correspondió en el sorteo del Registro Electoral) en el morro de la locomotora diésel, el convoy viajó directamente hasta Puerto Montt para de allí regresar deteniéndose en decenas de lugares. Además de quince periodistas (nacionales y extranjeros), le acompañaban Luis Corvalán, Raúl Ampuero y otros treinta destacados dirigentes de los partidos y organizaciones que sustentaban su candidatura, como el general retirado Teodoro Ruiz, presidente del Baluarte del Pueblo, el coronel retirado Ernesto Rejman, presidente del Frente Cívico Militar, Carlos Vasallo por el Movimiento Independiente de Izquierda, María Maluenda, secretaria general del Comando de Mujeres Allendistas, o Juan de Rosa, secretario general del Movimiento Católico Allendista. En la plataforma del último de los seis vagones se instaló una suerte de tribuna a la que el candidato se asomaba para dirigir sus discursos en cada parada.<sup>390</sup>

El domingo 30 de agosto tuvo lugar el gigantesco cierre de la campaña electoral del FRAP en Santiago. Desde doce puntos diferentes de la ciudad, otras tantas columnas caminaron desde las nueve de la mañana hasta el inmenso Parque Cousiño. En su discurso, pasado el mediodía, Allende prometió que cuando llegara a La Moneda solo habría un único ser privilegiado en Chile: el niño. «Nunca más habrá niños sin escuela, niños desnutridos, niños que no puedan tomar leche». Tardaría seis años en poder cumplir aquel compromiso.

Manifestó su confianza en que la conciencia y la movilización popular derrotarían la «campaña del terror» desarrollada por quienes sostenían la candidatura de Eduardo Frei y ensalzó el pluralismo del FRAP y de los nuevos sectores que se habían sumado a su candidatura, como algunas bases del Partido Radical o incluso núcleos liberales.<sup>391</sup> Su discurso finalizó cerca de las tres de la tarde y aquella misma noche viajó a Concepción, donde al día siguiente intervino en su penúltimo acto de masas, ya que en 1964 clausuró su campaña en Valparaíso, donde el 1 de septiembre más de cien mil personas llenaron los cuatro kilómetros que se extendían desde la plaza Sotomayor hasta el escenario instalado frente a la calle Victoria.

En la víspera de la elección presidencial, los chilenos pudieron leer un artículo suyo titulado «¿Adónde va América Latina?», en el que planteó que su

país, por la fortaleza de su movimiento popular y la posibilidad de conquistar el Gobierno, constituía «en cierta medida» una «excepción» en el subcontinente. Como buen analista del periodo que le correspondió vivir, con su característico estilo del médico con profunda vocación social, en primer lugar presentó un diagnóstico de la situación latinoamericana. Y habló de que más de la mitad de los doscientos millones de personas que vivían al sur del Río Grande sufría la cesantía, de los millones de trabajadores que percibían salarios insuficientes, de las carencias alimenticias «que dejan huella ya en la contextura biológica de las generaciones», de la falta de viviendas, del elevado índice de mortalidad prematura, de las «magnitudes aterradoras» de los decesos infantiles y de la persistencia de un analfabetismo dramático: «alrededor del 60% de nuestras gentes jamás ha deletreado la palabra “libertad” ni escrito la palabra “democracia”».

Ante esta dolorosa realidad, defendió la necesidad de un hondo proceso de transformaciones revolucionarias en cada país, en función de sus propias condiciones políticas, pero también de la respuesta de la burguesía y del imperialismo estadounidense. «La hora del pueblo, de las clases que trabajan, crean y comienzan a vivir no puede ser negada. Por el fracaso del régimen social imperante; por el negativismo del actual Gobierno; por la tradición libertaria del país; por las circunstancias internacionales y por la labor de movilización que cumple el movimiento popular, podremos realizar, a nuestro juicio, la revolución chilena y llegar al poder, sin alterar en sus aspectos externos los hábitos cívicos que imperan».<sup>392</sup>

#### JUANITA CASTRO EN CAMPAÑA

El 31 de julio, en su sexta comparecencia en *Septiembre 1964*, el programa del Canal 9, Allende se pronunció sobre la burda propaganda electoral que infundía miedo en la ciudadanía y llamaba a votar por Frei para impedir la instalación de una sangrienta dictadura «comunista». Citó varios ejemplos de la «campaña del terror», como este aviso suscrito por el Partido Liberal: «Con Eduardo Frei la bandera de Chile continuará protegiendo a la patria en los mástiles de las unidades de los ejércitos; en las arboladuras de los barcos de la Armada Nacional que surcan los mares y en las alas de las máquinas de la Fuerza Aérea que cruzan raudas el espacio infinito. Con Allende y su fatídico

trapo, la hoz y el martillo, solo encontraréis el paredón de ejecuciones».

Más allá del contenido infame de este tipo de mensajes, Allende reivindicó su trayectoria honesta y consecuente a lo largo de tres décadas, su pertenencia al movimiento popular, de «hondo sentido patriótico y nacional», y a una familia con una acción al servicio de Chile desde los albores de la independencia, con una mención especial al papel de su abuelo paterno en la Guerra del Pacífico. También recordó que la prensa conservadora ya motejó a Balmaceda de «comunista» en 1891, calificó a Arturo Alessandri como «el Lenin chileno» en 1920 y en 1938 acusó a Aguirre Cerda de proteger a una serie de «fuerzas destructoras» que perseguían el «aniquilamiento» de la democracia y la libertad.<sup>393</sup>

Si bien es cierto que Eduardo Frei eludía este discurso tan primario y soez, nunca lo repudió y en el fondo su mensaje, como el del sector más conservador de su partido, sí señalaba que no solo garantizarían el progreso económico, la justicia social y la participación popular, «sino que vamos a hacer esta tarea en libertad y en respeto a los derechos de la persona humana». «En libertad religiosa, sindical, política y de expresión (...). Nadie tiene que temer de nosotros...», manifestó en su histórico discurso de «la patria joven» el 21 de junio de 1964 en el Parque Cousiño.<sup>394</sup>

La «campana del terror» desplegada por la derecha y financiada por Washington, que la CIA ya había organizado con éxito en 1948 en Italia, donde la Democracia Cristiana de De Gasperi logró derrotar al poderoso PCI de Togliatti, tuvo un epílogo especialmente impactante. No bastaba con los carteles que proclamaban «el comunismo es la muerte» o mostraban tanques soviéticos amenazando La Moneda. Tampoco era suficiente que la radio (el medio de comunicación de masas más importante entonces en el país, principalmente para la población femenina) difundiera avisos en los que primero se escuchaba una ametralladora y después a una mujer gritando por la muerte de su hijo a manos de «los comunistas», mientras una voz masculina advertía con una música dramática de fondo: «Para evitar esto en Chile, vote por Eduardo Frei».

El punto culminante de aquella eficaz estrategia estaba reservado para los días previos a la votación, cuando desde Buenos Aires habló para Chile Juanita Castro Ruz, la hermana de los líderes revolucionarios cubanos, que había abandonado su país el 19 de junio y, según ha reconocido en sus memorias, trabajaba para la CIA desde 1963.<sup>395</sup> El 2 de septiembre *El Mercurio* publicaba un enorme aviso anónimo que decía: «¡Juanita Castro habla a las mujeres de

Chile! Escuche hoy este dramático mensaje de una mujer cubana...». <sup>396</sup> El «discurso» que leyó por las cadenas de emisoras de Radio Minería y La Voz de Chile y por Radio Corporación afirmaba, entre otras *perlas*: «Serán invadidos los templos y profanadas sus imágenes (...). Chilenos: el enemigo acecha; lo tienen en sus propias puertas (...). No se dejen engañar, estén alertas, recen por sus derechos, piensen en sus familias, piensen en sus hijos. Campesinos, obreros, estudiantes, madres y pueblo chileno en general: en sus manos está el impedir que se repita en este país la dolorosa agonía que vive mi patria esclavizada por el yugo comunista». <sup>397</sup>

Salvador Allende utilizó distintos tonos para responder a tamañas descalificaciones. No se olvidó de su buen sentido del humor, según recogió en su crónica Eduardo Galeano, cuando explicó a los periodistas: «Dicen que yo quiero sacar los niños a las madres. Quienes me conocen saben que esto es una infame calumnia. Quizá quiero sacar las madres a los niños, eso sí». <sup>398</sup> Pero, además, la noche del 3 de septiembre, haciendo uso formal del derecho de réplica, habló al país por cadena de radio para refutar estas invectivas: «Forma parte de una conjura internacional que comenzó hace meses con artículos publicados en diarios y revistas extranjeras (...) se deforma nuestro pensamiento y se distorsiona la verdad». «Atónito, Chile ha visto trasladada su contienda ciudadana más trascendental a un ámbito que le es extraño. Jamás (...) se había desfigurado más lo que constituye la esencia de todos los procesos democráticos: la honrada confrontación de programas, doctrinas y estrategias y tácticas políticas».

No dudó en responsabilizar al partido de Frei de esta estrategia, financiada con fondos «de inconfesable procedencia»: «La Democracia Cristiana en su afán de arribismo electorero ha recurrido a los métodos más inconfesables de distorsión psicológica. Nada se ha respetado: se han dilapidado raudales de dinero —de inconfesable procedencia— en montar una imagen falsa y monstruosa de determinados sistemas políticos y sociales y, enseguida, sin reticencias de ninguna especie, se ha atribuido al movimiento popular nuestro la imagen forjada, así, sin sujeción a hechos, sino de acuerdo con el odio y el furor *in crescendo*».

Y a pocas horas del inicio de la votación en los centros electorales de todo el país, expresó su fe en la victoria: «Seré el Presidente de la inmensa mayoría de los chilenos. Seré el compañero Allende, Presidente del primer Gobierno Popular, Democrático y Nacional de nuestra historia. Quiero a esta tierra que me

vio nacer y a la cual estoy apegado con fervor infinito; quiero a esta tierra nuestra como el hombre que tuvo la suerte de conocerla, de vivirla y de sentirla. (...) Los míos siempre sirvieron a Chile y a su pueblo; desde los orígenes de nuestra independencia los míos siempre tuvieron el anhelo infinito de entregar su capacidad para hacer posible con su aporte personal algo que significara el progreso de Chile». <sup>399</sup>

En aquellos días la atención mundial se concentraba en Chile: más de 250 periodistas extranjeros solicitaron el visado de entrada para cubrir la votación.

## UNA DURA DERROTA

El 4 de septiembre de 1964 Salvador Allende votó a las diez y media de la mañana en Viña del Mar, en la Sección 127, Registro 81, que funcionaba en el Liceo de Hombres de la calle Álvarez, y regresó a Santiago al mediodía. Tras descansar en Guardia Vieja, por la tarde se dirigió a la Casa del Pueblo, ubicada en la céntrica calle Teatinos. El escrutinio no dejó margen a la emoción y la duda, como en 1958, ni a la esperanza fundada, como sucedería seis años después. La derrota fue contundente, amarga, dura, a pesar de que alcanzó el mayor porcentaje de votos de sus cuatro *combates* presidenciales.

Eduardo Frei se convirtió en el primer Presidente de filiación socialcristiana en América Latina al lograr el 55,67% (1.409.012 votos) frente al 38,9% de Salvador Allende (977.902) y el 4,95% de Julio Durán (125.233). El FRAP volvió a vencer en las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Concepción, Arauco y Magallanes, pero en Santiago el candidato centrista casi le dobló (620.489 por 363.855) y, si en el electorado masculino se aproximaron (593.770 votos de Allende frente a los 652.895 de Frei), fue el femenino el que franqueó las puertas de La Moneda a Frei, quien obtuvo 756.117 sufragios de las mujeres frente a los 384.132 de Allende. <sup>400</sup> «Frei mayoría absoluta. Se impuso la máquina del miedo y la mentira», tituló *El Siglo* al día siguiente en su primera página.

Cerca de la medianoche, el FRAP distribuyó a los periodistas un comunicado que, junto con la consabida consigna («la lucha popular continúa»), ensalzaba el entusiasmo desplegado por sus adherentes y la cohesión de las fuerzas políticas y sociales en torno a la candidatura. <sup>401</sup> Por su parte, Allende entregó una declaración personal en la que reconocía la derrota y llamaba a reforzar la unidad

del movimiento popular. Antes había salido a uno de los balcones de la Casa del Pueblo para dirigirse a los centenares de partidarios que se agolpaban en el exterior, a quienes reafirmó la importancia del crecimiento de la izquierda, sin parangón en el resto de América Latina. «Seguiremos adelante hasta conquistar mejores días». Acompañado de su esposa y sus hijas, se refirió al término por el que era conocido y reafirmó su compromiso: «Seguiré siendo el compañero Allende. Todo lo que soy y seré se lo debo al pueblo».<sup>402</sup> Fue después de aquella tercera derrota cuando en tono jocoso empezó a vaticinar el epitafio que colocarían en su tumba: «Aquí yace Salvador Allende, candidato a la Presidencia de la República».

Aquella noche los demócratacristianos festejaron su histórica victoria y la derecha respiró reconfortada. También brindaron en la Embajada de Estados Unidos, como comunicaron sus funcionarios al Departamento de Estado: «Hemos roto todas las reglas. Abrimos champaña y estamos celebrando».<sup>403</sup> Y el sábado 5 de septiembre, en una improvisada rueda de prensa en los jardines de la Casa Blanca, el Presidente Lyndon Johnson no ocultó su satisfacción por el éxito de la *intervención* de su administración y las agencias estatales y exaltó el triunfo de Frei como «un refuerzo en nuestra esperanza de un brillante futuro para América».<sup>404</sup> La prensa estadounidense también se felicitaba, como el neoyorkino *Herald Tribune*, que tituló en primera página: «El marxista Allende, derrotado en Chile. Washington da un gigantesco suspiro de alivio».<sup>405</sup>

A mediados de septiembre, Eduardo Frei se reunió con los diplomáticos de este país para expresarles su agradecimiento por la cooperación prestada.<sup>406</sup> En la ceremonia de su toma de posesión, en noviembre, representó a Estados Unidos su embajador ante la ONU, Adlai Stevenson, quien le entregó personalmente una carta del Presidente Johnson: «Sé que es innecesario destacarle lo profundamente comprometidos que nos sentimos el pueblo de Estados Unidos y yo en el éxito del programa mutuo al cual estamos abocados y que conocemos por Alianza para el Progreso. Los planes que Ud. y su Gobierno se esforzarán en poner en práctica, y que significan un programa de desarrollo económico y de reformas sociales dentro de un esquema democrático, son totalmente consistentes con los elevados principios de la Alianza. (...) Estamos profundamente convencidos de que su éxito en Chile tiene importancia no solo para nuestro hemisferio sino para todo el *mundo libre*».<sup>407</sup>

En aquellos mismos días, Luis Hernández Parker realizó una extensa entrevista al líder de la izquierda en la que le inquirió por el escenario que se

abría ante la llegada por primera vez al Gobierno de la Democracia Cristiana. «Como chileno que ama a su patria y a su pueblo le deseo éxito. Nosotros desde la oposición estimularemos todas sus iniciativas de real bienestar popular. Pero sabemos cuán difícil le será cumplir con los trabajadores y cuán fácil cumplirle a los poderosos», señaló Allende, quien en la conversación cordial y franca que mantuvo con uno de los principales periodistas de aquel tiempo no se mostró ni amargado ni resentido.

De manera sincera, enjuició las dificultades objetivas que la izquierda enfrentó en la larga campaña: «... sabía que era casi imposible una victoria electoral. Ya ella en sí misma habría significado un hecho histórico porque un movimiento auténticamente revolucionario y chileno (y como tal latinoamericano) iba a llegar al poder por la expresa y libre voluntad del pueblo manifestada en las urnas. Constituía un desafío sin precedentes al imperialismo, a la oligarquía...». Y recordó la perversa propaganda desplegada por quienes sostenían la candidatura de Frei, aunque sin hacer mención a lo que hoy ya está documentado y aceptado: la intervención de Estados Unidos. «¿Se podía vencer en esas condiciones y cuando una diabólica “campaña del terror” pilló indefensos a grupos sociales inmaduros, sobre todo en las mujeres?». «Nunca hubo tanta plata para Frei porque nunca hubo tanto miedo».

El de Frei sería, a su juicio, un Gobierno diferente a todos los anteriores, ya que su Presidente militaba en un partido con raíces ideológicas mundiales y la «Revolución en Libertad» representaba una apuesta novedosa en la América Latina sumergida abruptamente en la atmósfera de la *guerra fría*. «Porque Frei tiene la tarea de desarrollar en Chile un plan piloto para Latinoamérica primero y luego para el resto de los países subdesarrollados. Un plan piloto en el que están interesados por igual el imperialismo, la oligarquía y la Iglesia católica. (...) Esto es el *freísmo*. Un apéndice chileno de un movimiento internacional perfectamente organizado y financiado». Respecto a la izquierda, tenía clara la necesidad de ampliar las fronteras e incluso la «elasticidad» de su alianza. «El FRAP es hoy únicamente una combinación de partidos. Debe convertirse (y hasta cambiando el nombre si es necesario) en un movimiento de militantes y de independientes de izquierdas».<sup>408</sup>

Uno de los mensajes de afecto y reconocimiento que recibió tras su derrota provino de México, del general Lázaro Cárdenas. El 13 de noviembre, Allende correspondió a su misiva con unas líneas en las que sintetizó su opinión sobre la principal causa de su derrota. «Fuimos derrotados en la batalla electoral por

circunstancias adversas a nosotros, manifestadas incluso en una conjura internacional sin precedentes en las luchas cívicas chilenas. Internamente, se creó una coacción moral que sembró infundado terror en vastos sectores, especialmente en el electorado femenino. Nunca como ahora se vio tal derroche de recursos materiales y financieros, utilizado para contener nuestro avance a la conquista del poder».<sup>409</sup>

345. Puccio, p. 105.
346. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.
347. Martner (1992), pp. 200-201.
348. *Arauco*, n.º 29. Junio de 1962, p. 40.
349. Casanueva Valencia y Fernández Canque, p. 201.
350. *Arauco*, n.º 34. Noviembre de 1962, p. 1.
351. *Arauco*, n.º 36. Enero de 1963, p. 1.
352. FRAP: *Programa del Gobierno Popular*. Santiago de Chile, s. f., pp. 12-13.
353. *Arauco*, n.º 36. Enero de 1963, pp. 5-6. Este documento se transcribe en el Apéndice V.
354. *Arauco*, n.º 37. Febrero de 1963, p. 3.
355. *Boletín del Comité Central del PS*, n.º 28. Febrero-marzo de 1963, pp. 4-5.
356. Desde agosto de 1963, en Chile se imprimía para América Latina una selección mensual en español de los artículos que aparecían en *Monthly Review*. Con la ayuda del historiador Carlos Sandoval Ambiado, hemos revisado en la Biblioteca Nacional de Chile todos los números de 1963 y 1964 y, como no apareció ninguna referencia al previsto viaje de Allende a Estados Unidos en aquellos meses, parece que finalmente se frustró.
357. Carta de Salvador Allende a Orlando Letelier del 1 de julio de 1963. Esta carta se reproduce en el Apéndice V. Procedencia: Archivo Nacional de Chile. Fondo Orlando Letelier del Solar. Caja 3. Carpeta 16. Documento 1.
358. *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5, pp. 223-224.
359. Amorós, Mario: *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*. Publicaciones de la Universidad de Valencia. Valencia, 2007, p. 57.
360. *Arauco*, n.º 50. Marzo de 1964, pp. 30-34. Este discurso se transcribe en el Apéndice V.
361. *El Mercurio*, 4 de abril de 1964, p. 27.
362. *El Mercurio*, 8 de abril de 1964, p. 27.
363. *El Mercurio*, 15 de mayo de 1964, p. 29.
364. Moulían (1986), pp. 55-59.
365. Castillo Velasco, Jaime: *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1973, p. 38.
366. Moulían, Tomás: *La Democracia Cristiana en su fase ascendente*. FLACSO. Santiago de Chile, 1986, p. 19.
367. Garcés (1996), p. 138.
368. Senado de Estados Unidos: *Covert Action in Chile. 1963-1973*. US Government Printing Office. Washington, 1975. Este documento se conoce como el Informe Church por su presidente, Frank Church, senador demócrata por Idaho y presidente del Subcomité de Asuntos Latinoamericanos del Senado de Estados Unidos a mediados de los años setenta. Se incluye, traducido al español, en varios libros. Por ejemplo: Opató, Cristián (comp.): *Frei, Allende y la mano de la CIA. Informes del Senado de los Estados Unidos*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, s.f.
369. Por ejemplo, durante la tercera semana de junio de 1964 un grupo de propaganda financiado por la CIA insertó veinte anuncios diarios en una emisora de radio de Santiago y en 44 emisoras de cobertura provincial, doce minutos de noticias cinco veces diarias en tres emisoras de Santiago y en 24 provinciales y numerosos anuncios en prensa escrita. Al final de aquel mes, el grupo producía 27 noticiarios radiofónicos en Santiago y provincias y 26 programas de «coloquios» semanales y distribuía tres mil carteles diarios.
370. *La Tercera*, 12 de septiembre de 2004. Edición digital: [www.tercera.cl](http://www.tercera.cl)
371. Jorquera, p. 205.
372. *El Mercurio*, 10 de septiembre de 2000. Edición digital: [www.elmercurio.cl](http://www.elmercurio.cl)
373. Al contrario de lo que se ha afirmado tantas veces, Salvador Allende no participó en Valparaíso en el recibimiento a los más de dos mil refugiados españoles que llegaron en el *Winnipeg*. «Pero eso ni le quita ni le pone», subraya Víctor Pey.
374. Entrevista a Víctor Pey. Santiago de Chile, noviembre de 2012.

375. *Ercilla*, 20 de mayo de 1964, pp. 4-5.
376. Riveros, Cecilia: *Salvador Allende: un líder para la izquierda chilena. 1952-1970. Prólogo para un epílogo*. Tesis de licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 2006, p. 101.
377. El Partido Socialista se declaró neutral en esta querrela, pero señaló que aquel conflicto probaba que el movimiento comunista internacional estaba quedándose obsoleto. Faúndez, p. 172.
378. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, pp. 20-21.
379. Carta de Hernán Santa Cruz a Salvador Allende del 7 de julio de 1964. Documento consultado en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 18. Agradezco al personal de la Casa Museo la amable atención prestada y a su subdirectora, Maite Gallego, la autorización para revisar la documentación citada e incluir en el Apéndice V los tres documentos que proceden de este Archivo Histórico.
380. Carta de Hernán Santa Cruz a Eduardo Frei del 8 de julio de 1964. Documento consultado en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 18.
381. Este documento se reproduce en el Apéndice V.
382. Carta de Hernán Santa Cruz a Eduardo Frei del 9 de julio de 1964. Documento consultado en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 18.
383. *El Siglo*, 13 de agosto de 1964, p. 1.
384. *El Siglo*, 15 de agosto de 1964, p. 7.
385. *El Siglo*, 16 de agosto de 1964. Tercer cuerpo, p. 1.
386. *El Siglo*, 16 de agosto de 1964, p. 1.
387. *El Siglo*, 22 de agosto de 1964, p. 9.
388. *El Siglo*, 21 de agosto de 1964, p. 7.
389. *El Siglo*, 19 de agosto de 1964, p. 1.
390. *El Siglo*, 25 de agosto de 1964, p. 1.
391. *El Siglo*, 31 de agosto de 1964, p. 4.
392. *Arauco*, n.º 55. Agosto de 1964, pp. 1-8.
393. *Arauco*, n.º 55. Agosto de 1964. Especial «Imagen de un líder», pp. 97-98.
394. Pinochet de la Barra, Óscar (ed.): *Eduardo Frei M. Obras Escogidas (1931-1982)*. Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar. Santiago de Chile, 1993, p. 295.
395. En sus memorias, Juanita Castro olvida este episodio. Sí menciona que en agosto de 1964 estuvo en el Brasil sometido a los militares durante tres semanas. «Después de aquellos días maravillosos regresamos a México...». Collins, María Antonieta y Castro, Juanita: *Fidel y Raúl, mis hermanos. Memorias de Juanita Castro*. Aguilar. Madrid, 2009, p. 380.
396. *El Mercurio*, 2 de septiembre de 1964, p. 11.
397. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 25.
398. *Marcha*. Montevideo, n.º 1.222. 11 de septiembre de 1964, pp. 16-17.
399. *El Siglo*, 4 de septiembre de 1964, pp. 1 y 4.
400. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile. Véanse las estadísticas completas por provincias de esta elección en el Apéndice IV.
401. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1964, p. 1.
402. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1964, p. 7.
403. *La Tercera*, 19 de septiembre de 2004. Edición digital: [www.tercera.cl](http://www.tercera.cl)
404. *Madrid*. Madrid, 7 de septiembre de 1964, p. 5.
405. *Arriba*. Madrid, 6 de septiembre de 1964.
406. *La Tercera*, 12 de septiembre de 2004. Edición digital: [www.latercera.cl](http://www.latercera.cl)
407. Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Allí también se conserva la respuesta escrita a esta misiva que el 25 de noviembre de 1964 Frei dirigió al Presidente Johnson.
408. *Ercilla*, 4 de noviembre de 1964.
409. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, p. 116.

## En las trincheras de la *guerra fría*

En los años sesenta Salvador Allende era uno de los dirigentes políticos más relevantes de la izquierda latinoamericana. Cuando el resplandor de la Revolución Cubana guiaba a las nuevas generaciones de revolucionarios hacia la guerrilla, en la mayor parte de los casos contra gobiernos autoritarios o dictatoriales, Allende representaba a una coalición de izquierda que había demostrado en 1958 y 1964 que tenía posibilidades reales de conquistar el poder político. Un caso excepcional, como él mismo pregonaba. Desde diciembre de 1964 hasta julio de 1969, a las puertas ya de la siguiente carrera presidencial, vivió el periodo en que con mayor frecuencia viajó al extranjero y a países más lejanos. Recorrió América Latina, Europa Oriental, la Unión Soviética y el Extremo Oriente, donde en mayo de 1969 conoció al líder que más le conmovió en toda su vida: Ho Chi Minh. Aquel lustro vio una sucesión vertiginosa de acontecimientos políticos que cambiaron el mundo. Mientras en Europa la *guerra fría* se estabilizaba, pese al Mayo francés y la *Primavera de Praga*, en América Latina el golpe de Estado militar que derrocó al Presidente brasileño João Goulart el 31 de marzo de 1964 y la magnitud de la represión contra las fuerzas democráticas y de izquierda anticipó lo que sobrevendría en el Cono Sur a partir de 1973.

### SOLIDARIDAD CON BRASIL

El derrocamiento del Presidente Goulart conmovió a la izquierda chilena, que en los años siguientes recibió con los brazos abiertos a numerosos refugiados políticos de ese país, incluidos destacados profesores universitarios e intelectuales como Theotonio dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Ruy Mauro Maurini o el gran pedagogo Paulo Freire.<sup>410</sup> A fines de diciembre de

1964, Salvador Allende se desplazó a Montevideo, junto con los presidentes de la CUT, Luis Figueroa, y de la FECh, Pedro Felipe Ramírez. En la Explanada de la Universidad, en la emblemática avenida 18 de Julio, ante unas cinco mil personas, dirigentes sindicales, estudiantiles y políticos de Argentina, Uruguay, Colombia y Chile denunciaron «las persecuciones, torturas y padecimientos» responsabilidad de la satrapía militar brasileña y llamaron a la solidaridad de los pueblos de América.

En el transcurso de aquel viaje tuvo la oportunidad de conocer personalmente a João Goulart, quien vivía asilado en la capital uruguaya, en un departamento próximo al parque de Villa Biarritz.<sup>411</sup> Uno de los ministros de Goulart, el antropólogo Darcy Ribeiro, quien después se asilaría en Chile y colaboraría con el Gobierno de la UP, estuvo presente en aquel encuentro: «Recuerdo sobre todo el encantamiento que produjo en mí (...) la lucidez y la pasión con que él analizaba y evaluaba nuestro fracaso: “es como una montaña que se hunde dejándonos un hueco enorme, insustituible”». <sup>412</sup>

El 6 de enero de 1965 Allende pronunció un discurso en el Senado para referirse a la situación de este país. Recordó que Goulart había puesto en marcha algunas transformaciones importantes, como las reformas agraria y tributaria y también una política internacional independiente guiada por los intereses nacionales. «En resumen, el Presidente del Brasil quiso hacer enmiendas dentro de los cauces legales a fin de luchar contra la inflación y planificar el desarrollo económico del país, con profundo sentido nacional. Pero, como indiscutiblemente hería los intereses del capital foráneo, de los monopolios y de la reacción brasileña, estos sectores se unieron para desatar una campaña increíble, motejar al Gobierno de Goulart de comunista y romper los diques de la Constitución y la ley».

También mencionó el telegrama de felicitación que Lyndon Johnson remitió al dictador, el mariscal Humberto de Alencar Castelo Branco, tras el derrocamiento del Presidente constitucional<sup>413</sup> y criticó el sometimiento del nuevo Gobierno al Fondo Monetario Internacional, la entrega de buena parte de los recursos naturales a multinacionales foráneas, el alza «brutal» del coste de la vida, la congelación de los salarios o la «libertad» de precios para alimentos, medicinas y otros artículos de primera necesidad. En el terreno de la represión, señaló la persecución contra el movimiento obrero («prácticamente, toda la directiva de la Central de Trabajadores está encarcelada»), la Unión Nacional de Estudiantes, los religiosos progresistas, la clausura de periódicos y editoriales, la

destrucción y quema de libros y la expulsión y prisión de destacados intelectuales y científicos, entre los que citó al arquitecto Óscar Niemeyer y al economista Celso Furtado. «En estos momentos existen en Brasil más de 46.000 presos políticos, algunos de los cuales han sido implacablemente torturados o arrastrados al suicidio; otros han desaparecido».

Y denunció la responsabilidad de Washington en la destrucción de la democracia en este país sudamericano. «Ciento cincuenta millones de dólares ha prestado Estados Unidos a la dictadura de Brasil. ¡Ellos, que hablan de derechos humanos, que gastan sumas fabulosas en su propaganda contra Cuba, que vaciaron su capacidad de difamación contra el movimiento popular chileno! (...) Todos estos hechos configuran una acción política dirigida, controlada y orientada desde los Estados Unidos para atacar al movimiento popular. Lo señalo porque el Gobierno de Goulart ni siquiera era popular: era un Gobierno de centro, dentro de la ley, y su Presidente, católico. Un Gobierno dentro de los marcos estrictos del derecho y la Constitución. Todo esto ha sido arrasado para imponer una dictadura, ejemplo de ignominia y vergüenza para América Latina y el continente».<sup>414</sup>

El 25 de agosto de 1965 remitió una carta a Goulart para transmitirle su solidaridad ante la situación aciaga que atravesaba su pueblo. También se refirió brevemente a la coyuntura chilena, a las contradicciones que empezaban a atenazar a la administración demócratacristiana. «Diríase que, por desgracia o por fortuna, hay un momento en que la vorágine publicitaria y las revoluciones terminológicas tienen que encarar los hechos. Y, entonces, surge nítida la verdad, certificando que las cosas son como son y no como la mentira quisiera que fuesen».<sup>415</sup>

## LOS MARINES EN SANTO DOMINGO

El 28 de abril de 1965 miles de *marines* invadieron la República Dominicana para derrocar al primer Presidente elegido democráticamente, Juan Bosch, un notable intelectual que había vivido refugiado en 1954 en Chile y era un buen amigo de Allende. El país quedó ocupado militarmente durante un año y medio, inmerso en una guerra civil, y Lyndon Johnson pidió a la OEA que «mediara» entre los partidarios y los enemigos de Bosch. Finalmente, lograron instalar en el palacio presidencial de Santo Domingo al neotrujillista Joaquín Balaguer, cuyos

primeros doce años fueron otra etapa oscura de la historia dominicana. Como en Brasil y Chile en 1964, Washington dejaba claro, en aquella ocasión con un procedimiento aún más contundente, que no permitiría «una segunda Cuba», molde en el que introducía toda experiencia democrática que intentara adoptar una posición independiente en la escena regional.

El 5 de mayo de 1965 Salvador Allende volvió a alzar su voz en el Senado para condenar la nueva agresión de Estados Unidos a otro país latinoamericano. Destacó en primer lugar la inoperancia de la OEA, «un organismo sometido a la presión norteamericana», y llamó a los pueblos de la Patria Grande a crear un instrumento de unidad efectivamente independiente y soberano. El Partido Socialista había pedido en aquellos días que, si la OEA tenía dignidad, debía aplicar sus sanciones no contra Cuba, sino precisamente contra Estados Unidos, «agresor e invasor que ha pisoteado los principios permanentes de respeto a la autodeterminación y soberanía de los países».

En aquella sesión, también leyó los telegramas que cinco senadores (Ampuero, Rafael Tarud, Aniceto Rodríguez, Carlos Altamirano y él) habían remitido tanto a Johnson como al secretario general de Naciones Unidas, U Thant. Al Presidente de Estados Unidos le exigieron respeto a la soberanía y autodeterminación de los pueblos y la retirada de los *marines*. «La actitud de su Gobierno atenta contra la independencia del pueblo dominicano, pisotea su dignidad, pone en peligro la existencia de millares de seres humanos y humilla a toda la América Latina. Por respeto a los héroes de la independencia de los Estados Unidos, termine usted con este atentado contra la independencia de la República Dominicana». Al secretario general de la ONU, le solicitaron una condena «categórica» de la invasión, puesto que el silencio del organismo supranacional constituía «una humillación para todos los seres humanos».<sup>416</sup>

Tampoco tuvo ningún reparo en elogiar la posición adoptada por Eduardo Frei, quien de inmediato solicitó la retirada de las tropas estadounidenses, y pidió que el Gobierno no invitara al embajador de este país al tradicional acto del 21 de mayo en el Congreso Nacional. Finalmente, elogió la resistencia de los patriotas dominicanos ante la invasión militar de la gran potencia: «Termino mis palabras manifestando nuestro apoyo y solidaridad con la heroica lucha del pueblo dominicano. Rindo un fervoroso homenaje a los que han dado sus vidas por defender el sagrado derecho de que su patria sea libre, independiente y soberana».

## ANTE LOS PUEBLOS DEL TERCER MUNDO

A principios de enero de 1966, Salvador Allende regresó a La Habana para tomar parte en otra magna cita convocada por la Revolución Cubana: la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, conocida como la Tricontinental,<sup>417</sup> que tuvo como sede el hotel Habana Libre. «Hemos llegado a esta Conferencia para insistir en que su máxima importancia consiste en la posibilidad de lograr, sobre la base de la lucha sin renuncias contra el imperialismo, una combativa unidad a favor de la liberación de Asia, África y América», declaró a la prensa cubana.<sup>418</sup>

Como presidente de la delegación chilena, cientos de delegados de organizaciones políticas, sindicales y sociales revolucionarias procedentes de 82 países escucharon su discurso en la jornada inaugural. Orgulloso de encontrarse en «el primer territorio libre de América Latina», saludó a los pueblos del Tercer Mundo que luchaban contra la explotación y la opresión, singularizando sus palabras en Vietnam «con cuya heroica resistencia revolucionaria nos sentimos definitiva y totalmente solidarios. Y denunciamos al agresor que pone en peligro la paz del mundo con su acción criminal».

Censuró también la estrategia de Washington tras el triunfo de la Revolución Cubana, la Alianza para el Progreso, cuyo mayor logro había sido, precisamente, la victoria de Frei en 1964. Sin embargo, el crecimiento del movimiento antiimperialista propició la formulación de la Doctrina Johnson, abiertamente desplegada con la invasión militar de República Dominicana: «Ello determina, también, en consecuencia, nuestra obligación de acentuar la lucha; movilizar a las masas, vincular la acción antiimperialista a las reivindicaciones cotidianas de la población: la huelga, la ocupación de tierras, la movilización colectiva y la toma de conciencia de que a la violencia reaccionaria se opondrá y opondremos la violencia revolucionaria. Será el propio pueblo de Chile y las condiciones de nuestro país lo que determinen que hagamos uso de tal o cual métodos para derrotar al enemigo imperialista y sus aliados».

Y trasladó a los pueblos del mundo el mensaje que en su país simbolizaba desde noviembre de 1951: «... unidad para pasar con decisión a la ofensiva y conquistar la independencia económica y la soberanía política de nuestros pueblos. Unidad para darle al hombre la dignidad que hoy se le niega. Unidad para terminar con el hambre, la enfermedad y la miseria moral y fisiológica. Unidad para estructurar la nueva sociedad, sin explotadores y explotados».

Unidad para construir el socialismo».<sup>419</sup>

Cinco años después, en la conversación con Régis Debray, dejó patente su lejanía de aquellos dirigentes y fuerzas políticas, como Acción Democrática de Venezuela o el APRA peruano, que se habían transmutado en organizaciones de perfil socialdemócrata que habían claudicado ante Estados Unidos. Su voluntad, como revolucionario, era seguir *caminando* junto a los partidos y movimientos socialistas y antiimperialistas de América Latina y del Tercer Mundo.

#### FRENTE AL MURO DE BERLÍN

El 7 de junio de 1966 Salvador Allende emprendió un viaje a Europa invitado por la Liga de los Comunistas Yugoslavos, que mantenía una estrecha relación con el Partido Socialista de Chile. Tras visitar el país que gobernaba el mariscal Tito, viajó por Polonia, Checoslovaquia y la República Democrática Alemana y, aunque tenía previsto seguir hacia la Unión Soviética, China y Vietnam, al final canceló esta última parte del itinerario. El 14 de septiembre, en un discurso en el Senado, relató su recorrido por aquellos cuatro países y se refirió al abismo que se había abierto en el campo comunista con las diferencias entre la URSS, que preconizaba la «coexistencia pacífica» con el bloque capitalista, y la China de Mao, que empezaba a plantear la Revolución Cultural y una política internacional diferenciada de la soviética, con un cierto eco en los partidos comunistas occidentales, aunque en el caso de Chile la escisión correspondiente, que daría lugar al Partido Comunista Revolucionario, fue insignificante.

En su intervención reconoció que, a pesar del trato deferente que le habían brindado, no podía ofrecer unas impresiones muy profundas. En los Balcanes había asistido al Congreso de los Campesinos Yugoslavos, «donde tuve la impresión de un nivel superior, porque los congresales, al margen de conceptos teóricos, precisaron su punto de vista en el desarrollo de su comuna, de su localidad, de las empresas cercanas al lugar de su morada y en el proceso general de la producción».

Asimismo, subrayó que fue la «presencia de la Unión Soviética» después de la Segunda Guerra Mundial la que instauró el socialismo en estos países y mérito de la economía socialista la reconstrucción realizada en las dos últimas décadas. Pudo comprobar la preocupación, compartida en los países de Europa

Occidental, por la posibilidad de una nueva conflagración bélica, atmósfera que conducía a la *coexistencia pacífica*, pero que también hacía que los gobiernos del bloque del Este desconfiaran del crecimiento de la izquierda revolucionaria en América Latina. «No advierten que nosotros, al luchar contra el imperialismo, fortalecemos las posibilidades de paz, porque el imperialismo norteamericano, el gendarme del imperialismo mundial, tiene su base aquí en este continente, que es bodega y despensa para hacer posible la amenaza de la guerra».

Aquella reflexión no ocultaba una crítica que compartían los grupos más izquierdistas del momento: «Ellos no comprenden el contenido de nuestra lucha emancipadora. Y yo les dije, con pasión de chileno y de latinoamericano, que los veía indiferentes a las grandes batallas colectivas que este continente ha estado dando y tendrá que dar». De hecho, antes de regresar a su país había asistido en Cuba al discurso de Fidel Castro del 26 de julio, con motivo de la conmemoración anual del asalto al cuartel Moncada, y en declaraciones a *Granma* criticó la invitación que formuló en aquellas semanas la URSS al ministro de Trabajo chileno, quien se había caracterizado por su legislación antiobrera y los intentos por arrebatar arteramente a la izquierda la conducción de la CUT.<sup>420</sup>

También hizo una mención específica a la RDA y al Muro de Berlín, edificado cinco años antes y que justificó en estos términos: «No tengo tiempo para detallar algunas cosas que me impresionaron, sobre todo en la República Democrática Alemana, que tiene veinte millones de habitantes y es un país agrícola. Esta República debe hacer frente a cincuenta millones de hombres, apoyados por el imperialismo norteamericano; sufre el sabotaje económico y financiero y padece una amenaza constante, que la ha llevado a levantar un muro cuya significación se ha exagerado y que, en realidad, representa la única defensa frente a una agresión económica que le ha costado más de 120.000 millones de marcos a lo largo de cuatro o seis años».<sup>421</sup> En 1966, el Muro no *significaba* lo mismo que hoy, aún no tenía el simbolismo que adquirió posteriormente y sobre todo a partir de 1989, con su caída como cierre del ciclo histórico abierto en 1917 y, según Hobsbawm, clausura del siglo *xx corto*.

CON EDUARDO GALEANO

Eduardo Galeano y Salvador Allende se conocieron en el invierno austral de

1963, cuando el escritor uruguayo acompañó al candidato presidencial del FRAP en una gira por el sur. «Con él vi nieve por primera vez. Charlamos y bebimos mucho, en las noches larguísimas de Punta Arenas, mientras caía la nieve al otro lado de las ventanas. Él me acompañó a comprarme calzoncillos largos de frisa. Allá los llaman *matapasiones*». Se reencontraron en 1964, en los últimos días de la campaña, y en abril de 1967 en Montevideo, cuando el senador chileno fue invitado a impartir una conferencia en la Universidad de la República titulada «El desarrollo económico latinoamericano», como réplica a la reunión de la Alianza para el Progreso que se celebraba de nuevo en el balneario turístico de Punta del Este.<sup>422</sup>

El paso del tiempo no horadó la memoria de aquella amistad en el gran escritor uruguayo, quien en 1979 recordaba: «En Montevideo lo acompañé a las reuniones políticas y a los actos; fuimos juntos al fútbol, compartimos la comida y los tragos, las milongas. Lo emocionaba la alegría de la multitud en las tribunas, el modo popular de celebrar los goles y las buenas jugadas, el estrépito de celebrar los tamboriles y los cohetes, las lluvias de papelitos de colores. Adoraba el panqueque de manzanas en el *Morini* viejo y el vino *Cabernet* de Santa Rosa le hacía chasquear la lengua, por pura cortesía, porque bien sabíamos los dos que los vinos chilenos son mucho mejores. Bailaba con ganas pero con un estilo de caballero antiguo y se inclinaba para besar la mano de las muchachas».<sup>423</sup>

En su discurso en la Universidad de la República, en abril de 1967, Allende constató el fracaso clamoroso de la Alianza para el Progreso con un sinfín de datos que retrataban la cruda realidad latinoamericana. Cifras de mortalidad infantil espeluznantes, falta de escolarización de millones de niños, enfermedades endémicas, hambre y desnutrición... Pero, además, definió la relación comercial y financiera de Estados Unidos con América Latina en estos términos: «un verdadero despojo». Habló de las inmensas riquezas naturales del subcontinente, explotadas por compañías estadounidenses para beneficio de sus accionistas y no de los pueblos latinoamericanos, y mencionó, entre otros muchos ejemplos, el caso chileno: «... las tres grandes empresas del cobre han retirado del país más de 3.950 millones de dólares, las empresas salitreras, 3.940 millones de dólares, en el hierro la empresa Bethlehem 970 millones de dólares y, si a lo anterior se agrega lo retirado por las compañías extranjeras con intereses en los teléfonos, electricidad, comercio y otras compañías de la mediana minería del hierro y cobre, se alcanza una cifra que supera los 9.000

millones de dólares, monto prácticamente igual al que se estima que representa todo el capital productivo de la economía chilena».

Y siguió con Perú, donde las transnacionales controlaban el 80% de las materias primas, Venezuela, donde explotaban los recursos de oro, hierro, siderurgia, petroquímica o bauxita, y América Central, con el yugo imperial de la United Fruit Company. Frente a la Alianza para el Progreso y el disfraz reformista que se colocaba la penetración imperialista en América Latina, Allende destacó la unidad de las fuerzas revolucionarias en la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), cuya creación él había propuesto en enero de 1966 en la Conferencia de la Tricontinental.

### LA HUELLA DEL CHE

Entre el 31 de julio y el 10 de agosto de 1967 se celebró en La Habana la primera Conferencia de la OLAS. A excepción de las delegaciones nacionales de Chile y Uruguay (hegemonizadas por socialistas y comunistas en el primer caso y por el PCU en el segundo), el resto de países enviaron representantes de fuerzas políticas plenamente identificadas con la estrategia revolucionaria que encarnaba Fidel Castro. En el caso de la numerosa delegación chilena, acompañaron a Allende los comunistas Jorge Montes, Carlos Cerda, Bernardo Araya y Volodia Teitelboim, y los socialistas Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano, entre otros.

La declaración final señaló que la lucha armada constituía la estrategia fundamental de la revolución socialista en América Latina. «El triunfo y consolidación de la Revolución Cubana puso de manifiesto que la insurrección armada es el verdadero camino para la toma del poder por el pueblo trabajador y, a la vez, que los ejércitos profesionales pueden ser destruidos, las oligarquías vencidas, el imperialismo yanqui derrotado y el socialismo como vía nacional de desarrollo, desarrollarse y fortalecerse, no obstante el bloqueo económico, la subversión, la agresión, el chantaje, el hostigamiento, la presión y la contrarrevolución».<sup>424</sup>

La leyenda sobre el papel de Allende en la OLAS empezó a tejerse ya en aquellos días en su país, puesto que tanto el Gobierno, como la derecha y los medios de comunicación conservadores se escandalizaron por que él, presidente del Senado desde el 27 de diciembre de 1966, compartiera estas tesis.

Curiosamente, de la OLAS habló más la derecha, ofendida por su inflamada retórica, que la izquierda latinoamericana, que no supo dotarla de contenido y en poco tiempo cayó para ella en el olvido. «Siempre sostuve que la OLAS tenía que ser un organismo de información, de coordinación y de solidaridad. Y tanto es así que siendo presidente del Senado dije rotunda y categóricamente que yo no era el presidente de la OLAS, pero sí que estaba en el directorio de la OLAS y que no renunciaba a él aun si me censuraban por eso, y no se atrevieron a censurarme», afirmó Allende en enero de 1971.<sup>425</sup>

El 9 de octubre, apenas dos meses después de la Conferencia de la OLAS, una noticia estremeció a los pueblos de América Latina: la ejecución en la sierra boliviana de Ernesto *Che* Guevara por el ejército boliviano y la CIA. Diez días después, el Senado chileno, a petición de once senadores de izquierda, celebró una sesión especial dedicada a su memoria en la que Allende pronunció un largo discurso. Evocó cuando le conoció en los días luminosos de febrero de 1959 en La Habana, leyó su carta de despedida a Fidel Castro, trazó su biografía y destacó su largo viaje en motocicleta por América, así como su decisión de unirse a los guerrilleros que se embarcaron en el *Granma*.

Mostró también el ejemplar de *La guerra de guerrillas* que el revolucionario argentino le regaló dedicado en 1960, leyó pasajes de su ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba* y de su discurso en Punta del Este en agosto de 1961, cuando denunció la Alianza para el Progreso, al tiempo que elogió su condición de estadista, probada en los primeros años de la Revolución. «Nadie podrá extirpar la voluntad de lucha de los pueblos ni el recuerdo de un hombre que supo encarnar la expresión superior de un revolucionario, consecuente con sus ideas, que nos ha legado el ejemplo moral de su actitud y de renunciamiento a todo, superándolo todo, para hacer posible que en el corazón de América se organice más fuerte y más firme la revolución liberadora. (...) En la lucha de los pueblos estará vivo su recuerdo como la acción legendaria del hombre que contribuyó a construir Cuba con sus manos y el destino de la Humanidad toda con su pensamiento y martirio».<sup>426</sup>

Su admiración por Guevara no fue un simple ejercicio de retórica y tuvo la oportunidad de demostrarlo cuatro meses después, cuando el 22 de febrero de 1968 tres combatientes cubanos, supervivientes del foco guerrillero de Ñancahuazú, aparecieron junto con dos guías bolivianos en la localidad de Camiña, en la provincia de Tarapacá, a 1.750 kilómetros de distancia de Vallegrande, donde el Che fue asesinado. Los guerrilleros Harry Villegas,

*Pombo*, Leonardo Tamayo, *Urbano*, y Daniel Alarcón, *Benigno*, así como Efraín Quiñones y Estanislao Vilca habían logrado burlar a la CIA, los *rangers* y el Ejército boliviano tras sobrevivir a 35 combates y atravesar casi todo el territorio boliviano, desde la espesa zona tropical del oriente a la altiplanicie, después a la inhóspita región de salares próxima a la frontera con Chile y finalmente la cordillera andina.<sup>427</sup>

Ya en territorio chileno, se tropezaron con un periodista de *Las Últimas Noticias*, a quien expresaron su deseo de regresar a Cuba. Retenidos por Carabineros, fueron trasladados a Santiago, conducidos al hospital de este cuerpo policial, donde se les hizo una revisión médica, y al cuartel de la Policía de Investigaciones.<sup>428</sup> Allí les visitaron Salvador Allende, Volodia Teitelboim y Gladys Marín, entre otros dirigentes de la izquierda. Las gestiones de los partidos Socialista y Comunista permitieron que tras dar la vuelta al globo los tres guerrilleros pudieran regresar a Cuba. Beatriz Allende, miembro (con el nombre de «Marcela») del grupo de socialistas chilenos conocidos como *los elenos* por su apoyo al ELN boliviano y la expedición del Che, también participó activamente en aquella acción internacionalista.

El Gobierno de Frei resolvió expulsarles a Tahití (al sur del océano Pacífico, en la Polinesia francesa) vía Isla de Pascua, y Allende les acompañó para garantizar su seguridad y el retorno a Cuba: «Yo era presidente del Senado, tú sabes, cuando llegaron aquí los guerrilleros que acompañaban al Che. Entonces yo estuve con ellos en Iquique y después volé a Pascua y Tahití con ellos. Ahí me firmaron Pombo, Benigno y Urbano en este libro *La guerra de guerrillas*, que yo llevaba, y ellos pusieron lo siguiente: “Compañero, en el libro que le obsequió el Che, queremos que queden estas palabras como homenaje a él de los que fuimos sus compañeros de la guerrilla boliviana”.».<sup>429</sup>

En la memoria de los revolucionarios cubanos quedó grabada su ayuda fraternal, como ha explicado Harry Villegas, *Pombo*, apodo en suahili que le impusieron en 1965 en la expedición del Che en el Congo: «También en Tahití tuvimos la posibilidad de compartir más con Allende, de conversar con él, de que nos transmitiera sus ideas, su concepción de la toma del poder por vías pacíficas; pero además de estos aspectos de carácter político, pudimos apreciar la parte humana del dirigente, su preocupación por el pueblo, pudimos ver a un Allende alegre, compartimos una noche en la que bailamos *ula ula*, hicimos chistes, jaranas; todo ello contribuyó a tener una comunicación más directa y a conocer aún más a ese gran hombre de Chile. Nos despedimos con un

sentimiento de agradecimiento profundo por la ayuda solidaria y combativa que nos ofreció como verdadero revolucionario».<sup>430</sup> Tras volar a Sri Lanka, Etiopía, París y Moscú, llegaron por fin a La Habana, donde Fidel Castro les recibió como héroes en la misma pista del aeropuerto.

Al regresar a Santiago, Allende tuvo que enfrentar la nueva campaña que la prensa derechista había orquestado contra él. Invitado a un programa de televisión en el que participaron los directores de varios de esos diarios, entre ellos René Silva Espejo de *El Mercurio*, pudo contraatacar. «Para un militante de la revolución latinoamericana es un deber legítimo y honroso prestar su solidaridad —humana e ideológica— a los compañeros militantes de la misma revolución... Eso es algo que todo revolucionario entiende y acepta, eso es algo que ningún lacayo y mercenario comprenderá nunca». En términos durísimos criticó a *El Mercurio*, porque no informaba sobre la agresión bélica de Estados Unidos contra Vietnam, y no dudó en referirse al contexto latinoamericano: «Yo espero y anhelo como chileno que escapemos a la violencia; sin embargo, cuando uno ve la tentativa de crear el Ejército Interamericano de Paz [propuesto por Estados Unidos en Punta del Este en 1967], cuando conoce lo que son las “fronteras ideológicas”, cuando sabe del derecho de los americanos a invadir Santo Domingo y lo que han hecho los americanos aun en Brasil, cuando sabemos lo que hacen en su propia patria, tiene que tener serias dudas de que vayan a respetar la voluntad del pueblo. Por lo tanto, todavía estoy en la lucha popular y le reitero que no vamos a la violencia, pero que la violencia revolucionaria es a veces la única respuesta a la violencia de ustedes, la violencia reaccionaria».<sup>431</sup>

Incluso se decidió a escribir una carta al director de *El Mercurio*: «Chile es hasta hoy un país que vive en la forma de la democracia burguesa; con todas sus fallas indiscutiblemente es uno de los países de América en el cual las luchas cívicas tienen un contenido todavía, pero que cada vez se va cerrando más la posibilidad de que los movimientos populares conquisten por las urnas el poder en Chile, y en eso gran culpa tiene *El Mercurio* por su implacable, por su torpe, por su permanente desviación de la verdad y deformación de los hechos; por su implacable defensa de sus intereses, por negar el derecho a una vida distinta a la inmensa mayoría de los chilenos (...). Creemos, sí, señor director, que lamentablemente cada vez que en el esquema del mundo la violencia se desata con más frecuencia lo hace el imperialismo, la cultura suya no le puede hacer olvidar lo que es Vietnam, Vietnam que no existe para *El Mercurio* aunque exista

para el Papa...». <sup>432</sup>

Y el 12 de marzo de 1968 rindió un informe en el Senado acerca de «su reciente viaje a Pascua y Tahití», en el que volvió a reivindicar su actuación solidaria con los guerrilleros cubanos y expresó su indignación por las descalificaciones y burlas de la prensa conservadora. Frente a esas críticas subrayó su trayectoria, marcada por la honradez y la honestidad con sus principios, y expresó su satisfacción por haber cumplido, como militante revolucionario y socialista, una acción consecuente con sus convicciones. <sup>433</sup>

### LA PRIMAVERA DE PRAGA

La noche del 20 al 21 de agosto de 1968 unos 200.000 soldados y más de dos mil tanques de cinco naciones del Pacto de Varsovia (la Unión Soviética, Polonia, la RDA, Bulgaria y Hungría) invadieron Checoslovaquia para poner fin a las reformas democráticas emprendidas por Alexander Dubcek. Solo algunas horas más tarde de aquellos dramáticos sucesos que pondrían fin a la esperanzadora *Primavera de Praga* y restauraron un Gobierno afín a Moscú, Salvador Allende, que visitó este país en 1966, habló en el Senado para condenar «enérgicamente» esta agresión militar. Entonces no podía aún avistarse que aquellos sucesos marcarían el fin de las esperanzas de la democratización del socialismo del Este europeo, que serían un punto de inflexión decisivo en la historia de la izquierda mundial, un duro golpe moral para quienes en otras partes del planeta alzaban las banderas comunistas en la lucha por la democracia y la libertad, en muchos casos arriesgando la vida en condiciones de dura clandestinidad y represión. <sup>434</sup>

Precisamente por ello, tiene un mayor mérito la rápida reacción de Allende, quien planteó que aquellos hechos revestían una «extrema gravedad para las relaciones de los Estados socialistas y también para el movimiento socialista mundial». Señaló que se había producido una violación de los principios de no intervención y autodeterminación. «Creemos en el internacionalismo proletario, en la solidaridad de los países que usan el mismo lenguaje doctrinario; pero lo que ha sucedido es muy diferente. Afirmamos rotundamente que cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas». La soberanía de Checoslovaquia había sido «atropellada». Su larga experiencia política le sugería que las fuerzas reaccionarias y el imperialismo harían una «inmisericorde

explotación de este hecho doloroso». «Estamos en desacuerdo con el procedimiento puesto en práctica y destacamos nuestra autoridad moral para censurarlo, porque no hemos callado jamás. Igual denuncia hicimos en el caso de Hungría».<sup>435</sup> Pero al mismo tiempo señaló la hipocresía de quienes entonces se rasgaban las vestiduras por Praga y habían callado cuando Arbenz fue derrocado o los *marines* invadieron la República Dominicana.

Mientras que el Partido Socialista, el Partido Radical o un minúsculo entonces Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) también condenaron la invasión militar de Checoslovaquia, el Partido Comunista la apoyó en una declaración difundida el mismo día que Allende hizo aquel discurso en el Senado, porque consideraba necesario evitar que «las fuerzas reaccionarias» reconquistaran «para el capitalismo a Checoslovaquia y a ningún otro país socialista». Tres días más tarde el PC organizó un acto de masas en el Teatro Caupolicán en el que Luis Corvalán precisó que lo sucedido era «una verdadera tragedia» y que los comunistas chilenos, que defendían una concepción pluralista de la sociedad y la unidad de todas las fuerzas populares, consideraban «legítima y natural» la diversidad de formas de construcción del socialismo.<sup>436</sup>

### CON EL TÍO HO

La épica lucha de Vietnam contra la agresión imperialista norteamericana se convirtió en los años sesenta en el símbolo de la emancipación de los pueblos del Tercer Mundo. Un pequeño país, que ya había derrotado al colonialismo francés, hacía frente, guiado por Ho Chi Minh, al gigantesco despliegue militar de la mayor potencia bélica de la Tierra, que además usó el armamento más abyecto. Vietnam estuvo presente en la palabra de Allende a lo largo de aquellos años y en la conciencia del movimiento popular chileno, que realizó marchas imborrables en defensa del lejano pueblo asiático y que cantó con Víctor Jara «El derecho de vivir en paz».

El 6 de febrero de 1968, en el Senado, Salvador Allende expresó su admiración por Vietnam, que en aquellas semanas conocía la legendaria *Ofensiva del Tet*, dirigida por el genio militar de Nguyen Von Giap: «En verdad, constituye una maravillosa lección poder comprobar que un pueblo pequeño, de economía agraria, que durante toda su historia ha debido derrotar a invasores, que prácticamente —podría afirmarse sin exagerar— ha vivido cientos de años

con las armas en la mano, que hace tan solo cinco o seis años tuvo la audacia creadora de derrotar al imperialismo francés y señalar el camino de su independencia, haya resistido primero, y derrotado después, al país capitalista más poderoso, que dispone de la técnica bélica más desarrollada y que no se ha detenido ante nada, empleando a veces procedimientos absolutamente proscritos por los conceptos más elementales de humanidad para destruir no solo al hombre, sino también la economía del pueblo vietnamita. Así es como ha utilizado gases venenosos con los cuales asesina a poblaciones civiles y, además, destruye la posibilidad de la tierra de poder germinar y entregar sus frutos para las generaciones futuras». Y, del mismo modo que otras veces expresó su opinión crítica respecto a la Unión Soviética, ensalzó entonces su ayuda militar a Vietnam.<sup>437</sup>

En los primeros días de mayo de 1969 Allende emprendió un largo viaje de tres meses junto con el joven doctor y dirigente socialista Eduardo Paredes por México, Moscú, Pekín, Camboya, Vietnam, Corea del Norte y finalmente, durante varias semanas, Cuba. Así se lo relató el 7 de junio desde México a Augusto Olivares, cuando estaba a punto de partir hacia La Habana, donde se reuniría con Fidel Castro. «Lo visto, aprendido y vivido en este largo y duro viaje supera los treinta años de lucha política. Corea fue una grata sorpresa. Jamás imaginé el desarrollo que ha alcanzado y las metas logradas en los campos económicos, políticos y sociales». En Pyonyang se reunió durante una hora y media con Kim Il Sung, de quien dijo escuetamente: «Se las trae. (...) Claro, directo y con clara conciencia de la tarea histórica que tiene aún que alcanzar al conseguirse la reunificación de Corea».

Camino de Vietnam, pasaron cuatro días en Pekín esperando el avión que por fin pudo llevarles junto al gran líder político vietnamita. «La tierra del Tío Ho me golpeó fuertemente y el viejo me produjo la más fuerte emoción de mi vida. Su palabra, su sencillez, el trato que nos dio son inolvidables. La media hora con Ho Chi Minh me ha significado una gran lección». Pasaron después cuatro días en Camboya y otros tantos en Moscú. «La Unión Soviética nunca me produjo una sensación tan clara de su poderío, lo funcional de su estructura y los grandes avances logrados. En diez años Estados Unidos quedará muy atrás». Al día siguiente de escribir aquellas líneas tenía previsto reunirse con Fidel Castro. En apenas cuatro semanas se entrevistó con los líderes de Vietnam y Corea del Norte, con la jerarquía soviética y china, con el comandante cubano. «En resumen en un mes y días lo más importante del campo socialista», escribió. Al

final de aquella carta redactada el 7 de junio de 1969, que no se conoció hasta su *retorno* de Cuba en 2008 y su publicación en *Punto Final*, le comentó a su amigo la necesidad de unir a la izquierda chilena a «los viejos y los nuevos combatientes». «Creo que como nunca la levadura social está sacudiendo nuestras patrias». <sup>438</sup>

De aquel largo viaje perduró en su memoria sobre todo el encuentro que mantuvo con el líder comunista vietnamita tan solo tres meses antes de su fallecimiento. Acostumbrado a pronunciar largos y documentados discursos, tan solo pudo responder con el silencio cuando le estrechó. «En mi vida había tenido instantes de emoción como cuando fui abrazado por el Presidente Ho Chi Minh. Créanme que hubo un instante, un momento largo en el que no fui capaz de articular palabra. Pienso que nunca había estado más elocuente que en esa ocasión en que no fui capaz de hablar», explicó a *Las Noticias de Última Hora* en septiembre de 1969.

Conocía bien la biografía de aquel anciano de mirada sincera, de modestia infinita: su militancia en el Partido Comunista Francés, su trabajo como inmigrante en Europa, su papel en la fundación del Partido Comunista de Indochina, su tenaz y heroica lucha al frente de su pueblo contra el imperialismo japonés, francés y estadounidense. «Era alto, muy delgado, vestido con suma sencillez, calzaba sandalias y se cubría su cabeza de blancos cabellos con un *jockey*. Era Ho Chi Minh. Se acercó a nosotros con una sonrisa bondadosa, cordial. Extremadamente pálido, casi transparente, brillaban con más fuerza sus ojos profundamente azules. Se quitó el *jockey* y nos saludó con las dos manos entre las nuestras y un beso en la mejilla. Con ademán paternal, con voz suave nos invitó a sentarnos hablando un correcto español».

Ellos le agradecieron que les hubiera recibido, pero su anfitrión precisó: «Somos nosotros, compañero, los que estamos agradecidos de su visita. De que ustedes vengan de un país tan lejano a conocernos, a ver nuestra lucha. Que nos traigan el cariño del pueblo chileno». La conversación fue muy calurosa, puesto que el *Tío Ho* había aprendido a hablar español cuando trabajó como pinche de cocina en un barco argentino. Les habló, «en voz baja, pausada, a veces muy tierna, con tono paternal», de los avances de la educación de los niños vietnamitas y de su papel en la lucha por la liberación de la patria. Eduardo Paredes y Salvador Allende comprobaron el respeto y afecto del pueblo hacia él. «Era tanto el cariño popular, sin caer en el culto a la personalidad, que los obreros trabajaron horas extraordinarias y noches enteras voluntarias para

reconstruir un puente sobre el Río Amarillo, derribado por los bombardeos yanquis, a fin de tenerlo listo para el cumpleaños del *Tío Ho*, como regalo. Y lo lograron. Ese fue un obsequio al cumplir los 79 años. Su vida de lucha sin treguas, su sacrificio, su humanismo, su condición de padre y creador de la República le dieron esa veneración del pueblo».

Él les mostró una vieja libreta donde con letra temblorosa anotaba los datos de los alumnos que en los años recientes habían sido alumnos distinguidos, a quienes personalmente les escribía una carta. Una lección que Allende jamás olvidó y que relataría en mayo de 1972 a los estudiantes de la Universidad de Concepción en el discurso de inauguración del curso académico.<sup>439</sup> «Hablamos 40 minutos y entonces Ho Chi Minh se alzó en su asiento y pidió disculpas por tener que retirarse. Explicó que solo se había levantado para esta “visita” que venía de tan lejos. (...) Antes nos estrechó fuertemente las manos y nos besó en la mejilla. Al llegar a la puerta, se volvió lentamente, sacándose el *jockey*, nos dijo con afectuosa sencillez: “Hasta la vista, compañeros... Los esperamos de nuevo. Nuestro cariño al pueblo de Chile”.».<sup>440</sup> El doctor Paredes y él recibieron como regalo sendos anillos hechos con metal del fuselaje del avión de combate número 3.200 abatido por las baterías antiaéreas de la República Democrática de Vietnam.

Ese cariño fue ampliamente correspondido por la izquierda chilena. El 15 de septiembre de 1969, doce días después de su muerte, el Partido Socialista organizó un acto de homenaje al líder vietnamita en el Estadio Nataniel de Santiago. Y un año después Allende confesó a Debray que aquel viaje había «robustecido» su pensamiento político: «Después en Vietnam, y ahí sí que se reafirmó mi convicción, la que yo había sentido y palpado en Cuba: un pueblo unido, un pueblo con conciencia política, un pueblo cuyos dirigentes tienen la fortaleza moral, el prestigio y el ascendiente de Ho Chi Minh, es un pueblo invencible. Me impresionaron el coraje y la vitalidad de todo este pueblo. De los contactos que pude tener con los compañeros de Vietnam del Sur saqué una lección de claridad y de amplitud política. Los diez puntos del programa del Frente Nacional de Liberación son un ejemplo de esta amplitud. La concepción que tienen del Frente Revolucionario, como Frente de la Patria, me interesó mucho».<sup>441</sup>

Su Gobierno estableció las relaciones diplomáticas entre Chile y la República Democrática de Vietnam con el respectivo intercambio de embajadas. Patricia Espejo, quien trabajó con Miria Contreras, *la Payita*, y Beatriz Allende

en la secretaría de La Moneda entre 1970 y 1973, evoca el afecto que el Presidente Allende sentía por Vietnam: «Al principio, tuvimos que ayudar mucho a las embajadas de los países con los que Chile estableció relaciones, como Cuba, Corea del Norte y Vietnam. Mi mejor experiencia fue con los vietnamitas, que eran de una modestia infinita. Incluso durante un tiempo les dábamos un poco de dinero cada mes. Una noche nos invitaron a comer a la Tati y a su marido, a mi esposo y a mí y a la Paya y a Allende a una comida muy sencilla en la Embajada, que estaba por Providencia. El doctor salió feliz de esa comida, nos fuimos caminando bastante rato con los escoltas del GAP detrás, mientras nos hablaba de Ho Chi Minh».<sup>442</sup>

410. Varios de ellos trabajarían entre 1970 y 1973 en los centros intelectuales próximos a la Unidad Popular. A partir del 11 de septiembre de 1973 tendrían que volver a exiliarse.
411. Moniz Bandeira, Luiz Alberto: *Fórmula para el caos. La caída de Salvador Allende (1970-1973)*. Debate. Santiago de Chile, 2008, p. 25.
412. Ribeiro, Darcy: «Salvador Allende y la izquierda desvariada». En: *¿Por qué cayó Allende? Autopsia del gobierno popular chileno*. Rodolfo Alonso Editor. Buenos Aires, 1974, p. 71.
413. El embajador estadounidense en Chile recordó que aguardaron hasta el 24 de septiembre para reconocer a la Junta Militar encabezada por Pinochet a fin de evitar que su Gobierno fuera acusado de complicidad como había sucedido en el caso de Brasil en 1964. Davis, Nathaniel: *Los dos últimos años de Salvador Allende*. Plaza & Janés. Madrid, 1986, pp. 336-337.
414. Allende, Salvador: *Persecuciones políticas en Brasil. Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile*. Sesión 16.<sup>a</sup>. Miércoles 6 de enero de 1965.
415. Esta carta se reproduce en el Apéndice V. Está depositada en el Archivo Nacional de Brasil, en Brasilia, y ha sido facilitada por el hijo mayor del Presidente brasileño derrocado en 1964, João Vicente Goulart, a quien agradezco su amable ayuda.
416. *Salvador Allende. América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, pp. 157-159.
417. Una de las grandes consignas de la época, «Crear dos, tres, muchos Vietnam», está extraída del mensaje (publicado en abril de 1967) que Ernesto Che Guevara envió a la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL), fundada en aquellos días de enero de 1966 en La Habana.
418. *Bohemia*, 14 de enero de 1966, p. 72. Agradezco a mi buen amigo habanero José A. Buergo Rodríguez que se haya desplazado a la Biblioteca Nacional de Cuba «José Martí» para localizar esta referencia y otra de agosto de 1966, puesto que ninguno de estos dos números de *Bohemia* pueden consultarse en Madrid o en Santiago de Chile.
419. Modak, Frida (coord.): *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI*. Plaza & Janés. México, 1998, pp. 299-301.
420. Estas declaraciones también se publicaron en: *Bohemia*, 4 de agosto de 1966, pp. 70-71.
421. *Salvador Allende: Frente al mundo*. Archivo Salvador Allende, n.º 11, pp. 133-137.
422. Allende, Salvador: *Punta del Este. La nueva estrategia del imperialismo*. Diálogo. Montevideo, 1967.
423. Galeano, Eduardo: *Días y noches de amor y de guerra*. Laia. Barcelona, 1979, pp. 68-69.
424. *Punto Final. Documentos*. Suplemento del número 36. Segunda quincena de agosto de 1967, pp. 17-20.
425. Debray, pp. 121-122.
426. Allende, Salvador: *Homenaje a la memoria del comandante Ernesto Che Guevara*. Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Sesión 7.<sup>a</sup>. Miércoles 18 de octubre de 1967. Este discurso se ha publicado en: *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, pp. 105-114.
427. Minà, Gianni: *Un continente desaparecido*. Península. Barcelona, 1996, p. 135.
428. *Punto Final. Documentos*. Suplemento del n.º 49. Santiago de Chile, 27 de febrero de 1968.
429. Debray, p. 72.
430. *Pombo. Un hombre de la guerrilla del Che*. Política. La Habana, 1996, p. 238.
431. Debray, pp. 137-138.
432. Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 430.
433. *Informe del señor presidente del Senado acerca de su reciente viaje a Pascua y Tahití*. Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Sesión 65.<sup>a</sup>. Martes, 12 de marzo de 1968.
434. Pala, Giaime y Nencioni, Tomasso (eds.): *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*. El Viejo Topo. Barcelona, 2008.
435. *Salvador Allende: Frente al mundo*. Archivo Salvador Allende, n.º 11, pp. 145-150.
436. Corvalán (1997), p. 111.

437. *Salvador Allende: Frente al mundo*. Archivo Salvador Allende, n.º 11, pp. 157-158.
438. *Punto Final*, n.º 665. 26 de junio de 2008, p. 32. Número especial con motivo del centenario del nacimiento de Allende.
439. Witker, p. 244.
440. *Las Noticias de Última Hora*, 4 de septiembre de 1969, p. 9.
441. Debray, pp. 74-75.
442. Entrevista a Patricia Espejo. Santiago de Chile, noviembre de 2012.

## La construcción de la Unidad Popular

A pesar de la elevada votación alcanzada, la derrota de 1964 pudo marcar el ocaso de la trayectoria política de Salvador Allende. La radicalización retórica del Partido Socialista, la fuerte atracción que una parte de las nuevas generaciones de militantes de izquierda sentía por la Revolución Cubana y su mística de la lucha armada victoriosa, su imagen como presidente del aristocrático Senado y como representante de la «izquierda tradicional» dificultaron más que nunca su elección como candidato presidencial para 1970. Pero la crisis del Partido Demócrata Cristiano, que estalló en 1969 con la escisión que dio lugar a la fundación del MAPU, y el fracaso de la administración de Frei, ejemplificado dramáticamente en la masacre de Puerto Montt, abrieron paso a una ampliación del frente político que encabezaban socialistas y comunistas. En octubre de 1969 nació la Unidad Popular (UP), que aglutinó también a los cristianos del MAPU, al Partido Radical y a otros sectores de la izquierda. Finalmente, en enero de 1970, después de cuatro meses y medio de negociaciones, Allende volvió a ser elegido el representante de las fuerzas que apostaban por la construcción del socialismo. A punto de cumplir 62 años, era su última oportunidad para llegar a La Moneda. Para abrir las puertas de la Historia.

### JUICIO A LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Su aplastante victoria permitió a Frei formar el único Ejecutivo «monocolor» del siglo XX chileno. La predicción formulada por su compañero Radomiro Tomic en aquellos momentos de desbordante euforia («la Democracia Cristiana estará en el Gobierno por lo menos treinta años») pareció confirmarse seis meses después en las elecciones legislativas, cuando el PDC alcanzó su mejor

resultado, el 42,49% de los votos, que permitió a Frei gozar durante los dos tercios de su mandato de una amplísima mayoría en la Cámara de Diputados (82 escaños de 150) y una importante presencia en el Senado (13 representantes de 45), algo desconocido en un país caracterizado por un acusado multipartidismo. En este contexto desechó cualquier alianza interna y optó por gobernar con un discurso «revolucionario».<sup>443</sup> Sí se *alió*, en cambio, con los bancos privados estadounidenses, que le concedieron créditos por valor de 300 millones de dólares, y con la Casa Blanca ya que, según Henry Kissinger, la ayuda oficial de los gobiernos de Johnson y Nixon a su administración sobrepasó los mil millones de dólares.<sup>444</sup>

Los aspectos más destacados del reformismo democratacristiano fueron la reforma agraria y la sindicalización campesina, las políticas de «promoción popular» de los sectores marginados urbanos, la nacionalización parcial (llamada *chilenización*) del cobre, la extensión de la educación y el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Estas medidas, encaminadas a tejer una sólida base de apoyo social, le enajenaron el apoyo de la derecha, indignada especialmente con los cambios en el mundo rural, puesto que parte de su base electoral procedía de unas relaciones casi feudales cuyos ejes eran el latifundio, el caciquismo y el clientelismo político.

En noviembre de 1965, cuando la hegemonía del Partido Demócrata Cristiano aparecía como incontestable, Salvador Allende enjuició el primer año de Frei y su publicitada «Revolución en Libertad». Recordó que tanto el PDC como el FRAP habían prometido un cambio profundo en las estructuras económicas y en la realidad social y política, pero subrayó que la izquierda había acertado al vaticinar que el Partido Demócrata Cristiano no podría transformar la sociedad: «Nos ha asistido la razón cuando advertimos de que la Democracia Cristiana no sería capaz de cumplir en Chile una revolución, por la ambigüedad de su base teórica; por la composición contradictoria de las fuerzas que le brindaron sus votos; por su inspiración genuinamente imperialista; por su carencia de autonomía respecto de los grandes intereses monopólicos nacionales e internacionales y, en suma, por la esencia misma de su filosofía, su estrategia y sus tácticas».

También señaló que el PDC era un partido esencialmente pro capitalista que, a pesar de las posiciones progresistas de algunos de sus miembros, tenía como misión histórica la preservación de ese modelo económico. Negó que hubiera una «tercera vía» entre capitalismo y socialismo y, por tanto, rechazó que el

«comunitarismo» que preconizaban los teóricos del PDC fuera una alternativa creíble, ya que la doctrina social de la Iglesia jamás había propugnado la sustitución del capitalismo. Citó como ejemplos los casos emblemáticos de Italia y la República Federal Alemana, donde gobernaban los socialcristianos, cuya «acción se consagra a defender los regímenes burgueses». Además, a su juicio, el proyecto del PDC se descalificaba por haberse aliado con el imperialismo y la derecha: «La Democracia Cristiana ayuntó su destino electoral en Chile al antimarxismo. En este despenadero no hubo recurso del que no se valiera. Cuando se analice con la neutralidad del tiempo este periodo de nuestra historia cívica, corresponderá al partido que hoy gobierna el extraño privilegio de haber acallado, en un momento crucial de Chile, los anhelos de libre determinación de nuestro pueblo, a través de una presión de raíz foránea, tanto en su inspiración de fondo como en su ejecución masiva, que distorsionó y confundió el sentir nacional y patriótico».

Acusó al PDC de estar sometido a una «dependencia efectiva de Estados Unidos» y de la estrategia de la Alianza para el Progreso y citó la penetración de organizaciones imperialistas como los Cuerpos de Paz y el Instituto de Educación Campesina, los intentos de quebrar la unidad obrera en la CUT, el financiamiento de centros como el DESAL (dirigido por Roger Vekemans) y la actividad de la Iglesia alemana a través de Misereor, su organismo de ayuda a los países subdesarrollados.<sup>445</sup>

## LA RADICALIZACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA

La inapelable derrota en las elecciones de 1964 reforzó el escepticismo sobre la posibilidad de conquistar la Presidencia de la República por la «vía pacífica» en sectores amplios de la izquierda, principalmente del Partido Socialista, y contribuyó a la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en agosto de 1965. Se desencadenó lo que Tomas Moulian ha llamado «una crisis de futuro»: el desencanto por la derrota presentaba la posibilidad de conquistar un «Gobierno popular» como una utopía inalcanzable.<sup>446</sup> En ese contexto, el PS radicalizó sus planteamientos teóricos e ideológicos e infló su retórica revolucionaria, sin que ello tuviera la menor repercusión en su estrategia política.

En diciembre de 1964, su Comité Central realizó una durísima autocrítica de

la campaña electoral desarrollada por el FRAP, sin escatimar alusiones muy severas al candidato. Aquella reunión situó al Partido Socialista «en la oposición más irreductible e indivisible al señor Frei» porque «sabemos que la DC de hoy es la derecha de ayer». «En buenas cuentas, reconozcamos que esos resultados han echado por la borda las formas tradicionales y el espíritu que han presidido las acciones de la izquierda. Esos resultados, camaradas, nos indican que de nada sirven las indefiniciones, las vacilaciones, las duplicidades, las conciliaciones, que más que un paso atrás y dos adelante, significan un retroceso en muchos pasos y reiniciar una ruta que deviene en confusión, desarme ideológico y desaliento para las grandes masas asalariadas. Lo afirmamos rotundamente (...) si algo ha caducado y ha sido desahuciado a la luz de los resultados de esta elección es la política de supuesta unidad nacional, que se traduce en una beligerancia limitada y condicionada con respecto a los enemigos seculares de la clase obrera».

Para el máximo órgano de dirección socialista la principal causa de la derrota era endógena, correspondía a las fuerzas de izquierda: «... debemos reconocer que quizás nosotros mismos pavimentamos el camino de nuestra derrota al no realizar una campaña auténticamente revolucionaria, bajo la inspiración fiel de nuestra línea de Frente de Trabajadores. (...) Las grandes masas, junto con anhelar cambios, buscan alternativas claras para producirlos; abominan de la componenda y de la conciliación; no entienden los llamados a las fuerzas que hasta ayer eran rotundamente adversarias; buscan una voluntad enérgica, avalada por principios sólidos y permanentes, aun cuando ellos no sean lo suficientemente explícitos. ¿Cómo podrían respaldar una candidatura que se esforzaba por no aparecer tan marxista-leninista como los partidos que la sustentaban? ¿Cómo podían entender que esta candidatura no era la misma de 1958? (...) Nuestro error táctico esencial dice relación con la carencia de una definición y práctica concretas, con respecto a la fuerza en ascenso que constituía la Democracia Cristiana en Chile».<sup>447</sup>

Durante el sexenio de Eduardo Frei destacados dirigentes socialistas se pronunciaron públicamente en contra de la «vía electoral», en *Arauco* primero y, tras su desaparición en febrero de 1967, en *Punto Final*. Por ejemplo, en enero de 1965 la revista socialista publicó un artículo extenso en el que, además de plantearse la vigencia de la línea política del Frente de Trabajadores y descartar el «tránsito pacífico y electoral hacia el socialismo», apostaba por la sustitución de la generación que hasta entonces había dirigido el socialismo chileno.<sup>448</sup> No

obstante, en su XXI Congreso, celebrado en Linares a finales de junio de 1965, el senador Aniceto Rodríguez (curiosamente, miembro de su sector moderado) fue elegido secretario general en sustitución de Raúl Ampuero.

En cambio, el 17 de octubre de 1965, en su discurso de clausura del XIII Congreso del Partido Comunista, en el Teatro Caupolicán, Luis Corvalán llamó a fortalecer la unidad socialista-comunista y a mantener una posición abierta respecto al Ejecutivo de Frei: «Propiciamos la unidad de acción de las fuerzas populares y progresistas que están en la oposición o con el Gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que hay en la oposición y en el Gobierno. (...) Estamos en la oposición y, por tanto, no apoyamos a este Gobierno. Pero, sí apoyamos y apoyaremos toda iniciativa favorable a los intereses nacionales y populares, provenga de donde provenga».

El secretario general del PC llamó a continuar por la ruta trazada por el movimiento popular en 1951: «Nada concebimos al margen de la unidad socialista-comunista, todo lo concebimos alrededor de ella. (...) El camino de la revolución es duro y escarpado. Algunos se salen de él o se desesperan y hasta culpan al pueblo de elegir gobiernos que no son suyos. Nosotros decimos que no hay más que recorrer este camino, que los procesos sociales suelen a veces ser lentos, pero que esa lentitud, si está determinada por factores ajenos a la voluntad de los revolucionarios, no es precisamente eterna. Si los revolucionarios trabajan, luchan tesoneramente y con pasión sobre el terreno objetivo en que pisan, llega el momento en que el pueblo, explotado por sus enemigos, y a veces incomprendido por gente de su propio seno, se sacude de sus opresores y, como decía Lenin, en un solo día la historia da un tranco de veinte o más años».<sup>449</sup>

## UNA PELEA CON EL TÍO CHICHO

Andrés Pascal Allende recuerda que su tío Salvador tuvo influencia en su formación política, «pero no de una manera directa».<sup>450</sup> En su caso, la primera experiencia determinante fue la educación que recibió en el Colegio Saint George, donde el padre Gerardo Whelan y otros sacerdotes les llevaban a las *poblaciones* y les exhortaban a estudiar las principales corrientes filosóficas, incluido el marxismo. En 1960, cuando terminó la enseñanza secundaria quería marcharse a trabajar a las minas de carbón en Lota, pero la mediación de su tío

cambió sus planes. «Habló conmigo, con mi papá... para que me fuera un año a Cuba. El Chicho no intervenía directamente, pero en momentos de decisiones intentaba apoyarte...».

Cuando regresó de la isla, Allende estaba inmerso en la campaña parlamentaria de 1961, en la que postulaba al Senado por Valparaíso y Aconcagua, y le acompañó en varias ocasiones en distintos actos. Influido también por su prima Beatriz, ingresó en la Juventud Socialista, organización en la que conoció a Miguel Enríquez, estudiante de Medicina en la Universidad de Concepción. Antes del 4 de septiembre de 1964, el grupo de militantes de la Juventud Socialista del que formaban parte se escindió e ingresó en la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM). Ahí se produjo el momento de mayor conflictividad que tuvo con su tío. «Nos fuimos a la VRM y empezamos a trabajar en las *poblaciones* y en el movimiento estudiantil y a plantear la lucha revolucionaria, la lucha armada... a un nivel discursivo». Como era previsible, en cuanto trascendió su participación en aquellas actividades, algún diario derechista publicó en enormes titulares algo así como «Sobrino de Allende llama a la lucha armada».

No tardó mucho el candidato presidencial del FRAP en convocar a Guardia Vieja al sobrino díscolo para convencerle de que moderara su lenguaje político, de que evitara situaciones que le perjudicaban en la campaña. «Su esfuerzo por hacerme razonar y sus argumentos sin duda fundados chocaron con mi arrogante autoafirmación juvenil de que cada cual tenía el derecho a escoger el camino revolucionario que consideraba mejor. Finalmente, el Chicho se aburrió del infructuoso debate y me dijo: “¡Ya, *cabro* de mierda, haz lo que quieras!”». La noche del 4 de septiembre, consumada la derrota, Andrés Pascal Allende concurrió al comando para abrazarle y regalarle una campana jesuita de la época colonial que había conseguido en el norte.

Un año después, en agosto de 1965, Pascal Allende participó en la fundación del MIR, un partido marxista-leninista muy influido por la Revolución Cubana que tuvo un papel secundario hasta la victoria de la UP en 1970 y el inicio del proceso de construcción del socialismo. En su III Congreso, celebrado en diciembre de 1967, cuando Miguel Enríquez asumió la secretaría general, él entró a formar parte de su Comisión Política.

Entre 1968 y principios de 1970, el MIR sí tuvo un gran protagonismo en la prensa por las *expropiaciones* de bancos y las ocupaciones de terrenos y fundos, y sus dirigentes tuvieron que pasar a la clandestinidad. Un día, a través de su

padre, recibió un singular regalo de su tío Chicho. «Era una caja de zapatos. Al abrirla, encontré una pistola Colt 45 y una tarjeta que decía algo así: “No estoy para nada de acuerdo con lo que haces, pero, si escogiste ese camino, sé consecuente con él”.».<sup>451</sup> Esta anécdota —precisa— refleja el sentido moral que la política tenía para él, la exigencia de honestidad tan acendrada que tenía consigo y con los suyos. «En ese periodo yo andaba escondido, no teníamos una relación directa, sin embargo él se preocupaba, siempre estaba detrás».

También habla de otros recuerdos más relacionados con el ámbito familiar y personal de su tío: «Llamaba la atención su sentido del humor, siempre anda *leseando*, echando bromas a todo el mundo. Bromas simpáticas, irónicas, con cariño, no era un tipo pesado, no era un humor chabacano. Otra cosa eran sus ganas de gozar la vida, de vivir la vida con intensidad. Le gustaba la ropa, tomarse un trago de whisky, las mujeres, las obras de arte. A cierta edad todos nos vestíamos con la ropa del Chicho, de repente te regalaba una chaqueta. Era muy agradable estar cerca de él socialmente, familiarmente».

#### CHILLÁN 1967

En abril de 1967, durante su estancia en Montevideo, Allende concedió una entrevista al semanario *Marcha* en la que, si bien habló ampliamente de la situación de América Latina, también se refirió a la actualidad chilena. Cerca del ecuador del mandato de Eduardo Frei, destacó la caída en picado de los votos de la DC: del 56% de 1964 al 42% en las elecciones parlamentarias de 1965 y el 35% en las municipales celebradas hacía pocos días. Y apuntó que, mientras algunos dirigentes demócratacristianos aún planteaban la necesidad de la «revolución» o de sustituir el sistema capitalista por una sociedad «comunitaria», nunca se había fortalecido tanto el capitalismo en Chile como en aquellos años. Fue muy crítico con la nacionalización parcial de las grandes minas de cobre, pero reconoció que la puesta en marcha de la reforma agraria constituía un avance indudable. De cara a 1970, declaró que era partidario de ampliar el FRAP a «los radicales auténticamente radicales» y a «miles y miles» de independientes para crear «un verdadero movimiento nacional, revolucionario y antiimperialista con visión continental».<sup>452</sup> Por cierto, el «péndulo radical» seguía oscilando y en su Convención de aquel año el PR aprobó un nuevo viraje, en aquella ocasión hacia la izquierda.

El senador Raúl Ampuero se opuso públicamente al acercamiento al Partido Radical que planteaban sectores de la izquierda, como el Partido Comunista, porque lo concebía como una claudicación.<sup>453</sup> Allende no tuvo reparo en salir al paso de sus críticas y, para impedir la escisión que se adivinaba, el 6 de julio de 1967 envió una carta a su compañero en la que le propuso que «pública y solemnemente» declararan que ninguno de los dos postularía a ser el candidato socialista a la presidencia de la República. Además, se pronunció sobre el horizonte electoral de 1970 insistiendo en la necesidad de unir en torno a la columna vertebral del FRAP y su programa a todas las fuerzas antiimperialistas, aunque invitó a quienes creyeran en la necesidad de la lucha armada revolucionaria a «someter a ella toda la política». «Sostengo que nadie puede ser instigador de guerrillas. Quien se halle convencido de que ese es el único camino debe actuar consecuentemente y asumir la responsabilidad respectiva. Si en Chile se cerraran todos los caminos que puede recorrer el pueblo para conquistar el poder, esta sería mi actitud».<sup>454</sup>

Aquella polémica concluyó con la expulsión del PS de Ampuero (líder del socialismo durante dos décadas) y sus seguidores (entre otros, seis diputados, seis alcaldes y catorce regidores), que terminaron por fundar a principios de octubre un nuevo partido: la Unión Socialista Popular (USOPO). En 1969, su líder explicaría aquella crisis interna y su salida como una maniobra para despejar el camino hacia «la cuarta postulación presidencial del senador Allende».<sup>455</sup>

Seis semanas después del congreso fundacional de la USOPO y de la impactante muerte del Che en Bolivia, tuvo lugar en Chillán el XXII Congreso del Partido Socialista. Presidido por la senadora María Elena Carrera, entre el 24 y el 26 de noviembre de 1967, 115 delegados con derecho a voz y voto (entre ellos Allende), en representación de unos 15.000 militantes activos, debatieron sobre la identidad del FRAP y su política de alianzas, con un posicionamiento contundente contra la alianza con el Partido Radical, porque supondría una reedición del pacto frentepopulista y, por tanto, una renuncia a la superación del capitalismo. En la víspera del Congreso, Augusto Olivares publicó una extensa entrevista a Clodomiro Almeyda cuyo título era muy significativo: «Dejar a un lado el ilusionismo electoral».<sup>456</sup>

Fue en Chillán cuando el PS se definió por primera vez como marxista-leninista y propugnó, con una retórica impecable, una estrategia revolucionaria diferente a la postulada por Allende: «El Partido Socialista, como organización

marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del socialismo. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Solo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués puede consolidarse la revolución socialista». Además, habló abiertamente de la OLAS como la instancia que debía convertirse en la dirección de la Revolución Latinoamericana, un paso decisivo para «la Gran Tarea»: «posibilitar la existencia de la dirección unificada de la revolución socialista mundial».

Aniceto Rodríguez fue reelegido como secretario general y el candidato presidencial que había rozado el 39% de los votos en 1964 no tuvo cabida siquiera entre los 27 miembros elegidos para el Comité Central. Porque Allende no compartió aquella radicalización discursiva ni jamás se consideró marxista-leninista, alzó su voz para oponerse a aquel viraje ideológico, como explicó Jaime Suárez Bastidas: «... se jugó con franqueza en contra del voto político. En el debate del Congreso fue la voz contestataria a la mayoría aplastante de los delegados. Para Allende era fundamental ampliar el FRAP y respaldar la Revolución Cubana, pero era necesaria una política de alianzas más flexible y era muy obvio que un Partido que proclamaba como forma de lucha la vía armada no iba a lograr una ampliación en el frente político».<sup>457</sup>

El XXII Congreso socialista ocupa un lugar central en el relato construido para justificar el golpe de Estado de 1973. Una tesis inválida, puesto que después de aprobar aquellas impactantes definiciones ideológicas el socialismo no se abocó al cambio de «vía revolucionaria», que hubiera exigido la preparación de una potente fuerza militar o el desarrollo de la guerrilla urbana o rural... Al contrario, se concentró en la negociación de los candidatos que participarían en las elecciones parlamentarias de marzo de 1969 para mantener su presencia en el Congreso Nacional... eso sí, calificado audazmente como el «Parlamento burgués».<sup>458</sup>

Entre el 27 de diciembre de 1966 y el 15 de mayo de 1969, Salvador Allende fue la segunda autoridad de la nación en su condición de presidente del Senado. En uno de sus simpáticos libros, el ingenioso periodista Eugenio Lira Massi le describió así en el ejercicio de esta función institucional: «Dio la gran pelea de su vida, hasta conseguirse la presidencia del Senado. Todo estaba en contra suya, pero se las arregló, nadie sabe cómo, para llegar a la “testera” con una solemnidad que ya se la quisiera el Papa para asomarse en la plaza San Pedro».<sup>459</sup> En el desempeño de ese cargo le correspondió en noviembre de 1968 participar en el recibimiento de la reina Isabel II de Inglaterra y en una de las recepciones no dudó en aparecer con una elegante y blanca guayabera.

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1969 decidió revalidar su escaño por la décima circunscripción, constituida por las provincias de Chiloé, Aysén y Magallanes. Como en 1945, en su primera postulación al Senado, regresó a los confines de la patria. Después de casi dos décadas recorriendo el país, campaña tras campaña, su memoria prodigiosa le ayudaba a establecer el diálogo con la gente sencilla que le recibía y le escuchaba, como ha recordado su compañero y amigo Carlos Altamirano: «Llegábamos a Puerto Natales, un pueblito de Magallanes, adonde nos iban a recibir algunos compañeros ¡y él les sabía el nombre a todos! “Pedro, ¿cómo estás y cómo está tu señora, la Juanita?”. Y casi sin parar le tiraba otra pregunta: “¿Y se mejoró tu hijo?”. Yo carecía absolutamente de la memoria y la percepción fisonómica para recordar nombres y caras que había visto una o dos veces, pero él no (...). Su memorió le ayudaba mucho para ganarse la confianza de toda clase de gente. Eran las cualidades propias y necesarias de un líder innato...».<sup>460</sup>

Su quinto triunfo en este tipo de comicios tuvo de nuevo un notable simbolismo ya que derrotó a Raúl Ampuero, quien había recibido el apoyo de las personalidades socialistas locales, que le habían acompañado en su escisión. Allende fue el más votado de los catorce candidatos que compitieron por aquella zona, con 14.483 sufragios, mientras que Ampuero tuvo que conformarse con tan solo 1.820. Fueron elegidos, además, dos demócratacristianos (Alfredo Lorca y Juan Hamilton), uno radical (Raúl Morales) y uno del Partido Nacional (Fernando Ochagavía).<sup>461</sup> La amplia victoria confirmó la adhesión popular que concitaba y, a pesar de que ya tenía casi 61 años, situó su nombre en la «carrera» para la definición de la candidatura presidencial de la izquierda para 1970, que por primera vez aparecía bastante complicada.

Los comicios de 1969 confirmaron varias tendencias importantes. En primer

lugar, evidenciaron la crisis del Partido Demócrata Cristiano, cuya acción de gobierno ya se encontraba estancada y que solo obtuvo el 29,7% de los votos en las candidaturas de diputados. En segundo lugar, se atisbó la recuperación de la derecha que, bajo la denominación de Partido Nacional (fundado en 1966 por la fusión de los viejos partidos Conservador y Liberal<sup>462</sup>), logró el 20%. En tercer lugar, después de una década de sostenido ascenso, el Partido Comunista se convirtió en la primera fuerza de la izquierda, con el 15,9%, por delante del Partido Socialista, que se quedó en el 12,2%.

Una masacre en el sur agudizó el descrédito del PDC, que aspiraba a representar a las capas sociales más humildes. A principios de aquel mes, unas setenta familias campesinas se habían instalado en unos terrenos pantanosos abandonados en un lugar conocido como Pampa Irigoín, a dos kilómetros de Puerto Montt. El domingo 9 de marzo el Ministerio del Interior envió doscientos agentes del Grupo Móvil de Carabineros armados con bombas lacrimógenas y fusiles ametralladores, que expulsaron a los pobladores y quemaron sus humildes chozas. Ante un intento de resistencia, dispararon y mataron a ocho personas y otras 27 resultaron heridas.

Allende formó parte del impresionante cortejo que asistió al funeral de los pobladores asesinados y solicitó una sesión extraordinaria del Senado para evaluar esta tragedia. Inició su intervención citando unas palabras de Frei del 21 de noviembre de 1962, cuando para referirse a la matanza acaecida en la *población* José María Caro, el líder demócratacristiano, aseguró: «Y encima de su sufrimiento, no comencemos a mirar los códigos y sus incisos; no entremos a analizar si se lanzaron primero unas piedras o que los carabineros no iban a disparar porque sí. Yo voy más adentro. (...) Esas personas viven como sabemos que están viviendo. Sufren como sabemos que están sufriendo. Con ellas —su pobreza lo exige— se debe tener exquisita prudencia. ¡El castigo para su protesta! Si nosotros estuviéramos en el caso de ellas ¿seríamos tan moderados? ¿Cuál es el castigo? A la primera actuación, siempre hay balas para los pobres. Y yo pregunto, ¿estamos construyendo en este país algo positivo o acumulando en esa gente un sedimento de odio que mañana nadie podrá contener, ningún partido político ni ningún hombre?».

Allende también arremetió contra el ministro del Interior, Edmundo Pérez Zujovic, por acusar al Partido Socialista de ser el responsable de la masacre de Puerto Montt tras afirmar que hacía años que usaba la violencia como táctica y citar los acuerdos de su Congreso de Chillán: «Señores senadores, los socialistas

tenemos la entereza necesaria y suficiente porque deseamos conducir, junto con las fuerzas populares, el movimiento revolucionario chileno, para decir al país entero que queremos una revolución; no la revolución que “se han farreado” sus señorías demócratacristianas, sino la auténtica transformación de una sociedad de clases en una sociedad sin clases ni explotados. Hace cuarenta o cincuenta años se publicó un libro pequeño en cuanto al número de sus páginas, pero duro en el contenido de sus ideas. Se llama *El Estado y la Revolución*. Cuando se vaya ese ministro —y se irá luego— ¡mándenselo de regalo! Allí aparece la interpretación que sustentamos nosotros los marxistas de lo que es la sociedad burguesa. Nosotros no somos “golpistas” ni aventureros. Queremos, sí —óiganlo bien, sépanlo bien sus señorías—, la revolución, la transformación del Estado burgués en una república socialista».<sup>463</sup>

La masacre de Puerto Montt suscitó una agria polémica en el PDC, avivó su división en tres corrientes (de derecha a izquierda: *freístas*, *terceristas* y *rebeldes*) y mereció la enérgica condena de la actuación del Ejecutivo por parte de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC). A finales de abril, la crisis interna empezó a precipitarse hacia la primera escisión importante que sufrió, cuando los parlamentarios Julio Silva Solar y Alberto Jerez entregaron un documento, «El camino de la unidad popular», en el que insistieron en que el partido debía resolver su indefinición ideológica, apostar por la sustitución del capitalismo y buscar la confluencia con la izquierda.<sup>464</sup>

En mayo, el mismísimo Eduardo Frei tuvo que intervenir en la Junta Nacional del PDC para derrotar la posición favorable a la alianza con el FRAP y defensora de «la vía no capitalista de desarrollo» teorizada por el sector *rebelde*. A consecuencia de ello, el senador Rafael Agustín Gumucio renunció a su militancia demócratacristiana y Silva Solar, Jerez, Jacques Chonchol y Vicente Sotta siguieron sus pasos. En la carta que estos últimos dirigieron a Jaime Castillo Velasco, presidente del partido, expresaron su profunda decepción por el balance del quinquenio de Frei en La Moneda y le anunciaron que se marchaban para trabajar por la «unidad popular», para «unirnos a la lucha del pueblo por la justicia, por la democracia, por la revolución, por la nueva sociedad comunitaria y socialista».<sup>465</sup> Un número de militantes y dirigentes, significativo en el caso de la JDC, intelectuales y profesores universitarios les acompañaron y el 18 de mayo en el teatro del sindicato de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado se fundó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). «Nacemos a la vida política en una hora difícil para el país, pero cargada de posibilidades

revolucionarias que no debemos frustrar. Tenemos una fe profunda y la más alta esperanza en la capacidad del pueblo para conquistar su unidad y así prepararse para la conquista del poder. Por eso tenemos fe en la revolución chilena», proclamó Jacques Chonchol (su primer secretario general) en el informe a la Comisión Coordinadora Nacional.<sup>466</sup>

El 15 de agosto la Junta Nacional del PDC designó como candidato presidencial a Radomiro Tomic (miembro de su sector progresista y ex embajador de Frei en Washington), quien expresó su confianza en la victoria para poder profundizar las reformas emprendidas desde 1964. En octubre inició la campaña con la mirada puesta en el electorado vinculado a la izquierda, ya que creía que su gran rival sería el ex Presidente Jorge Alessandri, de ahí la radicalización de su discurso y su programa, inimaginables de haberse podido postular Frei a la reelección.

En aquella ocasión, la derecha no subordinó sus opciones de victoria a la prioridad de contener la «amenaza marxista», como en 1964, y promovió la candidatura de Alessandri. La fundación del Partido Nacional y la recuperación de una cierta fuerza electoral (aunque muy lejos del 40% que solía obtener hasta 1952), así como las reformas demócratacristianas (en especial la agraria, que combatió con violencia verbal y física) implicaron que se arriesgara a un peligroso juego de «o todo, o nada», a levantar una opción propia en un escenario que sería tripolar. Medio siglo después del *rugido del león de Tarapacá*, su hijo Jorge regresaba a la arena política.

En agosto de 1969, a un año de la votación, el organismo demoscópico más prestigioso del país, el Centro de Opinión Pública, dirigido por el profesor Eduardo Hamuy, ofreció una encuesta y otorgó a Alessandri el 46% de los votos, a Tomic el 23% y a Allende el 18%.<sup>467</sup> Solo acertó en el nombre del candidato de la izquierda... algo con cierto mérito en aquellas fechas.

## LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Después de su elección como senador por las provincias australes en marzo de 1969, Allende emprendió junto con Eduardo Paredes el largo viaje que le llevó a conocer a Ho Chi Minh. Antes de su regreso, pasó varias semanas en Cuba. A mediados de junio en La Habana concedió una entrevista a la agencia Prensa Latina en la que condenó la represión del Gobierno de Frei contra el

movimiento popular, en aquellos días contra la actuación del MIR en Concepción.<sup>468</sup> También tuvo conocimiento de que un grupo de independientes de izquierda le había proclamado como su candidato presidencial y preparaban una recepción a su retorno. A través de Prensa Latina hizo llegar a Chile una escueta declaración en la que agradecía profundamente la lealtad de quienes habían recordado su nombre, pero rechazaba aquel gesto «irrevocablemente» porque lo primordial para la izquierda entonces era centrarse en los aspectos esenciales de su proyecto: el programa y la composición de su frente político.

Por eso, propuso crear, sobre la base del FRAP, una «herramienta revolucionaria y antiimperialista» que denominó el Frente de la Patria, concepto que había aprehendido en su reciente estancia en Vietnam.<sup>469</sup> «Concibo el Frente de la Patria como el más poderoso movimiento revolucionario, nacional, antiimperialista. Es, por lo tanto, una real alternativa de poder. La unificación de todas las fuerzas antiimperialistas que estén por la revolución chilena cambiará de inmediato la correlación de las fuerzas a favor del pueblo. Nada podrán la actitud fascista de la derecha y dictatorial del Gobierno contra esta voluntad mayoritaria y revolucionaria. Es devolverle al pueblo la fe en sus propias fuerzas y darle una clara orientación política».

Entendía que la base debía de ser la unidad socialista-comunista, expresada aún entonces en el FRAP, pero que debía unir a todos los que luchaban por la verdadera independencia de Chile y la construcción del socialismo. Pensaba en los partidos populares, en las federaciones estudiantiles, en la Central Única de Trabajadores, en las confederaciones campesinas y en los miles de independientes de izquierda. Creía que nunca como en aquel momento eran tan favorables las condiciones internacionales y nacionales para «la victoria del pueblo», para «la conquista del poder».<sup>470</sup>

La contienda presidencial se instalaba poco a poco en Chile. A diferencia de la ocasión anterior, cuando fue designado como candidato en enero de 1963, casi dos años antes de la votación, en aquel momento la izquierda vivía un periodo de clara indefinición, mientras el PDC preparaba la proclamación de Tomic y la derecha continuaba con sus teatrales apelaciones al «retorno» de Alessandri. A su regreso de Cuba en julio, durante un almuerzo en Talca en casa de un militante socialista alguien le preguntó de manera intempestiva si volvería a optar a La Moneda. Su respuesta, evocada por Osvaldo Puccio, contuvo una dureza inusual: «Cuando usted aún jugaba a las bolitas y era un mocoso chico, yo ya era militante del Partido Socialista. He respetado a mi partido y siempre lo

haré. Cumpliré con el mandato que mi partido me dé. Si voy a ser candidato a la Presidencia por mi partido o no es exclusivamente la decisión del partido, no mía». <sup>471</sup>

Y el Partido Socialista por primera vez en muchos años tenía serias dudas... pero carecía de otro militante que pudiera concitar la adhesión necesaria para conquistar La Moneda. El senador Aniceto Rodríguez, su secretario general, lo reconoció en su libro autobiográfico. «En los primeros momentos, un amplio sector proyectó levantar una nueva figura, razonando que el nombre de Allende no era ya el más indicado por haber intentado con anterioridad tres postulaciones presidenciales, cuyas derrotas, aunque explicables, podrían esta vez pesar negativamente ante el electorado». Precisamente su nombre fue el que se barajó con más fuerza, aunque finalmente él mismo desistió de dar la batalla: «... en mi ánimo influyó el convencimiento de que Allende anhelaba con vehemencia una última opción en su vida. Además, presentía que al no lograrse un acuerdo favorable a su aspiración podríamos correr el riesgo de una fractura interna». <sup>472</sup>

Durante agosto los principales dirigentes socialistas recorrieron los 35 comités regionales a lo largo del país para pulsar las preferencias de la militancia respecto a las dos posibles opciones y el resultado fue desolador para el secretario general, ya que la inmensa mayoría de las bases y los cuadros medios optaban por Allende. <sup>473</sup> Su carisma y su prestigio no nacían de los conciliábulos internos, sino del respeto y adhesión que concitaba en el *pueblo socialista* y en los militantes de todo tipo de organizaciones que formaban el movimiento popular.

A fines de mes, su Comité Central estuvo reunido durante varios días para despejar de manera definitiva la incógnita. El 29 de agosto Aniceto Rodríguez solicitó por carta que no consideraran su nombre, y aquella misma noche Allende intervino ante el plenario para expresar que dejaba a los dirigentes de su organización la decisión acerca de su cuarta candidatura. <sup>474</sup> Finalmente, el Partido Socialista volvió a elegirle como abanderado, pero con una votación sin duda llamativa: con más abstenciones, catorce, que votos a favor, trece. Dirigentes tan importantes como Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda o Aniceto Rodríguez eludieron respaldarle.

En las memorias de Erich Schnake encontramos descrito el escepticismo de la dirección socialista hacia su nueva tentativa presidencial: «El Partido ha tenido un agotador debate en la designación del candidato presidencial. (...) Luchando contra las abstenciones (que lo derrotaron por estrecho margen)

Salvador Allende es elegido candidato a la presidencia de la República por cuarta vez, aunque ahora con una cuota de escepticismo mucho mayor y la paradoja que siempre nos acompaña: la gran mayoría de la dirección partidaria no cree en él, tanto porque es masón cuanto por su reformismo. Pero este escepticismo corre por cuenta de los dirigentes y no del “pueblo socialista”, que quiere y sigue a Salvador Allende». <sup>475</sup> Y Osvaldo Puccio Huidobro recuerda que cuando militaba en la Brigada Secundaria de la Juventud Socialista en la segunda mitad de los años sesenta, antes de ingresar en el MIR, «de todos los militantes de liceos de la Brigada solo había uno de nosotros que se declaraba *allendista*. Los muchachos que iban a mi casa, todos del Instituto Nacional, le consideraban socialdemócrata y eso entonces era insultante. Allende era muy popular en la sociedad, pero poco en el mundo político». <sup>476</sup>

El 5 de septiembre, en el Senado, el PS ofreció una conferencia de prensa para anunciar formalmente la designación de Allende y las conclusiones de la reunión del Comité Central. En una declaración muy contundente, leída a los periodistas por Jaime Suárez Bastidas, subrayaron que el fracaso de la DC era «el fracaso del reformismo» y fundamentó su participación en las elecciones de 1970 con el objetivo de conquistar el poder para instaurar el socialismo en Chile. «El camarada Salvador Allende será el mejor trabajador en la materialización de la política del Partido y el mejor exponente del programa que elaboren las fuerzas revolucionarias que han de ser la base de esta postulación». <sup>477</sup>

Pero en aquellos días su nombre ya solo era una opción más de las que iban surgiendo en las filas de izquierda. Tuvo que dar una auténtica batalla política y emplear a fondo su proverbial *muñeca*, durante cuatro meses y medio, para lograr la adhesión de todas las fuerzas que confluyeron en la Unidad Popular.

El 8 de septiembre, en una entrevista muy ilustrativa concedida al diario *El Sur* de Concepción, Luis Corvalán señaló que la izquierda aún no había definido el procedimiento de elección de su candidato, aunque subrayó que en ese momento lo prioritario era elaborar el programa de gobierno. Corvalán huyó de personalismos («nosotros no somos *allendistas*, somos comunistas») y señaló que el Partido Comunista apoyaría a quien concitara el consenso de las fuerzas de izquierda unidas en torno al proyecto común. <sup>478</sup> Por primera vez desde 1932, el PC eligió un candidato presidencial de entre sus propias filas, al más universal de sus militantes, Pablo Neruda, quien recorrió con sus versos el país hasta fines de aquel año. <sup>479</sup>

Además de Allende y Neruda, otras tres personalidades aspiraban a liderar la

izquierda. En junio la XXIV Convención del Partido Radical apostó por la construcción del socialismo y expulsó a los dirigentes de su tendencia conservadora que, encabezados por Julio Durán, fundaron Democracia Radical y anunciaron su apoyo a Alessandri. El PR, que designó al senador y economista Alberto Baltra como su candidato presidencial, aún conservaba, pese a su sostenido declive, una fuerza electoral que podía ser decisiva en el fragmentado escenario político chileno. Por otra parte, algunos sectores herederos de las fracciones progresistas del ibañismo, reagrupados en la Acción Popular Independiente (API), proclamaron la candidatura del senador Rafael Tarud.

Por último, el MAPU eligió a su secretario general, el destacado ingeniero agrónomo Jacques Chonchol... pero se hubieran conformado con la opción del senador socialista Carlos Altamirano frente al «socialdemócrata» Allende, tal y como ha recordado quien fue uno de sus principales dirigentes, Jaime Gazmuri: «Antes del candidato estuvo la discusión sobre la propia UP. En el PS había una fuerte resistencia a integrar al Partido Radical: estaban en la idea del “Frente de Trabajadores”, no del “frente amplio”. Nosotros, como los comunistas, pensábamos que no se podía avanzar sin un frente político lo más amplio posible. Pero a la vez queríamos un candidato que expresara una ruptura con la izquierda tradicional. Buscábamos un frente de masas muy amplio, pero con una dirección revolucionaria. Durante un buen tiempo intentamos buscar candidatos alternativos. El nuestro era Jacques Chonchol, pero sabíamos que era poco viable. Teníamos simpatías por una candidatura de Altamirano y llegamos a varios acuerdos con su sector en contra de Allende. Conspiramos con ellos contra Allende. Pero Altamirano no dio la pelea, yo creo que nunca quiso realmente ser el candidato. Incluso se nos ocurrió la idea peregrina de apoyar la candidatura de Aniceto Rodríguez: entre dos socialdemócratas, uno menos conocido...».<sup>480</sup>

## UN PROGRAMA PARA CAMBIAR CHILE

El 7 de octubre de 1969, para encauzar la situación de indefinición, los secretarios generales del Partido Comunista y del Partido Socialista, Luis Corvalán y Aniceto Rodríguez, se dirigieron al Partido Radical, al Partido Socialdemócrata, al MAPU y a la API para proponerles la elaboración de un programa común de gobierno e iniciar las conversaciones para elegir un

candidato unitario. Dos días después, en la antesala del Salón de Honor del Congreso Nacional, nació la Unidad Popular y se constituyó un comité coordinador integrado por dos representantes de cada partido: los socialistas Aniceto Rodríguez y Adonis Sepúlveda, los comunistas Luis Corvalán y Orlando Millas, los radicales Carlos Morales y Orlando Cantuarias, los *mapucistas* Rafael Agustín Gumucio y Jaime Gazmuri, los socialdemócratas Esteban Leyton y Juan Tuma y, por la API, Alfonso David Lebón y Guillermo Ovalle.

La alianza de las dos fuerzas marxistas que nucleó durante su existencia de trece años al FRAP se amplió con la UP a dos pequeñas fuerzas progresistas y sobre todo a dos nuevos componentes con un perfil propio muy relevante: un partido escindido del PDC con excelentes cuadros y un dirigente histórico como Rafael Agustín Gumucio y el Partido Radical (al que pertenecieron Ramón Allende Padín y Salvador Allende Castro), con un arraigo secular, aunque declinante, en los sectores medios y el funcionariado.

A mediados de octubre, Enrique Krauss, ministro secretario general del Gobierno y gran amigo de Osvaldo Puccio, visitó junto con Benjamín Prado, nuevo presidente del PDC, a Salvador Allende en Guardia Vieja. El Ejecutivo temía un golpe de Estado militar y Frei quería explorar la posición de la izquierda ante aquella eventualidad: «Allende les contestó que él y las fuerzas de la izquierda siempre estarían por defender el sistema democrático de Chile de un ataque de ultraderecha. Textualmente el doctor habló de un golpe fascista (...) sostuvo que él tenía fe en las Fuerzas Armadas chilenas y opinó que ellas no intervendrían. Pero que, a su vez, tenía el temor de la presión sobre las Fuerzas Armadas, por un lado, del imperialismo norteamericano, de la CIA y el Pentágono y, por otro, temía la influencia de la oficialidad que había recibido su instrucción militar en Panamá». Prado le insinuó que, si triunfaba el golpe militar, Allende ya no tendría posibilidades de ser Presidente de la República, pero «el doctor contestó que él no lo hacía por ambición personal y que por lo demás defendería el sistema democrático actualmente vigente en Chile con todos sus vicios, porque él quería cambiar este sistema desde la raíz misma».<sup>481</sup>

Cuando el 21 de octubre el general Viaux se sublevó en el regimiento Tacna de Santiago, Allende acudió a La Moneda, junto con otros dirigentes de la UP, para expresar a Frei su lealtad al sistema democrático y su apoyo al Gobierno constitucional. Por su parte, la Central Única de Trabajadores se echó a las calles y reunió a decenas de miles de personas en defensa de las libertades. Mientras el

PC difundió una declaración en la que condenaba la asonada como un atentado contra la democracia conquistada por el pueblo, el Partido Socialista expresó su comprensión hacia las demandas de los insurrectos.<sup>482</sup> La declaración de su Comité Central, que Allende rechazó y enfrentó según ha escrito Joan Garcés,<sup>483</sup> señalaba además: «El Partido Socialista llama a los trabajadores, no a defender la institucionalidad burguesa, sino a movilizarse para imponer sus reivindicaciones sociales y políticas...».<sup>484</sup>

Por el primer intento de golpe de Estado en treinta años, desde el *ariostazo* de agosto de 1939, Viaux fue pasado a retiro y condenado tan solo a trescientos días de cárcel, pena que se le conmutó por una suerte de libertad condicional. En el transcurso de aquella crisis, el general René Schneider fue nombrado comandante en jefe del Ejército.

El 17 de diciembre, después de dos meses de trabajos, la Unidad Popular presentó su *Programa Básico de Gobierno* sin haber dilucidado todavía quién lo representaría el 4 de septiembre de 1970. En cualquier caso, el objetivo estaba formulado de manera transparente: «La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile».<sup>485</sup>

La izquierda constató el agotamiento del sistema capitalista porque Chile era un país dependiente del imperialismo norteamericano, sojuzgado por una burguesía estructuralmente ligada al capital transnacional y que jamás renunciaría a sus privilegios. Además, consideraba que las recetas desarrollistas aplicadas por Frei habían fracasado porque el suyo había sido otro Gobierno más sometido a los intereses de la clase dominante y del capital extranjero, cuyos «débiles» intentos reformistas habían naufragado «entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo». También denunciaba el saqueo de las riquezas nacionales por el capital norteamericano, en particular del cobre; la falta de 600.000 viviendas y la precariedad de muchas de las existentes (sin alcantarillado, agua potable ni luz); la difícil situación de más de la mitad de los trabajadores, que percibían salarios insuficientes para atender sus necesidades vitales; la persistencia del latifundio y la injusta distribución de la renta, ya que solo el 10% más rico de la población acaparaba la mitad de la total nacional; la desnutrición que afectaba a la mitad de los menores de 15 años y el estancamiento del crecimiento económico en el 2% anual.

La Unidad Popular propugnaba un procedimiento profundamente democrático para acompañar el proceso de transformaciones sociales y económicas: la discusión y aprobación de una nueva Constitución que reconocería los derechos democráticos y las conquistas de la clase obrera y establecería una única cámara legislativa («la Asamblea del Pueblo») y mecanismos tan avanzados como el control popular de los representantes electos y la posibilidad de revocación mediante mecanismos de consulta.

Otro objetivo central era la construcción de una economía socialista planificada democráticamente con la participación de los trabajadores, con la nacionalización del capital monopolista nacional y extranjero y la reforma agraria que acabaría con el latifundismo, para así dedicar la capacidad productiva a atender los problemas de las grandes mayorías, con la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad, y garantizar la plena ocupación con unos salarios adecuados. En el terreno social, la UP preveía medidas para satisfacer la aspiración a una vivienda digna y a precios asequibles, el acceso popular a la enseñanza media y la universidad, la atención médica, la extensión del alumbrado público, la distribución de agua potable, la pavimentación de calles y aceras, el establecimiento de pensiones dignas, la construcción de escuelas infantiles e instalaciones deportivas...

Una herramienta muy eficaz en la pedagogía del programa fue la redacción de las «primeras cuarenta medidas del Gobierno popular», redactadas de manera sencilla y directa: «1. Supresión de sueldos fabulosos»; «3. Honestidad administrativa»; «13. El niño nace para ser feliz»; «15. Leche para todos los niños de Chile»; «24. Una reforma agraria de verdad»; «37. Disolución del Grupo Móvil»...

#### SALIÓ «HUMO BLANCO»

Las últimas semanas de 1969 fueron muy intensas para los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular, que mantuvieron infinidad de reuniones con el objetivo de consensuar el candidato presidencial... mientras Tomic y Alessandri ya recorrían el país.

Salvador Allende se reunió con todos los sectores para defender su postulación y, por ejemplo, el Partido Comunista le planteó sus dudas de manera sincera, como reflejó Corvalán en sus memorias: «Habíamos observado, sin

embargo, que en el último tiempo se repetía en sus discursos, caía en lugares comunes y en frases hechas. Daba muestras de estagnación. El movimiento popular había crecido más que él. Se lo dijimos fraternal y francamente en una conversación que *ex profeso* tuvimos en mi casa. Allende era una personalidad fuerte y quisquillosa, quien no admitía fácilmente una observación. Reaccionó como tal. “Si ustedes consideran —nos dijo— que yo no debo ser el candidato, si no tengo la confianza de ustedes ni la de mi partido y las demás colectividades, simplemente designen a otro”. “No, compañero Allende”, le respondí. “Estas observaciones y opiniones que le entregamos no están dirigidas a bloquear su candidatura, de ningún modo. Están inspiradas en el propósito de ayudarlo a superarse. Nosotros hemos tenido con usted relaciones políticas, relaciones de amistad desde hace largo tiempo. Lo apreciamos sinceramente. Y, si usted es designado candidato, el Partido Comunista trabajará por su victoria como lo hizo en las anteriores ocasiones, con todo el cuerpo, con toda decisión”.».<sup>486</sup>

Otro día, el candidato socialista invitó a Guardia Vieja a una delegación del MAPU integrada por Jacques Chonchol, Rafael Agustín Gumucio, Jaime Gazmuri, Julio Silva Solar, Alberto Jerez y Vicente Sota. Les recibió en su escritorio de trabajo, rodeado por su impresionante galería de fotografías, y después de almorzar un ceviche les preguntó con franqueza por qué no respaldaban su candidatura si ya habían retirado la de Chonchol.<sup>487</sup> Cuando le explicaron que le veían como «un político tradicional», él defendió su trayectoria política, su compromiso revolucionario y su sincera convicción de que nadie podía unir y representar mejor a la izquierda. «Emanaba fuerza, seguridad, fue directamente al asunto, sin rodeos. (...) Allende hizo la campaña del 70 con mucha convicción de que podía ganar, mucha más que la mayoría de los dirigentes de la Unidad Popular», recuerda Gazmuri.<sup>488</sup>

En uno de sus trabajos clásicos, Eduardo Labarca (destacado periodista de *El Siglo* en aquellos años) describió muy bien la percepción que prevalecía entonces en algunos sectores de la izquierda. «En opinión de muchos chilenos, en esos días de mediados de 1969 el senador Allende había entrado en el ocaso de su vida política». Sus extensos discursos —escribió entonces el hijo de quien fue uno de sus colaboradores más estrechos— sugerían que se había quedado anclado en 1964. Sus dos años y medio como presidente del Senado alimentaban esa imagen de político apegado a los «viejos y tradicionales vicios del parlamentarismo». <sup>489</sup>

El compromiso de elegir al candidato antes del 31 de diciembre no pudo cumplirse y 1970 entró sin acuerdo en la UP. El 5 de enero Luis Corvalán y Pablo Neruda comparecieron en una conferencia de prensa en la que el Partido Comunista llamó a superar aquel *impasse*. Fue el poeta quien dijo la última palabra en aquella ocasión y de manera muy gráfica: «Estamos preocupados pero no estamos desesperados».<sup>490</sup> La situación se complicaba... y Allende tensó la cuerda: al día siguiente reconoció las dificultades para alcanzar el consenso y anunció que había pedido al Partido Socialista que designara otro candidato a fin de facilitararlo: «Pienso que en la actualidad no estamos empeñados en la mera lucha por elegir un Presidente de la República, sino tras la conquista del poder para el pueblo, a fin de abrir caminos a un proceso efectivamente revolucionario, que inicie la construcción del socialismo, de la nueva sociedad chilena, y que señale también una ruta para América Latina (...). Personalmente solo aliento un anhelo íntimo: que vaya donde vaya, esté donde estuviere, seguiré siendo para el pueblo el compañero Allende».<sup>491</sup>

Tras intensas negociaciones, los acontecimientos por fin se precipitaron. El 20 de enero el MAPU difundió una declaración en la que apostó por que el candidato procediera de las filas de uno de los dos partidos «más ligados» a la clase obrera, los comunistas retiraron la candidatura de Neruda y el senador Baltra también declinó la suya. El 22 de enero, a las ocho de la tarde, los principales dirigentes de la Unidad Popular, concentrados en la sede del Partido Radical, proclamaron a Allende después de que la Acción Popular Independiente y el Partido Socialdemócrata informaran de la renuncia de su último «rival», el senador Tarud. Al concluir la reunión, todos se dirigieron caminando hacia la plaza Bulnes, donde en aquella tarde veraniega se realizaba la multitudinaria concentración convocada por el Partido Comunista.<sup>492</sup>

Aún llegaron a tiempo de escuchar las recordadas palabras de Luis Corvalán: «Trabajadores de Santiago, pueblo de la capital, queridos camaradas: Salió humo blanco. Ya hay candidato único. Es Salvador Allende». Después, este pronunció un discurso de unos quince minutos en el que se comprometió firmemente a cumplir el programa de la Unidad Popular y señaló que ya llevaba dos décadas recorriendo el país, de extremo a extremo, como abanderado de la izquierda, pero que jamás lo había hecho como un caudillo o un ser providencial. Tras agradecer el apoyo de todos los partidos de la UP y de los otros candidatos, llamó a los jóvenes al compromiso con la transformación del país. «Con los años que tengo, me siento orgulloso de encabezar esta tarea que tiene que realizar la

juventud de Chile».<sup>493</sup> Camino de los 62, abuelo ya de dos nietos, se aprestaba a afrontar su última oportunidad para alcanzar La Moneda.

Con el sosiego previo a la gran batalla, la Alameda acogió una verdadera fiesta de la izquierda, con la participación de las principales voces de la Nueva Canción Chilena, de los actores y actrices comprometidos, de los poetas populares... que desplegaron su arte y sus versos tras los discursos. Se abrió un libro de adhesiones al programa de la Unidad Popular y fue Neruda quien lo inauguró con su firma.

La primera entrevista al candidato se la hizo Eduardo Labarca y Allende destacó el crecimiento del movimiento popular en torno a la unidad de los dos partidos de la clase obrera: «Las discrepancias, aun las de carácter público, entre comunistas y socialistas no han destruido esta unidad, porque si hay cosas que desunen, son muchas más las que unen». Ensalzó el ensanchamiento de la base política, social y electoral de la UP respecto al FRAP y expresó su confianza en la victoria: «Podemos, tenemos y debemos ganar. No solo porque somos mayoría, sino por la gran conciencia del pueblo chileno».<sup>494</sup>

443. Garcés, Joan: *Desarrollo político y desarrollo económico. Los casos de Chile y Colombia*. Tecnos. Madrid, 1972, p. 181.
444. Kissinger, Henry: *Mis memorias*. Atlántida. Buenos Aires, 1979, p. 460.
445. *Punto Final*, n.º 5. Noviembre de 1965.
446. Moulian, Tomás: *La forja de las ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*. Akhilleus. Santiago de Chile, 2009, p. 267.
447. Casanueva Valencia y Fernández Canque, pp. 213-217.
448. Espinoza Orellana, Manuel: «El socialismo chileno frente a una encrucijada». *Arauco*, n.º 60. Enero de 1965, pp. 21-32.
449. Corvalán, Luis: *Camino de victoria*. Sociedad Impresora Horizonte. Santiago de Chile, 1971, pp. 140-142.
450. Entrevista a Andrés Pascal Allende. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
451. Entrevista de Jorge Benítez González y Pedro Rosas Aravena a Andrés Pascal Allende. *Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n.os 4-5. Santiago de Chile, diciembre de 2007, pp. 144-147.
452. *Marcha*, n.º 1.349. Montevideo, 21 de abril de 1967, p. 9.
453. *Punto Final*, n.º 34. Primera quincena de agosto de 1967, pp. 6-7.
454. *Punto Final*, n.º 35. Segunda quincena de agosto de 1967, pp. 6-7.
455. Ampuero D., Raúl: *La izquierda en punto muerto*. Orbe. Santiago de Chile, 1969, p. 125.
456. *Punto Final*, n.º 42. 22 de noviembre de 1967. Suplemento, pp. 1-7.
457. Suárez Bastidas, p. 124.
458. Jobet, Julio César: *El Partido Socialista de Chile. Tomo 2*. Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile, 1971, pp. 123-141.
459. Lira Massi, Eugenio: *La cueva del Senado y los 45 senadores*. TE-ELE. Santiago de Chile, 1968, p. 110.
460. Salazar, p. 227.
461. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.
462. El ascenso del PDC había borrado del mapa a estos partidos en las elecciones parlamentarias de 1965, cuando el Conservador solo obtuvo el 5,27% de los votos en la votación a diputados y el Liberal, el 7,32%. Fue el ocaso definitivo de la vieja derecha oligárquica, que murió atrapada en la disyuntiva entre Democracia Cristiana-izquierda marxista. Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica: *Nacionales y gremialistas. El «parto» de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008, pp. 72-78.
463. *Rumbo de liberación*. Archivo Salvador Allende, n.º 5, pp. 227-242.
464. Quezada Lagos, p. 41.
465. Pujadas, Ignacio: *Joan Alsina. Xile al cor*. Aedos. Santiago de Chile, 1976, pp. 426-428.
466. MAPU: *Informe político rendido por Jacques Chonchol*. Santiago de Chile, 1969, p. 8.
467. *Ercilla*, 2 de septiembre de 1970, p. 12.
468. *Las Noticias de Última Hora*, 15 de junio de 1969, p. 3.
469. *Las Noticias de Última Hora*, 19 de junio de 1969, p. 3.
470. *Las Noticias de Última Hora*, 1 de julio de 1969, p. 3.
471. Puccio, pp. 196-197.
472. Rodríguez, Aniceto: *Entre el miedo y la esperanza*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995, pp. 312-314.
473. Arrate y Rojas, Tomo 1, pp. 445-446.
474. *Las Noticias de Última Hora*, 30 de agosto de 1969, p. 16.
475. Schnake, Erich: *Un socialista con historia. Memorias*. Aguilar. Santiago de Chile, 2004, p. 147.
476. Entrevista a Osvaldo Puccio Huidobro. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
477. *Las Noticias de Última Hora*, 5 de septiembre de 1969, p. 16. Este diario era vespertino.
478. *Las Noticias de Última Hora*, 9 de septiembre de 1969, p. 3.
479. Neruda, Pablo: *Confieso que he vivido. Memorias*. Seix Barral. Barcelona, 1979, p. 459.

480. Gazmuri, Jaime y Martínez, Jesús Manuel: *El sol y la bruma*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2000, pp. 76-79.
481. Puccio, pp. 184-187.
482. Casals Araya, Marcelo: *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo». 1956-1970*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2010, pp. 240-241.
483. Garcés (1996), p. 151.
484. Esta declaración se reproduce íntegramente en: Casanueva Valencia y Fernández Canque, pp. 230-231.
485. Véase el programa de gobierno de la Unidad Popular en: *Chile, hacia el socialismo*. Zero. Madrid, 1971.
486. Corvalán (1997), pp. 117-118.
487. Chonchol, Jacques: *Chili: de l'échec a l'espoir*. Les Éditions du Cerf. París, 1976, p. 42.
488. Gazmuri y Martínez, pp. 78-79.
489. Labarca, Eduardo: *Chile al rojo. Reportaje a una revolución que nace*. Ediciones de la Universidad Técnica del Estado. Santiago de Chile, 1971, pp. 225-226.
490. Corvalán (1971), pp. 339-352.
491. Martner (1992), pp. 275-280.
492. *El Siglo*, 23 de enero de 1970, p. 1.
493. *El Siglo*, 23 de enero de 1970, p. 7.
494. *El Siglo*, 25 de enero de 1970, pp. 1 y 5.

## El desafío de 1970

En la más breve de sus cuatro campañas presidenciales, Salvador Allende conquistó por fin La Moneda. La Unidad Popular obtuvo una victoria histórica con un programa que propugnaba grandes transformaciones políticas, económicas y sociales. La madrugada del 5 de septiembre de 1970, desde el balcón del viejo caserón que la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile tenía en la Alameda, Allende habló por primera vez como Presidente... aunque aún tendría que superar siete semanas de una gran tensión hasta su ratificación por el Congreso Pleno con el apoyo del Partido Demócrata Cristiano. Aquella noche «de gloria» para la izquierda miles de personas celebraron el triunfo y escucharon al vencedor convocarles a recorrer «las esperanzadas alamedas del socialismo». La noticia recorría ya el mundo: por primera vez un candidato marxista había ganado las elecciones presidenciales.

### EL PUEBLO UNIDO...

De febrero a agosto de 1970, Allende recorrió por última vez Chile como candidato en campaña. Fue, con mucha diferencia, la más corta de sus cuatro batallas presidenciales y sin embargo la que le otorgó la victoria. A lo largo del verano austral rompieron el fuego las brigadas muralistas Ramona Parra (de las Juventudes Comunistas) y Elmo Catalán (de la Juventud Socialista), que pintaron su nombre de manera colorista e imaginativa en los muros de todo el país. Los acordes de la Nueva Canción Chilena, con Víctor Jara, Ángel e Isabel Parra, Inti Illimani, Quilapayún, Patricio Manns..., llenaron de música la infinidad de actividades que la izquierda organizó a lo largo de aquellos siete meses. Canciones como *Venceremos* o *El pueblo unido* traspasaron la cordillera y el océano y harán perdurar siempre la victoria de la UP. Aquel clima de

profunda mística, de identidad colectiva, sobre todo en las generaciones más jóvenes, impactadas por el Che, el sacerdote colombiano Camilo Torres u Ho Chi Minh, protagonistas de los movimientos de Reforma Universitaria, lo recreó de manera vívida Gladys Marín, secretaria general de las Juventudes Comunistas entonces, en su libro autobiográfico: «No es exactamente una campaña electoral, es una forma de reconocer país, de construir país, de descubrir y soñar país, muy intensa, alegre, desafiante».<sup>495</sup>

La periodista Virginia Vidal, redactora de *El Siglo* en aquellos años, recuerda una de aquellas jornadas en las que Allende, con guayabera y sombrero de paja, recorrió uno de los sectores más humildes del área metropolitana de Santiago: «Fuimos a una localidad muy pobre, Barrancas (hoy llamada Pudahuel), era un día de semana después del almuerzo, hacía mucho calor, el terreno era muy árido, pura tierra. No se asomaba un alma. Allende iba con un megáfono, tocando puerta por puerta, era muy entusiasta».

En una de las casas pidió un vaso de agua a la mujer que le abrió y ella con mala voluntad regresó con una jarra «bien pobre» de la que el candidato se sirvió sin problema. Después empezó a preguntarle por sus hijos y a explicarle su trabajo como parlamentario durante un cuarto de siglo, su especial preocupación por impulsar medidas que favorecieran a los hijos de los trabajadores. «Ahí la mujer empezó a interesarse cuando le habló con propiedad de las diferentes leyes que había impulsado por la salud, por la alimentación... Así fue, paso a paso, casa a casa, se nos pasó toda la tarde en eso». Después llegó su hermana menor, diputada socialista por la zona, a quien saludó con su megáfono: «Aquí viene Laurita, atrasada, como de costumbre».<sup>496</sup> Se acercó el momento de la concentración en una plaza desolada y los habitantes de la zona empezaron a reunirse. «Allende habló con un gran entusiasmo y sin decaer en ningún momento. A pesar de las sucesivas derrotas, teníamos esperanza», dice Virginia Vidal.<sup>497</sup>

Víctor Pey también acompañó a su amigo en el transcurso de aquellos meses. «Todas las campañas exigían un esfuerzo gigantesco. Allende tenía una salud y una resistencia física excepcional». En 1970, Pey estaba trabajando en Antofagasta, donde hacía una gran obra de agua potable. «Le acompañé de pueblo en pueblo con mi camioneta, hacía un discurso tras otro... yo estaba agotado, pero él no, porque tenía una gran habilidad que muy poca gente tiene: en un momento determinado podía dormir quince o veinte minutos. Esta era una de las grandes características que tenía Napoleón también, que en el fragor de las

batallas se retiraba y dormía; dirigía las batallas día y noche, día y noche. Allende era así. Cuando quería, dormía unos veinte minutos y volvía a empezar...».<sup>498</sup>

Otro ingeniero, Jorge Insunza, tuvo un papel destacado en la campaña de la UP. Miembro del Comité Central del Partido Comunista desde 1962 y de la Comisión Política desde 1965 (hasta hoy), diputado por Rancagua desde 1969, tenía una buena relación con Beatriz Allende, a quien había conocido en la Universidad. En 1970 fue el responsable nacional de propaganda del comando y eso, explica, «significaba un contacto casi diario con él, muchas veces telefónico, porque Allende desde las 7 o 7.30 de la mañana tomaba el teléfono y te llamaba: “Compañero Insunza, vengo llegando de Copiapó y los compañeros me dijeron que no había propaganda...”». En más de una ocasión le invitó a Guardia Vieja para conversar sobre el trabajo específico que él coordinaba y a veces le pedía que le mostrara alguna de las propuestas que estaban elaborando. Así, recuerda la impresión que le causó uno de los afiches más hermosos que elaboraron los extraordinarios profesionales gráficos que colaboraron con la Unidad Popular: «Una vez le llevé a su casa un boceto de uno de nuestros compañeros publicistas: aparecía un niño y el lema era “Por ti venceremos”. Lo acogió con gran entusiasmo: “Compañero, esto es lo mejor que he visto nunca, tienen que hacer miles y miles...”».<sup>499</sup>

Otra de las novedades de aquella campaña fue la creación de casi quince mil comités de la Unidad Popular en todos los rincones del país, organismos unitarios que dinamizaron el trabajo electoral, social y político y, que pese a las exhortaciones posteriores a mantenerlos y fortalecerlos, desaparecieron tras el triunfo del 4 de septiembre. También los trabajadores desplegaron una intensa movilización, con los paros en las industrias textiles Sumar y Fensa, la «marcha del hambre» de los mineros de Ovalle, las huelgas de los estibadores y de los obreros del salitre. Especial fue la llegada de dos de los candidatos a Lota, justo diez años después de la «huelga larga» del carbón. El 19 de marzo los mineros y sus familias recibieron con gran hostilidad a Alessandri, el Presidente que había estado al lado de los patrones en 1960. Y días después aclamaron al candidato de la UP: «... la población nos saludaba con la euforia más grande que yo haya visto. Ya conté que años atrás llevamos niños mineros a nuestras casas. Esos niños eran ahora aquellos hombres que rechazaron a Alessandri (...). Pero ahora se encontraban con el hombre que los había acogido y que se había jugado entero por ellos».<sup>500</sup>

A fines de abril, la violencia irrumpió con un crimen que fue emblemático durante un tiempo: el brutal asesinato por los sicarios de los terratenientes de Hernán Mery, demócratacristiano, jefe de la Corporación de Reforma Agraria (CORA) en Linares, mientras se ejecutaba la expropiación del fundo «La Piedad» de Longaví según la ley vigente desde 1967.

El 12 de mayo las tres mayores confederaciones sindicales campesinas, Ranquil (afiliada a la CUT y dirigida por la izquierda), Triunfo Campesino y Libertad (encabezadas por el sector progresista del PDC), y las federaciones de asentamientos de la reforma agraria y de cooperativas realizaron la primera huelga general de los trabajadores rurales y el 8 de julio la Central Única de Trabajadores organizó un masivo paro nacional, el octavo desde su fundación en febrero de 1953, para demandar subidas salariales y la disolución del Grupo Móvil de Carabineros.

También el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, Alfredo Jadresic, expresó públicamente su apoyo a la candidatura de Allende, quien le pidió que le acompañara en una gira por el norte. Jadresic intervino en un acto político en Antofagasta, «una concentración masiva y entusiasta». «A mi turno, tomé la palabra y sereno hablé de la poesía, del arte, del mundo desconocido de la cultura para tantos chilenos que no logran otro placer que llevar el pan a sus hogares, de la inmensa injusticia que va mucho más allá de la carencia de los bienes materiales, de la inequidad en todos los ámbitos, de la educación y sus proyecciones en el desarrollo personal y de la sociedad. Me escuchaban con un silencio impresionante. Mientras hablaba sentía que los rostros de esos obreros revelaban entender que existía algo de lo cual nunca nadie les había hablado, que parecía maravilloso y a lo cual también tenían derecho. Eso también era parte del proyecto de la Unidad Popular».<sup>501</sup>

## UN GRAVE CONTRATIEMPO

Unos cien días antes de la votación, Salvador Allende padeció el episodio de salud más grave de toda su vida. Una mañana muy fría, cuando caminaba por la calle Huérfanos en dirección al Congreso Nacional notó los síntomas de una angina de pecho y se dirigió a la cercana clínica del doctor Sepúlveda, quien le atendió y le prescribió que descansara en su casa durante unos días. Allí, Beatriz Allende y Eduardo Paredes, ante aquella situación de emergencia familiar y

política, decidieron contactar con un buen cardiólogo y que además fuera una persona de confianza, que supiera guardar la confidencialidad de un incidente que de ningún modo podía saltar a los medios de comunicación. «Al mediodía me llamaron al hospital donde trabajaba, el San Borja, y me dirigí a Guardia Vieja», recuerda el doctor Óscar Soto.

Cuando el doctor Soto, militante socialista e hijo de un fundador del partido (Óscar Soto Troncoso), llegó a Guardia Vieja 392 percibió de inmediato una cierta desconfianza entre los dirigentes políticos que le esperaban. Así lo escribió Osvaldo Puccio: «Este hombre tenía entonces unos 31 años, con la apariencia de ser incluso más joven, muy deportivo, con el estetoscopio en el bolsillo. A mí no me daba la impresión de que fuera el médico indicado para el compañero Allende y pregunté a Tati por qué habían llamado a ese mocoso, y no al mejor cardiólogo que había en Chile. Me contestó que era el mejor cardiólogo, además de ser el médico en el que Allende tenía confianza. Ella tenía razón».<sup>502</sup>

Óscar Soto se comprometió entonces a dirigir el tratamiento de Allende siempre que este aceptara, como hizo, sus indicaciones ante la cierta gravedad del episodio que había sufrido. Al contrario de la afonía que padeció en 1964, aquel contratiempo no trascendió, pero sí fue conocido por los principales dirigentes de la Unidad Popular. De hecho, con absoluta franqueza, el secretario general del Partido Comunista preguntó al doctor Soto si Allende podía seguir adelante con la campaña electoral y sus tremendas exigencias. «“Estamos todavía con la posibilidad de cambiar de candidato”, me dijo don Lucho Corvalán». El doctor Soto asintió y prescribió un tratamiento que implicaba un seguimiento cotidiano de la evolución de su salud. A los pocos días, Allende tuvo que comparecer en el programa de Televisión Nacional *Decisión 70* y salió airoso física y políticamente, a pesar de las duras preguntas de algunos periodistas.

A partir de entonces, Óscar Soto, sin dejar de trabajar en el San Borja, se convirtió en el médico personal de Salvador Allende y le acompañó hasta sus minutos finales. De una absoluta lealtad a su memoria, reconoce que entonces «yo era *allendista*, pero no era muy entusiasta de Allende... Todos habíamos tenido la influencia de la Revolución Cubana y del guevarismo. Muchos pensábamos entonces que no era el hombre que el país necesitaba, tenía ya muchos años. ¡Era la cuarta vez que se presentaba!».<sup>503</sup>

A diferencia de las cuatro anteriores elecciones presidenciales, en 1970 no hubo candidatos testimoniales. Tanto Jorge Alessandri, como Radomiro Tomic y Salvador Allende tenían posibilidades reales de victoria, aunque casi todas las encuestas que la prensa iba difundiendo vaticinaban la victoria del primero con alrededor del 40% de los votos, mientras que Allende y Tomic fluctuaban entre el 25% y el 30%.<sup>504</sup> A pesar de estos buenos augurios, la derecha no dudó en reeditar la «campana del terror» de 1964. Carteles con un tanque soviético ante el palacio de La Moneda volvieron a inundar las paredes del país, coparon miles de octavillas, aparecieron como publicidad en los diarios: «En Checoslovaquia tampoco pensaban que esto sucedería... Pero los tanques soviéticos llegaron en la primera oportunidad que se les presentó. Un Gobierno títere del comunismo abrirá las puertas de Chile a estos tanques, que aplastarán definitivamente lo más sagrado que tenemos: la libertad».<sup>505</sup> También recurrieron al terreno de las creencias religiosas con mensajes como este, suscritos por organizaciones inventadas como Acción Femenina de Chile y Chile Joven: «Virgen del Carmen, Reina y Patrona de Chile, líbranos del comunismo ateo».

Junto con la posición del cardenal Raúl Silva Henríquez (arzobispo de Santiago), quien condenó el uso de motivos religiosos en la lucha política, la izquierda supo desactivar estas manipulaciones: el 21 de julio un grupo de veinte jóvenes comunistas entró en las oficinas de la agencia de publicidad Andalién y se apoderó de la documentación que probaba que esta campana publicitaria se financiaba con generosas aportaciones de la compañía cuprífera Anaconda, el Bank of America, el First National City Bank o *El Mercurio* y demostraba su estrecha vinculación con los hombres de Alessandri, entre ellos Sergio Onofre Jarpa, presidente del Partido Nacional.<sup>506</sup>

El principal resultado de aquella propaganda fue atemorizar aún más a las clases acomodadas y así, conforme se acercaba el 4 de septiembre, los periódicos incluían avisos de familias que querían venderlo todo para migrar a «paraísos democráticos» como la España de Franco o el Paraguay de Stroessner. Incluso, en la zona más exclusiva de Santiago, el barrio alto, se armaron grupos de autodefensa para proteger «a las mujeres y a la propiedad», que creían gravemente amenazadas por los *rotos*, los más pobres, que avanzarían desde las *poblaciones* si la UP vencía.<sup>507</sup> La campana del terror ya no movilizaba muchos votos, pero sí alteraba conciencias y creaba pánico... principalmente entre

quienes la promovían.

En 1970, más relevante fue la influencia de la televisión, puesto que en el país ya existían alrededor de medio millón de receptores.<sup>508</sup> El programa más importante fue *Decisión 70*, presentado por Gonzalo Bertrán, que se emitía ya grabado en Televisión Nacional los domingos a las diez y media de la noche (en directa competencia con el popular *A esta hora se improvisa* del Canal 13 de la Universidad Católica) y en el que cada candidato debía responder a diez preguntas que conocía con 24 horas de antelación. Jaime Suárez Bastidas dejó anotado cómo enfrentó Allende este programa con la ayuda de Augusto Olivares, Miria Contreras, su hija Beatriz y él mismo... a veces con irritante impaciencia, puesto que tendía a extenderse demasiado en las respuestas y en ocasiones era conveniente repetir la grabación varias veces.<sup>509</sup>

La primera participación de Alessandri fue impactante: agotado después de una intensa gira por Atacama y Coquimbo, apareció como un anciano de 74 años poco capacitado ya para conducir los destinos del país, irascible, hosco y con escasa agilidad mental. Un profesor estadounidense que trabajaba entonces en Chile examinó también a sus rivales: «Las intervenciones de Allende y Tomic fueron muy superiores. Allende es el negociador consumado que actúa entre bastidores y en consecuencia su manera suave y cordial resulta persuasiva, aunque sabe ser violento en los momentos oportunos. De los tres candidatos, Allende era sin duda quien se llevaba la palma en televisión, aunque pocos de sus seguidores debían tener receptores. Tomic adolece del grave problema de ser tremendamente impetuoso y apasionado, lo cual es una cualidad excelente cuando se habla ante un vasto auditorio, pero en la intimidad del hogar sus arengas adquieren matices demasiado emocionales».<sup>510</sup>

Otra notable cobertura periodística de la campaña electoral desde la neutralidad la realizó la revista *Ercilla*, que publicó una entrevista en profundidad a cada candidato. De este modo, la periodista Erika Vexler volvió a compartir almuerzo con la familia Allende Bussi en Guardia Vieja. El menú fue diferente al de 1964: porotos granados con prietas, carne con ensalada y duraznos al jugo. «El dueño de casa también está cambiado: más tranquilo, menos impulsivo, más reposado y maduro, aunque sin haber perdido ni un ápice de la tenacidad, que parece ser su cualidad intrínseca», relató Vexler.

Como antes Alessandri y después Tomic, Allende respondió a las mismas 94 preguntas livianas con agilidad y fina ironía. Desafiado a definirse con una sola palabra, eligió «socialista». Preguntado por cómo imaginaba las elecciones del

año 3000, señaló: «Sin mi candidatura... probablemente». Interrogado por la frase con la que todos sus compatriotas estarían de acuerdo, señaló aquella que su compañero Mario Palestro inmortalizaría tres meses después: «¡Viva Chile, mierda!». Respecto a «cómo le gustaría que lo recordaran», destacó escuetamente: «Como un chileno consecuente». Sobre la religión y Dios, afirmó que para él eran «algo muy respetable, que respeto en muchas respetables personas». Entonces, tenía dos nietos, Gonzalo (de 5 años) y Carmen Beatriz (de un año y medio), pero no era un abuelo *guaguatero* (especialmente apegado a ellos), porque, según confesó, «los niños me gustan cuando llegan a la edad en que comienzan a hacer maldades, y las niñas, de 35 para arriba...».<sup>511</sup>

El mayor de sus nietos, Gonzalo Meza Allende (fallecido en 2010), hijo de Isabel, recordó en 2008 que era difícil en aquel tiempo tan agitado hallar momentos para compartir. «Me costaba encontrarme con él, pero la pasábamos muy bien. Podíamos conversar, pero se cuidaba de no traspasar el tema político a alguien como yo, que era un niño». El nieto predilecto, *regalón*, de Salvador Allende y Hortensia Bussi añadió que su abuelo, a pesar de estar inmerso en la campaña electoral de 1970, le enseñó a jugar al ajedrez y también aprendió entonces a montar a caballo con una yegua que le regaló para su cumpleaños.<sup>512</sup>

#### DE PLAZA ITALIA A LA AVENIDA BRASIL

En el sorteo del Registro Electoral a Tomic le correspondió el número 1, a Alessandri el 2 y a Allende el 3. Con buen sentido del humor, el candidato de la UP comentó (como Frei en 1958): «Ya la Biblia expresó que los últimos serán los primeros».<sup>513</sup> El 30 de agosto, a tan solo cinco días de la votación y con motivo de su trigésimo aniversario, *El Siglo* publicó en su primera página una entrevista a Salvador Allende, quien se mostró confiado en la victoria: «Considero que aún no está claramente definido si el segundo lugar lo tendrán Alessandri o Tomic, pero será muy neta la ventaja nuestra sobre cualquiera de ellos». Por eso, tras solicitar que el Ministerio del Interior proporcionara los datos del escrutinio de manera transparente, llamó al pueblo a permanecer en estado de alerta y movilización tras el 4 de septiembre. «La historia lo enseña. Conspiraron contra O'Higgins, conspiraron y derrocaron al Presidente mártir Balmaceda y los herederos de esos mismos intereses pretendieron derrocar a Pedro Aguirre Cerda». Aquel mismo día, el último domingo de la campaña,

recorrió el puerto de San Antonio, Melipilla y El Monte, donde almorzó con su querida «mamá Rosa». Por la tarde, a las cuatro, concurrió a una concentración en Isla de Maipo, a las seis en Talagante y a las ocho en la plaza de Peñaflor.<sup>514</sup>

El 1 de septiembre cerró la campaña con un gigantesco mitin ante un océano formado por cerca de un millón de personas que, organizadas en siete columnas, hacia las siete y media de la tarde inundaron al eje que parte desde la plaza Italia hasta la avenida Brasil de Santiago. El principal de los diez escenarios que se levantaron se situó en la intersección entre la calle Irene Morales y la Alameda, y contó con la música de la Orquesta Sinfónica del Pueblo y con Mario Céspedes, Yolanda Apablaza y René Largo Farías como animadores.<sup>515</sup> En su discurso, Allende exhortó al pueblo a edificar un futuro más justo para Chile, a desarrollar el programa de la Unidad Popular y convocó a celebrar y a defender el triunfo desde la misma tarde del 4 de septiembre. «Era un espectáculo impresionante. La mayor parte no alcanzaba a ver, por supuesto, la plataforma, pero un sistema de altoparlantes transmitía las palabras del líder. Sus últimos comentarios fueron bastante moderados (...). Sobre la Alameda se habían levantado varios estrados más pequeños<sup>516</sup> en los cuales se presentaban diversos números de entretenimiento, sobre todo danzas y cantos folklóricos, salpicados de vez en cuando por un sketch satírico», escribió el profesor Michael J. Francis, quien destacó también que al día siguiente, en su acto final, Radomiro Tomic fue incapaz de igualar la masividad de la UP.<sup>517</sup>

La prensa internacional siguió con gran atención la *batalla de Chile*. *The Washington Daily News*, por ejemplo, auguró el 1 de septiembre que este país podía tener la «dudosa distinción» de convertirse en el primero que eligiera un Gobierno «comunista» en unas elecciones libres.<sup>518</sup>

## UN DÍA DE GLORIA

El viernes 4 de septiembre de 1970 tres millones y medio de ciudadanos mayores de 21 años debían elegir entre las propuestas capitalistas y autoritarias de Jorge Alessandri, el reformismo progresista de Tomic y la opción por el socialismo que encarnaba Allende, quien, como tantos otros días, llamó muy temprano a Osvaldo Puccio. «El día de la elección, a las 6:30 horas más o menos, cuando yo estaba recién despertándome, me llamó el compañero Allende y me pidió que fuera lo antes posible a su casa (...). Entré al dormitorio. Estaba

todavía en pijama. “Osvaldo —me dijo— hoy día se juega lo que hemos estado preparando en los últimos años. Todo lo que hemos dicho y hecho. Hoy día se va a probar si teníamos razón o no”. Y después de una pausa añadió: “Yo creo que vamos a ganar. Será un día muy duro y muy largo para nosotros”.».<sup>519</sup>

Curiosamente, aquel día Allende no pudo votar, ya que estaba inscrito en la provincia de Magallanes. Después de desayunar su acostumbrado café chico (sin azúcar) y una manzana, a las once se dirigió a la 14.<sup>a</sup> Comisaría de Carabineros, ubicada en la calle Miguel Claro, para cumplir con el mandato legal de justificar su abstención. Al abandonar estas dependencias, aseguró a los periodistas: «Tenemos la absoluta confianza de que venceremos». De allí, se dirigió al Liceo 7 de Niñas, en la avenida Providencia, para acompañar a su esposa y a sus tres hijas en la votación. Numerosas personas le saludaron allí, incluidas dos monjas, quienes le estrecharon las manos y le brindaron unas palabras calurosas: «Estamos con usted». Y antes de salir del centro educativo, una profesora, Silvia Morales, sorteó a los centenares de personas y le estampó un beso en la mejilla: «¡Venceremos, compañero Allende!». A continuación, se desplazó al Hospital Clínico de la Universidad Católica, donde visitó al senador de la USOPO Tomás Chadwick (compañero de toda una vida), ingresado tras sufrir un ataque de hemiplejía.<sup>520</sup>

Era una jornada casi primaveral en Santiago, soleada, apacible, en la que la tensión ante la emocionante incertidumbre del resultado invitó a la mayor parte de la población a votar temprano y recluirse en sus casas para seguir por radio o televisión el escrutinio. En su hogar, Allende almorzó su combinación preferida: carne, arroz y ensalada.<sup>521</sup> A media tarde, junto con su esposa y algunos compañeros como José Tohá y Victoria Morales, estuvo pendiente del inicio del recuento. «Estábamos junto con Allende en Guardia Vieja y lentamente nos iba llegando la información del escrutinio en las distintas ciudades. Hacia las seis o siete sentimos una ansiedad muy grande, las llamadas fueron incesantes», recuerda Victoria Morales.<sup>522</sup>

En aquellos momentos, los primeros resultados eran favorables a Alessandri y desataban la euforia en la derecha, que por unos minutos llegó a creerse de nuevo, como casi siempre, vencedora. Pero tan solo una hora después los datos del Norte Grande y el Norte Chico, así como los de Concepción, Talca o Curicó situaron a Allende en cabeza con 239.000 votos, mientras que Alessandri no pasaba de 193.000.

El arquitecto Miguel Lawner se encontraba en el Instituto Nacional, donde

Allende ingresara a mediados de 1919. Era el apoderado general de la UP en esta zona de Santiago, función que ya había cumplido en 1964, por lo que recordaba los datos de la elección anterior. «Cuando solo se habían escrutado las tres primeras mesas, llamé a mi esposa y le dije: “¡Anita, ganamos!”. Bajé a hablar con el compañero César Godoy Urrutia, quien me dijo: “Compañero, estamos perdiendo...”. “César, no seas *huevo*n, compara los datos, tienes que comparar los datos, los resultados anteriores con estos”...».<sup>523</sup>

A las diez y media de la noche, era evidente que la victoria se decidiría por un estrecho margen entre Allende y Alessandri, puesto que, según los datos que acababa de proporcionar el Ministerio del Interior, el candidato de la UP sumaba 871.000, el de la derecha, 842.000 y Tomic, 661.000. Este ya se había dirigido a sus seguidores para reconocer la derrota: «Dentro del marco de la ley el pueblo chileno ha expresado su voluntad. No me corresponde criticarla, sino acatarla».<sup>524</sup> Y mientras los partidarios de la UP empezaron a reunirse en la plaza Vicuña Mackenna y los de Alessandri en la plaza de Armas, el jefe de la guarnición, el general Camilo Valenzuela, previno que no autorizaría ninguna manifestación hasta dos horas después de concluido el escrutinio. Como en cada jornada electoral, las Fuerzas Armadas habían realizado un amplio despliegue de efectivos y asumido el control del país.

A pesar de ello, algunos militantes de la JDC se dirigieron al comando de la UP, en la calle San Martín 138, uniéndose a su alegría: «¡Tomic presente, Allende Presidente!».<sup>525</sup> La prensa incluso recogió sus declaraciones. Juan Enrique Vera, dirigente regional de la JDC, dijo con voz entrecortada: «Nosotros estamos por la izquierda. Trabajamos por Tomic, pero ahora estamos incondicionalmente al lado del Gobierno popular. Si la reacción pretendiera desconocer el triunfo de Allende, se encontrará con nosotros en el camino. No permitiremos ninguna intentona reaccionaria. Estamos dispuestos a entregar lo mejor de nosotros en la construcción del Chile nuevo».<sup>526</sup> En el Canal 9, Bernardo Leighton declaraba precisamente que le había impresionado contemplar a sus compañeros compartiendo la alegría de la UP y ya consideraba a su amigo Salvador Allende como Presidente electo. «Se pueden producir coincidencias entre la UP y la DC en el campo de la actuación, cuando se trate de legislar, porque hay planteamientos y puntos comunes en los programas. Plantearemos con lealtad las coincidencias y las discrepancias».<sup>527</sup>

El resultado electoral concedía al Partido Demócrata Cristiano un papel determinante en las próximas semanas, tanto por la transmisión del Gobierno

como por la decisiva orientación del voto de sus parlamentarios en la sesión del Congreso Pleno que debería elegir al Presidente entre los dos candidatos más votados, ya que ninguno había obtenido la mayoría absoluta. Así había sucedido en 1946, 1952 y 1958 y siempre fue investido quien logró el mayor número de votos.

Hacia las once y media, el Ministerio del Interior prometió que «en cinco minutos más» anunciaría el resultado final. Fueron los cinco minutos más largos de 1970 y probablemente de la vida de Allende. Finalmente, pasada ya la medianoche, el general Valenzuela reunió a la prensa y leyó un comunicado: «El Jefe de Plaza autorizó una concentración al comando del señor senador Dr. Salvador Allende desde la Biblioteca Nacional hasta plaza Italia...».<sup>528</sup> Era la confirmación pública de la victoria de la Unidad Popular. El silencio en el aristocrático barrio alto y la majestuosa avenida Providencia lo corroboraban.

Cuando faltaban quince minutos para las dos de la madrugada el ministro del Interior, Patricio Rojas, telefoneó a los tres candidatos para comunicarles el resultado exacto. De los 3.539.747 ciudadanos inscritos en los registros electorales, 1.070.334 (el 36,2%) apoyaron a Allende, 1.031.159 (el 34,9%) a Alessandri y 821.801 (el 27,8%) a Tomic. Apenas 26.000 votos (el 1,1%) fueron anulados o depositados en blanco, mientras que la abstención fue del 16,3% (577.004 personas).

La Unidad Popular, que venció en diez de las 25 provincias, consolidó su victoria con los amplios márgenes logrados en las áreas con mayor concentración proletaria: Tarapacá (49%), Antofagasta (45,9%), Concepción (48,3%) y Arauco (55,7%), mientras que en la provincia de Santiago se impuso Alessandri. La votación allendista era tan sólida que solo en Cautín fue inferior al 29%, si bien, una vez más, su flanco débil fue la población femenina, ya que apenas logró el 30,5% de los votos de las chilenas, mientras que entre los hombres alcanzó el 41,6%. Alessandri obtuvo un porcentaje de votos superior al de 1958 y el de Allende fue inferior al de 1964. Por primera vez, la izquierda venció en las provincias de O'Higgins, Curicó y Talca. Fue segunda en la de Santiago, pero obtuvo elevadas votaciones en sus zonas más populares, como San Miguel, La Cisterna, La Granja, San Bernardo, Barrancas, Conchalí, Renca o Cerrillos. Solo quedó tercera en tres provincias: Malleco, Cautín y Aysén. Alessandri venció en trece (entre ellas la capital) y Tomic en dos (Valparaíso y Aysén).<sup>529</sup>

Desde la medianoche, las emisoras de radio afines a la UP llamaban a sus

partidarios a concentrarse en la Alameda, frente al viejo caserón de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, enfrente del Cerro Santa Lucía, en Santa Rosa con Alameda. Carmen Castillo, joven militante del MIR, pasó a buscar a su amiga Beatriz Allende... y lo ha evocado de una manera especialmente bella: «La primavera, los cerezos en flor, las mimosas, amarillo y verde pálido, un ligero viento del sur despejando la contaminación. Después, partí a reunirme con la Tati en Guardia Vieja y todos juntos celebramos la victoria en el centro de Santiago. La marcha del pueblo bajo las ventanas del gran edificio del Partido Socialista. En el balcón Allende saludaba. La Alameda, esa ancha avenida, estaba llena de gente, una multitud compacta, vibrante, canciones, sonido de tambores y danzas, un cortejo en fiesta, sin violencia ni odio, a lo largo de toda la noche bajo un cielo estrellado tan reluciente como ese sueño hecho posible un instante, construir un mundo de justicia y libertad».<sup>530</sup>

También Víctor Jara y su esposa Joan llegaron a la sede de la federación estudiantil, donde saludaron a los dirigentes de los distintos partidos, a otros artistas, diputados, senadores y dirigentes de la Central Única de Trabajadores. Todos conocían a Víctor por su trayectoria artística y su compromiso político, puesto que había participado en multitud de actos de la campaña y era miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas. Joan Jara recogió esos momentos en su libro, una de las descripciones más hermosas de aquel Chile que ya no existe: «Veo a los dirigentes comunistas Lucho Corvalán y Volodia Teitelboim y luego me doy cuenta de la presencia de Salvador Allende. Pienso cuántas veces y durante cuántos años han esperado los resultados de las elecciones, durante cuántos años han luchado con la esperanza de una victoria popular. Muchos de los asistentes son viejos trabajadores, con toda una vida de lucha a sus espaldas». Cuando tuvieron la confirmación definitiva del triunfo, estalló la emoción hasta entonces contenida. «Dentro todo es alegría, abrazos, lágrimas. A mí me lleva el gentío. Todos se abrazan entre sí. La gente se empuja para llegar junto a Allende y felicitarle. Me toca el turno. Lo estrecho en lo que considero un desahogado estrujón de oso, pero él me dice: “¡Abrazame más fuerte, compañera! ¡Este no es momento para timideces!”».

Víctor y Joan regresaron al exterior donde la multitud no cesaba de aclamar: «¡Allende!, ¡Allende!». Trabajadores, estudiantes, militantes de todos los partidos de la Unidad Popular, pobladores llegados del cinturón obrero en sus carros de caballos celebraban la victoria por la que el movimiento popular había luchado durante décadas. La noticia recorría ya el planeta: por primera vez un

candidato marxista, al frente de una amplia coalición y con un programa que planteaba la construcción del socialismo, alcanzaba el Gobierno de un país en unas elecciones democráticas.

«La gente baila en las calles cogida de la mano», escribió Joan Jara, «formando cadenas y círculos, encendiendo fogatas... (...) Se inician procesiones espontáneas con antorchas improvisadas; nos encontramos marchando avenida abajo hacia La Moneda, el palacio presidencial. De improviso surge en dirección opuesta un contingente de soldados en vehículos blindados. Parece un presagio, una amenaza, pero pasan a nuestro lado y solo nos dedican alguna mirada».<sup>531</sup>

«Fue un día de gloria», sentencia Jacques Chonchol, entonces secretario general del MAPU.<sup>532</sup> El dirigente comunista Jorge Insunza coincide con él: «Teníamos confianza en la victoria por el desarrollo del movimiento popular. Era posible ganar, pero era difícil, porque Tomic era el candidato de la DC que más podía influir en el voto popular, que más dificultaba nuestro crecimiento. Fue una noche histórica».<sup>533</sup> «Estábamos tan acostumbrados a perder las elecciones que la victoria resultó profundamente sorprendente para todos, incluso para Allende», recuerda Victoria Morales.<sup>534</sup>

El sociólogo español Manuel Castells, que trabajó en Chile en aquellos años, explicó la victoria de la Unidad Popular por la división de las fuerzas no marxistas y la creación de un frente político que agrupaba al movimiento popular y parte de la pequeña burguesía bajo la hegemonía de la clase obrera, al tiempo que destacó que la campaña de la izquierda se había apoyado en la movilización de las masas en torno a propuestas programáticas precisas y no sobre la figura carismática del candidato como en el caso de la derecha.<sup>535</sup>

Por su parte, Joan Garcés, uno de los principales asesores políticos de Allende, citó tres características del sistema político y de la sociedad chilena que permitían entender la victoria de la UP. En primer lugar, destacó la unidad de la mayor parte del movimiento obrero en torno a los partidos Comunista y Socialista. En segundo lugar, subrayó que en aquel momento los trabajadores y los sectores populares no estaban enfrentados a la pequeña burguesía y la clase media, al contrario, un sector amplio de estas capas se alineaba entonces junto al proletariado. Y eran la aristocracia terrateniente y los principales grupos económicos los que se encontraban diferenciados social y políticamente de los sectores medios. Por último, constató que las Fuerzas Armadas habían permanecido al margen de la lucha por el poder.<sup>536</sup>

## DESDE EL BalcÓN DE LA FECh

Mientras en el barrio alto de Santiago reinaba un *silencio ensordecedor*, la alegría recorrió las *poblaciones*, los sindicatos, las peñas culturales, las modestas casas de los pirquineros y de los afuerinos, de los inquilinos y de los mineros, de los obreros de las haciendas magallánicas, de los trabajadores madereros de la cordillera en el sur. Y miles y miles de chilenos festejaron en las calles la histórica victoria de Allende y la Unidad Popular. A modo de ejemplo, en la localidad popular de San Miguel, bastión de la izquierda, el Comité Regional del PC y la Sala Chile del PS acogieron a centenares de personas desde muy temprano para seguir el escrutinio a través de la megafonía instalada en los balcones y la victoria fue recibida con una alegría indescriptible, bailando cueca y entonando la Canción Nacional, antes de formar densas columnas humanas que marcharon hacia el centro para unirse a la gran fiesta en la Alameda.<sup>537</sup>

Hacia la una y media de la madrugada del 5 de septiembre, Salvador Allende salió al balcón del vetusto edificio de la FECh, que sería destruido por un incendio pocos meses después. Se aprestaba a pronunciar el discurso que había aguardado durante cuatro largas décadas de compromiso político e iba a hacerlo precisamente en el local de una de las organizaciones en las que se forjaron sus convicciones más profundas, a finales de los años veinte y principios de los treinta.

Con un modesto micrófono que alcanzó a recoger la alegría del pueblo de Santiago, habló ya no como «el compañero Allende», sino por vez primera como «el compañero Presidente»: «La victoria alcanzada por ustedes tiene una honda significación nacional. Desde aquí declaro, solemnemente, que respetaré los derechos de todos los chilenos. Pero también declaro, y quiero que lo sepan definitivamente, que al llegar a La Moneda, y siendo el pueblo Gobierno, cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído de convertir en realidad el programa de la Unidad Popular».

Consciente de las dificultades que entrañaba llevar a cabo este proyecto político, apeló al compromiso de su pueblo y le prometió su lealtad: «Si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad... Pero yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana Gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de

nuestra patria (...). Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo».

En aquella noche largamente esperada, trabajada durante años en las oficinas salitreras, en los fundos, en la profundidad de las minas de carbón, en las universidades, en el arte, la cultura y la poesía, en las fábricas y las escuelas, Allende huyó del mesianismo y tuvo un recuerdo muy sentido para los luchadores sociales que desde principios de siglo sembraron la semilla de aquella victoria y se refirió al futuro que proyectaban construir, «las esperanzadas alamedas del socialismo»: «Han sido el hombre anónimo y la ignorada mujer de Chile los que han hecho posible este hecho social trascendental. Miles y miles de chilenos sembraron su dolor y su esperanza en esta hora que al pueblo pertenece. (...) Tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir el camino venturoso hacia una vida distinta y mejor; para empezar a caminar por las esperanzadas alamedas del socialismo que el pueblo con sus propias manos va a construir».

Y con afecto y respeto les convocó a la difícil tarea que empezaría a partir del día siguiente: «Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria. Gracias, gracias, compañeras. Gracias, gracias, compañeros. Ya lo dije un día. Lo mejor que tengo me lo dio mi partido, la unidad de los trabajadores y la Unidad Popular. A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero Presidente».<sup>538</sup>

En sus palabras, conmovidas por el entusiasmo popular que brillaba aquella noche en la Alameda, influía ya el peso de un desafío de proporciones históricas. «El candidato es un hombre más, con todas sus flaquezas (...). La noche del viernes yo tenía una mezcla de alegría, de serenidad y de preocupación», declaró en una de las primeras entrevistas que concedió tras su triunfo.<sup>539</sup>

495. Marín, Gladys: *La vida es hoy*. Edebé. Santiago de Chile, 2002, p. 67.
496. Vidal, Virginia: «El Presidente Allende». *Cuadernos de la Fundación Pablo Neruda*, n.º 32. Santiago de Chile, 1998, p. 43.
497. Entrevista a Virginia Vidal. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
498. Entrevista a Víctor Pey. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
499. Entrevista a Jorge Insunza. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
500. Puccio, pp. 203-204.
501. Jadresic, Alfredo: *Historia de Chile en la vida de un médico*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007, pp. 159-160.
502. Puccio, p. 209.
503. Entrevista a Óscar Soto. Madrid, enero de 2013.
504. Sin embargo, una de las últimas encuestas publicadas otorgaba una apretada victoria a Tomic (32,77%) y situaba a Allende en segundo lugar (30,52%). *Ercilla*, 19 de agosto de 1970, pp. 8-9. El 30 de agosto el embajador de Estados Unidos, Edward Korry, invitó a la sede diplomática a un grupo de politólogos de su país que habían viajado para estudiar las elecciones y les explicó que Alessandri no podía obtener menos del 40% de los votos de acuerdo con las investigaciones que su personal había realizado. Idénticos datos ofreció tres días después *El Mercurio*. Garcés, Joan: 1970. *La pugna política por la Presidencia en Chile*. Universitaria. Santiago de Chile, 1971, p. 41.
505. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 28.
506. Labarca (1971), pp. 310-317.
507. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 30.
508. Mattelart, Armand y Mattelart, Michelle: *Frentes culturales y movilización de masas*. Anagrama. Barcelona, 1977, p. 14.
509. Suárez Bastidas, pp. 164-168.
510. Francis, Michael J.: *La victoria de Allende*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1972, pp. 130-132.
511. *Ercilla*, 5 de agosto de 1970, pp. 37-48.
512. *La Nación*, 29 de junio de 2008. Número especial con motivo del centenario de Salvador Allende, p. 8.
513. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 29.
514. *El Siglo*, 30 de agosto de 1970, p. 4.
515. *El Siglo*, 31 de agosto de 1970, p. 7.
516. En el segundo escenario (calle Villavicencio) estuvieron Isabel y Ángel Parra y el Ballet Popular. En el tercero (avenida Portugal), Víctor Jara. En el cuarto (cerro de Santa Lucía), Quilapayún. En el quinto (calle Carmen), especialmente dedicado a los niños, actuaron Los Payasos de la Base Ho Chi Minh, El Conejo Orejón y Tía Elly o el Circo del Tony Caluga. En el sexto (calle Miraflores), Patricio Manns y el poeta Juvencio Valle. En el séptimo (calle Londres), el Conjunto Cuncumén. En el octavo (calle Matías Cousiño), Héctor Pavez. En el noveno (calle Bandera), Margot Loyola y el poeta Edmundo Herrera. En el décimo (frente al monumento a O'Higgins), Inti Illimani.
517. Francis, pp. 150-151.
518. *El Siglo*, 2 de septiembre de 1970, p. 15.
519. Puccio, p. 231.
520. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 3.
521. *Allende, candidato en campaña. Del general Ibáñez a la Unidad Popular*, p. 30.
522. Entrevista a Victoria Morales. Conversación telefónica mantenida el 13 de julio de 2002.
523. Entrevista a Miguel Lawner. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
524. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 2.
525. *Ercilla*, 9 de septiembre de 1970, pp. 11-12.
526. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 2.
527. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 4.

528. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 2.
529. Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile. Véanse las estadísticas completas por provincias y género de esta elección en el Apéndice IV.
530. Echeverría, Mónica y Castillo, Carmen: *Memorias movedizas. Chile en la vida de dos mujeres*. La Fábrica. Madrid, 2003, p. 127.
531. Jara, Joan: *Víctor. Un canto inconcluso*. Fundación Víctor Jara. Santiago de Chile, 1993, pp. 161-62.
532. Entrevista a Jacques Chonchol. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
533. Entrevista a Jorge Insunza. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
534. Entrevista a Victoria Morales. Conversación telefónica mantenida el 13 de julio de 2002.
535. Castells, Manuel: *La lucha de clases en Chile*. Siglo XXI. Buenos Aires, 1974, pp. 372-373.
536. Garcés (1971), pp. 14-16.
537. *El Siglo*, 5 de septiembre de 1970, p. 8.
538. Quiroga, Patricio: *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*. Crítica. Barcelona, 1989, pp. 55-60.
539. *Ercilla*, 9 de septiembre de 1970, pp. 14-18.

## El compañero Presidente

Se ha narrado muchas veces y en la última década han visto la luz documentos impactantes que han confirmado viejas sospechas, pero tal vez no se ha dimensionado en toda su magnitud lo sucedido en Chile durante aquellos sesenta días entre la votación del 4 de septiembre y el inicio del periodo constitucional de Salvador Allende como Presidente de la República el 3 de noviembre de 1970. La derecha, el sector más conservador de la Democracia Cristiana y el propio Eduardo Frei conspiraron para que el Congreso Pleno eligiera a Alessandri o para que una *intervención* de las Fuerzas Armadas impidiera la investidura de Allende. El empresario mejor relacionado con la Casa Blanca, Agustín Edwards (dueño de *El Mercurio* y de otros importantes negocios), se desplazó a Washington para solicitar al Gobierno de Richard Nixon que agrediera a su propio país. La gran potencia del norte puso en marcha una operación secreta para estrangular las posibilidades de éxito de lo que ya se conocía en el mundo como la «vía chilena al socialismo». La multinacional ITT, la CIA y la extrema derecha complotaron para asesinar al comandante en jefe del Ejército, quien había actuado de manera ejemplar de acuerdo con sus obligaciones constitucionales. Pero el entendimiento entre la Unidad Popular y el PDC, dirigido por su sector progresista e influido aún por la campaña de Tomic y su honesto reconocimiento de la victoria de Allende, permitió su definitiva elección el 24 de octubre. El 3 de noviembre de 1970 Chile empezó a caminar hacia el socialismo ante el interés de millones de personas en todo el mundo.

### EL GESTO DE TOMIC

La estrecha victoria en las urnas de Salvador Allende abrió un periodo de

incertidumbre ya que, de acuerdo con la Constitución de 1925, correspondía a los 150 diputados y 50 senadores, reunidos en Congreso Pleno, elegir al nuevo Presidente de la República entre los dos candidatos más votados.<sup>540</sup> Aunque complicado, el escenario era muy transparente para la Unidad Popular, puesto que, por su clara minoría en el Congreso Nacional, necesitaba al menos la abstención de los senadores y diputados del PDC. Fue Radomiro Tomic quien franqueó ese camino.

En la mañana del sábado 5 de septiembre, Allende recibió una tarjeta de su rival y amigo demócratacristiano que rezaba: «Salvador: Felicitaciones por la victoria, más honrosa mientras más dura y difícil. Le pertenece al pueblo, pero también es tuya». Al mediodía su esposa, Olalla Errázuriz, y él visitaron al matrimonio Allende Bussi en Guardia Vieja. Ante la puerta, rodeados por una nube de periodistas, el candidato presidencial del Partido Demócrata Cristiano explicó que había llegado a saludar «a mi amigo de muchos años, a mi amigo Presidente electo». Fue un gesto honorable que influiría en el devenir de las semanas siguientes, en una mañana en la que los chilenos leían en la prensa de izquierda (por ejemplo *El Siglo*) que Allende era el Presidente y en la de derecha (como *El Mercurio*) que tan solo había logrado la mayoría relativa.<sup>541</sup>

Pocos días después Tomic, quien se había comprometido a profundizar las reformas del Gobierno de Frei (acelerar la reforma agraria hasta eliminar el latifundismo y lograr una auténtica nacionalización del cobre), que postulaba el «socialismo comunitario» y había defendido en 1969 «la unidad social y política del pueblo», salió al paso de las acusaciones de la derecha contra Allende y la UP. En una entrevista concedida a un periodista español, aseguró que la izquierda respetaría la democracia y que confiaba en que la tensión política se atenuara tras la jornada electoral y sus ecos, aunque matizó: «... no sería lógico pedir a Salvador Allende que “en nombre de la pacificación de los espíritus” abandone el cumplimiento del programa aprobado por la mayoría del pueblo».<sup>542</sup>

La tarde del 5 de septiembre, ante la expectación nacional e internacional despertada por su victoria, Salvador Allende tuvo que ofrecer una multitudinaria rueda de prensa en la que destacó el valor del gesto de su adversario demócratacristiano. También señaló que había recibido más de cien telegramas de felicitación, así como la visita de tres rectores universitarios, funcionarios del Poder Judicial y dirigentes de la JDC. En su respuesta a las preguntas de los periodistas, ensalzó el pluralismo de la UP y la singularidad de su proyecto: «Esta lucha nuestra, siendo auténticamente chilena, tenía proyecciones

continentales y quizás, también lo dijimos, mundiales (...). Confluyeron en la Unidad Popular gentes de un pensamiento laico humanista y racionalista como las del Partido Radical, junto al pensamiento marxista de comunistas y socialistas y el claro pensamiento cristiano de los compañeros y amigos del MAPU. No hay otro país del mundo capitalista y desarrollado o en vías de desarrollo que haya podido aglutinar un movimiento tan amplio y al mismo tiempo tan profundo».

Asimismo, destacó la enorme contribución del mundo social a su candidatura: la mayor parte de los dirigentes de la CUT, dos de los tres movimientos campesinos más importantes y once de las doce federaciones estudiantiles. Y con legítimo orgullo ensalzó la contribución de los intelectuales y artistas: «Quiero destacar, como un hecho también muy trascendente, que la Sociedad de Escritores de Chile, a través de sus once directores, estuvo junto a nosotros, y que los artistas, los creadores, los intelectuales, todas las gamas de la capacidad intelectual y creadora del hombre, tuvieron una participación activa, generosa y abnegada en nuestra victoria, lo que se expresó en una exposición que los plásticos hicieron a lo largo de 25 provincias y en el apoyo de los artistas teatrales, que concurren a las poblaciones marginales, de los folkloristas, que llevaron también sus cantos y su anhelo renovado, o de los poetas, que llevaron sus versos hasta el pueblo. De la misma manera señalo la presencia de técnicos y profesionales».

Con la mirada fija en los periodistas extranjeros, cautivados por un acontecimiento de rasgos históricos, explicó que el proyecto de la UP nacía de «un hecho muy claro y muy profundo»: «el fracaso del régimen capitalista y el fracaso del reformismo del Gobierno demócratacristiano del señor Frei». Y les invitó a que conocieran las *poblaciones* que existían a apenas diez minutos en automóvil de La Moneda, donde «miles de chilenos chapotean en el barro y duermen bajo carpas o toldos de género que ni siquiera son un amparo mediocre para la lluvia, el frío o el viento». Y que les preguntaran cuántos estaban cesantes, de qué se componía su dieta alimenticia o cuántas horas de cola hacían en los hospitales antes de ser atendidos.

Las preguntas de los periodistas se refirieron principalmente a las relaciones que su Gobierno mantendría con Cuba, la Unión Soviética, China o Estados Unidos, sobre si la victoria de la UP invalidaba la vía armada en otros países de la región y acerca de la reacción de las Fuerzas Armadas ante su triunfo. Un periodista venezolano le inquirió sobre un asunto clave y evidente ante los ojos

de cualquier observador informado sobre la naturaleza del sistema institucional chileno: cómo iba a desarrollar su programa la Unidad Popular si estaba en clara minoría en el Congreso Nacional. Salvador Allende recordó que la Constitución de 1925 establecía la posibilidad de que el Presidente convocara un plebiscito cuando el Parlamento rechazaba las iniciativas del Ejecutivo. «Nosotros apelaremos a ese camino y a esos recursos. Y si ganamos la elección, con más razón ganaremos el plebiscito». Por otra parte, también expresó su confianza en que algunas de las medidas que tenían previsto impulsar obtendrían el apoyo del PDC «porque pensamos que serán consecuentes con sus ideas y con el programa que Radomiro Tomic planteó frente al país».<sup>543</sup>

En una de las primeras entrevistas que concedió a la prensa nacional, destacó que la victoria de la UP era «inobjetable» y volvió a señalar la epopeya que Chile tenía en el horizonte: «Sin un pueblo organizado y con plena conciencia de la tarea y de la misión histórica que debe realizar, no hay ninguna posibilidad de poder cumplir con el programa de la Unidad Popular. Es necesario trabajar más, producir más, aportar una verdadera cuota de sacrificio para que el país salga adelante. (...) Son millones los chilenos, hasta ahora postergados, que se van a sentir integrados a una gran tarea nacional de superación, trabajo, sacrificio y entusiasmo por un Chile mejor. (...) Nunca vamos a engañar a la gente. Les diremos qué vamos a hacer primero, y cómo y cuándo. Y si algo fracasa, debemos con decisión explicar los motivos de ese fracaso. Vamos a mantener un diálogo permanente con el pueblo. Nadie debe ilusionarse falsamente. Hay problemas en este país que se arrastran por más de un siglo. Esos problemas no se van a solucionar de la noche a la mañana, como por arte de magia. Iremos paulatinamente abordando las prioridades del programa de la Unidad Popular, pero con absoluta claridad, con plena participación del pueblo organizado».<sup>544</sup>

#### PÁNICO EN LA DERECHA... Y EL *FREÍSMO*

En la entrevista a Salvador Allende que Eduardo Galeano publicó el 18 de septiembre de 1970, el gran escritor uruguayo describió la viñeta de un diario conservador chileno que mostraba a San Pedro asomado desde una nube sobre la cordillera, mientras un angelito le preguntaba: «¿Qué estás viendo?». La respuesta era categórica: «La caldera del diablo».<sup>545</sup> Si Radomiro Tomic encarnó la actitud serena y democrática del sector progresista del PDC, la reacción de la

derecha y del ala *freísta* de la Democracia Cristiana se movió entre la sorpresa y el pánico. La derecha había incurrido en una apuesta arriesgada: en lugar de volver a garantizarse el «mal menor» a través de una alianza con el centro, había optado por competir con su programa y su candidato. Consumada la derrota en las urnas, consideraba que Chile se había situado al borde del precipicio. El desconcierto reinó inicialmente en sus filas, tal y como lo evidenció uno de sus prohombres, el senador Francisco Bulnes, quien la noche del 5 de septiembre reconoció a un periodista: «Todavía estamos un poco atontados. Perdonen que no les haga declaraciones».<sup>546</sup>

Pero la parálisis de la derecha apenas duró 24 horas. El domingo 6 Enrique Ortúzar (el segundo dirigente más importante del comando de Jorge Alessandri) convocó a los medios de comunicación frente a la casa de su candidato para entregarles una declaración en la que negaban a Allende el derecho a ser considerado Presidente electo y convocaban al PDC a votar por el ex mandatario en el Congreso Pleno para «salvar» a Chile del «marxismo». «El proceso electoral no ha terminado», proclamó Ortúzar, Y aquellas simples palabras insuflaron oxígeno a sus decaídos seguidores, que por la tarde recorrieron en caravana el barrio alto haciendo sonar las bocinas de sus automóviles. Su euforia debió de enfriarse al día siguiente, cuando el Consejo Nacional del PDC acordó rechazar el entendimiento de «las fuerzas democráticas» que propugnaba el *alessandrismo* y reconoció la legítima victoria de Allende en las urnas.

En la entrevista que aquel mismo día concedió a los periodistas Ernesto Saúl y Fernando Barraza, Allende enfatizó que confiaba en el patriotismo de Frei para conducir el país hasta el traspaso del mando y señaló la contradicción flagrante de la derecha, puesto que antes del 4 de septiembre su candidato había preconizado que debía ser Presidente quien hubiera obtenido la primera mayoría.<sup>547</sup> Este mismo argumento utilizó el 28 de septiembre de 1978 Eduardo Frei en una extensa misiva a Henry Kissinger en la que le proporcionó información sobre lo sucedido entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970. Frei recordó que antes de las elecciones de 1970 el PDC propuso en el Senado una reforma electoral para implantar la segunda vuelta en las elecciones presidenciales, pero aseguró que fue rechazada «en forma categórica» por la derecha y por la izquierda. Además, le citó algunos de los párrafos de la carta que Alessandri difundió el 24 de julio de 1970: «He manifestado en forma pública que yo no aceptaría ser designado Presidente de la República si no obtuviera la primera mayoría en las urnas». «Con el objeto de contribuir a la paz

y a la concordia que deben existir entre todos los chilenos, reitero que acepto públicamente, desde ya, que se proclame al candidato que obtenga la primera mayoría en las urnas».<sup>548</sup> Incluso, recordó que la derecha publicó en los días finales de la campaña multitud de mensajes en prensa, radio y televisión en este sentido.

Cristián Gazmuri ha descrito la pesadumbre que significó para Eduardo Frei la victoria de Allende. El estigma que le había imputado la ultraderecha tres años antes, ser el *Kerensky chileno*,<sup>549</sup> quien facilitaría al «comunismo» el «sometimiento» de Chile, le dolía en el alma.<sup>550</sup> El 7 de septiembre Frei visitó a Allende y le expresó: «Tu victoria, Salvador, representa para mí un gran fracaso».<sup>551</sup> Al día siguiente, convocó a los comandantes en jefe de las tres ramas de la Fuerzas Armadas, al director general de Carabineros y al general Carlos Prats (segundo hombre del Ejército) para relatarles su encuentro con este, dibujarles el caos económico al que el país se estaba aproximando y asegurarles que con su probable investidura se implantaría un régimen marxista.<sup>552</sup> Además, en aquellos días de septiembre se reunió con John Richardson, secretario de Estado adjunto para Educación y Cultura, y el embajador de Estados Unidos, Edward Korry, en Viña del Mar y pidió a aquel que transmitiera al Presidente Richard Nixon este mensaje: «Las probabilidades son de cincuenta a uno de que la Presidencia de Allende significará en Chile un Gobierno como el que hay en Cuba». Korry, que hacía de traductor y tomaba notas de la reunión, le preguntó si estaba solicitando que Washington hiciera «algún tipo de acción». Frei se limitó a responder que tan solo «propaganda», pero Korry (embajador allí desde 1967) no pudo sino concluir que quería que «hiciéramos el trabajo sucio».<sup>553</sup>

Por supuesto, en su citada carta a Kissinger de septiembre de 1978, negó su participación en las maniobras para impedir la elección de Allende por el Congreso Pleno. «En tales circunstancias habría aparecido ante la opinión pública como un ambicioso, sin respeto alguno por la tradición democrática chilena y el espíritu de la Constitución». Ya el 24 de enero de 1973, en una entrevista en el Canal 13, se defendió de las acusaciones de la izquierda en ese sentido: «... manejé el país durante dos meses de una tensión y una dificultad tal vez no igualada en Chile. Durante esos dos meses, mantuve el orden público, cumplí con la ley y la Constitución y el día señalado entregué la banda».<sup>554</sup>

Pero el 8 de septiembre por la mañana recibió en La Moneda a los senadores derechistas Francisco Bulnes y Julio Durán y a Eduardo Boetsch, representante de los independientes *alessandristas*. En aquella reunión, no exenta de tensión

«a raíz de los antagonismos derivados de la campaña electoral y de las dramáticas perspectivas que afrontaba el país» según Boetsch, acordaron que Alessandri daría a conocer una declaración para solicitar el apoyo del PDC, ser investido Presidente y de inmediato dimitir para que pudieran convocarse elecciones, en las que «las fuerzas democráticas» repetirían la fórmula de 1964: un candidato único contra Allende... presumiblemente Frei. Efectivamente, al día siguiente rompió su silencio y entregó una carta a la opinión pública en esos términos.<sup>555</sup> Las memorias del dirigente demócratacristiano Renán Fuentealba confirman esta turbia conspiración. En aquellos mismos días tanto Frei como Bulnes se reunieron con él por su influencia y prestigio en el PDC y le expresaron un planteamiento casi idéntico. «Alessandri va a hacer una declaración pública manifestando que si lo eligen a él, segunda mayoría, como Presidente de la República, él asume el cargo y renuncia. Lo cual facilitaría que Frei pudiera ser candidato de nuevo...», le anticipó Bulnes. «No cuente conmigo», le replicó Fuentealba.<sup>556</sup>

En 1972, una periodista estadounidense relató dos encuentros entre Frei y Allende en aquellos mismos días. En una ocasión, mientras cumplía con el formalismo de mostrarle La Moneda, Frei se echó las manos a la cabeza de repente y exclamó completamente obsesionado: «¿Qué he hecho yo en mi vida para ser quien te entregue el poder?». En la otra, le espetó en presencia de otras personas: «¿Por qué fui elegido yo para entregar este país al comunismo?». En vano, Allende intentó hacerle ver que Chile no iba a ser un país «comunista», pero su interlocutor no tenía dudas: «Siempre ha sido así, en todas partes del mundo donde han ganado los marxistas, y así será siempre».<sup>557</sup>

En aquel clima de la incertidumbre y de presiones abiertas de la derecha, el 13 de septiembre Salvador Allende participó en una concentración en Valparaíso convocada por la UP para reafirmar su victoria democrática. «El pueblo, que ha sido capaz de triunfar contra el dinero, la mentira, la insidia y la calumnia, es un pueblo que será capaz de gobernar y daremos a todos la lección. El pueblo sabe ahora defender su victoria», afirmó.<sup>558</sup> Eran también días de felicidad y esperanza para la izquierda. Desde su hermosa casa de Isla Negra, a las puertas de la primavera, Pablo Neruda dirigió a su «porfiadísimo compañero» una singular invitación para las Fiestas Patrias: «Querido Salvador, no he ido a felicitarte porque he estado felicitándome. Supongo que desbarataremos la conspiración. Esto prueba que hay que pegarles fuerte. Ya vendrá el momento. (...) El 18 comeremos un ciervo que preparará Matilde. Si vienes con Tencha

sería espléndido para celebrar el triunfo a pleno ciervo». <sup>559</sup>

#### AGUSTÍN EDWARDS EN LA CASA BLANCA

El 5 de septiembre Edward Korry remitió un informe a la Casa Blanca que dejó poco espacio a la interpretación y del que Nixon subrayó las palabras que Kissinger destacó con cursiva en sus memorias: «Chile votó con calma para tener un estado marxista-leninista, la primera nación del mundo en hacer esta elección libremente y con conocimiento. *Su margen es de solo un 1% pero es lo suficientemente amplio en el marco de la Constitución chilena como para asegurar su triunfo como definitivo.* No hay razón para creer que las fuerzas armadas chilenas desaten una guerra civil o para que algún otro milagro se interponga para anular la victoria. Es un hecho triste que Chile haya tomado la ruta del comunismo, con solo un poco más que un tercio (36%) de la población aprobando esta elección, pero es un hecho inmutable. *Tendrá un efecto muy profundo en América Latina y el resto del mundo; hemos sufrido una grave derrota, las consecuencias serán internas e internacionales...*». <sup>560</sup>

Henry Kissinger, en aquel momento consejero de Seguridad Nacional de Nixon, describió también de manera vívida la ira de su Presidente y su voluntad de hacer «cualquier cosa» para impedir la instalación de un Gobierno «comunista» en Chile, tal y como había sucedido una década antes en Cuba y por lo que tanto había atacado a Kennedy y Johnson. <sup>561</sup> Principalmente, temían la irradiación del ejemplo chileno en Francia e Italia, cuyos poderosos partidos comunistas postulaban también la unidad de la izquierda y el socialismo democrático. Así, una estimación de la CIA del 9 de septiembre de 1970 señalaba que su país no tenía «intereses vitales» en Chile y que, obviamente, el equilibrio militar mundial no variaría por la llegada de Allende al poder, pero advirtió de que su investidura supondría un «golpe psicológico» para Estados Unidos y «un claro progreso psicológico para los ideales marxistas». <sup>562</sup>

En un primer momento, a propuesta del Comité de los 40 (el organismo que aprobaba las operaciones secretas del Gobierno), que se reunió los días 8 y 14 de septiembre para examinar la situación chilena, Washington *empujó* en la misma dirección que el *alessandrismo* y el *freísmo*: influir para que los parlamentarios democratacristianos apoyaran al candidato de la derecha en el Congreso Pleno. Pero el 14 de septiembre llegó a Washington un hombre que lograría en apenas

unas horas un significativo endurecimiento de la agresión contra su propio país de la potencia imperial continental, muy preocupada entonces por la situación de Vietnam, Medio Oriente y Europa.<sup>563</sup> Agustín Edwards no era uno más entre los alrededor de treinta mil chilenos que abandonaron su país confundidos por su propia propaganda en los días y semanas posteriores a la elección presidencial. Era (es) uno de los *dueños* de Chile, según el término acuñado por el periodista Ernesto Carmona, propietario de un imperio económico con un mascarón de proa inigualable: *El Mercurio* y su cadena de diarios que cubren todo el territorio nacional. Desde entonces y hasta 1973 se instaló en Washington como vicepresidente mundial de la compañía Pepsi-Cola. Armando Uribe, en aquel momento encargado de negocios de la Embajada en Estados Unidos, tuvo conocimiento de su llegada. «¿A qué ha venido Agustín? Algo raro ha venido a hacer...», pensó en aquellos días.<sup>564</sup>

Según unos documentos de Kissinger desclasificados en mayo de 2004, pocos días después de la elección Edwards se había reunido con el embajador Korry y le había preguntado: «¿Estados Unidos tomará alguna acción militar directa o indirectamente?». Al recibir una respuesta negativa, decidió viajar apresuradamente a Washington y el 15 de septiembre se reunió con Kissinger en la mismísima Casa Blanca y horas después con el director de la CIA, Richard Helms, en un hotel de la capital federal. Las investigaciones de Peter Kornbluh y Pascale Bonnefoy han revelado que en esta segunda reunión el propietario de *El Mercurio* era partidario de una *solución* militar, más que de perder el tiempo en componendas politiqueras, pues manifestó: «Las posibilidades de que Alessandri sea nominado Presidente son escasas... Frei está muerto de miedo de que Allende asuma el poder, pero solo puede contar con unos veinte congresistas del PDC que voten por Alessandri».<sup>565</sup>

Después de las tres y media de la tarde, Nixon citó a Helms y Kissinger en el Salón Oval. Fue la famosa reunión en la que ordenó «salvar a Chile»... en los términos sugeridos por Agustín Edwards. Se puso en marcha lo que la CIA bautizó como la «Operación FUBELT», un conjunto de acciones encubiertas para crear el clima y organizar un golpe militar que tenía como requisito previo el secuestro o asesinato del comandante en jefe del Ejército, el general René Schneider.<sup>566</sup> «Tengo la impresión de que el Presidente llamó a esta reunión donde tomé estas anotaciones debido a la presencia de Edwards en Washington y lo que Edwards decía sobre las condiciones en Chile», afirmó en 1975 Helms en su testimonio secreto ante el comité parlamentario que investigó el papel de

Estados Unidos en la muerte de Schneider.<sup>567</sup> La desclasificación de sus notas iluminó las instrucciones que impartió Nixon: «La *chance* es de 1 en 10, pero ¡salvar a Chile!; gastar lo necesario; no involucrar a la Embajada; diez millones de dólares disponibles, más si fuera necesario; trabajo a tiempo completo con nuestros mejores hombres; hacer aullar la economía; 48 horas para un plan de acción».<sup>568</sup>

Al día siguiente, 16 de septiembre de 1970, Kissinger intentó persuadir a los medios de comunicación de su país del «peligro» que entrañaba la experiencia *allendista* ya que Chile no era una isla caribeña, sino que tenía fronteras con Argentina, Perú y Bolivia, con el consiguiente peligro de «contagio», y por ello advirtió de que a la postre podría desestabilizar el hemisferio occidental.<sup>569</sup>

Según reveló el *Informe Church*, entre el 5 y el 20 de octubre de 1970 la estación de la CIA en Santiago contactó en 21 ocasiones con distintos mandos de las Fuerzas Armadas y Carabineros para instigarles a sublevarse con la garantía de que tendrían el apoyo de Washington. Y en sus memorias el general Carlos Prats dejó constancia de que el 25 de septiembre un destacado dirigente del PDC le planteó sin ambages que, ante la actitud legalista del general Schneider, el Presidente Frei aceptaría que él encabezara un movimiento militar que le derrocaria y le enviara al extranjero para impedir así el acceso de «los comunistas» al poder político, y, una vez «normalizada» la situación, volverían a convocarse elecciones.<sup>570</sup>

Pero todas estas tentativas se estrellaron ante la firmeza del general René Schneider, quien en los meses anteriores, particularmente en una entrevista publicada en *El Mercurio* el 8 de mayo, había reafirmado las obligaciones que la Constitución de 1925 imponía a las Fuerzas Armadas. Las esperanzas que la derecha, parte del PDC y Washington aún albergaban en un golpe militar que interrumpiera el proceso institucional se diluyeron de manera definitiva con el discurso que Schneider pronunció en la tradicional parada del 19 de septiembre con motivo de las Fiestas Patrias.

## UN ACUERDO HISTÓRICO

En aquellos días Salvador Allende dedicaba también una parte de su tiempo a atender los compromisos derivados de su victoria electoral. El 22 de septiembre su agenda registraba una cita especialmente querida: el homenaje que

el Colegio Médico le tributaría por ser el primer profesional de la salud que llegaba a La Moneda.<sup>571</sup> En su discurso evocó su labor al frente de la institución gremial entre 1950 y 1952 y las leyes que impulsó desde el Senado, como la creación del Servicio Nacional de Salud. «Espero en la Presidencia de la República seguir siendo lo que he sido durante toda mi vida, un médico y un compañero de trabajo, en la dura y pesada tarea de defender lo que más vale en un país, el aspecto específico de la salud». A la conclusión del acto se retiró de la sala entre los aplausos de todos los presentes.<sup>572</sup>

Las maniobras del *freísmo* tuvieron su continuación el 23 de septiembre con el discurso de su ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar, transmitido a todo el país por cadena de radio y televisión, en el que anunció que la victoria de la UP había desatado el caos económico: «Con posterioridad al acto eleccionario, el comportamiento de la economía ha cambiado radicalmente». Habló de una retirada masiva de depósitos bancarios, la paralización de proyectos en ejecución por parte de varias empresas, la caída de la construcción de viviendas financiadas por el sector privado...<sup>573</sup> Pero el «terreno» social aún no estaba abonado para que este tipo de discurso diera sus frutos.

El 29 de septiembre Salvador Allende dirigió una extensa misiva al presidente del PDC, el senador Benjamín Prado, que permite apreciar el buen clima político existente en aquellos días entre la izquierda y la dirección de este partido. Allende coincidió con el PDC en que el resultado del 4 de septiembre revelaba «los profundos anhelos de cambio social» y el afán (expresado también por Tomic en la campaña) por avanzar hacia «la completa sustitución del capitalismo en nuestro país». Y expresó su compromiso con las libertades democráticas y el carácter legalista y democrático de su futuro Gobierno.<sup>574</sup>

El 5 y 6 de octubre los 506 miembros de la Junta Nacional del PDC estuvieron reunidos para decidir el sentido del voto en el Congreso Pleno, apoyo o abstención, que en cualquier caso supondría la elección del candidato de la UP. En su informe, Benjamín Prado abogó por la primera opción: «Negarle la posibilidad de asumir sería (...) como si en la práctica existiera la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. No hacerlo es darles la razón a los que propician la vía armada. Aceptar la fórmula de Alessandri significaría ganar por secretaría, lo que sería el peor error».<sup>575</sup> Los dirigentes demócratacristianos, por 271 votos contra 191 y 91 abstenciones, avalaron su posición y al día siguiente se constituyó la comisión negociadora del acuerdo que concretaría el respaldo de sus parlamentarios a Allende.<sup>576</sup>

El diálogo, conducido en representación del PDC por Bernardo Leighton, Renán Fuentealba y Luis Maira, se centró en la aprobación de una reforma constitucional que reforzara la vigencia de las libertades democráticas. Como relató en sus memorias Orlando Millas (uno de los dirigentes de la UP que participó en aquellas reuniones, junto con el radical Anselmo Sule y el socialista Luis Herrera), Salvador Allende acogió de manera positiva esta iniciativa.<sup>577</sup> En el plazo de dos semanas, ambas partes acordaron el Estatuto de Garantías Democráticas, que a través de nueve enmiendas perfeccionó el carácter democrático y pluralista del régimen institucional, consolidó el Estado de Derecho y las libertades y derechos ciudadanos y reafirmó el carácter profesional e independiente de las Fuerzas Armadas.<sup>578</sup> Era la octava reforma de la Constitución que estaba en vigor desde el 18 de septiembre de 1925.

En la negociación el PDC no exigió a la UP la renuncia a alguno de los puntos de su programa y, a excepción de una precisión respecto de la enseñanza privada, el resto de garantías ya estaban establecidas, simplemente se ampliaron. Así lo confirmó el Presidente el 20 de abril de 1971: «No transamos ningún punto del programa y debo honestamente reconocer que tampoco la Democracia Cristiana nos pidió que transáramos algún punto...».<sup>579</sup>

La derecha, que había planteado la campaña electoral como una batalla contra los «revolucionarios» Tomic y Allende, quedó aislada. El 19 de octubre Alessandri, ante el fracaso de todas las maniobras, pidió a sus partidarios que no votaran por él en el Congreso Pleno y resaltó en un comunicado las probadas convicciones democráticas del «próximo Presidente de Chile».<sup>580</sup> Al día siguiente, definido ya el Estatuto de Garantías Democráticas, el Consejo Nacional del PDC ordenó a sus senadores y diputados que entregaran su apoyo a Allende en la sesión prevista para el 24 de octubre.

## EL EJEMPLO DE SCHNEIDER

Junto con la convicción democrática de la dirección del Partido Demócrata Cristiano, que renunció a la fórmula propuesta por el *alessandrisimo*, que favorecía sus intereses, el otro factor capital que allanó el camino para la investidura del candidato de la Unidad Popular fue la impecable actuación de René Schneider. En sus declaraciones de mayo a *El Mercurio* ya había anticipado cuál sería la actuación de su institución en el escenario postelectoral.

El Ejército —manifestó entonces el general— «es garante de una elección normal, de que asuma la Presidencia de la República quien sea elegido por el pueblo, en mayoría absoluta, o por el Congreso Pleno en caso de que ninguno de los candidatos obtenga más del 50% de los votos». Fue más allá en sus precisiones cuando *El Mercurio* le inquirió por la hipótesis de que el Congreso Pleno eligiera por primera vez como Presidente a quien obtuviera la segunda mayoría. Schneider se ciñó a lo que establecía la Constitución de 1925: «... el Congreso es dueño y soberano en el caso mencionado y es misión nuestra hacer que sea respetada su decisión».<sup>581</sup> Tras la victoria de la UP, su discurso oficial (el 19 de septiembre, con motivo del Día de las Glorias del Ejército) y sus directrices en el seno de la principal rama de las Fuerzas Armadas permanecieron ajustados a las obligaciones constitucionales de neutralidad y prescindencia política.<sup>582</sup> Así lo manifestó también en su última declaración pública el 12 de octubre.<sup>583</sup>

Los conspiradores tenían claro el escenario. Los documentos secretos de la ITT, publicitados por el periodista estadounidense Jack Anderson en marzo de 1972, revelaron que Hal Hendrix (responsable de relaciones públicas de esta multinacional en Santiago y una persona con estrechos contactos con la CIA) escribió a E. J. Gerrity, vicepresidente de la compañía: «A menos que haya un movimiento por parte de elementos militares disidentes a mediados de la próxima semana, el consenso en Santiago es que Salvador Allende triunfará fácilmente en el Congreso Pleno del 24 de octubre y asumirá como Presidente el 4 de noviembre. Las posibilidades de un golpe de Estado son magras, pero existen, por lo menos a la fecha. Una figura clave de esta posibilidad es el ex general de brigada Roberto Viaux...».<sup>584</sup>

El 22 de octubre un grupo de extremistas, entre ellos miembros del grupo fascista Patria y Libertad (constituido en septiembre), dirigido por el general Viaux intentó secuestrar al comandante en jefe del Ejército para responsabilizar de tal acción a la izquierda y forzar un golpe de Estado militar. Actuaron con armamento proporcionado por la CIA que les entregó el coronel Paul Wimmert (agregado militar de la Embajada de Estados Unidos) y recibieron 25.000 dólares, si bien Viaux obtuvo, además, 250.000 dólares como seguro de vida.<sup>585</sup> Poco antes del cruce de las avenidas Martín de Zamora y Américo Vespucio interceptaron el vehículo de Schneider, a quien le dispararon y le dejaron gravemente herido después de que intentara defenderse. Fue conducido al Hospital Militar, donde agonizó durante tres días.

El sábado 24 de octubre el Salón de Honor del Congreso Nacional acogió la votación de los diputados y senadores que resolvería la incógnita originada por el resultado del 4 de septiembre. Por orden alfabético y durante 55 minutos, cada parlamentario fue llamado a depositar su voto en una urna de cristal. De los 200 parlamentarios con derecho a sufragio, 153 votaron por Allende, 35 por Alessandri y 7 lo hicieron en blanco. Solo se ausentaron cinco: cuatro por aparentes razones de salud... y el senador Salvador Allende, quien de manera elegante optó por seguir la ceremonia desde su casa. Ningún demócratacristiano rompió la disciplina de voto.

Concluido el recuento, a las 11:48 horas el presidente del Senado, Tomás Pablo, tomó la palabra con tono solemne: «Con motivo de la votación producida, y en virtud de lo dispuesto por los artículos 64 y 65 de la Constitución Política de Chile, el Congreso Pleno proclama Presidente de la República, para el periodo comprendido entre el 3 de noviembre de 1970 y el 3 de noviembre de 1976, al ciudadano Salvador Allende Gossens».<sup>586</sup> En pie, todos los presentes cantaron el himno patrio y a la salida prevaleció la cortesía en el intercambio de impresiones con los periodistas, incluso de parte de los dirigentes del Partido Nacional. «Deseamos pleno éxito al futuro Gobierno y nuestra actitud será de independencia constructiva», aseguró el senador Francisco Bulnes.

El secretario del Senado, Pelagio Figueroa, se desplazó a Guardia Vieja 392 para comunicar formalmente a Allende su elección. Desde primeras horas de la tarde, el futuro Presidente volvió a recibir en su hogar a numerosos amigos y compañeros que llegaban a felicitarle, así como nuevos telegramas y presentes, como un detalle de la conocida pastelería Coppelía.<sup>587</sup> También el arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, tuvo la deferencia de desplazarse hasta allí. Tres días después, le devolvió el cumplido en su despacho y el Cardenal le regaló un ejemplar de la Biblia con una afectuosa dedicatoria. La responsabilidad ya pesaba en su rostro: «Otra cosa es ahora, con guitarra», le dijo su receptor con una expresión del habla popular.<sup>588</sup>

Pero la visita más relevante de aquel 24 de octubre fue la de Eduardo Frei y su esposa, María Ruiz-Tagle. Ante los medios de comunicación, Frei y Allende compartieron palabras afectuosas y evocaron una amistad cada día más lejana. El demócratacristiano declaró que estaba culminando un proceso electoral que consideró ejemplar y que sentía «una satisfacción muy grande como chileno y como Presidente de la República al cumplir con este deber tradicional». «He venido a la casa de un viejo amigo, de quien he sido colega en el Senado durante

16 años y, tal como él lo ha dicho, las diferencias políticas jamás han destruido el respeto y el aprecio mutuo que siempre hemos mantenido».

Su anfitrión se mostró muy complacido: «Además de la significación que tiene la presencia del Presidente de la República en mi hogar, se agrega el agrado de recibir la visita de un viejo amigo, que muchas veces ha llegado hasta esta casa. Las diferencias políticas, que muchas veces nos han colocado en posiciones distintas, no han logrado disminuir nuestro respeto mutuo».<sup>589</sup>

En octubre de 1970 Eduardo Frei y Salvador Allende también se reunieron en secreto al menos en dos oportunidades en casa de Gabriel Valdés. Este destacado dirigente del PDC relató con detalle ambos encuentros en sus memorias. Allende estaba muy preocupado por su seguridad, ya que recientemente le habían disparado cuando descendía de su vehículo, un atentado frustrado que no trascendió a la opinión pública. Por ese motivo, defendió ante ellos su derecho a contar con un grupo de escoltas de su confianza y exigió garantías para su seguridad. En la segunda ocasión, tras compartir una deliciosa cena regada con dos de los mejores vinos nacionales, evocaron innumerables anécdotas de otras épocas y hablaron con mayor franqueza. Para aplacar sus temores y prejuicios, Allende señaló a Frei que su trayectoria política intachable era la mejor garantía de que su futuro Gobierno respetaría la legalidad y la democracia. Frei, en cambio, le auguró un fracaso rotundo en su gestión. Antes de que el aún Presidente tomara su sombrero y se despidiera, se estrecharon la mano con afecto y Allende le miró fijamente a los ojos para decirle: «Vas a ver que voy a hacer en Chile lo que tú no pudiste hacer».<sup>590</sup>

El 25 de octubre, a las 7.52 de la mañana, la vida del general René Schneider se extinguió en el Hospital Militar. Incluso en su último discurso por Radio Magallanes, Salvador Allende tuvo presente el ejemplo de este militar democrático. El 4 de noviembre, en su primer acto de masas como Presidente de la República, aseguró: «Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado a nuestra patria de una guerra civil. Permítaseme en esta solemne ocasión rendir en su persona el reconocimiento de nuestro pueblo a las Fuerzas Armadas y al cuerpo de Carabineros, fieles a las normas constitucionales y al mandato de la ley».<sup>591</sup>

Y en 1971 comentó a un periodista español que aquel magnicidio había desnudado la hipocresía «de algunos que hablan de democracia y que aceptan la democracia y el sufragio solo para ganar». «Aquello demostró que los valores

morales no existían, porque las clases comprometidas en el asesinato del comandante en jefe del Ejército son precisamente las clases socialmente poderosas de este país, actuando directamente o con mercenarios. Se comprobó su cobardía y eso cohesionó, por una parte, a las fuerzas populares y, por otra, al Ejército».<sup>592</sup>

El 30 de octubre dio a conocer la composición de su primer gabinete, en el que por primera vez participarían cuatro obreros de origen muy humilde: los comunistas Américo Zorrilla (Hacienda), José Oyarce (Trabajo y Previsión Social), Pascual Barraza (Obras Públicas y Transportes) y el socialista Carlos Cortés (Vivienda y Urbanismo). José Tohá asumiría la cartera de Interior y Clodomiro Almeyda, Relaciones Exteriores. Jacques Chonchol sería el responsable de la reforma agraria al frente de Agricultura y un independiente, Pedro Vuskovic, quedaría al frente de Economía.

#### Y EL PUEBLO ENTRÓ EN LA MONEDA

El 3 de noviembre, a las once de la mañana, se inició la ceremonia de transmisión del mando de la nación en el Salón de Honor del Congreso Nacional. Eduardo Frei llegó acompañado de sus ministros en las tradicionales carrozas y con el traje de etiqueta de rigor. Cuando se sentó entre los presidentes de ambas cámaras legislativas, Tomás Pablo tomó la palabra y declaró abierta la sesión. «Si no hay oposición, daré por aprobada el acta de la sesión del Congreso Pleno de 24 de octubre de 1970 en que se eligió Presidente de la República por el periodo constitucional 1970-1976 al ciudadano don Salvador Allende Gossens... Aprobada».

A continuación, pidió al secretario del Senado que invitara a acceder a la sala a Allende, quien había llegado quince minutos antes en automóvil acompañado de su gabinete y aguardaba en su oficina. En medio de una sonora ovación ingresó junto con sus ministros y tras los saludos correspondientes se sentó a la izquierda de Pablo. Después de escuchar la Canción Nacional, este proclamó: «De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 70 de la Constitución Política del Estado, procederé a tomar juramento al señor Presidente electo, don Salvador Allende Gossens. ¿Juráis o prometéis desempeñar fielmente el cargo de Presidente de la República, conservar la integridad e independencia de la nación y guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes?». «Sí, prometo».

Entonces, Frei se quitó la banda presidencial y la insignia del mando y se las entregó a Tomás Pablo, quien volviéndose hacia Allende se las colocó mientras decía: «De conformidad con lo resuelto por el Congreso Pleno, procedo a haceros entrega, por el periodo constitucional correspondiente, de la insignia del Mando Supremo de la Nación». Después Allende firmó el acta de juramento junto con los presidentes y secretarios del Senado y de la Cámara de Diputados y recibió un abrazo de Eduardo Frei, quien abandonó el lugar entre aplausos. Según las normas constitucionales, Allende procedió a tomar juramento a sus ministros y a las 11:20 horas se levantó la sesión. Cuando se retiraban del lugar, el diputado socialista Mario Palestro exclamó a viva voz: «¡Viva Chile, mierda! ¡Viva Salvador Allende!». «Creo que con esta frase expresaba la emoción contenida y la alegría de todo mi país», escribió años después.<sup>593</sup>

Llegó el momento de las felicitaciones, los abrazos y los apretones de mano de compañeros, amigos, familiares y adversarios políticos guiados por la cortesía. «Quienes conocíamos íntimamente a Allende nos dimos cuenta de que, inquieto, buscaba a alguien con la mirada», escribió Miguel Labarca, uno de sus colaboradores más cercanos durante muchos años, testigo conmovido de aquella escena. «De pronto, se le vio desprenderse con dificultad de la barahúnda y dirigirse hacia una anciana que, vestida de oscuro y con tranquilidad, aguardaba en una de las poltronas del pasillo. Al ver aproximarse al Presidente, se puso de pie y le dijo con voz entera, opaca por la emoción: “Señor... Excelencia... No sabe cuán feliz me siento de verlo en esta ceremonia”». Allende le correspondió con palabras llenas de afecto y reconocimiento, mientras la abrazaba susurrándole: «Mamá Rosa, mamá Rosa...».<sup>594</sup>

El nuevo Jefe del Estado y la mayoría de los asistentes caminaron hacia la cercana Catedral, en la plaza de Armas, donde se celebró un *Te Deum* que por primera vez tuvo un carácter ecuménico por petición expresa del masón y agnóstico Allende, bajo la presidencia del cardenal Raúl Silva Henríquez, quien en su homilía ensalzó su decisión: «Recién recibida la insignia del Mando Supremo de la Nación, ha querido el señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto —que lo enaltece— de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile, representados aquí en los pastores y ministros de sus diversas comunidades de fe».<sup>595</sup>

A mediados de abril de 1971, Allende se refirió al simbolismo de aquella ceremonia: «Uno de los hechos más significativos, más trascendentes, que más impresionó a los visitantes y a las misiones que vinieron a la transmisión del

mando fue, precisamente, el *Te Deum* ecuménico realizado en la catedral. *Te Deum* ecuménico que yo solicité, y lo hice porque he sido educado en el respeto a todas las creencias, y lo hice porque sé que la mayoría del pueblo chileno es católico y yo tengo la obligación de respetar su fuero íntimo. Así como sé que ellos respetan el mío. (...) Puedo afirmarle con la actitud de toda una vida, y no solo la mía personal, sino la de los partidos que forman la vanguardia del movimiento popular, que nunca hemos incursionado con un dogmatismo intransigente en el derecho de cada cual de tener la creencia que más avenga con su ser íntimo...». <sup>596</sup>

De la catedral se dirigió ya en un automóvil descubierto hacia La Moneda, escoltado por la caballería militar y saludado por miles de ciudadanos que se apostaron en el paseo Ahumada y en la calle Moneda, mientras llovía papel picado desde lo alto de los edificios. A la una de la tarde tuvo que salir a uno de los balcones del segundo piso del Palacio, acompañado de José Tohá, para dirigir unas breves palabras a quienes le aclamaban y coreaban las consignas de la UP. <sup>597</sup> También, en otro momento, apareció con Hortensia Bussi, agitando suavemente sendos pañuelos como saludo, como se aprecia en una de las fotografías incluidas en este libro.

Desde las seis, el Patio de los Naranjos de La Moneda acogió una fiesta a la que asistieron unas tres mil personas, entre ellas los invitados internacionales que habían llegado para ser testigos del relevo presidencial y el cuerpo diplomático, pero también dirigentes de la UP, pobladores, miembros de juntas de vecinos, sindicalistas de la CUT y representantes de todas las organizaciones de masas afines a la UP, así como algunas personalidades de otros partidos. Mónica Echeverría y su esposo, el gran arquitecto Fernando Castillo Velasco (rector de la Universidad Católica), también se encontraban allí, como ha recordado ella: «Durante la gran fiesta que se da en la noche en el palacio de La Moneda asisten dignatarios, artistas e intelectuales de todas partes del mundo. Para el exterior, sin duda, este nuevo Gobierno resulta atractivo y entrega, para todos los revolucionarios amantes de la libertad, una posibilidad novedosa de aplicar el marxismo. Salvador Allende rodeado de admiradores, la Tencha tan bella como siempre, la Payita y la Tati con Carlos Altamirano y Miguel Enríquez. La imagen del embajador de Estados Unidos, Edward Korry, tratando de pasar desapercibido. (...) El pintor Roberto Matta, Cortázar, García Márquez y hasta François Mitterrand perdido entre la multitud (...) brindan». <sup>598</sup>

Aquel mismo día el diario mexicano *Excelsior* publicó una entrevista al

nuevo Presidente, que fue reproducida por *El Mercurio*. Para prevenir un posible culto a la personalidad, que no existiría después, Allende subrayó, como siempre había hecho, que no era un hombre mesiánico o un caudillo: «En Chile funciona la Unidad Popular. En ella, vuelvo a decir, soy una pieza. Como pieza que soy, sé bien claro que tengo un imperativo: no defraudar al pueblo. Y no defraudarlo es hacer del chileno un hombre integral. Un hombre nuevo con una nueva moral, un nuevo horizonte, nuevo sentido de los valores. Una sociedad nueva de todo. Acabar, desde luego, con la explotación del hombre por el hombre». Asimismo, rechazó la posibilidad de que pudiera desencadenarse en el país una guerra civil: «El pueblo es suficientemente fuerte como para impedirlo. Las Fuerzas Armadas chilenas son Fuerzas Armadas profesionales respetuosas de la Constitución y de la ley. No son guardias pretorianas al servicio de un hombre. La lección de patriotismo y ecuanimidad del pueblo chileno en las últimas semanas avala mi pensamiento y justifica la confianza en el futuro. Pero los signos de violencia fueron inusitados, de tal manera que es cauto decir que todo pudiera pasar. Y el sacrificio del general Schneider, quiero añadir, no será en vano».<sup>599</sup>

En aquellos días ya se hablaba en todo el mundo de la «vía chilena al socialismo». En una entrevista publicada el 5 de noviembre por el diario turinés *La Stampa*, Allende la definió de manera sucinta y apuntó a lo esencial: «Aspiramos a encontrar soluciones a los problemas chilenos basadas en la realidad socioeconómica y política chilena, según nuestras tradiciones y particularidades. (...) Nosotros no tenemos la intención de tratar de exportar nuestras ideas y nuestros métodos. Solo hemos demostrado que, en las condiciones reales de un país como Chile, la vía electoral y pacífica es perfectamente válida para que el pueblo llegue al poder. Ahora tenemos que demostrar que en estas condiciones es posible adoptar medidas que representen un camino hacia el socialismo, manteniéndonos en la estrecha cornisa de la democracia representativa y con pleno respeto a las libertades públicas».<sup>600</sup>

## LA PRIMAVERA CHILENA

El 4 de noviembre, en un Estadio Nacional repleto por decenas de miles de personas, pronunció su primer discurso de masas como Presidente de la República. No faltó en sus palabras el tributo a la dura historia del movimiento popular: «Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren con los

trabajadores organizados tras años de sacrificios. Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la *población* José María Caro; aquí con nosotros, vencen los muertos de El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigua por qué y para qué hemos llegado al poder. De los trabajadores es la victoria. Del pueblo sufrido, que soportó por siglo y medio, bajo el nombre de independencia, la explotación de una clase dominante incapaz de asegurar el progreso y de hecho desentendida de él».

Con su tono pedagógico, de profundo respeto hacia su audiencia, Allende describió el país que debía transformar la Unidad Popular, una sociedad herida por lacerantes injusticias. Nueve millones y medio de personas poblaban los 741.767 kilómetros cuadrados de la República, sus 4.270 kilómetros de longitud, con una densidad demográfica media de apenas 13 habitantes por kilómetro cuadrado. Un tercio de la población vivía en el área metropolitana de Santiago y el 72%, en núcleos urbanos.<sup>601</sup> La renta media per cápita era de 700 dólares, si bien, como en toda economía subdesarrollada, la distribución de la riqueza era muy desigual: en 1967, el 10% más pobre recibió el 1,5% del ingreso total, mientras que el 10% más rico obtuvo el 40,2%.<sup>602</sup> La economía nacional se caracterizaba por su dependencia del exterior, la concentración de la propiedad agraria e industrial, un crecimiento (2%) desigual e inferior al demográfico y unos elevados índices de desocupación (9%) e inflación (30%).<sup>603</sup> En materia social, también se registraban cifras escalofriantes: el 20% de los partos se producían sin atención médica, el índice de mortalidad infantil era de un 78,7 por mil y faltaban 585.058 viviendas.

En su primer discurso en el Estadio Nacional, Allende ensalzó la «tradición republicana y democrática» del país, que «forma parte de nuestra personalidad, impregnando la conciencia colectiva de los chilenos», y recordó a qué clase social correspondía la responsabilidad del recurso a la violencia en la historia chilena: «El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos. (...) Las pocas quiebras institucionales fueron siempre determinadas por las clases dominantes. Fueron siempre los poderosos quienes desencadenaron la violencia, los que vertieron la sangre de chilenos, interrumpiendo la normal evolución del país. (...) Sin precedentes en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la

racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases».

El Presidente expresó su confianza en la viabilidad de la «vía chilena», del «camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad»: «Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural. Chile, en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia al desarrollo y a la autonomía por la vía socialista». Y dirigió un fervoroso llamamiento a los invitados internacionales, a los embajadores, artistas, intelectuales, dirigentes políticos llegados de otros países: «... digan que aquí la Historia experimenta un nuevo giro. Que aquí un pueblo entero alcanzó a tomar en sus manos la dirección de su destino para caminar por la vía democrática hacia el Socialismo. (...) Este Chile en primavera y en fiesta siente, como una de sus aspiraciones más hondas, el deseo de que cada hombre del mundo sienta en nosotros a su hermano».<sup>604</sup>

540. A excepción de Eduardo Frei, los tres Presidentes anteriores (Gabriel González Videla, Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri) fueron elegidos por el Congreso Pleno y en 1958 Alessandri lo logró después de haber obtenido apenas el 31% de los sufragios. Nadie cuestionó entonces su legitimidad para llevar a cabo un programa de corte capitalista.

541. En una entrevista concedida en 1988 Tomic restó importancia a aquel gesto y explicó que había imitado la conducta que su partido ya exhibiera en 1946, 1952 y 1958. «No hicimos nada que no hubiéramos hecho antes». *Pluma y Pincel*, 2 de septiembre de 1988, p. 11.

542. Kramer, Andrés M.: *Chile. Historia de una experiencia socialista*. Península. Barcelona, 1974, pp. 188-189. Otra posición destacable fue el editorial de la prestigiosa revista jesuita: «El inobjetable triunfo del Dr. Allende en las urnas ha desatado un pánico nocivo para el país: han bajado los valores de la Bolsa, se retiran los depósitos bancarios, se cierran las cuentas de ahorro y préstamo, (...) muchos son los que venden y pocos los que se atreven a comprar, centenares de chilenos huyen al extranjero. (...) No faltan quienes en forma irresponsable y antipatriótica cultivan el pánico en defensa de sus intereses particulares. No nos dirigimos a estos, cuya actitud solo merece desprecio. Nos dirigimos a los que están atemorizados pero que en el fondo son patriotas y anhelan el bien de Chile. A estos les decimos que tal pánico es infundado y que deben reaccionar para que se restablezca la tranquilidad en nuestro país». *Mensaje*, n.º 193. Octubre de 1970, p. 454.

543. *Salvador Allende. Chile hacia el socialismo*, pp. 51-71.

544. *Ercilla*, 9 de septiembre de 1970, pp. 16-17.

545. *Marcha*. Montevideo, 18 de septiembre de 1970, p. 16.

546. *Ercilla*, 9 de septiembre de 1970, p. 10.

547. *Ercilla*, 9 de septiembre de 1970, pp. 16-17.

548. Carta consultada en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 395.

549. Según el pie de imprenta de la quinta edición, entre septiembre de 1967 y junio de 1968 se distribuyeron 22.000 ejemplares de aquel famoso opúsculo, una impugnación en toda regla desde el integrismo del reformismo socialcristiano: Vidigal Xavier Da Silveira, Fabio: *Frei, el Kerensky chileno*. Cruzada. Buenos Aires, 1968.

550. Gazmuri, Cristián: *Eduardo Frei Montalva y su época*. Tomo II. Aguilar. Santiago de Chile, 2000, p. 768.

551. Garcés (1971), p. 34.

552. Frei señaló que solo el día anterior, el primero laborable después de la votación, se habían retirado de los bancos 200 millones de escudos y otros 500 millones de las sociedades de ahorro y préstamo y la Bolsa de Santiago había caído un 60%. Y expresó su temor a una congelación de las inversiones, una suspensión de la venta de bienes de consumo, una paralización de las siembras agrícolas y una caída de la producción industrial. Prats, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*. Pehuén. Santiago de Chile, 1985, pp. 167-168.

553. Con motivo del fallecimiento de Korry el 29 de enero de 2003, *La Tercera* reprodujo cuatro días después un extracto de la entrevista que en 1996 concedió a dos investigadores. Consultado en su edición digital: [www.tercera.cl](http://www.tercera.cl)

554. Correa, Raquel: *Preguntas que hacen historia: 40 años entrevistando (1970-2010)*. Catalonia. Santiago de Chile, 2010, p. 38.

555. Boetsch G. H., Eduardo: *Recordando con Alessandri*. Universidad Nacional Andrés Bello. Santiago de Chile, s. f., pp. 131-134.

556. González Camus, Ignacio: *Renán Fuentealba. En la génesis de la Concertación*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007, pp. 107-108.

557. *Los Angeles Times*. Los Ángeles (Estados Unidos), 30 de abril de 1972.

558. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9. Tlaxcala (México), 1990, pp. 13-24.

559. Carta original consultada en el archivo de la Fundación Salvador Allende. En el invierno austral de 1973, después del *tanquetazo*, el Presidente Allende pidió a su hija Beatriz, a la Payita y Patricia Espejo que sacaran de La Moneda sus documentos personales más importantes por su valor histórico y emotivo. Los

llevaron a la Embajada de Cuba y, tras el golpe de Estado, estuvieron resguardados en este país durante 35 años, hasta que en 2008, cuando se conmemoraba el centenario del nacimiento del Presidente, la Fundación los repatrió.

560. Kissinger, p. 365.

561. Kissinger, p. 466.

562. Garcés (1996), p. 144.

563. Ulianova, Olga: «Algunas reflexiones sobre la guerra fría desde el fin del mundo». En: Purcell, Fernando y Riquelme, Alfredo: *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2009, p. 257.

564. Uribe, Armando: *Carta abierta a Agustín Edwards*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2002, p. 42.

565. El 4 de junio de 2000, con motivo del centenario de la fundación de *El Mercurio* de Santiago, Raquel Correa publicó una entrevista en este diario a Agustín Edwards. La periodista no le preguntó por sus «gestiones» en septiembre de 1970 en Washington, pero sí por el papel del diario entre 1970 y 1973. Edwards lo justificó porque la izquierda lo había convertido en «el símbolo de lo que querían destruir». Aseguró que era el Gobierno de Allende el que amenazó «gravemente» los valores que dijo que siempre había defendido *El Mercurio*: el Estado de Derecho, la democracia representativa, las libertades políticas y económicas. «Tuvimos que defendernos y defender las instituciones del país». En: Correa, pp. 263-268.

566. El informe policial sobre el magnicidio de Schneider relató un asesinato puro y duro, no un intento de secuestro que habría derivado de manera inopinada en la muerte del general. Hitchens, Christopher: *Juicio a Kissinger*. Anagrama. Barcelona, 2002, pp. 89-90.

567. Kornbluh, Peter y Bonnefoy, Pascale: «48 horas en Washignton. El lobby de Agustín Edwards contra Allende». *La Nación*, 30 de mayo de 2004. Consultado en su edición digital: [www.lanacion.cl](http://www.lanacion.cl)

568. *¡Chile desclasificado! Documentos secretos del FBI, Pentágono & CIA*. Vol. I. Ernesto Carmona Editor. Santiago de Chile, 1999, p. 17.

569. No sabemos si debió de esforzarse mucho para convencer a *The New York Times*, pero el caso es que este diario advirtió cínicamente el 19 de septiembre de 1970: «Un golpe militar sería deplorable en un país de limpia trayectoria democrática, pero una intervención para mantener la Constitución y conservar la libertad sería, sin embargo, menos deplorable y de menor riesgo que permitir a Allende imponer una dictadura marxista de un solo partido mediante actos ilegales». *Ercilla*, 23 de septiembre de 1970, p. 10.

570. Prats, p. 173.

571. A ello dedicó su editorial la publicación gremial: «Por primera vez en la historia constitucional de nuestro país un médico llega a ocupar el cargo de Presidente de la República». *Vida Médica*, n.º 10. Octubre de 1970, p. 5.

572. *Vida Médica*, n.º 9. Septiembre de 1970, pp. 15-16.

573. Vitale, Luis *et alii*: *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*. CESOC. Santiago de Chile, 1999, p. 179. Una década después, Zaldívar intentó justificar su actuación en aquellas semanas y en particular aquel «famoso» discurso: Varas, Florencia: *Andrés Zaldívar. Exilio en Madrid*. Fundación CIPIE. Madrid, 1983, pp. 58-62.

574. Carta consultada en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 335. Este documento se transcribe en el Apéndice V.

575. *Ercilla*, 7 de octubre de 1970, p. 10.

576. *Los días del Presidente Allende*. Archivo Salvador Allende, n.º 14. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. México, 1991, p. 27.

577. Millas, Orlando: *Memorias. 1957-1991. Vol. IV. Una digresión*. CESOC. Santiago de Chile, 1996, pp. 64-66.

578. El 9 de enero de 1971 se publicó en el *Diario Oficial* la Ley 17.398, que concretaba la reforma constitucional que recogía los puntos del Estatuto de Garantías Democráticas. Véase el texto de esta ley en: *La vía chilena al socialismo*. Archivo Salvador Allende, n.º 7. México, 1988, pp. 186-191.

579. Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República: *Encuentro del*

*Presidente de la República, compañero Salvador Allende, con los participantes extranjeros de la Operación Verdad, realizado en el gran comedor del Palacio de La Moneda*, p. 5.

580. *La Tercera*, 20 de octubre de 1970. En: González Pino, Miguel y Fontaine Talavera, Arturo: *Los mil días de Allende*. Tomo 1. Centro de Estudios Públicos. Santiago de Chile, 1997, p. 20.

581. *El Mercurio*, 8 de mayo de 1970, p. 25.

582. Schneider Arce, Víctor: *General Schneider. Un hombre de honor. Un crimen impune*. Ocho Libros. Santiago de Chile, 2010, p. 103.

583. *Los días del Presidente Allende*. Archivo Salvador Allende, n.º 14, p. 29.

584. Después de la reciente nacionalización de su filial en Perú, la ITT temía que el Gobierno de Allende perjudicara sus intereses en Chile, donde gestionaba el sistema telefónico desde 1930 y tenía una plantilla de seis mil trabajadores y unos intereses que estimaba en 150 millones de dólares.

585. Garcés (1996), p. 141.

586. Quezada Lagos, p. 117.

587. *El Siglo*, 25 de octubre de 1970, p. 5.

588. *Ya*. Madrid, 3 de noviembre de 1970, p. 10.

589. *Ercilla*, 28 de octubre de 1970, p. 9.

590. Valdés, pp. 208-212.

591. Martner (1992), p. 293.

592. Gurriarán, José Antonio: *¿Caerá Allende?* DOPESA. Barcelona, 1973, p. 159.

593. Palestro R., Mario: *La República independiente de San Miguel*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998, p. 128.

594. Labarca (2008), p. 147.

595. *Los días del Presidente Allende*. Archivo Salvador Allende, n.º 14, p. 48.

596. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 153-165.

597. *El Siglo*, 4 de noviembre de 1970, p. 7.

598. Echeverría y Castillo, pp. 120-121.

599. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 57-61.

600. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 63-65.

601. Lamour, Catherine: *Allende: la nueva sociedad chilena*. DOPESA. Barcelona, 1972, p. 295.

602. Bitar, Sergio: *Chile 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*. Pehuén. Santiago de Chile, 1995, pp. 30-32.

603. *La vía chilena al socialismo*. Siglo XXI. México, 1973, pp. 34-40.

604. Martner (1992), pp. 287-301.

## El tiempo de las cerezas

Los siete primeros meses de Salvador Allende como Presidente de la República, de noviembre de 1970 a mayo de 1971, constituyen el periodo en que Chile conoció la mayor transformación económica, política, social, cultural e ideológica de toda su historia republicana hasta entonces. La profundización de la reforma agraria, la nacionalización de la banca y de numerosas empresas industriales, una singular política internacional, iniciativas tan representativas como el medio litro de leche diario para los niños o la creación de la Editora Nacional Quimantú y el histórico resultado de la izquierda en las elecciones municipales de abril de 1971 (50% de los votos) nos devuelven a un tiempo que ha quedado completamente olvidado. Y, sin embargo, aquel fue *el tiempo de las cerezas*, cantado en la bella canción que legó la Comuna de París un siglo antes. Por primera vez, *los de abajo*, la mayor parte de los trabajadores, los campesinos, los pobladores, *el pueblo allendista*, se sintieron protagonistas de la Historia de su patria, constructores de una sociedad más justa y democrática, con el derecho conquistado democráticamente a dirigir la sociedad, a romper las jerarquías secularmente establecidas. Esa conciencia, esos sentimientos, se universalizaron a través de la figura de Salvador Allende, quien les puso voz en su discurso del 21 de mayo de 1971, su primer Mensaje presidencial al Congreso Pleno.

### DEL MEDIO LITRO DE LECHE AL «TREN POPULAR DE LA CULTURA»

Una de «las primeras cuarenta medidas» incluidas en el programa de la Unidad Popular fue el reparto de medio litro de leche como ración diaria a todos los niños. Como profesional tempranamente interesado por la dimensión social de la Medicina, como humanista, como revolucionario, Salvador Allende

concedió una gran importancia a esta propuesta, destinada a corregir la desequilibrada alimentación que sufrían endémicamente una buena parte de los niños y que, como recordó en 2008 el doctor Juan Carlos Concha (ministro de Salud del 14 de agosto de 1971 al 1 de noviembre de 1972), había sido reivindicada a lo largo del siglo xx por la izquierda.<sup>605</sup>

La primera entrega se hizo en los consultorios médicos de todo el país el 4 de enero de 1971, cuando se cumplían los dos primeros meses de la UP en el Ejecutivo. Por ello, el 28 de enero, ante el Congreso del Partido Socialista, Allende pudo afirmar con orgullo: «... el Gobierno Popular, junto con trazar una política muy clara sobre estas materias, ha estimado indispensable, además, cumplir con los puntos que expusiéramos al pueblo, cuando hablamos de las medidas inmediatas. Por eso hemos convertido en realidad el medio litro de leche. A lo largo de Chile vamos a mitigar el hambre material y psicológica de los niños, porque antes lo dijimos y hoy lo reafirmamos: el futuro del pueblo está en los hijos del pueblo».<sup>606</sup>

En 1971 y 1972 el Gobierno repartió 47 millones de litros a tres millones de niños y, en 1973, a pesar de la crisis económica, se distribuyeron 49 millones a 3.600.000 niños.<sup>607</sup> Alrededor de treinta millones de dólares del presupuesto nacional se destinó cada año a este programa. Sus efectos fueron inmediatos y recurrimos a uno de los datos mencionados por el doctor Concha: en el primer semestre de 1971 el porcentaje de niños hospitalizados que sufría desnutrición pasó del 60% al 8%.

En los días en que el Ministerio de Salud, dirigido por el doctor Óscar Jiménez (militante del Partido Socialdemócrata), implementaba el reparto del medio litro diario, Allende intentó un golpe de efecto: ofreció ocupar esta cartera a Miguel Enríquez, el secretario general del MIR, al objeto de atraer a su partido, que en aquellas semanas dirigía una ofensiva de toma de terrenos en el sur, a la disciplina del Gobierno. Era una propuesta llena de simbolismo, puesto que ofrecía a Enríquez (médico como él) la misma responsabilidad que Pedro Aguirre Cerda le encargara en septiembre de 1939. Su sobrino Andrés Pascal, presente en aquella reunión, recuerda: «Miguel declinó con delicadeza su ofrecimiento y le dijo que compartíamos su programa de gobierno y que lo apoyaríamos en su materialización, pero también le expresó con franqueza que no creíamos posible llevar a cabo este profundo cambio revolucionario dentro de la institucionalidad vigente y mediante un proceso gradual de reformas».<sup>608</sup>

En su esfera más próxima, Allende estaba prácticamente «rodeado» de

*miristas*. El «número dos» de este partido era su sobrino Andrés, su hija Beatriz tenía una especie de doble militancia<sup>609</sup> en el PS y en el MIR, al que también estaba muy próxima Miria Contreras, *la Payita*, su eficaz, discreta y leal colaboradora, con quien mantenía una relación sentimental. Dos de sus grandes amigos, Augusto Olivares y Carlos Jorquera, eran miembros del consejo de redacción de la revista *Punto Final*, el altavoz más importante de las posiciones del MIR en aquel tiempo. También Osvaldo Puccio, el hijo mayor de su fiel secretario y estudiante de Derecho en la Universidad de Chile, militaba en esta organización política, que no creía en «la vía chilena al socialismo»... porque la burguesía tampoco lo hacía.

Otro gesto hacia el MIR llegó con el mensaje presidencial con motivo del nuevo año: la amnistía otorgada a sus dirigentes procesados por acciones armadas desarrolladas entre 1968 y principios de 1970 (Miguel y Edgardo Enríquez, Luciano Cruz, Humberto Sotomayor o Bautista Van Schouwen), cuando las suspendieron para no perjudicar las opciones electorales de la UP. Esta medida de gracia también alcanzó a algunos miembros de la VOP, entre ellos Arturo Rivera Calderón.<sup>610</sup>

A mediados de enero partió otra de las primeras iniciativas emblemáticas del Gobierno. Entre el 15 de enero y el 16 de febrero el «Tren Popular de la Cultura» recorrió el sur y llevó la música, el teatro, los espectáculos cómicos y de mimos a los rincones más recónditos del país. Eulogio Dávalos, uno de los grandes intérpretes de guitarra clásica, ha protagonizado conciertos a lo largo de su vida en el Carnegie Hall de Nueva York, en la casa natal de Tchaikovsky, en el Kremlin o en La Moneda y junto con Miguel Ángel Cherubito ofreció más de ochocientos conciertos en África, Europa y América, pero siempre ha manifestado que su experiencia más rica como artista fue su participación en aquella gira promovida por la Secretaría General del Gobierno que dirigía el socialista Jaime Suárez Bastidas. Dávalos jamás podrá olvidar «el calor que recibimos de aquella gente que con tanta atención y respeto nos trató. Recuerdo que un día, en un pueblo, se acercó una viejecita y me dijo: “Usted hace hablar la guitarra”. Estas son cosas que se te graban para el resto de tu vida».<sup>611</sup>

La periodista Virginia Vidal era otra de las pasajeras de aquel singular Tren. «Llegábamos a los pueblos y en los teatros se reunía la población. Presentábamos los programas y los artistas locales también participaban. Fue algo muy impresionante. Recuerdo que llegamos a Lebu y en la estación del tren estaba esperando el alcalde y todo el pueblo. Y el alcalde, un viejo minero

bastante curtido, se puso a llorar y dijo: “Es la primera vez que un Gobierno se preocupa por nosotros”. Este tipo de cosas tan sencillas tenían un profundo efecto». Subraya que existía una continuidad histórica en Salvador Allende y la izquierda. «Cuando fue ministro de Salubridad, por primera vez en Chile empezaron a darse los desayunos y los almuerzos escolares y las vacunas. Yo estaba en la escuela pública, tenía 7 años, me vacunaron y almorzaba en el colegio».<sup>612</sup>

Otras de las primeras decisiones del Gobierno fueron el incremento de los salarios y de las pensiones más modestas y distintas iniciativas para mejorar la educación pública y la atención sanitaria. Desde noviembre de 1970, uno de cada tres consultorios prestó atención durante las 24 horas del día y muchos licenciados en Medicina y estudiantes de los últimos cursos fueron contratados para paliar el déficit de profesionales. Y el «Tren de la Salud» recorrió el territorio nacional durante aquellos tres años para proporcionar atención sobre todo a los campesinos y pobladores que carecían de acceso a los consultorios y a los hospitales. En materia educativa, se mantuvo la gratuidad en las enseñanzas primaria y secundaria y en la universitaria miles de estudiantes estaban exentos de todo pago y el resto abonaba cantidades que oscilaban en función de los ingresos familiares. Hasta 1972 el Gobierno distribuyó casi seis millones y medio de textos escolares en la educación básica, y en 1973, ocho millones. Y en cumplimiento del programa, los alumnos obtuvieron gratuitamente todo el material escolar, mientras que los más pequeños recibían, además, el desayuno y los de familias de menores recursos también el almuerzo.<sup>613</sup>

Asimismo, el Grupo Móvil de Carabineros, responsable de la represión del movimiento popular en los años anteriores, fue disuelto.

## UNA NUEVA RELACIÓN CON EL MUNDO

Desde sus primeros días Salvador Allende imprimió un viraje muy significativo a la política internacional, a la relación de Chile con el mundo, tal y como la izquierda había defendido durante años. El programa de la Unidad Popular señalaba que se concentraría en «afirmar la plena autonomía política y económica» del país y mantendría relaciones con todos los gobiernos del planeta, con independencia de su adscripción ideológica, desde los principios del respeto a la independencia y la soberanía de cada nación. La UP también se

comprometió a procurar unos vínculos especiales de solidaridad con los «pueblos dependientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia», con un especial apoyo moral a la Revolución Cubana, a «la lucha heroica del pueblo vietnamita» y a «la lucha antiimperialista de los pueblos de Oriente Medio». Asimismo, reforzaría «las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas» y propugnaría una política de afirmación de la personalidad latinoamericana en el escenario mundial.<sup>614</sup>

En consonancia con este enfoque, el 11 de noviembre de 1970 el Presidente se dirigió al país por radio y televisión para anunciar el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, consulares, comerciales y culturales con Cuba, interrumpidas por Alessandri el 11 de agosto de 1964: «Nunca me cupo duda de que la suspensión de las relaciones con Cuba, y las demás medidas tomadas en su contra por la OEA, no sirven a los intereses de la paz y de la amistad entre países en la forma que lo prescribe la Carta de las Naciones Unidas. Que entorpecen, además, el normal desarrollo de las relaciones que deben existir entre los pueblos y entre los gobiernos de América Latina con la finalidad de afianzar su independencia política y económica y asegurarle el lugar a que tienen derecho en la comunidad de Estados. Que desconoce la libre determinación de los pueblos, que es la más sólida garantía de los países medianos y pequeños. Este principio, aceptado por todos en forma irrestricta y unánime, está consagrado en la Carta de las Naciones Unidas».<sup>615</sup> A mediados de diciembre, Chile abrió relaciones diplomáticas con China (y por tanto las rompió con Taiwan) y después lo hizo también con la RDA, Corea del Norte y la República Democrática de Vietnam.

Uno de los primeros éxitos de la política internacional de la UP fue la designación de Santiago como sede de la III Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, que se celebraría entre el 13 de abril y el 21 de mayo de 1972. El 30 de marzo de 1971 Allende lo anunció en el transcurso de un discurso en la plaza de la Constitución y explicó el gran desafío para el país: organizar tan magno evento y... levantar un edificio con la infraestructura necesaria para acoger a las miles de personas que trabajarían allí durante seis semanas.<sup>616</sup>

El arquitecto Miguel Lawner, director ejecutivo de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU) entre 1970 y 1973, estaba presente en aquella concentración y cuando escuchó que el Gobierno construiría ese nuevo complejo con un plazo tan ajustado, pensó: «Pobre, el *huevo*n que le caiga esa *pega*...».

«El lunes siguiente, a las ocho y media de la mañana, cuando llegué a mi despacho en la CORMU, la secretaria me estaba esperando: “Don Miguel, llamaron por el teléfono rojo, que vaya de inmediato a La Moneda”. Supuse *al tiro* de qué se trataba...». Fue el propio Presidente quien decidió, entre varios posibles emplazamientos, que se construyera en la Alameda, enfrente del lugar donde la CORMU había iniciado la Remodelación San Borja, puesto que ya tenía muchos terrenos adquiridos.

Lawner destaca que la construcción de aquel edificio fue «una epopeya». «No hay cómo explicar cómo pudimos hacerlo en tan poco tiempo. En mi vida he trabajado más... Sin aquel entusiasmo habría sido imposible. Los trabajadores pusieron un cartel que indicaba los días que les quedaban para acabar la obra y lo cambiaban cada día. Cuando pasaban las *micros* por delante, se armaba una discusión colectiva increíble: “¿Cuándo van a acabar estos *huevones*?”. Era precioso...».<sup>617</sup> Satisfecho por la marcha de las obras, en noviembre de 1971 el Presidente dirigió un mensaje de ánimo a los trabajadores.<sup>618</sup>

En un extenso artículo ha evocado la contribución de los grandes artistas nacionales (José Balmes, Roser Bru, Gracia Barrios, Nemesio Antúnez, Mario Toral, Ricardo Mesa, entre otros) y de los artistas populares (como las modestas bordadoras de Isla Negra) a embellecer un edificio de cuarenta mil metros cuadrados que despertó la admiración de quienes lo conocieron en aquellos días y de los participantes en la Conferencia de la UNCTAD.<sup>619</sup>

Tras el evento de Naciones Unidas, se abrió a la ciudadanía con el nombre de la poetisa Gabriela Mistral y fue concebido como el gran centro cultural de Santiago, con un restaurante que llegó a servir cinco mil comidas diarias a precios populares. Después del golpe de Estado, con el bombardeo y la destrucción de La Moneda, la Junta militar se instaló allí, rebautizó el complejo con el nombre de Diego Portales (*arquitecto* del Estado oligárquico y autoritario del siglo XIX) y lo fortificó. Además, los golpistas se repartieron murales y tapices como si se tratase de un botín de guerra.

Después del incendio que sufrió en marzo de 2006, en octubre de 2007 la Presidenta Michelle Bachelet ordenó su recuperación en el marco del programa con motivo del bicentenario de la República. Hoy ha recuperado su función cultural y su nombre original, modernizado. En su corazón, el GAM informa a los visitantes que fue la conciencia de la clase obrera la que permitió su construcción durante el mandato del Presidente Allende para ser la sede de la III Conferencia de la UNCTAD.

Junto con la recuperación del viejo Parque Cousiño, reabierto desde septiembre de 1972 con el nombre de Parque O'Higgins, este edificio fue la gran obra arquitectónica que legó el Gobierno de la Unidad Popular a la ciudad de Santiago.

## CONVERSANDO CON DEBRAY

En los últimos días de 1970, después de ser liberado en Bolivia (donde había participado en la expedición del Che), llegó a Chile el joven periodista y filósofo francés Régis Debray, autor de algunos de los textos sagrados de los izquierdistas de entonces, como *Revolución en la Revolución*, sobre Cuba. A principios de enero, entre Santiago, Valparaíso y el palacio presidencial de Cerro Castillo, en Viña del Mar, realizó su extensa e interesantísima entrevista a Salvador Allende.

Desde un planteamiento marxista ortodoxo, Debray le preguntó «cuándo y cómo van a conquistar el poder» si la Unidad Popular solo tenía el Poder Ejecutivo, mientras que la oposición era mayoritaria en el Parlamento, la justicia era un reducto conservador y las Fuerzas Armadas no estaban comprometidas con el proceso revolucionario. En lugar de incidir en estos obstáculos objetivos, Allende relacionó su respuesta directamente con su programa económico: «Cuando el cobre sea nuestro, cuando el hierro sea nuestro, cuando el salitre sea auténticamente nuestro, cuando hayamos hecho una profunda y rápida reforma agraria, cuando contremos el comercio de importaciones y exportaciones por parte del Estado, cuando colectivemos gran parte de nuestra producción, y digo gran parte porque honestamente le hemos planteado al país, en el programa, que habrá tres áreas: el área de la economía social, el área mixta y el área privada. (...) Pero el poder indiscutiblemente lo tendremos cuando Chile sea un país económicamente independiente. De allí que nuestra línea esencial, vital, sea antiimperialista como etapa inicial de los cambios estructurales. De allí que el proyecto de más trascendencia es el que permite nacionalizar el cobre, la riqueza fundamental de Chile».

Siempre tuvo muy presente la posibilidad de la sedición en contra de su Gobierno y señaló que a esas acciones opondrían primero «la fuerza de su propia ley». «Por el momento, para quedarnos sobre el terreno de la legalidad, te voy a decir lo siguiente: ya lo he dicho, la realidad chilena permite cambiar la

Constitución dentro de la Constitución, mediante plebiscitos». No descartó la amenaza de un golpe de Estado militar puesto que «una vez aplicada la reforma constitucional nuestra se hieren intereses poderosos internos y foráneos. Esa gente afectada por la reforma agraria o por la nacionalización de los bancos va a querer reaccionar». Y, en otro de sus lugares comunes, señaló ante Debray que a la violencia de las fuerzas reaccionarias responderían «con la violencia revolucionaria, porque sabemos que ellos van a romper las reglas del juego».<sup>620</sup>

En febrero de 1971, Salvador Allende y Hortensia Bussi se trasladaron a vivir a una residencia que el Estado adquirió para que sirviera de hogar al titular de La Moneda: una amplia casa de estilo español ubicada en el número 200 de la calle Tomás Moro, en Las Condes, cerca de la zona de Los Dominicos.<sup>621</sup> Era un lugar mucho más funcional para las necesidades de trabajo y seguridad que Guardia Vieja. Allí también pudieron disponer de unas dependencias propias su amplio grupo de escoltas, bautizados de manera despectiva por la prensa conservadora como «el GAP», puesto que Allende definió a aquellos jóvenes que le acompañaban a todas partes como un «grupo de amigos personales».<sup>622</sup> Parte importante de la *leyenda negra* construida para denigrar a Allende y a la UP es, sin duda alguna, esta escolta formada por jóvenes militantes socialistas y *miristas* que protegieron al Presidente desde su victoria electoral en 1970 hasta el mismo 11 de septiembre de 1973, cuando la mayor parte de ellos fueron detenidos en La Moneda y cruelmente asesinados en los días posteriores por la dictadura.<sup>623</sup>

Allende dejó grabada su memoria en el corazón de los pocos miembros del GAP que sobrevivieron. «Le recuerdo como a un compañero, a un amigo, a un camarada, un hombre con unos valores imponentes. Lo sacrificó todo por sus ideales», recuerda Pablo Zepeda.<sup>624</sup> Manuel Cortés, quien fue su conductor, resalta lo que les transmitió: «Fue un hombre que siempre se puso de igual a igual con nosotros, nunca nos tiró encima *los galones*. Tuvo la sutileza de enseñarnos cotidianamente, porque como jóvenes éramos bastante intransigentes. Era también un hombre bastante frío en la forma de tomar las decisiones, pero muy consecuente con las mismas».<sup>625</sup>

## EL ÁREA SOCIAL

La política económica de la UP tenía como objetivos centrales la

reestructuración de la propiedad de los medios de producción (con la definición de un área de propiedad privada, una mixta y una de empresas nacionalizadas: el Área de Propiedad Social o, simplemente, Área Social), la redistribución del ingreso en favor de los asalariados y la preparación de nuevos esquemas de desarrollo con el horizonte de la construcción del socialismo. La creación del Área Social era uno de los pilares del proceso de cambios revolucionarios y debía de estar integrada solo por las alrededor de 150 empresas determinantes para el desarrollo del país de las más de treinta mil firmas industriales existentes: las grandes minas de cobre, salitre, yodo, hierro y carbón, el sistema financiero (en especial la banca privada y los seguros), el comercio exterior, los monopolios industriales estratégicos, la producción y distribución de energía eléctrica, el transporte ferroviario, aéreo y marítimo, las comunicaciones, la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, la siderurgia, el cemento, la petroquímica y la química pesada, y la celulosa y el papel.<sup>626</sup>

«No hay socialismo sin Área de Propiedad Social». Así lo expresó Allende el 4 de marzo de 1971, al inaugurar el periodo ordinario de sesiones del Congreso Nacional. «En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del Área de Propiedad Social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes».<sup>627</sup>

La creación del Área Social tuvo uno de sus primeros hitos el 2 de diciembre de 1970, cuando el Gobierno expropió la importante fábrica textil Bellavista de Tomé, cerrada por sus propietarios por conflictos laborales. Además, en las semanas siguientes la CORFO otorgó a la Empresa Nacional de Petróleos el monopolio de la importación de combustibles y lubricantes, adquirió las acciones de la Compañía de Aceros del Pacífico (la única industria siderúrgica nacional) para convertirla en el centro de un nuevo complejo metalúrgico y decretó la intervención de la fundición NIBSA, propiedad de un consorcio norteamericano, y Alimentos Purina, en manos del grupo Edwards y del grupo Rockefeller.

El 30 de diciembre de 1970 el Presidente anunció, en un discurso retransmitido por televisión y radio, la nacionalización de los bancos

comerciales en cumplimiento del compromiso de utilizar sus recursos, no en favor de una minoría como hasta entonces, sino en beneficio de «todo el país».<sup>628</sup> Además, aseguró que el Banco Central había decidido fijar la tasa máxima de interés en el 31%, frente al 44% vigente, si bien se establecerían otras sustancialmente inferiores para ciertas actividades económicas y algunos sectores empresariales.<sup>629</sup> El Ejecutivo pretendía impulsar una fuerte redistribución del crédito, hacerlo accesible a los sectores hasta entonces marginados por los bancos y fomentar su descentralización, ya que entonces el 70% se quedaba en Santiago. Pero este conjunto de medidas solo podría llevarse a cabo de manera eficaz si el sistema bancario pasaba a ser de propiedad estatal y en consecuencia Allende anunció la presentación de un proyecto de ley para estatizarlo, que fue rechazado en el Congreso Nacional, aunque rápidamente ofreció como alternativa la compra de las acciones de las entidades financieras.

El Gobierno empleó los procedimientos jurídicos usuales. Así, la CORFO dio poder al Banco del Estado para que adquiriera las acciones y pidió al Banco Central una línea especial de crédito que cubriera el precio de compra, los impuestos y los gastos relacionados. A principios de 1971, el Ejecutivo hizo una oferta general y pública de compra de las acciones bancarias y especificó el precio y la forma de pago. En los primeros meses una buena parte de los accionistas privados vendieron sus títulos al precio ofrecido, por lo que, a mediados de aquel año, el Estado ya había adquirido el 53,2% de las acciones bancarias y, un año después, controlaba todos los bancos privados medianos y pequeños, mientras que disponía del 46% del valor de las acciones del Banco de Chile y del 71,5% del Sudamericano, las mayores entidades financieras comerciales.<sup>630</sup>

Otra de las nacionalizaciones iniciales más significativas fue la compra del 51% de las acciones de la empresa carbonífera Schwager, la mayor de América Latina y responsable del 85% de la producción nacional, con 9.800 trabajadores en la cuenca de Arauco.<sup>631</sup> El 31 de diciembre Salvador Allende viajó una vez más a Lota y en un acto público firmó el decreto por el que el Estado tomaba posesión de los yacimientos carboníferos. Allí había llegado muchas veces a lo largo de sus cuatro campañas presidenciales y en otros momentos de su vida, pero aquella era la primera ocasión que la combativa población minera le recibía como Presidente de la República, como «el compañero Presidente».

Les explicó que el Gobierno quería definir una política nacional de energía y que tenían en el horizonte una vida distinta, con salarios justos, sin padecer el

azote del desempleo en una empresa endeudada y sin capacidad de crecimiento, al tiempo que les exhortó a aumentar la productividad: «Los pueblos solo progresan trabajando más y produciendo más. Pero es muy distinto trabajar y producir, como ha sido la norma de nuestro país y como es la consecuencia del régimen capitalista, para unos pocos, que producir y trabajar más para el progreso de todos los chilenos. Por eso, debo reiterar a ustedes que ahí están esperando las necesidades de una nueva economía popular que estamos forjando: las mayores necesidades de energía termoeléctrica, la expansión de la siderurgia que ahora aceleramos, convertida la Compañía de Aceros del Pacífico en empresa del Área de Propiedad Social».<sup>632</sup>

Semanas después, recibió en Santiago a los dirigentes sindicales del carbón de las provincias de Concepción y Arauco, quienes le mostraron un pliego de peticiones bastante amplio y le anunciaron que aquel año, a pesar de sus condiciones de pobreza, no plantearían ninguna exigencia económica porque se sentían compensados con la nacionalización y el final de una explotación inhumana. Según el testimonio del entonces senador del MAPU Alberto Jerez, Allende quedó tan conmovido que tardó varios minutos en responderles y no pudo evitar las lágrimas.<sup>633</sup>

Como la Unidad Popular carecía de mayoría parlamentaria para aprobar una ley que definiera los mecanismos de creación del Área Social y el PDC discrepaba de sus planteamientos, muy pronto asomó en el horizonte un conflicto que se convirtió en uno de los grandes puntos de polémica pública, enfrentamiento político y polarización social. La UP contaba a su favor con la naturaleza presidencialista de la Constitución de 1925. El Presidente de la República gozaba de amplias prerrogativas, no solo la dirección y designación del Gobierno, sino que compartía con el Congreso Nacional atribuciones legislativas y constituyentes ya que le correspondía participar en la elaboración de las leyes y sancionarlas, así como tomar parte en los procesos de reforma constitucional. A juicio del destacado jurista Eduardo Novoa Monreal (uno de los principales asesores de Allende), era incuestionable la preeminencia que la Carta Magna concedía al Jefe del Estado sobre el Parlamento.<sup>634</sup>

A excepción de la gran minería del cobre, nacionalizada a través de una reforma constitucional aprobada de manera unánime en el Congreso Nacional, el Gobierno debió recurrir a otros procedimientos a fin de avanzar en la construcción de lo que consideraba el «embrión» de la futura economía socialista. De este modo, decretó la expropiación de algunas fábricas, sobre todo

del área textil, recurrió a la compra directa de empresas a través de la CORFO y de las acciones de los bancos, negoció con las empresas privadas u ordenó la intervención de industrias. A lo largo de 1971, por ejemplo, la planta de cemento INESA, las dos minas de hierro de la multinacional estadounidense Bethlehem (con una indemnización de 25 millones de dólares), veinte fábricas textiles, la planta de Ford en Santiago o las dos principales cementeras (El Melón y Cerro Blanco) pasaron al Área Social.<sup>635</sup>

Uno de los recursos más controvertidos que utilizó fue el decreto-ley 520 dictado el 30 de agosto de 1932 durante el Gobierno de Carlos Dávila, en las semanas posteriores a la República Socialista. Su artículo 4 autorizaba al Presidente a expropiar empresas industriales, de comercio y de distribución de productos de primera necesidad para atender las necesidades imperiosas de la subsistencia del pueblo y su artículo 5 preveía la expropiación de cualquier industria que se mantuviera «en receso». La expropiación de la textil Bellavista Tomé el 2 de diciembre de 1970 mediante este decreto-ley ciertamente olvidado desconcertó a las organizaciones empresariales. En un primer momento, la oposición intentó impugnar estos procedimientos con argumentos jurídicos, pero más adelante se limitó a afirmar que tal decreto-ley, pese a no estar derogado, era incompatible con la legislación nacional. Su aplicación fue motejada con el peyorativo término de «resquicios legales» y fue la base de una insistente campaña para persuadir a la opinión pública de que el Gobierno estaría conculcando la legalidad.<sup>636</sup> Sin embargo, como señaló Novoa Monreal, pese a que el decreto-ley 520 no era una ley regularmente dictada, los tres poderes del Estado habían reconocido su validez en varias ocasiones.

A finales de 1971, cuando el Área Social generaba el 23% del producto bruto industrial y la producción de sus empresas había aumentado un 15%, el Ejecutivo hizo público el listado de las nuevas firmas que deseaba estatizar: 74 industriales, seis de comercio mayorista, cuatro de electricidad, gas y agua, y seis de transporte y comunicaciones.

En 1972 estalló abiertamente el conflicto, ya que el Partido Demócrata Cristiano presentó un proyecto de ley para restringirla que fue aprobado por el Congreso Nacional, pero vetado por Allende en el uso de sus facultades constitucionales.

En distintas ocasiones, el Presidente se empeñó en explicar que el Área Social no sería una forma de «capitalismo de Estado», sino «el verdadero comienzo de una estructura socialista». Y, aunque jamás incursionó en este tipo de comparaciones, una de las diferencias de «la vía chilena al socialismo» respecto a los sistemas burocratizados de Europa Oriental fue la participación real de los trabajadores, que debía darse con disciplina, organización y responsabilidad política, según afirmó Allende ante el Congreso Nacional el 4 de marzo de 1971. Las firmas estatizadas serían dirigidas de manera conjunta por los trabajadores y los representantes del Gobierno, que debían ser también el vínculo entre cada una de ellas y el conjunto de la economía nacional. «No serán empresas burocráticas e ineficaces, sino unidades altamente productivas que encabezarán el desarrollo del país y conferirán una nueva dimensión a las relaciones laborales».<sup>637</sup>

En enero de 1971, la comisión mixta formada por el Ejecutivo y la CUT inició sus trabajos y en febrero la IX Conferencia de la Central presentó el proyecto de reglamento de participación para que fuera debatido por sus militantes. Durante el primer semestre de aquel año se distribuyeron más de cien mil ejemplares de las *Normas básicas de participación de los trabajadores en las empresas de las áreas social y mixta* y se realizaron miles de reuniones para su discusión hasta que finalmente en julio fueron aprobadas por ambas partes.

A ello se refirió Allende en su discurso en la concentración organizada por la Central Única de Trabajadores con motivo del Primero de Mayo de 1971. Muy lejanas quedaban aquellas conmemoraciones del Día del Trabajo en Viña del Mar y Valparaíso con Grove a fines de los años treinta o su presencia como eterno candidato presidencial de la izquierda en los años cincuenta y sesenta. Aquel 1 de mayo en Santiago fue muy diferente. Junto a él, en la tribuna de la CUT, se sentó el cardenal Raúl Silva Henríquez, dando testimonio del respeto con que la mayor parte de la jerarquía católica veía aquel proceso de transformaciones en democracia. En su intervención, exhortó a la participación de los trabajadores en la dirección de la economía y les planteó un enorme desafío: ganar «la batalla de la producción», trabajar y producir más para garantizar el desarrollo del país y el cumplimiento de los objetivos del Gobierno. «El gran combate, la gran batalla de Chile es ahora y será siempre la producción. (...) Hay que producir más. Y además de aumentar la producción a largo plazo necesitamos también aumentar las inversiones, los excedentes, óiganlo bien, los

excedentes de las empresas. Las utilidades de las empresas servirán, en parte, para mejorar los sueldos y salarios de los que allí trabajan, pero el más alto porcentaje de esas utilidades y de esos excedentes deberá ser invertido para crear nuevas fuentes de trabajo, nuevas empresas, para movilizar la capacidad ociosa de muchas de ellas».

Con el respeto, la responsabilidad y la sinceridad con que siempre se dirigió a los trabajadores, les previno de que no podían plantear demandas exageradas: «Este no es un simple juego de rayuela, aquí se está jugando el destino de Chile; aquí no puede haber sectores privilegiados, aquí no puede haber aristocracia de obreros o empleados o técnicos, aquí todos tenemos que amarrarnos el cinturón. (...) La CAP no es de los trabajadores del acero, Chuquicamata, El Salvador y El Teniente no son de los trabajadores del cobre. Son de los trabajadores de la patria. Y los obreros del cobre y del acero deben estar orgullosos de laborar para ellos, pero, sobre todo, de hacerlo para el resto de sus hermanos de clase, para Chile entero».

En su primer Día del Trabajo como Presidente de la República subrayó la trascendencia histórica del proceso de cambios que estaban emprendiendo: «El futuro de la Revolución Chilena está, hoy más que nunca, en manos de los que trabajan (...). Si fracasamos en el campo económico, fracasaremos en el campo político, y será la decepción y la amargura para millones de chilenos y para millones de hermanos de otros continentes que nos miran y que nos apoyan. Tenemos que darnos cuenta de que más allá de nuestras fronteras, desde África y de Asia, y aquí en el corazón de América Latina, hombres y mujeres miran, con apasionado y fraterno interés, lo que estamos haciendo».

Y, con profundo humanismo, dio un valor esencial a la posibilidad, conquistada por el movimiento popular con su larga lucha, de emprender el *camino* al socialismo por medios pacíficos, a partir de la institucionalidad vigente: «Piensen, compañeros, que en otras partes se levantaron los pueblos para hacer su revolución y que la contrarrevolución los aplastó. Torrentes de sangre, cárceles y muerte marcan la lucha de muchos pueblos, en muchos continentes, y, aun en aquellos países en donde la revolución triunfó, el costo social ha sido alto, costo social en vidas que no tienen precio, camaradas. Costo social en existencias humanas de niños, hombres y mujeres que no podemos medir por el dinero. Aun en aquellos países donde la revolución triunfó hubo que superar el caos económico que crearon la lucha y el drama del combate o de la guerra civil». <sup>638</sup>

Dos semanas después, cerca de dos millones de ciudadanos (una quinta parte de la población del país) participaron en el Día Nacional del Trabajo Voluntario, una jornada de claras resonancias guevaristas. El propio Allende se dirigió al Campamento *Che* Guevara y realizó labores de carpintería en la construcción de una mediagua; después visitó los campamentos Sara Gajardo y 18 de Octubre y la Universidad Técnica del Estado. Por su parte, los ministros José Oyarce y Pedro Vuskovic participaron en la fábrica textil recientemente expropiada a la familia Yarur y Américo Zorrilla en la *población* Lenin, Luis Corvalán llegó a los campamentos y *poblaciones* de los cerros de Valparaíso y Rodrigo Ambrosio (secretario general del MAPU), a San Miguel y La Cisterna. También militantes de la Juventud Demócrata Cristiana y destacados dirigentes del PDC, como Radomiro Tomic o Bernardo Leighton, tomaron parte en aquella jornada, que pretendía ir forjando los valores del humanismo socialista entre los trabajadores y las capas populares.<sup>639</sup>

En diciembre de 1971, el presidente de la CUT, Luis Figueroa, destacó en el informe que rindió a su VI Congreso que Chile marchaba hacia el socialismo porque en las empresas del Área Social había desaparecido la propiedad privada de los medios de producción («no existen patrones») y su producción revertía en beneficio de la inmensa mayoría de los chilenos, así como porque el Estado representaba los intereses de la clase trabajadora.<sup>640</sup>

A finales de 1972, la CUT preparó un documento que debían discutir todos los trabajadores de las empresas de las áreas social y mixta como un proyecto de desarrollo de las *Normas básicas de participación*. Aquel documento instauró el Encuentro de Trabajadores, que tenía la responsabilidad de planificar con carácter anual el proceso productivo y crear mecanismos de control del plan aprobado. Además, los obreros de cada sector industrial adoptarían decisiones para toda la rama a través de la definición del plan sectorial anual. Entre junio y septiembre de 1973 se celebraron alrededor de cien Encuentros de Trabajadores en las empresas del Área Social, principalmente del sector alimenticio, textil, agroindustrial, metalúrgico, mecánico y «línea blanca» (electrodomésticos), en los que miles de trabajadores plantearon propuestas, no solo para su sector laboral, sino también para el conjunto de la economía.<sup>641</sup>

Patricia Espejo conoció a Salvador Allende a través de su hija Beatriz, con quien trabajaba, como socióloga experta en Salud Pública, en el Hospital Salvador de Santiago. Participó en el trabajo de la campaña electoral y tras la victoria del 4 de septiembre algunas tardes colaboraba con «el doctor» en alguno de los lugares donde cumplían las tareas de la transición política: la Casa del Maestro (entrañable lugar conocido en aquellos días como «La Moneda chica»), Guardia Vieja y la casa vecina de Miria Contreras. Cuando Allende inició su mandato, ella empezó a trabajar con Beatriz Allende y la Payita en una de las dos secretarías del Presidente en La Moneda. La otra la ocupaba Osvaldo Puccio.

«Nuestra oficina atendía sus cuestiones políticas más privadas», señala Patricia Espejo. «Preparábamos sus agendas, lo que él quería que no se supiera, y la Payita le organizaba un maletín con lo que tenía que leer por las noches. También nos ocupábamos de sus asuntos particulares, porque el doctor tenía algunas cosas muy divertidas, como comprarse ropa, de lo que se encargaba la Payita. Lo critican porque le gustaba vestir bien, pero no lo escondía. Era su manera de jugar, jugaba al ajedrez y con la ropa. Le quitaba prendas que le gustaban incluso a los embajadores».

Durante aquellos *mil días* tuvo la oportunidad de conocer muy de cerca a Allende. Entre el despacho oficial del Jefe del Estado y la dependencia que ellas ocupaban solo se interponía una salita, donde después del almuerzo, manteniendo sus hábitos de toda una vida, acostumbraba a dormir no más de veinte minutos en un sofá cama. «El doctor se ponía el pijama y nos avisaba para que le despertáramos después. Se volvía a duchar, se ponía su traje... y otra vez a trabajar». Pudo comprobar también su simpatía y afecto por muchas personas, por ejemplo por los muchachos del GAP («los trataba muy bien») o por gentes humildes como Tulio Salinas Castillo, quien le ayudó en sus prácticas de boxeo con Rómulo Betancourt tres décadas atrás. Un día el Chicharra se presentó ante las puertas del Palacio y pidió ver a su amigo Salvador... quien le recibió, le abrazó y le nombró «cuidador del patio de los cañones» de La Moneda. Carlos Jorquera, secretario de prensa del Presidente, relata que jamás faltó a su trabajo y que no hubo Casa Militar, ni escolta policial, ni miembro del GAP que pudiera impedirle conversar con su amigo cuando estimaba que debía hacerlo.<sup>642</sup>

En la distribución del trabajo que Beatriz Allende, Miria Contreras y Patricia Espejo establecieron, era esta quien llegaba la primera por las mañanas. «Trabajábamos mucho, hasta las dos de la madrugada muchos días, yo no veía a mis hijos. Así que un día no llegué tan temprano y el doctor me dejó esta nota

irónica que aún conservo: “Patita, son las 9.45 y yo solito. Un beso, tu Presidente...”».

A partir de octubre de 1972 la tensión política alcanzó una temperatura muy elevada y Allende contrarrestaba sus efectos con el sentido del humor. «Se ponía muy gracioso cuando la situación estaba más complicada. Tenía un sentido del humor maravilloso, fuimos capaces de resistir esa tensión por eso. Por ejemplo, me gastaba bromas para que me asustara. Y en 1973, a pesar de todo, se preocupaba de sus nietos, de mis hijos, por lo que pudiera pasar en el país», recuerda Espejo.

Fue testigo cotidiana también de la especial relación del Presidente con algunas personas. El periodista Augusto Olivares, a quien designó director de prensa de Televisión Nacional, «era capaz de discutir sus puntos de vista». «A Víctor Pey le escuchaba como amigo, como asesor de asuntos privados». En cuanto al joven abogado y politólogo valenciano, Joan Garcés, señala que «tenían una relación muy buena, de mucho respeto, el doctor le escuchaba. La relación entre ambos era muy privada, Joan Garcés venía a la salita de La Moneda o iba por las noches a Tomás Moro y después de conversar, se retiraba».

Una de las anécdotas más sabrosas de aquel tiempo en La Moneda está relacionada con Cuba. «Fidel le enviaba helados de coco por avión... Cuando llegaban al Palacio, el doctor decía: “Estos helados son solo para el Presidente”. Los tenía contados y no invitaba a nadie. Ni la Payita ni la Tati los probaban. El doctor le enviaba a Fidel lúcumas y pescado... era como un juego de dos personas que tenían tanta tensión emocional que tenían que descargarla. Encontrábamos que era tan humano, el doctor se reía y se comía el helado de coco».<sup>643</sup>

Desde su infancia, además, Allende apreció las prendas hermosas y supo vestir de manera muy elegante y, aunque le enrostraron el calificativo de *pije*, que le acompañó toda su vida, siempre apeló a su consecuencia política y a su compromiso con el pueblo. Son innumerables las anécdotas referidas a este punto, pero elegimos una narrada, de nuevo, por Alberto Jerez. En 1972, Jerez recibió un abrigo de los sindicatos de las empresas textiles de Tomé que había sido confeccionado por el trabajador más hábil con la mejor maquinaria. «Ni en Londres vi algo tan original y elegante». Lo eligió para desplazarse a una reunión de los parlamentarios de la UP a la que llegó unos minutos tarde. Allende presidía el cónclave y desde que entró y le divisó al fondo un brillo inquietante se instaló detrás de sus gafas.

De repente, el Presidente detuvo su discurso: «Perdonen, pero tengo que hablar algo urgente con Jerez». Y en una salita contigua le sugirió con humor: «No pues, este no es abrigo para senador; esto le corresponde a un Presidente». «Y mientras se lo probaba me indicó que su guardarropa en Tomás Moro estaba a mi entera disposición para escoger lo que quisiera, lo que hice a los pocos días, con regocijo irónico de doña Tencha. (...) Ese abrigo, como otras cosas de mayor valor, deben de estar en manos de algunos de los allanadores del 11 de septiembre».<sup>644</sup>

## LA REFORMA AGRARIA

«Era *el peso de la noche*... Después de la victoria de la Unidad Popular, empezó a hablarse de la constitución del Gobierno y Salvador Allende simplemente me dijo: “Tú vas a ser el ministro de Agricultura”». <sup>645</sup> Era evidente que Jacques Chonchol se ocuparía de dirigir la ambiciosa reforma agraria que había prometido la UP para erradicar el latifundio. Ingeniero agrónomo con estudios en París y Londres, en 1957 y 1958 estuvo en México analizando la transformación de la propiedad de la tierra y a fines de 1959 llegó a la Cuba revolucionaria en el marco de una misión enviada por la CEPAL. Militante de la Juventud Falangista desde mediados de los años cuarenta en la Universidad de Chile, tras la victoria de Eduardo Frei fue nombrado vicepresidente del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP). Desde allí participó en la preparación de la Ley de Reforma Agraria, aprobada en julio de 1967, y en su implementación hasta su dimisión en 1968.

En aquellos años existía un amplio consenso entre los especialistas acerca de la necesidad de esta iniciativa en países como Chile como instrumento no solo para corregir la secular marginación de los campesinos sin tierras, sino para profundizar la democracia e incluso en términos de eficiencia económica. <sup>646</sup> La Ley de 1967, que fue apoyada por la izquierda, permitía al Gobierno expropiar todas las acumulaciones de terrenos o los individuales de más de 80 hectáreas de riego básico en el Valle Central. <sup>647</sup> También podía estatizar, tres años después de la aprobación de la norma, todos los fundos de cualquier tamaño que estuvieran abandonados o insuficientemente explotados, así como los pertenecientes a sociedades anónimas o que se habían beneficiado de obras de regadío efectuadas por el Estado. Las tierras nacionalizadas y las inversiones en ellas se pagarían

con una cuota al contado que oscilaba entre el 1% y el 10% (según el estado de la explotación) y el resto con bonos de reforma agraria amortizables en un plazo de 25 a 30 años.

En 1970, el Gobierno de Eduardo Frei había expropiado unos 1.300 predios, con una superficie total de 3,4 millones de hectáreas (el 13% del total de las tierras cultivadas), que beneficiaron a 28.000 familias (entre el 5% y el 10% de las familias campesinas sin tierras o con tierras insuficientes), no a las 100.000 que prometieron en 1964. En los predios expropiados durante un periodo de tres a cinco años se organizaba un sistema transitorio de explotación a través de la asociación entre el Estado y los campesinos denominado «asentamiento», con la intención de estudiar el mejor plan de subdivisión de la tierra, hacer las inversiones necesarias para su óptima explotación, preparar a los campesinos para sus nuevas funciones y darles un sentido cooperativista. Pero, a la altura de 1970, los terratenientes aún acumulaban el 44% de las tierras productivas, que además eran las de mayor calidad y grado de mecanización.<sup>648</sup>

Otro cambio histórico implementado por el PDC fue la aprobación de la ley que autorizaba la sindicalización de los trabajadores rurales, que permitió la creación de unos 400 sindicatos con algo más de cien mil afiliados, agrupados en cinco confederaciones. De igual modo, más de ochenta mil pequeños agricultores se organizaron en cooperativas y comités y pudieron tener acceso al crédito y la asistencia técnica.<sup>649</sup>

La llegada de Salvador Allende a La Moneda dio un nuevo impulso a este proceso a partir de los «Veinte Puntos Básicos de la Reforma Agraria» incluidos en el programa de la Unidad Popular, que la concebían como un capítulo esencial de la transformación de la economía capitalista «en una economía al servicio del pueblo». La UP apostaba principalmente por el modelo cooperativista para las tierras expropiadas y quería corregir el burocratismo y el paternalismo desplegado por la administración demócratacristiana desde la Corporación de Reforma Agraria (CORA), el organismo que concedía los créditos a los campesinos, aportaba los diversos elementos productivos necesarios y preparaba los planes de explotación de los asentamientos.

El 21 de diciembre de 1970, en un acto celebrado en la plaza de la Constitución esencialmente para formalizar la firma del proyecto de nacionalización de las grandes minas de cobre, al referirse a la creación del Consejo Nacional Campesino (el instrumento esencial para la participación de los trabajadores rurales), el Presidente destacó la importancia de la

transformación de las relaciones de propiedad en el campo: «Vamos a producir más, vamos a trabajar más, vamos a esforzarnos más; pero este esfuerzo no será en beneficio de una minoría, sino de la mayoría de los chilenos, será en beneficio de Chile y del pueblo. Factor fundamental en este esfuerzo solidario, en esta gran tarea común, será el aporte del campesino chileno, del trabajador de nuestra tierra, de aquel ciudadano negado durante siglo y medio, que ha vivido postergado, desconocido, ignorado y explotado. Que ha vivido siempre sobre el surco ajeno, sembrando para otros y comiendo a veces su propia hambre. Frente a una realidad injusta a la que, con una auténtica y profunda reforma agraria, nosotros pondremos término y con ello, la presencia del campesino será activa en la vida de Chile».<sup>650</sup>

Pero el anhelo de tierras, la esperanza de conquistar la justicia social, desencadenó un proceso de intensa agitación en algunas zonas rurales después de la victoria electoral de la UP. Solo entre septiembre y diciembre de 1970 se produjeron 192 tomas de fundos en demanda de su inmediata expropiación, en especial en la provincia de Cautín, donde estuvieron protagonizadas por los mapuches, que exigían la recuperación de sus tierras ancestrales, saqueadas desde la violenta «pacificación» de la Araucanía a finales del siglo XIX.<sup>651</sup> Estas ocupaciones de tierras fueron alentadas por los militantes del Movimiento de Campesinos Revolucionarios (vinculado al MIR), con el lema «Arauco vuelve a la lucha», y por la certeza de que la Unidad Popular no recurriría a la represión. «Eso estaba creando una tensión permanente porque no solamente ocupaban grandes predios, sino también pequeños, y nos creaba un problema político porque el argumento de la derecha era que la reforma agraria iba contra todos, no solo contra el latifundio, sino que queríamos estatizar toda la agricultura», recuerda Jacques Chonchol.<sup>652</sup>

Por ello, en diciembre el Presidente Allende asistió a un gran acto convocado por las organizaciones de este pueblo originario en Temuco y les prometió que durante unos meses los principales funcionarios del Ministerio de Agricultura, encabezados por Chonchol, se trasladarían a la zona para atender sus reivindicaciones. Así lo hicieron entre enero y abril de 1971. Como resultado, se aceleraron las expropiaciones y cuando los funcionarios determinaban que en un predio había tierras usurpadas a las comunidades indígenas se las devolvieron. En tan solo sesenta días los mapuches recibieron cien mil hectáreas.<sup>653</sup>

Las tomas espontáneas de fundos y la intensificación de la reforma agraria desataron una ofensiva en torno a la defensa de la propiedad y suscitaron las

críticas del Partido Demócrata Cristiano, porque la UP no pretendía, como la administración de Frei, una modernización capitalista, sino la socialización de la propiedad de la tierra, una auténtica participación campesina en su gestión y la integración de la agricultura y la ganadería en el proceso de construcción de una economía cuyo horizonte era el socialismo. Por ello, en los primeros meses la derecha reactivó su campaña de defensa del latifundio y logró involucrar en ella a pequeños y medianos propietarios y a algunos sectores de asalariados, a los que aterrorizaron con la falsedad de que toda la tierra sería nacionalizada y que serían «esclavizados» por el nuevo «patrón»: un Estado de perfiles casi totalitarios. La burguesía rural arremetió también con la violencia física de sus «guardias blancas» y de los «comandos de defensa de la propiedad rural» y con la verbal a través de la poderosa cadena de emisoras de Radio Agricultura, propiedad de la Sociedad Nacional de Agricultura, que agrupaba a los terratenientes.

Allende criticó las acciones que desbordaban el programa de la UP y estimulaban el discurso reaccionario de la oposición, tal y como afirmó el 28 de enero de 1971 durante el XXIII Congreso del Partido Socialista: «El pueblo y los campesinos, los trabajadores de la tierra, deben entender que este es su Gobierno, que ellos forman parte del Gobierno y que es el Gobierno el que debe fijar dónde debe producirse más en profundidad y ampliamente, de acuerdo con los lineamientos de la reforma agraria».<sup>654</sup> En aquellas semanas, el Ejecutivo estableció que todos los asentamientos deberían desarrollar planes de explotación elaborados por los campesinos y financiados por el Banco del Estado con una cuenta abierta para cada uno de ellos al objeto de terminar con el paternalismo de la CORA. Y a finales de 1971 definió una fórmula para reemplazar a los asentamientos, los Centros de Reforma Agraria (CERA), que se formarían a partir de la unión de dos o más predios expropiados a fin de darles una mayor dimensión que a los asentamientos y promover formas de organización territorial distintas de las antiguas propiedades privadas.

Jacques Chonchol reconoce que las discrepancias políticas impidieron que la UP actuara de manera cohesionada para impulsar este nuevo tipo de organización. Ello dificultó su implantación y facilitó que los CERA fueran atacados por la oposición como formas encubiertas de «granjas estatales», algo absolutamente falso porque la propia Ley de Reforma Agraria de 1967 preveía que, cuando fuera necesario establecer empresas públicas, se haría bajo la fórmula de los Centros de Producción (CEPRO).<sup>655</sup> El resultado fue una gran

confusión en las formas organizativas y pugnas entre los propios campesinos por establecer una u otra, hasta el punto de que fue necesario crear una instancia provisional, los Comités Campesinos, cuando las contradicciones eran demasiado agudas.

## RELEVO EN EL PS

Entre el 28 y el 31 de enero de 1971, el Partido Socialista celebró en La Serena su XXIII Congreso. En el momento histórico en que por primera vez un militante de sus filas era Presidente de la República, el senador Carlos Altamirano, uno de sus más destacados tribunos revolucionarios, reemplazó a Aniceto Rodríguez en la secretaría general. En su resolución política, el PS señaló que, aunque la llegada de la Unidad Popular al Gobierno había generado nuevas y favorables condiciones para que la clase obrera y el pueblo logaran una «efectiva conquista del poder» que hiciera posible la construcción del socialismo, la UP debía gobernar en el marco de la «institucionalidad burguesa» y frente a la resistencia planteada por «la reacción nacional y extranjera». Por ello, insistió en la necesidad de que la clase obrera dirigiera la lucha por la liberación que los sectores explotados libraban contra la burguesía y el imperialismo norteamericano y, en alusión al PDC, expresó ya entonces su oposición a cualquier alianza con la burguesía, una clase «irreversiblemente contrarrevolucionaria».<sup>656</sup>

El 28 de enero Allende intervino en la jornada inaugural del Congreso y repasó todos los puntos de la coyuntura política y las grandes líneas del programa de la Unidad Popular. Destacó una vez más la repercusión de la victoria del 4 de septiembre, refutó las malévolas acusaciones de algunos medios internacionales acerca de la hegemonía comunista en su gabinete, se refirió al proceso de construcción del Área Social, a la reforma agraria, al convenio suscrito con la CUT, a medidas como el medio litro de leche. Y remarcó la responsabilidad del Partido Socialista y de las otras fuerzas que integraban la coalición gubernamental: «Los partidos políticos y los trabajadores deben comprender que forman parte del Gobierno; deben mirar la realidad que confrontan y darse cuenta de que la historia nos señala y enseña que los grupos que detentaron el poder no se resuelven dócilmente a desprenderse de él. Aquí en Chile hemos vivido una etapa que rompió con la quietud tradicional que

caracterizaba a nuestra patria».<sup>657</sup>

Justo una semana después de aquel discurso, los periodistas le preguntaron por el ascenso a la cúspide del PS de Carlos Altamirano, con quien mantenía una estrecha relación de amistad. Su respuesta, meditada y serena, cargada de razón (como lo demostrarían los hechos posteriores), dio pie a otra manipulación que llega hasta nuestros días. «La elección del senador Altamirano a mí no me inquieta ni me preocupa. Él legítimamente ha sido elegido, yo soy militante del partido e indiscutiblemente que él sabe perfectamente bien cuál es mi obligación de militante, igual que cuál es mi obligación de Presidente de Chile. Yo no soy presidente del Partido Socialista, soy presidente de la Unidad Popular. Tampoco soy el Presidente de todos los chilenos. No soy el hipócrita que dice eso, otra cosa muy distinta es que yo respete a todos los chilenos y que las leyes se apliquen para todos los chilenos. Pero yo sería un hipócrita si dijera que soy Presidente de todos los chilenos».

«Yo no soy el Presidente de todos los chilenos». ¿Su razón para formular esta afirmación, tantas y tantas veces denostada? «Hay algunas gentes que quisieran que estuviera frito en aceite, y son chilenos; soy Presidente de la Unidad Popular, pero tengo sí la obligación de preocuparme de Chile, que no pertenece a la Unidad Popular, y preocuparme de beneficiar la vida no de la gente de la Unidad Popular, sino de todos los chilenos».<sup>658</sup> Sus palabras merecieron la inmediata descalificación de la prensa opositora, hasta el punto de que algunos diarios, como *Tribuna* (portavoz del Partido Nacional), le denominaron con frecuencia «PACH» («Presidente de Algunos Chilenos»).

Ante la *tormenta* originada por esta afirmación, tres días después, en su discurso en un acto de la Confederación de Trabajadores del Cobre en Machalí, reiteró que no podía ser «el compañero Presidente de los confabulados, de los conspiradores, de los que juegan a la democracia y están dispuestos a acribillarla cuando pierden». «Soy el compañero Presidente de los que viven de su trabajo y de los que sitúan el interés nacional antes que sus intereses particulares». «Por eso es que me expresé así, porque no soy hipócrita. Y por eso es que también agregué que respetaría, como es obligación constitucional, el derecho de todos los chilenos, y que trabajaría por todos los chilenos y fundamentalmente por Chile. Por lo tanto, que sigan con su campaña falaz. Yo estoy aquí, frente al pueblo, diciendo lo que soy y, por lo demás, el pueblo ya lo sabe».<sup>659</sup>

## EL «SOL DEL SABER»

La Nueva Canción Chilena, el movimiento muralista de las brigadas Ramona Parra y Elmo Catalán, Chile Films o Quimantú. La Unidad Popular y el Gobierno de Allende dejaron una huella imborrable en el terreno cultural, inigualada hasta hoy en Chile.

El 20 de diciembre de 1970, los ochocientos trabajadores de la editorial Zig Zag, una de las más importantes de América Latina, ocuparon las instalaciones de la empresa después de semanas de huelga por el impago de los salarios, hasta que el Ejecutivo decidió intervenir la empresa y finalmente comprarla de acuerdo con sus propietarios, un grupo de empresarios afines al PDC. La rebautizó como Empresa Editora Nacional Quimantú, una bella palabra del idioma del pueblo mapuche, el mapudungún, que significa «Sol del Saber».

En aquel momento, esta editorial trabajaba al 20% de su capacidad por la pérdida de clientes y la reducida producción propia, pero la decisión de convertir Quimantú en una pieza central de la política cultural, en el instrumento para acercar los libros por primera vez a millones de chilenos, la convirtieron en uno de los símbolos de la Revolución Chilena.<sup>660</sup> Recientemente, quien fue su gerente general, Sergio Maurín, ha recordado las circunstancias de su nombramiento, muy rápido, puesto que el Presidente quiso presentarle como el responsable del proyecto en un almuerzo con editores extranjeros. «Va a ser una editorial del Estado que hará accesible el libro a los sectores populares a precios baratos. Buena literatura que ayude a profundizar la escala de valores de la gente, con un sentido social y latinoamericanista», explicó Allende. Al concluir el almuerzo, le estrechó la mano y se despidió: «Bueno, compañero, ya nos veremos, que tenga éxito».<sup>661</sup>

En menos de dos años, Quimantú, que no contó con subvención alguna y debió competir con todos los sellos privados, imprimió más de doce millones de libros. La colección Minilibros lanzaba cada semana un título de la literatura chilena o universal con entre 80.000 y 120.000 ejemplares y el mismo género comprendía la colección quincenal «Quimantú para todos», con tiradas de entre 30.000 y 50.000 copias. La colección «Nosotros los Chilenos» aparecía dos veces al mes con 25.000 ejemplares y mostraba aspectos ignorados de la vida, el trabajo y las costumbres nacionales.

«Camino Abierto» ofrecía obras de divulgación y análisis de los problemas más palpitantes de la actualidad nacional e internacional y «Clásicos del

Pensamiento Social» estaba dedicada a las obras fundamentales del pensamiento marxista. La recordada «Cuncuna», la primera colección de cuentos infantiles que ha ofrecido una editorial chilena, tenía tiradas de entre 20.000 y 40.000 ejemplares. Y «Cuadernos de Educación Popular», con impresiones que alcanzaron los 250.000, editaba sencillos textos de pedagogía política, muchos de ellos obra de Marta Harnecker. Además, como parte de su negocio, en sus máquinas continuaron imprimiéndose publicaciones como la revista *Ercilla*, que pronto se situó en la trinchera de la oposición.

De hecho, en el reciente reportaje de Rubén Andino Maldonado para la revista *Punto Final*, Sergio Maurín ha relatado un hecho que ennoblece la memoria de Allende. Una parte de los trabajadores gráficos de Quimantú paralizó el trabajo de impresión de un número de *Ercilla* porque descalificaba duramente al ministro de Economía, Pedro Vuskovic. Maurín les explicó que, si no salía ese número, la empresa tendría unas pérdidas enormes derivadas de las obligaciones del contrato. Incluso se reunió con el Presidente de la República para abordar este asunto. «¿Le sirve imprimir *Ercilla*?», le inquirió este. «Sí, vivimos de eso». «Mire, quiero aclararle algo. El Gobierno no hará nada para impedir que la oposición exprese sus ideas. Eso está en la esencia de la democracia socialista. Mientras yo sea Presidente, nunca usaremos el aparato del Estado para acallar a la oposición. Usted decida si le conviene o no imprimir *Ercilla*, pero no acepto que razones políticas le impidan circular. Usted resuelva», le contestó. Finalmente, aquel número llegó a los kioscos con normalidad.

A mediados de 1972, además, Quimantú publicó en dos tomos la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky, a pesar de la oposición del Partido Comunista, cuyos estatutos aún prohibían a sus militantes la «amistad con elementos trotskistas». A finales de agosto de 1973, había editado 247 títulos con 12.093.000 ejemplares a precios muy accesibles, 78 de ellos habían sido reeditados, algunos hasta en su quinta edición, y había 26 títulos agotados pendientes de reimpresión. De todos ellos se habían vendido 11.164.000 ejemplares, principalmente a través de los kioscos de prensa.<sup>662</sup> Asimismo, produjo millones de textos escolares para el Ministerio de Educación, miles de manuales de divulgación para el de Salud y publicaciones para otras dependencias estatales, así como decenas de revistas, cómics... Por primera vez, muchos ciudadanos pudieron adquirir libros y las bibliotecas llegaron a muchos rincones del país a través de cientos de iniciativas, como las librerías sindicales.

Quimantú transformó de manera radical el rol del libro en la sociedad, hasta entonces un bien de lujo, y en aquellos días era frecuente ver a muchos obreros dirigiéndose a su trabajo con un texto de esta editorial en las manos.

La tarde del 11 de septiembre de 1973 las Fuerzas Armadas allanaron sus inmensos talleres de la avenida Santa María de Santiago, en los que trabajaban 1.530 personas en tres turnos las 24 horas del día, y destruyeron miles de libros almacenados en sus bodegas.

#### UNA MAYORÍA PARA LA «VÍA CHILENA»

En las elecciones municipales del 4 de abril de 1971, el Partido Socialista (con un histórico 22,89% y 631.939 votos) alcanzó el segundo lugar y se quedó a apenas 92.000 sufragios del PDC. A pesar de que fue la fuerza de la izquierda que más creció electoral y socialmente durante aquellos tres años, llama la atención que jamás tuvo la influencia del Partido Comunista en las decisiones del Gobierno y de la Unidad Popular. Así lo reflejó entonces Manuel Castells<sup>663</sup> y recientemente Alfredo Riquelme, quien ha señalado que la homogeneidad y disciplina del PC, así como su eficacia en la actuación desde el Ejecutivo, acrecentaron su influencia social y cultural.<sup>664</sup>

Aquellos comicios marcarán durante muchas décadas el techo electoral de la izquierda, ya que alcanzó el 50,86% de los votos si se contabilizan los 29.123 logrados por la Unión Socialista Popular de Ampuero. También el Partido Comunista prosiguió con su sostenido crecimiento y alcanzó el 17,36%. En las filas de la oposición, el PDC mantuvo la hegemonía con el 26,21%, pero no detuvo su caída en picado, y el Partido Nacional retuvo un considerable 18,53%.<sup>665</sup> Además, el socialista Adonis Sepúlveda, derrotó al demócratacristiano Andrés Zaldívar en la elección complementaria para cubrir la vacante en el Senado dejada por Allende al asumir la primera magistratura de la nación. Llama la atención la notable ampliación de la base social de la Unidad Popular en apenas cinco meses de gestión, un resultado que la coalición interpretó como una ratificación de la voluntad del pueblo de avanzar hacia el socialismo. Así lo entendió también *The New York Times*, que el 7 de abril tituló uno de sus editoriales así: «Mandato más firme para Allende».<sup>666</sup>

El 15 de abril Salvador Allende pronunció un discurso en el acto de entrega de la Condecoración Presidente de la República y de la Espada O'Higgins a los

nuevos generales. Después de señalar que en esas espadas estaba grabado el lema «No me saques sin razón, ni envaines sin honor», una vez más exaltó su papel y les recordó sus funciones constitucionales: «Forman parte ustedes de la tradición de Chile enraizada en sus instituciones armadas, nacidas en los albores de la Historia y mantenida a lo largo de nuestra vida como nación con dignidad, con independencia. Fuerzas Armadas profesionales, con valores permanentes, como lo dijera Schneider, de dignidad y de honor para ponerlos al superior servicio de Chile, en la defensa de su soberanía, de su frontera. Fuerzas Armadas conscientes de su poderío, que es y será defensivo. Y solo será agresivo hasta el heroísmo cuando se atente, y no espero que esto ocurra, contra nuestra soberanía o nuestras fronteras. Está precisamente en el contenido material y sobre todo espiritual del valor de nuestras Fuerzas Armadas, muy grabadas, profundas e indeleblemente, la convicción de que somos un pueblo orgulloso de sus Fuerzas Armadas y, por lo tanto, solo anhelamos la paz».<sup>667</sup>

No renunció a referirse al proceso de transformaciones revolucionarias que vivía el país, «por voluntad del pueblo» y dentro del marco de la legalidad, y afirmó que no podían permanecer al margen de las mismas sin perder su carácter profesional, puesto que «no hay Fuerzas Armadas poderosas en países dependientes en lo económico, lo cultural y a veces, y con demasiada frecuencia, en lo político».

El 20 de abril recibió en La Moneda a los intelectuales, políticos, periodistas y artistas de varios países que visitaban Chile, en el marco de la llamada «Operación Verdad», para conocer de primera mano aquella singular experiencia revolucionaria y atestiguar ante el mundo su profundo carácter democrático.<sup>668</sup> En aquel diálogo Allende comentó ampliamente el resultado de los últimos comicios y sus consecuencias: «Se ha querido decir que hay empate, porque nosotros sacamos el 50,8% y los grupos opositores el 49,2%, pero la verdad es que nosotros aumentamos un 40% de los votos en relación con la campaña presidencial. (...) Eso no significa que vayamos a perder la calma, que tengamos una actitud de soberbia, que no respetemos a los opositores y que no sepamos que en el Parlamento no tenemos mayoría; pero los parlamentarios opositores no son un grupo homogéneo ni compacto». De hecho, uno de los puntos de aquella conversación fue el papel que desempeñaría en el futuro inmediato el PDC, que entonces aún navegaba entre dos aguas. «La Democracia Cristiana no puede tener frente a los problemas económicos y sociales de Chile la misma actitud que tiene el viejo y tradicional Partido Nacional, que es un partido esencialmente

capitalista».

Otro de los invitados le preguntó incluso por las posibilidades de forjar una alianza con esta fuerza. En su respuesta, explicó a los invitados extranjeros que varios de los dirigentes históricos del PDC eran amigos suyos desde hacía décadas y que respetaba sus convicciones. «En la Democracia Cristiana hay hombres de un gran valor moral, que estoy seguro que estarán bregando porque haya un entendimiento frente a las grandes soluciones que Chile reclama y yo personalmente jamás me negaré a ese diálogo y tampoco me negaría a pedir una colaboración tratándose de Chile y de su pueblo». <sup>669</sup>

Fue entonces, con motivo de aquella visita internacional, cuando empezó a gestarse el Museo de la Solidaridad Salvador Allende, en la actualidad una de las colecciones de arte moderno más importantes de América Latina, integrada por más de 2.600 obras. <sup>670</sup> «El espíritu del Museo de la Solidaridad se concibió en el marco de la Operación Verdad con ayuda del Gobierno de la Unidad Popular», recuerda el pintor José Balmes, <sup>671</sup> uno de sus promotores junto con el crítico de arte español José María Moreno Galván. El pintor y escultor español Juan Genovés ha relatado que, al regresar de Chile en abril de 1971, Moreno Galván les contó la iniciativa que había propuesto a Allende y que este había acogido: «De momento reunimos más de mil cuadros que no sabíamos dónde meterlos. Tuvimos que buscar sitios clandestinos para guardarlos, porque aquello fue algo tremendo, que iba creciendo y creciendo. Cada artista nos abrió su estudio y nos dio a elegir lo mejor y se formó una colección impresionante; incluso hablamos con compañeros franceses e italianos». <sup>672</sup> Antes del golpe de Estado se organizaron dos exposiciones en Santiago; después el proyecto siguió creciendo en el exilio, bajo el nombre de Museo de la Resistencia, y aglutinó también a los artistas chilenos (Balmes, Gracia Barrios, Roberto Matta, Carmen Waugh...). En 1991, con una exposición en el Museo Nacional de Bellas Artes se reinauguró con su denominación actual.

#### CON LA PASIÓN DEL REVOLUCIONARIO

El 21 de mayo Salvador Allende pronunció su histórico primer Mensaje al Congreso Pleno, el discurso que de manera más acabada delineó la «vía chilena al socialismo» y una de sus piezas oratorias más importantes. Planteó a su pueblo un desafío histórico que presentaba las características de una auténtica

epopeya, pues recordó que, si bien hasta el momento las revoluciones se habían realizado a través de la violencia política, en su país —como siempre había sostenido— habían emprendido dicho proceso histórico a través de «la vía pluralista», que fue «anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada». «Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista».

Expuso con brillantez los fundamentos del proyecto que orientó su vida y quiso combatir el escepticismo de algunos sectores de la izquierda sobre el rol que la oposición podía otorgar a su clara mayoría en el Congreso Nacional y acerca del papel de las Fuerzas Armadas. Insistió en que estas, por su «conciencia patriótica» y su «tradición profesional», respetarían la voluntad popular, mientras que nada impedía que el pueblo transformara la correlación de fuerzas en el Poder Legislativo... aunque faltaban casi dos años para las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. «Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo y lograrlo a partir de nuestra realidad presente de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo; romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva».

La meta, alejada del ideologismo, era construir un país más justo, más democrático y por tanto más libre: «Aquí estoy para incitarles a la hazaña de reconstruir la nación chilena tal cual la soñamos. Un Chile en que todos los niños empiecen su vida en igualdad de condiciones, por la atención médica que reciben, por la educación que se les suministra, por lo que comen. Un Chile en el que la capacidad creadora de cada hombre y de cada mujer encuentre cómo florecer, no en contra de los demás, sino en favor de una vida mejor para todos».

Era plenamente consciente de la dificultad de tal empresa, en realidad casi un desafío homérico, que exigía como requisito previo la definición de los cauces institucionales de «la nueva forma de ordenación socialista en pluralismo y libertad»: «Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno. (...) Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. (...) Vamos al

socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana».

Asimismo, reafirmó la voluntad inequívoca de la Unidad Popular de respetar el Estado de Derecho, las libertades democráticas y el principio de legalidad y expresó su confianza en que el Partido Demócrata Cristiano apoyaría buena parte de su programa. Y finalizó su discurso con una fervorosa invitación a los trabajadores y al pueblo: «Los que viven de su trabajo tienen hoy en sus manos la dirección política del Estado. Suprema responsabilidad. La construcción del nuevo régimen social encuentra en la base, en el pueblo, su actor y su juez. Al Estado corresponde orientar, organizar y dirigir, pero de ninguna manera reemplazar la voluntad de los trabajadores. Tanto en lo económico como en lo político los propios trabajadores deben detentar el poder de decidir. Conseguirlo será el triunfo de la revolución. Por esta meta combate el pueblo. Con la legitimidad que da el respeto a los valores democráticos. Con la seguridad que da un programa. Con la fortaleza de ser mayoría. Con la pasión del revolucionario. Venceremos».<sup>673</sup>

Cuatro días después, ofreció una rueda de prensa en la que el corresponsal de la Agencia Efe le preguntó si sus palabras acerca de un segundo modelo de transición al socialismo incurrieran en una heterodoxia o eran más bien una expresión de la riqueza del marxismo. En su respuesta, expresó su convicción de que esta filosofía es un método para interpretar la historia, no un conjunto de dogmas o de recetas de aplicación mecánica.<sup>674</sup> Hasta entonces, señaló, todas las sociedades que habían intentado construir un sistema socialista (siempre con las armas en la mano frente a la opresión del zar, el Imperio del Centro, la dictadura de Batista, el imperialismo europeo o los regímenes pronazis) habían implantado la dictadura del proletariado. En Chile no era ni sería así. «Entonces, creo que los ortodoxos del marxismo me permitirán esta incursión que no pretende teóricamente una posición doctrinaria, pero que creo que puede señalar que para nosotros existe una aplicación táctica de acuerdo con la realidad chilena, Y, si acaso rompiéramos la virginidad de los ortodoxos pero hiciéramos las cosas, me quedo con lo segundo».

A finales de aquel mes de mayo de 1971, en la Universidad de Concepción (el feudo más simbólico del MIR) mantuvo un verdadero duelo dialéctico con Nelson Gutiérrez, presidente de su Federación de Estudiantes y militante *mirista*.

Gutiérrez expuso todo el análisis de su partido acerca de la situación «pre revolucionaria» que vivía Chile. Afirmó que, después de las victorias electorales de la Unidad Popular en septiembre y abril, la sociedad estaba polarizada en dos «campos enemigos»: las clases dominantes nacionales y extranjeras y sus partidos (el PDC y el PN, principalmente) y las clases populares y sus expresiones políticas, «la izquierda revolucionaria y la izquierda tradicional», el MIR y la UP, respectivamente.

El grado de conciencia del movimiento popular había crecido y las luchas de los obreros y los campesinos alcanzado cotas más elevadas de organización, destacó el presidente de la FEC, quien planteó la necesidad ineludible de un «enfrentamiento armado» entre «la alianza obrero-campesina» y la burguesía para que la «fuerza social revolucionaria» conquistara el poder: «El enfrentamiento decisivo puede darse en condiciones favorables creadas por el desarrollo previo de un movimiento popular; el control del Gobierno y el uso de una parte del aparato del Estado y la neutralización de otra generan condiciones favorables para la movilización de las masas y permiten ir cambiando la correlación de fuerzas para el momento del encuentro definitivo entre las fuerzas en pugna. Esa es la tremenda originalidad de la situación chilena. (...) Reciba usted, compañero Presidente, el saludo solidario y combativo de los estudiantes de Concepción y reciba el compromiso de integrarnos a esta lucha hasta conquistar con usted, con el Gobierno popular y con toda la izquierda el poder político para la clase obrera y el campesinado chileno».<sup>675</sup>

Salvador Allende decidió responder sin tapujos a los planteamientos «en gran parte equivocados», a su juicio, expresados por Nelson Gutiérrez. En su réplica, reclamó con pasión la participación de los jóvenes en la construcción del socialismo. Ante los estudiantes que seguían la estrategia del MIR, un partido muy influido por la Revolución Cubana, defendió la conquista del Gobierno por el movimiento popular después de décadas de luchas y sacrificios. «Es muy distinta una revolución en el Cono Sur de América Latina, en un continente dependiente en lo económico y presionado en lo político. Es muy diferente —jóvenes estudiantes— en un país de diez millones de habitantes a la revolución que realizaron otros países en otros continentes. Es muy distinta la revolución que queremos hacer nosotros, sin costo social y de acuerdo a nuestra historia, a la heroica y dramáticamente pujante Revolución Cubana que yo conozco a fondo, porque he estado más de diez veces en Cuba y porque, si tengo derecho a decir que fui amigo del *Che* Guevara, soy amigo de Fidel Castro».

Y para reforzar la autoridad de sus palabras se permitió citar a Lenin en cuanto escuchó los primeros signos de desaprobación de una parte del auditorio: «... no me inquietan ni los silbidos ni los aplausos. Tengo demasiados años en la lucha social para sentirme intranquilo frente a la represión parcial que puedan tener mis palabras. Y si acaso los jóvenes que expresan aparentemente un repudio quieren que discutamos en el terreno teórico, yo les digo que vengo preparado para ello y tengo nada menos que aquí algunas citas de Lenin que les pueden refrescar la memoria a algunos. Empezaré por la más cruda y no silben porque van a silbar a Lenin, a mí no. Dice: “El extremismo revolucionario es traición al socialismo...”. Silben a Lenin, no a mí».

Frente a la inquietud de los sectores más izquierdistas por que el proceso de transformaciones se acelerara, recordó la *ardiente paciencia* de toda una vida consagrada a hacer posible lo que entonces habían logrado: «La realidad histórica nos demuestra que aquí y en nuestro país hemos utilizado un camino que nuestra realidad ha permitido que se emplee y este camino ha sido la lucha dentro del sufragio. Muchas veces, y lo puedo decir, estuve solo defendiendo esta posibilidad en mi propio partido. Los hechos han demostrado que tenía razón, la conquista del Gobierno por las fuerzas populares es un hecho que ha sacudido y muy fuertemente a este país, que ha sacudido y muy fuertemente la conciencia de muchos pueblos de este y de otros continentes».

Frente al maximalismo, mencionó las dificultades de otros pueblos en la consecución de la auténtica independencia nacional y la construcción del socialismo: «Cuántos años lleva un país, que es medio mundo, como China Popular, y, sin embargo, compañeros jóvenes, por qué no se preguntan ustedes, que la realidad es más fuerte que la teoría, ¿cómo un país de 900 millones de habitantes tiene que aceptar Hong Kong? ¿Por qué acepta que esté presente Formosa y Chiang Kai Shek? Porque la correlación de fuerzas políticas le obliga a aceptar esa realidad. ¿Quién de ustedes me va a discutir a mí sobre el contenido revolucionario de Cuba? ¿Y quién de ustedes se atrevería a pedirle a Fidel Castro que mañana tomara la bahía de Guantánamo, que está en poder de los americanos? Si lo hiciera, la Revolución sufriría su más grande derrota».

El Presidente invitó al MIR a sumarse al proceso revolucionario, pero advirtió a esta fuerza política que la dirección del mismo correspondía a la Unidad Popular y al Gobierno que presidía. Finalmente, defendió dos de las características del socialismo que pretendían construir en Chile, el pluralismo político y las libertades democráticas, uno de los grandes valores históricos de

«la vía chilena al socialismo». «En este país no hay un solo preso político. ¿Cuántos son los países que pueden decirlo? En este país no hay nadie que pueda decir que no hay libertad de reunión, de asociación, de prensa y de radio. En este país la libertad, en este aspecto, ha llegado a ser una licencia para atacar implacablemente. No nos inquieta. Tenemos confianza en el pueblo y en su nivel político, que sabe de los ataques que aviesamente defienden bastardos intereses. Por eso estamos aquí, con tranquilidad de conciencia, porque estamos haciendo un proceso revolucionario sin costo social. ¡Ni un preso! Lo repito con profunda satisfacción. No hay un adversario político nuestro perseguido, lo que no ocurre en ningún país del mundo. ¡En ningún país del mundo!».

605. *El Siglo*, 27 de junio de 2008, p. 15.
606. Farías, Víctor: *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. Tomo 1. CEP. Santiago de Chile, 2000, p. 631.
607. Corvalán (1997), p. 128.
608. Entrevista a Andrés Pascal Allende. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
609. Así lo recuerda su primo Andrés: «La Tati jamás iba a alejarse del lado del Chicho, tenían una relación muy estrecha. Ella estaba con su papá, con la UP, con el programa, pero su pensamiento sobre el camino revolucionario se acercaba más al MIR. Recuerda que ella trabajó con el Che, fue un puntal fundamental en toda la red de apoyo que se creó desde Chile para su expedición en Bolivia. Ella era como una doble militante, aunque se resguardaba mucho de ser formalmente identificada con el MIR, pero nos veíamos continuamente. Miguel Enríquez y ella se tenían mucho aprecio y era el conducto de recados con Allende constantemente. Allende, al margen de la UP, tenía su relación con el MIR... de reuniones, peleas y acuerdos y la Tati tenía un papel fundamental en todo eso».
610. Whelan, James R.: *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile. 1833-1988*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1995, p. 301.
611. *El Periódico de Catalunya*. Barcelona, 3 de febrero de 2010, p. 38.
612. Entrevista a Virginia Vidal. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
613. Corvalán (1997), pp. 128-130.
614. *Chile, hacia el socialismo*, pp. 36-38.
615. *Punto Final*, 24 de noviembre de 1970, p. 4.
616. *Puro Chile*, 31 de marzo de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 79.
617. Entrevista a Miguel Lawner. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
618. Este mensaje se reproduce en el Apéndice V. Agradezco a Miguel Lawner que me lo haya proporcionado.
619. Lawner, Miguel: «Viviendas dignas para hombres dignos». En: Lawner, Miguel; Soto, Hernán y Schatan, Jacobo (eds.): *Salvador Allende. Presencia en la ausencia*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008, pp. 281-305.
620. Debray, pp. 81-82 y 94.
621. Por iniciativa de Francisco Cuadrado Prats (nieto del general Carlos Prats), en enero de 2007 el Gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet declaró Monumento Histórico la residencia de Tomás Moro 200. Actualmente, es un hogar de ancianos gestionado por el Consejo Nacional de Protección a la Ancianidad. *La Nación*, 20 de enero de 2007. Edición digital: [www.lanacion.cl](http://www.lanacion.cl)
622. Sobre el GAP, véase: Quiroga Z., Patricio: *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*. Aguilar. Santiago de Chile, 2001. El primer responsable del GAP (hijo de Joel Marambio, un diputado socialista muy amigo de Allende) ha escrito su testimonio de aquellos años: Marambio, Max: *Las armas de ayer. La Tercera-Debate*. Santiago de Chile, 2007.
623. Amorós, Mario: *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida*. Cuarto Propio. Santiago de Chile, 2004, pp. 21-41.
624. Entrevista a Pablo Zepeda. Conversación telefónica mantenida el 8 de junio de 2002.
625. Entrevista a Manuel Cortés. Conversación telefónica mantenida el 9 de junio de 2002.
626. Cuando Allende asumió la Presidencia de la República, el Estado ya era propietario de 43 empresas, 30 de ellas industriales, y casi todas eran filiales de la CORFO. Algunas de ellas aportaban más de la mitad de la producción nacional en su sector: IANSA producía el 60% del azúcar y el 50% del alcohol; las fábricas de pescado el 62% de las conservas y el 53% de la harina de pescado... Pero hasta entonces la CORFO había sido otro instrumento más de los grandes grupos económicos, a los que entregaba créditos cuantiosos. Novoa Monreal, Eduardo: *¿Vía legal hacia el socialismo? El caso de Chile, 1970-1973*. Editorial Jurídica Venezolana. Caracas, 1978, pp. 87-88.
627. Martner, Gonzalo: *El pensamiento económico del Gobierno de Allende*. Universitaria. Santiago de Chile, 1971, pp. 32-36.
628. Martner (1992), pp. 315-319.

629. Entre ellos, citó a los pequeños industriales y artesanos, las cooperativas campesinas, las sociedades agrícolas de la reforma agraria, los campesinos atendidos por INDAP, los constructores de viviendas económicas, los exportadores o los industriales con convenios con el Ministerio de Economía para desarrollar productos de consumo popular.
630. Martner, Gonzalo: *El Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973. Una evaluación*. LAR. Santiago de Chile, 1988, pp. 137-139.
631. Allende explicó que la CORFO había negociado con esta compañía y habían acordado que a corto plazo la mayoría de las acciones pasarían a manos de este organismo estatal, y a largo plazo, todas. El Gobierno no tenía que abonar cantidad alguna, pero sí asumir sus deudas.
632. Allende, Salvador: *La revolución chilena*. EUDEBA. Buenos Aires, 1973, pp. 54-63.
633. *El Mercurio*, 10 de septiembre de 2000. Edición digital: [www.elmercurio.cl](http://www.elmercurio.cl)
634. Novoa Monreal (1978), p. 11.
635. Roxborough, Ian et alii: *Chile: El Estado y la revolución*. El Manual Moderno. México, 1979, pp. 124-129.
636. Arriagada, Genaro: *De la vía chilena a la vía institucional*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1974, pp. 80-90.
637. Martner (1971), pp. 32-36.
638. Martner (1971), pp. 197-211.
639. *El Siglo*, 16 de mayo de 1971 y *Clarín*, 17 de mayo de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 106-108.
640. Farías, Tomo 3, p. 1.574.
641. *El Gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*. UNAM. México, 1976, pp. 225-259.
642. Jorquera, pp. 45-46.
643. Entrevista a Patricia Espejo. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
644. *El Mercurio*, 10 de septiembre de 2000. Edición digital: [www.elmercurio.cl](http://www.elmercurio.cl)
645. Entrevista a Jacques Chonchol. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
646. El censo agrícola de 1965 reveló que, de las 409.000 familias que vivían en el campo, 185.000 eran minifundistas; 27.000, pequeños propietarios; 8.500, medianos propietarios; 8.000, latifundistas; 11.000, empleados; 90.000 «inquilinos» (trabajadores residentes permanentes) y 80.000 «obligados» (trabajadores residentes temporales). La superficie geográfica de Chile es de 74 millones de hectáreas, de las que en aquellos años unos 22 millones no eran aprovechables con fines productivos, 19 millones solo podían destinarse a praderas y otros 22 millones a forestación. Once millones de hectáreas constituían la superficie arable, de las cuales cinco millones no presentaban dificultades o limitaciones y, de estas, 1,3 millones de hectáreas eran de riego y de buena calidad. Estudios técnicos solventes estimaban que solo la capacidad productiva de estos cinco millones de hectáreas podía alimentar a cien millones de habitantes y la capacidad productiva de las 1,3 millones de hectáreas de riego a 25 millones de habitantes. Chonchol, Jacques: «La reforma agraria en Chile». *Chile-América*, n.º 25-27. Roma, noviembre-diciembre de 1976, pp. 23-38.
647. La medida de 80 hectáreas de riego básico se refería a las tierras regadas de buena calidad del Valle Central. En algunas partes del sur, el límite de la extensión de la tierra expropiable ascendía a 500 hectáreas de secano arable y en otras hasta 800 hectáreas, y en los terrenos de pastoreo de la cordillera podían alcanzar varios miles de hectáreas. Por otra parte, la expropiación afectaba solo a la tierra, no a la maquinaria, ni a las semillas y otros productos, por lo que en muchos casos, después de la nacionalización de un predio, este quedaba absolutamente descapitalizado porque sus antiguos propietarios conservaban todos estos insumos.
648. De Riz, Liliana: *Sociedad y política en Chile (de Portales a Pinochet)*. UNAM. México, 1979, pp. 135-145.
649. Petras, James: *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*. Amorrortu. Buenos Aires, 1974, pp. 320-323.
650. Martner (1971), p. 309.
651. La oposición denunció que los campos eran «devastados» por los militantes de la UP y el MIR.

Millas, Hernán: *Anatomía de un fracaso (la experiencia socialista chilena)*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1973, pp. 70-86.

652. Entrevista a Jacques Chonchol. Santiago de Chile, noviembre de 2012.

653. Y en 1972 el Gobierno creó el Instituto de Desarrollo Indígena, que por primera vez respetó la profunda concepción comunitaria de este pueblo. Además, aquel año el Parlamento aprobó, a iniciativa de la Unidad Popular, una nueva Ley Indígena elaborada fundamentalmente por las organizaciones mapuches que, a pesar de que la oposición limitó sus potencialidades, entregó instrumentos para una mejora sustancial de sus precarias condiciones de vida. Chonchol, Jacques: «Indígenas y campesinos en el Gobierno de Salvador Allende». *Alternativa*, n.º 9. Julio-septiembre de 1998, p. 76.

654. Farías, Tomo 1, p. 629.

655. Los asentamientos y los CERAS podían convertirse en Centros de Producción si los campesinos lo decidían por una mayoría considerable. Los CEPROS más importantes fueron algunas enormes estancias ganaderas de Magallanes y el Complejo Forestal y Maderero de Panguipulli, en la provincia de Valdivia.

656. El discurso del Partido Comunista ante el inicio del Gobierno de la UP fue muy diferente. En su informe al Pleno del Comité Central celebrado el 26 de noviembre de 1970, su secretario general inició su intervención con toda una declaración de intenciones: «Queridos camaradas: Nada hay más importante en estos días, nada hay más revolucionario que actuar en función del éxito del Gobierno popular que encabeza el compañero Salvador Allende, en función del cumplimiento de su programa. El Partido Comunista considera que su deber principal consiste, precisamente en trabajar junto a los demás partidos de la Unidad Popular, junto al Presidente de la República, dentro y fuera del Gobierno, tras el propósito común de realizar los cambios revolucionarios». Corvalán (1971), p. 385.

657. Farías, Tomo 1, pp. 623-625.

658. *La Nación*, 5 de febrero de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 64-65.

659. *El pensamiento político de Salvador Allende*, p. 183.

660. Drago, Tito: *Chile. Un doble secuestro*. Complutense. Madrid, 1993, pp. 85-88.

661. *Punto Final*, 5 de abril de 2013. Consultado en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=166344>

662. Testimonio de Sergio Maurín durante la Tercera Sesión de la Comisión Internacional de Investigación de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, celebrada en México en febrero de 1975. *Chile. Denuncia y Testimonio*. Taller. Santo Domingo, 1976, pp. 206-211.

663. El eminente sociólogo español destacó entonces que la hegemonía política del PC obedecía a «la coincidencia objetiva entre la estrategia representada por la Unidad Popular y la línea política, y *por tanto organizativa*, del PC. Ello también explica que las coincidencias prácticas que suelen darse entre Allende y el PC no sean puros arreglos palaciegos: para ambos, el programa de la Unidad Popular es la plasmación concreta del trabajo político para el que siempre han estado preparados». Castells, pp. 372-373.

664. Riquelme Segovia, Alfredo: *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile, 2009, p. 87.

665. Corvalán Marquez, Luis: *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. CESOC. Santiago de Chile, 2000, p. 70.

666. *La Nación*, 8 de abril de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 86.

667. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 73-75.

668. En el segundo volumen de sus memorias, uno de los grandes psiquiatras españoles recordó su estancia aquellos días en Chile. Castilla del Pino, Carlos: *Casa del Olivo. Autobiografía (1949-2003)*. Tusquets. Barcelona, 2004, pp. 389-391.

669. OIR: *Encuentro del Presidente de la República, compañero Salvador Allende, con los participantes extranjeros de la Operación Verdad, realizado en el gran comedor del Palacio de La Moneda*.

670. En 2005, la Fundación Salvador Allende cedió al Estado chileno el legado artístico y cultural del Museo. *La Nación*, 9 de septiembre de 2005. Edición digital: [www.lanacion.cl](http://www.lanacion.cl)

671. Entrevista a José Balmes. Santiago de Chile, agosto de 1997.

672. *Cuando septiembre se llama Allende*. Asociación Social y Cultural Promemoria de Salvador Allende. Madrid, 2006, pp. 45-46.

- 673. Martner (1992), pp. 323-350.
- 674. Martner (1992), pp. 351-352.
- 675. Farías, Tomo 2, pp. 877-887.

## La dignidad de Chile

A lo largo de toda su vida como militante del PS, Salvador Allende mantuvo una firme posición antiimperialista, una de las señas de identidad fundacionales del socialismo chileno, y denunció de manera permanente las agresiones de Estados Unidos a los pueblos del Tercer Mundo. Pero siempre distinguió entre las políticas de los sucesivos gobiernos estadounidenses y las grandes corporaciones multinacionales y la sociedad civil, sus intelectuales críticos, sus sectores progresistas. Incluso, cuando en una ocasión tuvo que pronunciarse sobre qué personaje histórico admiraba más como gobernante brindó una respuesta que sin duda sorprenderá a más de un lector. «Lincoln, el hijo del leñador», expresó en 1958.<sup>676</sup> Una vez elegido Presidente, reafirmó su intención de que Chile mantuviera relaciones de respeto mutuo y diálogo con todas las naciones, en una época en que el mundo estaba dividido en dos bloques políticos, económicos, ideológicos y militares antagónicos y sometido a la tensión característica de la *guerra fría*, pero también exigió respeto al programa votado democráticamente por su pueblo. Así se lo expresó el 4 de noviembre de 1970, en una entrevista personal, al enviado de Richard Nixon a la transmisión del mando, Charles Meyer, secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos. Pero las intenciones de la Casa Blanca eran muy diferentes. Proseguían la dirección adoptada el 15 de septiembre, tras el desesperado viaje de Agustín Edwards. Nixon ni siquiera envió las felicitaciones protocolares a Allende por su elección, como hiciera Lyndon Johnson con Frei en 1964.<sup>677</sup>

### UNA GUERRA NO DECLARADA

El 9 de noviembre, antes de que Allende cumpliera una semana en La Moneda, Henry Kissinger reunió al Consejo de Seguridad Nacional, por orden

de Nixon, y aprobaron un amplio plan de agresión contra el Gobierno constitucional de Chile a través de diversos medios: la guerra diplomática, la presión militar (en especial desde Brasil y Argentina, sometidas por dictaduras militares), la guerra económica (enfocada a debilitar las ventas de cobre en los mercados internacionales y suprimir toda ayuda estadounidense) y el bloqueo financiero (obstaculizar las inversiones, ejercer la máxima presión sobre las instituciones internacionales para limitar los créditos y ayudas y persuadir a las empresas estadounidenses de que cancelaran sus proyectos).

Joan Garcés, testigo privilegiado de aquel periodo, asegura que la orden de Nixon del 9 de noviembre era propia de una guerra preventiva. «Y fue ejecutada subterráneamente, pues era incompatible con el Derecho Internacional regulado por la Carta de las Naciones Unidas y con las normas de no intervención vigentes entre los estados de América. Era una guerra preventiva, no la respuesta a decisiones de soberanía adoptadas después (...). Medidas de guerra acompañadas de las correspondientes ofensivas psicológicas y de propaganda...».<sup>678</sup> Hace ya casi dos décadas este abogado escribió que la aplicación de aquel plan de guerra era «la historia oculta» de los *mil días* del Gobierno de Salvador Allende. La profusa documentación desclasificada desde entonces y el tenaz trabajo de investigadores como Peter Kornbluh han reforzado su tesis.

A fines de noviembre de 1970, Nixon y Kissinger revisaron el «Programa de acción secreta para Chile», que el primero sintetizó en estos cinco puntos: emprender acciones políticas para dividir y debilitar a la Unidad Popular; ampliar los contactos con las Fuerzas Armadas; ofrecer respaldo a los sectores y grupos políticos antimarxistas; ayudar a los medios de comunicación conservadores a difundir propaganda contra el Gobierno y persuadir a la opinión pública mundial de que Allende, con el respaldo de Cuba y la Unión Soviética, pretendía subvertir el orden democrático en su país.<sup>679</sup>

El 4 de enero de 1971 Nixon afirmó durante una entrevista en un canal de televisión que su Gobierno no daba la «bienvenida» a la elección de Allende, aunque quiso matizar, de manera cínica, que «fuimos muy cuidadosos en puntualizar que esta fue la decisión del pueblo de Chile y que, por tanto, aceptábamos esta decisión y que nuestros programas con Chile continuarían mientras la política exterior de Chile no fuera antagónica para nuestros intereses».<sup>680</sup> Unos días después, en la segunda parte de su conversación con Régis Debray, Allende anunció cuál sería su actitud frente al poderoso vecino del

norte: «El señor Nixon es Presidente de Estados Unidos y yo soy Presidente de Chile. Yo no tendré un término despectivo contra el señor Nixon, mientras el señor Nixon respete al Presidente de Chile. Si ellos rompen con esto, que es una obligación, si una vez más van a hacer tabla rasa de la autodeterminación, de la no intervención, se van a encontrar con una respuesta digna de un pueblo y de un gobernante».<sup>681</sup>

El 16 de febrero le envió una carta para comunicarle que había designado a Orlando Letelier como nuevo embajador en su país y, en términos protocolares, le expresaba los mejores deseos para su nación y para él mismo.<sup>682</sup> Orlando Letelier, militante del Partido Socialista, era probablemente el hombre de la izquierda chilena mejor relacionado en Washington, pues había trabajado allí durante una década como economista en el Banco Interamericano de Desarrollo y consultor de las Naciones Unidas. Representaría a su país ante la Casa Blanca hasta su nombramiento como ministro de Relaciones Exteriores en mayo de 1973. Como es conocido, el 21 de septiembre de 1976 fue cruelmente asesinado en Washington por la DINA, en colaboración con contrarrevolucionarios cubanos, junto a su asistente Ronni Moffit cuando trabajaba tenazmente desde el exilio por la recuperación de la democracia.

Isabel Morel, su viuda, explica así su compromiso con el proyecto democrático de la UP y su lealtad al Presidente: «Orlando perteneció a un gran grupo de hombres y mujeres que compartían las ideas de Allende y que por eso lo acompañaron por años, trabajando y votando por él en varias campañas presidenciales. Éramos un grupo que creía en la democracia y en la justicia social. Creíamos en la necesidad de nacionalizar el cobre y la banca, hacer una reforma agraria y programas sociales para darle al pueblo chileno una vida más digna. Éramos parte de un gran movimiento popular que quería que los chilenos fueran dueños de su propio país y por eso fuimos tantas veces a votar por Allende. Cuando finalmente fue elegido, honestamente creímos que era posible llevar a cabo el programa, no sabíamos el peligro que corríamos al querer desarrollar un proceso independiente del Imperio».<sup>683</sup>

Mientras se cumplían los trámites para la instalación de Orlando Letelier, Isabel Morel y sus cuatro hijos, el 25 de febrero, en su discurso sobre el Estado de la Unión, Nixon mantuvo su discurso beligerante hacia el país sudamericano: «Estamos preparados para tener la clase de relaciones con el Gobierno chileno que ellos quieran tener con nosotros... Nosotros no buscamos confrontaciones con ningún Gobierno».<sup>684</sup> Apenas dos días después, desde Punta Arenas, Allende

le respondió con dignidad: «El Gobierno de Chile quiere relaciones amistosas con el país más poderoso del hemisferio, siempre que se admita discrepar, disentir y negociar desde distintos puntos de vista. Y hemos demostrado nuestra actitud. Y no ha salido del Gobierno de Chile una sola expresión, nada que implique una crítica desorbitada».<sup>685</sup> Como gesto de buena voluntad, en aquellos días invitó al barco de guerra *Enterprise*, que navegaba cerca de los límites chilenos, a atracar en Valparaíso para que sus 3.600 tripulantes bajaran a tierra y conocieran «la realidad auténtica y democrática que vive nuestra Patria, donde se respetan todas las ideas, todos los principios y pensamientos».<sup>686</sup>

El 2 de marzo de 1971 Orlando Letelier presentó sus cartas credenciales en la Casa Blanca ante el Presidente Nixon. Después de la ceremonia, en la que intercambiaron discursos,<sup>687</sup> mantuvo una conversación por espacio de quince minutos con Nixon, Charles A. Meyer y el director de protocolo en un clima «muy cordial y franco», según el informe de poco más de dos páginas que aquella misma tarde remitió a su Gobierno.<sup>688</sup> El Presidente de Estados Unidos quiso persuadir al embajador de que respetaba el derecho de autodeterminación y la voluntad de su pueblo y que admiraba la madurez política e institucional de Chile, si bien hizo dos precisiones muy significativas. En primer lugar, le manifestó que protegerían a los ciudadanos estadounidenses para que sus derechos fueran respetados de acuerdo con las leyes internas y las normas del Derecho Internacional. Y, en segundo lugar, que el apego de su Gobierno al principio de autodeterminación quedaba sujeto a que Allende no adoptara medidas que pusieran en peligro la «seguridad» de Estados Unidos o del hemisferio (el bloque capitalista) por una eventual alineación con la Unión Soviética.

En aquella conversación, Letelier le transmitió los principios esenciales de su Gobierno y la voluntad de mantener relaciones amistosas con todos los países y reiteró la invitación para que el secretario de Estado o un alto funcionario visitara Chile. En cuanto a la nacionalización de la gran minería del cobre, explicó a Nixon que tenía un apoyo unánime y que no era una agresión contra Estados Unidos, sino el ejercicio de un derecho legítimo en el marco de la legislación nacional. Al finalizar aquella conversación, enmarcada en la ceremonia y el protocolo habitual en este tipo de actos, fue Nixon quien propuso a Letelier que ambos países mantuvieran un diálogo sincero y que los problemas que pudieran surgir se resolvieran de manera aceptable para las dos partes.

Pero la actuación encubierta de Washington era muy diferente de la

expresada por aquellas cínicas palabras de Nixon. Tras el plan de guerra aprobado en noviembre, en aquellas fechas el Comité de los 40 ya había autorizado varias entregas de fondos a la oposición. Así, el 13 de noviembre había aprobado 25.000 dólares para ayudar a los candidatos del PDC en las elecciones municipales de abril; el 28 de enero de 1971 autorizó 1.240.000 dólares para la compra de emisoras de radio y periódicos y para respaldar a las fuerzas antisocialistas;<sup>689</sup> y el 22 de marzo, la víspera de la primera de las reuniones que Orlando Letelier mantuvo con Henry Kissinger, acordó entregar 185.000 dólares al Partido Demócrata Cristiano.

El 23 de marzo de 1971, Letelier envió un informe cifrado dirigido directamente al ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, para relatarle la reunión que por espacio de cuarenta minutos había mantenido con Kissinger, cuyas palabras podrían servir para ilustrar un monumental manual de maquiavelismo.

En un clima «muy franco y cordial» —relató Letelier—, el consejero de Seguridad Nacional, *el Príncipe* de la política exterior norteamericana en aquellos años, le explicó que no interferirían en las decisiones de carácter interno de su Gobierno y que Estados Unidos ya tenía suficientes enemigos en el exterior como para hacer de Chile uno más. Sobre la nacionalización de las grandes minas de cobre, que ya estaba a punto de ser aprobada por el Congreso Nacional, señaló que las corporaciones estadounidenses debían discutir el asunto directamente con la administración chilena y que Washington no deseaba convertirlo en un asunto político. Kissinger también le expresó que como cientista político estimaba que la condición de estadista de Allende era «digna de la mayor admiración». Y le rogó que mantuvieran un cauce de conversación abierto para abordar las controversias que pudieran surgir en el futuro y poder conocer mejor el «fascinante» proceso político chileno, «que insistió en calificar del más extraordinario interés», escribió Letelier.<sup>690</sup>

El 15 de abril de 1971 este remitió directamente al Presidente Allende el extenso informe que le había solicitado en una conversación telefónica reciente. Según sus impresiones, el aspecto que más preocupaba en Washington era el posible alineamiento de Chile «con lo que aquí denominan el Bloque Soviético», ya que la nacionalización del cobre, aunque les inquietaba, tenía una importancia secundaria.<sup>691</sup>

Cuatro días después, Nixon y Kissinger debieron de leer las declaraciones que Allende realizó a una de las grandes revistas de su propio país tras la amplia

victoria de la UP en las elecciones municipales, instándoles a respetar la «vía chilena». Señaló también que, en comparación con Estados Unidos y su enorme capacidad militar, económica y política, el suyo era un país pequeño, pero con profundos sentimientos nacionales y por ello jamás se sometería a ninguna potencia. «Chile nunca será una base para Estados Unidos, China o Rusia (...). Sus problemas son Rusia y China. Estos no son mis problemas. Mis preocupaciones son la leche, el pan, el trabajo».<sup>692</sup>

### *CHILE SE PONE LOS PANTALONES LARGOS*

La nacionalización de la gran minería del cobre fue una de las principales conquistas de la Unidad Popular. El Gobierno de Frei, con su política de *chilenización*, había adquirido una parte importante de las acciones de estas minas, el 51% en el caso de las tres mayores (Chuquicamata, El Teniente y El Salvador), a un precio desorbitado (175 millones de dólares entregados a la Anaconda y 80 a la Kennecott) y con la obligación de la CORFO de asumir una gran parte de sus deudas. Pese a ello, en 1970 el cobre suponía el 75% de las exportaciones nacionales y aportaba en torno a un tercio de la recaudación fiscal. Por ese motivo, Salvador Allende acostumbraba a decir que el mineral rojo era «el sueldo de Chile», la «viga maestra» de la economía nacional.

El cobre chileno era un negocio muy rentable para la Anaconda y la Kennecott ya que en 1969 la primera realizó en este país el 16,6% de sus inversiones y logró el 79,2% de sus ganancias, y la segunda invirtió el 13,2% y obtuvo el 21,3% de sus beneficios totales. Un verdadero «saqueo» según denunció el socialista Jorge Arrate, vicepresidente de la Corporación del Cobre (Codelco) desde octubre de 1971.<sup>693</sup> Más aún, las compañías estadounidenses solo habían arriesgado 30 millones de dólares durante sus primeros años de presencia en Chile, en la segunda década del siglo xx, y después se limitaron a reinvertir una parte de sus beneficios para llevarse más de 4.000 millones de dólares, 552 de ellos entre 1965 y 1970, debido a su acción depredadora, a una explotación orientada solo a las mejores vetas.<sup>694</sup>

El 21 de diciembre de 1970, el Presidente anunció el inicio de los trámites para la nacionalización de los cinco principales complejos cupríferos, controlados por corporaciones estadounidenses (El Teniente, Chuquicamata, El Salvador, La Exótica y La Andina) y envió el proyecto de reforma constitucional

al Congreso Nacional, fórmula elegida para poder anular los onerosos compromisos adquiridos con las multinacionales por la administración democratacristiana. En el discurso pronunciado en la plaza de la Constitución, Allende recordó los enormes beneficios de la Anaconda, la Kennecott y otras compañías estadounidenses y proclamó que la nacionalización era un derecho esencial para lograr «la segunda independencia», la económica, para que la principal riqueza natural del país impulsara su progreso social y económico. «Quiero señalar que no queremos quitar cobre a nadie que nos haya comprado y lo necesite. Lo que quiero decir es que sí vamos a ser dueños de la riqueza esencial de Chile; vamos a controlar su producción, vamos a fijar los niveles de producción; vamos a intervenir directamente los mercados y a saber defender el interés de Chile por sobre todas las cosas, siendo nosotros dueños de nuestro destino económico».<sup>695</sup> Al día siguiente, en Washington, la agencia Associated Press recogió la reacción encolerizada de un ejecutivo de la Anaconda, que expresó su temor por las consecuencias de aquella iniciativa si prosperaba: «Con la fórmula que está ofreciendo pudiéramos acabar por deberles dinero».<sup>696</sup> No se equivocó.

La negociación de aquella reforma constitucional fue el último acuerdo importante alcanzado por la Unidad Popular y el Partido Demócrata Cristiano, puesto que, a finales de abril de 1971, los parlamentarios de ambas fuerzas la aprobaron, pero con una sustancial modificación impuesta por el PDC: correspondería al Presidente, y no a la Contraloría General de la República (como indicaba el proyecto de la UP), el establecimiento de la cantidad que debía descontarse de la indemnización a las corporaciones norteamericanas en concepto de «beneficios excesivos». Fue una hábil maniobra ya que, si Allende fijaba una cifra reducida, desencadenaría la ira de los sectores más izquierdistas y, si imponía una elevada, la airada reacción de las compañías afectadas y la Casa Blanca se dirigiría directamente contra La Moneda.

Transcurridos los sesenta días preceptivos, el 11 de julio el Congreso Pleno aprobó la reforma constitucional por unanimidad, aunque con la ausencia de 42 parlamentarios derechistas. Chile se puso «los pantalones largos», creció como país, como rezaba otro recordado cartel de la UP. A partir de entonces la Carta Fundamental señalaba que el Estado chileno era el único propietario de todos los minerales del territorio nacional y se declaraban nulos todos los contratos suscritos en la gran minería del cobre. Las empresas expropiadas tendrían derecho a ser compensadas de acuerdo al valor de libro de sus activos, al que

habría que restarle determinadas cantidades por varios conceptos, principalmente por los «beneficios excesivos» que hubieran logrado desde el 5 de mayo de 1955. El pago de las indemnizaciones se realizaría en el plazo máximo de treinta años y con una tasa de interés superior al 3%.<sup>697</sup>

Al mediodía, en la plaza de los Héroes de Rancagua, cerca del mineral El Teniente, Salvador Allende intervino en un acto de masas, acompañado en la tribuna por Luis Figueroa, el comandante de la guarnición local del Ejército y el cardenal Raúl Silva Henríquez. En su discurso declaró que aquel era el «Día de la Dignidad Nacional» y definió la nacionalización como un acto de soberanía fruto del ejercicio de un derecho reconocido por la Resolución 1.803 de Naciones Unidas.<sup>698</sup> Explicó que las grandes explotaciones estaban en un estado muy deficiente, muy por debajo de su producción potencial, según el informe encargado a la Sociedad Francesa de Minas, ya que, si Chile era el país con más reservas del planeta (más del 25% del total), tan solo aportaba el 13% de la producción mundial. Además, expresó su preocupación por la caída del precio internacional de la libra de cobre en la Bolsa de Metales de Londres porque, si este alcanzó un promedio de 61 centavos de dólar durante el sexenio de Frei, en los seis primeros meses de su administración había sido tan solo de 50. Y cada centavo menos privaba al país de 17 millones de dólares en divisas y 14 millones de dólares en ingresos tributarios, aunque hizo una precisión en honor de su reconocido compromiso con los pueblos del Tercer Mundo: «Quiero señalar que indiscutiblemente el precio del cobre también se ha mantenido alto por el conflicto de Vietnam, pero los chilenos, en la conciencia nuestra, preferimos que el cobre baje, pero que se deje de agredir a un pueblo pequeño y digno que lucha por su independencia. Nosotros tenemos la suficiente conciencia revolucionaria para entender que puede bajar el precio del cobre, y lo toleramos, siempre que la paz llegue a Vietnam y la gente de Vietnam tenga derecho a vivir su propia vida».<sup>699</sup>

Su Gobierno planeaba la creación de un gran complejo minero industrial supervisado por Codelco y preveía desarrollar un exhaustivo trabajo de investigación y formación técnica, con la constitución de un centro de investigación minero-metalúrgica y un servicio nacional de geología, al tiempo que destacó la importancia de la participación de los trabajadores, a quienes instó a aumentar la producción: «Por fin y por primera vez en nuestra historia Chile va a tener una política nacional sobre minería. Ya no habrá empresas foráneas dueñas de las grandes minas de cobre. Desde los pirquineros hasta las

empresas estatizadas de la gran minería, todos tendrán que confluír hacia una política nacional, hacia un plan que permita aprovechar al máximo estas riquezas con un profundo sentido chileno, nacional y patriótico, hasta crear el gran complejo minero industrial del cobre».

Era la conquista de la definitiva independencia económica del país. «Seremos nosotros los dueños de nuestro propio futuro, soberanos de verdad de nuestro destino». Y concluyó: «Compañeros mineros, trabajadores duros del rojo metal: una vez más, debo recordarles que el cobre es el sueldo de Chile, así como la tierra es su pan. El pan de Chile lo van a garantizar los campesinos con su conciencia revolucionaria. El futuro de la patria, el sueldo de Chile, está en las manos de ustedes. A trabajar más, a producir más, a defender la revolución desde el punto de vista político con la Unidad Popular y a defender la revolución con la producción que afianzará al Gobierno del pueblo».

#### CARTA A RICHARD NIXON

El 5 de agosto de 1971, el embajador Orlando Letelier remitió un nuevo informe al ministro Clodomiro Almeyda. Le relató la reunión que había mantenido con Henry Kissinger en relación con la gestión realizada por el Gobierno chileno ante el Banco de Exportación e Importación (Eximbank) a fin de lograr un préstamo de 21 millones de dólares para la adquisición de tres aviones Boeing destinados a la compañía pública LAN y para conocer su opinión acerca de las relaciones bilaterales.<sup>700</sup> Respecto a la solicitud ante el Eximbank, Letelier explicó a Kissinger que su país deseaba continuar comprando a Estados Unidos bienes de este tipo y, que en el caso de que la respuesta se demorara, la alternativa eran aparatos soviéticos, lo que tendría una evidente consecuencia en el terreno político que su interlocutor no tuvo más remedio que admitir. En cuanto a las relaciones bilaterales, Kissinger mantuvo que no intervendrían de ninguna manera en los asuntos internos de Chile, pero agregó que estaba recibiendo «enormes presiones» de grupos privados, del Congreso e incluso de sectores del propio Gobierno para suspender todo tipo de apoyo financiero a su país hasta que se resolviera el proceso de indemnizaciones a las compañías cupríferas norteamericanas. De acuerdo con las instrucciones que le había impartido una semana antes en Santiago el Presidente Allende, Letelier le sugirió que ambos países podrían abordar al máximo nivel las

relaciones bilaterales con la visita a Chile de un alto dignatario de Washington que bien podía ser él mismo, idea que este acogió de manera positiva por su interés, que le reiteró en varias ocasiones, de conocer personalmente al titular de La Moneda.

El 12 de agosto el presidente del Eximbank, Henry Kearns, anunció que su institución financiera negaba la concesión de la financiación solicitada para la compra de los tres aviones. El portavoz de la Secretaría de Estado, Robert McCloskey, comentó esta decisión y la vinculó a que Chile no había garantizado que las multinacionales cupríferas recibirían la indemnización adecuada. Ante el deterioro de las relaciones bilaterales, el 20 de agosto Salvador Allende remitió una carta a Richard Nixon, en la que defendió las profundas transformaciones que la Unidad Popular estaba impulsando: «Señor Presidente: He decidido dirigirme a usted en carta abierta y pública ante el cariz que están asumiendo últimamente las relaciones entre Chile y los Estados Unidos. Lo hago porque para los países pequeños como el nuestro la fuerza moral de sus posiciones y actuaciones constituye la mejor defensa de sus legítimos derechos y aspiraciones». Reivindicó que el pueblo chileno había expresado libremente la voluntad de hacer cambios profundos para superar «el hambre, la ignorancia, la miseria» y «hemos elegido realizarlos en democracia, pluralismo y libertad» y «en amistad con todos los pueblos de la tierra». Ahora bien, precisó que este proceso solo podía desarrollarse si se apoyaba exteriormente en los principios del respeto a la autodeterminación y el diálogo sincero entre los países.

Después de mencionar distintos *zarpazos* de Washington contra Chile (entre otros, el fracasado intento de impedir que la III Conferencia de la UNCTAD se celebrara en Santiago en 1972) y dejar constancia del inicio del bloqueo económico por parte de las instituciones financieras estadounidenses (con la anuencia de la Casa Blanca), mostró su orgullo por la trayectoria democrática de su país y defendió la nacionalización del cobre: «Chile, señor Presidente, se honra en mostrar ante sus conciudadanos y el resto del mundo una historia republicana basada en la plena e ininterrumpida institucionalización del Estado de Derecho, en la observación de los principios democráticos y en el libre funcionamiento de los mecanismos representativos. Una trayectoria democrática que, en su concreción práctica, puede parangonarse con la de los países que más se vanaglorien de la suya. La nacionalización de las grandes minas de cobre no es el capricho del Gobierno de Chile. Ha sido una decisión de nuestro pueblo en uso de su soberanía, aprobada por unanimidad en el Congreso e incorporada al

texto de la Constitución. Un Congreso, señor Presidente, elegido por sufragio universal, directo y secreto, la mayoría de cuyos miembros pertenece a los partidos de oposición».

Asimismo, explicitó que la reforma constitucional establecía con claridad los criterios para determinar la cuantía de las indemnizaciones y que tanto las compañías estadounidenses como el Estado chileno podían apelar la decisión ante un tribunal compuesto por una mayoría de miembros de la Corte de Apelaciones de Santiago y del Tribunal Constitucional. Por ello, consideraba que afirmar que esta iniciativa negaba las «plenas garantías» para las indemnizaciones suponía ignorar la realidad institucional y política chilena, ofender a su Gobierno, al Congreso Nacional, a los partidos políticos, a los tribunales de justicia y a la Contraloría General de la República, así como una presión inadmisibles al pueblo chileno y a sus instituciones representativas «en una materia que no solo es nuestra exclusiva e interna competencia —reconocida por el Derecho Internacional y resoluciones unánimes de las Naciones Unidas—, sino que es vital para nuestra economía y su desarrollo: el cobre significa casi el 80% de nuestros ingresos en divisas y más del 20% del presupuesto fiscal».

Ante la suspensión de los créditos a Chile, el Presidente Allende exaltó su convicción en la libertad de los pueblos de América Latina para disponer de sus recursos naturales, de sus riquezas... «y de su propio destino». Y, a pesar de todo, reiteró la voluntad de mantener con Estados Unidos una relación de amistad, cooperación y respeto mutuo.<sup>701</sup>

#### CONVERSACIONES SECRETAS

«Naturalmente, la Unidad Popular cometió errores, por supuesto. Allende no era un semidiós que no cometía errores. Cometieron errores, no solo él, sino sobre todo el equipo económico», opina Víctor Pey, su gran amigo de origen español. A su juicio, la falla principal fue «enfrentarse simultáneamente con la burguesía chilena y el imperialismo norteamericano». Y cita como ejemplo la nacionalización del cobre. «La decisión de expropiar y no pagar a las compañías norteamericanas fue un error grande. Era inaceptable para los Estados Unidos y las potencias occidentales, porque, si esto cundía, se derrumbaba el poder económico de los países imperialistas».

En aquellos meses de 1971 en que se tramitaba la reforma constitucional y el

asunto de las compensaciones era motivo de debate público, Víctor Pey era partidario de llegar a un acuerdo con las transnacionales. Con pragmatismo, sostenía que el posible pago sería inferior al coste que tendría para el país comprar los repuestos y los reactivos fuera del mercado estadounidense, ya que hasta entonces todo procedía de allí. Habría que comprarlos en Europa y eso significaría una inversión mayor que la posible reparación. Por ese motivo, pidió permiso a Salvador Allende para mantener conversaciones reservadas con la Embajada de Estados Unidos, que aún dirigía Edward Korry.

Al Presidente, le planteó este razonamiento: «Le decía que Chile tenía que hacer un gesto. Había una ley en Estados Unidos, la Ley 484 del Departamento de Agricultura, que permitía a los americanos vender trigo y maíz (y Chile tenía que importar cantidades crecientes) a empresas privadas del exterior a precios subsidiados, de tal manera que tenían quince años de gracia para pagar a un 1% de interés. Era regalado. Yo les iba a proponer a los americanos que trajeran un cargamento con treinta mil toneladas de trigo y maíz. La ley establecía que tenía que ser hecho a través de una empresa privada chilena. La teníamos, era de un amigo mío. Eso iba a ser la antesala que hiciera posible, como retribución, justificar la nacionalización del cobre a través de un convenio pagando una cantidad determinada».<sup>702</sup>

Allende le autorizó, pero le previno de que si aquellas conversaciones secretas saltaban a la luz pública, lo negaría: «Lo haces por tu cuenta y con total reserva». Víctor Pey llegó a mantener una reunión con un miembro de la Embajada para plantear el asunto, pero la evolución de los acontecimientos y el principismo de las fuerzas de la Unidad Popular, principalmente del Partido Socialista, que defendían la nacionalización sin indemnización, hicieron naufragar su iniciativa, que además cree que emprendió demasiado tarde.

El 28 de septiembre de 1971 el Presidente suscribió el decreto n.º 92 sobre los «beneficios excesivos» de las compañías del cobre afectadas por la nacionalización y ordenó al Contralor General de la República que, de las indemnizaciones que estableciera a partir de una rentabilidad anual que se fijaba en el 10% del valor de las propiedades, descontara a la Anaconda 300 millones de dólares por Chuquicamata y 64 millones de dólares por El Salvador y a la Kennecott, 410 millones de dólares por El Teniente.<sup>703</sup> El 11 de octubre la Contraloría hizo pública su resolución: no correspondía abonar ninguna cantidad por Chuquicamata, El Teniente y El Salvador, mientras que la Anaconda tenía derecho a una indemnización de diez millones de dólares por La Exótica y Cerro

de Pasco debía ingresar 18,3 millones de dólares por La Andina. No obstante, el Gobierno debió asumir las deudas de todas estas empresas derivadas de la explotación de estas minas, que ascendían a 727 millones de dólares.

El 21 de octubre el secretario de Estado, William Rogers, concurrió a una reunión de los ejecutivos de las firmas norteamericanas con intereses en Chile en compañía del subsecretario Meyer y manifestó que suspendería toda la ayuda a este país si su Gobierno no atendía las exigencias de indemnización por la nacionalización del cobre.<sup>704</sup>

## EL BLOQUEO

Las consecuencias de la orden formulada por Nixon el 15 de septiembre de 1970, hacer «aullar» la economía chilena, empezaron a percibirse en los últimos meses de 1971. El bloqueo económico privó a Chile de los mecanismos de crédito, esenciales en el comercio internacional y que en el contexto latinoamericano estaban en manos principalmente de instituciones estadounidenses o de su órbita. El 3 de noviembre de 1970, el 78% de sus créditos comerciales a corto plazo habían sido otorgados por proveedores y bancos norteamericanos. Si en 1969 el Eximbank le concedió créditos por valor de 28,7 millones de dólares, en 1971 la cantidad se redujo a cero; en 1972 otorgó 1,6 millones de dólares y en 1973, 3,1 millones de dólares. Por otra parte, desde 1946 Chile había recibido préstamos por valor de 540 millones de dólares de la gubernamental Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos y a partir de 1971 también esta vía se clausuró porque, si en 1968 concedió 57,9 millones de dólares y en 1969, 35,4, en 1971 tan solo fueron 1,5 millones, en 1972, 1 millón y en 1973, 0,8 millones de dólares.<sup>705</sup>

Aunque era previsible semejante hostilidad, del bloqueo financiero tampoco quedaron exentas varias instituciones de carácter multilateral. Por ejemplo, el Banco Interamericano de Desarrollo había concedido cincuenta préstamos a Chile por un total de 310 millones de dólares y en 1970 aprobó créditos por valor de 45,6 millones de dólares. Pero, a pesar de que este país cumplió con los pagos comprometidos, en 1971 la cifra se redujo a 12 millones de dólares, en 1972 a 2,1 y entre enero y septiembre de 1973 a 5,2, ya que Estados Unidos aportaba las tres cuartas partes del capital y la totalidad del «fondo especial» de esta institución y ejercía sin pudor un indisimulado derecho de veto.

El Banco Mundial, que había otorgado a Chile 18 préstamos por un total de 234,6 millones de dólares, adoptó idéntica posición y rechazó todas las solicitudes del Gobierno de Allende, incluso para un programa de electrificación que había apoyado desde 1950. También los bancos privados estadounidenses decidieron disminuir sus líneas de crédito, que ascendían a unos 200 millones de dólares en 1970 y a tan solo 35 millones en 1973.

Otro flanco de la agresión económica lo cubrieron la Anaconda y la Kennecott, que en febrero de 1972 lograron el embargo de las cuentas bancarias de varias instituciones públicas chilenas con sede en Nueva York, como Corfo o Codelco. Asimismo, cuando la Kennecott fracasó en los tribunales chilenos en su objetivo de obtener una elevada indemnización, envió cartas a los clientes de El Teniente donde les aseguró que le pertenecían los derechos de propiedad sobre este mineral y les amenazó con adoptar todas las medidas necesarias para protegerlos, entre ellas la defensa de su propiedad sobre las ventas del cobre extraído.

El 30 de septiembre de 1972 las amenazas de esta compañía se cumplieron cuando solicitó a un tribunal francés que bloqueara el pago a Codelco del cobre de El Teniente que había vendido en este país y que viajaba en un buque que atracaría en el puerto de El Havre. Sin embargo, en solidaridad con la Revolución Chilena, los estibadores se negaron a descargarlo para evitar el embargo. Finalmente, la estrategia jurídica de la Kennecott, que se amplió a Suecia y la República Federal Alemana y que la revista *Time* comparó con una campaña militar, dio sus frutos ya que Chile debió suspender varios envíos a Europa y además abortó las negociaciones para la apertura de líneas de crédito por 200 millones de dólares en varios bancos europeos.

Otra consecuencia del bloqueo fue la reducción del comercio con Estados Unidos pues las importaciones se redujeron del 40% del total a menos del 20% y su efecto más grave fue la carencia de repuestos y de piezas para las maquinarias industriales y los vehículos de todo tipo. También las exportaciones se redujeron de manera notable: si en 1970 ascendían al 14,7% del total, en 1972 apenas alcanzaban el 5,7%.

La manipulación del precio internacional del cobre, la denegación de los créditos para las importaciones de productos norteamericanos, junto con el bloqueo de las instituciones financieras, afectaron de manera demoledora a la economía chilena. Pero este país no suspendió pagos, sino que reestructuró como pudo su comercio exterior y resolvió parte de sus dificultades a través de

operaciones con países de la órbita soviética, de Europa Occidental y de América Latina, en especial Brasil y Argentina.<sup>706</sup> En noviembre de 1971, el Gobierno solicitó en el Club de París la renegociación de sus deudas pendientes hasta ese año y de los 414 millones de dólares que debía pagar en 1972 y que absorberían el 37% de sus ingresos en divisas estimados. Aunque Estados Unidos hizo lo imposible por impedir que Chile alcanzara un acuerdo con sus acreedores europeos, finalmente los enviados de Allende y el embajador en Francia, Pablo Neruda, lograron acomodar una parte de la deuda externa.<sup>707</sup>

El 30 de septiembre de 1971, cuando empezaban a percibirse los primeros efectos del bloqueo económico, Salvador Allende corrigió la conocida sentencia de Mao Tse-Tung: «El imperialismo no es un tigre de papel».<sup>708</sup>

Un mes después, el 31 de octubre, participó en el programa *Meet the Press* de la cadena estadounidense NBC, en directo desde los estudios de Televisión Nacional en Santiago. Escuchado por millones de ciudadanos estadounidenses en horario de máxima audiencia, con traducción simultánea en *off*, respondió a las preguntas de cinco prestigiosos periodistas, entre ellos Tad Szulc de *The New York Times*.<sup>709</sup> En su intervención inicial, saludó «en forma muy afectuosa al pueblo norteamericano» y también a su Gobierno. Cuando el bloqueo se endurecía y se iniciaba la larga batalla legal con las transnacionales afectadas, aquella noche Allende defendió la nacionalización del cobre «dentro de los cauces legales chilenos» y reivindicó el derecho a utilizar los beneficios que generaba el cobre en favor del desarrollo del país y de la elevación del nivel de vida de sus habitantes. También precisó que sí había una indemnización, aunque «indirecta» ya que Chile tendría que hacerse cargo de las deudas de las compañías.

Por supuesto, tuvo que responder a los tópicos que la gran prensa norteamericana hacía circular sobre su figura y su Gobierno. Cuestionado sobre si implantaría un «verdadero Estado marxista de un solo partido», recurrió a sus recurrentes argumentos sobre la singularidad del proceso político chileno, el pluralismo político e ideológico en la UP, el respeto a los principios democráticos... Y no vaciló en expresar su orgullo por presidir «un Gobierno revolucionario» que había llegado al poder por el sufragio y realizaba su programa de transformaciones dentro de los cauces legales.

Defendió su amistad con Fidel Castro, anunció que este llegaría a Chile en menos de veinte días y expresó su admiración no solo por el dirigente cubano, sino también por «los que lucharon y dieron libertad a Estados Unidos. Soy

admirador de Lincoln, por ejemplo, cuando decía: “Un país no puede ser mitad libre, mitad esclavo”. (...) Yo soy un auténtico demócrata, pero pienso que la democracia no es la democracia formal que ha existido en los países en vías de desarrollo fundamentalmente y aun en países de capitalismo industrial que se dicen demócratas».

## LA BATALLA DEL COBRE

Salvador Allende visitó en varias ocasiones los principales centros de extracción del cobre para transmitir a los trabajadores su responsabilidad en aquella encrucijada histórica. Así, el 27 de octubre de 1971 pronunció un discurso en el Teatro Sindical de Chuquicamata, la mayor mina a cielo abierto del mundo, en el que volvió a recordar la enorme importancia que el mineral rojo tenía para la economía nacional: «Es un hecho que Chile es dueño de las minas y es un hecho que los trabajadores tienen que tener conciencia de lo que eso representa. Esa es la principal riqueza de Chile. Yo he dicho con una frase que es buena: el cobre es el sueldo de Chile. El 83% del presupuesto de divisas, de los dólares de que dispone Chile, los produce el cobre, el 83%. De los 1.150 millones de dólares que representa el comercio de exportación de Chile, 800 millones los produce el cobre. El 25% de presupuesto nacional se financia con los ingresos del cobre; entonces el cobre es lo fundamental». Por ello, hizo ver a los mineros el privilegio que constituía laborar en estos verdaderos frentes de la patria: «Ustedes son los trabajadores que tienen la mayor responsabilidad y deben ser los trabajadores más orgullosos de Chile, porque contribuyen no solo a tener ustedes una vida que satisface las exigencias básicas del ser humano, sino que además contribuyen, compañeros, a través del trabajo que hacen, a que Chile pueda romper su dependencia y pueda progresar y que podamos elevar los niveles de vida y de existencia de las grandes masas populares».

Con la franqueza con que siempre se dirigió a los obreros, apoyándose en datos y gráficos, les explicó cómo «Chuqui» iba a dejar de ser una empresa capitalista para adquirir un carácter socialista con la implementación de las herramientas de participación características del Área Social. Asimismo, les pidió que en la negociación de las nuevas condiciones salariales no exigieran un aumento desorbitado: «Compañeros, yo he venido personalmente, arrancando horas a la preocupación muy seria que tengo, y si el compañero Presidente de la

República viene a explicar un problema y viene a decirles que lo estudien, no lo viene a imponer, compañeros, porque le da una importancia trascendente para el futuro de Chile y el futuro de la revolución. Cómo quisieran algunos que se provocara un enfrentamiento entre el Gobierno y ustedes; entre la empresa de ustedes, que es del pueblo, y el Gobierno, que es del pueblo. Yo no tengo otro medio que el diálogo y que razonar con ustedes para encontrar la solución de los problemas». <sup>710</sup>

El 11 de julio de 1972 visitó la mina La Andina con ocasión del primer aniversario de la nacionalización para felicitar a sus trabajadores por el sustancial aumento de la producción: «Hoy, desde hace un año, este es del Día de la Dignidad Nacional e interesa comprender todo el alcance que tiene esta denominación. El Día de la Dignidad Nacional es el día en que Chile rompe con el pasado y con el presente, hasta el año pasado. El día en que Chile es dueño de su principal riqueza, el día en que todos los chilenos toman conciencia de que el cobre es de Chile. El día en que todos entienden que este país tiene en el cobre la riqueza esencial que le permite desarrollarse, progresar, avanzar». <sup>711</sup>

Entre 1970 y 1973 la producción se mantuvo estable en general: Chuquicamata proporcionó 263.000 toneladas en 1970 y 265.000 en 1973; El Teniente, 176.600 en 1970 y 178.100 en 1973; El Salvador, 93.000 en 1970 y 84.000 en 1973. Sin embargo, como el número de trabajadores aumentó de los 23.697 de 1970 a los 31.484 de 1973, la productividad se redujo de manera notable. <sup>712</sup> Las deficiencias pueden atribuirse a la complejidad del proceso de cambio de la administración de las minas y a las consecuencias del bloqueo norteamericano, ya que hasta 1970 el 95% de las compras de maquinaria, equipos y repuestos se realizaban en ese mercado. <sup>713</sup>

676. *Ercilla*, 21 de mayo de 1958, p. 17.
677. Turrent, Isabel: «El contexto internacional del experimento chileno, 30 años después». En: Zapata, Francisco (comp.): *Frágiles suturas. Chile a treinta años del Gobierno de Salvador Allende*. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile, 2006, p. 63.
678. Garcés (1996), p. 143.
679. Kornbluh, Peter: *Pinochet: los archivos secretos*. Crítica. Barcelona, 2004, p. 79.
680. Sobel, Lester A. (ed.): *Chile & Allende*. Facts on File. Nueva York, 1974, p. 60.
681. Debray, pp. 123-124.
682. Esta carta se reproduce en el Apéndice V. Procedencia: Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 2, Carpeta 13, Documento 24.
683. Entrevista a Isabel Morel. Conversación telefónica mantenida el 3 de noviembre de 2002.
684. Sobel, p. 60.
685. Allende, Salvador: *La vía chilena al socialismo*. Fundamentos. Madrid, 1971, pp. 144-145.
686. Finalmente, el Gobierno de Nixon prohibió esa visita sin ofrecer al chileno ninguna explicación. Allende mencionó este desaire en la carta que le remitió el 20 de agosto de 1971.
687. Discursos consultados en el Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 3, Carpeta 14, Documento 3. El de Nixon se reproduce en el Apéndice V.
688. Informe consultado en el Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 2, Carpeta 13. Documento sin numeración.
689. Verdugo, Patricia: *La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva*. Tabla Rasa. Madrid, 2004, pp. 133-150.
690. Informe consultado en el Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 8, Carpeta 1, Documento 4.
691. Informe consultado en el Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 14, Carpeta 11, Documento 1.
692. *Time*. Nueva York, 19 de abril de 1971, p. 53.
693. Guelfi, Carlo *et alii*: *Las multinacionales en América Latina*. Cambio 16. Madrid, 1977, pp. 127-134.
694. Millas (1996), p. 81.
695. Martner (1992), pp. 302-305.
696. *El Mercurio*, 24 de diciembre de 1970. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 47.
697. Meller, Patricio: *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1996, p. 140.
698. Esta Resolución, aprobada por unanimidad el 14 de diciembre de 1962, reconoce el derecho de todos los pueblos a recuperar y disponer de sus riquezas naturales básicas y habla de manera expresa de la posibilidad de nacionalizarlas. Además, permite que la indemnización sea establecida según las normas jurídicas del Estado que realiza la nacionalización y que sean los tribunales del propio país los que estipulen todos los aspectos concernientes a las posibles indemnizaciones. *Conferencia de prensa sobre la nacionalización del cobre. 14 de octubre de 1971*. Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1971, p. 2.
699. Farías, Tomo 2, pp. 983-997.
700. Consultado en el Fondo Orlando Letelier del Solar del Archivo Nacional de Chile. Caja 8, Carpeta 1, Documento 5.
701. *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973*. Archivo Salvador Allende, n.º 13. Guadalajara (México), 1989, pp. 157-159.
702. Entrevista a Víctor Pey. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
703. Vera Castillo, Jorge (ed.): *La política exterior chilena durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973*. Ediciones IERIC. Santiago de Chile, 1987, pp. 409-414. El cálculo de sus «beneficios excesivos» se realizó a partir de los balances posteriores al 5 de mayo de 1955, cuando entró en vigor la Ley 11.828 que creó el Departamento del Cobre y ya hubo datos probados sobre tales rentabilidades. En las

cuatro décadas anteriores estas compañías habían actuado sin ningún tipo de control público.

704. Novoa Monreal, Eduardo: *La batalla por el cobre. Comentarios y documentos*. Quimantú. Santiago de Chile, 1972, p. 345.

705. Farnsworth, Elizabeth *et alii*: *Chile: el bloqueo invisible*. Periferia. Buenos Aires, 1974.

706. Millas (1996), pp. 84-85.

707. Chile pudo renegociar una deuda por valor de 366 millones de dólares y obtuvo créditos de la RFA, Reino Unido, Francia y en menor medida de Italia, los países nórdicos y España. Bitar, pp. 192-193.

708. *La conspiración contra Chile*. El Corregidor. Buenos Aires, 1973, pp. 103-132.

709. *Participación del Presidente de la República, compañero Salvador Allende, en el programa de la cadena norteamericana NBC Meet the Press. Santiago, 31 de octubre de 1971*. Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1971.

710. *Los trabajadores y el Gobierno Popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 8. Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo. Morelia (México), 1990, pp. 73-81.

711. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 79-89.

712. Falcoff, Mark: *Modern Chile. 1970-1989. A critical history*. Transaction. New Jersey, 2002, pp. 187-189.

713. *La vía chilena al socialismo* (1973), pp. 150-157.

## El abismo

Salvador Allende fue elegido Presidente de la República el 24 de octubre de 1970 por el Congreso Pleno gracias a los votos de los parlamentarios de la Unidad Popular y del Partido Demócrata Cristiano. Durante los primeros meses, el PDC mantuvo una cierta indefinición entre una derecha aislada, que aún exploraba cómo hacer frente al proceso de transformaciones revolucionarias, y la posición progresista de sectores como su rama juvenil, que había festejado como propia la victoria de la UP el 4 de septiembre. Todo cambió el 8 de junio de 1971 con el asesinato del destacado dirigente demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic. A pesar de que Allende y la izquierda denunciaron las intenciones oscuras tras aquel nuevo magnicidio y de que lo condenaron claramente, se abrió un abismo entre la UP y el PDC que no pudo ser salvado jamás. Los sectores conservadores recuperaron posiciones, su líder natural, Eduardo Frei, regresó de Europa y la escisión de la Izquierda Cristiana privó al partido de su sector más avanzado. La creciente polarización de la sociedad ante la construcción del socialismo, la permanente inyección de dólares por la CIA para estimular el combate contra «el marxismo» y la habilidad de la derecha para reconstruir el frente político de 1964 constituyeron un enorme desafío.

### LAS REFLEXIONES DE TOMIC

El espectacular crecimiento de la UP en las elecciones municipales de abril y el descenso del voto demócratacristiano suscitaron un intenso debate en el seno del PDC en torno a la relación con el Gobierno, promovido principalmente por la Juventud. En el Consejo Plenario de la JDC celebrado en Santiago entre el 16 y el 18 de abril intervino Radomiro Tomic, quien, a pesar de criticar el «sectarismo» de la UP, mantuvo vivo su discurso de la «unidad del pueblo» y

llamó a un entendimiento con el Gobierno para transformar Chile.<sup>714</sup>

Parecieron imponerse los sectores progresistas y el PDC, que llegó a definirse entonces como «movimiento revolucionario», hablaba ya de «socialismo comunitario» (no de «comunitarismo»), eso sí, en oposición al «socialismo estatista» al que a su juicio se encaminaba el país con la UP. Pero esta retórica se diluyó en la indefinición de la tesis política aprobada por la Junta Nacional durante su reunión en la bella localidad costera de Cartagena los días 7 y 8 de mayo: «La Democracia Cristiana no desestima la posibilidad de acuerdos con el Gobierno de la Unidad Popular para la realización de objetivos determinados y específicos; pero cree que su misión fundamental es (...) proponer sus propias soluciones para que los chilenos adviertan con claridad cuáles son las diferencias y coincidencias fundamentales existentes entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular».

Por su parte, la derecha se convenció de que, para enfrentar de manera eficaz al Ejecutivo, debía atraer al PDC hacia sus posiciones de confrontación. Si en septiembre de 1970 la dirección demócratacristiana ignoró su convocatoria a votar por Alessandri en el Congreso Pleno y en enero había rechazado su propuesta de formar un «Frente Cívico», en aquellas semanas se opuso a la constitución de un «Frente de Ideas» que debía agrupar, más allá de los «partidos democráticos», a los sectores sociales interesados en la defensa de «ideas» como la «libertad», la «democracia» o la «nacionalidad», que creían amenazadas por la UP y en particular por el Partido Comunista.<sup>715</sup>

En el sector progresista de la Democracia Cristiana existía una creciente preocupación por el acercamiento político al Partido Nacional, de ahí que el 3 de junio Radomiro Tomic remitiera una carta a Allende en la que señaló: «El día en que el antagonismo entre Gobierno y Democracia Cristiana haya llegado “al punto de no retorno” habrá dejado de ser viable en Chile el “segundo modelo” [la vía chilena al socialismo]. De allí en adelante será solamente cuestión de tiempo el que el doble efecto de los apremiantes problemas del país más el juego de intereses contradictorios a que está sujeto el desvencijado aparato institucional lleven a que el estallido se produzca “desde arriba” (por el Gobierno) o “desde abajo” (contra el Gobierno)». <sup>716</sup> El ex candidato presidencial del PDC señaló al Presidente que su proyecto político requería de la mayoría institucional y ello implicaba «el gobierno conjunto con la Democracia Cristiana», pero «no para transar el programa» de la UP, sino para «facilitar su cumplimiento en términos aceptables para ambos». Para favorecer los acuerdos,

le propuso que la UP respaldara a un candidato demócratacristiano en la próxima elección complementaria de Valparaíso, idea que Allende veía con buenos ojos.

Pero el 8 de junio miembros de la ultraizquierdista Vanguardia Organizada del Pueblo ametrallaron en Santiago al ingeniero Edmundo Pérez Zujovic, ex ministro del Interior, amigo personal de Eduardo Frei y destacado dirigente del PDC. En el relato publicado póstumamente por sus hijos, Miguel Labarca dejó constancia de la amistad y la relación afectuosa que unía a Salvador Allende y Pérez Zujovic desde principios de los años cuarenta.<sup>717</sup> «El Gobierno de Allende ya no puede contar con el apoyo de la Democracia Cristiana», vaticinó en su crónica del 16 de junio el corresponsal de *Le Monde*.<sup>718</sup> «Los autores del crimen buscan una ruptura definitiva entre el Presidente Allende y la Democracia Cristiana», se adelantó el 9 de junio el diario bonaerense *La Opinión*.<sup>719</sup> La Unidad Popular, que condenó el atentado de manera enérgica, aseguró días después que la VOP estaba infiltrada por la CIA y que su actuación beneficiaba a quienes buscaban erosionar la imagen del Ejecutivo, al vincularlo con acciones terroristas, y promovían la sedición.<sup>720</sup>

En 1978 en Italia, las Brigadas Rojas secuestraron y asesinaron al dirigente de la DC Aldo Moro, ex primer ministro y simpatizante de la tesis del «compromiso histórico» planteada por Enrico Berlinguer, secretario general del PCI, tras el golpe de Estado en Chile<sup>721</sup> y de formar un gobierno de concentración con los comunistas. Eleonora Chiavarelli, su viuda, relató después del crimen que durante su viaje en 1976 a Estados Unidos Henry Kissinger le había advertido claramente de que abandonara esta posición o lo pagaría «caro».<sup>722</sup> Su cuerpo acribillado fue hallado en el maletero de un coche simbólicamente abandonado en la Via Caetani de Roma, a mitad de camino entre la sede de la DC y la del PCI. Cuando fue capturado por los terroristas, Moro se dirigía a la sesión de investidura del cuarto gobierno de Giulio Andreotti, que iba a recibir por primera vez el apoyo de los comunistas. Su secuestro lo impidió y permitió a Andreotti pactar con los socialistas y otras fuerzas centristas. Fue el fin del «compromiso histórico».<sup>723</sup> Las similitudes entre los magnicidios de Pérez Zujovic y Aldo Moro son reveladoras.

En Chile la historia se *escribió* antes. Los sectores conservadores del PDC utilizaron el magnicidio para abrir un abismo político, personal y psicológico con la coalición gubernamental que a la postre se demostró insalvable. El 16 de junio, desde Londres, Frei asumió el discurso sobre la existencia de grupos armados afines a la UP e instó a Allende a disolverlos y no dejó lugar a la duda

al asegurar que el PDC «es un partido claramente ubicado en la oposición».<sup>724</sup> Unió así su voz a la del Partido Nacional, que el mismo 8 de junio había asegurado que «este crimen es la culminación de la escalada del terrorismo marxista contra las instituciones políticas y los demócratas del país». El asesinato precipitó su regreso a Chile y a su llegada formuló una acusación lapidaria: «No se puede impunemente en un país sembrar odios, desatar la calumnia y la mentira de manera sistemática, destruyendo la honra de las personas y envenenando la vida nacional».<sup>725</sup>

También el 16 de junio Salvador Allende participó en un acto de masas organizado por la CUT «contra la sedición y el terrorismo», en el que se refirió al segundo magnicidio vivido por el país en menos de nueve meses y evocó lo sucedido en Madrid en julio de 1936, en los días anteriores al golpe de Estado contra la II República: «¿A quién perjudica el asesinato del ex ministro del Interior? ¿En qué circunstancias ha ocurrido y qué habría permitido hacer, a no mediar la lealtad de las Fuerzas Armadas a la Constitución y a la ley y a no mediar la voluntad del pueblo para no dejarse arrebatar su Gobierno? Sin embargo, quiero señalar que hace ya largo tiempo vine advirtiendo al pueblo lo que podía ocurrir, porque si hay algo que diferencia mi actitud de Presidente, de compañero Presidente, es que nunca he dejado de dialogar con ustedes. (...) Por eso, advertí al pueblo y, más que eso, en el Consejo de Defensa Nacional, el organismo más importante en que están cuatro ministros y los jefes de las Fuerzas Armadas, el director de Carabineros y el coordinador de los servicios de inteligencia del Estado. (...) Sin entrar en problemas políticos pequeños, porque jamás he pretendido hablar de cosas subalternas políticas, frente a las Fuerzas Armadas señalé que en Chile se estaba buscando un Calvo Sotelo...».

El Presidente calificó a los miembros de la VOP como «falsos revolucionarios» y, a partir de una cita de Lenin de *¿Qué hacer?*, señaló que las revoluciones son obra de las grandes masas «conscientes y organizadas» y que «el espontaneísmo del atentado terrorista está desligado del movimiento obrero». Ya aquel 16 de junio se apreciaban las consecuencias políticas del magnicidio. En los días anteriores, el PDC había roto de manera inopinada el acuerdo por el que un militante de la UP presidía la Cámara de Diputados y uno de sus filas el Senado. Y la derecha había apoyado al candidato demócratacristiano, Edgardo Boeninger, que derrotó a Eduardo Novoa Monreal, de la Unidad Popular, en las elecciones a rector de la Universidad de Chile. Era evidente la finalidad política de aquella acción terrorista: «Por eso, he señalado que el asesinato del ex

ministro del Interior, señor Edmundo Pérez, sobre todo, era un impacto directamente lanzado contra el Gobierno y, si humanamente hería a la Democracia Cristiana y si políticamente hería a la Democracia Cristiana, hería al Gobierno y a Chile, por demostrar ante el mundo que aquí también se abría el camino de la delincuencia frente a un Gobierno que había actuado con mesura y con el respeto a la personalidad humana, como lo hemos hecho nosotros y como lo seguiremos haciendo. (...) Buscando una víctima como el señor Edmundo Pérez, se medía la posibilidad de un entendimiento político entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional para crear un frente único en contra del Gobierno...».

Por último, denunció que el atentado perseguía forzar una intervención militar y, después de explicar la muerte de dos miembros de la VOP el 13 de junio en un enfrentamiento con efectivos del cuerpo de Carabineros y de la Policía de Investigaciones, elogió la actuación del general Augusto Pinochet, a quien a fines de 1970 había designado jefe de la guarnición de Santiago<sup>726</sup>: «El señor Jefe de Zona de Emergencia, general Pinochet, con ejemplar actitud, junto con cumplir con sus serias responsabilidades, ha dicho que el Ejército no intervino en el combate, porque, si el Ejército hubiera disparado con las armas y la fuerza de potencia de esas armas, habrían podido producirse muchas víctimas».<sup>727</sup>

## EL VIRAJE DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

La voluntad de la derecha de atraer hacia la oposición radical al PDC y la hostilidad del sector conservador de este partido al entendimiento con la UP hallaron una oportunidad de oro en la coyuntura política generada por el asesinato de Pérez Zujovic. Ante la elección que se celebraría en la provincia de Valparaíso el 18 de julio para reemplazar a una diputada demócratacristiana fallecida, Graciela Lacoste, el Partido Nacional lanzó hábilmente el anzuelo y ofreció su apoyo al candidato que designó el PDC.

En junio, el Presidente había sugerido a la UP plantear un acuerdo a este partido para respaldar a su candidato siempre que postulara a un militante de su tendencia progresista, como Luis Badilla, secretario general de la JDC. Allende consideraba contraproducente poner en peligro la gran victoria de abril en una elección parcial que no alteraría la distribución de fuerzas en la Cámara de

Diputados y deseaba neutralizar la indisimulada pretensión derechista de forjar un frente amplio contra el Gobierno. Pero la Unidad Popular decidió levantar la candidatura del socialista Hernán del Canto, quien en una dura campaña tuvo que enfrentar, por primera vez desde 1964, al centro y a la derecha unidos y fue derrotado por un estrecho margen de menos de cinco mil votos.<sup>728</sup> Fue un revés, puesto que solo hacía una semana que Allende había firmado la histórica nacionalización del cobre y en aquellos días el Ejecutivo se volcaba en la ayuda a los damnificados por el terremoto de 7,75 grados en la escala de Richter que había sacudido la zona la noche del 10 de julio.

Pero la alianza con la derecha tuvo repercusiones en el PDC, puesto que a principios de agosto sufrió una nueva escisión con la salida de ocho diputados (entre ellos Bosco Parra) y un amplio sector de la JDC, encabezado por Luis Badilla, que fundaron la Izquierda Cristiana (IC) y se unieron a la Unidad Popular. En la IC también ingresaron los tres parlamentarios del MAPU (los senadores Rafael Agustín Gumucio y Alberto Jerez y el diputado Julio Silva Solar) y el ministro Jacques Chonchol, disconformes con la asunción por este partido de los postulados marxistas-leninistas y convencidos de la necesidad de ofrecer un cauce propio a los cristianos que apoyaban al Gobierno.<sup>729</sup>

La Izquierda Cristiana reforzó el pluralismo de la cúpula de la UP, más que de su base social, pero consumó el definitivo debilitamiento del ala progresista del Partido Demócrata Cristiano. En 1998, Joan Garcés relató que el Presidente le pidió que conversara con Bosco Parra para intentar disuadirles: «La opinión de Allende era que su Gobierno necesitaba mantener el acuerdo político con la DC y que, si dentro de esta había una corriente progresista, ese sector debía continuar dentro y no marginarse, porque su salida fortalecería al sector opuesto que quería poner fin a los acuerdos con el Gobierno de la Unidad Popular».<sup>730</sup> No en vano, el 31 de agosto de 1971 Eduardo Frei escribía a Paolo Emilio Taviani: «Por mi parte, estoy feliz que así haya ocurrido. Incluso creo que el partido ha salido robustecido. Nada resulta más funesto que los malos elementos que distorsionan la doctrina de una causa y dan una falsa imagen ante el país».<sup>731</sup>

En agosto de 1971 otro hecho sacudió la estabilidad de la Unidad Popular con la división del radicalismo y la creación del Partido de Izquierda Radical (PIR), que reivindicó su papel crítico dentro de la UP desde una perspectiva marcadamente socialdemócrata, mientras que el Partido Radical profundizaba su acercamiento ideológico al marxismo, algo que Allende también lamentó puesto que esta filosofía política ya la encarnaban suficientemente comunistas y

socialistas y con esta metamorfosis perjudicaba su tradicional arraigo en las clases medias.

## CON LOS NO ALINEADOS

En virtud de los principios de su política exterior, las relaciones con Argentina fueron prioritarias para Allende no solo por la importancia del intercambio comercial entre ambos países, sino por los conflictos derivados de la delimitación fronteriza, reavivados desde 1958 y potencial fuente de tensión. Si bien a partir de 1967 las posiciones se habían aproximado en torno a uno de los últimos puntos en litigio en la extensa frontera común, las islas del Canal Beagle, el país vecino estaba gobernado por regímenes militares desde 1966 y junto con la dictadura brasileña podría conformar un frente hostil contra el Chile que avanzaba hacia el socialismo.

Por encima de «las fronteras ideológicas» (término muy en boga entonces), la diplomacia chilena, dirigida por el canciller Clodomiro Almeyda, fue capaz de construir unas relaciones de «coexistencia pacífica» con Argentina, presidida desde marzo de 1971 por el general Lanusse, quien invitó a Allende a celebrar una entrevista en suelo argentino, que finalmente tuvo lugar los días 23 y 24 de julio de aquel año en Salta. En esta ciudad septentrional suscribieron una importante declaración que ratificó el compromiso compartido de someterse al arbitraje británico para la resolución del conflicto fronterizo, acordado aquellos días en Londres.<sup>732</sup>

En Argentina, el Presidente Allende fue recibido con gran entusiasmo y expectación, vitoreado en todos los lugares que visitó y alabado de manera casi unánime por todas las fuerzas políticas, un reflejo fiel de su prestigio en América Latina. En su discurso durante la cena que le ofreció Lanusse mencionó la reforma constitucional para nacionalizar el cobre como un paso esencial en la construcción de «una economía humana e independiente, inspirada en los ideales socialistas». Y con la mirada puesta en la Patria Grande destacó la voluntad de Chile de contribuir a «proyectar la América Latina hacia el mundo, con personalidad propia, digna e independiente, lo que requiere profundas transformaciones en su estructura interna social y política (...) sin subordinaciones a directrices extrañas, con absoluto respeto a la autodeterminación, a la no intervención y en diálogo sin fronteras. Son los

únicos principios que, aplicados también al ámbito mundial, pueden garantizar la paz y la cooperación internacionales».

Aquella noche del invierno austral de 1971 planteó la necesidad de que las naciones latinoamericanas avanzaran hacia una progresiva integración en terrenos como la educación, la economía, el arte o la ciencia: «No concebimos conflicto armado entre latinoamericanos. En cambio, nos amenazan catástrofes de otro tipo, desatadas por las fuerzas naturales, y deseamos crear un sistema común que permita enfrentarlas solidariamente (...). Insistiremos en todo aquello que una a nuestros pueblos. Desde elaborar textos que enseñen la misma historia y establecer empresas mixtas bilaterales y multilaterales hasta organizar un régimen común de Seguridad Social. El arte y el pensamiento del hombre americano han de difundirse libremente por nuestro continente. Los científicos deben tener iguales garantías. Es la nuestra una época de vertiginoso avance tecnológico. De nuevos valores humanos. De una rebelde juventud. Es preciso no olvidarlo».<sup>733</sup>

Apenas un mes y medio después viajó a Perú, un país con el que las relaciones habían sido muy tensas desde la Guerra del Pacífico, pero que desde 1968 estaba gobernado por el general nacionalista Juan Velasco Alvarado con una política progresista. El 1 de septiembre de 1971 Allende aterrizó en Lima como última etapa de su viaje por los países del Pacto Andino (Ecuador, Colombia), con la excepción de Bolivia, donde el general Hugo Banzer acababa de dar un golpe de Estado. Su visita evidenció la coincidencia con que ambos Gobiernos hablaban de la transformación del orden económico mundial, de la superación de la dependencia de los países subdesarrollados y de la necesaria nacionalización de los recursos naturales para la «transformación de las estructuras internas» sin represalias, en alusión a Estados Unidos.<sup>734</sup> Por primera vez en casi un siglo ambas naciones mantuvieron relaciones de amistad.

También en aquel mes de septiembre de 1971 el Gobierno de la Unidad Popular integró a Chile en el Movimiento de Países No Alineados, cuyo origen se remonta a la histórica Conferencia de Bandung y que fue impulsado principalmente por el Primer Ministro indio Nehru, el Presidente egipcio Nasser y el mariscal yugoslavo Tito a partir del rechazo a los esquemas de la *guerra fría* y la política de bloques seguida por Estados Unidos y la Unión Soviética. Chile participó de manera activa en dos conferencias de los No Alineados, la última de ellas en septiembre de 1973 en Argel, de donde el canciller Almeyda regresó la víspera del golpe de Estado.<sup>735</sup>

El Chile de Allende también fue una referencia importante para algunas de las organizaciones políticas y líderes de Europa occidental. François Mitterrand, secretario general del Partido Socialista Francés, o Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, viajaron en aquellos años a Santiago. Y, por ejemplo, en octubre de 1971 el Primer Ministro sueco, Olof Palme, remitió una carta al Presidente chileno en la que le expresó su simpatía por la labor de su Gobierno y le felicitó por la concesión del Premio Nobel de Literatura a Pablo Neruda.<sup>736</sup>

## EL PRIMER AÑO

El 21 de octubre de 1971 una noticia llenó a Chile de orgullo y alegría: el embajador en Francia, el gran poeta Pablo Neruda, había recibido el Premio Nobel de Literatura. Su amigo el Presidente de la República, su «porfiadísimo compañero», dio a conocer un mensaje al país en el que exaltó sus cualidades poéticas y su amor por la patria: «Neruda, un humanista esclarecido que ha narrado con belleza la inquietud del hombre ante la existencia; por la poesía de Neruda pasa Chile entero, con sus ríos, sus montañas, sus nieves eternas y tórridos desiertos, pero por sobre todas las cosas, está el hombre y la mujer y por esto está presente el amor y la lucha social». Salvador Allende puso también en valor la militancia comunista del creador de *Canto general* y evocó las largas giras compartidas por el Norte Grande, por el lluvioso sur donde creció el poeta de Parral, por la costa central y Valparaíso. «Siempre recordaré con emoción cómo el pueblo que escuchaba nuestros discursos políticos, escuchaba con emoción y en silencio expectante la lectura que hacía Pablo de sus versos. Qué bueno fue para mí ver la sensibilidad del pueblo y cómo los versos del poeta caían en el corazón y la conciencia de las multitudes chilenas».<sup>737</sup>

El 4 de noviembre el Presidente Allende pronunció un discurso en el Estadio Nacional en conmemoración de su primer año de gobierno en el que habló de los logros, los desafíos y las esperanzas del movimiento popular.<sup>738</sup> Aunque había nubarrones en el horizonte, el balance era positivo. En materia económica, destacó que el Estado ya controlaba casi el 90% de la antigua banca y que había nacionalizado más de setenta empresas monopólicas o estratégicas: «Podemos decir nuestro cobre, nuestro carbón, nuestro hierro, nuestro salitre, nuestro acero; las bases fundamentales de la economía pesada son hoy de Chile y de los

chilenos». <sup>739</sup> La creación de empleo fue otro de los principales resultados porque el 8,3% de cesantía de septiembre de 1970 se había reducido al 4,8%. El afán de distribución de la riqueza también se cumplió, ya que los trabajadores habían pasado de ingresar el 50% de la renta nacional al 59%, mientras que la inflación descendió del 33% a menos del 15%.

La producción industrial creció un 12%, la cifra más alta de la última década, la minera, un 10%, la agraria entre un 4% y un 5%, y el Producto Interior Bruto lo hizo en casi un 8%, frente al 2,7% de promedio entre 1967 y 1970. No obstante, los resultados más espectaculares tuvieron lugar en los sectores nacionalizados: la producción de salitre se incrementó en un 50%, la de cemento en un 7%, la refinación de petróleo en un 32% y la de la industria electrónica en un 55%.

El 57% de las importaciones, que se incrementaron un 12%, estuvo destinado a la compra de alimentos. Por su parte, los ingresos por exportaciones disminuyeron a causa del acusado descenso del precio internacional del cobre. El Presidente subrayó que en los años siguientes el esfuerzo productor debía concentrarse en los sectores de bienes de equipo y materias primas agrícolas y minerales y en las infraestructuras energéticas, sociales (sanidad, educación, vivienda...) y de transportes. Por ello, anunció, por ejemplo, un plan de construcción de miles de viviendas urbanas y rurales, 19 hospitales y 695 escuelas, con un presupuesto de cuatro mil millones de escudos.

El Gobierno también había puesto en marcha campañas de prevención de enfermedades endémicas, control de la calidad del agua, erradicación de los basureros y limpieza de las *poblaciones*, tareas estas últimas en las que el trabajo voluntario fue decisivo. Pero Allende insistió en que había que trabajar más para mejorar la vida de numerosos niños abandonados, señaló que las guarderías y jardines infantiles construidos eran insuficientes y lanzó el reto de lograr que cada *población* tuviera su biblioteca y su jardín infantil.

Asimismo, anunció la próxima presentación del proyecto que sustituiría al Congreso Nacional por la unicameral Asamblea del Pueblo, que formaba parte esencial del programa de transformación institucional. Aquella iniciativa contemplaba que los representantes en la nueva Asamblea serían elegidos al mismo tiempo que el Presidente de la República y que esta cámara podría ser disuelta una vez por el Jefe del Estado, pero fue rechazada por los parlamentarios de la oposición.

A esta le recordó que estaban vigentes todas las garantías democráticas, no

había ningún preso político, se respetaba la autonomía universitaria y ningún medio de comunicación había sido cerrado, al contrario, se habían creado una decena y muchos injuriaban casi a diario al Gobierno. Pero también habló de los errores que la UP debía corregir: el sectarismo, el exclusivismo («los puestos públicos no son granjerías para los hombres de la Unidad Popular») y el famoso «cuoteo», llamando a valorar más las cualidades personales que la adscripción a un determinado partido.

Como tantas veces, puso fin a su discurso con unas palabras vibrantes en las que abogó por la unidad de todos los revolucionarios: «Agradezco la atención de ustedes y recalco lo que significa nuestra revolución: es auténticamente chilena. Pero millones de hombres, más allá de las fronteras, miran con pasión y con interés lo que hacemos nosotros. (...) El pueblo ha aprendido que en la unidad está la victoria. No dejemos que se resquebraje la unidad del pueblo, no permitamos que extremismos pretendan desquiciar lo que ha sido la base fundamental. Hay que encontrar, y lo buscaremos, el lenguaje que una a todos los revolucionarios, porque los enemigos son demasiado poderosos y no descansan, y tenemos que defender la victoria popular; el pueblo sabe que él es el auténtico forjador del triunfo. (...) Venceremos afianzando la unidad. Venceremos ampliando las bases políticas y sociales del movimiento revolucionario chileno. Venceremos, estudiando más, jóvenes. Venceremos produciendo más, obreros, técnicos, profesionales, campesinos y empleados. Venceremos cuando la juventud sepa que aquí ella tiene el puesto de combate, que la llamamos para la gran tarea del mañana. Adelante, compañeros, tenemos que vencer para hacer la vida más fraterna y sin odios, en nuestra propia patria, de cuidar nuestra moral, por la fuerza constructiva y revolucionaria del pueblo».

## LLEGÓ FIDEL

Seis días después de aquel multitudinario acto en el Estadio Nacional, Fidel Castro llegó a Santiago y recibió una acogida muy calurosa de las clases populares de Santiago, que le aclamaron en su recorrido desde el aeropuerto de Pudahuel hasta La Moneda. En su primer viaje oficial a una nación latinoamericana, el comandante cubano aterrizó en un país sacudido en ese momento por dos ácidas polémicas: el rechazo frontal de la oposición a que la Compañía Papelera fuera nacionalizada e integrada en el Área Social y el

conflicto en la Universidad de Chile, donde aquellos días hubo enfrentamientos violentos en las facultades de Derecho e Ingeniería.

Durante los 25 días que permaneció en Chile (una duración sin duda inusual que enervó a la oposición), Fidel Castro, icono junto con el Che de la lucha armada revolucionaria en América Latina, fue muy respetuoso con la «vía chilena» en sus discursos, entrevistas de prensa y multitudinarios debates. En los encuentros con estudiantes de varias universidades, sacerdotes de izquierda, campesinos, mineros, obreros o dirigentes de la CUT tuvo que responder a las preguntas insistentes sobre si el proceso chileno era «reformista» o «revolucionario», dos términos que en el imaginario de la época estaban separados por un abismo moral y eran objeto de apasionadas polémicas.<sup>740</sup> Su visión quedó muy clara el 2 de diciembre, en el acto de despedida celebrado en el Estadio Nacional: «La cuestión que obviamente se plantea —visto por un visitante— este proceso es si acaso se cumplirá o no la ley histórica de la resistencia y de la violencia de los explotadores. Porque hemos dicho que no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios».

Y con las imágenes en su cabeza de los disturbios callejeros de la oposición en las calles del barrio alto la noche anterior, añadió: «Ustedes viven un proceso muy especial, pero que no es nuevo en lo que se refiere al proceso de lucha de clases. La historia tiene incontables ejemplos. Están viviendo el momento del proceso en que los fascistas —para llamarlos como son— están tratando de ganarles la calle, están tratando de ganarles las capas medias de la población. En determinado momento de todo proceso revolucionario los fascistas y los revolucionarios luchan por ganar el apoyo de las clases medias». A su juicio, el éxito o el fracaso de «este insólito proceso» dependería de la batalla ideológica, de la lucha de masas y de la capacidad de las fuerzas revolucionarias para crecer, sumar apoyos y «ganarse a las capas medias de la población».<sup>741</sup>

Fue en aquel acto cuando Salvador Allende pronunció por primera vez las palabras sobre su lealtad indeclinable al pueblo que hizo realidad el 11 de septiembre de 1973 con su inmolación en La Moneda: «Quienes pretenden sacarnos del camino que nos hemos trazado, quienes mintiendo y calumniando hablan de que en Chile no hay libertad, se ha suprimido el derecho de información, está en peligro la prensa, son los que mixtifican para poder, engañando, encontrar apoyo en determinados sectores y son los conjurados en el

ansia turbia de oponerse a la voluntad popular. Y yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se lo digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera».<sup>742</sup>

#### LA ESTRATEGIA DE LA TENSIÓN

El 1 de diciembre la oposición organizó la «Marcha de las Cacerolas Vacías». Esta manifestación, que discurrió desde la plaza Italia hasta el corazón de Santiago, estuvo protagonizada por unas cinco mil «señoras» que protestaban, golpeando los útiles de cocina que jamás habían empleado, por el desabastecimiento de alimentos con unas consignas llenas de odio contra Allende y la izquierda y con el apoyo de un cordón de seguridad de las brigadas de choque de Patria y Libertad, el grupúsculo fascista creado por el abogado Pablo Rodríguez en septiembre de 1970 y que aquella noche tuvo su bautismo de fuego. Esta movilización significó la irrupción pública del movimiento femenino antiallendista que en 1972 y 1973 jugó un rol cada vez más importante y ayudó a crear el clima social y político necesario, a «juntar la rabia» precisa, para el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y el terrorismo de Estado desplegado por la dictadura militar.<sup>743</sup>

Según el balance ofrecido al día siguiente por José Tohá, los manifestantes agredieron a efectivos del cuerpo de Carabineros, asaltaron locales del Partido Radical y de las Juventudes Comunistas, intentaron bloquear el Teatro Municipal, donde se celebraba un acto para conmemorar el centenario del Ministerio de Relaciones Exteriores con la asistencia del Presidente y del cuerpo diplomático acreditado, y pretendieron incendiar el edificio en construcción que acogería en abril la Conferencia de la UNCTAD y atentar contra la residencia oficial de Tomás Moro 200. El ministro del Interior acusó a la oposición de promover una estrategia sediciosa cuyo fin último era la destrucción del régimen democrático.<sup>744</sup>

Como el Gobierno había decretado el estado de emergencia en la provincia

de Santiago, el 2 de diciembre el general Augusto Pinochet asumió de nuevo la jefatura del orden público y, ante los periodistas, entregó el bando que prohibía la realización de manifestaciones públicas y la difusión de noticias que pudieran incitar a la alteración del orden público.<sup>745</sup> Pinochet cumplió las órdenes del Ministerio del Interior y el 5 de diciembre la prensa afín a la UP informaba que había decidido presentar una querrela contra el periódico derechista *Tribuna* por graves ofensas a la dignidad de las Fuerzas Armadas al afirmar que se habían vendido a la UP. «En Chile no habrá golpe de Estado, notificó el general Augusto Pinochet a los *momios* sediciosos de la derecha», tituló *Puro Chile*. Según este tabloide cercano al Partido Comunista, concluyó su intervención ante los periodistas con estas palabras: «Por favor, señores, bajen la presión. He pedido en todos los tonos que los diarios no titulen incitando a la violencia. Les solicito nuevamente que asuman sus serias responsabilidades con un mayor nivel de conciencia pública frente a los problemas que estamos viviendo. ¿Qué quieren? ¿Una guerra civil? Porque golpes de Estado no ocurren en Chile».<sup>746</sup>

Ante el preocupante cariz que empezó a asumir la movilización de los sectores opositores, al día siguiente Salvador Allende habló por primera vez de gérmenes de fascismo en su discurso de despedida a Fidel Castro: «No es de extrañarse que ayer hayamos visto una demostración de mujeres que, venidas desde el barrio alto, llegaron al centro de Santiago; es conveniente que el pueblo sepa que ese grupo numeroso, y lo era, de mujeres iba presidido, o precedido mejor dicho, por un grupo de 70 u 80 muchachos con máscaras, con bastones con incrustaciones metálicas y seguramente armados; flanqueaban las columnas femeninas grupos organizados de hombres con iguales características y cerraba la marcha otro grupo similar. Autorizada por el Gobierno, porque no negaremos jamás el derecho que consagran nuestras leyes a que los opositores pasen por las calles de Chile, también en resguardo absoluto del orden pusimos meta y término a esa demostración. Demostración que tenía como expresión de protestas las ollas vacías de los más rancieros sectores de la burguesía, de aquellos que nunca supieron la carencia de alimentos vitales y aquellos que llegaron y se retiraron en poderosos vehículos, y aquellos que estuvieron en Providencia arriba hasta las 3 o las 4 de la mañana, interrumpiendo el tráfico, quemando neumáticos (...). Y hay que pensar, entonces, que Chile está presenciando un hecho que no es extraño a los procesos que han vivido los pueblos que han buscado el camino de su emancipación. (...) Por eso, no hay que desconocer que un germen fascista moviliza a determinados sectores de nuestra juventud, sobre

todo en el campo universitario, y, como lo dijera, que usa a la mujer en manifestaciones de protesta...».

Mientras la derecha elevó a la condición de heroínas a las aristocráticas protagonistas de la «Marcha de las Cacerolas Vacías», el PDC anunció en un acto celebrado el 16 de diciembre en el Estadio Nacional la presentación de una acusación constitucional contra el ministro del Interior por la respuesta de la fuerza pública el 1 de diciembre. Ante la posibilidad cierta de ser sobrepasado por los grupúsculos fascistas y por la derecha en la calle, el PDC decidió combatir al Gobierno en «el ring democrático» según su nuevo presidente, el senador Renán Fuentealba. Por su parte, el senador Osvaldo Olguín aseguró que su partido aspiraba a «derrotar» a la Unidad Popular «y no a derrocarla».<sup>747</sup> Mientras tanto, en un artículo publicado el 2 de enero de 1972 Eduardo Frei calificó a las mujeres que golpearon las «cacerolas vacías» como «la primera clarinada de esperanza» para que Chile enmendara su rumbo, tras pintar un balance apocalíptico del primer año de gestión de la UP.<sup>748</sup>

En diciembre, Allende mantuvo un encuentro reservado con Radomiro Tomic para intercambiar opiniones acerca de la acusación constitucional que el PDC promovería contra Tohá. Según el relato de Joan Garcés, testigo de aquella reunión, Tomic admitió que posiblemente dicha iniciativa era improcedente, pero le recordó que la clave del conflicto político era que la UP estaba en minoría en las instituciones del Estado y que por ello la crisis se agravaría con el tiempo. Allende le replicó que su partido había asumido una posición cada vez más intransigente que podía acarrear consecuencias muy serias para el país y se mostró dispuesto a interrumpir esta dinámica a partir de un acuerdo entre la izquierda y el centro e incluso le propuso que aceptara el Ministerio de Minería. Pero Tomic se negó porque creía que, si daba ese paso, no habría acuerdo entre su partido, que se dividiría de nuevo, y el Ejecutivo.<sup>749</sup>

El elemento central de la acusación constitucional era la existencia de grupos armados ilegales, tanto de extrema izquierda como de extrema derecha, que el Gobierno, y en particular el ministro del Interior, no podía o rehusaba controlar. El redactor del libelo, el diputado Héctor Valenzuela, señaló que con aquella iniciativa pretendían forzar una rectificación profunda de la acción gubernamental en aquellos aspectos en los que habría faltado a sus deberes constitucionales y legales, sin pretender desencadenar aventuras golpistas o promover actuaciones sediciosas.<sup>750</sup> Sin embargo, la acción contra Tohá se convirtió en un verdadero proceso político al Ejecutivo, ya que la oposición puso

en entredicho toda su actuación.

El 3 de enero de 1972, en su defensa ante la Cámara de Diputados, José Tohá recordó que el nombramiento y la destitución de los ministros era competencia exclusiva del Presidente de la República, negó la existencia de los grupos armados ilegales denunciados por el PDC y aseguró que habían acusado a algunas organizaciones, como las brigadas muralistas Ramona Parra y Elmo Catalán, sin ningún fundamento. Añadió que jamás había prohibido a Carabineros e Investigaciones proceder contra un grupo que infringiera la legalidad y puso como ejemplo la celeridad con que habían ubicado a los responsables del asesinato de Pérez Zujovic. Por ello, solicitó a la Cámara de Diputados que rechazara la acusación por inadmisibile e improcedente. También intervinieron los generales Mario Sepúlveda, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, y José María Sepúlveda, director general de Carabineros, quienes negaron la existencia de los tan cacareados «grupos armados ilegales».

El 7 de enero, horas después de la votación parlamentaria que aprobó la destitución de Tohá como ministro del Interior tras una sesión de doce horas, ya de madrugada el Presidente Allende anunció desde los balcones de La Moneda a las miles de personas congregadas en la plaza de la Constitución que al día siguiente le designaría ministro de Defensa y reiteró su convicción de que cada proceso revolucionario dependía de la realidad nacional donde se desarrollaba, que no existían recetas que pudieran copiarse de manera mimética. En un tono dramático evocó el suicidio de Balmaceda en 1891: «Y miles y miles de chilenos, sin saberlo, quizás están viviendo horas parecidas a las que la patria viviera hace ochenta años, cuando Balmaceda, con hondo, profundo y heroico sentido patriótico, reclamara para Chile el salitre, y quisiera para Chile la dignidad de ser un país dueño de sus riquezas. Balmaceda, acorralado y perseguido por los grupos oligárquicos, vio al país sumergido en una guerra fratricida y puso fin a su existencia legando a los chilenos un ejemplo profundo y hondo de sentido nacional y de responsabilidad. Recogemos la herencia, pero decimos que los tiempos han cambiado. Ochenta años no pasan en vano en ningún país. No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque la vamos a impedir, y no habrá un Presidente que tenga que suicidarse porque no lo haré».

Expresó su convicción de que la Unidad Popular podría continuar avanzando por la «vía chilena» con su programa de transformaciones revolucionarias: «No queremos una patria ensangrentada, no queremos víctimas inocentes. No

deseamos e impediremos todo lo que signifique que la injusticia y la violencia innecesaria golpeen duramente a nuestro país. Ello no significa de ninguna manera ni claudicación, ni doblegar nuestra entereza frente a los adversarios internos, a los enemigos externos. Ello no significa que estemos dispuestos a claudicar, a comerciar el programa y el mandato que nos dio el pueblo. No habrá un Presidente que se suicide, porque tiene la obligación emanada de la voluntad revolucionaria del pueblo de hacer posible el cumplimiento integral del programa de la Unidad Popular».

Entre las miles de personas que escuchaban sus palabras, una parte impugnó la «vía chilena» con la consigna «Armas quiere el pueblo». Una vez más, el Presidente rechazó estas posiciones y defendió con honestidad y valor la posibilidad de avanzar hacia el socialismo a partir de la institucionalidad vigente: «Cuántos años y en todas las latitudes los pueblos han luchado, y cuántos son los miles y miles de hombres y mujeres sacrificados. Cuánta fuerza tiene la reacción y qué poderoso es el imperialismo, como se lo he dicho, que no es un tigre de papel (...) la Historia nos enseña que las revoluciones no se hacen en función de los gritos pasionales de las multitudes o de determinados sectores (...) no queremos la violencia, rechazamos la violencia; pero si otros usan la violencia, contra la violencia contrarrevolucionaria utilizaremos la fuerza de la ley y, si la fuerza de la ley no impide la tentativa subversiva —óiganlo bien—, usaremos la violencia revolucionaria».<sup>751</sup>

El «caso Tohá», la primera acusación constitucional contra un ministro de Allende en la que participó el PDC, marcó un punto de no retorno. Hasta entonces este partido aceptaba el funcionamiento regular del sistema político. Al forzar su destitución, aceptó unirse a la derecha y desarrollar, según un brillante artículo publicado por Claudio Orrego a mediados de 1972 en *Política y Espíritu* (la revista teórica del PDC), una estrategia similar a la de los mariscales rusos contra Napoleón y Hitler. En 1971, con la euforia de los triunfos electorales y el impacto positivo de las primeras medidas había sido aconsejable para la Democracia Cristiana no plantear una confrontación abierta, sino «retroceder hacia Moscú», «quemando tierras y abandonando pueblos», hasta que se acercara «el invierno» y empezaran «a caer las primeras nieves». «Es esa la hora para la primera gran batalla y para la ofensiva final».<sup>752</sup>

El «caso Tohá» fue la primera de las acusaciones constitucionales presentadas por todos los parlamentarios opositores para bloquear el camino institucional, privar al Gobierno de una dirección estable, hacer inviable el

proyecto de la Unidad Popular y buscar un conflicto entre los tres poderes del Estado que hiciera necesaria la «intervención» providencial de las Fuerzas Armadas.<sup>753</sup>

## REVÉS ELECTORAL

De nuevo unas elecciones complementarias irrumpieron en el escenario para elevar la temperatura política. El 16 de enero de 1972 el Partido Nacional y el PDC concurren con un candidato único a las votaciones para elegir un senador por las provincias de O'Higgins y Colchagua y un diputado por Linares, con la novedad de que en este último caso fue el PDC quien apoyó a un candidato derechista, Sergio Díez. Su clara victoria (en O'Higgins y Colchagua con el 52,7% de los votos, en Linares con el 58%) llevó a Eduardo Frei, que participó activamente en la campaña, a llamar a la oposición a superar los egoísmos partidarios y unirse «en la defensa de la democracia y contra el totalitarismo».<sup>754</sup>

En la izquierda, por la radicalización que había experimentado su discurso, la amplia derrota en Linares hizo emerger ante la opinión pública la controversia latente sobre la estrategia del Gobierno y desató una ácida polémica entre el Partido Comunista y el MIR.<sup>755</sup> Con una crítica radical hacia las posiciones «reformistas», de «conciliación» con el PDC, que a su juicio mantenía el PC, el MIR intentaba atraer hacia sus posiciones a los sectores más izquierdistas de la UP y en su valoración del resultado de estas elecciones aseguró que el triunfo no era lo fundamental, sino la movilización de «los sectores potencialmente revolucionarios».<sup>756</sup> Por su parte, el Partido Comunista, en un informe interno de su dirección, explicó el retroceso en estas provincias, sobre todo en Linares (la UP había logrado en las municipales el 46,2% y entonces solo el 40,9%), por los graves errores de conducción política y el excesivo protagonismo del MIR. Con un caudal arrollador de citas de Lenin sobre el «infantilismo revolucionario», el PC llamó a sus cuadros y militantes a reforzar la batalla ideológica contra las posiciones de «ultraizquierda».<sup>757</sup>

A principios de febrero, el Presidente Allende convocó a los principales dirigentes de la Unidad Popular a una importante reunión en El Arrayán, una zona próxima a Santiago. La declaración difundida tras el debate expresó la coincidencia sobre la gravedad de la situación política y admitió un cierto

debilitamiento del Gobierno. Con un lenguaje mesurado, la UP llamó a corregir las actitudes burocráticas y sectarias que habían surgido en sus filas para asentar su apoyo en las capas medias y los sectores populares. Entre los objetivos para 1972 la coalición gubernamental especificó la necesidad de completar con rapidez lo esencial del Área Social, consolidar la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, así como su participación en todos los ámbitos, y culminar la reforma agraria. «No es el momento de levantar falsas alternativas frente a la conducción política, que la clase trabajadora ha entregado a la Unidad Popular en este momento histórico. Pretender hacerlo es dividir las fuerzas del pueblo y entregarles ventajas a la reacción y el imperialismo».<sup>758</sup>

#### ADIÓS A LA «MAMÁ ROSA»

A lo largo de aquellos tres años Salvador Allende supo manejar la enorme presión y exigencias que entrañaba ocupar la primera magistratura de la nación. Patricia Espejo, una de las personas que trabajó con él a diario, recuerda que a partir del paro gremial de octubre de 1972 el Presidente estaba evidentemente «muy preocupado» por la tensión política, la polarización social, la evolución económica. «Pero no estaba deprimido», señala Patricia Espejo. «Una sola vez lo vi destruido: cuando se murió la “mamá Rosa”».

A principios de 1972, aquella anciana de origen campesino que le cuidara con celo en su infancia fue ingresada en el Hospital del Tórax, en Providencia. Cuando podía, Allende la visitaba durante diez o quince minutos. Un día a las seis de la mañana avisaron por teléfono a Patricia Espejo de su fallecimiento y le correspondió dirigirse a esa hora a Tomás Moro 200 para comunicárselo al Presidente. Le acompañó al hospital y cuando llegaron a La Moneda e ingresaron por la puerta de Morandé 80 pidió lo mismo que una década atrás cuando murió su madre: «No quiero ver, ni oír a nadie. No me pasen llamadas, voy a estar en la salita». «Aquel día sí le vi con una tristeza profunda, la única vez que le vi así», recuerda.<sup>759</sup>

El 8 de marzo, en un acto con motivo del Día de la Mujer Trabajadora en Antofagasta, Salvador Allende evocó con profundo afecto a las dos madres que tuvo: «Como hombre permítanme que tenga el derecho a recordar a dos mujeres que estuvieron demasiado cerca de mí: a mi madre y a otra madre que tuve. La primera, que me dio la vida, me arrulló y en su tibio regazo encontré descanso en

las horas duras del combate político. Mi madre, la que me dio el ser, y la otra, una modesta mujer que trabajaba en la casa de los míos, al principio como empleada, para incorporarse después a la familia, seguir junto a ella y entregarme todo el cariño que tuvieron esas viejas mamás. Quiero recordar a “mamá Rosa”, cuya existencia se apagó hace algunos días y que fuera también mi madre».

## UN PAÍS DIVIDIDO

El 19 de febrero de 1972 el Congreso Pleno aprobó la reforma constitucional promovida por el Partido Demócrata Cristiano que definía cuatro áreas en la estructura económica nacional, obligaba a que la nacionalización total o parcial de la propiedad de una empresa se hiciera con la aprobación de una ley específica, establecía la participación de los trabajadores en la administración de las empresas y en sus beneficios y extendía una protección al máximo nivel legal a los pequeños y medianos propietarios y empresarios.<sup>761</sup> Como perseguía minimizar las facultades que la Constitución de 1925 otorgaba al Presidente de la República y al Ejecutivo y someterlos al control del Congreso Nacional, Allende decidió vetar su aprobación en virtud del derecho que le confería el artículo 108 de la Carta Magna, si bien debía proponer modificaciones o correcciones ya que no podía rechazar totalmente el texto aprobado. El enfrentamiento entre el Gobierno y la oposición quedó servido cuando aquel afirmó que el Congreso Nacional necesitaba los dos tercios de los votos para rechazar el veto presidencial e imponer la promulgación de su reforma constitucional y esta rebatió que bastaba con una mayoría simple y negó la tesis gubernamental de que el Tribunal Constitucional resolviera el conflicto, ya que creía que favorecería al Ejecutivo, para señalar que solo quedaba la opción del plebiscito.<sup>762</sup> En su trabajo clásico, Arturo Valenzuela subrayó que por primera vez en varias décadas el país se vio inmerso en una crisis que amenazaba los cimientos del sistema democrático y, después de analizarla en profundidad, reconoció que «la interpretación del Presidente era más sostenible».<sup>763</sup>

En cualquier caso, Allende encargó al Partido de Izquierda Radical que dirigiera unas nuevas conversaciones con el PDC para alcanzar un acuerdo en torno al conflicto del Área Social. No obstante, la decisión del ministro Pedro Vuskovic de expropiar algunas de las industrias previstas por el Gobierno con el

desacuerdo del Partido Radical y del PIR, junto con la indisimulada oposición del Partido Socialista a esa negociación, determinaron su fracaso en abril. Además, la Unidad Popular rechazó los acuerdos provisionales alcanzados por el ministro de Justicia, Manuel Sanhueza (PIR), y la dirección del PDC, por lo que sus dos ministros se retiraron del Gobierno y este partido abandonó la Unidad Popular.<sup>764</sup> No tardaría en unirse al bloque opositor.

Abril de 1972 presenció dos movilizaciones multitudinarias. El día 12, la víspera de la inauguración de la Conferencia de la UNCTAD con la presencia en Santiago del secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, los partidos opositores congregaron a decenas de miles de personas en la «Marcha de la Democracia», que tuvo como único orador al presidente del Senado, el demócratacristiano Patricio Aylwin, y que reveló que el PDC se había unido al coro más conservador en la denuncia ya no de problemas económicos (como en la «Marcha de las Cacerolas Vacías» de diciembre), sino de la ilegalidad del Gobierno. Aylwin aseguró que la democracia y las libertades públicas estaban «heridas de muerte» por la acción del Ejecutivo y denunció las tomas de fábricas y fundos, la actuación de grupos armados ilegales, la agitación izquierdista en el campo, el abuso de los medios de comunicación públicos y las presiones sobre la prensa «independiente», así como la constante conculcación de la legalidad por parte de la UP, para concluir que la oposición no deseaba la guerra civil: «No estamos aquí para impulsar ninguna sedición, ni forma alguna de fascismo».<sup>765</sup>

Apenas seis días después, la Unidad Popular organizó —según *El Mercurio*— «una extraordinaria demostración de masas» en el mismo lugar, el sector de avenida Grecia y Salvador, con la participación de más de medio millón de personas. En su discurso al final de «la Marcha de la Patria», Allende mencionó el eje del conflicto político, la construcción del Área Social: «Aquí está reunido el pueblo de Santiago en representación del pueblo de Chile. Aquí late la historia de la patria que se ha venido construyendo, a lo largo de los años, con el dolor, el sufrimiento, la esperanza y la decisión revolucionaria de miles y miles y miles de chilenos. Jamás en nuestra vida se presenció un acto de esta magnitud, con este contenido y con esta trascendencia. Aquí han llegado hombres, mujeres, jóvenes y ancianos de todos los rincones de Santiago, trayendo su fe invencible y su confianza en la Unidad Popular. Aquí estamos reunidos sin odios, con la serena confianza de los que saben de su fuerza. Aquí estamos reunidos los que ayer vencimos y mañana venceremos. (...) Se ha reunido esta tarde el pueblo de Santiago para defender la auténtica democracia y la auténtica libertad, para

definir el Área Social de la Economía, para ampliar el poder de resolución de los trabajadores, particularmente en la dirección de las empresas».

Si la oposición alertaba de que la democracia peligraba, el Presidente se ocupó de recordar la absoluta vigencia de todos los derechos políticos, sociales y económicos contemplados en la Constitución y anunció que durante 1973 sometería a la consideración de la voluntad popular un proyecto de Carta Fundamental acorde con el proceso de construcción del socialismo. «Se ha ampliado y afianzado la democracia: aquí en Chile hay elecciones todos los días, parlamentarias, municipales, de los estudiantes, de los colegios profesionales, de los obreros, de los empleados en los sindicatos, en las empresas, en las industrias, en los hospitales, en las escuelas. (...) ¿Qué es lo que ha pasado? Nunca creyeron que ganaríamos. Nunca creyeron que llegaríamos al Gobierno. Nunca creyeron que cumpliríamos el programa. Nunca creyeron que haríamos un Gobierno revolucionario. (...) Es que estaban acostumbrados a engañar al pueblo, levantar programas que no sentían, movilizar a las masas tras un espejismo. (...) Por eso, y aunque parezca paradójal, este Gobierno revolucionario se ha empeñado y se empeñará en que se respete la Constitución, porque lo dije frente al pueblo, y lo sigo diciendo: (...) nos comprometimos a hacer los cambios de Chile en pluralismo, democracia y libertad. ¡Lo estamos cumpliendo y lo seguiremos cumpliendo! (...) El año 1833 hubo una Constitución de los *pelucones*. Fue liberal la de 1925 y la Constitución que vamos a dictar dentro de la propia Constitución, la Constitución de 1973, será una Constitución que abrirá el camino al socialismo».<sup>766</sup>

El 27 de abril el ciclo de reveses electorales de la Unidad Popular, inaugurado en Valparaíso en julio, se clausuró con la derrota en las nuevas elecciones de la Universidad de Chile. Después del conflicto de los últimos meses de 1971, y con la mediación del propio Allende, la UP y la oposición aceptaron convocar a una nueva votación a los casi 80.000 miembros de la comunidad universitaria, repartidos en las diez sedes del país. Pero, a diferencia de la candidatura unitaria levantada en junio del año anterior, la izquierda presentó entonces tres candidatos a rector: el economista Felipe Herrera, por la UP, el sociólogo Andrés Pascal Allende, por el Frente de Estudiantes Revolucionarios (MIR), y el historiador Luis Vitale, por el maoísta Partido Comunista Revolucionario. Su rival, el rector saliente Edgardo Boeninger, se impuso con el 51,9% de los votos, frente al 43,6% de Herrera, el 3,6% de Pascal y el 0,8% de Vitale. Sin embargo, lo más grave para la UP fue la derrota en el

Consejo Normativo Superior, donde el PDC y el Partido Nacional le arrebataron la mayoría absoluta.<sup>767</sup>

## LA CONFERENCIA DE LA UNCTAD

El 13 de abril de 1972, en el enorme complejo construido por la Corporación de Mejoramiento Urbano en tiempo récord en la Alameda, Salvador Allende inauguró la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas. Acompañado en la tribuna por Kurt Waldheim, en su discurso el Presidente asumió la condición de portavoz de los pueblos en vías de desarrollo para exigir un cambio en las prácticas de la economía internacional: «La Conferencia que hoy se inicia tiene como misión fundamental poner en marcha lo más esencial de los objetivos y compromisos de la Estrategia Internacional para el Segundo Decenio del Desarrollo.<sup>768</sup> Ellos son sustituir un orden económico-comercial caduco y profundamente injusto por uno equitativo que se funde en un nuevo concepto del hombre y de su dignidad y reformular una división internacional del trabajo intolerable para los países retrasados, porque detiene su progreso, mientras favorece únicamente a las naciones opulentas. Para nuestros países esta es una prueba suprema. No seguiremos aceptando con el nombre de cooperación internacional para el desarrollo un pobre remedo de lo que concibió la Carta de las Naciones Unidas. Los resultados de la Conferencia nos dirán si los compromisos asumidos en la Estrategia Internacional para el Segundo Decenio respondieron a una auténtica voluntad política o fueron solo un expediente dilatorio para mitigar la presión de los países del Tercer Mundo».

En su extensa intervención se refirió al peligro de que la reestructuración de los sistemas monetario y comercial internacionales se llevara a cabo de nuevo «sin la plena y efectiva participación de los países del Tercer Mundo», criticó la injusticia de una deuda externa que yugulaba las posibilidades de desarrollo de estas naciones, así como las presiones para impedirles el ejercicio del derecho a disponer libremente de los recursos naturales y abogó por su acceso a la tecnología y, en definitiva, por «una economía mundial solidaria».

«Nos es imposible cambiar de la noche a la mañana el mundo tal cual es, con toda su injusticia contra los países subdesarrollados. No nos queda más remedio que seguir bregando por reducir los efectos negativos de este estado de cosas y

sentar las bases para construir lo que llamaría una economía mundial solidaria. (...) Cabe a ustedes, señores delegados a la Asamblea de la Tercera UNCTAD, preguntarse sobre qué bases se podría organizar una nueva convivencia humana, al fin solidaria, después de una larguísima historia de opresión que hemos vivido y vivimos. Permítanme, sin embargo, señalar que, a mi juicio, una de las bases podría ser orientar el desarme en forma tal que cimente una economía solidaria en escala mundial, aunque algunos creen que esta es irrealizable».<sup>769</sup>

### CON LOS CRISTIANOS POR EL SOCIALISMO

Mientras los trabajos de la Conferencia de la UNCTAD prosiguieron hasta el mes de mayo, a fines de abril de 1972 Santiago de Chile acogió otro foro singular: una reunión continental de los grupos cristianos que habían abrazado la causa del socialismo. La Revolución Chilena fue el primer proceso de transformación anticapitalista en el que participaron importantes sectores de creyentes, desde sacerdotes y religiosas hasta laicos. Influidos por el Concilio Vaticano II, la Conferencia de los obispos latinoamericanos de 1968 en Medellín, el alumbramiento de la Teología de la Liberación, el gran impacto de las muertes del sacerdote colombiano Camilo Torres y de Ernesto *Che* Guevara y, ya en el contexto chileno, por la mística de las comunidades eclesiales de base y la aparición de movimientos como la Iglesia Joven, que se tomó la Catedral de Santiago el 11 de agosto de 1968, sectores importantes del mundo cristiano convergieron en la Unidad Popular en 1970.

En las elecciones presidenciales, varios sacerdotes asumieron un compromiso público con la candidatura de Salvador Allende. Desde Quillota, el valenciano Antonio Llidó escribió de manera irónica a su familia el 17 de septiembre de 1970: «Andábamos convenciendo a las viejas beatas para que votaran por Allende, pues de lo contrario se iban a condenar sin remedio».<sup>770</sup> También Joan Alsina, cura catalán destinado en el puerto de San Antonio, relató entonces en una extensa misiva: «Estamos contentos porque hemos ganado, pero ganar no es bastante. Ahora es preciso que se vaya haciendo más justicia y que la gente deje de pasar hambre. Será difícil, pero la gente está contenta. Entre los trabajadores se tiene esperanza. Esta mañana he ido a trabajar y la gente estaba contenta y se felicitaba. Dios quiera que todo salga bien».<sup>771</sup>

A mediados de abril de 1971 un amplio grupo de sacerdotes se reunió en

Santiago en unas importantes jornadas acerca de la participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile. Su resolución final, conocida como la Declaración de Los Ochenta, empezó a estructurar a un colectivo que a fines de aquel año adoptó la histórica denominación de Cristianos por el Socialismo, que pronto adquirió una dimensión latinoamericana y mundial.<sup>772</sup>

Entre el 23 y el 30 de abril de 1972, el sindicato de la industria Hirmas (integrada en el Área Social) acogió el Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo, en el que participaron más de 400 delegados, así como algunos observadores procedentes de Norteamérica y Europa. En su mensaje al Encuentro, fechado el 28 de abril, Allende aseguró que su celebración probaba el carácter democrático y pluralista del proceso revolucionario y el respeto de su Gobierno y de la UP a todas las creencias: «La fuerza política que hoy gobierna Chile, y que tengo el honor de representar, es la culminación de una alianza permanente, férrea e inquebrantable entre cristianos y no cristianos, entre hombres de distinto signo ideológico, que han entendido con precisión que el verdadero conflicto de nuestro tiempo, y por tanto la gran línea divisoria, no se da en el plano religioso o en el de las ideas filosóficas, sino entre el imperialismo y los países dependientes, y en el interior de estos, entre la gran burguesía explotadora y la inmensa masa de los explotados. Vuestra presencia aquí, señores delegados, fruto de la decisión revolucionaria de cristianos de América Latina y de todas las partes del Tercer Mundo, desde México hasta la República Democrática de Vietnam, viene a confirmar, una vez más, el carácter democrático y pluralista de nuestro proceso revolucionario, el respeto y la consideración de este Gobierno y de su pueblo por todas las creencias, y al efecto de nuestras relaciones con todas las iglesias y en especial con la Iglesia católica y su jerarquía. Vuestra presencia es también prueba del apoyo creciente que este proceso revolucionario chileno logra de todas las tendencias del pueblo y de todos los pueblos».<sup>773</sup>

714. *Arriba*. Madrid, 21 de abril de 1971.
715. Corvalán Marquez, pp. 74-76.
716. Donoso Pacheco, Jorge (comp.): *Tomic. Testimonios*. Emisión. Santiago de Chile, 1988, pp. 391-395.
717. Labarca (2008), pp. 185-189.
718. Kalfon, Pierre: *Allende. Chile: 1970-1973*. Foca. Madrid, 1999, p. 42.
719. *La Opinión*, 9 de junio de 1971, p. 2. Su crónica también destacó que aquel crimen «tuvo las mismas características que el que costó la vida del general René Schneider...».
720. Según uno de los documentos de la CIA desclasificados en 1999, el 11 de junio de 1971 Henry Kissinger informó a su Presidente: «Allende está tratando de culparnos del asesinato del ex ministro demócratacristiano Edmundo Pérez...». Entonces Nixon le preguntó: «¿No estaremos metidos nosotros en esto?». Y Kissinger respondió: «Por supuesto que la CIA no es responsable. Esto es extremadamente importante para nosotros. Chile quiere volver a tener relaciones normales con nosotros, pero esas acusaciones de que estamos involucrados en el asesinato...». John Connaly, otro asesor de seguridad exterior de Nixon, le inquirió: «¿Cómo podemos estar seguros de que no fuimos nosotros?». Y el propio Presidente de Estados Unidos añadió otra pregunta: «¿Ellos [el Gobierno de Allende] lo asesinaron?». «Seguro, estoy casi por completo seguro de ello», señaló Kissinger. *La Tercera*, 10 de octubre de 1999. Edición digital: [www.tercera.cl](http://www.tercera.cl)
721. Sanchis i Labiós, Amadeu: «Allende y la izquierda europea». *Utopías/Nuestra Bandera*, n.º 219. Madrid, 2009, pp. 71-82. Esta fue la única revista española que publicó un número monográfico dedicado al centenario de Salvador Allende.
722. *El País*, 20 de julio de 2010. Edición digital: [www.elpais.com](http://www.elpais.com)
723. Ganser, Daniel: *Los ejércitos secretos de la OTAN. La Operación Gladio y el terrorismo en Europa occidental*. El Viejo Topo. Barcelona, 2010, p. 126.
724. *El Mercurio*, 17 de junio de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 134.
725. *Ya*. Madrid, 29 de junio de 1971, p. 7.
726. Vial, Gonzalo: *Pinochet. La biografía*. Tomo I. El Mercurio-Aguilar. Santiago de Chile, 2002, p. 138.
727. *La conspiración contra Chile*, pp. 63-101.
728. Garcés, Joan E.: *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Ariel. Barcelona, 1976, pp. 205-206.
729. Corvalán Marquez, pp. 104-108.
730. *El Mundo*, 11 de septiembre de 1998, p. 4.
731. Santoni, Alessandro: *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*. RIL Editores y USACH. Santiago de Chile, 2011, p. 142.
732. Fermandois, Joaquín: *Chile y el mundo. 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1985, pp. 123-127.
733. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, pp. 29-31.
734. Fermandois, p. 144.
735. González Aguayo, Gonzalo et alii: *Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende*. UNAM. México, 1974, pp. 36-37.
736. Esta carta, procedente del Archivo Nacional de Suecia, se reproduce en el Apéndice V. Agradezco su cesión al historiador Fernando Camacho Padilla, autor de una excepcional tesis doctoral sobre las relaciones de Suecia y Chile entre 1964 y 1977 que esperamos ver pronto publicada.
737. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 179-180.
738. Martner (1992), pp. 355-381.
739. El Gobierno de la UP también nacionalizó la gran minería del salitre y del hierro. En el primer caso, adquirió las acciones de la Compañía Salitrera Alemania y de la Sociedad Química y Minera. En el segundo, negoció con la compañía estadounidense Bethlehem la compra de los minerales de El Tofo y Romeral y estatizó las compañías Santa Bárbara y Santa Fe. Vitale, p. 194.

740. El Gobierno cubano publicó un libro de más de 600 páginas que recogió su estancia en Chile y todas sus intervenciones. *Cuba-Chile. Encuentro simbólico entre dos procesos históricos*. Ediciones Políticas. Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. La Habana, 1972.
741. Farías, Tomo 3, pp. 1.364-1.385.
742. Farías, Tomo 3, pp. 1.353-1.363.
743. Power, Margaret: *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile, 2008, p. 188.
744. *Clarín*, 3 de diciembre de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 247-248.
745. *El Siglo*, 3 de diciembre de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 248-249.
746. Azócar, Pablo: *Pinochet. Epitafio para un tirano*. Popular. Madrid, 1999, pp. 96-97.
747. *La Prensa*, 16 de diciembre de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 257.
748. Pinochet de la Barra, pp. 439-446.
749. Garcés, Joan E.: «El pluralismo en el Gobierno de Salvador Allende». *Alternativa*, n.º 9. Santiago de Chile, junio-septiembre de 1998, p. 36.
750. *El Mercurio*, 22 de diciembre de 1971. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 260-261.
751. Farías, Tomo 3, pp. 1.849-1.852.
752. *La Opinión*. Buenos Aires, 18 de julio de 1972, p. 3.
753. Maira, Luis: *Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular*. CIDE. México, 1984, p. 77.
754. *Nuevo Diario*. Madrid, 18 de enero de 1972, p. 12.
755. Joxe, Alain (pres.): *Le Chili sous Allende*. Gallimard. París, 1974, pp. 110-113.
756. *El Rebelde*, enero de 1972. En: Farías, Tomo 3, pp. 1.876-1.878.
757. Farías, Tomo 3, pp. 1.885-1.896.
758. Farías, Tomo 3, pp. 1.976-1.993.
759. Entrevista a Patricia Espejo. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
761. *El Mercurio*, 20 de febrero de 1972. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 287.
762. Corvalán Marquez, p. 149. Creado a principios de 1970 por una reforma constitucional, el Presidente Allende había recurrido en dos ocasiones al Tribunal Constitucional para reclamar contra la actuación de la oposición en el Parlamento por conculcar la Carta Fundamental en la preparación de la Ley de Presupuestos para 1972 y en la nueva Ley sobre Arrendamientos. Novoa, Eduardo: «El difícil camino de la legalidad». *Revista de la Universidad Técnica del Estado*. Abril de 1972. En: Farías, Tomo 3, pp. 2.094-2.120.
763. Valenzuela, Arturo: *El quiebre de la democracia en Chile*. FLACSO. Santiago de Chile, 1989, pp. 198-201.
764. Aquellos acuerdos provisionales anulaban las facultades que permitían al Ejecutivo intervenir empresas y contemplaban la devolución de algunas empresas ya incluidas en el Área Social.
765. *Política y Espíritu*, abril de 1972, pp. 92-96.
766. Farías, Tomo 3, pp. 2.047-2.063.
767. *Chile: El diálogo o las armas*. INDAL, n.º 12. Caracas, 1975, pp. 117-133.
768. El 24 de octubre de 1970 (el mismo día que el Congreso Pleno eligió a Salvador Allende Presidente de la República) la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó esta iniciativa, por la que «los Gobiernos reafirman que se dedicarán por entero a alcanzar los objetivos fundamentales enunciados hace veinticinco años en la Carta de las Naciones Unidas de crear condiciones de estabilidad y de bienestar y de asegurar un nivel de vida mínimo compatible con la dignidad humana mediante el progreso y el desarrollo económico y social». La Asamblea General constató que, a pesar de que en 1961 se había lanzado el Primer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el nivel de vida de la mayor parte de la población del planeta continuaba siendo «lastimosamente bajo».
769. Farías, Tomo 3, pp. 2.135-2.152.
770. Amorós (2007), p. 96.

771. Pujades, Ignasi: *Vida, comiat i mort de Joan Alsina*. Proa. Barcelona, 2001, p. 193.
772. Amorós, Mario: «La Iglesia que nace del pueblo: relevancia histórica del movimiento Cristianos por el Socialismo». En: Pinto Vallejos, Julio (coord.): *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2005, pp. 107-126.
773. Farías, Tomo 3, pp. 2.222-2.223.

## La burguesía en la escuela de Lenin

A lo largo de 1972, el Presidente Salvador Allende intentó alcanzar un acuerdo con el Partido Demócrata Cristiano en torno a un aspecto tan relevante del proceso de construcción del socialismo como el Área de Propiedad Social. Después del viraje en la política económica del Gobierno, acordado en junio en Lo Curro, las conversaciones con la directiva que encabezaba el senador Renán Fuentealba estuvieron a punto de culminar con un acuerdo que hubiera podido ofrecer un cauce más llano para el desarrollo del programa de la Unidad Popular. Pero el peso del sector más conservador de la Democracia Cristiana lo impidió y desde agosto, con el inicio de la movilización de los gremios patronales, la oposición se lanzó hacia una insurrección, que cristalizó en octubre. A pesar del duro impacto económico de esta huelga y de las diferencias cada vez más profundas en la izquierda en torno a la estrategia política, «la vía chilena» siguió adelante gracias a una gigantesca movilización popular. La entrada del general Carlos Prats en el gabinete de Allende significó un aplazamiento de las hostilidades hasta la siguiente *batalla*: las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

### CRISIS EN LA UP

En su número del 22 de diciembre de 1970 *Punto Final* publicó una viñeta de *Jecho* (Eduardo de la Barra) en la que aparecían siete cajas de regalos en una postal navideña con estos letreros: «Reforma agraria total», «nacionalización del cobre», «nacionalización de los bancos»... Y en la más grande el «regalo» era la «Unidad revolucionaria». Pero aquel *regalo* fue imposible. Las cada vez más importantes diferencias estratégicas en la izquierda fueron una de las principales fallas de la Revolución Chilena. En aquellas divergencias, que se acentuaron a

partir de mayo de 1972, latían con fuerza la historia de cada organización y sus respectivas concepciones del proceso de transformaciones. El pluralismo, la confluencia de toda la heterogeneidad marxista de la época, de los cristianos de avanzada, de los socialdemócratas, de los racionalistas laicos y de numerosos independientes, fue una de las características más notables del movimiento popular chileno, pero la incapacidad para consensuar una línea política y mantener la unidad y la disciplina en torno a ella terminó por debilitar seriamente al Gobierno de Allende. Y fue en Concepción, el bastión izquierdista del sur, donde estalló la primera crisis de la Unidad Popular.

El 5 de mayo el Presidente impartió la clase inaugural del año académico en la Universidad de Concepción ante miles de estudiantes. Después de las intervenciones del rector, Edgardo Enríquez (padre del secretario general del MIR), y de Manuel Rodríguez, presidente de la Federación de Estudiantes, llamó a la unidad de todas las fuerzas que estaban por el socialismo. Y lo hizo evocando la conversación que mantuviera justo tres años atrás con Ho Chi Minh y la cruel agresión de Estados Unidos contra Vietnam, así como la gesta de la independencia nacional: «Miramos a un mundo que cruje y se derrumba frente al fracaso del más poderoso país del capitalismo, que tiene la más fuerte maquinaria bélica del mundo pero que no ha podido derrotar a ese pueblo que sabía que poseía un profundo y acendrado sentido patriótico y nacional. Por eso, muchas veces, yo también pongo pasión para criticar a algunos revolucionarios que no sienten el contenido de nuestra propia historia, que no les dan los valores reales que tienen a los hombres que en esos momentos hicieron posible una lucha para nuestra independencia, que no vibran con las gestas heroicas que nacieron de la pujanza del pueblo, a través de O'Higgins, los Carrera y Manuel Rodríguez, guerrillero del pueblo que ha hecho posible el perfil nacional que desde entonces tenemos. No son revolucionarios los que no tienen el valor moral de reconocer la acción de otros que les permiten hoy día vivir en un país donde estamos conquistando el camino al socialismo. Son seudorrevolucionarios aquellos que creen que con ellos comenzó la historia revolucionaria».<sup>774</sup>

De nuevo en el feudo más simbólico del MIR, en presencia de muchos militantes de su rama estudiantil (el Frente de Estudiantes Revolucionarios), evocó la historia trágica del movimiento popular, pero desligó a las instituciones armadas de la histórica represión que sufrió: «También, a algunos jóvenes que gritan reclamando un fusil yo les digo, con respeto, pero con claridad: hay un Gobierno popular en Chile porque hay un pueblo consciente, porque hay un

pueblo con tradición de lucha, porque hay un pueblo que vivió Ranquil, San Gregorio, La Coruña, porque vivió “José María Caro”, El Salvador o Pampa Irigoin, porque hay Fuerzas Armadas y de Carabineros que son profesionales, lo que no ocurre en muchos países del mundo, lo que no ocurre en muchos países de este continente, que solo ocurre —y hay que tener el orgullo de reconocerlo— en nuestro propio país. Fuerzas Armadas y de Carabineros profesionales que acatan la voluntad del pueblo, expresada en las urnas, y por eso como gobernante he dicho y lo sostengo que serán las únicas fuerzas armadas de nuestra patria».

Y concluyó con un llamado a la unidad: «Jóvenes de Concepción: ¡A estudiar, a prepararse, a ser buenos técnicos, a estudiar doctrina revolucionaria, a tamizar en las ideas y los principios generales para hacer con ellos una receta justa frente a nuestra propia realidad! ¡A hacer de ustedes una bullente y permanente asamblea de las ideas, al margen de la violencia! ¡Nunca rechazar al adversario por el solo *delito* de pensar distinto! ¡A hacer de la juventud un pivote de la unidad! ¡Aquí hay sectores ampliamente revolucionarios que pueden discrepar, pero que nunca pueden olvidar que el enemigo no está aquí, ustedes saben dónde está, desde fuera y desde dentro del país!».

Solo siete días después los militantes de la UP, a excepción de los comunistas y de la API, y el MIR se enfrentaron con las fuerzas de la oposición en las calles de Concepción, en unos choques que tuvieron como consecuencia trágica la muerte de un joven militante *mirista*. Los llamados del Presidente no fueron escuchados.<sup>775</sup>

El 18 de mayo el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, habló sin tapujos de crisis en la Unidad Popular y por primera vez mencionó el peligro de una guerra civil, promovida a su juicio por los grupos de extrema derecha y extrema izquierda. De manera contundente expuso la condena de su organización a todo acto que buscara un enfrentamiento armado como resolución de los conflictos de clase y una vez más llamó al pueblo y a los partidos de la coalición a cerrar filas en torno al programa común y al Presidente de la República.<sup>776</sup>

Cuatro días después Miguel Enríquez explicó en rueda de prensa que algunas fuerzas de la UP y el MIR habían decidido manifestarse en las calles de Concepción para impedir «los desmanes de las bandas fascistas del PN, la Democracia Cristiana y Patria y Libertad» y acusó al Gobierno de «reprimir salvajemente la manifestación de la izquierda» a través del intendente, militante

comunista. Asimismo, señaló que el proceso revolucionario estaba en retroceso y destacó que el objetivo de su organización era reagrupar en torno a su estrategia a todas las corrientes «revolucionarias», de dentro y fuera de la UP, para con la movilización de las masas acelerar el proceso de transformaciones y «golpear» los intereses de la clase dominante hasta lograr «la conquista del poder».<sup>777</sup>

El 24 de mayo, el Partido Comunista hizo un análisis más exhaustivo de lo sucedido en Concepción en una extensa comparecencia ante los medios de comunicación y Corvalán reconoció que en la izquierda había cristalizado una «tendencia» que consideraba agotadas las posibilidades de continuar el proceso revolucionario a partir del programa de la UP. Sin embargo, los comunistas aseveraron que si el Gobierno sufría el asedio del imperialismo y de los sectores reaccionarios nacionales era porque había realizado importantes transformaciones y herido profundamente sus intereses. Una vez más, recalcó que cualquier acción que minara la autoridad del Ejecutivo favorecía a la oposición interna y externa e insistió en que la política del MIR caía en este error. Asimismo, recordó que eran partidarios de reconocer los derechos de la oposición y señaló que la mejor respuesta a las manifestaciones de la derecha y el PDC era la movilización masiva de los partidarios de la UP, como había sucedido en abril en Santiago.<sup>778</sup>

En el transcurso de la agria polémica por los sucesos de Concepción se produjo la elección de la dirección nacional de la Central Única de Trabajadores, en la que por primera vez tuvieron derecho a voto todos sus militantes, que entonces superaban el millón, según el acuerdo adoptado por su VI Congreso en diciembre de 1971. La hegemonía comunista en el movimiento obrero quedó de nuevo probada al lograr 173.068 votos y la victoria en todas las provincias, con una excepción muy significativa, la de Santiago, donde venció el Partido Demócrata Cristiano, con 68.127 votos, casi la mitad de los que obtuvo en todo el país (147.531). Indiscutiblemente, el PDC tenía una base no solo popular, sino también entre el proletariado organizado. Por delante del PDC quedó también el Partido Socialista, con 148.140 votos, y detrás, muy lejos, se situaron las listas del MAPU (25.984 votos) y el Partido Radical (21.910 votos). Destaca el ínfimo arraigo de las organizaciones que desde la izquierda propugnaban una alternativa a la UP, pues el Frente de Trabajadores Revolucionarios (vinculado al MIR) apenas obtuvo 10.181 votos y el Partido Comunista Revolucionario, 3.216.<sup>779</sup>

## LA APUESTA POR EL DIÁLOGO

El 21 de mayo, en su segundo Mensaje al Congreso Pleno, Allende reafirmó la confianza en la vía político-institucional a pesar de la progresiva agudización del conflicto y de la evidente renuencia a alcanzar acuerdos esenciales con la UP de un PDC cada vez más identificado con la estrategia de la derecha: «Mi Gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional. Las entidades de la administración del Estado actúan hoy, no al servicio de la clase dominante, sino al de los trabajadores y de la continuidad del proceso revolucionario; por consiguiente, no se puede pretender destruir lo que ahora es un instrumento para actuar, cambiar y crear en beneficio de Chile y sus masas laborales. El poder de la gran burguesía no se basa en el régimen institucional, sino en sus recursos económicos y en la compleja trama de relaciones sociales ligadas al sistema de propiedad capitalista».

Puso de manifiesto que la Unidad Popular aspiraba a transformar el contenido de clase del Estado y de la Constitución de 1925 conforme a los cauces legales previstos. Una tarea que, si era difícil en noviembre de 1970, parecía mucho más complicada entonces. No se equivocó en su pronóstico: «La gran cuestión que tiene planteada el proceso revolucionario, y que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalización actual puede abrir paso a la de transición al socialismo. La respuesta depende del grado en que aquella se mantenga abierta al cambio y de las fuerzas sociales que le den su contenido. Solo si el aparato del Estado es franqueable por las fuerzas sociales populares, la institucionalidad tendrá suficiente flexibilidad para tolerar e impulsar las transformaciones estructurales sin desintegrarse». En este sentido, destacó que entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970 la institucionalidad resistió «la presión extranjera y el ánimo destructor de un sector de la burguesía» porque la sostuvo «el pueblo agrupado tras las candidaturas presidenciales de la Democracia Cristiana y la Unidad Popular» y las Fuerzas Armadas neutralizaron las presiones para interrumpir el proceso constitucional que culminó con su investidura.

Asimismo, en la tradición del más importante discurso de rendición de cuentas al país sobre la gestión del Ejecutivo, el Presidente destacó la configuración del Área Social, «embrión de la futura economía socialista», y la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas nacionalizadas,

así como los importantes avances en materias como educación, sanidad, cultura, vivienda, Seguridad Social... En la parte final de su discurso, tras ensalzar «el vigor de la democracia política» chilena, convocó a la inmensa mayoría de la ciudadanía a enfrentar un conjunto novedoso de desafíos para el país: una apertura al mar más fecunda, el desarrollo de la investigación científica en la Isla de Pascua, la integración real en el país de los territorios de Aysén y la Antártica, la reforestación de algunas zonas montañosas («para recuperar el equilibrio ecológico perdido», un concepto inusual en la época) o la descentralización de la administración. «El esfuerzo que supone la conquista inminente de este futuro exige el concurso de todos los hombres y mujeres del país, de sus obreros manuales, de su intelectualidad, de sus organizaciones civiles y de sus Fuerzas Armadas y Carabineros. Se ha abierto para Chile una etapa superior de su historia. Más allá de las conmociones del diario acontecer, se vislumbra nuestra nueva sociedad. Yo tengo absoluta confianza en la capacidad del pueblo para construirla. A pesar de todos los obstáculos, pueblo y Gobierno, unidos, venceremos».<sup>780</sup>

Después de los sucesos de Concepción, de la agria polémica entre el Partido Comunista y el MIR y cumplido el importante trámite del 21 de mayo, Allende convocó a la Unidad Popular a un segundo debate autocrítico que se conoció como el Cónclave de Lo Curro (por el lugar próximo a Santiago donde se celebraron las reuniones), que, a diferencia de la reunión de El Arrayán, sí tuvo consecuencias relevantes. Propició un importante viraje en la política económica del Gobierno, ante el deterioro de algunos índices (la inflación interanual subió un 45,9%),<sup>781</sup> o la caída de la producción en algunos sectores; contribuyó a la apertura de nuevas negociaciones con el PDC para alcanzar un acuerdo sobre el Área Social y forzó una reestructuración ministerial.<sup>782</sup>

En Lo Curro las dos líneas políticas de la izquierda quedaron expuestas de manera cristalina por los dirigentes socialistas y comunistas y finalmente prevalecieron las propuestas defendidas por Allende, el PC, el Partido Radical y la API, que buscaban consolidar lo alcanzado en el Área Social y avanzar en la estatización tan solo de las 91 empresas previstas entonces por el Ejecutivo. El esfuerzo debía concentrarse, pues, en corregir los errores de dirección detectados en las firmas socializadas y en lograr un acuerdo con el PDC. «La batalla de la producción», las alzas de los precios (con prioridad para los productos y servicios elaborados por el Área Social para reducir su déficit), así como el control de las remuneraciones, la mayor disciplina laboral y el impulso de la

participación de los trabajadores fueron otras medidas acordadas. A consecuencia del giro en la política económica, que se concretaría a partir de agosto, el 19 de junio Allende modificó su *gabinete* y Pedro Vuskovic, quien traspasó el Ministerio de Economía al socialista Carlos Matus, cedió el timón económico al comunista Orlando Millas,<sup>783</sup> sustituto en la cartera de Hacienda de su compañero Américo Zorrilla. Además, por primera vez se integró una mujer, la comunista Mireya Baltra, al frente de Trabajo.

En una entrevista concedida a la revista juvenil *Ramona* Allende analizó las conclusiones de Lo Curro: «La Unidad Popular y el Gobierno han determinado claramente el rumbo que se debe dar a la economía del país, han resuelto encarar con fuerza la batalla por el aumento de la producción, particularmente en lo que se refiere a las empresas del Área Social; se ha entrado en una positiva discusión política para determinar clara y taxativamente las áreas de la economía... De la reunión se desprende, por otra parte, que el *Programa Básico* de la Unidad Popular es nuestra fundamental guía para la acción revolucionaria del Gobierno y que haremos todo lo que sea necesario en la continuación de su cumplimiento, puesto que se nos eligió en estas responsabilidades para cumplir nuestra palabra. Y estoy seguro de que para ello contamos con la inmensa mayoría del pueblo, que es el beneficiario de toda nuestra acción gubernativa y nuestro definitivo juez».<sup>784</sup>

A principios de junio, la Unidad Popular abrió otro proceso de negociaciones con el Partido Demócrata Cristiano con la intención de solucionar el conflicto de los vetos presidenciales a la reforma constitucional sobre el Área Social. Después de varios días de negociaciones, los comisionados de ambas partes llegaron a definir un nuevo proyecto de ley, consensuado en torno a siete puntos: se nacionalizarían total o parcialmente 80 industrias estratégicas, pero desde entonces se requeriría la aprobación de una ley específica para la estatización de una nueva empresa; se establecerían restricciones a la facultad del Gobierno para intervenir una empresa privada; se especificaban las normas que regularían la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas mixtas, en particular en los bancos y varios de ellos pertenecerían a una mayoría de sus asalariados; se crearían empresas autogestionadas; se formaría un cuerpo judicial para solucionar los reclamos por el posible trato discriminatorio a las empresas privadas; y se asignaría una cantidad considerable de fondos públicos para publicidad en medios de comunicación privados. En otros asuntos objeto de discusión, como la controversia sobre la estatización de la Compañía Papelera,

hubo desacuerdo.

Como ha remarcado Valenzuela, en aquel extenso y complejo principio de *acuerdo* era la UP la que más cedía, ya que permitía la existencia de empresas autogestionadas (como preconizaba el PDC) y se reducía su capacidad de intervenir empresas.<sup>785</sup> Aquella fue la oportunidad en que el diálogo entre el Gobierno y la Democracia Cristiana llegó más lejos, estuvo a punto de cristalizar en un entendimiento político en torno a uno de los asuntos más controvertidos. Sin embargo, la fracción conservadora del PDC torpedeó el pacto con la excusa de diferencias en asuntos que consideraban de capital importancia (la Papelera y la insistencia en formar empresas de trabajadores en cuatro bancos) y las conversaciones terminaron sin resultados.

El 29 de junio el ministro Jorge Tapia, el senador Rafael Agustín Gumucio y Sergio Insunza (subsecretario general de Gobierno) enviaron una carta a Renán Fuentealba para pedirle una prórroga en las negociaciones, ya que estas habían avanzado bastante y creían que un acuerdo de este tipo «interpretaría el ánimo de la mayoría del país».<sup>786</sup> Pero el PDC respondió que el diálogo debía proseguir en el Congreso Nacional, donde los demócratacristianos ignoraron los acuerdos alcanzados y votaron junto con la derecha para rechazar los vetos presidenciales a su reforma constitucional. La oposición afirmó que el Gobierno debía promulgarla, pero este se opuso y señaló que correspondía al Tribunal Constitucional resolver el conflicto, organismo ante el que recurrió el 10 de mayo de 1973.<sup>787</sup>

En una entrevista publicada por el diario argentino *Clarín* el 6 de agosto, Allende responsabilizó al ala derechista del PDC del fracaso de las negociaciones para alcanzar un acuerdo sobre la estructura económica nacional y destacó las concesiones de la UP y que el frustrado acuerdo habría significado para la izquierda «consolidar con rapidez un proceso por el cual venimos luchando desde el comienzo del Gobierno». «Pero el sector de los banqueros, de los monopolios, de las empresas imperialistas, veía en esta solución una derrota definitiva y los sectores políticos de la derecha, también. Por lo tanto, descargaron una campaña tenaz que fue horadando la decisión de la DC hasta que llegamos a un *impasse*».<sup>788</sup>

Poco a poco las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 fueron situándose en el horizonte, sobre todo porque la oposición confiaba en romper entonces el «empate» institucional con la obtención de la mayoría cualificada de dos tercios en el Senado que le permitiría destituir al Presidente de la República con una acusación constitucional. Fue en julio de 1972 cuando se dibujó de manera definitiva el escenario bipolar de esta contienda porque, con la intención de rentabilizar al máximo la votación a sus candidatos, las fuerzas políticas que apoyaban al Gobierno se constituyeron en el Partido Federado de la Unidad Popular. A principios de aquel mes, Allende explicó esta decisión por la alianza de más de tres lustros de los partidos Comunista, Socialista y Socialdemócrata, reforzada en 1969 por el MAPU, el Partido Radical y la API, y desde 1971 por la Izquierda Cristiana: «Desde el punto de vista electoral ¿cómo no va a ser más conveniente hablar del Partido Federado? No es una táctica oportunista para presentarse a una elección, sino la consecuencia de un desarrollo político. (...) Desde el punto de vista de la clarificación política, es un hecho importante. Desde el punto de vista del cálculo electoral, yo insisto: es muy respetable la posición de los partidos, pero hay algo que está por encima de ellos, la responsabilidad histórica que tenemos, el proceso revolucionario y la responsabilidad contraída ante el pueblo chileno».<sup>789</sup>

Por su parte, el 8 de julio la oposición fundó la Confederación Democrática (CODE), que agrupaba al Partido Demócrata Cristiano, el Partido Nacional, el Partido de Izquierda Radical y Democracia Radical. La primera confrontación en la que ambos bloques midieron sus fuerzas fue una elección complementaria celebrada el 17 de julio para elegir un diputado por Coquimbo, en la que compitieron Amanda Altamirano y Orlando Poblete (PIR) y venció la militante comunista, con el 53,6% de los votos. Este triunfo, unido a la elección de los comunistas Alejandro Rojas y Osiel Núñez como presidentes de las emblemáticas federaciones de estudiantes de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado, puso fin a un año de reveses electorales de la coalición gubernamental.

Pero muy pronto la izquierda se vio sacudida por otra tormenta generada por sus diferencias estratégicas. El 22 de julio apareció en la prensa de Concepción una convocatoria a participar en una «Asamblea del Pueblo» para discutir y denunciar el carácter «contrarrevolucionario» del Parlamento y rendir un «combativo homenaje» a la Revolución Cubana. La iniciativa partía del subsecretario general de la CUT provincial y de los presidentes del Consejo

Provincial Campesino, del Comando Provincial de Pobladores, de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción y de la Federación Provincial de Estudiantes Secundarios. Uno a uno, los comités regionales de todos los partidos de la UP se pronunciaron sobre tal llamamiento y, mientras el MAPU, la Izquierda Cristiana, el Partido Socialista e incluso el Partido Radical le dieron su apoyo —al igual que el MIR—, el Partido Comunista la rechazó y aseguró que se trataba de una maniobra «de la reacción y el imperialismo» a través de la manipulación del MIR.<sup>790</sup>

La tarde del 27 de julio se constituyó en el Teatro Concepción la «Asamblea del Pueblo», en la que participaron unas cinco mil personas y 139 organizaciones de trabajadores, pobladores, campesinos y estudiantes.<sup>791</sup> Las 36 personas que intervinieron perfilaron dos posiciones sobre el significado de aquella reunión. Por una parte, el MIR defendió que levantara un programa «revolucionario» para avanzar hacia un paro nacional de denuncia de las maniobras de «la mayoría reaccionaria del Parlamento» y, con la referencia mítica de los sóviets rusos, organizar asambleas y consejos de trabajadores en cada localidad para ir forjando una institucionalidad paralela a la «democracia burguesa», promover un «poder popular alternativo» para avanzar hacia la disolución del Congreso Nacional y su reemplazo por una Asamblea Popular. En cambio, para los militantes de la UP lo fundamental era apoyar el programa del Gobierno y en particular aquellos aspectos entonces más candentes, como el Área Social o la participación de los trabajadores, aunque el secretario regional del Partido Socialista sí habló de la necesidad de formar órganos de poder de los trabajadores ya que no podían defenderse del «Estado burgués».<sup>792</sup>

El Presidente Allende reaccionó con inusitada dureza ante aquella iniciativa. El 31 de julio envió una carta a los partidos de la UP en la que aseguró de manera contundente que por segunda vez en tres meses en aquella provincia se había producido un fenómeno que dañaba gravemente la cohesión de la Unidad Popular. «No vacilo en calificarlo como un proceso deformado que sirve a los enemigos de la causa revolucionaria». Asimismo, señaló que esta iniciativa neutralizaba los recientes éxitos electorales en Coquimbo y las federaciones estudiantiles y expresó su convicción de que la institucionalidad debía ser transformada en profundidad para adecuarla a la nueva sociedad que avanzaba hacia el socialismo, pero, advirtió, «será cambiada de acuerdo con la voluntad de la mayoría del pueblo, a través de los mecanismos democráticos de expresión pertinentes».

En consecuencia, planteó como gran objetivo la conquista de la mayoría parlamentaria en las elecciones de marzo de 1973 y llamó a una movilización social y política para elevar la conciencia de los trabajadores y las clases populares en torno a los desafíos reales que enfrentaban. Allende explicó que con los diputados y los senadores suficientes podrían aprobar la nueva Constitución, una nueva Ley de Reforma Agraria, la reforma educativa, el nuevo Código del Trabajo o la descentralización administrativa y el nuevo régimen de la administración local. «Tenemos grandes metas por cumplir. (...) Cuando tan magna empresa absorbe toda la capacidad de acción de los trabajadores y de los movimientos populares, los partidos de la Unidad Popular deben rechazar con resolución y energía los sucesivos ensayos divisionistas que intentan desviar la atención hacia hechos secundarios o quiméricos que, aunque incapaces de aportar nada positivo, consumen inútilmente esfuerzos y preocupación. Por eso, es igualmente imperiosa la vigilancia permanente sobre la militancia disciplinada y organizada de cada partido, para descubrir y denunciar —pública y oportunamente— a quienes de modo deliberado buscan alterar nuestra línea política programática».<sup>793</sup> Tan solo el Partido Comunista expresó públicamente su adhesión a la reacción del Presidente, mientras que el Partido Socialista y la Izquierda Cristiana no quisieron rechazar la «Asamblea del Pueblo» y esta última, además, hizo hincapié en la necesidad de lograr una «férrea» unidad de todas las fuerzas revolucionarias, en alusión a la construcción de una alianza estable con el MIR.

En la entrevista publicada en *Clarín* el 6 de agosto, Allende abundó en el episodio de la Asamblea de Concepción, que, en definitiva, no tuvo más trascendencia que volver a explicitar las diferencias en torno a la estrategia revolucionaria, en este caso concreto, entre el Presidente de la República y una parte de las fuerzas que sustentaban su Gobierno, incluido su propio partido. «Creo que se trata de una actitud demagógica, irreal, sin contenido y que solo sirve para que el adversario la explote críticamente en contra nuestra. Hacer creer que con ello se iría a la disolución del Congreso o despertar la expectativa de que una asamblea de este tipo puede tener alguna influencia positiva en la marcha del país es algo que carece de base alguna. (...) Hice también notar que no resulta arbitrario calificar a la llamada Asamblea Popular como un fenómeno artificial. En efecto: si fuese un proceso social auténtico estaríamos frente a un factor capaz de impulsar la lucha del pueblo. Tal calidad sería apreciada por los revolucionarios, así como por los enemigos, que descubrirían en ella un

elemento peligroso para sus intereses. Sin embargo, son los adversarios los que se han encargado de publicitar su existencia porque saben que es útil alentar todo proceso que distraiga al pueblo de sus verdaderas tareas y lo aparte de la estrategia trazada a través de su programa».

También consideró «absurdo» que cuando por fin habían conquistado el Gobierno algunos sectores de la izquierda promovieran una iniciativa semejante: «Una asamblea popular auténticamente revolucionaria concentra en sí la plenitud de la representación popular. Y asume, por consiguiente, todos los poderes, no solo el deliberante sino también el de gobernar. En otras experiencias históricas ha surgido como un doble poder contra un Gobierno institucional reaccionario, sin base social y sumido en la impotencia. Pues bien, pensar en algo semejante, en Chile y en esta hora, es absurdo. Aquí hay un solo Gobierno, el que presido. Este no solo es legítimamente constituido, sino que por su definición y por su contenido de clase es un Gobierno al servicio de los intereses generales de los trabajadores. Y con la más profunda conciencia revolucionaria no he de tolerar que nada ni nadie atente contra la plenitud del legítimo Gobierno de Chile».<sup>794</sup>

Por si esta polémica fuera insuficiente, un nuevo conflicto estalló cuando la madrugada del 5 de agosto efectivos de Carabineros y de la Policía de Investigaciones (la única institución armada del Estado dirigida por militantes de la UP) intentaron detener en Santiago a un miembro del MIR acusado de delitos comunes con la orden judicial pertinente. El resultado fue un violento enfrentamiento en el sector Lo Hermida de Peñalolén que terminó con un poblador muerto, once heridos y 160 detenidos. De inmediato, Allende destituyó al director de Investigaciones, su amigo y compañero socialista Eduardo Paredes (quien tres años antes le había acompañado en el largo viaje que les llevó a conocer a Ho Chi Minh), y al subdirector, el comunista Carlos Toro, y decidió visitar Lo Hermida. Con valor, rodeado por los modestos habitantes de la *población*, silbado por algunos sectores dirigidos por Osvaldo Romo (desde 1974 uno de los más crueles torturadores de la DINA), habló de las diferencias entre los gobiernos anteriores, que no dudaron en ordenar una violenta represión contra el movimiento popular, y el que él presidía, en el que este suceso trágico era un hecho aislado y no partía de la cúpula gubernamental. Y se remontó a justo cuatro décadas atrás...: «Yo soy compañero de ustedes. Por último, soy un hombre que tiene sentimientos. Tengo mujer, tengo hijas, tengo nietos, camaradas. Yo también hablé en los funerales de mi padre, me dieron media hora

para salir porque estaba preso, compañeros. Eso merece respeto». Y les prometió que, además de la investigación judicial, nombraría una comisión para indagar en lo sucedido en la que tendrían representación.<sup>795</sup>

El Comité Nacional de la Unidad Popular expresó su apoyo al Gobierno ante los ataques del MIR y de la oposición y aseguró que el Ejecutivo jamás emplearía la represión, para acusar finalmente a la «ultraizquierda» de favorecer la estrategia de la derecha con sus «provocaciones».<sup>796</sup>

## LA IRRUPCIÓN DEL GREMIALISMO

A principios de agosto, mientras la izquierda discutía sobre la «Asamblea del Pueblo» de Concepción y Lo Hermida, los presidentes de los partidos opositores dieron una vuelta de tuerca más a su discurso y suscribieron una declaración conjunta que llamó a la ciudadanía a enfrentar la acción del Gobierno porque estaba conculcando la Constitución y la legalidad en su propósito de instaurar «un régimen dictatorial». En Chile, proclamaron, ya no existía una «verdadera democracia».<sup>797</sup>

El 21 de agosto la Confederación del Comercio Detallista y la Pequeña Industria y la Cámara Central de Comercio realizaron un paro nacional en protesta por el mercado negro y la actuación de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP) en la distribución y denuncia del acaparamiento de productos, que fue apoyado por la Confederación del Comercio y la Producción, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Cámara Chilena de la Construcción, la Sociedad de Fomento Fabril y la Confederación Nacional Única de la Pequeña Industria y Artesanado de Chile. Aquel paro patronal lanzó a la escena pública un poderoso movimiento social, el gremialismo, gestado en la Universidad Católica para oponerse al movimiento de la Reforma Universitaria y cuyo principal ideólogo era el profesor de Derecho Jaime Guzmán, un integrista católico admirador de la dictadura franquista.<sup>798</sup> El gremialismo, caracterizado por un rancio conservadurismo moral, un anticomunismo visceral y la defensa irrestricta del capitalismo, fue decisivo para imprimir un carácter definitivamente insurreccional a las acciones de masas de la oposición y conducir hacia las filas de la contrarrevolución a gran parte de las clases medias.

El 2 de septiembre los partidos Comunista y Socialista denunciaron en un comunicado conjunto la actuación sediciosa de la oposición, recalcaron la

importancia de la unidad del movimiento popular y llamaron a participar en la manifestación por el segundo aniversario del triunfo. Aquel 4 de septiembre cerca de 800.000 personas desfilaron en Santiago y más de dos millones en todo el país en apoyo del Gobierno en una jornada de huelga general contra el fascismo convocada por la CUT. Allende elogió la conciencia del pueblo, que se había movilizado de manera masiva en defensa de su opción por la construcción del socialismo a pesar de las crecientes dificultades económicas y políticas. «Esta es la fuerza del pueblo, la conciencia en que él es el factor de la historia, y este es su Gobierno», declaró el 10 de septiembre en el programa *La Gran Encuesta* de Radio Portales.

En aquella entrevista señaló también que las elecciones parlamentarias del 4 de marzo serían cruciales, ofreciendo una prueba más de sus hondas convicciones democráticas: «Ustedes comprenden que si en marzo el electorado, la voluntad de las urnas, es drásticamente contraria al Gobierno, bueno, tendré que darme cuenta de qué graves errores hemos cometido cuando la gente no vota por nosotros. Entonces, tendré que preguntarme seriamente: bueno ¿qué pasa en este país? O por último voy a decir: el equivocado soy yo». Pero, con su natural optimismo, también contemplaba otra posibilidad...: «A la inversa: si la gente vota por nosotros en un porcentaje alto, por último, si se produce lo que es muy posible, que haya casi un equiparamiento de fuerzas, habrá que entender que la gran mayoría quiere cambios, porque si nosotros pensamos lo que ha dicho Tomic en su campaña, en lo que dice la Democracia Cristiana y pensamos que hay trabajadores, obreros, empleados, campesinos demócratacristianos (...), bueno, quiere decir que no el 50%, sino el 70% de los chilenos está por los cambios. Bueno, busquemos la manera de realizarlos que no implique violentar la conducta, la apreciación de la gente; por ejemplo, ahí está el Congreso. Sostuve mi pensamiento: sí era posible abrir el camino del socialismo en pluralismo, en democracia y libertad, siempre que el régimen institucional en Chile fuera flexible».

En su búsqueda casi permanente de un entendimiento con el PDC, en aquellos días de septiembre de 1972 Allende invitó a su presidente, el senador Renán Fuentealba, a la residencia de Tomás Moro, según explicó en Radio Portales: «Ese llamado mío es honesto y esa apertura mía es clara. Buscar una solución política (...) que permita indiscutiblemente consolidar lo alcanzado y caminar hacia lo que quiere la mayoría del país. La DC lo ha dicho en su programa. Lo dice en sus declaraciones; lo dicen en sus discursos gentes de la

DC que les merecen respeto a muchos chilenos y fundamentalmente a mí, porque los conozco hace años. (...) Pero quiero hablar sobre una posibilidad cierta: llegar a acuerdos y mantenerlos, no estar un mes y medio discutiendo para en cinco minutos deshacer lo que ha costado tanto creer que se podría lograr».<sup>799</sup>

En las filas demócratacristianas aún se alzaban voces como la de Bernardo Leighton, quien a pesar de la alianza con una derecha que había emprendido el camino de la sedición, declaró que su partido defendía el régimen constitucional. «De manera que todo lo que tienda a derrocar al Gobierno del Presidente Allende contará con nuestra oposición absoluta (...). Nadie debe tener expectativas de contar con nosotros para nada que signifique un acto de subversión».<sup>800</sup> Históricos dirigentes como Radomiro Tomic o él estaban entonces más próximos a Salvador Allende y el programa de la UP que al sector conservador de su propio partido... que en aquellos días proclamó por boca de Patricio Aylwin en el Senado: «Chile está siendo destruido física y moralmente por la acción nefasta de la incapacidad, el sectarismo y el odio».<sup>801</sup>

## UNA NUEVA CONSTITUCIÓN

El 5 de septiembre, después de haber entregado a cada partido de la UP una copia de la versión definitiva del proyecto de Bases para la Reforma de la Constitución Política del Estado, como primer paso para iniciar el amplio debate social del documento que debía culminar con su presentación en el Congreso Nacional y la votación posterior en referéndum, Allende pronunció un discurso ante los dirigentes de la coalición gubernamental: «El Chile de hoy no es el Chile de comienzos de siglo. El Chile de hoy, 5 de septiembre de 1972, no es el Chile del 4 de noviembre o del 3 de noviembre de 1970. Chile dictó la Constitución *pelucona* el año 1833 y la Constitución liberal el año 1925. Va a cumplir 50 años el año 1975. Tenemos que dictar una nueva Constitución, una Constitución para esta nueva etapa que estamos viviendo, para este proceso revolucionario. No podemos dictar una Constitución burguesa, ni una Constitución socialista».<sup>802</sup>

Aunque no pasó del terreno de las intenciones, absorbido por la escalada de la oposición, el Gobierno de la Unidad Popular fue el primero que defendió la apertura de un proceso constituyente para que por primera vez en la historia del país fueran todos sus ciudadanos quienes definieran democráticamente los

principios esenciales de su ordenamiento social, político y económico: «Tenemos que dictar una Constitución que abra el camino hacia el socialismo, que consagre derechos y que haga que los trabajadores gobiernen este país. Debemos entregar, entonces, las ideas fundamentales para que sean discutidas, analizadas y conversadas en el sindicato, en las faenas, en las industrias, en las escuelas, en los hospitales, en el taller y en el hogar. (...) Que el pueblo por primera vez entienda que no es desde arriba, sino que debe nacer de las raíces mismas de su propia convicción la Carta Fundamental que le dará su existencia como pueblo digno, independiente y soberano».<sup>803</sup>

El proyecto entregado por Allende ampliaba las libertades y los derechos, incorporando a la Carta Fundamental la Declaración Universal de los Derechos Humanos; garantizaba el pluralismo social, político y cultural; aseguraba a los pueblos indígenas el derecho a desarrollar su identidad; otorgaba el rango más alto a las conquistas del movimiento obrero; reservaba para el Estado todas las riquezas básicas del suelo y del subsuelo, así como del fondo marino dentro de sus aguas territoriales; proponía por primera vez la descentralización administrativa y concedía al Presidente de la República la posibilidad de disolver el Congreso una sola vez durante su mandato para convocar nuevas elecciones.

Aquella propuesta convocaba a los chilenos a repensar su modelo de sociedad, tal y como planteó en aquel discurso: «No se trata de entregarles fórmulas prefabricadas. Se trata de que ustedes mismos analicen, piensen y sientan la necesidad de darse la Carta Fundamental. Esa será la gran bandera que levantaremos no solo con un contenido electoral, sino como un proceso social para que esta Revolución que se expresa en el pueblo, en las calles, en la oficina, en la escuela y en el trabajo, esta Revolución que es mayoritaria, por la voluntad consciente de la inmensa mayoría de los chilenos, alcance los niveles institucionales que la hagan permanente e irreversible».

En su tercer Mensaje al Congreso Pleno, el 21 de mayo de 1973, anunció que el Gobierno ya tenía listo un anteproyecto de Carta Fundamental que pronto sería sometido a una amplísima discusión nacional en todos los niveles para recoger las críticas y sugerencias antes de su envío como proyecto de ley al Congreso Nacional. El golpe de Estado lo impidió.

En octubre de 1972 la oposición política y los gremios patronales lograron movilizar a las clases medias y a todo el espectro antisocialista en un gigantesco paro que intentó bloquear el funcionamiento normal del país para forzar la renuncia o el derrocamiento de Allende. Sin embargo, esta insurrección se estrelló ante la respuesta de la clase obrera, más unida que nunca junto a su Gobierno, que mantuvo en pie Chile y su proceso de transformaciones revolucionarias. Octubre puso a prueba la conciencia de los trabajadores, que neutralizaron la ofensiva de la burguesía con la construcción de nuevas formas de organización desde abajo, con la aparición del «poder popular», que siempre será recordado gracias en buena medida a la tercera parte de *La Batalla de Chile*, el extraordinario documental dirigido por Patricio Guzmán.

A principios de aquel mes, los principales gremios plantearon que convocarían un paro nacional si el Ejecutivo no resolvía la situación económica de la Compañía Papelera, perjudicada desde su punto de vista por una política oficial de precios discriminatoria. Mientras tanto, los propietarios de camiones (agrupados en la Confederación Nacional del Transporte Terrestre) anunciaron una huelga indefinida a partir del lunes 9 de octubre si el Gobierno mantenía su intención de crear en la provincia de Aysén una empresa estatal de transporte o si rechazaba demandas referidas a los precios de carga o a las dificultades para lograr repuestos para sus vehículos debido al bloqueo estadounidense.<sup>804</sup>

Por su parte, los partidos opositores lanzaron diatribas como la que el 6 de octubre formularon los senadores Francisco Bulnes (Partido Nacional), Patricio Aylwin, Américo Acuña (PIR) y Julio Durán (Democracia Radical), quienes acusaron al Ejecutivo de haberse situado al margen de la legalidad. Dos días después Jorge Fontaine, presidente de la Confederación del Comercio y la Producción, formuló una convocatoria de indisimulado contenido subversivo a «los hombres libres» para que se unieran en un gran movimiento nacional contra la Unidad Popular, que a su juicio estaba arruinando el país y sometiéndolo a una potencia extranjera que no nombró.<sup>805</sup>

El 9 de octubre empezó el paro de los propietarios de camiones y muy pronto sembraron el caos al bloquear las carreteras y paralizar el transporte de mercancías en todo el país. Al igual que el 21 de agosto, el Gobierno reaccionó con firmeza, decretó el estado de emergencia en las diez provincias más afectadas y ordenó el requisamiento de camiones y la detención de algunos dirigentes gremiales. Al día siguiente, la oposición organizó un acto de masas en la Alameda santiaguina, en el que intervinieron el senador Alberto Baltra (PIR) y

el demócratacristiano Eduardo Cerda, presidente de la Cámara de Diputados, quien denunció la crisis económica y los supuestos intentos de la UP por destruir la libertad de prensa ocultos en su afán de estatizar la Compañía Papelera. Pero si el PDC y el PIR miraban hacia la encrucijada electoral de marzo, el Partido Nacional alertaba de que había llegado la hora del derrocamiento de Allende y para sus dirigentes el paro gremial debía ser la antesala de la anhelada intervención militar, que se produciría, pensaban, ante el caos económico y la paralización del país.

Entre el 13 y el 16 de octubre, el conflicto se generalizó al sumarse a la huelga los colegios profesionales y las organizaciones estudiantiles controladas por la oposición, como la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, dirigida por los gremialistas. La coordinación del movimiento gremial estuvo a cargo de la Confederación de la Producción y del Comercio y del Frente Nacional de la Actividad Privada.<sup>806</sup>

Las principales protagonistas del paro de octubre fueron las capas medias, exaltadas ante los efectos de la crisis económica y de la persistente campaña del terror sobre la implantación de una dictadura marxista y por su rechazo a las principales medidas de la Unidad Popular.<sup>807</sup> Asimismo, la intensa movilización desde 1970 de la clase obrera, principal apoyo social del Ejecutivo, amenazó el protagonismo que las clases medias habían conquistado en el último medio siglo a través de los partidos que representaban sus intereses, primero el Radical y después el Demócrata Cristiano. El universo cultural de la mesocracia, asentado sobre la «necesaria» distancia que debía diferenciarla del proletariado como clase marginal, parecía derrumbarse. La crisis económica que se apreciaba desde finales de 1971 y el clima de violencia, alimentado por la derecha y grupos fascistas como Patria y Libertad, otorgaban verosimilitud a estas percepciones y generaron una radicalización ideológica y política.<sup>808</sup>

En aquellos días de mediados de octubre de 1972 falleció Victoria Montalva, la madre de Eduardo Frei. Salvador Allende y Hortensia Bussi tuvieron el detalle de enviar una corona de flores al funeral y el Presidente pidió a uno de sus edecanes que se dirigiera a la casa de su antecesor, en la calle Hindenburg 683 de Providencia, para transmitirle sus condolencias. El 19 de octubre Frei remitió a Allende una carta en la que le expresaba su «gratitud más profunda» por este gesto y en la que se dirigía a él como «estimado Presidente y amigo».<sup>809</sup>

Justo en aquellos días la tensión política alcanzaba su cénit con la incorporación al paro de la mayor parte de los médicos y la negativa de los

presidentes del Senado y la Cámara de Diputados a dialogar con Allende. El 20 de octubre, en un discurso por cadena nacional de radio y televisión, este defendió la actuación del Gobierno, que había cancelado la personalidad jurídica de la Sociedad de Fomento Fabril y de la Confederación de la Producción y del Comercio y requisado empresas cuyos propietarios habían paralizado la producción, además de declarar el estado de emergencia en veinte provincias y el toque de queda en Santiago: «Dije, y tuve razón, que el paro no era gremial, que era, esencialmente, de contenido político, en un sector minoritario, pero que ha arrastrado a otros sectores, fundamentalmente gremiales, por un errado concepto de la solidaridad. (...) A pesar de todo, el Gobierno ha actuado —¡y actuará!— estrictamente dentro de los marcos constitucionales y legales. Es el Gobierno el que ha estado defendiendo la convivencia social de nuestro país, la democracia y la auténtica libertad. Es el Gobierno el que ha utilizado solamente los instrumentos que la Constitución y la Ley le otorgan para resguardar el orden interno. (...) El país no está paralizado. El país ha seguido trabajando, produciendo, estudiando, con gran sacrificio, con gran esfuerzo y generosidad de miles y miles de chilenos, con un profundo y hondo sentido patriótico de millones de nuestros compatriotas».

Asimismo, relató que desde el día 9 había habido 59 atentados terroristas (contra hospitales, industrias, infraestructuras e incluso contra las Fuerzas Armadas) y criticó la campaña de la extrema derecha que convocaba a los enemigos de la UP: «¡Junten rabia!». Mensajes como este, aseguró, incubaban los huevos de la *serpiente* del fascismo. «Pero frente a este grupo que pretende la sedición, quebrar nuestra institucionalidad, levantar sobre una democracia destruida una brutal dictadura fascista, frente a la intención de aquellos que quieren recuperar lo que malamente habían alcanzado, frente a los que no comprenden que el mundo avanza y que las mareas de la historia no se detienen, frente a esa minoría, que no es Chile, está el Chile que trabaja, padece, sufre, pero al mismo tiempo demuestra su patriotismo, su fe y su confianza. Está el Chile del campesino y del profesor universitario, del médico, del ingeniero o del obrero. Está el Chile de las Fuerzas Armadas, de Carabineros e Investigaciones. Está la patria más unida que nunca para decir que Chile sabrá vencer esta hora amarga y proyectarse en dignidad y en esfuerzo hacia el futuro».<sup>810</sup>

El 22 de octubre los gremios dieron a conocer sus reivindicaciones, recogidas en el «Pliego de Chile», como base para cualquier negociación. Junto con demandas corporativas, plantearon exigencias de la oposición política como

la promulgación inmediata de la reforma constitucional sobre las áreas de la economía presentada por el PDC y la publicación inmediata en el *Diario Oficial* de la recién aprobada Ley de Control de Armas, así como la neutralización de los «grupos armados», la expulsión de «los extremistas extranjeros» y la disolución de las JAP y los Comités de Unidad Popular «por ser organismos totalitarios».<sup>811</sup>

## EL PODER POPULAR

Junto con la neutralidad de las Fuerzas Armadas y la firmeza del Gobierno, fue la conciencia política de las clases populares la que permitió aplacar la insurrección de la burguesía.<sup>812</sup> Durante aquellas semanas todas las diferencias en la izquierda sobre el carácter reformista o revolucionario del proceso de transformaciones, las políticas del Ejecutivo o las alianzas se diluyeron en medio de una movilización popular extraordinaria, sin parangón en la historia nacional. Ante el paro de los ejecutivos, los ingenieros, parte de los empleados y la mayoría de los profesionales, fueron los trabajadores quienes mantuvieron en funcionamiento la producción, quienes organizaron el transporte y la distribución de productos, quienes realizaron miles de horas de trabajo voluntario para evitar el colapso económico del país y la derrota de la Unidad Popular.<sup>813</sup>

En la defensa del Gobierno constitucional y la lucha contra el paro sedicioso, la clase obrera creó decenas de organizaciones que dieron forma al «poder popular». Después de que durante dos años la disputa estuviera radicada en el Congreso Nacional y en la arena electoral, para sus protagonistas la movilización de los cordones industriales, los comandos comunales, los consejos comunales campesinos o las JAP apelaba, por fin, a la mística revolucionaria, a la conciencia socialista del proletariado y del campesinado. Como señaló Duhamel, la burguesía desencadenó en pocos días lo que durante años la «izquierda revolucionaria» había sido incapaz de lograr con su prédica radical.<sup>814</sup> Pero, aunque el «poder popular» ha ejercido un poderoso atractivo, conviene tener presente su alcance real, que jamás superó un carácter ciertamente embrionario y solo adquirió un peso político real en momentos de especial dramatismo, como octubre de 1972 o las semanas posteriores al fallido golpe de Estado del 29 de junio de 1973.<sup>815</sup> En todo caso, estas organizaciones aportaron una renovada

energía a la Unidad Popular a partir de sus contundentes críticas a algunos aspectos centrales de la conducción del Gobierno y de sus propuestas radicales, expresadas en aquellas consignas que regresan del túnel del tiempo: «¡Crear, crear, poder popular!», «¡Trabajadores al poder!»...<sup>816</sup>

En respuesta al «Pliego de Chile» levantado por el llamado «poder gremial», los cordones industriales y los comandos comunales enarbolaron el «Pliego del Pueblo», que establecía como tareas inmediatas no solo el mantenimiento de la producción, sino también la incorporación al Área Social de todas aquellas industrias, compañías transportistas, empresas de comercio y fundos mayores de 40 hectáreas de riego básico intervenidos y ocupados durante el paro, así como el control obrero de la producción en todas las empresas que permanecieran en manos del capital privado. Rechazaban la posible integración de altos oficiales de las Fuerzas Armadas en el Gobierno y llamaron al pueblo a discutir este programa en sus lugares de residencia y trabajo y a reforzar su organización en los comités de vigilancia y autodefensa de cada empresa, fundo y *población*, así como a fortalecer las JAP y todas las organizaciones que aseguraran el abastecimiento y la distribución de los productos de primera necesidad. «Solo el socialismo podrá resolver los problemas de la clase obrera, los trabajadores y el pueblo, porque el socialismo es el poder para el pueblo, es el pueblo para el poder».<sup>817</sup>

Gracias al apoyo y la épica movilización de las clases populares, Allende pudo afirmar ya el 18 de octubre: «No ha habido una sola industria paralizada: ni el cobre, ni el hierro, ni el salitre, ni el petróleo, ni el carbón. La inmensa mayoría de las industrias de este país caminan». Incluso los hospitales y consultorios continuaron funcionando, aunque con menos médicos. Y se preguntó acertadamente: «¿Qué Gobierno podría reemplazar al nuestro? ¿Podría haber un Gobierno más amplio, más democrático? ¿O tendría que haber una dictadura implacable?».<sup>818</sup>

## LOS MILITARES EN EL GOBIERNO

A partir del 21 de octubre el Presidente dialogó con los jefes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas sobre la posible incorporación de altos oficiales a su gabinete como forma de superar aquella situación crítica. El general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército, le expresó su convicción de que el país

estaba dividido en «dos sectores irreconciliables», pero creía que la mayoría de la población aceptaría las transformaciones que propugnaba el Ejecutivo si se realizaban con plenas garantías democráticas. Prats consideraba viable la participación de los uniformados en el Ejecutivo si se alcanzaba una tregua política que, por una parte, comprometiera a la oposición a respaldarle en sus esfuerzos por superar la crisis económica y neutralizar el bloqueo imperialista y, por otra, a la UP a asumir algunos de los planteamientos del PDC.

El 1 de noviembre Allende reunió al ministro de Defensa, José Tohá, y a los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y les planteó la necesidad perentoria de que un representante de cada rama asumiera un Ministerio. Según Prats, «queda en claro que nuestra incorporación al gabinete no implica compromiso político para las FFAA y que su fundamento radica en la situación de emergencia que vive el país y en la necesidad urgente de restablecer la normalidad pública».<sup>819</sup> Al día siguiente juró como nuevo ministro del Interior, al igual que el contraalmirante Ismael Huerta, nuevo titular de Obras Públicas y Transportes, y el general de brigada aérea Claudio Sepúlveda, al frente de Minería. La reestructuración se completó con otras dos destacadas incorporaciones, en este caso procedentes de la CUT, ya que su presidente, Luis Figueroa, asumió la cartera de Trabajo y su secretario general, Rolando Calderón, Agricultura. Tan solo la Izquierda Cristiana y el MIR criticaron la constitución de un gabinete cívico-militar que fue bienvenido por el PDC por considerarlo una garantía de que la UP «rectificaría» su actuación.

Salvador Allende aseguró que entre sus objetivos estarían la normalización de la situación política a partir del respeto a la legalidad, la solución de las graves consecuencias económicas del paro gremial, la unidad de las fuerzas «patrióticas» para enfrentar la agresión de Washington y las multinacionales norteamericanas y la defensa de la institucionalidad democrática. «En marzo de 1973 habrá elecciones y el pueblo dirá en las urnas lo que quiere, lo que desea y lo que alienta. Nada ni nadie podrá impedir que haya elecciones en marzo de 1973», aseguró el 2 de noviembre.<sup>820</sup>

Al día siguiente, se dirigió al país en un discurso transmitido por radio y televisión con motivo del segundo aniversario de su investidura. Después de repasar la labor de su gabinete durante el primer tercio de su mandato constitucional, se centró en los desafíos más inmediatos y señaló que en materia económica se había declarado «una guerra contra Chile dentro y fuera del país». «Tenemos que asumir conscientemente las limitaciones de una economía de

guerra. Tenemos que imponernos una economía de guerra y comprender los sacrificios que esto significa, pero que no pueden pesar, como siempre han pesado, solamente sobre el pueblo».

Su descripción de la situación económica del país tras el paro de octubre y con la presión del bloqueo orquestado por Estados Unidos fue dramática: las líneas de crédito internacional se habían cerrado; solo habían podido renegociar el 70% de la deuda externa; la caída del precio internacional del cobre había privado al país de unos 170 millones de dólares; el coste de las importaciones de trigo y leche en polvo se había disparado. «Chile tiene que tener conciencia de las horas duras que ha vivido y de las que tendrá que vivir. Sé que los trabajadores comprenderán que hay que ahorrar más, invertir más y consumir menos en aquello que no sea lo indispensable y necesario».

Tras rendir tributo al movimiento popular por la conciencia demostrada, destacó, con la perspectiva electoral de marzo, que el gran desafío era «afianzar el poder de los trabajadores», «la mayor garantía de la democracia, de la auténtica libertad y del pluralismo». Y reafirmó la vigencia y la fortaleza de la democracia frente a quienes acusaban a la UP de haber procedido a su demolición: «Tenemos que pensar que hay una meta cercana, de importancia extraordinaria, que es marzo de 1973. Sabemos perfectamente bien que esas elecciones son para el Gobierno una prueba difícil, porque se renueva tan solo parcialmente el Senado. Sin embargo, el pueblo es el árbitro supremo. El pueblo es el juez cuyo fallo es inapelable. Estas elecciones se realizarán, y la palabra del Gobierno está empeñada en ello, con la más absoluta garantía para todos. (...) ¡En Chile habrá elecciones! En Chile habrá elecciones limpias. En Chile el pueblo dará su veredicto y yo espero con tranquilidad el veredicto del pueblo».<sup>821</sup>

Después de asumir la cartera de Interior, el general Prats concedió entrevistas al menos a tres medios de comunicación y así el 7 de noviembre aseveró en el Canal 13<sup>822</sup>: «Este es un Gobierno constitucional. El Gobierno tiene el legítimo derecho de aplicar el programa que está desarrollando. Y el Presidente Allende ha sido bastante enfático al decir que este programa de la UP —que lo conoció todo el país en la campaña preelectoral— lo está desarrollando dentro de la Constitución y las leyes». En esta entrevista la periodista Raquel Correa le preguntó si las Fuerzas Armadas estaban de acuerdo con la implantación del socialismo. «Soy militar y no deliberante —respondió—. Fue el país el que aceptó este programa y, como militar, debo esperar que el país cumpla ese programa».<sup>823</sup>

Hasta finales de marzo de 1973, las Fuerzas Armadas participaron en el Gobierno con un protagonismo desconocido en cuatro décadas. Después del caos que produjeron las sucesivas intervenciones militares entre 1924 y 1932 se habían recluido en los cuarteles e incluso las elites habían rechazado sus intentos de intervención en política por el populismo exhibido en los años veinte. Además, la Unidad Popular otorgó un papel activo a las Fuerzas Armadas en los órganos directivos de los grandes complejos cupríferos, en la dirección de servicios públicos y en las tareas de distribución de alimentos, al tiempo que elevó los salarios de los oficiales y de la tropa e impulsó la modernización de sus equipos e instalaciones. Pero esto las situó en el huracán de la disputa política en asuntos tan manipulados por la oposición como el desabastecimiento de productos de primera necesidad o el control de los inexistentes «grupos armados» de izquierda.<sup>824</sup>

El 5 de noviembre los dirigentes del Comando Nacional de Defensa Gremial anunciaron el final del paro nacional, cuyas consecuencias económicas fueron asimiladas por el ministro de Hacienda, Orlando Millas, con las de un terremoto, puesto que el país había perdido cinco mil toneladas métricas de cobre y el Estado dejaría de ingresar en torno a 1.100 millones de escudos en su recaudación tributaria.<sup>825</sup> También la producción agrícola se vio especialmente perjudicada, ya que se había interrumpido el abastecimiento de fertilizantes, semillas y otros productos, por lo que tuvo que detenerse el trabajo en muchos predios, con la consiguiente disminución de la cosecha de 1973.

El 6 de noviembre, en una entrevista concedida a un periodista mexicano, Salvador Allende proclamó la victoria de la Unidad Popular en octubre y denunció «el cinismo y el descarado de ciertas gentes que hacen gárgaras con las palabras democracia y libertad y lo único que han tratado es de abolir la libertad y la democracia dando paso a una tentativa fascista, porque este país ha vivido veinte días con el espectro fascista delante de los ojos de todos los chilenos».<sup>826</sup>

774. *Las tareas de la juventud*. Archivo Salvador Allende, n.º 2. Universidad Pedagógica Nacional. México, 1990, pp. 93-103.

775. Las organizaciones convocantes de las manifestaciones redactaron el llamado «Manifiesto de Concepción», en el que criticaron la labor de la oposición en el Parlamento y aseguraron que «no es posible la conciliación con los enemigos de la clase trabajadora». También dieron a conocer un conjunto de consignas para que el Gobierno pasara «a la ofensiva». Cancino Troncoso, Hugo: *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*. Aarhus University Press. Aarhus (Dinamarca), 1988, pp. 257-258.

776. Corvalán, Luis: *Chile: 1970-1973*. Sofía Press. Sofía, 1978, pp. 93-98.

777. *Punto Final*, n.º 159. 6 de junio de 1972. Suplemento, pp. 2 y 10.

778. Corvalán (1978), pp. 99-129.

779. Farías, Tomo 4, pp. 2.862-2.868. El ascenso del PDC fue más relevante en el número de miembros en el Consejo Directivo de la CUT, que quedó integrado por 18 militantes comunistas, 16 socialistas, 16 demócratacristianos, 2 *mapucistas*, 2 radicales y 1 del MIR. Luis Figueroa mantuvo la presidencia y el socialista Rolando Calderón, la secretaría general. En las anteriores elecciones, celebradas en 1968, el Partido Comunista había logrado 14 de los 28 consejeros, el Partido Socialista, 7 y el PDC, solo 3. Angell, Alan: *Partidos políticos y movimiento obrero chileno*. Era. México, 1974, p. 223.

780. Martner (1992), pp. 406-448.

781. Collier, Simon y Sater, William F.: *Historia de Chile. 1808-1994*. Cambridge University Press. Madrid, 1998, p. 297.

782. Bitar, pp. 149-151.

783. La línea política y económica que se impuso en Lo Curro había sido perfectamente expuesta en un artículo que Millas publicó en mayo de 1972 en *Principios* (la revista teórica del Partido Comunista), titulado «La clase obrera en las condiciones del Gobierno Popular». El dirigente comunista explicó que el Gobierno aseguraba las condiciones favorables para luchar por el socialismo, pero en aquella etapa del proceso, que correspondía a una «democracia avanzada», para que la clase obrera desempeñara su papel revolucionario la UP debía establecer una política de alianzas no solo con las masas populares, sino también con «la burguesía pequeña y media» para aislar al imperialismo, a los terratenientes y a la oligarquía financiera. Farías, Tomo 4, pp. 2.447-2.461.

784. *Ramona*, n.º 37. 11 de julio de 1972, pp. 22-27.

785. Valenzuela, pp. 206-207.

786. *Las Noticias de Última Hora*, 30 de junio de 1972. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 402.

787. Bitar, p. 156.

788. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 87-91.

789. *Chile Hoy*, n.º 3. 6 de julio de 1972, p. 32.

790. *Chile Hoy*, n.º 8. 10 de agosto de 1972, p. 6.

791. Cancino Troncoso, p. 262.

792. Corvalán Marquez, p. 190.

793. *Chile Hoy*, n.º 8. 10 de agosto de 1972, pp. 6-7.

794. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 87-91.

795. Farías, Tomo 4, pp. 2.942-2.943.

796. Igual de duro fue el MIR, que aseguró que los hechos de Lo Hermida eran la consecuencia de la «política reformista» del Gobierno y reiteró su llamado a «las corrientes revolucionarias» de dentro y fuera de la UP para levantar un nuevo programa que acelerara el proceso de construcción del socialismo a través de la movilización de las masas. Farías, Tomo 4, pp. 2.940-2.941 y 2.956-2.960.

797. Corvalán Marquez, p.188.

798. En agosto de 1973 un prestigioso sociólogo francés anotó en su diario: «Me impresionó ver y escuchar a un tal Guzmán, periodista que es además profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica. Jamás había visto un tipo de hombre así en este país. Me ha asustado: en los periodos de tensión

extrema, se ven salir las cabezas más horribles. La suya está habitada por una pasión fría armada de una lógica falsa: es un inquisidor. Su palidez es la de los jóvenes fascistas de antes de la guerra. Cada una de sus palabras lanza una maniobra sinuosa. No sé si forma parte de un grupo extremista clandestino. En todo caso, merecería ser uno de sus jefes, pues pertenece al mundo del fanatismo fascista». Touraine, Alain: *Vida y muerte del Chile popular*. Siglo XXI. México, 1974, p. 69.

799. Cordova-Claure, Ted: *¿Chile sí?* Ediciones de la Flor. Buenos Aires, 1973, p. 130.

800. *Chile Hoy*, n.º 14. 15 de septiembre de 1972, p. 30.

801. *Chile: El diálogo o las armas*, p. 286.

802. En 1993, la Fundación Presidente Allende de España publicó una parte significativa del mismo, aunque con una redacción que no es la final. En 2003 el Partido Comunista editó la segunda edición: *Salvador Allende: Un Estado democrático y soberano. Mi propuesta a los chilenos*. Ediciones Allende Vive. Santiago de Chile, 2003.

803. Martner (1992), pp. 473-480.

804. Moulian, Tomás y Garretón, Manuel Antonio: *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile: 1970-1973*. Editorial Universitaria Centroamericana. San José (Costa Rica), 1978, pp. 80-81.

805. *El Mercurio*, 7 de octubre de 1972. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 469-471.

806. Mattelart, Armand: «El “gremialismo” y la línea de masa de la burguesía chilena». En: *Chile bajo la junta. Economía y sociedad en la dictadura militar chilena*. Zero. Madrid, 1976, pp. 93-119. En su versión original en francés, este trabajo se tituló: «La burguesía en la escuela de Lenin».

807. En mayo de 1971 los colegios profesionales (médicos, abogados, dentistas, ingenieros, psicólogos, enfermeras...) se unieron en la Confederación Única de Profesionales de Chile, aunque en algunos colegios, como el de arquitectos, la junta directiva era de izquierdas. Si bien entre el 60% y el 75% de los profesionales estaban contra el Gobierno, en octubre de 1972 nació el Frente Patriótico de Profesionales y Técnicos, que unió a los partidarios de la Unidad Popular.

808. Moulian y Garretón, p. 79.

809. Este documento se reproduce en el Apéndice V. Consultado en el Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva. Carpeta 222.

810. *La conspiración contra Chile*, pp. 341-351.

811. Maestre, Juan: *Chile: Revolución y contrarrevolución*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1973, pp. 41-42.

812. En su informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista del 24 de noviembre de 1972, el senador Volodia Teitelboim destacó algunos ejemplos de la movilización popular durante el paro de octubre: trescientos obreros de la construcción participaron en tareas de vigilancia y protección de los camiones que transportaban mercancías de Santiago a ciudades como Arica o Valparaíso; en la industria Hirmas tan solo faltaron seis obreros al trabajo durante los días en que el transporte colectivo se sumó a la huelga; en la población 23 de Enero de Macul los obreros y los pobladores dialogaron con los comerciantes sobre el paro y les persuadieron de que abrieran sus negocios; en la empresa constructora Viena los trabajadores decidieron continuar trabajando a pesar de que sus patrones les ofrecieron aumentarles su salario un 150% si se sumaban a la huelga; y gracias al trabajo voluntario de más de cien mil jóvenes se pudo cargar y distribuir harina en Santiago para elaborar 220 millones de unidades de pan y reenvasar, descargar y distribuir casi cuatro millones de litros de leche. *El Partido Comunista de Chile y el Gobierno de la Unidad Popular*. INDAL, n.º 9. Caracas, 1973, pp. 175-190.

813. Smirnow, Gabriel: *La revolución desarmada (Chile, 1970-1973)*. Era. México, 1977, pp. 112-117.

814. Duhamel, Olivier: *Chili ou la tentative*. Gallimard. París, 1974, p. 159.

815. Gaudichaud, Franck: *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2004.

816. Silva, Miguel: *Los cordones industriales y el socialismo desde abajo*. Santiago de Chile, 1998, p. 148.

817. Farías, Tomo 5, pp. 3.272-3.288.

818. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 163-176.
819. Prats, pp. 304 y 309-310.
820. *La Nación*, 3 de noviembre de 1972. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 519.
821. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 181-194.
822. En un semanario de izquierda, Prats aseguró en aquellos días: «Los trabajadores del país han dado un ejemplo de gran responsabilidad cívica durante el desarrollo del movimiento de paros y su conciencia social de sentido del orden y de afán productor merece el respeto de la esfera militar». *Chile Hoy*, n.º 22. 26 de noviembre de 1976, p. 29. Y en declaraciones a *Ercilla*, señaló: «Hay algunos chilenos, no muchos por suerte, que piensan que las soluciones deben ser de fuerza. Ya les dije que cada país tiene sus propias características. En Chile, esa es una solución sin destino. ¿A qué conduciría? A una dictadura. Tendría que ser implacablemente represiva. (...) No. Nosotros los militares no acariciamos la idea de reemplazar al poder civil, ni es nuestra misión». *Ercilla*, 29 de noviembre de 1972, p. 12.
823. Correa, p. 30. En esta entrevista, el general Prats reveló un hecho que un año después se convertiría en un paralelismo histórico asombroso. Entre las felicitaciones por su nombramiento como ministro, recibió una carta de un miembro de la Sociedad Geográfica de Chile: «Hace referencia a que mi tío abuelo, Belisario Prats Pérez, fue nombrado ministro del Interior de Balmaceda en momentos críticos en que la situación conducía a la revolución del 91. En realidad, mi tío abuelo, junto con Balmaceda, no tuvieron éxito en mantener la paz: el odio y la pasión habían llegado a límites insuperables».
824. Rojas, Alejandra: *Salvador Allende. Una época en blanco y negro*. El País Aguilar. Buenos Aires, 1998, p. 158.
825. Farías, Tomo 5, pp. 3.642-3.643.
826. Suárez, Luis: *Entre el fusil y la palabra*. UNAM. México, 1980, pp. 281-283.

## Las lecciones de marzo

1972 concluyó para Salvador Allende con la principal gira exterior de su mandato, un viaje de dos semanas cuyas escalas más importantes fueron México, la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, la Unión Soviética y Cuba. La impresionante acogida popular en el país azteca y en la isla caribeña y la histórica ovación con que los representantes de las naciones de la Tierra acogieron su discurso revelaron el prestigio universal del singular camino revolucionario labrado por el pueblo chileno. En marzo de 1973, a pesar de la crisis política y económica, la Unidad Popular aumentó su número de diputados y senadores e impidió que la oposición pudiera destituirle por los cauces legales. Pero el empate político persistía y para los sectores ultramontanos de la oposición quedó en evidencia que el golpe de Estado era ya la única opción para impedir la superación del capitalismo. Mientras tanto, en su tercer Mensaje al Congreso Pleno, el 21 de mayo el Presidente llamó a evitar una guerra civil en el país.

### UNA GIRA HISTÓRICA

Junto con la integración de Chile en el Movimiento de los Países No Alineados y la celebración en Santiago de la III Conferencia de la UNCTAD, el gran hito de la política internacional del Gobierno de la UP fue la gira internacional que el Presidente Allende realizó entre el 30 de noviembre y el 14 de diciembre de 1972. Como lo recordaría ante las Naciones Unidas, cientos de miles de ciudadanos llenaron la Alameda para saludarle antes de emprender aquel itinerario. «No es un viaje más. Es un viaje de extraordinaria trascendencia...», dijo al despedirse de su pueblo.<sup>827</sup>

Como en todos sus desplazamientos al exterior (a excepción del fugaz paso a

Argentina a fines de mayo de 1973 para la toma de posesión de Cámpora), el doctor Óscar Soto formó parte de la comitiva presidencial, que en aquella ocasión estuvo integrada también por Hortensia Bussi, su hija Isabel, el edecán Sergio Badiola, varios ministros (Almeyda, Gonzalo Martner), el embajador Hernán Santa Cruz o destacados periodistas (como Emilio Filippi, director de *Ercilla*, y también un redactor de *El Mercurio*). De aquellas dos semanas el doctor Soto recuerda principalmente el impacto que le causó descubrir la atención que Chile despertaba en el mundo. «No teníamos ninguna conciencia entonces de la importancia del proceso chileno, nos dimos cuenta por el recibimiento popular que Allende tuvo. La acogida en México fue increíble, había multitudes en las calles, fue aclamado en todos los lugares que visitó».<sup>828</sup>

Después de una breve escala técnica en Lima, donde fue recibido por Velasco Alvarado, la tarde del 30 de noviembre aterrizaron en el aeropuerto internacional Benito Juárez de la Ciudad de México, donde les recibieron el Presidente Luis Echeverría y su esposa, María Ester Zuno. El 1 de diciembre por la mañana depositó una ofrenda floral en la Columna de la Independencia, en el Hemiciclo a Juárez y en el Monumento a la Revolución, donde reposan Francisco Madero, Venustiano Carranza, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas. Por la tarde, pronunció un discurso ante el Congreso Nacional en el que agradeció el recibimiento que le había dispensado el pueblo mexicano y evocó su amistad con el general Cárdenas, quien el 9 de septiembre de 1970 (un mes antes de su fallecimiento) le remitió una misiva para felicitarle por «los resultados de esta jornada electoral, tan importantes para Chile y América Latina».<sup>829</sup>

Asimismo, destacó su coincidencia con lo expuesto por el Presidente Echeverría en la III Conferencia de la UNCTAD en Santiago y expuso las líneas esenciales de la Revolución Chilena. «Presido un Gobierno que no es un gobierno socialista, pero que abre y abrirá sin vacilaciones el camino al socialismo, dentro del pluralismo, la democracia y la libertad. Las bases políticas de mi Gobierno están afianzadas con la presencia en él de los partidos que lo integran, laicos, marxistas y cristianos, que se han comprometido ante la conciencia popular y ante su propia conciencia a hacer posibles las grandes transformaciones que permitan estructurar una economía al servicio del hombre y de las mayorías nacionales. Para ello, hemos tenido que herir intereses poderosos, fundamentalmente los extranjeros, y los intereses nacionales de los monopolios, el latifundio y la banca. Por eso nos combaten. (...) Para nosotros, la

revolución no es destruir, sino edificar, no es arrasar, sino levantar formas distintas de convivencia de las mayorías nacionales en un esfuerzo y en tareas que pertenecen a Chile, a su destino. (...) Por eso es que tienen vigencia, sabiendo quiénes son nuestros amigos y nuestros enemigos, las palabras que anticipó Juárez: “El triunfo de la reacción es moralmente imposible.”».<sup>830</sup>

De México, tras su recordado discurso en la Universidad de Guadalajara, el Presidente y su comitiva viajaron a Nueva York el 3 de noviembre. «Llegamos en una tarde gris, como a las seis», evoca Óscar Soto. «Nos llevaron al hotel Waldorf Astoria y nos distribuyeron por diferentes pisos. Salí de mi habitación y me dirigí hacia donde estaba el Presidente, en un salón grande. Ahí fue cuando llegó George Bush y se produjo una conversación cordial, pero muy firme». Orlando Letelier cumplió las funciones de traductor en el diálogo entre Allende y el entonces embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, quien, como era cortesía habitual, ya conocía el contenido del discurso que pronunciaría a la mañana siguiente. Por esa razón, Bush solicitó a Allende que retirara algunos párrafos que consideraba ofensivos para su Gobierno y su pueblo o, de lo contrario, le anunció que se ausentaría durante su intervención.

Según el relato ofrecido en distintas ocasiones por Joan Garcés, Allende le dijo a quien sería director de la CIA en 1976 y Presidente entre 1989 y 1993: «Quiero reiterar a su Gobierno que el pueblo de Chile desea tener las mejores relaciones dentro del mutuo respeto. No identifico al pueblo de Estados Unidos con las acciones de la CIA en los asuntos internos de mi país». Bush insistió, pero obtuvo una respuesta que sin duda no esperaba: «Señor Presidente, la CIA es también el pueblo de Estados Unidos». Entonces, Allende se levantó de su sillón y le solicitó que se retirara. Sonrojado y confuso, Bush apenas pudo balbucear: «Señor Presidente, ¿he dicho algo improcedente?». «La entrevista ha terminado. Adiós».<sup>831</sup>

## OVACIÓN EN LAS NACIONES UNIDAS

La mañana del 4 de diciembre de 1972 el Presidente Allende pronunció uno de sus discursos más recordados al intervenir en el XXVII periodo de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Sus palabras merecieron a su conclusión un largo aplauso del auditorio más importante del planeta. «Fue una jornada bien emocionante, los chilenos nunca hemos evaluado lo que aquel

discurso significó para el país. La tremenda unanimidad y simpatía con que el mundo miraba nuestro proceso político, reflejada en aquella ovación», apunta Óscar Soto, testigo directo del mismo.

Su intervención se inició con una orgullosa referencia a la democracia chilena: «Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los tribunales de justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 solo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional sin que esta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país de cerca de diez millones de habitantes que en una generación ha dado dos premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores. Historia, tierra y hombre se funden en un gran sentido nacional. (...) Hoy vengo aquí, porque mi país está enfrentando problemas que, en su trascendencia universal, son objeto de la permanente atención de esta Asamblea de las Naciones Unidas: la lucha por la liberación social, el esfuerzo por el bienestar y el progreso intelectual, la defensa de la personalidad y la dignidad nacionales».<sup>832</sup>

En la tribuna más importante del planeta, defendió la nacionalización del cobre y denunció la agresión que su pueblo sufría de las multinacionales norteamericanas, en especial de las compañías cupríferas y la ITT, a la que acusó de pretender provocar una guerra civil, después de recordar su complicidad con el asesinato del general Schneider. Y aseguró que estas acciones las sufrían todos los países empobrecidos, en particular aquellos que luchaban por disponer de los recursos naturales controlados por las transnacionales: «La negativa de la ITT a aceptar un acuerdo directo y el conocimiento de sus arteras maniobras nos han obligado a enviar al Congreso un proyecto de ley de nacionalización. La decisión del pueblo chileno de defender el régimen democrático y el progreso de la revolución, la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia su patria y sus leyes, han hecho fracasar estos siniestros intentos. Señores delegados: yo acuso ante la conciencia del mundo a la ITT de pretender provocar en mi patria una guerra civil. Esto es lo que nosotros calificamos de acción imperialista. (...) La agresión de las grandes empresas capitalistas pretende impedir la emancipación de las

clases populares».

Expresó toda su solidaridad con América Latina y se mostró partidario de que, más allá de las «fronteras ideológicas», estos países reforzaran sus relaciones políticas, económicas y culturales. Se felicitó también por la mejora de las relaciones diplomáticas entre la URSS y Estados Unidos, por sus negociaciones en materia de desarme, y destacó otros hechos de la situación mundial, como las conversaciones entre las dos Alemanias o el regreso de China a Naciones Unidas. Pero también expresó su preocupación por la situación en Oriente Medio, el asedio de Washington contra Cuba, la explotación neocolonial, la ignominia del racismo y el régimen del *apartheid* en Sudáfrica o el volcán de Indochina, donde el pueblo de Vietnam aún padecía la «monstruosa» guerra de agresión norteamericana.

Su humanismo habló a los delegados de la necesidad de otro mundo posible, en el que los dos mil millones de personas que entonces carecían de casi todo gozaran de una vida digna y plena: «La acción futura de la colectividad de naciones debe acentuar una política que tenga como protagonistas a todos los pueblos. La Carta de las Naciones Unidas fue concebida y presentada en nombre de “Nosotros los Pueblos de las Naciones Unidas”. La acción internacional tiene que estar dirigida a servir al hombre que no goza de privilegios, sino que sufre y labora: al minero de Cardiff, como al *fellah* de Egipto; al trabajador que cultiva el cacao en Ghana o en Costa de Marfil, como al campesino del altiplano en Sudamérica; al pescador de Java, como al cafetalero de Kenia o de Colombia».

Y concluyó con unas palabras que serían recordadas muchos años después... el 16 de octubre de 1998 cuando el general Augusto Pinochet fue detenido en Londres a petición de la justicia española por su responsabilidad en crímenes contra la humanidad: «Cientos de miles de chilenos me despidieron con fervor al salir de mi patria y me entregaron el mensaje que he traído a esta Asamblea mundial. Estoy seguro que ustedes, representantes de las naciones de la tierra, sabrán comprender mis palabras. Es nuestra confianza en nosotros lo que incrementa nuestra fe en los grandes valores de la humanidad, en la certeza de que esos valores tendrán que prevalecer. ¡No podrán ser destruidos!». <sup>833</sup>

La tarde de aquel 4 de diciembre de 1972 mantuvo un encuentro con los corresponsales de prensa acreditados ante las Naciones Unidas, a quienes explicó las razones de las dos últimas etapas de su viaje: «Voy a Cuba porque el Primer Ministro Fidel Castro visitó Chile; soy amigo personal, desde hace muchos años, del comandante Castro y del pueblo cubano, como fui amigo del

comandante Ernesto *Che* Guevara. Claro que no voy a Cuba a una visita protocolar; voy a Cuba porque tengo afecto, respeto, cariño por el pueblo cubano y su revolución; porque además han sido solidarios, como tenían que serlo, con Chile permanentemente. (...) Voy a la Unión Soviética, porque es el primer país socialista que me invitó y además ¡porque es la Unión Soviética! Con lo cual digo bastante ¿verdad? Y aquí debo aclarar que la Unión Soviética —como los países del campo socialista— ha sido solidaria; comprende el proceso chileno; nos ha entregado su apoyo técnico-científico; hemos sellado convenios comerciales y culturales; tenemos expectativas de crédito para bienes de capital. Por eso voy a la Unión Soviética. Porque se me invitó, porque quiero expresar mi reconocimiento a la cooperación que hemos recibido y porque pienso ampliar los convenios existentes».<sup>834</sup>

#### CENA EN EL KREMLIN

Aquella misma noche emprendió viaje hacia el este, hacia la siguiente escala, Argelia, un país que había conquistado su independencia en 1962 tras una cruenta guerra contra el colonialismo francés y que en aquellos años era uno de los líderes del tercermundismo. Houari Bumediene le recibió en el mismo aeropuerto y aquella noche, después de la cena, tuvieron la oportunidad de ver la extraordinaria película *La batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo. En la declaración conjunta ambos gobiernos expresaron sus coincidencias en el análisis de la situación internacional y Boumediene le invitó a participar en la Conferencia del Movimiento de Países No Alineados que se celebraría en Argel en septiembre de 1973.

La tarde del 6 de diciembre la comitiva chilena llegó a Moscú. En el transcurso de su visita oficial de tres días, el Presidente Allende se entrevistó con Breznev y las más altas autoridades, depositó sendas ofrendas florales junto al mausoleo de Lenin y en la tumba del Soldado Desconocido, fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad M. V. Lomonosov y visitó Kiev. En su discurso en la cena ofrecida en su honor en el Kremlin la primera noche, evocó su primer viaje, en 1954, y destacó que era el primer Jefe del Estado chileno que visitaba este inmenso país. Elogió la ayuda soviética al pueblo vietnamita, destacó las buenas relaciones que su Gobierno mantenía con la URSS y el resto de países de la «comunidad socialista» y se refirió al segundo modelo de

transición al socialismo. «Ahora nosotros realizamos el proceso revolucionario en correspondencia con nuestras condiciones, con nuestra Constitución, con nuestras leyes. Lo hacemos en el marco de la democracia burguesa. Y no es nada fácil. Hemos tocado algunos intereses de los amos de nuestras principales riquezas nacionales y ellos lo han notado. Lo ha notado también la oligarquía financiera, bancaria, los latifundistas».<sup>835</sup> Por la parte soviética, el discurso correspondió al presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS, Nicolai Podgorni, quien se refirió esencialmente a la situación internacional, aunque se permitió elogiar la trascendencia de la victoria de la UP y «las hondas transformaciones» realizadas por su Gobierno.

El 9 de diciembre Allende concedió una entrevista a la televisión soviética. Tras evocar sus anteriores viajes a la URSS («la cuna del socialismo», «el símbolo de la lucha de emancipación de los pueblos») encadenó varios elogios: «Si es un hecho indiscutible, que todo el mundo reconoce, el avance científico tecnológico de la patria de los trabajadores, su fuerte y destacado progreso en el campo económico, si los niveles de vida y existencia del hombre soviético han llegado a la satisfacción esencial de las necesidades, si se abren para el trabajador soviético las perspectivas de un horizonte cultural sin limitaciones, si la Unión Soviética ha puesto primero que nadie el sello de su investigación al llegar antes que otros al cosmos». Tras lamentar su ausencia en la próxima conmemoración del quincuagésimo aniversario de la constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas concluyó proclamando: «¡Viva la amistad de la Unión Soviética y Chile!».<sup>836</sup>

Más allá de las declaraciones oficiales exigidas por el protocolo y la cortesía, los resultados concretos del viaje a la URSS le decepcionaron profundamente, puesto que su Gobierno no obtuvo la ayuda económica que precisaba en aquel momento crítico. En 1971 y 1972, Chile había obtenido cerca de ochenta millones de dólares en créditos a corto plazo de instituciones financieras controladas por la Unión Soviética y durante aquel viaje logró otros veinte millones de dólares de libre disponibilidad y veintisiete más para la compra de materias primas y alimentos, cantidades muy por debajo de las expectativas.<sup>837</sup>

«Los compañeros soviéticos no nos entienden», le dijo al doctor Óscar Soto en su habitación del hotel, en Moscú, «tal vez deberíamos adelantar nuestro regreso a Chile». «Comprendí que esas palabras no estaban destinadas a mí, sino a la *troika* soviética gobernante, que se impondría por los micrófonos que obviamente había en todas las habitaciones», señala Soto.

## EN LA PLAZA DE LA REVOLUCIÓN

Después de una escala técnica en Rabat (Marruecos), Salvador Allende y sus acompañantes llegaron a La Habana y la noche del 13 de diciembre, en la emblemática plaza de la Revolución, Fidel Castro y él hablaron a centenares de miles de personas. El comandante cubano agradeció la solidaridad de su compañero con la Revolución, palabras coreadas por la multitud: «¡Allende, Allende, Cuba te defiende!». Por su parte, el Presidente chileno evocó su primer viaje en febrero de 1959 desde Caracas. «He vivido junto a ustedes acontecimientos que no podré olvidar: la hora del triunfo; llegué pocas horas después de Playa Girón, donde el pueblo cubano derrotara, aplastara, diera una lección de heroísmo al derrotar a los cubanos contrarrevolucionarios, agentes del imperialismo. Estuve en esta misma plaza en 1962, cuando se hiciera la Segunda Declaración de La Habana (...). He visto desde sus horas iniciales el largo, duro y sacrificado camino que ha andado el pueblo de Cuba, venciendo el bloqueo económico, derrotando la insolencia imperialista, afianzando su conciencia revolucionaria y consolidando su conciencia política. Lo he visto haciendo producir la tierra, levantando escuelas, trazando caminos, atendiendo a los enfermos, empujando su economía. Por sobre los esfuerzos que implicaba luchar por una zafra más alta y mejor, por sobre el sacrificio está el ejemplo, el ejemplo de un pueblo que señala al mundo una nueva moral, que dice a América Latina que hay un lenguaje en la ética revolucionaria que pueblo y dirigentes conjugan».<sup>838</sup>

Destacó también el significado de la visita de Fidel Castro a su país un año atrás y explicó con orgullo, una vez más, la singularidad de la *experiencia chilena...* y de las FF AA de su país: «Queridos compañeros: cada país tiene su propia historia, su idiosincrasia, sus costumbres, ha vivido de manera diferente las distintas etapas de su proceso social. En Chile, el pueblo, las masas populares, de acuerdo con nuestra propia historia y realidad, hemos alcanzado el Gobierno para desde allí conquistar el poder. Es muy difícil dentro de los marcos de una democracia burguesa impulsar un auténtico proceso revolucionario. Pero hemos avanzado cumpliendo con nuestra conciencia, con el programa que levantamos frente al pueblo y con la decisión de los que están abriendo el camino a una nueva sociedad y que empiezan a destruir el carcomido régimen

capitalista para edificar el socialismo. (...) Sentimos la violencia que quisieron desatar —hasta llevarnos a una posible guerra civil— los bastardos intereses de las empresas transnacionales como la ITT y llegaron en sus tenebrosas maquinaciones a asesinar al comandante en jefe del Ejército, general René Schneider. Fue el pueblo, la clase obrera, fueron las masas populares chilenas las que se movilizaron para defender su victoria. No la victoria de un hombre: la victoria esperada de un pueblo. Fue la lealtad ejemplar de las Fuerzas Armadas de mi patria, fuerzas profesionales, respetuosas de la voluntad popular, las que aplastaron la insolencia imperialista y a la propia reacción chilena».

Después de aquel baño de masas en el corazón revolucionario de La Habana, Allende quiso ir a cenar a la Bodeguita del Medio, uno de sus restaurantes cubanos preferidos, donde permaneció varias horas conversando con sus trabajadores. Conocía bien la bella ciudad colonial y como casi siempre también en aquella ocasión se alojó en el hotel Habana Libre. Allí dialogó con los trabajadores y uno de ellos grabó sus palabras, publicadas después de su muerte en *Bohemia*. Vestido con una guayabera blanca, recordó con afecto el trato cálido y fraternal que siempre le brindaron: «He venido, prácticamente, desde el año 59 hasta el año 69. Vine todos los años y casi siempre me alojé aquí. Recuerdo conversaciones con el compañero que me atendía en la peluquería. Cómo cambiábamos ideas y un día le regalé una conferencia que di en Montevideo y él me dijo después que la leyó: “Compañero Allende, no creía que usted iba a plantear los problemas como los planteó”.». Ese trabajador se llamaba Carlos Ponce y explicó a *Bohemia*: «Lo pelaba en varias ocasiones y como el cliente se familiariza con su barbero llegamos a establecer una estrecha amistad. Conversábamos mucho sobre política. Sobre la política nefasta de Eduardo Frei. (...) Aquel 13 de diciembre vino hacia mí y mientras me abrazaba fuertemente me dijo: “¿Te acuerdas, Carlos, cuando yo te decía que iba a ser el compañero Presidente?”.».

En su diálogo con los trabajadores del legendario hotel recordó sus paseos por La Habana en las noches de tórrido calor tropical «pensando que un día en nuestra patria» también lucharían «como lucharon ustedes por hacer posible una vida más justa y mejor para las grandes masas». «Por eso, compañeros, como viejo combatiente, como Presidente y compañero Presidente de Chile, yo he venido aquí a decirles: “Soy para ustedes el mismo compañero Presidente de Chile y soy el compañero de la lucha cubana”.».<sup>839</sup>

De regreso hacia Santiago, el 14 de diciembre hicieron una breve escala en

Maiquetía, el aeropuerto internacional de Caracas, donde Allende se entrevistó con su homólogo venezolano, Rafael Caldera. A las ocho y media de la tarde el avión por fin tomó tierra en Pudahuel y desde allí hasta La Moneda fueron centenares de miles los chilenos que a lo largo de aquellos quince kilómetros le dieron la bienvenida.<sup>840</sup> Nada más llegar se formalizó la ceremonia de entrega del mando de la nación por parte del ministro del Interior, el general Prats, quien durante aquellas dos semanas había asumido el cargo de Vicepresidente de la República y por su eficaz desempeño mereció el elogio del Jefe del Estado.

### LA MEDIACIÓN DE PRATS

A fines de 1972 Carlos Prats procuró tender puentes de entendimiento entre el Gobierno y el Partido Demócrata Cristiano para enfriar el conflicto que había sacudido al país en octubre y atenuar las consecuencias del paro gremial. En diciembre, los ministros del área económica prepararon un nuevo proyecto de ley sobre el Área Social que contemplaba la estatización de unas cincuenta empresas, algunas incluidas en la lista de las 91 y otras que se integrarían por su importancia estratégica; el resto de industrias tomadas por los trabajadores en octubre, así como los predios menores de 80 hectáreas de riego básico, serían devueltos a sus propietarios. Pero el llamado «Plan Prats-Millas» no llegó siquiera al Congreso Nacional por las diferencias públicas entre la dirección del Partido Socialista, el MAPU y la Izquierda Cristiana, y Salvador Allende y el Partido Comunista.

El 12 de enero el nuevo ministro de Hacienda, Fernando Flores, anunció en un discurso retransmitido por radio y televisión un conjunto de medidas para paliar los problemas de abastecimiento de alimentos y combatir el mercado negro, entre ellas la creación de la Secretaría Nacional de Distribución, cuya dirección recayó en el general de brigada de la Fuerza Aérea Alberto Bachelet. Pero la medida que desencadenó otra furibunda campaña de la oposición fue el anuncio del reparto racionado de treinta productos (aún no definidos) de acuerdo con las necesidades de la población,<sup>841</sup> que al final tuvo el efecto contrario al buscado, ya que el Gobierno no demostró capacidad para implementarla y, sin embargo, acrecentó el acaparamiento.<sup>842</sup>

En esta coyuntura económica sin duda difícil, con efectos visibles en la vida cotidiana de la población (como las colas para adquirir productos de primera

necesidad o el desabastecimiento), las decisivas elecciones de marzo se echaban encima del verano. El 27 de enero Allende pronunció un discurso en Valparaíso en el que expresó su confianza en que la Unidad Popular obtendría una votación muy significativa: «Yo represento la estabilidad institucional. Yo no estoy “de prestado” en la Presidencia de la República. Yo fui elegido por el pueblo, ratificado por el Congreso, y mi mandato termina en 1976. No podrán, por lo tanto, poner término al Gobierno de los trabajadores, al Gobierno de ustedes. Para hacerlo constitucionalmente, tendrían que tener los dos tercios, y eso dependerá de ustedes, y eso dependerá del pueblo. Y yo pienso que el pueblo jamás va a retroceder; jamás va a tener una actitud pasiva que les permita a los sectores de oposición democrático-fascista (...) destituir al Presidente constitucionalmente. Y si pretenden el camino ilegal, se encontrarán con la defensa de la ley, a través del Gobierno del pueblo, y con la conciencia revolucionaria de los trabajadores».

Evocó la reciente y exitosa gira internacional y mencionó los principales logros de sus dos años de gestión: la nacionalización de las grandes minas y de la banca, la erradicación del latifundio, la escolarización de más del 95% de los niños en la etapa básica, el aumento sustancial del porcentaje de los trabajadores en la renta nacional, hasta el 64,8% del total... Pero tampoco rehusó el análisis de las dificultades económicas (inflación, desabastecimiento) y criticó con dureza el bloqueo tejido por una oposición atrincherada en el Congreso Nacional, con el rechazo sistemático de sus iniciativas legales y la presentación hasta aquel momento de nueve acusaciones constitucionales para destituir a otros tantos ministros. «Compañeros, ¿qué salida tenemos? ¿Qué expectativas tenemos? (...) ¿Creen ustedes que es posible un Gobierno dictatorial fascista en Chile? Yo creo que no, porque el pueblo es muy fuerte y porque las Fuerzas Armadas y de Orden Público son democráticas en esta patria. (...) Aquí no cabe otra alternativa. Hay que organizar al pueblo. Hay que defender la paz y el progreso de Chile. Hay que evitar el enfrentamiento. Hay que hacer de la democracia política una auténtica democracia. (...) Por eso, la lucha del pueblo hoy día es muy clara. Estamos luchando contra aquellos que quieren recuperar lo que tuvieron durante tantos años —y si lo hacen por los cauces legales, les respetaremos—. Pero estamos luchando contra el fascismo, que ya mostró sus garras en octubre y que se prepara para hacerlo en marzo».<sup>843</sup>

Por su parte, la Confederación Democrática acariciaba la posibilidad de sumar en marzo al menos 34 de los 50 escaños del Senado para forzar la

destitución del Presidente de la República (y poner fin a la *pesadilla* socialista) a través de una acusación constitucional. Debido a este motivo, convirtió la batalla parlamentaria en un plebiscito y el PDC devolvió a la arena política a Eduardo Frei, quien competía por un cupo en la Cámara Alta por Santiago con el presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, Carlos Altamirano y uno de los principales dirigentes comunistas, Volodia Teitelboim. Como han señalado Luis Moulian y Gloria Guerra, el *retorno* de Frei era imprescindible para instalar al frente del PDC a una dirección política comprometida sin ambages con el derrocamiento de Allende.<sup>844</sup>

El 24 de enero Frei, quien gobernó durante los últimos veinte de sus 72 meses de mandato con el apoyo de apenas el 29,8% del electorado (el que votó por su partido en marzo de 1969), planteó en el Canal 13 su tesis sobre el 4 de marzo: «Creo que es un plebiscito y que es la elección más importante de la historia electoral de Chile, por lo menos de este siglo».<sup>845</sup> El 28 de febrero expuso el proceso de «reconstrucción nacional» que proponía el PDC ante la «destrucción» causada por la UP y afirmó que su partido jamás había engañado al pueblo, pero, al referirse al futuro inmediato de Chile, aseveró: «El país vive una hora muy difícil. (...) Nosotros ya hemos definido nuestro camino y no nos apartaremos. Nuestra misión histórica y definida: darle al país una salida democrática que le haga recuperar su trabajo y la paz. No queremos una guerra civil, ni un enfrentamiento».<sup>846</sup>

Por su parte, el Partido Nacional subrayaba que la batalla electoral no debía marginar, sino reforzar la «resistencia civil», la movilización de sus partidarios en acciones que incluían la violencia terrorista a cargo del comando Rolando Matus y Patria y Libertad. Su discurso se articulaba en torno al concepto de la «renovación» de una nación sumida en una decadencia prolongada cuya etapa culminante era el Gobierno de Allende. Y así, por boca de Jarpa, enhebraron el discurso sobre la necesidad de un gobierno «nacionalista» que pusiera fin al pluralismo político y las libertades democráticas y se apoyara en las Fuerzas Armadas y los gremios, en un remedo de «democracia orgánica» trasplantada de la España franquista.<sup>847</sup>

En las filas de la izquierda, la coyuntura propició un acercamiento entre el PS y el MIR. El 11 de enero, en la proclamación de los candidatos de su partido, Altamirano reafirmó el discurso socialista sobre la aceleración del proceso revolucionario, hasta que la clase obrera sustituyera a la burguesía «en el manejo y control de la nueva sociedad», y señaló que concebían los cordones

industriales, los comandos comunales y los consejos comunales campesinos como las formas de organización «embrionarias» del futuro Estado socialista. El secretario general del PS abogó también por la unidad de los revolucionarios «de dentro y de fuera de la Unidad Popular». Después de aquellas palabras y de un intercambio epistolar entre ambas organizaciones, el secretariado nacional del MIR decidió pedir el voto para los candidatos socialistas. Estos movimientos y la abierta polémica en torno al «Plan Prats-Millas» sobre el Área Social entre los diarios *Puro Chile* (cercano al PC) y *Las Noticias de Última Hora* (cercano al PS) motivaron un intercambio de cartas entre Altamirano y Luis Corvalán.<sup>848</sup>

El 10 de febrero el Estadio Nacional fue escenario de uno de los actos más importantes de la campaña de la izquierda, con las intervenciones centrales del senador Rafael Agustín Gumucio, presidente del Partido Federado de la Unidad Popular, y Salvador Allende. Ante las decenas de miles de personas que llenaban las gradas, las galerías interiores y gran parte de la cancha de fútbol, el Presidente de la República repasó la labor de sus dos años y medio de gobierno: habló de la producción de 594.000 toneladas en la gran minería del cobre durante 1972, la mayor de la historia nacional; de la constitución del Área Social, cuya producción creció un 17% entre 1970 y 1972; de la reforma agraria o de la notable reducción del desempleo.

Expresó su confianza en que la UP aumentaría en marzo su representación en el Congreso y llamó a las mujeres, el flanco más débil, a votar por sus candidatos. «Cada uno de ustedes, cada mujer, cada joven, cada anciana, cada hombre que repleta este gran estadio debe tener conciencia de que su fuerza se va a fortalecer después del 4 de marzo. Debe tener la certeza absoluta de que el proceso revolucionario no se va a detener. Debe saber a cabalidad, debe tener incrustada en su conciencia y en su corazón la convicción absoluta de que el compañero Presidente de ustedes, después del 4 de marzo, antes del 4 de marzo y siempre, estará junto a ustedes en la barricada de la lucha para hacer posible la victoria final. (...) ¡Queremos paz y seguridad para Chile! ¡Nuestra fuerza permitirá derrotar la insolencia imperialista definitivamente y la provocación reaccionaria y fascista! ¡Tenemos la razón de la legalidad! ¡Tenemos la fuerza revolucionaria de los trabajadores! ¡Somos hoy un pueblo digno e independiente, soberano de su destino! Compatriotas: ¡Adelante! ¡Venceremos!».<sup>849</sup>

Del programa electoral de la UP en 1973 destaca su radicalización respecto a la plataforma de 1970, evidente cuando expresaba que «ante la crisis de un sistema económico agotado, hay una salida: la construcción de una economía

socialista»; o cuando precisaba la propuesta de una nueva Ley de Reforma Agraria que permitiría la nacionalización de los predios mayores de 40 hectáreas de riego básico. Radicalización que se aprecia también en el epígrafe sexto, titulado «Todo el poder para la clase obrera, los trabajadores y el pueblo», que especificaba cómo debía organizarse el poder popular en la base y que en la estructura del Estado se materializaría en la aprobación de la nueva Constitución.<sup>850</sup>

Al mediodía del 2 de marzo, al regresar a Santiago después de una gira para apoyar a distintos candidatos, Allende mantuvo un encuentro con los periodistas extranjeros, a quienes les expresó su convicción de que obtendrían un buen resultado. «Si la oposición obtuviese los dos tercios del Senado, puede destituirme. Eso es evidente: se expresa así en la Constitución y no violaría las fórmulas democráticas. Acerca del alcance de esta decisión, sin embargo, confieso que no he pensado siquiera. Sencillamente, porque estoy seguro de que no van a lograr esa mayoría parlamentaria».<sup>851</sup> Pero no era una quimera: la CODE solo requería sumar dos senadores a los 32 que ya tenía.

#### MÁS DIPUTADOS, MÁS SENADORES

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 arrojaron un resultado inesperado en un país sumergido en una grave crisis económica, social y política, y habituado a variar el sentido de su voto casi en cada elección. Por primera vez en dos décadas, el Gobierno incrementó su apoyo electoral después de 29 meses de gestión, porque en las votaciones a diputados la Unidad Popular alcanzó el 43,4% de los sufragios y la CODE el 54,7%. La izquierda arrebató seis diputados y dos senadores a la oposición.

El PDC bajó en siete décimas su apoyo popular respecto a 1969, perdió uno de sus 20 senadores y logró 50 diputados, un tercio exacto de la Cámara Baja. El Partido Nacional alcanzó una votación considerable, el 21,3%, sumó 34 diputados y llegó a ocho senadores. Las dos fuerzas escindidas del radicalismo, en cambio, sufrieron una derrota: Democracia Radical (2,3%) mantuvo dos de sus cuatro diputados y perdió sus dos senadores y el Partido de Izquierda Radical (1,8%) retuvo solo uno de sus nueve diputados y se quedó con tres de sus cinco senadores.<sup>852</sup>

La fuerza que más creció fue el Partido Socialista, que pasó del 12,2% al

18,6% de los votos, duplicó sus 14 diputados e incrementó de cuatro a siete sus senadores. Todos sus candidatos que optaban a un escaño en la Cámara Alta fueron elegidos y los dos diputados con mejor votación pertenecían a sus filas: Mario Palestro y Laura Allende Gossens. El Partido Comunista, con el 16,2%, aumentó de seis a nueve senadores (la segunda bancada tras el PDC) y de 22 a 25 diputados. El Partido Radical (3,7%) preservó cinco de sus doce diputados y dos de sus tres senadores. El MAPU (2,5%) regresó al Parlamento con dos diputados y la Izquierda Cristiana, con el 1,2%, fracasó en su intento de penetrar en la base popular del PDC al mantener tan solo uno de sus nueve diputados y uno de sus dos senadores. La Acción Popular Independiente (0,8%) obtuvo dos diputados, pero perdió su senador. Fuera de la UP, la Unión Socialista Popular conservaba un escaño en el Senado.

Además, la Unidad Popular aumentó de manera sustancial el apoyo de las mujeres, ya que, si en 1970 el 30% votó a la izquierda, entonces lo hizo el 39%. En la batalla senatorial de Santiago se impuso Eduardo Frei (389.637 votos), seguido de Volodia Teitelboim (238.535), Carlos Altamirano (229.281), Sergio Jarpa (191.611) y de su compañero demócratacristiano José Musalem (106.780).<sup>853</sup>

Ante estos resultados, que representaron una victoria claramente insuficiente para la CODE (87 diputados y 30 senadores) y un triunfo moral y político para la izquierda (63 diputados y 20 senadores), la Unidad Popular destacó que, como en octubre, la oposición se había estrellado frente a la conciencia y la voluntad de los trabajadores y que el ascenso de su votación se había producido en un contexto económico y social muy difícil. Aquella noche Allende habló por televisión para destacar que el país había vivido otro proceso electoral con pleno respeto a todas las opciones y en absoluta libertad, en contra de lo que auguraron los sectores conservadores en 1970. El 21 de mayo, en su tercer Mensaje al Congreso Pleno, sí ofreció su interpretación política de la *batalla* de marzo: «... la significación del resultado electoral la da el contexto histórico en que ha tenido lugar. La política gubernamental se ha traducido en el apoyo masivo que han recibido los partidos políticos que la sustentan, el más alto que Gobierno alguno haya alcanzado en los últimos veinte años tras 29 meses de gestión. El 4 de marzo ha sido reafirmada la vía chilena al socialismo».<sup>854</sup>

Superada la encrucijada electoral, los tres ministros de las Fuerzas Armadas presentaron su dimisión y el 27 de marzo el Presidente anunció la recomposición de su gabinete. Tras casi cinco meses de trabajo en común, el general Carlos

Prats se reintegró en exclusiva a su cometido como comandante en jefe del Ejército, pero en sus memorias dejó un elogioso retrato humano: «... conocí muy de cerca al Presidente Allende, quien me dedicó muchas horas de análisis y, pese a la gran distancia que nos separaba en el aspecto ideológico y en cultura política, aprendí a respetarlo como gobernante y a apreciarlo como ser humano. En la primera de estas calidades, lo vi concentrar todos sus esfuerzos y capacidades en beneficio de la causa popular, anteponiendo su interés por la justicia social a las conveniencias programáticas o electorales de la combinación de partidos políticos que lo sustentaban. En la segunda calidad, conocí un hombre de gran confianza en sí mismo, hasta orgulloso si se quiere, pero abierto a escuchar, sensible a las franquezas del interlocutor, socarrón frente a los “asentidores” y sin acopio de odios, ni hacia sus más enconados enemigos políticos. Su larga trayectoria en las lides parlamentarias y electorales lo había inmunizado contra la adulación y la injuria. Su vitalidad lo proveía de una extraordinaria capacidad de trabajo y sabía alternar con filosofía los largos momentos tensos y amargos, con el breve placer mundano de una charla insustancial».

## EL IMPACTO DE LA ENU

La alegría por el resultado electoral le duró muy poco a la Unidad Popular. Entre el 7 y el 11 de marzo la traumática división del MAPU en dos partidos (uno alineado con las tesis izquierdistas, el otro próximo a las posiciones de Allende y el PC) mostró dramáticamente que las diferencias en torno a la estrategia revolucionaria se acentuaban cuando más necesaria era la cohesión y el apoyo al Gobierno.<sup>855</sup> En los mismos días, otro conflicto (hábilmente construido por el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Nacional y los medios de comunicación afines) logró situar por primera vez en posiciones de confrontación con el Ejecutivo a la Iglesia católica y a destacados miembros de las Fuerzas Armadas: la polémica en torno a la reforma educativa bautizada como la Escuela Nacional Unificada (ENU).

La Unidad Popular podía presentar una notable gestión en materia educativa cuando a mediados de marzo de 1973 expuso su proyecto de la ENU, cuyos planteamientos medulares habían sido consensuados por los sectores más representativos en el Primer Congreso Nacional de Educación, celebrado en

diciembre de 1971. En apenas dos años y medio, se habían duplicado los 60.000 niños matriculados en la enseñanza preescolar; 259.300 más asistían a la escuela primaria y los que iban a la secundaria habían pasado de 302.000 a 464.200; asimismo, los alumnos de la Universidad de Chile y la Universidad Técnica del Estado se habían duplicado y se aproximaban a los 100.000, con un número considerable de trabajadores que cursaban estudios en esta última en virtud del convenio suscrito por su rector, Enrique Kirberg, con la CUT. Y solo durante 1972 el Gobierno había repartido 4.205.000 libros de texto entre los escolares.<sup>856</sup>

La Escuela Nacional Unificada establecía que todos los niños disfrutarían del mismo sistema de enseñanza, igual en calidad y duración mínima, y preveía avanzar hacia una educación politécnica, combinar la enseñanza teórica con la práctica e incluso el estudio con el trabajo, así como vincular la formación académica con los problemas reales de los estudiantes a través de la creación de complejos educativos integrados en su entorno.<sup>857</sup> A pesar del consenso en torno a estos objetivos, la filtración de un documento preparado por técnicos del Ministerio de Educación con un prólogo saturado de retórica marxista desencadenó una nueva ofensiva de la oposición, que tomó oxígeno después de la derrota de octubre y la decepción de marzo. Más allá de la predecible reacción del PDC y del PN,<sup>858</sup> la relevancia de la contestación a la ENU estribó en que, por primera vez, enfrentó a la jerarquía católica con la UP y desencadenó sonoras críticas en las Fuerzas Armadas.<sup>859</sup> El 28 de marzo el cardenal Silva Henríquez pidió al Presidente que postergara su aplicación hasta que fuera debatida y mejorada por el conjunto de la sociedad y en particular por la comunidad educativa. Destacó algunos aspectos positivos, como la universalización de la educación pública gratuita y la integración del estudio y el trabajo, pero criticó su inspiración «socialista» y no cristiana.<sup>860</sup>

El 11 de abril el ministro de Educación, Jorge Tapia (del Partido Radical), impartió una conferencia ante sesenta oficiales medios y superiores de las tres ramas de las Fuerzas Armadas para aclarar la posición del Gobierno. Según el testimonio del general Prats, su exposición fue «clara, concreta y precisa», ya que señaló que la reforma educativa se inspiraba en las recomendaciones de Naciones Unidas y que, ante las críticas, habían decidido aguardar a que se pronunciara el Consejo Nacional de Educación, integrado por una amplia y plural representación ciudadana. Después de su discurso se produjo una sucesión de intervenciones beligerantes por parte de algunos oficiales y así, el contraalmirante y ex ministro Ismael Huerta, el general Javier Palacios y el

coronel Pedro Espinoza, entre otros, mencionaron el polémico prólogo para descalificar las intenciones del Ejecutivo y acusarlo de pretender imponer un adoctrinamiento marxista, algo que no podían aceptar «como padres de familia». El debate se fue caldeando hasta el punto de que algunos militares llegaron a pronunciar duras —y muy aplaudidas— invectivas contra el Gobierno, al que motejaron de «marxista», en presencia de los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y del ministro de Defensa, José Tohá.<sup>861</sup> Aquel mismo día el ministro Tapia comunicó por carta al Cardenal la paralización del proyecto.

En una entrevista concedida al excelente semanario *Chile Hoy*, Salvador Allende lamentó el desconocimiento de la población acerca de la ENU y las mentiras y manipulaciones en torno a esta iniciativa. Señaló la falsedad absoluta de que su Gobierno quisiera adoctrinar a los niños en la escuela pública o clausurar los colegios privados. «El problema es que nunca se anticipó una discusión sobre estos temas y apareció como que había plazos muy rígidos. La gente no ha sabido que existe un Consejo Nacional de Educación que es pluralista, en el cual están representadas todas las corrientes; que la Escuela Nacional Unificada nació de una convención de maestros realizada durante el Gobierno anterior; que esta idea tiene vinculaciones muy fuertes con los estudios realizados con la Unesco».<sup>862</sup>

#### 40 AÑOS DEL PARTIDO SOCIALISTA

En abril de 1973, el Partido Socialista conmemoró el cuadragésimo aniversario de su fundación. Aunque las exigencias de la convulsa coyuntura política dejaban un escaso tiempo para volver la mirada hacia atrás, en la entrevista que entonces concedió a *Chile Hoy* Allende evocó el origen del PS, su identidad latinoamericanista, la lucha contra la derecha y el movimiento nazi en los años treinta y el lejano triunfo del Frente Popular. Y subrayó la importancia decisiva del largo camino unitario de la izquierda. «Creo que lo más importante es que desde hace más de quince años, socialistas y comunistas, a pesar de las discrepancias que a veces han alcanzado tonalidades no convenientes pero nunca un enfrentamiento —antes los hubo—, han llegado a una unidad, a un diálogo, a un entendimiento que es la base de la fuerza de la Unidad Popular, porque es el entendimiento de la clase obrera. Sin unidad socialista-comunista no puede haber revolución, a mi juicio».

El 18 de abril, en su intervención en el acto de masas con motivo del aniversario del PS, resaltó una vez más su singularidad histórica (una organización con el adjetivo socialista no integrada en la II Internacional, revolucionaria, marxista-leninista —desde el Congreso de Chillán—, internacionalista y latinoamericanista) y reafirmó su convicción en la «vía chilena», ajustada a la evolución histórica del país y posible, entre otras razones, porque un actor con tanto peso en la sociedad como la Iglesia católica no era una fuerza reaccionaria y porque las Fuerzas Armadas eran democráticas, «es el pueblo con uniforme y lo demostraron claramente en octubre del año pasado».

Desde aquella tribuna también adelantó una de las nuevas tácticas que la oposición preparaba para desestabilizar al Gobierno: la estimulación de exageradas reivindicaciones economicistas del proletariado en sectores clave, como los enormes complejos cupríferos o la Compañía de Acero del Pacífico. Para defender al Gobierno y el proceso de transformaciones, planteó que los trabajadores debían aumentar la producción en las fábricas, en las minas y en el campo, combatir el ausentismo e insistir en la responsabilidad en el trabajo. Y a su partido, el que más peso tenía en el surgimiento y desarrollo de los cordones industriales, directamente le exhortó a lograr la unidad política de todas las fuerzas del movimiento popular, incluido el MIR. «Óiganlo bien, aquellos que creen que yo a veces vacilo: hay que fortalecer el poder popular, los centros de madres, las juntas de vecinos, las Juntas de Abastecimiento y Precios, los comandos comunales; hay que fortalecerlos. Hay que fortalecer los cordones industriales, pero no como fuerza paralela al Gobierno, sino como fuerza popular junto a las fuerzas del Gobierno de ustedes, del Gobierno Popular. (...) Pero separar al militante del Gobierno y del partido popular del compañero que forma parte de los poderes populares creados por ellos mismos es enfrentar a trabajadores contra trabajadores; y eso es quitar la fuerza del pueblo. Necesitamos más unidad dentro de la Unidad Popular; necesitamos más unidad para usar un lenguaje revolucionario que sea entendido y necesitamos llamar a la fuerza revolucionaria que no está en la Unidad Popular, para que junto con nosotros avance con la responsabilidad histórica para hacer la revolución socialista, camaradas».

Por último, con el recuerdo del joven médico que contribuyó al nacimiento y desarrollo del partido en Valparaíso y sus cerros, en las fértiles tierras del valle del río Aconcagua y en Viña del Mar, llamó a los militantes socialistas a reforzar la unidad orgánica, desde la democracia interna y la lealtad, y a fortalecer el

vínculo con el Partido Comunista y el resto de fuerzas de la UP. «Por eso afirmo, compañeros, mi fe en ustedes, como el viejo combatiente que en las horas de cansancio recibió la savia joven que entra al partido y que trae la fuerza incansable de los muchachos socialistas. Reafirmo como compañero Presidente, mi fe en mi partido y en la Unidad Popular. ¡Con la Unidad Popular vencimos, con la Unidad Popular venceremos, camaradas!».<sup>863</sup>

## NO A LA GUERRA CIVIL

A fines de 1972, el Área Social ya englobaba 202 empresas, que empleaban al 19,6% de los trabajadores del sector y sumaban el 21,9% de la producción industrial total, puesto que el Gobierno se había visto obligado a nacionalizar decenas de firmas a consecuencia del gran paro patronal, cuando los trabajadores las ocuparon para mantener la producción. A partir de abril de 1973 el conflicto en torno a la estructura económica nacional se recrudeció ya que el Ejecutivo aprobó un conjunto de decretos de insistencia para mantener bajo el control estatal 45 empresas intervenidas en octubre, una fórmula utilizada debido a que en diciembre la Contraloría había fallado contra el requisamiento de cuatro empresas. Esto endureció también el enfrentamiento con la cúpula del Poder Judicial.<sup>864</sup>

Además, el veto presidencial del proyecto demócratacristiano sobre la definición del Área Social fue rechazado en el Congreso Nacional, por lo que la oposición instó al Ejecutivo a que la promulgara o convocara un plebiscito para dirimir el conflicto de poderes. El Gobierno decidió recurrir al Tribunal Constitucional, pero a finales de mayo este se declaró incompetente. A principios de junio los partidos de la Unidad Popular rechazaron la propuesta de Allende de convocar un plebiscito y por ello el 15 de junio el Ejecutivo remitió a la Contraloría un decreto en el que promulgaba aquellas partes de la reforma constitucional que compartía, pero el 2 de julio este organismo se pronunció en contra de esta medida, a la que el Gobierno tenía derecho, y la calificó de «ilegítima».<sup>865</sup> Después del *tanquetazo* del 29 de junio, los trabajadores ocuparían nuevas empresas. En agosto de 1973 la CORFO controlaba más de 400 empresas, la mayor parte de ellas intervenidas o requisadas, que representaban el 95% del crédito bancario, el 90% de la producción minera, el 60% de la distribución y el 40% de la producción industrial.<sup>866</sup>

La pugna entre la Unidad Popular y la oposición se enrareció tanto que las calles de Santiago acogieron violentos enfrentamientos y el 27 de abril un obrero de la construcción y militante comunista, José Ricardo Ahumada, cayó muerto en la Alameda por disparos procedentes de la sede nacional del PDC... el partido que denunciaba con insistencia la actuación de los «grupos armados extremistas» y había promovido en 1972 la Ley de Control de Armas. Precisamente, en mayo la Democracia Cristiana consagró su viraje hacia las posiciones más duras de la oposición con la designación como su nuevo presidente del senador Patricio Aylwin, un hombre muy cercano a Frei, quien, por su parte, en aquellos días fue elegido presidente del Senado. El 13 de mayo Aylwin proclamó que asumiría «una posición categórica y decisiva de no dejar pasar una al Gobierno», ya que, según la declaración política aprobada, estaba empeñado en implantar «la tiranía comunista».<sup>867</sup>

A partir del Primero de Mayo, la denuncia de una posible guerra civil y de la amenaza fascista estuvo siempre presente en el discurso de Allende y los dirigentes comunistas, hasta el punto de que Pablo Neruda grabó un emotivo discurso en Isla Negra (emitido por televisión el 28 de mayo) en el que evocó a sus compatriotas la tragedia que vivía España desde 1936.<sup>868</sup> Mientras tanto, el Partido Socialista, el MAPU y el MIR loaban la épica del inminente enfrentamiento «definitivo» entre «las clases antagónicas», con un absoluto desconocimiento de la correlación de fuerzas en el plano militar, ya que para ellos Chile afrontaba una única alternativa: «Socialismo o fascismo».

En los primeros días de mayo, el Presidente convocó en dos ocasiones a una conversación privada al cardenal Raúl Silva Henríquez. Le expuso con franqueza la situación del país (el conflicto político, la crisis económica, la polarización social) y le solicitó ayuda para intentar una nueva aproximación al PDC. Incluso le planteó que deseaba tener un encuentro privado con Eduardo Frei. Por ello, una noche el arzobispo de Santiago compartió mesa y mantel con Frei y otras personas para trasladarle la petición de Allende, que no llegaría a concretarse. En un ambiente muy tenso, casi dramático, según señaló el Cardenal en sus memorias, intercambiaron sus opiniones sobre la coyuntura y en un momento de acaloramiento, Silva Henríquez pronunció una sentencia lapidaria que hirió profundamente a Frei: «Si yo tuviera que analizar cuál gobierno ha sido más cristiano, en su cercanía con los pobres, si el anterior o el actual, me costaría elegir...».<sup>869</sup>

Allende y Frei solo se vieron en el Congreso Nacional el 21 de mayo, cuando

el Presidente presentó su balance anual. En su tercer Mensaje al Congreso Pleno, titulado «Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil», insistió en que las instituciones democráticas estaban vigentes gracias al ejemplo de los trabajadores y el constitucionalismo de las Fuerzas Armadas y realizó una encendida defensa del sistema democrático: «El Gobierno Popular apela a la conciencia y sentido de clase de todos los trabajadores. Sus logros sociales, sus libertades políticas, sus organizaciones, su poder para desafiar a la fuerza del capitalismo nacional e imperialista, su capacidad para edificar la nueva sociedad son grandes instrumentos. La reacción nacional e internacional pueden destruirlos. Pretenden arrasar las conquistas de los trabajadores. Ante una amenaza tan real y presente, los trabajadores no permitirán que se les use. Sus reivindicaciones económicas no pueden ser utilizadas por la burguesía contra el Gobierno y el proceso revolucionario. La disciplina social y el esfuerzo consciente deben marcar la ruta del trabajo. Chile exige mayor producción, mayor productividad. Los anhelos, la capacidad creadora, el talento artístico, la voluntad revolucionaria, la vivencia del propio paisaje, se vierten en el crisol de la patria. En ese gran crisol se funden la entrega y el anhelo del joven, la mujer y el hombre. En sus brazos, los brazos del pueblo, está Chile y su futuro. Venceremos».<sup>870</sup>

#### ADIÓS AL LATIFUNDIO

El 21 de mayo de 1973 Allende también destacó las transformaciones en la agricultura: «En el transcurso del último año el Gobierno ha aplicado aceleradamente la Ley de Reforma Agraria. Ello ha permitido que prácticamente todas las propiedades de más de 80 hectáreas de riego básico hayan pasado a manos de los que trabajaban la tierra. La oligarquía terrateniente ha desaparecido en Chile. Se han desarrollado nuevas formas de organización de la producción agraria. Asentamientos, Centros de Reforma Agraria, Centros de Producción, Comités Campesinos y cooperativas cubren hoy más del 35% de la superficie productiva del país». Y subrayó el fortalecimiento del movimiento campesino y la recuperación de tierras por parte del pueblo mapuche. «Hoy los trabajadores de la tierra y los campesinos están empezando a dejar de ser los “pobres del campo”. Su mayor capacidad organizativa y de intervención en las decisiones que les van a afectar comienzan a hacerse notar. Así, los cambios que el

Gobierno ha introducido en la estructura productiva agraria y sus relaciones de producción, comienzan a cristalizar».<sup>871</sup>

A partir de 1972 el Ejecutivo había impulsado el proceso de asignación definitiva de la tierra y así los campesinos de algunos asentamientos o Centros de Reforma Agraria, una vez cumplido el periodo transitorio, recibieron las tierras productivas en forma de cooperativa y como asignación familiar la casa y el huerto de cultivo personal. A fines de 1972, los campesinos y el Estado controlaban casi el 35% de la tierra cultivada y, de los 4.876 predios mayores de 80 hectáreas que existían en 1965 en manos privadas, tan solo quedaban unos 200 sin nacionalizar.<sup>872</sup> Pero, al igual que con el Área Social, la oposición se atrincheró en el Parlamento y a principios de 1973 el Senado aprobó el proyecto de reforma constitucional promovido por el senador demócratacristiano Rafael Moreno para dificultar la reforma agraria.

En cuanto a la producción, creció un 5% en 1970-1971 y un 1,6% en 1971-1972. Jacques Chonchol ha subrayado que, a consecuencia del notable aumento de los salarios de los trabajadores, durante 1971 la demanda de alimentos creció un 14%, por lo que el país importó más. Igual sucedió en 1972, pero en un contexto económico mucho más difícil por el reducido precio internacional del cobre, el bloqueo económico norteamericano y la prolongada huelga en octubre de los camioneros y los gremios. La producción agrícola solo aumentó un 2% aquel año y la inflación se disparó en el segundo semestre, mientras los sectores sociales que se oponían al Gobierno se dedicaban a acaparar productos. Pese a todo, el consumo de alimentos se incrementó aquel año en un 12%. En 1973, la disponibilidad de estos retrocedió respecto a 1971 y 1972 por el descenso de la producción agropecuaria y las dificultades de carácter interno y externo para importar, puesto que aquel año el precio internacional del trigo se triplicó. La producción descendió en 1973 por las pésimas condiciones climáticas (fue un año muy lluvioso) y cuando en la primavera de 1972 se intentó recuperar con un esfuerzo extraordinario en las siembras, la huelga patronal de octubre paralizó los transportes de semillas, fertilizantes y combustibles.

A pesar de los conflictos y las dificultades, que impidieron construir una gran agricultura de base cooperativa, el Gobierno de Salvador Allende eliminó el latifundio y las relaciones feudales de producción inherentes a esta estructura de propiedad al expropiar durante aquellos tres años 4.490 predios que sumaban 6,6 millones de hectáreas y beneficiaron a unas cien mil familias.<sup>873</sup> Pese a la contrarreforma agraria de la dictadura, el gran latifundio con escasa inversión,

donde el negocio era la acumulación de la tierra y que se remontaba a los tiempos coloniales, desapareció de la faz del país.

## EL TENIENTE EN HUELGA

El 19 de abril de 1973 la mayoría de trabajadores del complejo minero de El Teniente (la mayor explotación subterránea de cobre del mundo) inició una huelga por razones inicialmente economicistas que desconcertó al Gobierno y a la Unidad Popular.<sup>874</sup> Pronto la oposición, con un protagonismo especial de la extrema derecha, logró instrumentalizar sus demandas y enrostrarles en su estrategia de desestabilización, hasta el punto de que el paro, aunque con fuerza decreciente, se mantuvo hasta el 3 de julio, causando pérdidas millonarias a la economía nacional.<sup>875</sup> El Gobierno sí pudo impedir que la protesta se extendiera a Chuquicamata y El Salvador.

El 14 de junio varios centenares de empleados de El Teniente llegaron a Santiago y, después de enfrentarse con violencia a las fuerzas policiales, se instalaron en los jardines del Congreso Nacional, donde fueron abucheados por los miles de partidarios de la UP que se manifestaban por el centro de la capital. Al día siguiente Allende recibió a los dirigentes de los huelguistas en La Moneda, una decisión que originó que por primera vez los partidos Socialista y Comunista difundieran una declaración de desacuerdo con su actuación. A su vez, el Presidente emitió un comunicado en el que justificó el encuentro porque aseguró que el Gobierno nunca había renunciado al diálogo con los obreros afines a la oposición: «He tenido una actitud permanente de compañero con los dirigentes de la Unidad Popular y los trabajadores, consecuente con la fraternidad revolucionaria que mantendré inalterable y tengo derecho a esperar un trato recíproco, así como el respeto a mi calidad de Jefe de Estado».<sup>876</sup>

El 22 de junio la Central Única de Trabajadores organizó una huelga general que culminó con una gigantesca manifestación en Santiago a la que concurrieron medio millón de personas. En su intervención Allende señaló que el día anterior había visitado el complejo minero de El Teniente, donde constató que la producción se mantenía en un promedio del 45% de la habitual y que ya estaban trabajando 4.604 de los 6.165 obreros y 919 de los 3.602 empleados. Se refirió también a la ola de atentados terroristas perpetrados por la derecha y la extrema derecha en Antofagasta, Calama, Linares, Melipilla, Rancagua y Santiago,

ensalzó la actitud de las Fuerzas Armadas («nunca como ahora fueron rodeadas del cariño y el respeto del pueblo») y llamó a impedir la guerra civil. «¿Cuándo está más seguro un país? ¿Cuándo vibra más un pueblo? Cuando la mayoría siente que hay una patria para todos. Se afianza más el sentido nacional, crece con más vigor el mandato de la historia cuando hay gente como ustedes que entienden por qué lucharon los próceres de la patria. Nunca como ahora un pueblo estuvo más dispuesto a dar más fuerza y vigor a la seguridad nacional, que se conquista con el arado, con la pluma, movilizandando las empresas y las industrias, elevando el nivel político y la conciencia de las masas, perfeccionando técnicamente a los hombres y a las mujeres, incorporando a la juventud a una gran tarea común y colectiva. Nunca como ahora Chile entenderá que la seguridad nacional estará presente porque estarán presentes los soldados del trabajo y los soldados de la patria».<sup>877</sup>

El Presidente mantenía su discurso permanente de elogio a la actuación de las Fuerzas Armadas, pero no había dudado en dar respuesta a la carta pública que el cuerpo de generales y almirantes en retiro le había dirigido. Aquel documento era una exhortación abierta al golpe de Estado, ya que denunciaron que el Gobierno había «tergiversado o violado» la Constitución en reiteradas ocasiones y por tanto las instituciones armadas podían eludir su deber de obedecerle, «con el riesgo que ello supondría para la estabilidad institucional». En su réplica, fechada el 4 de junio, Allende les recordó que la Constitución les imponía respetar y someterse a las instituciones democráticas y en primer lugar al Presidente de la República: «¿Adónde desearían ustedes llegar con el lógico desarrollo de sus planteamientos sobre una eventual “autonomía” de las Fuerzas Armadas frente a sus obligaciones “ante los Poderes del Estado”?».<sup>878</sup>

827. *La gira de Chile*. Quimantú. Santiago de Chile, 1973, p. 8. Este libro incluye numerosas fotografías y documentos de aquel viaje.
828. Entrevista a Óscar Soto. Madrid, enero de 2013. El documental *Golpe de estado en Santiago*, dirigido por Michael Trubitsch, ofrece unas imágenes impactantes de la acogida multitudinaria en México.
829. *América Latina: un pueblo continente*. Archivo Salvador Allende, n.º 1, p. 118.
830. *Salvador Allende. Discursos*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1975, pp. 511-530.
831. Martner (1992), p. 17.
832. Martner (1992), pp. 626-652.
833. Apenas catorce meses después de aquel histórico discurso, el 21 de febrero de 1974 Hortensia Bussi habló en Nueva York, ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, para denunciar la represión de la dictadura militar. Partió evocando las primeras palabras de su esposo aquel 4 de diciembre de 1972 y concluyó con la mención de su despedida a través de Radio Magallanes el 11 de septiembre de 1973. *La solidaridad mundial con Chile*. Archivo Salvador Allende, n.º 15. Instituto Politécnico Nacional. México, 1990, pp. 13-21.
834. *De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. Archivo Salvador Allende, n.º 12, pp. 167-176.
835. Farías, Tomo 5, pp. 3.699-3.702.
836. El diario del Partido Comunista de Chile la transcribió: *El Siglo*, 11 de diciembre de 1972, p. 14.
837. Bitar, p. 195.
838. *Salvador Allende. Discursos*, pp. 573-590.
839. *Bohemia*. La Habana, 5 de octubre de 1973, pp. 34-39.
840. *La Opinión*. Buenos Aires, 15 de diciembre de 1972, p. 1.
841. En tono apocalíptico, el entonces subdirector de *El Mercurio* ha asegurado que era un paso más hacia «un esquema socialista riguroso». Fontaine Aldunate, Arturo: *Todos querían la revolución. Chile, 1964-1973*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1999, pp. 158-161. Por su parte, una pobladora del campamento Nueva La Habana (dirigido por el MIR) declaró entonces en alusión a las críticas de la derecha: «Hablan de racionamiento como si esa palabra fuera a asustarle al pueblo. ¿No se dan cuenta de que nosotros siempre hemos vivido racionados? Y racionados con los sueldos que nos pagaban los ricos. Yo empecé a trabajar a los 8 años...». *Chile Hoy*, n.º 32. 19 de enero de 1973, p. 29.
842. Bitar, pp. 209-216.
843. *El Gobierno popular*. Archivo Salvador Allende, n.º 9, pp. 209-223.
844. Moulán, Luis y Guerra, Gloria: *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista utópico*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2000, p. 252.
845. Correa, pp. 37-40.
846. *Las Últimas Noticias*, 1 de marzo de 1973. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, pp. 595-598.
847. Corvalán Marquez, pp. 248-249.
848. Corvalán (1978), pp. 160-168.
849. Farías, Tomo 6, pp. 4.188-4.203.
850. *La vía chilena al socialismo* (1973), pp. 293-322.
851. *Arriba*. Madrid, 3 de marzo de 1973, p. 13.
852. Dooner, Patricia: *Crónica de una democracia cansada. El Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Santiago de Chile, 1985, p. 136.
853. Moss, Robert: *El experimento marxista chileno*. Editora Nacional Gabriela Mistral. Santiago de Chile, 1974, p. 189.
854. Farías, Tomo 6, pp. 4.556-4.557.
855. Moyano Barahona, Cristina: *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del Partido-mito de nuestra Transición (1969-1973)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile, 2009, p. 177.
856. Silva, Alberto: «Chile 1970-1973: La política educativa de la Unidad Popular (I)». *Cuadernos de pedagogía*, n.º 4. Abril de 1975, pp. 19-23.

857. Corvalán Marquez, pp. 280-281.
858. El Partido Nacional no tardó en alertar de que la ENU suponía un intento gubernamental de implantar una tiranía cultural y educativa y el PDC exigió que la reforma respetara el pluralismo y el carácter democrático de la enseñanza. Mientras, las organizaciones estudiantiles vinculadas a la oposición, en especial la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, protagonizaban protestas callejeras junto con los estudiantes de las escuelas del barrio alto.
859. Prats, pp. 374-375.
860. *Mensaje*, n.º 209. Junio de 1972. En: *Chile visto por Mensaje. 1971-1981*. Aconcagua. Santiago de Chile, 1981, pp. 60-62.
861. Prats, pp. 377-379.
862. *Chile Hoy*, n.º 45. 19 de abril de 1973, p. 32.
863. Farías, Tomo 6, pp. 4.428-4.436.
864. De Ramón, Armando: *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*. p. 201.
865. Bruna, Susana: *Chile: La legalidad vencida*. Era. México, 1976, p. 185.
866. Ruiz-Tagle P., Jaime: *La participación de los trabajadores en las empresas del área de propiedad social: Chile 1970-1973*. Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano. Santiago de Chile, 1982, p. 25.
867. Dooner, pp. 158-159.
868. Amorós, Mario: *Sombras sobre Isla Negra. La misteriosa muerte de Pablo Neruda*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2012, pp. 72-74.
869. Silva Henríquez, Raúl: *Memorias. Tomo II*. Copygraph. Santiago de Chile, 1994, pp. 249-254.
870. Martner (1992), pp. 503-544.
871. Farías, Tomo 6, p. 4.614.
872. Billaz, René y Maffei, Eugenio: «La Reforma Agraria chilena y el camino hacia el socialismo. Algunas consideraciones». *Cuadernos de la Realidad Nacional*, n.º 11. Enero de 1973, p. 69.
873. *Análisis*, 12 de septiembre de 1988, p. 12.
874. Bitar, Sergio y Pizarro, Crisóstomo: *La caída de Allende y la huelga de El Teniente. Lecciones de la historia*. Las Ediciones del Ornitorninco. Santiago de Chile, 1986, p. 46.
875. Vives, Pedro A.: *El Chile de Allende*. Historia 16. Cuadernos del Mundo Actual, n.º 63. Madrid, 1994, p. 24.
876. Martner (1992), pp. 545-546.
877. Quiroga (1989), pp. 369-385.
878. Bravo Lira, Bernardino: *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile. 1924-1973*. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1978, pp. 248-256.

## La última apuesta

Salvador Allende no desistió en su esfuerzo por encontrar una solución democrática a la grave crisis política y económica. En julio, un dramático llamamiento del cardenal Raúl Silva Henríquez permitió reabrir el diálogo entre el Gobierno y el Partido Demócrata Cristiano, protagonizado directamente por Patricio Aylwin y por él y que se prolongó hasta el 1 de septiembre. Las condiciones planteadas por el PDC, una especie de *golpe blando* con la formación de un gabinete dirigido esencialmente por oficiales de las Fuerzas Armadas y la renuncia al programa de la Unidad Popular, imposibilitaron el entendimiento. La declaración aprobada por la Cámara de Diputados el 22 de agosto, firmemente contestada por el Presidente, franqueó el paso de manera definitiva a los generales facciosos. El 23 de agosto la renuncia de Prats situó al frente del Ejército al general Augusto Pinochet, quien el 9 de septiembre se unió a quienes planeaban el golpe definitivo. Aquella mañana, en Tomás Moro, Allende le había comunicado que en las próximas horas tenía previsto convocar a la sociedad a pronunciarse democráticamente en un plebiscito sobre el rumbo que debía tomar Chile.

### EL AFECTO DEL PRESIDENTE

En las primeras horas de la mañana del viernes 29 de junio de 1973 la unidad blindada más importante de la guarnición de Santiago (el regimiento Blindados n.º 2), al mando del coronel Roberto Souper, se levantó contra el Gobierno y sus tanques llegaron hasta el palacio de La Moneda. Este extraño movimiento militar fue derrotado en pocas horas por las tropas comandadas por el general Carlos Prats, pero dejó 22 personas muertas (entre ellos el cámara de televisión argentino Leonardo Henrichsen) y 32 heridos.<sup>879</sup> Algunos grupos de civiles

estuvieron involucrados, como los principales dirigentes de Patria y Libertad, entre ellos el abogado Pablo Rodríguez Grez y Benjamín Matte (presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura hasta dos meses antes), que optaron por refugiarse en la Embajada de Ecuador. Fue una sublevación equiparable al *ariostazo* de 1939 o el *tacnazo* de 1969, pero en las condiciones políticas del momento muy reveladora para los conspiradores.<sup>880</sup> A pesar de la escalada de denuncias de la oposición sobre el «ejército paralelo» que estaría formando, probó que la UP carecía de una fuerza militar propia capaz de oponer resistencia a una intentona golpista y que la movilización de las clases populares tan solo podría reforzar la imprescindible actuación legalista de al menos un sector de las Fuerzas Armadas. Así sucedió cuando, poco después de las diez de la mañana, la CUT y los partidos de izquierda pidieron a los obreros que se concentraran en sus lugares de trabajo y tomaran todas las medidas convenientes para defender al Gobierno y el proceso revolucionario.

El Partido Demócrata Cristiano solo condenó aquella sublevación cuando hubo fracasado y entonces Aylwin aseguró que repudiaban «cualquier golpe de Estado, venga de donde venga». Ni siquiera en aquellas circunstancias tan dramáticas el PDC atenuó su hostilidad hacia el Gobierno e impidió en el Congreso Nacional que pudiera declarar el estado de sitio en todo el territorio nacional ante el temor, compartido por el general Prats, de que otros regimientos intentaran quebrantar la legalidad. Por su parte, el Partido Nacional, que el 16 de junio había declarado que Allende había dejado de ser el Presidente constitucional y que las Fuerzas Armadas no tenían por qué respetar a un Gobierno ilegítimo,<sup>881</sup> concluyó que el imperativo era debilitar la cúpula constitucionalista de las Fuerzas Armadas y enfrentarlas con el Ejecutivo. Para ello decidió potenciar la denuncia de la formación de grupos «subversivos» por parte de la UP y el MIR y la infiltración izquierdista en las instituciones armadas.<sup>882</sup>

Desde la polémica de la ENU era evidente que el conflicto político invadía cada vez con mayor claridad la esfera militar, de ahí el énfasis del Gobierno y de los sectores que compartían inequívocamente la línea del Presidente Allende en ensalzar la actitud mantenida por el general Prats el 29 de junio, más aún después de que pocos días antes hubiera sufrido una desagradable provocación magnificada por la prensa derechista. Así, el diario comunista *El Siglo* destacó en un editorial que «las Fuerzas Armadas y el pueblo» habían aplastado el *tanquetazo* y elogió a «los soldados de la patria», que habían defendido la

legalidad democrática.<sup>883</sup>

Aquella fría noche del 29 de junio Salvador Allende habló desde un balcón de La Moneda a los miles de partidarios de la Unidad Popular que se habían concentrado, convocados por la CUT, en defensa del Gobierno constitucional. Les explicó lo sucedido y les pidió que «con el calor y la firmeza revolucionaria del pueblo» rindieran homenaje a las Fuerzas Armadas, Carabineros e Investigaciones, que habían aplastado la tentativa sediciosa. Uno a uno, el general Carlos Prats, el almirante Raúl Montero (comandante en jefe de la Armada) y el general César Ruiz Danyau (comandante en jefe de la Fuerza Aérea) aparecieron y fueron saludados con la consigna de «¡Soldado amigo, el pueblo está contigo!».

También se escucharon exclamaciones a favor de la entrega de armas al pueblo y del cierre del Congreso Nacional, a las que Allende respondió que si era necesario convocaría un plebiscito para que los ciudadanos decidieran sobre el conflicto que enfrentaba al Ejecutivo con la oposición: «Compañeros, (...) el proceso chileno tiene que marchar por los cauces propios de nuestra historia, nuestra institucionalidad, nuestras características, y por lo tanto el pueblo debe comprender que yo tengo que mantenerme leal a lo que he dicho; haremos los cambios revolucionarios en pluralismo, democracia y libertad, lo cual no significa ni significará tolerancia con los antidemócratas, tolerancia con los subversivos y tolerancia con los fascistas, camaradas. (...) Ahora deseo que el pueblo cumpla el compromiso que contrajo el jueves 21. Mañana de nuevo las usinas a levantar su humo para saludar a la patria libre; de nuevo al trabajo a recuperar las horas que significó el paro del jueves; mañana cada uno de ustedes a trabajar más, a producir más, a sacrificarse más por Chile y por el pueblo. Y enseguida, como se lo dijera también, a sacar la experiencia justa del paro de octubre y de la tentativa sediciosa de hoy día».<sup>884</sup>

Y en aquella noche invernal se despidió con cariño, con profundo afecto, del pueblo *allendista* que le escuchaba: «Por eso he querido convocarlos y quiero que den una vez más una gran lección, que se retiren a sus casas, que vayan a encontrar el calor de los suyos. Yo sé que en cada hogar modesto y humilde, en cada casa de trabajador había esta mañana una dolorosa inquietud. Yo sé que aquí en Santiago como en el resto de Chile, todos, también los trabajadores del campo, estaban con su espíritu alerta y con la decisión revolucionaria de combatir si era necesario por Chile y su destino libre. Compañeros, todavía algunos grupos fascistas están por allí, tengan cuidado, no caigan en

provocaciones. Tienen que tener confianza en el Gobierno, que ha demostrado su fuerza esta mañana y seguiremos demostrándola. Compañeros, quédense en sus casas, únense a sus mujeres y a sus hijos en nombre de Chile. Lleven mi cariño, mi respeto, mi admiración y mi fe a cada uno de los hogares de ustedes».

A principios de julio, en un nuevo gesto hacia el mundo demócratacristiano, propuso al rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco, que se incorporara a su gabinete como ministro de la Vivienda.<sup>885</sup> Además de ser un gran arquitecto y un destacado militante del PDC, Castillo Velasco y Allende compartían una larga relación de amistad, que había quedado demostrada unos meses antes, cuando este había acudido de inmediato a su hogar para acompañarle en el inmenso dolor por la pérdida de su hijo Javier en un accidente de tráfico, como ha evocado Mónica Echeverría: «La puerta se abre. Son mis compañeros de teatro. Me abrazan. Se van. Vuelve la oscuridad. De nuevo se abre la puerta, ahora se trata de Salvador Allende, el Presidente de la República. Ha dejado todos sus quehaceres y allí está de pie. Me estrecha en un largo abrazo».<sup>886</sup>

A pesar de su buena acogida a la propuesta, porque consideraba que podría ayudar a encauzar el conflicto, Fernando Castillo Velasco la sometió a la opinión de la dirección del PDC, que la desaprobó.<sup>887</sup>

#### SOLDADOS DE LA GUERRA FRÍA

Salvador Allende y Pablo Neruda se *despidieron* el 12 de julio de 1973. Desde su regreso a Chile el 21 de noviembre de 1972, el poeta se había recluso en su casa de Isla Negra y en febrero había presentado formalmente su dimisión al frente de la Embajada en Francia a través de una carta dirigida al Presidente.<sup>888</sup> El día en que cumplía 69 años, postrado en su dormitorio de Isla Negra, envuelto en la tristeza y la melancolía por su estado de salud y el futuro sombrío que temía para su patria, recibió la visita temprana de sus compañeros del Partido Comunista (Volodia Teitelboim, Gladys Marín y Rosendo Huenumán). Al mediodía un helicóptero se posó cerca de la hermosa casa que se inclina sobre la brava costa central: Allende y Hortensia Bussi llegaron a tiempo de compartir el almuerzo con Neruda y Matilde Urrutia y con el escritor venezolano Miguel Otero Silva y su esposa.<sup>889</sup> Conversaron sobre la difícil situación política del país, que obsesionaba al poeta, y también de su proyecto para celebrar su setenta

cumpleaños en 1974 con sus amigos escritores y artistas que llegarían de varias partes del mundo.

El 16 de julio un dramático llamado del cardenal Silva Henríquez para evitar un enfrentamiento armado abrió paso a la última etapa del diálogo entre el Gobierno y el PDC, que ya no fue ni siquiera tal, puesto que la dirección demócratacristiana se limitaría a exigir la capitulación de Allende. El 25 de julio el Presidente, en un discurso ante miles de dirigentes de la CUT, expresó su convicción de que debía hacer todos los esfuerzos posibles para impedir la guerra civil y por ello planteó «la necesidad» de negociar con el PDC una salida al conflicto.<sup>890</sup> Asimismo, señaló lo que a su juicio hubiera sucedido si los golpistas hubieran triunfado el 29 de junio: «Se habría desatado la dictadura fascista más sangrienta, más oprobiosa, habrían arrancado de raíz los más preciados principios de democracia, de libertad, habrían recurrido al terror y al asesinato masivo, se habrían producido masacres sanguinarias de dirigentes sindicales y de particulares».

Si el Partido Socialista, el MAPU y el MIR se opusieron a las negociaciones, con el argumento de que desmovilizaban a los trabajadores y suponían una claudicación ante las exigencias del PDC, mientras que el PC las apoyaba, en la oposición distintos actores actuaban para estimular o dinamitar un posible entendimiento. Así, a fines de julio el demócratacristiano Gabriel Valdés regresó a Chile y se encontró con Allende durante una cena en el departamento del abogado Hernán Santa Cruz y en los días siguientes se reunieron para almorzar con José Tohá. También se vio con Eduardo Frei y otros miembros de su partido y, tras un tiempo fuera del país, le sorprendió la exaltación de las críticas al Gobierno. En sus memorias Valdés dejó constancia de la relación de su amigo con quienes preparaban el golpe de Estado: «Al día siguiente, conversé largamente con Frei. Me pidió que habláramos en la calle, frente a su casa, porque temía ser grabado. Con congoja me explicó que tenía tres coroneles que le avisarían del golpe de Estado y ya había recibido aviso de dos de ellos. Me expresó que era una tragedia para Chile, pero era inevitable el colapso de Allende».<sup>891</sup> El presidente del Senado nada dijo al Presidente de la República de lo que se urdía en las sombras, puesto que compartía plenamente la *filosofía* que inspiraba la sedición.

La enorme tensión de aquellas semanas convivía con las pequeñas cosas de la vida cotidiana. El general Alberto Bachelet y Allende, masones ambos, se conocieron en 1960, tras el terremoto de Valdivia, cuando Bachelet fue

nombrado oficial de enlace para la recepción y distribución de la ayuda que se enviaba de Santiago a Puerto Montt y Allende viajó al sur en aquellas semanas. A principios de 1972, el Presidente le impuso la medalla de general de brigada aérea de la FACH<sup>892</sup> y a fines de aquel año le designó responsable de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización. «Era uno de los grandes puntos del conflicto político», recuerda su viuda, Ángela Jeria. «La derecha quería apretar el estómago de la gente y mi marido siempre decía: “El hambre no tiene color político”. Ahí empezó a gestarse el odio contra él», señala. A lo largo de 1973 el general Bachelet y Ángela Jeria tuvieron oportunidad de departir en dos ocasiones con Allende. El último encuentro fue en la casa del general y partió de un comentario simpático del Presidente: «Mire, usted siempre habla de que sale a cazar tórtolas, pero nunca me invita a comerlas...». «Cuando usted quiera», le dijo Bachelet. Acordaron reunirse un día de julio de 1973 y disfrutaron de un almuerzo y una conversación «muy gratos».<sup>893</sup>

La madrugada del 27 de julio otro hecho criminal conmocionó el país. Miembros de Patria y Libertad ametrallaron en su propia casa al edecán naval del Presidente de la República, el capitán de navío Arturo Araya. La estrategia de la tensión de la oposición no permitía un respiro.

El 30 de julio Allende recibió a Aylwin en La Moneda, el único encuentro que resultó del llamado del Cardenal, puesto que en los días posteriores intercambiaron cartas.<sup>894</sup> En su misiva del 31 de julio, Aylwin constató la coincidencia en torno a cuatro puntos: la urgencia de afianzar el Estado de Derecho, la oposición a la existencia de grupos armados, el fin de las ocupaciones de industrias y predios y la necesidad de definir las áreas de la economía. Su principal exigencia, a la que supeditaba la «cooperación desinteresada» del PDC para evitar la guerra civil, era la constitución de un gabinete con un notable peso de las Fuerzas Armadas, que velarían por que su actuación se ajustara a la legalidad. Como la respuesta de Allende había sido la formación de comisiones de trabajo paritarias que estudiaran fórmulas de consenso sobre los asuntos propuestos, Aylwin le advirtió de que las conversaciones habían llegado «a un callejón sin salida».

El 1 de agosto Allende le escribió para plantearle la necesidad de «un urgente entendimiento entre la mayoría democrática del país» con miras a explorar las coincidencias que existían entre el Gobierno y la «oposición democrática» para encauzar el conflicto político y detener la crisis económica. En concreto, sugirió que el Ejecutivo promulgaría la reforma constitucional sobre las áreas de la

economía a cambio de la aprobación de otra que especificaría que desde entonces eran necesarios los dos tercios del Congreso Nacional para eludir el veto presidencial a una iniciativa de este tipo.

No pudo ceder, en cambio, a la demanda del PDC de atribuir a las Fuerzas Armadas la dirección de su Gobierno porque suponía el fin del proyecto de la Unidad Popular. Después de recordar los ocho puntos que expuso el 25 de julio ante los dirigentes de la CUT,<sup>895</sup> que Aylwin había acogido favorablemente, le invitó a discutir y a buscar el «entendimiento mínimo» para preservar el régimen democrático: «No deseo dramatizar, pero tengo el deber de recordarle las trascendentes responsabilidades que usted y yo tenemos en los difíciles instantes que vive el país y las proyecciones históricas de nuestras decisiones. Por ello y por el interés superior de Chile, debemos continuar el diálogo». Pero el 6 de agosto Aylwin dio por cerrada la interlocución con el Presidente, decisión que el PDC escenificó con su apoyo decidido al paro de los transportistas que se había iniciado el 26 de julio.

Tal y como reconoció Renán Fuentealba en 1988, en la Democracia Cristiana había una opinión favorable a «la intervención militar», existía «una mayoría de personas que, sinceramente, estimaban que no quedaba otra cosa que una solución a través de las Fuerzas Armadas».<sup>896</sup>

#### EN CASA DEL CARDENAL

La noche del 3 de agosto en una casa de Puente Alto, en la periferia de Santiago, los secretarios generales del Partido Socialista y del MIR, Carlos Altamirano y Miguel Enríquez, se reunieron con un grupo de marineros encabezados por el sargento segundo Juan Cárdenas que les revelaron que en la Armada se estaba gestando un golpe de Estado. Tres días después en la madrugada, este suboficial y sus compañeros fueron detenidos, acusados por su institución de participar en un «movimiento subversivo» apoyado por «elementos extremistas». De inmediato, la prensa conservadora y la oposición emprendieron una campaña para acusar a Altamirano, Enríquez y Óscar Guillermo Garretón (secretario general del MAPU) de promover la infiltración de las Fuerzas Armadas para preparar un «autogolpe» de la izquierda. Mientras, en el cuartel Silva Palma de Valparaíso aquellos militares democráticos eran torturados, preludio de lo que sucedería allí y en más de mil lugares de todo

Chile a partir del 11 de septiembre.<sup>897</sup>

En agosto y principios de septiembre de 1973, las Fuerzas Armadas realizaron violentos allanamientos de empresas del Área Social, *poblaciones*, Centros de Reforma Agraria, locales de partidos de izquierda y sindicatos en aplicación de la Ley de Control de Armas y en el transcurso de estas acciones incluso dieron muerte a varias personas. La llamada «nueva Ley Maldita» no se aplicó a quienes realmente conspiraban contra el Gobierno constitucional, sino a las organizaciones de la clase obrera, que según la propaganda opositora estaban acumulando armas para formar un «ejército guerrillero». De este modo, los militares se adiestraron en la represión del movimiento popular, interiorizaron aún más el fantasma del «peligro comunista», se predispusieron para reprimir al pueblo al que tenían la obligación de defender y respetar. Además, las fuerzas más extremistas de la oposición intentaron aterrorizar a personas muy destacadas de la UP con el envío de tarjetas en las que se leía «Ya viene Yakarta», estremecedora consigna que también apareció pintada en los muros y que evocaba la reciente masacre de decenas de miles de militantes comunistas en Indonesia por parte de la dictadura militar de Suharto, apoyada por Estados Unidos, Reino Unido y Australia.

El 9 de agosto, el Presidente Allende dispuso un nuevo cambio en el Gobierno, con la inclusión de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas: Carlos Prats asumió la cartera de Defensa, el almirante Raúl Montero, Hacienda, y César Ruiz Danyau, Obras Públicas y Transportes, mientras que el director general de Carabineros, el general José Sepúlveda, se ocupó de Tierras y Colonización. El último gabinete cívico-militar fue efímero porque el 17 de agosto Ruiz Danyau presentó su dimisión al haber sido incapaz de solucionar la huelga de los camioneros, si bien, a petición de Allende, también renunció a la jefatura de la FACH. El Presidente ofreció esta responsabilidad al general Gustavo Leigh, quien —según el general Prats— se sintió profundamente emocionado y le aseguró que esperaba corresponder a su confianza.<sup>898</sup>

La noche del 17 de agosto, el cardenal Silva Henríquez invitó a cenar en su casa al Presidente de la República y a Patricio Aylwin. Tan solo les acompañaba su secretario, el padre Luis Antonio Díaz. «Allende era un invitado perfecto para las ocasiones sociales. Actuaba con naturalidad, hacía gala de buen humor y pasaba con facilidad y elegancia de los temas triviales a los trascendentales. Parecía que cualquier escenario le era cómodo. Cuando nos sentamos, él comenzó a hablar precisamente de cosas accesorias y, casi sin que lo notáramos,

pasó a describir su tarea de gobernante». Los recuerdos del Cardenal dibujaron una conversación sincera y por ese mismo motivo dramática, ya que Aylwin le expresó abiertamente su opinión: el resultado de su gestión era caótico (destrucción de la democracia y ruina económica) y Chile se encaminaba «hacia la dictadura del proletariado». En el que fue su último encuentro, se despidieron cerca de las dos de la madrugada con la intención declarada de volver a explorar un acuerdo en torno a algunos aspectos cruciales, como la definición del Área Social o la resolución del conflicto de la Papelera.<sup>899</sup>

## EL ASCENSO DE PINOCHET

A partir del 21 de agosto se desencadenaron los últimos hechos decisivos que posibilitaron el derrocamiento del Gobierno constitucional el 11 de septiembre. Aquella tarde el general Prats descansaba aquejado de una fuerte gripe cuando minutos después de las cinco se despertó por el griterío que escuchó ante la residencia oficial de comandante en jefe del Ejército. Inicialmente unas trescientas mujeres (entre ellas varias esposas de generales y oficiales en activo) y poco después hasta mil quinientas personas, incluidos niños, le insultaban y le calificaban de «traidor», al tiempo que lanzaban todo tipo de improperios contra el Presidente de la República y la Unidad Popular. Por la noche, el general Pinochet le visitó para expresarle su solidaridad y fue pifiado e insultado, como también, minutos después Allende, Orlando Letelier (ministro del Interior) y Fernando Flores (ministro secretario general de Gobierno).<sup>900</sup>

Al día siguiente, Prats reunió a todos los generales de su institución presentes en Santiago y les pidió que suscribieran una declaración pública de solidaridad. El 23 de agosto, Pinochet le informó temprano de la disconformidad de la mayoría de ellos y que, además, quienes sí estaban dispuestos (los generales Mario Sepúlveda, comandante de la guarnición de Santiago, y Guillermo Pickering, comandante de Institutos Militares) le habían presentado su dimisión. Prats intentó persuadir a Sepúlveda y Pickering, oficiales de reconocido prestigio constitucionalista, de que rectificaran, pero le respondieron que su marcha le facilitaría la decisión de pasar a retiro a algunos de los generales más comprometidos con la sedición. Sin embargo al mediodía Prats informó de estas renuncias a Allende y al ministro Flores y pidió por escrito al Presidente que aceptara su dimisión como ministro de Defensa y comandante en jefe del

Ejército.<sup>901</sup> En sus memorias, escribió: «Lo convengo cuando le manifiesto que, si continuara en mi cargo de titular, tendría que solicitarle que aplicara su facultad presidencial contra doce o quince generales y esa medida iba a precipitar la guerra civil. En tal caso, yo sería el culpable de la sangre que se derramara entre hermanos y él sería el cómplice principal. Le añado que, por mi parte, no estoy dispuesto a ensangrentarme las manos y, en cambio, si me sucedía el general Pinochet —que tantas pruebas de lealtad me había dado— quedaba una posibilidad de que la situación crítica general del país propendiera a distenderse. Esto le daba la chance de contar con más tiempo a él, como Presidente, para lograr el buscado entendimiento con la DC y, a su vez, le daba a Pinochet plena independencia para llamar a retiro a los dos o tres generales más conflictivos».<sup>902</sup>

Por tanto, el 23 de agosto de 1973 Allende designó comandante en jefe del Ejército al general Augusto Pinochet, quien obtuvo su confianza por la posición constitucionalista que había exhibido en numerosas ocasiones, no en vano, según el embajador norteamericano, el día anterior le había expresado: «Señor Presidente, sepa por favor que estoy dispuesto a dar mi vida en defensa del Gobierno constitucional que usted encarna».<sup>903</sup> Aquella tarde tuvo lugar la primera reunión del Consejo de Seguridad Nacional a la que Gustavo Leigh y Pinochet acudieron como jefes de la Fuerza Aérea y del Ejército. En el transcurso de la misma, Allende explicó a los oficiales más importantes del país la ola de atentados de los últimos días y les aseguró que estaban al borde de una guerra civil.<sup>904</sup>

La subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil durante cuatro décadas había contribuido a asentar el mito de su «profesionalidad», asumido de manera acrítica por Salvador Allende y amplios sectores de la izquierda. En el caso de un golpe de Estado, la UP confiaba en que una parte significativa de las Fuerzas Armadas estaría dispuesta a defender la Constitución, como era su deber. Sin embargo, adoleció de una insuficiente comprensión de la vinculación técnica, económica e ideológica de las Fuerzas Armadas respecto a Estados Unidos en el contexto de la *guerra fría*. La dependencia militar se remontaba a 1947, cuando Chile suscribió el Tratado Interamericano de Mutua Defensa, y 1952, cuando se adhirió al Programa de Asistencia Militar, diseñados por Washington. En contraste con el bloqueo económico y financiero ya descrito, la «ayuda» militar estadounidense a este país entre 1970 y 1973 aumentó de los 800.000 dólares de 1970 a los 5,7 millones de dólares de 1971, los 12,3 millones

de dólares de 1972 y los 15 millones de dólares de 1973.<sup>905</sup> Por otra parte, el *Informe Church* reveló que, entre 1966 y 1973, 1.182 oficiales chilenos se adiestraron en centros militares de este país, donde les inculcaron la anticomunista Doctrina de Seguridad Nacional y les enseñaron terribles métodos de tortura que se pusieron en práctica a partir del 11 de septiembre de 1973.

El 24 de agosto Allende ofreció una respuesta contundente a la declaración de la Cámara de Diputados aprobada por las fuerzas opositoras dos días antes, que acusó al Gobierno de haber pretendido siempre la instauración de un régimen totalitario y hacer de la conculcación de la legalidad su norma de actuación. Por si el mensaje no era lo suficientemente explícito, insistían en que el Ejecutivo amparaba la formación y desarrollo de «grupos armados» destinados a «enfrentarse contra las Fuerzas Armadas».<sup>906</sup> Sergio Onofre Jarpa ha reconocido que aquella declaración, que «fue consultada a algunos senadores, entre ellos Patricio Aylwin», fue un aldabonazo en la puerta de los cuarteles.<sup>907</sup>

En su réplica, subrayó que esta declaración carecía de validez jurídica, ya que el Congreso Nacional solo podía pronunciarse sobre la legalidad de la actuación del Ejecutivo con la aprobación, por una mayoría de dos tercios, de una acusación constitucional. Por ello, aseguró que su auténtica finalidad era exhortar a las Fuerzas Armadas a quebrantar sus deberes constitucionales: «Hoy, cuando la reacción embiste de frente contra la razón del Derecho y amenaza de muerte a las libertades, cuando los trabajadores reivindican con fuerza una nueva sociedad, los chilenos pueden estar seguros de que el Presidente de la República, junto al pueblo, cumplirá sin vacilaciones con su deber, para asegurar así la plena realidad de la democracia y las libertades dentro del proceso revolucionario».<sup>908</sup>

La escalada de la oposición sobrepasaba diariamente el umbral de los límites legales. El 26 de agosto el Colegio Médico envió una carta a Allende para solicitarle su renuncia. Con los mismos argumentos de la oposición y una mención explícita a la proclama de la Cámara de Diputados del 22 de agosto, la directiva gremial consideraba que ya no tenía sentido solicitar un cambio de rumbo, sino directamente su retirada ante el proceso de «demolición nacional» producto de la «ideología marxista y el sectarismo que inspiran a usted y al régimen que preside...».<sup>909</sup> Los elogios de 1952 y 1970 cedían ante la defensa de los intereses de clase por parte de la mayoría de sus colegas.<sup>910</sup>

Precisamente, en los últimos días de agosto los doctores Óscar Soto y Arturo Jirón llegaron a La Moneda para hablar sobre el conflicto con el Colegio

Médico, que «fue muy duro para Allende», recuerda Soto. En aquella conversación el Presidente les recomendó que tramitaran su pasaporte... «Las cosas están tomando un cariz muy violento, tienen que proteger a la familia», les dijo.<sup>911</sup>

El 1 de septiembre Aylwin cerró de manera definitiva las puertas a un entendimiento, que Allende había intentado reabrir en los días anteriores por mediación del ministro del Interior (Carlos Briones), con una declaración pública que criticaba «la mentalidad totalitaria, el sectarismo y el desprecio al orden jurídico» que prevalecían en la actuación del Ejecutivo.<sup>912</sup> La estrategia de la oposición, caracterizada por el bloqueo parlamentario, el boicot económico, la conspiración golpista y la desestabilización social, se complementó en aquellas semanas con una gran escalada terrorista, puesto que entre el 23 de julio y el 5 de septiembre cometieron 1.015 atentados (uno por hora), con un balance de más de una decena de personas muertas y 117 heridos, además de cuantiosos daños económicos.<sup>913</sup>

El 4 de septiembre tuvo lugar la última y más multitudinaria manifestación de la Unidad Popular, cuando un millón de personas (agrupadas en las columnas «La Patria Vencerá»; «Tercer Aniversario»; «Unidad y Combate» y... «A Parar el Golpe») recorrieron las principales arterias de la capital hasta desembocar ante el escenario levantado en la plaza de la Constitución, presidido por el lema: «Unidad y combate contra el golpismo. La Patria vencerá». Durante más de ocho horas desfilaron en apoyo del Gobierno constitucional, del Gobierno que había nacionalizado el cobre y la banca, creado el Área Social, profundizado la reforma agraria y terminado con el latifundio, estimulado la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, integrado a Chile en el Movimiento de Países No Alineados, extendido el acceso a la cultura y a la educación media y superior a millones de chilenos y que entregaba medio litro de leche diario a todos los niños. «El sentido de la disciplina y de la organización es tal que nos sentimos como un gran ejército de hombres, mujeres y niños reunidos», escribió Joan, la esposa de Víctor Jara, pero «no hay armas, solo pancartas pintadas a mano en las que se declara que sus portadores están contra el fascismo y el terrorismo y dispuestos a defender a su Gobierno».<sup>914</sup>

El sábado 8 de septiembre Salvador Allende almorzó con el general Prats y le explicó que el lunes convocaría el plebiscito tras conocer que el PDC intentaría ahora forzar su renuncia maniobrando para que el Congreso Nacional le declarara «inhábil». Prats le advirtió de que la preparación de tal votación se demoraría más de un mes y él tenía constancia de que se produciría un pronunciamiento militar antes del 18 de septiembre, día de la independencia nacional. «¿Entonces, usted no cree que habrá algunos regimientos leales al Gobierno, capaces de contener a los golpistas?», le preguntó Allende. «¿Entonces no cree en la lealtad de Pinochet y de Leigh, a quienes nombré como comandantes en jefe?». Su interlocutor también confiaba en ambos generales, pero creía que ellos y el almirante Raúl Montero serían sobrepasados por los oficiales golpistas y que las Fuerzas Armadas en bloque participarían en el golpe.<sup>915</sup>

Cuando las sombras de la tarde empezaban a descender sobre Santiago, Allende se dirigió hacia la cordillera, a la casa de Cañaverl (propiedad de la Payita), la residencia que solía utilizar los fines de semana como lugar de trabajo y descanso, donde su hija Beatriz celebraba su cumpleaños. Allí disputó un par de partidas de ajedrez con Jorge Timossi, corresponsal de la agencia cubana Prensa Latina, a quien, mientras colocaban los alfiles y los caballos, le comentó: «La cosa está muy fea. Tomaré una determinación en un par de días. Ya ve: hice buenos enroques y alguna buena variante. Pero se me están acabando los peones».<sup>916</sup>

Quienes sí conocían los detalles de la trama golpista eran los agentes de la CIA destacados en el país, con contactos privilegiados en la oposición y entre los altos oficiales que preparaban la traición. Por ello, informaron a su cuartel general aquel mismo día: «De acuerdo con [tachado], la Marina tiene como fecha de inicio del movimiento para derrocar al Gobierno de Salvador Allende en Valparaíso a las 8:30 el 10 de septiembre. La Fuerza Aérea apoyaría esta iniciativa después de que la Armada inicie las acciones de tomar la provincia de Valparaíso, dirigir un ultimátum exigiendo la renuncia de Allende o amenazando con tomarse Santiago (...). Después de que la Armada emprenda esta acción contra el Gobierno, la FACH silenciaría los radios gubernamentales. Al mismo tiempo, planea establecer una cadena nacional usando las estaciones radiales existentes de la oposición tales como las emisoras Balmaceda, Minería y Agricultura». Una información impecable cuando aún faltaban 72 horas para que se desarrollaran estos acontecimientos.

Tal era el grado de conocimiento que la CIA tenía de la sublevación que al día siguiente sus agentes anunciaron que «las acciones de la Armada del 10 se han pospuesto, probablemente para el 11 de septiembre» y auguraron que Allende enfrentaba «la más seria amenaza para continuar en su cargo desde que fue electo hace tres años».<sup>917</sup>

El trabajo realizado a partir de las órdenes de Nixon a Kissinger entre septiembre y noviembre de 1970 terminó por dar sus resultados: las Fuerzas Armadas estaban a punto de derrocar a Allende y destruir el régimen democrático, tal y como informó a su secretario de Estado el embajador estadounidense, Nathaniel Davis, el 9 de septiembre en Washington.

Después de que Allende asumiera la Presidencia de la República, el Comité de los 40 (el organismo que aprobaba las operaciones secretas del Gobierno de Estados Unidos) había autorizado en múltiples ocasiones la entrega de ayuda económica por un valor total en el periodo superior a los ocho millones de dólares a los partidos políticos, grupos sociales y medios de comunicación antisocialistas.<sup>918</sup> Por citar algunos ejemplos posteriores a las elecciones municipales, a mediados de mayo de 1971 otorgó 322.000 dólares para ayudar al PDC y a su diario (*La Prensa*); el 9 de septiembre, 700.000 dólares para *El Mercurio*; el 5 de noviembre, 815.000 dólares para la oposición y para actividades destinadas a dividir a la UP; el 15 de diciembre, 160.000 dólares para los candidatos opositores en las elecciones de Colchagua y O'Higgins y Linares; el 11 de abril de 1972, de nuevo 965.000 dólares a *El Mercurio*; el 24 de abril, 50.000 dólares para intentar dividir a la UP; el 21 de septiembre, 24.000 dólares para una organización empresarial; el 26 de octubre, 1.427.666 dólares para apoyar a las organizaciones políticas y sociales opositoras de cara a las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973; el 12 de febrero de 1973, otros 200.000 dólares para estos mismos receptores; el 21 de agosto, un millón de dólares para las organizaciones sociales y políticas de la oposición. Y todavía el 15 de octubre Washington financió con 34.000 dólares a una estación de radio «anti-Allende» y contribuyó a sufragar los gastos de chilenos que viajaron a distintos países para justificar el golpe de Estado.

En marzo de 1976, Oriana Fallaci entrevistó a William Colby, director de la CIA en septiembre de 1973, y le preguntó directamente si Salvador Allende tenía derecho a gobernar Chile. «¿Acaso no ganó Mussolini las elecciones? ¿Y gracias a ellas no se convirtió Hitler en canciller de Alemania?», respondió Colby con fiereza. «Estábamos en nuestro derecho de apoyar a los adversarios de Allende,

al igual que lo estamos, en Europa, de ayudar a quienes se oponen al avance comunista. La CIA viene haciendo eso hace treinta años y lo hace bien».<sup>919</sup> Para el Gobierno de Nixon, el Chile de Allende no tenía ninguna diferencia con la Cuba de Castro o la URSS de Breznev. Las características de la «vía chilena» eran demasiado complejas para el combate de la *guerra fría* y la hegemonía del imperialismo norteamericano en Occidente.

Pero no solo Estados Unidos instigó la destrucción de la democracia en Chile. La dictadura militar brasileña también prestó cobertura a los conspiradores a través de su Embajada en Santiago. En 2001 el alcalde de Río de Janeiro, César Maia, reveló en una carta publicada en el diario *Jornal do Brasil* la implicación de la sede diplomática en los preparativos del golpe y habló de una reunión celebrada allí mismo el 7 de septiembre de 1973, cuando decenas de personas participaban en la fiesta nacional de Brasil. «Nuestra embajada fue transformada en un nido clandestino de conspiradores, en una sala de guerra...», aseguró Maia, quien estuvo refugiado en Chile en aquellos años.<sup>920</sup> Incluso, como reveló en agosto de 2003 *La Tercera*, el embajador brasileño en Chile, Antonio Candido da Camara Canto, era conocido como «el quinto miembro de la Junta Militar». No en vano la misma tarde del 11 de septiembre comunicó a Pinochet, Leigh, Merino y Mendoza el reconocimiento de su país y semanas después la Junta Militar recibió un préstamo de cien millones de dólares de Brasilia.

## EL DÍA DECISIVO

El domingo 9 de septiembre, a las diez y media de la mañana, Salvador Allende recibió en su residencia de Tomás Moro a una delegación del Partido Comunista integrada por su secretario general, Luis Corvalán, su subsecretario general, Víctor Díaz, y el ex ministro Orlando Millas. El Presidente insistió en la gravedad de la situación y en particular en la tensión en el seno de las Fuerzas Armadas y les pidió que apoyaran su iniciativa de llamar a un plebiscito. «En su opinión, el golpe era inminente. Nos lo dijo con mucha serenidad, sin demostrar abatimiento», explicó Corvalán. La reunión fue interrumpida cuando les informaron de que en aquellos momentos el Partido Socialista celebraba un acto político en el Estadio Chile.

En el mayor recinto polideportivo cubierto del país, acompañado en la

tribuna por el Comité Central, Carlos Altamirano pronunció un encendido discurso, retransmitido por Televisión Nacional y varias emisoras de radio.<sup>921</sup> El secretario general del PS denunció «el terrorismo vandálico de los que se llaman demócratas» y que «tratan de paralizar el país, declaran huelgas para liquidar la economía, impiden la llegada y distribución de alimentos y luego estos “demócratas” culpan a los marxistas de los padecimientos de la población. (...) La oposición no quiere una salida pacífica y democrática, esto tienen que entenderlo los que están planteando el diálogo». Sus vibrantes palabras encendieron el ánimo de los miles de militantes que corearon sus conocidas consignas, en un mar de banderas socialistas, rojas, con el hacha araucana incrustada en el mapa de América Latina: «¡Crear, crear, poder popular!», «¡Trabajadores al poder, trabajadores al poder!»...

Altamirano prosiguió con una diatriba contra el paro de los transportistas, que acentuaba el gravísimo problema del desabastecimiento que angustiaba a muchos ciudadanos, se refirió de nuevo a los violentos allanamientos militares de industrias, predios y *poblaciones* e hizo un llamado que no podía sino indignar a quienes auspiciaban el golpe: «Los soldados, marineros, aviadores, carabineros son hermanos de clase de los trabajadores y no pueden disparar contra ellos». Al final, para infundir ánimos al «pueblo socialista» en un momento tan difícil para la Revolución Chilena, proclamó que no se dejarían aplastar por «una minoría oligárquica y sediciosa». «Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse de nuestro país. (...) El golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe. No se ataja conciliando con los sediciosos. El golpe no se combate con diálogos. El golpe se aplasta con la fuerza de los trabajadores, con la fuerza del pueblo... (...) El compañero Allende no traicionará, compañeros, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso».

Tras escuchar las palabras de su amigo, y en presencia de los tres dirigentes comunistas, Allende aseguró: «Esto no tiene remedio».<sup>922</sup> Hacia el mediodía, también en Tomás Moro, recibió a Pinochet y al general Orlando Urbina, inspector general del Ejército, para comunicarles que en las próximas horas iba a convocar un plebiscito para que el país resolviera «el camino a seguir». Según la descripción que la noche del 10 de septiembre hizo a sus colaboradores más cercanos, «los ojos se les pusieron redondos... y los generales preguntaron, balbuceando: “Pero, Presidente... ¿es una resolución ya definitiva y firme la de llamar a un referéndum?”». «Sí, general, está resuelto». «Esto cambia toda la

situación, Presidente, ahora va a ser posible resolver el conflicto con el Parlamento», aseguró Pinochet.<sup>923</sup>

En el transcurso de aquel domingo 9 de septiembre el almirante José Toribio Merino, jefe de la I Zona Naval (Valparaíso), logró comprometer en la traición a los jefes de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, y del Ejército.<sup>924</sup> Hasta entonces el general Pinochet se había esforzado por aparecer como leal a las obligaciones constitucionales de las Fuerzas Armadas.<sup>925</sup> Como comandante de la guarnición de Santiago, como jefe del Estado Mayor del general Prats, actuó siempre sin reproche alguno de sus superiores y a veces incluso mereció el elogio público de Allende y la prensa de izquierdas. «Fue escrupuloso, como lo exige el abc de la traición. Sin confianza del otro no hay puñal en la espalda, como bien saben los renegados, los hijos de Bruto», ha afirmado Joan Garcés.<sup>926</sup>

#### ÚLTIMA NOCHE EN TOMÁS MORO

El lunes 10 de septiembre el ministro de Defensa, Orlando Letelier, recibió en su despacho durante más de dos horas a Pinochet, quien le comunicó que iba a acuartelar las tropas porque al día siguiente los tribunales de justicia de Valparaíso debían decidir sobre el desafuero del senador Altamirano y del diputado Óscar Guillermo Garretón.<sup>927</sup> En 1975, Letelier declaró que la víspera del golpe de Estado «una vez más el general Pinochet hizo alarde de sus condiciones democráticas, de sus sentimientos de admiración y lealtad al Presidente Allende y de su decisión de cumplir con su juramento de soldado de defender hasta las últimas consecuencias la Constitución y la persona del Presidente de la República».<sup>928</sup> Mientras, a las puertas del Ministerio, un grupo de mujeres vociferaban consignas golpistas: «¡Fuerzas Armadas al poder, te lo pide la mujer!» y «¡Ejército, Marina y Aviación salven la nación!».<sup>929</sup>

Aquel día Allende almorzó con Carlos Briones, José Tohá, Sergio Bitar y Joan Garcés y les explicó que al día siguiente por la mañana, desde la Universidad Técnica del Estado, se dirigiría al país para convocar un plebiscito, horas antes de la reunión de la dirección del Partido Demócrata Cristiano, con la esperanza de que acogieran la iniciativa de manera positiva. De La Moneda ya se había avisado a las televisiones y estaciones de radio de la emisión en cadena nacional del mensaje presidencial en las próximas horas.<sup>930</sup> «Anunciará Allende una salida política a la crisis chilena», tituló el bonaerense *La Opinión* el 11 de

septiembre.

Por la tarde, el Presidente se reunió junto con sus quince ministros en un consejo extraordinario de gabinete, del que no se entregó declaración alguna a la prensa, aunque él sí expresó su «absoluta fe y optimismo en que se superarán las horas difíciles que vivimos».<sup>931</sup> En 1975, el último ministro de Defensa de la UP recordaba así sus palabras: «Soy el Presidente constitucional de Chile y, si el fascismo pretende violentar la decisión del pueblo, yo sabré cumplir con mi deber. De este lugar me tendrán que sacar a mí primero. Ni la fuerza ni la traición me harán claudicar la dignidad del cargo de Presidente de la República de Chile ni al compromiso con el pueblo».<sup>932</sup> Además, comentó a sus colaboradores que estaba preparado el Plan Hércules, elaborado a lo largo de aquel año por el Estado Mayor de la Defensa para defender al Gobierno en el caso de una insurrección... y que al día siguiente fue aplicado por los golpistas.<sup>933</sup>

Aquella tarde Joan Garcés se encontró con la periodista Frida Modak, la secretaria de prensa del Presidente, quien le transmitió un mensaje del senador Renán Fuentealba dirigido a este: «Que no confíe para nada en el PDC. El único problema de Aylwin consiste en cómo deshacerse de Allende más pronto y con el menor costo».<sup>934</sup> En su libro Patricio Aylwin reconoce que cuando llegó a la sede de su partido, próxima a La Moneda, su compañero José de Gregorio le comunicó que el tantas veces anunciado golpe de Estado tendría lugar aquella noche y por ello se dirigió al domicilio de Frei, quien ya conocía esta información.<sup>935</sup> Ambos guardaron silencio.

Además, durante el fin de semana los presidentes provinciales del PDC habían propuesto que presentaran su renuncia todos los parlamentarios y el Presidente de la República, planteamiento aceptado por los diputados y senadores demócratacristianos, incluido Eduardo Frei,<sup>936</sup> y que el 11 de septiembre debía ser ratificado por el Consejo Nacional del partido, que también preparaba una concentración de masas para el jueves 13 en apoyo de los gremios en huelga (médicos, ingenieros, transportistas y comerciantes).<sup>937</sup>

La noche del 10 de septiembre Augusto Olivares, Orlando Letelier, Carlos Briones y Joan Garcés compartieron la cena con la familia Allende en la residencia de Tomás Moro. En el transcurso de la misma, el Presidente les detalló los contenidos del plebiscito que tenía previsto anunciar al día siguiente al mediodía y que se articulaban en torno a cinco puntos: medidas económicas para preservar a los sectores populares de los efectos del paro de los gremios patronales; acciones drásticas contra los grupos fascistas y terroristas; búsqueda

de un acuerdo final con el PDC en el Congreso Nacional en torno al Área Social o convocatoria de un referéndum para que la ciudadanía se pronunciara sobre este largo conflicto y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, que conviviría con el Congreso Nacional ordinario durante un tiempo.<sup>938</sup>

A las 21:30 horas, Olivares atendió una llamada telefónica de la secretaria privada de la Presidencia que le informó que dos camiones con soldados habían abandonado el regimiento de Los Andes y se dirigían a Santiago. Después de la cena, al referirse a la dramática situación del país, Allende comentó: «De algo podemos estar seguros, el golpe no será de la totalidad de las Fuerzas Armadas». Hasta que se acostó muy tarde (como acostumbraba a hacer), cerca de las dos de la madrugada, estuvo pendiente de estos movimientos de tropas ante los insistentes rumores procedentes de distintas fuentes. Desde La Moneda, Miria Contreras le confirmó el acuartelamiento del regimiento de Los Andes.

A petición de Allende, Letelier telefoneó en dos ocasiones al general Herman Brady, jefe de la guarnición de Santiago: «Dice que no hay nada de camiones. Se ha puesto en contacto con la guarnición de San Felipe y está todo normal. El acuartelamiento obedece a la preparación de la parada del día 19. Que él se hace cargo de la situación». Pero minutos después Altamirano trasladó esta misma información a Letelier y entonces este preguntó a Allende si se ponía en contacto con el comandante en jefe del Ejército. «No, no llame a Pinochet. No hace falta. Son tantos los rumores... Hace meses que no dormiría si tuviera que atender cada rumor». <sup>939</sup> El Presidente sí pidió al general Urrutia, director general subrogante de Carabineros, que tomara medidas especiales para las horas siguientes.

Minutos después de la una y media de la noche, la Payita volvió a telefonar a Allende para explicarle que el subsecretario de Guerra, el coronel Valenzuela, le había confirmado que dos compañías del regimiento de Los Andes habían partido hacia Santiago para reforzar la guarnición en previsión de posibles incidentes a consecuencia de la decisión que ese mismo día adoptarían los tribunales sobre los desafueros de Altamirano y Garretón. «¿Ya se divisan los tanques en La Moneda?», bromeó Allende. «Le contesté que todavía no se veían, pero parecía que estaban en camino», le respondió Miria Contreras.<sup>940</sup> Instantes después, el Presidente le devolvió la llamada: «He hablado con Brady... Váyase a descansar. Es muy tarde. Mañana será un día muy duro».

Apenas cuatro horas después de esta conversación, le despertaron con la información de que la Armada se había sublevado en Valparaíso. Minutos antes de las siete le dijo a Joan Garcés, quien entraba en su gabinete de trabajo: «Juan

Enrique, se ha sublevado la marinería... La oficialidad del submarino *Simpson* y la del crucero *Almirante Latorre*. La escuadra norteamericana está en alta mar, a la altura de Coquimbo<sup>941</sup> (...). Ninguno de los comandantes en jefe contesta al teléfono. Los carabineros son los únicos que responden. Están tomando las medidas previstas, salen a proteger La Moneda... He hablado con Brady. Le he dicho que tome las medidas propias de la situación y que si no las iba a tomar que fuera hombre y me lo dijera». <sup>942</sup>

Augusto Pinochet explicó que la primera vez que le telefonaron aquella mañana desde Tomás Moro «me hice como que estaba dormido, pero en el teléfono no estaba Allende, sino la telefonista. “Diga no más”, le dije, “qué pasa”. Me replicó: “El Presidente quiere hablar con usted”. Le pedí que le dijera que me esperara un momentito porque me iba a vestir. Cuando sonó por segunda vez el teléfono, yo ya no estaba...». <sup>943</sup> A las 7:40 horas, llegó al lugar que ocuparía durante toda aquella mañana, el «puesto uno», en la Central de Telecomunicaciones del Ejército, en Peñalolén, lejos del centro de la ciudad y cerca del aeródromo de Tobalaba por si el desarrollo de los acontecimientos aconsejaba huir del país. Por su parte, Gustavo Leigh ocupó el «puesto dos», en la Academia de Guerra Aérea, y el instigador del golpe en la Armada, el almirante José Toribio Merino, permanecía en Valparaíso.

Amanecía un día gris en Santiago... el último día de Salvador Allende.

879. Mires, Fernando: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. Siglo XXI. México, 1988, p. 368.

880. Uno de los protagonistas de la trama civil que preparó las condiciones para el 11 de septiembre de 1973 fue el periodista Federico Willoughby, primer secretario de prensa de la Junta Militar. Véase la excelente entrevista que le hizo Sergio Marras hace un cuarto de siglo, en la que reconoció que la conspiración contra Allende empezó en septiembre de 1970: Marras, Sergio: *Confesiones*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1988, pp. 11-36. Y recientemente ha publicado sus memorias: Willoughby, Federico: *La guerra. Historia íntima del poder en los últimos 55 años de política chilena. 1957-2012*. Mare Nostrum. Santiago de Chile, 2012.

881. *El Mercurio*, 17 de junio de 1973. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 690.

882. Corvalán Marquez, pp. 323-328.

883. Vidales, Carlos: *Contrarrevolución y dictadura en Chile*. Tierra Americana. Bogotá, 1974, pp. 204-207.

884. Farías, Tomo 6, pp. 4.771-4.776.

885. Zerán, Faride: *Tiempos que muerden. Biografía inconclusa de Fernando Castillo Velasco*. LOM-ARCIS. Santiago de Chile, 1998, pp. 87-88.

886. Echeverría y Castillo, p. 147.

887. Gumucio, Rafael Agustín: *Apuntes de medio siglo*. CESOC. Santiago de Chile, 1994, p. 213.

888. Esta carta, escrita en la característica tinta verde que usaba Neruda, se conserva en el archivo de la Fundación Salvador Allende porque fue uno de los documentos evacuados a Cuba tras el golpe de Estado gracias al trabajo de Miria Contreras, Beatriz Allende y Patricia Espejo.

889. *Literatura chilena en el exilio*, n.º 1. Los Ángeles (Estados Unidos), enero de 1977, p. 27.

890. *El Siglo*, 26 de julio de 1973. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 1, p. 763.

891. Valdés, pp. 239-241.

892. El documento que acredita este ascenso, con la firma del Presidente Allende, se conserva en el Fondo Ernesto Galaz del archivo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, construido por iniciativa de la Presidenta Michelle Bachelet. Se reproduce en el Apéndice V. Agradezco a María Luisa Ortiz Rojas, jefa del Área de Colecciones e Investigación de este museo, la autorización para su reproducción.

893. Entrevista a Ángela Jeria. Santiago de Chile, noviembre de 2012.

894. Farías, Tomo 6, pp. 4.842-4.849.

895. Los ocho puntos expuestos por el Presidente eran el afianzamiento de la autoridad del Ejecutivo; el rechazo de la existencia de grupos armados paralelos a las Fuerzas Armadas y la marginación de estas de la lucha política; el desarrollo del «poder popular», pero vinculado al Ejecutivo y sin construir una institucionalidad paralela; la reafirmación del camino político-institucional al socialismo; el reconocimiento de las competencias de cada Poder del Estado; la plena vigencia del Estado de Derecho, por lo que era imprescindible poner fin al bloqueo legislativo; la definición del régimen de propiedad de las empresas y del Área de Propiedad Social; y la aprobación de medidas que contuvieran la inflación, aseguraran la distribución y garantizaran el desarrollo económico del país.

896. *Pluma y Pincel*, n.º 46. Santiago de Chile, 28 de octubre de 1988, p. 10.

897. Con una investigación monumental, el historiador Jorge Magasich ha relatado la historia del movimiento de los marinos antigolpistas: *Los que dijeron no*. 2 volúmenes. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008.

898. Prats, p. 472.

899. Silva Henríquez, pp. 269-275.

900. Esa misma presión psicológica de parte de la oposición la sufría también la oficialidad media y subalterna. «Durante semanas, todos los días, los hombres recibían esa presión a través de su mujer, de sus hijos, de sus familiares y de sus amigos, respecto de la situación que se estaba viviendo y hasta cuándo lo íbamos a tolerar...», recordó en 1988 el general Mario Sepúlveda. *Análisis*, 5 de septiembre de 1988, p. 11.

901. El general Prats transcribió esta carta en sus memorias. Se incluye en el Apéndice V: es la primera

vez que se publica la reproducción íntegra del original. Agradezco a la Fundación Salvador Allende la autorización para hacerlo. El 25 de agosto de 1973, el Presidente Allende le hizo llegar su respuesta, en la que elogiaba su actuación en los tres últimos años y le expresaba su reconocimiento personal e institucional. Prats, pp. 489-491.

902. Prats, pp. 485-486.

903. Davis, p. 209. Y en una entrevista concedida a fines de julio a la agencia de noticias Inter Press Service, Pinochet señaló respecto al *tanquetazo* y la actuación del coronel Souper: «Se trata de un jefe que se salió de los cánones profesionales y cuyo destino está en manos de la justicia militar...». *La Opinión*. Buenos Aires, 12 de septiembre de 1973, p. 2.

904. Varas, Florencia: *Gustavo Leigh. El general disidente*. Aconcagua. Santiago de Chile, 1979, pp. 122-123.

905. Falcoff, p. 226.

906. Pinochet justificó en numerosas ocasiones el golpe de Estado a partir de esta declaración. Por ejemplo, el 18 de julio de 1999, en una entrevista concedida durante su detención en Londres, respondió con estas palabras a la pregunta de cuál fue el «factor decisivo» que les decidió a sublevarse contra el Gobierno constitucional: «Fue precisamente ese acuerdo de la Cámara de Diputados que emplazó literalmente a las Fuerzas Armadas para que pusieran término a los atropellos del Estado de Derecho que denunciaba...». *El Mercurio*, 18 de julio de 1999. Cuerpo C, p. 2.

907. Arancibia Clavel, Patricia *et alii: Jarpa. Confesiones políticas*. La Tercera-Mondadori. Santiago de Chile, 2002, p. 190.

908. Farías, Tomo 6, pp. 4.996-5.006.

909. *Vida Médica*, agosto de 1973, pp. 12-13.

910. El Colegio Médico aplaudiría de manera incondicional el golpe de Estado. «Los días en que opusimos tenaz resistencia al Gobierno de la Unidad Popular, que pretendió esclavizarnos, ya pasaron», proclamó su revista. *Vida Médica*. Santiago de Chile, octubre de 1973, p. 3.

911. Entrevista a Óscar Soto. Madrid, enero de 2013.

912. *La Prensa*, 1 de septiembre de 1973. En: González Pino y Fontaine Talavera, Tomo 2, pp. 818-819.

913. Politzer, Patricia: *Altamirano*. Melquíades. Santiago de Chile, 1990, p. 116.

914. Jara, p. 240.

915. Prats, pp. 510-511.

916. Timossi, Jorge: *Grandes Alamedas. El combate del Presidente Allende*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1974, p. 16.

917. Soto, Hernán y Villegas, Sergio: *Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1999, p. 31.

918. Estas cantidades multiplicaban su valor al cambiarse los dólares en el mercado negro. El cambio oficial del escudo con el dólar, 150 a 1, llegó a duplicarse al conmutarlo de forma clandestina. Collier y Sater, p. 297.

919. Fallaci, Oriana: *Entrevista con la historia*. Noguer. Barcelona, 1999, pp. 427-428.

920. *El País*, 8 de septiembre de 2001, p. 8.

921. Véase la versión íntegra de este discurso en: Salazar, pp. 365-372.

922. Corvalán (1997), p. 153.

923. Garcés (1976), pp. 352-353.

924. Merino, José Toribio: *Bitácora de un almirante. Memorias*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1999, pp. 226-229.

925. Uno de los 16.000 documentos de la CIA desclasificados en noviembre de 2000 reveló que ya en 1972 Pinochet consideraba que las «únicas alternativas» para Allende eran o su renuncia forzada a la jefatura del Estado o su «eliminación». Este documento de la CIA está fechado el 27 de septiembre de 1972 y asegura: «Pinochet, antes un estricto constitucionalista, admitió renuientemente que ha variado su forma de pensar: que Allende debe ser forzado a abandonar el poder o ser eliminado (“únicas alternativas”)». A

continuación los agentes de la CIA explicaron que a principios de aquel mes Pinochet, entonces jefe del Estado Mayor General del Ejército, viajó a Panamá para negociar la compra de tanques a Estados Unidos. Allí se reunió con oficiales del Ejército norteamericano que conocía «desde sus días en la Escuela de las Américas y se le dijo que Estados Unidos apoyaría un golpe en contra de Allende “con todos los medios necesarios” cuando llegara la hora». *El Mostrador*, 13 de noviembre de 2000. <http://www.elmostrador.cl>

926. Scherer García, Julio: *Pinochet. Vivir matando*. Aguilar. México, 2000, p. 37.

927. Tan solo siete días antes Pinochet le había expresado a Letelier: «Aquí hay una tropa de locos planteando que las Fuerzas Armadas deben adoptar una definición clara, aun a costa de cien mil muertos, más bien que no un millón después en una guerra civil. Hago lo posible por pararlos, según las instrucciones que antes me diera mi general Prats y que me ha reiterado el Presidente, y estoy visitando las unidades a este efecto. He encontrado en ellas un ambiente difícil... Pasar de inmediato a retiro a los oficiales que así se expresan puede violentar las cosas. Necesito un mínimo de tiempo para afianzar la gente de confianza en las unidades. Si se produce ahora un levantamiento, corremos el riesgo de que esta vez sea del conjunto de las Fuerzas Armadas, no de una unidad aislada como el 29 de junio». Garcés, Joan E.: *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación*. Siglo XXI. Madrid, 1995, p. 25.

928. Aquellos días Letelier, recién nombrado ministro de Defensa, expresó su molestia por las incesantes genuflexiones del jefe del Ejército: «Este Pinochet me quiere llevar el maletín ¡un general! Y quiere ayudarme a que me ponga el abrigo. Me recuerda a uno de esos hombrecitos de las peluquerías a la antigua, que después de que te ha cortado el pelo, viene con una escobita y te empieza a sacudir y limpiar los pelos del traje y luego espera una propina». Dorfman, Ariel: *Más allá del miedo: el largo adiós a Pinochet*. Siglo XXI. Madrid, 2002, p. 156.

929. *La Opinión*. Buenos Aires, 11 de septiembre de 1973, p. 24.

930. Garcés (1996), p. 153.

931. *La Opinión*. Buenos Aires, 11 de septiembre de 1973, p. 24.

932. Testimonio de Orlando Letelier en la Tercera Sesión de la Comisión Internacional de Investigación de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, celebrada en México en febrero de 1975. *Chile. Denuncia y Testimonio*, p. 17.

933. Garcés (1995), pp. 28-29.

934. Garcés (1976), pp. 362-364.

935. Aylwin, Patricio: *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del No*. Ediciones B. Santiago de Chile, 1998, p. 20.

936. Gazmuri, Tomo II, p. 843.

937. *La Opinión*. Buenos Aires, 11 de septiembre de 1973, p. 24.

938. Timossi, pp. 29-30 y Garcés (1976), pp. 368-369.

939. Garcés (1976), pp. 366-371.

940. *Bohemia*. La Habana, 6 de junio de 1974, p. 50.

941. La Armada chilena realizaba en aquellos días sus ejercicios conjuntos anuales con la de Estados Unidos en el marco de la Operación Unitas.

942. Garcés (1976), pp. 372-373.

943. Oyarzún, María Eugenia: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1999, pp. 155-156.

## Salvador Allende ante la Historia

El 11 de septiembre de 1973 Salvador Allende convirtió la resistencia heroica junto a sus compañeros y su inmolación en La Moneda en un gesto político que trascendió como la más firme condena que pesaría sobre la Junta Militar entre 1973 y 1990. El Presidente cumplió su palabra y rechazó entregar a los golpistas el poder que el pueblo le había confiado democráticamente en 1970. Los sublevados tuvieron que bombardear el símbolo de la vida política nacional, de la orgullosa historia republicana, para acabar con la «vía chilena al socialismo». Allende habló a su pueblo y a la Historia en unas circunstancias dramáticas, puso fin a su vida entre las llamas y los cascotes del Palacio. El proyecto político que construyó durante décadas junto con la izquierda fue derrotado, el movimiento popular fue destruido por la dictadura. Después de La Moneda vinieron el Estadio Chile, el Estadio Nacional, Chacabuco, Londres 38, Villa Grimaldi o el cuartel de exterminio de la calle Simón Bolívar. Muchos de sus amigos, miles de sus compañeros, fueron torturados, asesinados, desaparecidos, encarcelados, exonerados, exiliados, humillados. La muerte de Allende marcó el inicio de la tragedia del pueblo chileno.

LA HISTORIA NO SE DETIENE...

Salvador Allende llegó a La Moneda a las siete y media de la mañana del 11 de septiembre, acompañado por una parte de los jóvenes militantes socialistas que integraban entonces el GAP y con el fusil ametralladora AK soviético que Fidel Casto le regaló con aquellas palabras grabadas en la placa metálica añadida a su culata: «A Salvador, de su compañero de armas, Fidel». Desde su despacho volvió a telefonar a los comandantes en jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y como no obtuvo respuesta comprendió la verdadera magnitud de la

traición. Cinco minutos después, conversó con Luis Figueroa, quien le comunicó las instrucciones de la CUT a los obreros para que acudieran a sus puestos de trabajo, como ya había hecho el 29 de junio.

A las 7:55, se dirigió al país por primera vez a través de las radios Corporación, Portales y Magallanes: «Habla el Presidente de la República desde el Palacio de La Moneda. Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso y que la ciudad estaría ocupada, lo cual significa un levantamiento en contra del Gobierno, del Gobierno legítimamente constituido, del Gobierno que está amparado por la ley y la voluntad del ciudadano». Informó también que en la capital de la nación no había en aquel momento ningún movimiento extraordinario de tropas y que cabía aguardar a comprobar la respuesta de «los soldados de la patria».<sup>944</sup>

A las ocho en punto, el almirante José Toribio Merino lanzó su primera proclama en Valparaíso y al firmarla se apropió de manera ilegítima del grado de comandante en jefe que ostentaba Raúl Montero, quien había sido arrestado. Entonces empezó el asedio militar a La Moneda desde el sur de la ciudad y, mientras algunos tanques con infantería atravesaron la calle Teatinos hasta situarse en la plaza de la Constitución, los miembros del GAP iniciaban la preparación de la defensa. A las 8:15, la voz de Allende salió de nuevo al aire: «Las noticias que tenemos hasta estos instantes nos revelan la existencia de una insurrección de la Marina en la provincia de Valparaíso. He ordenado que las tropas del Ejército se dirijan a Valparaíso para sofocar este intento golpista. Deben esperar las instrucciones que emanan de la Presidencia. Tengan la seguridad de que el Presidente permanecerá en el Palacio de La Moneda defendiendo el Gobierno de los trabajadores. Tengan la certeza de que haré respetar la voluntad del pueblo, que me entregara el mando de la nación hasta el 3 de noviembre de 1976. Deben permanecer atentos en sus sitios de trabajo a la espera de mis informaciones. Las fuerzas leales, respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados aplastarán el golpe fascista que amenaza a la patria».<sup>945</sup>

A partir de las 8:30, la difusión de los bandos firmados por los jefes golpistas, transmitidos por emisoras como Radio Agricultura, despejó la incógnita Pinochet. El más importante fue el quinto, que declaró depuesto al Gobierno constitucional por «quebrantar» los derechos fundamentales y destruir la unidad nacional «fomentando artificialmente una lucha de clases estéril y en muchos casos cruenta». Por estas y otras razones asumieron «el deber moral que

la Patria les impone» de derrocar a un Gobierno que consideraban ilegítimo y asumían «el Poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan...».<sup>946</sup>

Aquella mañana Víctor Pey habló en dos ocasiones por teléfono con Allende. Propietario del diario *Clarín*, el de mayor circulación en septiembre de 1973 (con tiradas de hasta 300.000 ejemplares los domingos), veía a su amigo prácticamente todas las noches, cuando se acercaba a La Moneda para llevarle el ejemplar del día siguiente. Había permanecido en el Palacio con la Payita, Arsenio Poupin «y otros compañeros» hasta las dos de la madrugada y, tras conocer el golpe de Estado hacia las seis y media de la mañana por una llamada de Augusto Olivares, llegó a Tomás Moro justo cuando la caravana de vehículos partía hacia La Moneda. En la primera de las conversaciones hablaron del paradero del general Prats, puesto que por razones de seguridad Pey le había prestado un departamento que pertenecía a su periódico. En la segunda, intercambiaron durante apenas un minuto unas palabras que a sus 98 años aún le conmueven. «Me pidió algunas cosas muy personales respecto a su familia, cosas que daban ya la impresión de que él sabía que iba a morir».<sup>947</sup>

A las 8:45, Salvador Allende volvió a informar de la gravedad de la situación... y empezó a despedirse de su pueblo, porque recordó que cumpliría su palabra empeñada de no abandonar el Palacio presidencial en aquellas circunstancias, a pesar de que sus compañeros le ofrecían distintas opciones para encabezar la resistencia desde otros puntos de Santiago: «Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera, defenderé esta Revolución Chilena y defenderé el Gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Solo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino, con la diferencia quizá de que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas de que esta gente no se detiene ante nada. (...) Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo que el compañero Presidente no abandonará a su pueblo ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida».<sup>948</sup>

Pocos minutos antes de las nueve, era consciente del fracaso de los planes de defensa del Gobierno ante una sublevación militar, cuyo requisito necesario era la lealtad de al menos un sector importante de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas. «¿No puede desautorizar a los generales que le piden que entregue el

mando, no hay nadie capaz de reemplazarlos al frente de alguna guarnición leal, en Santiago o en las provincias? ¿No cuenta con un solo regimiento leal?», le preguntó Joan Garcés. «Ni un solo regimiento».

En aquellos momentos llegó el dirigente socialista Hernán del Canto para preguntarle, en nombre de la Comisión Política de su partido, qué debían hacer. «Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber», le respondió de manera cortante.<sup>949</sup> Aquella mañana las direcciones de los partidos Comunista y Socialista se reunieron y, ante la imposibilidad de oponer resistencia, después del bombardeo de La Moneda decidieron pasar a la clandestinidad. La resistencia en Santiago se concentró principalmente en humildes *poblaciones* como La Legua y en el corazón de los cordones industriales, pero fue aplastada por los militares en escasas horas. Intentos aislados en Valdivia, Talca o Valparaíso también fracasaron.<sup>950</sup>

A las 9:03 Allende habló por penúltima vez a través de Radio Magallanes. Se dirigió al país con unas palabras que quedaron estampadas en la Historia: «En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen, pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un Presidente que tiene la dignidad del cargo entregado por su pueblo en elecciones libres y democráticas. En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor».<sup>951</sup>

#### EL METAL TRANQUILO DE SU VOZ

Los acontecimientos transcurrían a una velocidad de vértigo. Los aviones de la Fuerza Aérea habían destruido ya las torres de emisión de Radio Portales y Radio Corporación y en cualquier momento podrían derribar las de la emisora comunista Radio Magallanes. Por ello, el Presidente se apresuró a telefonar a esta para salir de nuevo, por última vez, al aire. Sin detenerse ni un solo

momento, de pie, con el teléfono tomado con firmeza y un casco puesto, improvisó aquellas palabras postreras que dirigió a su pueblo: «Esta será, seguramente, la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha autodenominado director general de Carabineros. Ante estos hechos, solo me cabe decirles a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La Historia es nuestra y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la ley y así lo hizo».

También denunció la agresión de Washington y rindió su último homenaje a los militares leales a sus obligaciones constitucionales: «En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que le enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios».

Detrás de su escritorio, Salvador Allende alumbró su discurso más hermoso con una voz serena y digna, mientras cerca de veinte personas le contemplaban, emocionadas, en medio de un silencio impresionante: «Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos (...). Me dirijo a la juventud, a aquellos

que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará».

Su voz, que el pueblo *allendista* escuchó durante dos décadas como líder indiscutible del movimiento popular, la voz del compañero Allende, del compañero Presidente, se extinguía... «Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, lo seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar, ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición».<sup>952</sup>

Pocos minutos después, hacia las nueve y media, el almirante Patricio Carvajal le ofreció la posibilidad de abandonar el país en avión junto con su familia y sus colaboradores más cercanos, pero se negó. Por casualidad el citófono que había tomado para responderle quedó abierto y por él pudieron escuchar la voz alterada de este oficial: «Tenemos que matarlos como ratas, que no quede un rastro de ninguno de ellos, en especial de Allende». Si aquel día miles de ciudadanos escucharon los distintos mensajes del Presidente de la República por radio, no pudieron conocer las verdaderas órdenes que Pinochet transmitió hasta el 24 de diciembre de 1985, cuando la revista *Análisis* publicó la transcripción de la grabación que les entregó un radioaficionado. «Rendición incondicional, nada de parlamentar... ¡Rendición incondicional!», bramó el general. El almirante Carvajal, su interlocutor, lo corroboró: «Bien, conforme. Rendición incondicional y se le toma preso, ofreciéndole nada más que respetarle la vida, digamos». Pinochet aclaró su instrucción: «La vida y se le... su integridad física y enseguida se le va a despachar para otra parte». Y Carvajal

añadió: «Conforme. Ya... o sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país». «Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país... pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando», advirtió el jefe del Ejército.<sup>953</sup>

Alrededor de las diez de la mañana, el Presidente reunió en el Salón Toesca a todas las personas que le acompañaban: ministros como Carlos Briones (Interior), Clodomiro Almeyda (Relaciones Exteriores) o Edgardo Enríquez (Educación), trabajadores de la Presidencia, su equipo de médicos, sus hijas Beatriz e Isabel, los escoltas del GAP y los 16 agentes de la Policía de Investigaciones asignados para su seguridad, bajo el mando de Juan Seoane.<sup>954</sup> Y les dijo: «Compañeras y compañeros: el golpe militar está en marcha. Los sectores reaccionarios y el imperialismo han logrado unir en contra del Gobierno a las Fuerzas Armadas y Carabineros con la complicidad de generales que hasta pocas horas atrás nos manifestaban lealtad. No tenemos fuerzas militares organizadas que estén con nosotros... Yo he tomado hace mucho tiempo mi decisión: no renunciaré, ni me iré del país, ni abandonaré La Moneda. Lucharé hasta el final. Les agradezco a todos la lealtad y colaboración que siempre me han prestado, pero quiero decirles que no debe haber víctimas inútiles. La mayoría de ustedes son jóvenes, tienen mujer e hijos pequeños. Tienen un deber con ellos y con el pueblo de Chile. No es este el último combate, habrá muchas jornadas futuras en que serán necesarios».

En concreto, ordenó que abandonaran el Palacio todas las mujeres y los hombres que no tenían tareas que cumplir o no sabían emplear armas. «Yo combatiré, porque tengo un mandato de los trabajadores y el pueblo que, como a través de toda mi vida, cumpliré con lealtad». Un silencio impresionante acompañó sus palabras. «A casi todos las lágrimas nos resbalan incontenibles. Cantamos el himno nacional; finalizado este, gritos de ¡Viva Chile! ¡Viva la Unidad Popular!», ha escrito el doctor Óscar Soto, en el relato imprescindible para conocer lo sucedido en La Moneda la mañana del Once.<sup>955</sup> Pero cuando Allende preguntó a sus colaboradores más cercanos qué resolvían hacer, el jurista Arsenio Poupin, subsecretario general del Gobierno, afirmó: «Nuestra obligación es quedarnos aquí».

En otro momento se dirigió a Joan Garcés y le ordenó partir. Este, sorprendido, escuchó sus razones: «... y por último alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado y solo usted puede hacerlo».<sup>956</sup> «Me acompañó unos pasos hacia la puerta y nos abrazamos por última vez», recordó este.<sup>957</sup> No se equivocó Allende: el 16 de octubre de 1998 el general Pinochet fue detenido en Londres,

acusado por un equipo jurídico encabezado por Garcés, quien había sido informado por Víctor Pey desde Santiago de Chile del viaje al exterior del entonces senador vitalicio.

La mayor parte de los ministros y de los funcionarios se dirigieron a sus dependencias, mientras que, ante el inminente bombardeo aéreo, los miembros del GAP, los detectives de Investigaciones, los médicos, los administrativos y los periodistas empezaron a adoptar algunas elementales medidas de seguridad que el Presidente supervisó. El Gobierno tampoco disponía de una emisora leal, puesto que Radio Magallanes había sido «silenciada» hacia las 10.40, según el relato de Pinochet en el primer tomo de sus memorias, en el capítulo titulado «La batalla de Santiago». Singular *batalla* aquella que enfrentó a las Fuerzas Armadas contra el Gobierno al que debía obediencia y su propio pueblo... un pueblo y un Gobierno desarmados.<sup>958</sup>

Hacia las once, los tres edecanes se reunieron con Allende en su despacho y el comandante Roberto Sánchez le trasladó el ofrecimiento de los golpistas: disponía de un avión para viajar con su familia al destino que eligiera y él les acompañaría. Se trataba, sin duda, del *avión de Pinochet*. La réplica no dejó espacio a la duda: «Comandante, yo no abandonaré La Moneda y me voy a suicidar con el fusil que estoy portando». Y, antes de ordenarles que abandonaran el Palacio junto con el resto de uniformados presentes, le indicó cómo apretaría el gatillo tres horas después.<sup>959</sup>

#### DESPEDIDA DE BEATRIZ E ISABEL

Antes de que los *Hawker Hunter* atacaran el símbolo de la democracia chilena, arrasaron la residencia oficial de la avenida Tomás Moro 200, donde junto con Hortensia Bussi permanecían un reducido grupo de trabajadores y algunos miembros del GAP. Cuando impactó el primer proyectil, se refugió en la cercana casa de Felipe Herrera. En los días siguientes muchos bienes familiares fueron saqueados y se perdieron para siempre. Óscar Soto y Osvaldo Puccio fueron testigos del dolor que afligió a Allende cuando supo del ataque militar a la casa donde se encontraba su esposa, con quien había hablado por teléfono. «En pocas ocasiones presencié al Presidente conmovido y emocionado. Una de ellas fue cuando supo que los golpistas habían bombardeado Tomás Moro, donde se encontraba Tencha», recuerda el doctor Soto.<sup>960</sup> «Siempre tuvo un enorme

respeto y cariño por la Tencha, el día 11 en La Moneda tenía una gran preocupación por ella», corrobora Puccio.<sup>961</sup>

En los momentos previos al bombardeo aéreo, Allende ordenó de nuevo marcharse a las últimas mujeres que permanecían entre sus muros. Sus hijas Beatriz, embarazada de siete meses, e Isabel intentaron permanecer junto a él, pero, según ha explicado esta última, «cuando vimos que ya empezaba a angustiarse decidimos acceder. Fue muy emocionante, porque nos acompañó hasta la puerta de salida. Nos abrazó. Fue un abrazo muy fuerte. Los ojos de todos estaban muy húmedos. Las palabras sobran». <sup>962</sup> Cuando regresó a la segunda planta del Palacio, se encontró con la Payita quien, al igual que Marta Silva (secretaria del Ministerio del Interior), se había escondido. El Presidente le sonrió y le dijo que sabía que permanecería en La Moneda. Miria Contreras, por su parte, le preguntó cómo había logrado persuadir a su hija mediana. «Tuvo que partir, pues con ella le envié un mensaje a Fidel y eso fue lo único que pesó en su estado de ánimo para tomar la decisión de irse.»

El 28 de septiembre, en la plaza de la Revolución de La Habana ante centenares de miles de personas, Beatriz Allende (acompañada en la tribuna por su madre y por Fidel Castro) explicó aquel encargo: «En este acto solidario con Chile quisiera decirles lo que me pidió que les transmitiera a ustedes. Me lo confió en La Moneda bajo el combate: dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber. Dile que hay que lograr la mejor conducción política unitaria para el pueblo de Chile. Señaló que se iniciaba ese día una larga resistencia y que Cuba y los revolucionarios tendrían que ayudarnos en ella. Hoy, desde este territorio libre de América, podemos decirle al compañero Presidente: tu pueblo no claudicará, tu pueblo no plegará la bandera de la revolución; la lucha a muerte contra el fascismo ha comenzado y terminará el día en que tengamos el Chile libre, soberano, socialista por el que combatiste y entregaste tu vida. Compañero Presidente, ¡venceremos!». <sup>963</sup>

Quienes resistían en La Moneda siguieron conteniendo los ataques de los tanques y la infantería, hasta el punto de que el propio Allende llegó a disparar una de las cuatro bazukas. De repente, escucharon los gritos ahogados en sollozos del periodista Carlos Jorquera al descubrir que Augusto Olivares, uno de sus mejores amigos, se había suicidado. Al conocer su muerte, el Presidente, profundamente conmovido, pidió un minuto de silencio a modo de homenaje a quien le había acompañado durante tanto tiempo.

A las 11:50 dos *Hawker Hunter* del Grupo n.º 7 de la Fuerza Aérea, con base

en Carriel Sur, Concepción, empezaron a bombardear el Palacio. Los cohetes *Sura*, de fabricación suiza, perforaron los muros, explotaron en casi todas las dependencias y pronto el aire se tornó irrespirable porque los gases lacrimógenos asfixiaban a los resistentes, quienes por orden de Allende se habían tendido en el suelo, se cubrían la cabeza y se protegían unos con otros. Se distribuyeron las escasas mascarillas antigás existentes e intentaron continuar el combate, aunque las tropas de infantería comandadas por el general Javier Palacios iniciaron el asalto, mientras los tanques disparaban contra las ventanas, en medio de las llamas y del derrumbamiento de techos y pisos.

La investigación judicial desarrollada por el magistrado Mario Carroza a lo largo de 2011 y 2012, que completó un sumario de 2.490 fojas dividido en seis tomos, contiene muchos detalles desconocidos sobre el último día de Allende. Una de las incógnitas aún no despejadas definitivamente es la identidad de dos pilotos que bombardearon La Moneda. El 4 de abril de 2011, el general de la FACH retirado Mario López Tobar confirmó en su primera declaración que (como ya narró en un libro que publicó en 1999<sup>964</sup>) él comandaba la unidad que llevó a cabo las «operaciones aéreas» sobre Santiago el 11 de septiembre de 1973. Después de derribar distintos objetivos (como antenas de comunicación), a las 10 de la mañana regresó a su base en el sur. «En ese trayecto escuché la orden de atacar La Moneda, dada directamente por la comandancia de la Fuerza Aérea. Para mí esta orden fue muy sorprendente». En su primera declaración, López Tobar manifestó que conocía los nombres de los pilotos de los dos aviones que arrasaron el Palacio, pero se negó a facilitarlos. «Uno de ellos se retiró joven de la institución. El otro siguió la carrera y llegó al final».<sup>965</sup>

En aquellos meses la revista *Qué Pasa* publicó un reportaje titulado significativamente «El juramento», que revelaba el pacto de silencio en la Fuerza Aérea para ocultar la identidad de esos dos pilotos.<sup>966</sup> La opacidad se mantuvo desde la etapa de mando del general Gustavo Leigh, uno de cuyos hijos era piloto de ese Grupo n.º 7, hasta esta investigación judicial. Pero el 3 de octubre de 2011 compareció de manera voluntaria Reinaldo Romero Jara, quien había tenido a su cargo el restaurante de la base militar Carriel Sur en 1973, cuando tenía 26 años. Allí entabló amistad con buena parte del personal, entre otros con el entonces capitán Enrique Montealegre, con quien solía jugar al ajedrez. Cuando este regresó de Santiago el 11 de septiembre, llegó «acongojado», porque le manifestó que venía de cumplir una misión «para la cual toda su carrera le habían enseñado lo contrario». «Todo ese día estuvo muy indispuesto,

sin ni siquiera cenar, ni jugar ajedrez, a diferencia del resto de sus compañeros pilotos, que celebraban y se encontraban contentos por la misión cumplida».<sup>967</sup>

El 25 de octubre compareció Enrique Montealegre (hoy general retirado), quien negó esta imputación, a la que sin embargo Mario López Tobar sí otorgó veracidad en sus declaraciones judiciales posteriores. El 16 de diciembre de 2011 el ministro Carroza los sometió a un careo. Otras declaraciones señalan a Fernando Rojas Vender (comandante en jefe de la Fuerza Aérea entre 1995 y 1999) como el otro de los posibles bombarderos de La Moneda.

A principios de junio de 2013, la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago de Chile anuló el sobreseimiento de la investigación judicial por la muerte de Salvador Allende dictado por el magistrado Mario Carroza. Esteban Silva, presidente del Movimiento del Socialismo Allendista y parte querellante en la causa, aseguró en esos días que volverían a solicitar el procesamiento de los dos pilotos que «bombardearon La Moneda buscando asesinar al Presidente Allende. Los pilotos están plenamente identificados, a tal punto que uno de ellos, el ex comandante en jefe de la FACH nombrado por el Gobierno de la Concertación, Fernando Rojas Vender, ha puesto un abogado para asumir su defensa en el proceso».<sup>968</sup> Pero el 24 de junio la Corte de Apelaciones de Santiago confirmó el cierre definitivo de la investigación por la muerte de Allende.<sup>969</sup>

## MORIR EN LA MONEDA

Los primeros soldados entraron por la puerta de la calle Morandé y detuvieron a varios de los defensores, entre ellos al doctor Óscar Soto, a quien ordenaron que avisara a Allende y a sus acompañantes de que tenían diez minutos para salir desarmados. «Presidente, la primera planta está tomada por los militares. Dicen que deben bajar y rendirse», le informó.<sup>970</sup> «Allende nos pidió que nos entregáramos», señaló el doctor Patricio Arroyo. «Entendí claramente que esto corría para nosotros y no para él. No recuerdo si lo dijo o no, pero todos entendimos lo mismo: él no saldría vivo de ahí... Se improvisó, con un delantal médico, una bandera blanca; atada a un palo, fue sacada por la puerta de Morandé 80. La Moneda estaba rodeada por todos lados. Los militares aceptaron la rendición y exigieron que bajáramos en fila india y con las manos en la nuca». Con el Palacio semidestruido, en llamas y sin suministro de

electricidad, Allende se despidió personalmente de cada uno de ellos, y detrás de Óscar Soto empezaron a salir, entre otros, Miria Contreras, Jaime Barrios, Arsenio Poupin, Arturo Jirón, Enrique París, Eduardo Paredes y Enrique Huerta, mientras el Presidente regresó al Salón de la Independencia.

El único testigo de su muerte es el doctor Patricio Guijón, quien en 2011 relató al magistrado Mario Carroza lo que ha contado en numerosas entrevistas desde 1973. Mientras sus compañeros iban bajando hacia la puerta de Morandé, a Guijón se le ocurrió regresar a buscar su máscara antigás para llevársela a su hijo como recuerdo. «En un momento determinado me encuentro frente a una puerta ubicada en ese pasillo, la que por lo general se mantenía cerrada; no obstante en esta ocasión estaba abierta, lo cual me llamó la atención e instintivamente miré hacia el interior de esta habitación, observando que al fondo de esta, en la muralla que daba hacia Morandé, a seis o siete metros de distancia, estaba el Presidente Allende, sentado en un sofá con una metralleta en sus manos, instante en que escuché y vi que se disparó, saliendo eyectada parte de su cráneo y masa encefálica en dirección al techo de la habitación y la pared posterior. Instintivamente me acerqué a ver cómo estaba, tomándole el pulso, sin embargo, no había nada que hacer».<sup>971</sup>

El doctor Patricio Guijón permaneció al lado del cuerpo inerte unos diez o quince minutos, hasta que llegaron primero dos militares y después el general Palacios, quien comunicó a sus superiores: «Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto».

Cuando los resistentes de La Moneda salieron, fueron golpeados por los soldados, registrados y obligados a tumbarse boca abajo en la calle Morandé, en una de las imágenes que permanecerán siempre de aquel día. Miria Contreras se había puesto la chaqueta que portaba Augusto Olivares con el propósito de entregársela a su esposa, Mireya Latorre, y debajo de sus anchas mangas había ocultado, enrollada, el acta original de la independencia de Chile, firmada por Bernardo O'Higgins el 2 de febrero de 1818. «El Presidente le había pedido a Eduardo Paredes que la despegara del marco y me la entregara para salvarla del incendio. Los soldados me la arrebataron y la rompieron a pesar de explicarles de qué se trataba. También me quitaron la chaqueta de Augusto», recordó la Payita en 1974.<sup>972</sup>

La mayor parte de los detenidos, en particular los colaboradores y los escoltas de Allende, fueron conducidos aquella tarde al regimiento Tacna y, a excepción de tres miembros del GAP,<sup>973</sup> el 13 de septiembre fueron ejecutados

en los terrenos militares de Peldehue.<sup>974</sup> Los ministros y ex ministros fueron trasladados el 15 de septiembre, junto con otros destacados dirigentes de la Unidad Popular, a un campo de concentración en la isla Dawson, en el extremo austral del país, reservado por la dictadura para «los jerarcas de la UP».

El general Palacios solicitó que un equipo de la Policía de Investigaciones acudiera para levantar acta del cadáver del Presidente de la República<sup>975</sup> y también pidió al cuerpo de Bomberos que enviara efectivos para sofocar el fuego. Víctor Manuel Riquelme, voluntario de la Novena Compañía desde mayo de 1971, se presentó aquella tarde en La Moneda y de inmediato subió al segundo piso. Al igual que otros bomberos, por curiosidad, cuando pudo se acercó a contemplar el cadáver de Allende, que estaba recostado sobre el sofá cubierto por una singular tela de lanas azules y grises con finas líneas rojas.<sup>976</sup>

Cerca de las seis, cuando una fina lluvia recubría Santiago, Palacios ordenó la evacuación del cadáver. Subido en una camilla de lona sostenida por palos, el cuerpo fue descendido por la escalera de caracol hasta la puerta de Morandé 80, pasado de mano en mano por militares y bomberos, entre ellos Víctor Manuel Riquelme. Iba cubierto por esa tela, que no era un chamanto boliviano como se ha dicho tantas veces, sino que, como ha relatado Eduardo Labarca, fue tejida artesanalmente en La Ligua y la abogada Alina Morales se la había regalado a su amigo Salvador Allende con motivo de su último cumpleaños, el 26 de junio de 1973.<sup>977</sup> El cuerpo fue conducido al Hospital Militar, donde, por orden del general Pinochet,<sup>978</sup> varios especialistas le practicaron una autopsia y determinaron su muerte por un disparo realizado a «corta distancia» que «ha podido ser hecho por la propia persona».<sup>979</sup>

A las nueve de la noche, Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza se dirigieron al país por radio y televisión durante «la ceremonia de juramento de la honorable junta de gobierno». En su breve discurso, Pinochet proclamó que «un deber patriótico impulsó a las Fuerzas Armadas para sacar al país del caos a que en forma aguda lo estaba precipitando el Gobierno de Salvador Allende» y en tono cuartelero bramó que «las Cámaras [legislativas] quedarán en receso hasta nueva orden». Y si con el tiempo Merino calificó de «humanoides» a las personas de izquierda, Gustavo Leigh acuñó entonces una expresión terrible, el «cáncer marxista», y se declaró dispuesto a «extirparlo hasta las últimas consecuencias».<sup>980</sup>

A continuación, se constituyeron en junta de gobierno «con el patriótico compromiso de restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas» al suscribir el decreto-ley n.º 1, cuyo artículo segundo designó a

Pinochet como presidente de la misma.<sup>981</sup> El tercero de los decretos-ley que suscribieron aquella noche instauró el estado de sitio en todo el territorio nacional, que perduró hasta el 10 de marzo de 1978. Al día siguiente, el decreto-ley n.º 5 estipuló que el estado de sitio debería entenderse como «estado tiempo de guerra» y por tanto debían aplicarse las normas aprobadas para tal situación contempladas en el Código de Justicia Militar y el resto de leyes penales.

En las semanas siguientes la Junta Militar también confirmó la clausura de las dos cámaras del Congreso Nacional (decreto-ley n.º 27 de 21 de septiembre), canceló la personalidad jurídica de la Central Única de Trabajadores (decreto-ley n.º 12 de 17 de septiembre) e ilegalizó todos los partidos de izquierdas (decreto-ley n.º 77 de 13 de octubre) y les arrebató sus bienes.

#### DIVISIÓN EN LA DEMOCRACIA CRISTIANA

El 12 de septiembre la dirección del Partido Demócrata Cristiano, presidida por Patricio Aylwin, se apresuró a difundir una declaración pública de absoluto respaldo a la dictadura, como también hicieron el Partido Nacional y el presidente de la Corte Suprema de Justicia. «Los hechos que vive Chile son consecuencia del desastre económico, el caos institucional, la violencia armada y la crisis moral a que el Gobierno depuesto condujo al país, que llevaron al pueblo chileno a la angustia y la desesperación». El PDC invitó a la ciudadanía a «cooperar» con la Junta porque «los propósitos de restablecimiento de la normalidad institucional y de paz y unidad entre los chilenos expresados por la junta militar de gobierno interpretan el sentimiento general».<sup>982</sup>

Las personalidades progresistas del PDC reaccionaron de inmediato y al día siguiente trece destacados militantes, encabezados por Bernardo Leighton, Renán Fuentealba y Radomiro Tomic, suscribieron un comunicado que entonces solo publicó la prensa extranjera: «Condenamos categóricamente el derrocamiento del Presidente constitucional de Chile, señor Salvador Allende, de cuyo gobierno, por decisión de la voluntad popular y de nuestro partido, fuimos invariables opositores. Nos inclinamos respetuosamente ante el sacrificio que él hizo de su vida en defensa de la autoridad constitucional».<sup>983</sup> También la Unión Mundial Demócratacristiana anunció su «decisiva condena» del golpe de Estado y su «profundo dolor por la trágica muerte del Presidente Allende».<sup>984</sup> Tal vez por ese motivo, el 24 de septiembre Patricio Aylwin, en una entrevista concedida

al periodista José Kuhl, avaló la primera operación de guerra psicológica de la dictadura para justificar la represión, el Plan Z, que la prensa difundía desde dos días antes, al afirmar que la Unidad Popular «se preparaba para asestar un golpe de Estado, un autogolpe con la acción de fuerzas armadas creadas entre los adherentes al Gobierno e imponer una dictadura comunista».<sup>985</sup>

Por su parte, Eduardo Frei no hizo declaraciones públicas en las primeras semanas posteriores al golpe de Estado,<sup>986</sup> aunque el 18 de septiembre sí acompañó a los cuatro miembros de la Junta Militar en el *Te Deum* celebrado en el Templo de la Gratitude Nacional, al igual que los ex presidentes Gabriel González Videla y Jorge Alessandri. Fue en los primeros días de octubre cuando rompió su silencio para el diario español *Abc*, que publicó una extensa entrevista encabezada con un titular para la Historia, «Los militares han salvado a Chile», y que contenía durísimas descalificaciones personales de Allende.<sup>987</sup> Y el 8 de noviembre remitió su conocida y extensa carta a Mariano Rumor, presidente de la Unión Mundial de la DC.<sup>988</sup>

El antagonismo entre la Unidad Popular y el Partido Demócrata Cristiano tuvo una motivación esencialmente ideológica. Como ha subrayado Gómez Leyton, el rasgo ideológico y político que definía al PDC era, esencialmente, su aspiración a ser la alternativa reformista a la izquierda marxista.<sup>989</sup> A pesar de su discurso enigmático sobre la «sociedad comunitaria» y de la tesis del «socialismo comunitario» levantada en 1971, el PDC nunca quiso superar el capitalismo. Pese a su implantación en las clases populares y en el movimiento obrero de Santiago, su núcleo conservador, que recuperó la dirección del partido en mayo de 1973, promovió la alianza con la derecha golpista y alentó la movilización antisocialista de las clases medias. Como señaló Julio Silva Solar en un interesante seminario realizado en Estados Unidos en 1975, promovió el capitalismo y el poder de la burguesía se vieron amenazados por el socialismo y la clase obrera, la Democracia Cristiana resistió «duramente» y cerró filas «junto a toda la burguesía aun al precio del golpe militar inconstitucional y del fascismo».<sup>990</sup>

Quienes a lo largo de una década inyectaron millones de dólares al PDC para contener la «amenaza marxista» no tuvieron dudas ni conocieron divisiones ante el golpe de Estado. El 24 de septiembre el embajador Nathaniel Davis se entrevistó con el nuevo ministro de Relaciones Exteriores de Chile, el contraalmirante Ismael Huerta, para entregarle la nota en la que su Presidente, Richard Nixon, y su secretario de Estado, Henry Kissinger (Premio Nobel de la

Paz aquel mismo año), reconocían la legitimidad de la dictadura militar. A pesar de todas las evidencias, Kissinger aún no ha rectificado la afirmación que incluyó en sus memorias: «Fue la oposición que él [Salvador Allende] provocó *dentro* de Chile lo que dio lugar al golpe militar de 1973. En su concepción, planificación y ejecución nosotros no desempeñamos el más mínimo papel».<sup>991</sup>

En las últimas cuatro décadas sí ha habido algunas voces en la Administración estadounidense que han admitido la inaceptable agresión a la soberanía de Chile. El 8 de marzo de 1977 Brady Tyson, subjefe de la delegación de este país ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, afirmó: «Seríamos poco sinceros con nosotros mismos y con nuestro pueblo si no expresáramos nuestro más profundo pesar por el papel que algunos funcionarios gubernamentales, instituciones y grupos financieros privados desempeñaron en la subversión contra el Gobierno anterior de Chile, del Presidente Allende, elegido democráticamente, y que fue derrocado por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973».<sup>992</sup> Y el 20 de febrero de 2003 (a pocas semanas del inicio de la agresión militar contra Irak) el secretario de Estado, Colin Powell, manifestó en un programa de televisión: «Sobre lo que ocurrió con el señor Allende, no es una parte de la historia estadounidense de la que estemos orgullosos».<sup>993</sup>

En cambio, durante su viaje a Chile en marzo de 2011 el Presidente Barack Obama no hizo la más mínima alusión a esta deuda pendiente, ni mucho menos cumplió con un gesto noble que le solicitó el escritor Ariel Dorfman y que han hecho numerosos líderes políticos, jefes de Estado y de Gobierno y cancilleres en Santiago: visitar la tumba del Presidente Salvador Allende.<sup>994</sup>

## ENTIERRO EN VIÑA DEL MAR

El 12 de septiembre, con la única compañía de su cuñada Laura Allende, dos sobrinos (Patricio y Eduardo Grove Allende, hijos de Inés Allende), un ahijado del difunto (Jaime Grove) y el comandante Roberto Sánchez, Hortensia Bussi fue obligada por la Junta Militar a enterrar a su esposo en el mausoleo de la familia Grove del cementerio Santa Inés de Viña del Mar, adonde fueron conducidos por miembros de las Fuerzas Armadas.<sup>995</sup> «La gente nos miraba extrañada», evocó meses después. «No sabían bien de quién se trataba, ni de quién era el cadáver que iba en el furgón. Había una gran cantidad de soldados y

carabineros, como si se esperase una multitud en el sepelio (...). Volví a insistir en ver a mi marido. No me lo permitieron, pero levantaron la tapa y solo descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron verlo, volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado. Entonces, dije al oficial que me acompañaba en voz alta: “Salvador Allende no puede ser enterrado en forma tan anónima. Quiero que sepan ustedes, por lo menos, el nombre de la persona que están enterrando”. Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa cuando ya estaban paleándole tierra y dije: “Aquí dejamos a Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe”.».<sup>996</sup> Sus hijas no pudieron asistir al funeral al carecer del salvoconducto para circular durante el toque de queda de 24 horas impuesto por la dictadura hasta el 14 de septiembre.

Como declaró el 8 de agosto de 1990 ante la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, después de una discusión de quince minutos le permitieron ir al palacio presidencial de Cerro Castillo. «Una vez allí, pude recoger algunos pocos objetos y me dirigí a la cocina, pedí que juntaran al personal, pronuncié las mismas palabras que dije en el cementerio. Me dirigí especialmente al jardinero y le pedí que nunca le faltaran flores a Salvador, pues no sabía qué iba a ser de mí».<sup>997</sup>

Aquel mismo día doña Tencha empezó a asumir el papel que tan dignamente representó hasta 1990, periodo en el que viajó por todos los rincones del planeta para denunciar la ignominia de la dictadura encabezada por Pinochet. Recibida con honores de Jefa de Estado, fue la voz más relevante de la resistencia democrática en el exterior desde que el 16 de septiembre de 1973 llegó con sus hijas Carmen Paz e Isabel y sus respectivas familias a México, donde fueron recibidas por el Presidente Echevarría y todos los miembros de su Gobierno vestidos de riguroso luto.<sup>998</sup>

Dos de las personas más queridas por Salvador Allende murieron en el exilio. Su hija Beatriz, afectada por una profunda depresión, puso fin a su vida el 11 de octubre de 1977 en La Habana. Su hermana Laura fue expulsada del país en marzo de 1975 tras haber estado detenida durante cinco meses en Cuatro Álamos. Gravemente enferma de cáncer, la dictadura le impidió regresar a Chile para afrontar el invierno de su vida y en mayo de 1981 se suicidó en la capital cubana. «Necesito ver mi patria, no quisiera que llegara la hora de la partida lejos de mi tierra. El exilio, aun en las mejores condiciones, es difícil de soportar.

Nos va minando la resistencia para vivir. Sé que podría recuperar fuerzas y esperar con gran conformidad la hora final en mi patria», escribió al Papa Juan Pablo II en 1980.<sup>999</sup>

Hortensia Bussi solo pudo retornar a Chile dos semanas antes del plebiscito del 5 de octubre de 1988, que supuso el principio del fin del régimen. Antes de emprender el viaje y cruzar por fin la cordillera envió este mensaje: «El término del exilio, el fin de los estados de excepción, es como si llegara la primavera, pero no por un regalo, sino porque ha sido una exigencia de todos los chilenos. Gracias a ellos podemos regresar. (...) El pueblo se ha sacrificado tanto durante estos años que se merece que termine la dictadura y que no ocurra nada que nos haga retroceder en el retorno a la democracia. A mí me habría gustado votar. A los jóvenes que votan por primera vez les pido que, cuando lo hagan, recuerden a Salvador Allende, él siempre quiso lo mejor para el pueblo».<sup>1000</sup>

El 24 de septiembre de 1988 decenas de miles de personas le esperaban en el aeropuerto de Pudahuel con retratos del Presidente Allende y las banderas rojas de la izquierda. «Saludo con emoción al pueblo chileno. A él, al pueblo, debo mi retorno a la patria. Sin la acción valiente de las organizaciones de derechos humanos, de los partidos democráticos, de las organizaciones sociales y de la Iglesia católica mi presencia aquí no sería posible». Acompañada por sus hijas Isabel y Carmen Paz, su voz solo se quebró al recordar con emoción a «dos personas muy queridas para mí: mi hija Beatriz... quien como tantos otros chilenos que amaban a su patria nunca volvió a verla; y Salvador Allende, cuyas últimas palabras fueron un mensaje de unidad».<sup>1001</sup>

El 4 de septiembre de 1990 tuvo lugar el funeral oficial del Presidente. El féretro fue trasladado desde Viña del Mar hasta el mausoleo construido en el Cementerio General de Santiago, acompañado por cientos de miles de personas que se apostaron a lo largo del recorrido para tributarle la despedida merecida. «¡Adiós compañero! ¡Te queremos Chicho! ¡Venceremos!».<sup>1002</sup>

Y desde su inauguración en febrero de 1994 el nombre de Salvador Allende preside el inmenso Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político levantado en ese mismo camposanto en memoria de las víctimas de la dictadura, bajo los versos esculpidos de Raúl Zurita: «Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas».

La dictadura militar se empeñó en destruir la imagen política y humana de Allende. Desde el mismo 11 de septiembre de 1973 la sociedad chilena leyó y escuchó todo tipo de infamias en los medios de comunicación y en el discurso público del régimen. Mentiras similares a esta, repetidas día a día durante 17 años: «Entre el atardecer del 10 de septiembre y el amanecer del 11, Salvador Allende, en vista de la partida de los barcos de la Armada en la mañana del lunes a la Operación Unitas, celebraba una fiesta en su refugio de Cañaveral. Había de todo para el más exigente de los sibaritas: muchachas desabastecidas de ropa, víveres acumulados a despecho del desabastecimiento general, guardias armados del GAP en las puertas del grandioso harén y una cantidad de whisky escocés llegado de Cuba con las correspondientes metralletas...».<sup>1003</sup>

Sin embargo, el movimiento de derechos humanos, que nació a fines de 1974 con la creación de las agrupaciones de familiares, y la izquierda y el movimiento popular, que resurgieron con las grandes Protestas Nacionales a partir de 1983, defendieron la memoria del Presidente, que acompañó la tenaz lucha por la recuperación de la democracia y abrigó a los miles de exiliados en las gélidas noches de Estocolmo, Moscú, Berlín, París o Bruselas.

La detención del tirano en Londres en octubre de 1998 sacudió los cimientos de la Transición pactada entre la Concertación y el pinochetismo y abrió espacios más amplios para la Verdad, la Justicia y la Memoria. En junio de 2000, se inauguró su estatua en la plaza de la Constitución, punto de encuentro obligado para las luchas sociales de hoy. En 2003, la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado abrió paso a una desconocida apertura de espacios, singularmente en la televisión, para una visión de la historia reciente algo más libre de la *leyenda negra* tejida por la derecha, propietaria de todos los grandes medios de comunicación del país. En 2008, el centenario de su nacimiento motivó una gran cantidad de actos, entre ellos un hermoso y masivo acto organizado por el Partido Comunista frente a La Moneda, en el que intervino Isabel Allende Bussi. En 2011, cuando el magistrado Mario Carroza ordenó la exhumación de sus restos y confirmó la causa inmediata de su muerte,<sup>1004</sup> su recuerdo estuvo presente en las multitudinarias movilizaciones estudiantiles, que concitaron el apoyo de la gran mayoría del país y de nuevo la atención del mundo.

Hoy la izquierda y las clases populares tienen pendiente construir una alternativa amplia y unitaria que supere el modelo neoliberal impuesto a sangre y

fuego por la dictadura militar, para avanzar hacia un país con una verdadera democracia y con justicia social, capaz de volver a creer en el socialismo. Una nueva Constitución, la renacionalización del cobre, la derogación de la legislación laboral pinochetista, el respeto al medio ambiente, el reconocimiento integral de los pueblos originarios, el fin del lucro en la educación, las pensiones y la salud, una ley electoral justa... El horizonte democrático se ensancha hacia las Grandes Alamedas.

Y en este camino vivirá siempre la memoria del Presidente Salvador Allende. De aquel muchacho que conversaba y jugaba al ajedrez con el viejo Demarchi, del militante del Grupo Avance, del fundador del Partido Socialista en Valparaíso, del médico con profunda vocación social, del masón, del diputado, ministro y senador, del candidato presidencial que unió a la izquierda y de aquel inmenso y hermoso movimiento popular que abrió con él las puertas de la Historia una noche constelada de septiembre de 1970.

944. Martner (1992), p. 667.
945. Martner (1992), p. 668.
946. Garretón, Manuel Antonio *et alii*: *Por la razón sin la fuerza. Análisis y textos de los bandos de la dictadura militar*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998, pp. 59-61.
947. Entrevista a Víctor Pey. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
948. Martner (1992), pp. 668-669.
949. Garcés (1976), p. 386.
950. Quiroga (2001), pp. 168-171.
951. Martner (1992), p. 669.
952. Martner (1992), pp. 669-671.
953. Verdugo, Patricia: *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1998, p. 112.
954. Seoane, Juan: *Los viejos robles mueren de pie. Relato autobiográfico de un policía leal*. Editorial Universidad Bolivariana. Santiago de Chile, 2009.
955. Soto, Óscar: *El último día de Salvador Allende*. El País Aguilar. Madrid, 1998, pp. 77-80.
956. Garcés (1976), p. 394.
957. Timossi, p. 82.
958. Pinochet, Augusto: *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Tomo 1. Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile, 1990, p. 294.
959. Declaración de Roberto Sánchez, coronel retirado de la Fuerza Aérea, en la causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago realizada el 6 de mayo de 2011. Tomo II. Fojas 615-619.
960. Entrevista a Óscar Soto. Madrid, enero de 2013.
961. Entrevista a Osvaldo Puccio Huidobro. Santiago de Chile, noviembre de 2012.
962. *Apsi*, 10 de septiembre de 1984, p. 12.
963. Allende, Beatriz y Castro, Fidel: *Homenaje a Salvador Allende*. Galerna. Buenos Aires, 1973, pp. 20-21.
964. López Tobar, Mario: *El 11 en la mira de un Hawker Hunter*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1999.
965. Declaración de Mario López Tobar, general retirado de la Fuerza Aérea, en la causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago realizada el 4 de abril de 2011. Tomo I. Fojas 331-333.
966. *Qué Pasa*, 17 de junio de 2011, pp. 36-41.
967. Declaración de Reinaldo Romero Jara en la causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago realizada el 3 de octubre de 2011. Tomo V. Fojas 2.138-2.139.
968. *El Clarín*, 8 de junio de 2013. Diario digital: [www.elclarin.cl](http://www.elclarin.cl)
969. *La Nación*, 24 de junio de 2013. [www.lanacion.cl](http://www.lanacion.cl)
970. Soto, p. 91.
971. Declaración del doctor Patricio Guijón en la causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago. Tomo I. Fojas 199-201. En su investigación de la muerte de Allende, Mario Carroza intentó sin éxito ubicar el fusil ametralladora AK con el que puso fin a su vida. Los peritos de la Policía de Investigaciones que certificaron su muerte la tarde del 11 de septiembre de 1973 le sacaron varias fotografías.
972. *Bohemia*. La Habana, 6 de junio de 1974, p. 57.
973. Otros seis miembros del GAP se apostaron en el Ministerio de Obras Públicas, en la calle Morandé, y no fueron detenidos aquel día.
974. Amorós (2004), pp. 21-41.
975. La Brigada de Homicidios de la Prefectura de Santiago de la Dirección General de Investigaciones preparó un memorándum el 12 de septiembre de 1973. Se reproduce en el Apéndice V. Causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago. Tomo IV. Fojas 1.532-1.535.
976. Declaración de Víctor Manuel Riquelme, voluntario del Cuerpo de Bomberos en 1973, en la causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago realizada el 4 de mayo de 2011. Tomo II. Fojas 558-

561.

977. Labarca (2007), pp. 386-387.
978. Benítez, Hermes H.: *Las muertes de Salvador Allende*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2006, p. 113.
979. El informe de aquella autopsia se incluye en la causa rol 77-2011 instruida por Mario Carroza (Tomo I, fojas 18-23). Ha sido publicado en: González, Mónica: *La conjura. Los mil y un días del golpe*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2000, pp.489-494.
980. Pinochet, Augusto: *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Tomo 2. Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile, 1991, pp. 18-19.
981. Molina Johnson, Carlos: *Chile: los militares y la política*. Santiago de Chile, 1989, pp. 171-172.
982. Aylwin (1998), pp. 20-32.
983. Boye, Otto: *Hermano Bernardo. 50 años de vida política de Bernardo Leighton*. CESOC. Santiago de Chile, 1999, pp. 193-195.
984. *La Opinión*. Buenos Aires, 15 de septiembre de 1973, p. 3.
985. Retamal Ávila, Julio: *Aylwin: La palabra de un demócrata*. Planeta. Santiago de Chile, 1990, p. 260. En su libro autobiográfico, el Presidente de Chile entre 1990 y 1994 reconoció: «... los hechos demostraron que ese temor carecía de todo fundamento». Aylwin, p. 14.
986. Moulán y Guerra, p. 275.
987. *Abc*. Madrid, 10 de octubre de 1973, pp. 33-35.
988. Pinochet de la Barra, pp. 500-519.
989. Gómez L., Juan Carlos: *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile. 1925-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2004, p. 255.
990. Silva Solar, Julio: «Errores de la Unidad Popular y crítica de la Democracia Cristiana». En: *Chile, 1970-1973. Lecciones de una experiencia*. Tecnos. Madrid, 1975, p. 323.
991. Kissinger, p. 474.
992. *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973*. Archivo Salvador Allende, n.º 13, p. 13.
993. *La Nación*, 22 de febrero de 2003. Edición digital: [www.lanacion.cl](http://www.lanacion.cl)
994. Dorfman, Ariel: «Obama y el dolor de Chile». *El País*. Madrid, 19 de marzo de 2011, p. 43.
995. González Camus, Ignacio: *El día en que murió Allende*. CESOC. Santiago de Chile, 1993, pp. 396-399.
996. Taufic, Camilo: *Chile en la hoguera*. Corregidor. Buenos Aires, 1974, pp. 78-80.
997. Declaración de Hortensia Bussi ante la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago de Chile, 12 de agosto de 1990. Causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago. Tomo I. Fojas 48-49.
998. Martínez Corbalá, Gonzalo: *Instantes de decisión. Chile, 1972-1973*. Grijalbo. México, 1998, pp. 185-236.
999. *Cuadernos Casa de Chile*, n.º 33. México, 1981, pp. 21-22.
1000. *Análisis*, 12 de septiembre de 1988, p. 41.
1001. *Pluma y Pincel*, 30 de septiembre de 1988, p. 5.
1002. *El País*. Madrid, 5 de septiembre de 1990, p. 7. Sobre el funeral de Salvador Allende, véase: Bianchini, Maria Chiara: *Chile, memorias de La Moneda. La (re)construcción de un símbolo político*. UAM-IEPALA. Madrid, 2012, pp. 214-222.
1003. Boizard, Ricardo: *El último día de Allende*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1973, p. 21.
1004. Véanse las conclusiones del equipo científico en el Apéndice V.

## Apéndice I

### Índice de siglas

- API: Acción Popular Independiente. Partido integrado en la Unidad Popular.
- CIA (siglas en inglés): Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.
- CODE: Confederación Democrática. Creada en julio de 1972, integró al PDC, el Partido Nacional, el Partido de Izquierda Radical y Democracia Radical. Fue el bloque opositor al Gobierno de la Unidad Popular.
- CORFO: Corporación de Fomento de la Producción. Organismo público creado por el Gobierno del Presidente Pedro Aguirre Cerda tras el terremoto de Chillán de 1939. Fue determinante en la industrialización del país.
- CUT: Central Única de Trabajadores. Central sindical creada en 1953.
- FACH: Fuerza Aérea de Chile.
- FECh: Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Fundada en 1906, Salvador Allende fue uno de sus principales dirigentes en 1931 como miembro del Grupo Avance.
- FRAP: Frente de Acción Popular. Coalición de la izquierda entre 1956 y 1969.
- IC: Izquierda Cristiana. Partido escindido del PDC en julio de 1971 e integrado en la UP.
- JDC: Juventud Demócrata Cristiana.
- MAPU: Movimiento de Acción Popular Unitaria. Partido escindido del PDC en mayo de 1969 e integrado en la UP.
- MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Fundado en 1965 y dirigido por Miguel Enríquez desde 1967, no se integró en la UP y prestó un apoyo crítico al Gobierno de Allende.
- OEA: Organización de Estados Americanos.
- OIR: Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República.
- OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad. Creada en enero de 1966 en La Habana durante la primera Conferencia de la Tricontinental a

propuesta de Salvador Allende, que formó parte de su directorio.

PC: Partido Comunista de Chile. Fundado en 1912 por Luis Emilio Recabarren con la denominación de Partido Obrero Socialista. Adscrito a la Komintern desde 1922.

PDC: Partido Demócrata Cristiano. Fundado en 1957 y heredero de la Falange Nacional, creada en 1938 por la juventud del Partido Conservador.

PIR: Partido de Izquierda Radical. Escindido del Partido Radical en 1971, abandonó la UP en marzo de 1972 y se unió al frente político opositor.

PN: Partido Nacional. Principal partido de la derecha. Fundado en 1966 por la fusión de los viejos partidos Conservador y Liberal.

PR: Partido Radical. Fundado a mediados del siglo XIX. En sus filas militaron el abuelo paterno de Salvador Allende, su padre y sus tíos.

PS: Partido Socialista de Chile. Fundado en 1933, Allende participó en su creación desde Valparaíso.

PSP: Partido Socialista Popular. Escindido del PS en 1947 por su viraje anticomunista.

UP: Unidad Popular. Coalición de la izquierda fundada en octubre de 1969.

USOPO: Unión Socialista Popular. Escindida del PS en octubre de 1967, su principal líder fue Raúl Ampuero.

VOP: Vanguardia Organizada del Pueblo. Grupo terrorista de apariencia ultraizquierdista que asesinó al dirigente demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic en junio de 1971.

## Apéndice II

### Principales personas citadas

- AGUIRRE CERDA, Pedro (1879-1941): miembro del Partido Radical y Presidente de la República entre 1938 y 1941 con el Frente Popular.
- ALESSANDRI, Jorge (1896-1986): Presidente de la República entre 1958 y 1964 y candidato presidencial de la derecha en 1970.
- ALESSANDRI PALMA, Arturo (1868-1950): Presidente de la República entre 1920 y 1925 y 1932 y 1938.
- ALMEYDA, Clodomiro (1923-1997): dirigente socialista y ministro de Relaciones Exteriores con el Presidente Allende.
- ALTAMIRANO, Carlos (1922): senador y secretario general del Partido Socialista entre 1971 y 1979.
- AMPUERO, Raúl (1917-1996): dirigente y senador del Partido Socialista. En 1967, lideró la escisión de la Unión Socialista Popular.
- AYLWIN, Patricio (1918): senador y presidente del PDC en 1973. Presidente de la República entre 1990 y 1994.
- BRIONES, Carlos (1914-2000): militante socialista, colaborador de Allende en el Ministerio de Salubridad y ministro del Interior en 1973.
- BUSSI, Hortensia (1914-2009): esposa de Salvador Allende.
- CONTRERAS, Miria (1928-2002): conocida cariñosamente como *la Payita*. Fue una leal colaboradora de Salvador Allende, con quien trabajó en La Moneda. Ambos mantuvieron una relación sentimental. Cuando falleció, el 22 de noviembre de 2002, su cuerpo fue velado en el Museo de la Solidaridad Salvador Allende.
- CORVALÁN, Luis (1916-2010): senador y secretario general del Partido Comunista entre 1958 y 1989.
- DEMARCHI, Juan (c. 1864-1943): carpintero de origen italiano y militante de la central sindical anarquista IWW. Tuvo un papel importante en la formación de la conciencia política de Allende, cuando este era estudiante en Valparaíso

en 1922.

EDWARDS, Agustín (1927): importante empresario, propietario del diario *El Mercurio*.

ENRÍQUEZ, Miguel (1944-1974): secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria desde 1967 hasta su muerte en un desigual enfrentamiento armado con agentes de la dictadura el 5 de octubre de 1974 en San Miguel.

FIGUEROA, Luis (1922-1976): presidente de la CUT, diputado comunista y ministro de Trabajo en 1972 y 1973. Falleció en el exilio en Suecia.

FREI MONTALVA, Eduardo (1911-1982): dirigente del PDC, senador, Presidente de la República (1964-1970) y del Senado en septiembre de 1973. La justicia chilena ha probado que fue asesinado por la dictadura en la Clínica Santa María de Santiago de Chile.

FUENTEALBA, Renán (1917): senador y destacado dirigente del PDC.

GONZÁLEZ VIDELA, Gabriel (1898-1980): miembro del Partido Radical y Presidente de la República entre 1946 y 1952. Decretó la persecución del Partido Comunista con la aprobación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia.

GROVE, Marmaduke (1878-1954): coronel de la Fuerza Aérea en 1932, cuando participó de manera destacada en la proclamación de la República Socialista. Fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile en 1933 y su principal dirigente durante su primera década.

GUMUCIO, Rafael Agustín (1909-1996): fundador de la Falange Nacional, del PDC y del MAPU. Senador y presidente del Partido Federado de la Unidad Popular en 1973.

IBÁÑEZ DEL CAMPO, Carlos (1877-1960): dictador entre 1927 y 1931. Candidato del movimiento nazi en 1938 y de la derecha en 1942. Presidente de la República entre 1952 y 1958.

JARPA, Sergio Onofre (1921): senador y presidente del Partido Nacional en 1973. Ministro del Interior de la dictadura en 1983.

JEREZ, Alberto (1927): parlamentario del PDC y de la UP. Fue uno de los dirigentes que se escindió en mayo de 1969 para fundar el MAPU.

JORQUERA, Carlos (1924): periodista y gran amigo de Salvador Allende.

LAFFERTE, Elías (1886-1961): secretario general de la Federación Obrera, senador y presidente del Partido Comunista.

LEIGHTON, Bernardo (1909-1995): diputado del PDC y destacado miembro de su tendencia progresista. Fue uno de los 13 dirigentes demócratacristianos que

condenaron el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. En octubre de 1975 su esposa, Ana Fresno, y él sobrevivieron a un atentado de la DINA en Roma.

LETELIER, Orlando (1932-1976): embajador de Chile en Estados Unidos desde marzo de 1971 a mayo de 1973. Ministro de Relaciones Exteriores, del Interior y Defensa del Presidente Allende. Fue asesinado por la DINA junto con su asistente, la ciudadana estadounidense Ronni Moffit, en Washington el 21 de septiembre de 1976.

MILLAS, Orlando (1918-1991): dirigente de la Juventud Socialista en los años treinta. Miembro de la corriente «inconformista», ingresó en el PC en 1943. Notable dirigente comunista y diputado. Ministro de Hacienda y Economía del Presidente Allende.

OLIVARES, Augusto (1930-1973): destacado periodista y gran amigo de Allende. Puso fin a su vida el 11 de septiembre de 1973 en La Moneda.

PINOCHET, Augusto (1915-2006): comandante en jefe del Ejército desde el 23 de agosto de 1973 hasta el 11 de marzo de 1990. Jefe de la Junta Militar que derrocó al Presidente Allende, impuso una cruel dictadura militar que finalizó el 11 de marzo de 1990.

PRATS, Carlos (1915-1974): comandante en jefe del Ejército entre octubre de 1970 y el 23 de agosto de 1973. Ministro del Interior (noviembre de 1972-marzo de 1973) y ministro de Defensa (agosto de 1973). Asesinado por la DINA el 30 de septiembre de 1974 en Buenos Aires junto a su esposa, Sofía Cuthbert.

PUCCIO, Osvaldo (1926-1981): importante colaborador y *secretario privado* de Allende durante dos décadas. Murió en el exilio en Berlín oriental.

RODRÍGUEZ, Aniceto (1919-1995): senador y dirigente socialista. Secretario general del PS entre 1965 y 1971.

SANTA CRUZ, Hernán (1906-1999): abogado y diplomático. Embajador de Chile ante las Naciones Unidas entre 1966 y 1973. Gran amigo de Salvador Allende.

SCHNAKE, Óscar (1899-1976): fundador del Partido Socialista y su secretario general hasta 1939. Ministro de Fomento entre 1939 y 1942.

SCHNEIDER, René (1913-1970): comandante en jefe del Ejército asesinado en octubre de 1970 por la ultraderecha con la complicidad de la CIA para intentar impedir la investidura presidencial de Allende.

SILVA HENRÍQUEZ, Raúl (1907-1999): cardenal y arzobispo de Santiago entre

1961 y 1982. Creador de la Vicaría de la Solidaridad en 1976.

SUÁREZ BASTIDAS, Jaime (1931-1993): destacado dirigente socialista y ministro secretario general de Gobierno y del Interior con el Presidente Allende.

TEITELBOIM, Volodia (1916-2008): importante dirigente comunista, senador y gran escritor e intelectual.

TOHÁ, José (1927-1974): dirigente socialista y ministro del Interior y Defensa del Presidente Allende. Fue asesinado por la dictadura en marzo de 1974.

TOMIC, Radomiro (1914-1992): candidato presidencial del PDC en 1970 y miembro de su tendencia progresista.

VALDÉS, Gabriel (1919-2011): notable dirigente del PDC y ministro de Relaciones Exteriores durante todo el mandato presidencial de Eduardo Frei Montalva.

## Apéndice III

### Cronología esencial

El 26 de junio de 1908 nace en Santiago de Chile. El 12 de julio es bautizado según el rito católico con el nombre de Salvador Guillermo Allende Gossens. Hasta 1918 vive en la ciudad de Tacna. Aquel año su familia se traslada a Iquique.

En 1919 es enviado a Santiago, donde estudia en el Instituto Nacional.

En 1920 y 1921 vive en Valdivia.

En 1922 se instalan en Valparaíso. Ingresa en el Liceo Eduardo de la Barra, donde concluye sus estudios secundarios en diciembre de 1924. Entabla amistad con el carpintero anarquista Juan Demarchi.

En 1925 realiza el servicio militar como voluntario en sendos regimientos de Viña del Mar y Tacna.

En 1926 ingresa en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, en Santiago.

En 1927 es elegido presidente del Centro de Alumnos de Medicina. Inicia su trabajo como estudiante en el Manicomio Nacional.

En 1931 participa, como militante del Grupo Avance, en las movilizaciones que acaban con la dictadura del coronel Carlos Ibáñez del Campo. Durante un breve periodo es vicepresidente de la FECh. A fines de aquel año regresa a la casa familiar en Viña del Mar.

En 1932 trabaja como médico interno en Valparaíso y apoya la República Socialista. Es encarcelado, juzgado y finalmente absuelto por tres cortes marciales. En septiembre fallece su padre, Salvador Allende Castro.

En 1933 participa, desde Valparaíso, en la fundación del Partido Socialista de Chile y obtiene su título de médico-cirujano con la memoria *Higiene mental y delincuencia*.

En 1935 es el secretario regional del Partido Socialista en la provincia de Valparaíso y Aconcagua. Formaliza su ingreso en la masonería, en la Logia

«Progreso» 4 de Valparaíso.

A principios de 1936 el Gobierno de Alessandri le destierra durante unos meses a Caldera.

En marzo de 1937 es elegido diputado por Valparaíso y Aconcagua. Es vicepresidente del Frente Popular en la zona.

En 1938 dirige la campaña de Pedro Aguirre Cerda, candidato presidencial del Frente Popular, en Valparaíso. En diciembre, asume la subsecretaría general del Partido Socialista.

El 28 de septiembre de 1939 el Presidente Aguirre Cerda le designa ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social. Cede su puesto en la dirección del PS. En diciembre publica el único libro que escribió: *La realidad médico-social chilena*.

El 17 de septiembre de 1940 contrae matrimonio con Hortensia Bussi. Tuvieron tres hijas: Carmen Paz, Beatriz e Isabel.

En abril de 1942 deja el Ministerio de Salubridad y es nombrado vicepresidente de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio.

En enero de 1943 el Partido Socialista abandona el Gobierno del Presidente Juan Antonio Ríos. Es elegido secretario general del PS.

En agosto de 1944 es sustituido al frente del Partido Socialista, pero permanece en la dirección como miembro de su Comité Central.

En marzo de 1945 es elegido senador por las provincias de Osorno, Valdivia, Llanquihue, Chiloé, Aysén y Magallanes.

En 1947 junto con otros destacados dirigentes crea el Partido Socialista Popular. Participa en la elaboración del histórico programa socialista de aquel año junto con el profesor Eugenio González.

En 1948 denuncia en el Senado la ilegalización y persecución del Partido Comunista impulsada por el Presidente Gabriel González Videla.

Tiene un papel destacado en la creación del Colegio Médico de Chile, que presidió entre 1950 y 1952.

El 3 de julio de 1951 es elegido vicepresidente del Senado, cargo que ocupará hasta el 25 de mayo de 1955. En octubre abandona junto con un grupo de compañeros el Partido Socialista Popular y reingresa en el PS de Chile. En noviembre es proclamado por primera vez candidato presidencial, en representación del Frente del Pueblo, integrado también por el Partido Comunista y algunas fuerzas menores.

En las elecciones presidenciales de septiembre de 1952 obtiene el 5,4% de los

votos, muy lejos del vencedor, el general retirado Carlos Ibáñez del Campo, apoyado por la mayor parte del socialismo.

En marzo de 1953 es elegido senador por Tarapacá y Antofagasta. El Partido Socialista Popular rompe muy pronto con Ibáñez. Es el presidente del Frente del Pueblo.

En 1954 viaja por primera vez a la Unión Soviética y a China. Condena el derrocamiento del Presidente Jacobo Arbenz y la agresión de la CIA a Guatemala.

En 1956 es elegido presidente del Frente de Acción Popular. Rechaza la invasión soviética de Hungría.

En 1957 se reunifica el socialismo. En septiembre es elegido candidato presidencial del FRAP.

En las elecciones presidenciales de 1958 logra el 28,51% y se queda a 33.417 votos de La Moneda. El derechista Jorge Alessandri es elegido Presidente.

En febrero de 1959 viaja a La Habana y conoce a los líderes revolucionarios, entre ellos Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara.

En marzo de 1961 es elegido senador por Valparaíso y Aconcagua.

En enero de 1963 es elegido de nuevo candidato presidencial del FRAP.

En la elección de 1964 alcanza el 38,9% de los votos, pero sufre su tercera derrota ante el demócratacristiano Eduardo Frei. Condena el golpe de Estado militar en Brasil (patrocinado por Estados Unidos) y en Montevideo conoce al Presidente derrocado, João Goulart.

En 1965 rechaza la invasión estadounidense de la República Dominicana, que fuerza el derrocamiento del Presidente constitucional Juan Bosch, su amigo.

En enero de 1966 preside la delegación chilena que participa en La Habana en la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, la Tricontinental. En junio y julio recorre Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia y la RDA. El 27 de diciembre de 1966 es elegido presidente del Senado, cargo que desempeña hasta el 15 de mayo de 1969.

En abril de 1967 pronuncia una importante conferencia en Montevideo en la que denuncia la penetración del imperialismo norteamericano en América Latina. En julio participa en Cuba en la primera Conferencia de la OLAS. En octubre pronuncia un largo discurso en el Senado en homenaje a Ernesto *Che* Guevara. En noviembre viaja a Moscú para asistir a la conmemoración del 50.º aniversario de la Revolución, acompañado de su hija Beatriz.

En febrero de 1968 ayuda a los tres guerrilleros cubanos que habían sobrevivido

a la expedición del Che en Bolivia a regresar a Cuba. En agosto condena la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia.

En marzo de 1969 es elegido senador por Chiloé, Aysén y Magallanes. Entre mayo y julio, acompañado por el doctor Eduardo Paredes, viaja a México, Corea del Norte, China, la Unión Soviética, Vietnam y Cuba. Se reúne con Kim Il Sung, los dirigentes chinos y soviéticos, Ho Chi Minh y Fidel Castro. A fines de agosto es designado candidato presidencial del PS. En octubre se funda la Unidad Popular.

En enero de 1970 es elegido candidato presidencial de la Unidad Popular. El 4 de septiembre vence en las elecciones presidenciales con el 36,2% de los votos. El 24 de octubre, con el apoyo de los parlamentarios demócratacristianos, el Congreso Pleno le designa Presidente de la República. El 3 de noviembre se celebra la transmisión del mando de la nación. Richard Nixon ordena a Henry Kissinger un plan de guerra oculta contra Chile.

El 4 de abril de 1971 la Unidad Popular alcanza el 50% de los votos en las elecciones municipales. El 21 de mayo, en su primer Mensaje al Congreso Pleno, delinea los fundamentos de la «vía chilena al socialismo». El 8 de junio la VOP asesina al destacado dirigente demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic. A pesar de que el Gobierno y la UP condenan el crimen y denuncian su intencionalidad política, se abre un abismo entre el PDC y la UP, acrecentado por el retorno de Frei al país y la alianza con la derecha en la elección complementaria de Valparaíso.

El 11 de julio el Presidente Allende firma la histórica nacionalización del cobre. El 28 de septiembre suscribe el decreto que fija unas exiguas indemnizaciones para las multinacionales estadounidenses. Comienza el bloqueo económico y financiero orquestado por Washington para estrangular la economía chilena.

En septiembre Chile se integra en el Movimiento de Países No Alineados. En noviembre Fidel Castro llega a Chile y realiza una prolongada gira por el país que enerva a la oposición. El 1 de diciembre emerge el movimiento de las mujeres antiallendistas con la «Marcha de las cacerolas vacías». En Estocolmo, Pablo Neruda recibe el Premio Nobel de Literatura.

El 7 de enero de 1972 designa a José Tohá como ministro de Defensa después de que una acusación constitucional presentada por el PDC forzara su destitución como ministro del Interior.

- En febrero veta la reforma constitucional impulsada por el PDC para limitar el Área Social. Comienza un largo conflicto político en torno a este aspecto decisivo de la construcción del socialismo que no hallará solución.
- En abril defiende en la III Conferencia de la UNCTAD, que se celebra en el Edificio Gabriela Mistral, un nuevo orden económico mundial. Envía un saludo al I Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo, que se celebra en Santiago.
- En junio, tras el «Cónclave de Lo Curro», designa nuevos responsables en los ministerios económicos, con el comunista Orlando Millas «al timón».
- En julio se crean la CODE y el Partido Federado de la Unidad Popular. Critica duramente la «Asamblea del Pueblo» de Concepción.
- En agosto visita Lo Hermida tras la muerte de un poblador durante un enfrentamiento con las fuerzas policiales. El 5 de septiembre plantea a los dirigentes de la Unidad Popular la necesidad de impulsar una nueva Constitución.
- En octubre enfrenta el paro de los gremios patronales, los sectores profesionales y la oposición política. La movilización masiva de los trabajadores neutraliza la insurrección. El 2 de noviembre incorpora al Gobierno al general Prats y a otros dos altos oficiales y a los dos principales dirigentes de la CUT.
- Entre el 30 de noviembre y el 14 de diciembre realiza su gira internacional más importante como Presidente. Visita México, la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, Argelia, la Unión Soviética y Cuba. En la ONU, denuncia la agresión de Washington para destruir la democracia chilena y el bloqueo económico y defiende el derecho de los países del Tercer Mundo a nacionalizar sus recursos naturales.
- En las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 la Unidad Popular alcanza el 43,4% de los votos y suma más diputados y más senadores. Su Gobierno es el que tiene más apoyo popular después de dos años de gestión en las últimas décadas. La división del MAPU simboliza la profunda división en la izquierda en torno al proceso revolucionario.
- En abril aplaza la aplicación de la Escuela Nacional Unificada por las críticas de la jerarquía católica y sectores de la oficialidad de las Fuerzas Armadas. El 18 de abril interviene en el acto de conmemoración del 40.º aniversario de la fundación del Partido Socialista.
- El 21 de mayo pronuncia su tercer Mensaje al Congreso Pleno, titulado «Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil». El senador Patricio

Aylwin es elegido nuevo presidente del PDC.

El 15 de junio recibe a los representantes de los trabajadores en huelga del complejo cuprífero de El Teniente.

El 29 de junio elogia la actuación de las Fuerzas Armadas, que, bajo el mando del general Prats, sofocan la sublevación del coronel Souper.

En julio y agosto, a petición del cardenal Silva Henríquez, emprende las últimas conversaciones para intentar alcanzar un acuerdo con el PDC en un diálogo directo con Aylwin. A principios de agosto designa un nuevo gabinete cívico-militar. Las Fuerzas Armadas allanan numerosos locales de la izquierda en aplicación de la Ley de Control de Armas. Los marinos constitucionalistas denuncian que en la Armada se está preparando un golpe de Estado y son torturados.

El 23 de agosto, tras la dimisión del general Carlos Prats, nombra al general Augusto Pinochet como nuevo comandante en jefe del Ejército.

El 24 de agosto responde a la declaración de la Cámara de Diputados, aprobada por la oposición, que acusa a su Gobierno de pretender instaurar un régimen totalitario.

El 4 de septiembre un millón de personas se manifiestan en Santiago con motivo del tercer aniversario de la victoria de la UP. En la tribuna levantada en la plaza de la Constitución figura una enorme consigna: «Unidad y combate contra el golpismo. La Patria vencerá».

El 9 de septiembre comunica a Pinochet su intención de convocar un plebiscito como vía para resolver el conflicto político.

El 11 de septiembre, ante el golpe de Estado, resiste en La Moneda junto con un grupo de colaboradores, escoltas y funcionarios. A través de algunas emisoras de radio se dirige al país en varias ocasiones y pronuncia su último discurso poco después de las nueve de la mañana. Tras el bombardeo del Palacio, ordena a sus acompañantes que se entreguen y, fiel al compromiso contraído con su pueblo, pone fin a su vida.

El 12 de septiembre su viuda, Hortensia Bussi, y su hermana menor, Laura, son obligadas a enterrarle en el mausoleo de la familia Grove en el cementerio Santa Inés de Viña del Mar. Su familia se exilia en México y Cuba.

El 4 de septiembre de 1990, tras el final de la dictadura, su familia organiza el funeral oficial y sus restos son trasladados a un mausoleo del Cementerio General de Santiago.

En 2011 el análisis científico de sus restos confirma su suicidio en La Moneda.

## Apéndice IV

### Candidato presidencial (1952-1970)

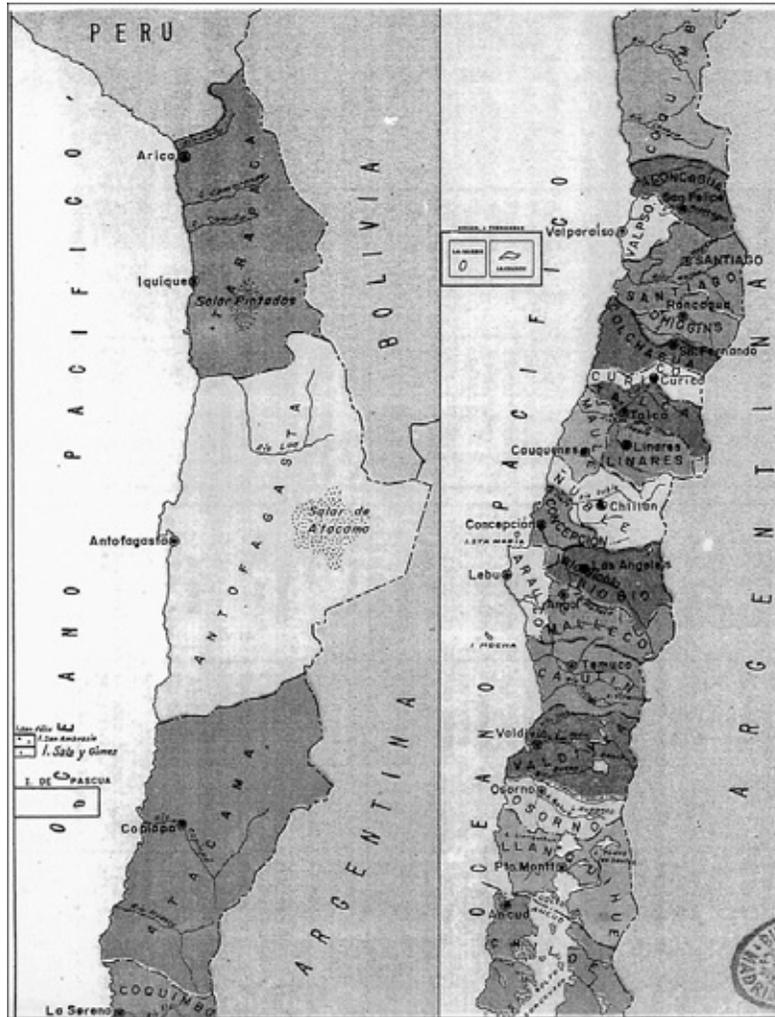
#### Elecciones presidenciales de 1952

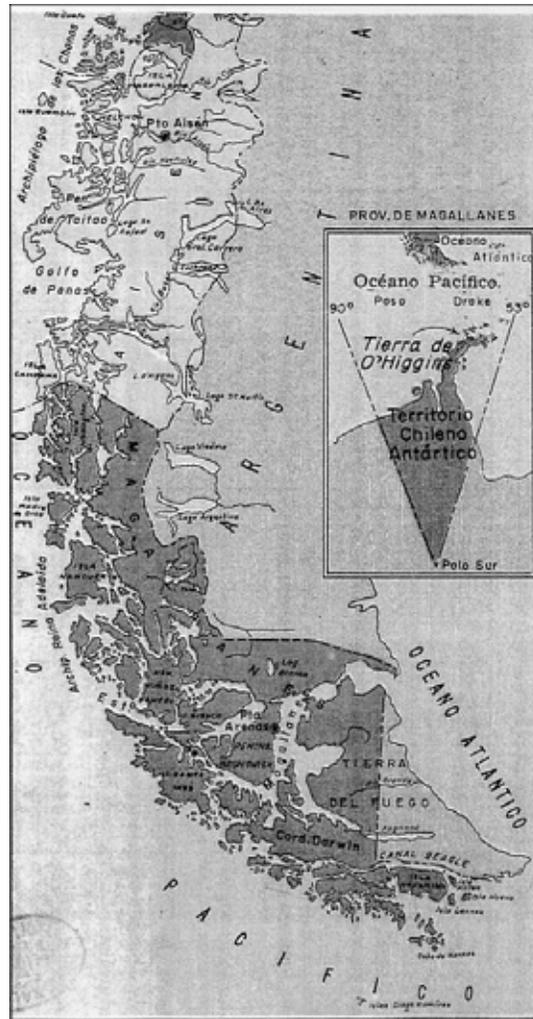
	<b>Carlos Ibáñez</b>	<b>Arturo Matte</b>	<b>Pedro Enrique Alfonso</b>	<b>Salvador Allende</b>
Tarapacá	7.006	3.230	3.356	1.363
Antofagasta	13.512	2.707	5.460	2.495
Atacama	5.218	1.778	4.593	531
Coquimbo	7.425	10.314	12.169	1.905
Aconcagua	7.765	8.723	5.704	674
Valparaíso	43.258	20.419	16.971	4.250
Santiago	176.325	78.890	43.776	22.762
O'Higgins	15.016	14.498	6.095	1.567
Colchagua	5.874	12.068	4.187	587
Curicó	4.624	5.585	3.153	570
Talca	12.078	10.433	5.586	1.078
Maule	4.404	5.956	4.483	247
Linares	11.265	10.807	4.117	505
Ñuble	13.103	13.489	10.653	909
Concepción	30.650	13.320	13.155	5.468
Arauco	2.584	2.422	3.318	1.497
Bío-Bío	7.382	6.257	4.362	736
Malleco	9.543	7.728	5.608	531
Cautín	23.650	14.009	8.952	1.208
Valdivia	16.133	7.724	6.546	1.248
Osorno	8.101	4.248	6.025	477
Llanquihue	7.977	5.477	4.501	474
Chiloé	4.144	4.329	4.081	150
Aysén	1.843	307	759	137
Magallanes	7.559	639	2.750	606
	446.439	265.357	190.360	51.975

Total: 954.131

Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

# Mapa de Chile con la anterior división administrativa provincial





Procedencia: Kaplan C., Óscar. *Atlas escolar de Chile*. Sin editor. Barcelona, 1971

## Elecciones presidenciales de 1958

	<b>Jorge Alessandri</b>	<b>Luis Bossay</b>	<b>Antonio Zamorano</b>	<b>Eduardo Frei</b>	<b>Salvador Allende</b>
Tarapacá	3.558	3.859	529	4.922	8.299
Antofagasta	5.670	5.866	1.083	6.567	14.954
Atacama	2.533	5.243	247	3.621	6.167
Coquimbo	10.460	8.886	1.280	7.952	14.283
Aconcagua	10.018	4.233	1.530	5.953	7.299
Valparaíso	35.680	17.192	5.727	29.913	26.611
Santiago	151.797	51.984	11.194	91.305	121.452
O'Higgins	16.753	4.517	2.175	8.426	14.537
Colchagua	13.556	3.435	477	4.379	6.190
Curicó	6.509	2.458	704	3.107	6.067
Talca	9.763	4.163	7.206	6.377	8.584

Maule	5.823	4.551	830	3.375	2.749
Linares	10.674	4.044	4.156	5.912	7.927
Ñuble	11.988	11.164	811	11.290	10.947
Concepción	17.418	13.091	624	18.154	34.594
Arauco	1.932	3.125	61	1.616	6.258
Bío-Bío	7.660	4.670	200	3.611	7.360
Malleco	10.133	5.592	187	4.951	7.485
Cautín	21.228	8.979	920	12.587	11.921
Valdivia	12.387	6.791	637	7.545	11.559
Osorno	8.318	5.524	156	2.770	5.542
Llanquihue	7.430	4.304	219	6.075	4.056
Chiloé	6.146	4.621	157	1.559	3.689
Aysén	1.190	994	43	945	1.255
Magallanes	1.285	2.791	151	2.857	6.708
	389.909	192.077	41.304	255.769	356.493

Total: 1.235.552

Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

## Elecciones presidenciales de 1964

	<b>Salvador Allende</b>	<b>Eduardo Frei</b>	<b>Julio Durán</b>
Tarapacá	24.204	23.738	3.405
Antofagasta	40.209	38.007	5.072
Atacama	18.796	18.256	5.086
Coquimbo	36.916	37.546	7.317
Aconcagua	19.255	26.188	2.203
Valparaíso	96.094	160.506	9.689
Santiago	363.855	620.489	34.727
O'Higgins	39.170	44.046	2.636
Colchagua	15.224	24.526	1.980
Curicó	11.894	14.982	1.885
Talca	24.439	27.367	2.151
Maule	8.680	12.254	1.592
Linares	18.495	23.725	2.092
Ñuble	24.314	41.574	5.299
Concepción	82.332	75.414	9.181
Arauco	12.264	5.780	2.281
Bío-Bío	14.682	20.202	3.317
Malleco	15.490	23.850	3.086
Cautín	29.957	60.542	5.635

Valdivia	28.176	33.619	3.334
Osorno	14.724	19.835	4.023
Llanquihue	12.021	25.415	2.872
Chiloé	7.384	12.170	3.043
Aysén	3.307	5.536	697
Magallanes	16.020	13.445	2.630
	977.902	1.409.012	125.233
Total: 2.512.147			

Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

## Elecciones presidenciales de 1970

	Radomiro Tomic		Jorge Alessandri		Salvador Allende	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Tarapacá	7.459	8.183	7.669	8.400	18.570	12.655
Antofagasta	9.437	10.315	15.211	16.101	27.153	17.210
Atacama	5.437	5.318	6.517	6.714	15.561	9.135
Coquimbo	11.604	12.489	13.390	15.394	24.860	16.220
Aconcagua	8.827	9.075	8.926	9.991	11.648	7.052
Valparaíso	44.314	58.158	44.839	55.497	56.582	44.545
Santiago	142.960	176.248	194.710	261.525	232.474	180.707
O'Higgins	13.974	14.839	14.353	15.925	24.731	15.643
Colchagua	7.405	7.021	9.312	9.447	9.346	5.487
Curicó	4.526	4.688	5.763	6.291	7.509	4.657
Talca	8.816	9.464	8.466	9.883	15.181	9.989
Maule	3.338	3.761	4.826	5.202	4.868	3.282
Linares	7.909	7.655	10.068	10.640	9.765	6.054
Ñuble	12.938	11.743	15.984	14.948	16.814	10.819
Concepción	24.444	30.857	21.612	24.864	57.644	39.401
Arauco	2.705	2.217	3.211	2.495	9.056	4.476
Bío-Bío	7.030	5.311	9.733	8.318	11.254	5.469
Malleco	8.041	5.911	9.869	8.936	8.884	5.003
Cautín	21.171	14.960	26.316	19.837	16.148	8.950
Valdivia	11.949	8.831	14.947	12.793	16.456	9.897
Osorno	8.050	5.735	10.296	9.526	9.086	4.933
Llanquihue	8.490	5.663	10.901	8.207	9.278	4.965
Chiloé	4.024	3.297	5.385	5.483	5.748	4.129
Aysén	2.753	1.942	2.709	1.930	2.809	1.481
Magallanes	5.118	5.401	3.889	3.910	10.063	6.687
<b>Total:</b>	<b>392.719</b>	<b>429.082</b>	<b>478.902</b>	<b>557.174</b>	<b>631.488</b>	<b>438.846</b>
					<b>1.031.159</b>	<b>1.070.334</b>

Total: 2.923.294

Fuente: Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile.

## Apéndice V

### Documentos

#### 1. DISCURSO DEL DOCTOR RAMÓN ALLENDE PADÍN EN LA INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA BLAS CUEVAS DE VALPARAÍSO

*El Mercurio de Valparaíso*, 26 de febrero de 1872

Señores:

La escuela que inauguramos en este momento bajo tan felices auspicios es el fruto tan solo de la buena voluntad y decidido anhelo de algunos. Es la iniciativa particular puesta en juego, la caridad en ejercicio, para aliviar en este pueblo una de las más sentidas necesidades: la deficiencia de la instrucción elemental.

Por datos oficiales sábese que anualmente más de seis mil niños llaman en vano a las puertas de la escuela en busca de enseñanza. ¡Triste ejemplo, que da la medida de nuestra debilidad e ignorancia!

La instrucción primaria oficial, que desde hace veinte años se desarrolla más o menos poderosamente, tardará mucho aún antes de que pueda llenar debidamente sus deberes y sus propósitos. A pesar de la buena voluntad de nuestros gobiernos, de su decidida protección por el fomento de la instrucción, sus esfuerzos son débiles por demás y más tristes resultados presenciáramos si la iniciativa individual no se moviese poderosamente para ayudar a tan elevados propósitos. La sociedad de instrucción primaria que se organiza en esta ciudad y que se prepara para abrir escuelas que sean verdaderos tipos, modelos, por sus comodidades, régimen de enseñanza... tardará algo aún antes de comenzar sus tareas. Los colegios elementales por más que se multipliquen no ofrecen a la clase proletaria todas las facilidades de la educación gratuita.

Cada escuela, pues, que se levanta es un poderoso apoyo para la difusión de

la instrucción, un rico venero de magníficos beneficios, cuyos óptimos frutos no tardarán en palpase, llenando de satisfacción a sus promotores y sostenedores. Hoy que la civilización de las naciones, la grandeza de los pueblos no se miden por sus ejércitos ni por sus riquezas naturales sino por su ilustración, cada escuela que se levanta es un paso al progreso, una victoria conseguida, un triunfo de más consecuencias para el porvenir que el más brillante combate, la más grande batalla, alcanzada siempre en medio de la sangre del vencido, de las lágrimas de la viuda, del dolor de los huérfanos.

Cuando podamos contar la grandeza y fuerza de nuestra patria por el número de sus escuelas, no por el de sus cañones, habremos verificado la más sublime de las metamorfosis, la más grandiosa de las revoluciones y la más provechosa, la de la enseñanza, y veremos imperar en nuestra vida privada y pública, en el hogar como en la sociedad, la justicia, el derecho y el respeto mutuo. Alumbrará para nuestra querida patria la aurora majestuosa que precede al predominio del espíritu sobre la materia, de la justicia sobre la fuerza y de la virtud sobre el vicio.

Levantemos escuelas por doquiera, difundamos la enseñanza, cultivemos la inteligencia y habremos cumplido con el más sublime de nuestros deberes sociales, el amor de la humanidad.

La escuela que bajo el nombre de «Blas Cuevas» abre hoy sus salones llamando a los niños ambiciosos de saber y de estudiar aguarda sea un poderoso auxilio que difundiendo los conocimientos elementales, prepare a los discípulos para estudios superiores y de aplicación. Organizada bajo un modesto pie, pero dotada de todo lo necesario y de condiciones higiénicas favorables, podrá cómodamente alojar por ahora cien niños, siendo fácil más tarde elevar esta cifra a ciento cincuenta.

Voy a permitirme, señores, daros una ligera idea del origen de esta escuela y de los pasos que se han dado para llegar a abrirla montada como la veis.

Tiempo hacía que personas que se ocupan de fomentar y sostener el desarrollo de la instrucción, veían con pesar que el número de escuelas en Valparaíso era insuficiente relativamente al número de sus habitantes; tiempo hacía que deseaban unirse para, sumados sus esfuerzos, poder abrir una escuela que satisficiera sus deseos y buenos propósitos. Esta idea, que se inculcaba lentamente y que no se había llevado a cabo por circunstancias ajenas a sus voluntades, ha podido al fin realizarse felizmente.

Tres meses hará más o menos que me cupo el honor de ser encargado para

correr una suscripción que proporcionase fondos para su instalación, y debo declarar aquí que mi trabajo fue generosamente remunerado. En pocos días reuní mil doscientos ochenta pesos, teniendo el placer, que habla muy alto en favor de la caridad de este pueblo, de no haber pedido jamás en vano, sino por el contrario, encontrando la mayor aceptación de la idea y el más decidido apoyo para su ejecución. Mientras tanto, otros amigos entusiastas se ocupaban de llenar la lista de suscriptores que cubriese el presupuesto de gastos fijos, ascendente a doscientos pesos mensuales. Llenada con prontitud dicha lista y asegurada de este modo la vida propia de la escuela, se procedió a nombrar un directorio que corriese con todos los trabajos necesarios para la fundación de la escuela.

Elegido el local, que como veis presta todas las ventajas apetecibles, el primer cuidado del directorio fue hacer en él todas las modificaciones necesarias para el mejor servicio y desde luego ocupose de hacer construir el mobiliario bajo los modelos más ventajosos y adelantados sancionados como lo mejor por la práctica diaria. Al efecto se visitó el colegio que dirige con tanto acierto el ilustrado institutor señor Mackey para tomar de allí las principales indicaciones. El resultado ha sido satisfactorio y el mobiliario de nuestros (ilegible), indudablemente, por su cómoda distribución y sólida construcción, dará un resultado satisfactorio.

Contratado enseguida como preceptor el señor Ángel C. Salvo, el directorio abraza las más fundadas esperanzas en su elección por los brillantes informes tomados de este señor y sobre todo por su competencia, fruto de una larga práctica en las tareas del profesorado. Al cuidado y celo de este caballero ha quedado el encargo de elegir a su ayudante, siendo esto mucho más ventajoso que la imposición de uno que no le prestase toda confianza y garantías de competencia.

Ha ocupádose enseguida el directorio de elegir los textos más adecuados que ha juzgado más útiles, reservándose para el año próximo el hacer en este punto una reforma general. Igualmente, ha redactado un reglamento interior para la escuela tomando por base el que rige las escuelas públicas y con muy pequeñas modificaciones.

Los ramos que se cursarán son: lectura, caligrafía, aritmética y sistema de pesos y medidas, elementos de gramática castellana, geografía, dibujo lineal, música vocal, lecciones orales de moral cristiana e historia sagrada y de higiene. Sentimos no haber podido colocar aún el pórtico de gimnástica, que será lo primero que haremos una vez que los fondos nos lo permitan, teniendo ya listos

los planos para dicha obra.

Nótase aquí que no se enseña catecismo de religión, es decir, el dogma de una fe; pero a ello nos hemos decidido después de maduro examen, creyendo con la mayoría del público ilustrado y siguiendo la opinión más generalmente aceptada de «que la educación religiosa no pertenece a la escuela sino al hogar doméstico, al cuidado de los padres de familia, jueces únicos que pueden y deben inculcar a sus hijos la creencia que crean verdadera». Por otra parte, un establecimiento mantenido por individuos de distintas creencias no puede si no es obrando fuera de la razón imponer una y enseñarla como obligación siendo también que la escuela, asilo de todos los niños, no debe tener creencia oficial, como no la debe tener tampoco el Estado, asilo común de todos los ciudadanos. En cambio, se enseñará la moral cristiana y a su estudio se dará particular atención, tratando de inculcar en el tierno corazón del niño el amor a Dios, que es la *verdad*, la *justicia* y *bondad* infinitas. Los grandes ejemplos de la historia sagrada, tan ricos en lecciones de la más sana y sublime moral, darán ancho campo para enseñar a los niños las grandes virtudes que deben adornar al hombre, como los grandes deberes que tiene que cumplir, ora como hombre aislado, ora como público y en cualquier esfera a que pueda llegar en su carrera. Aprenderán allí lo que se debe a la familia, a la patria, a la humanidad y a sí mismos, enseñándoles lo que debe ser el ciudadano digno de un pueblo civilizado y que merezca la consideración y respeto de sus conciudadanos.

Tal es, señores, la historia de la escuela «Blas Cuevas»: su nombre es una enseñanza, un símbolo, y debe recordarnos que la memoria del hombre honrado y virtuoso no muere en el corazón de sus conciudadanos; que la muerte es impotente para borrar el recuerdo del que sin más timbres que su honradez, su virtud y ardiente caridad, se ha alzado una estatua en el seno de un hospital, asilo del que sufre en la materia, y hoy llega a grabar su nombre en el pórtico de una escuela, asilo, santuario majestuoso de la inteligencia.

Concluiré, señores, pidiendo a los suscriptores que mantienen esta escuela no desmayen en sus propósitos generosos y que recuerden que una sola defección, una indiferencia pueden trastornar o hacer vacilante la marcha de su obra de fraternidad y de progreso.

Queda inaugurada la escuela Blas Cuevas.

## 2. SOLICITUD DE INGRESO EN EL INSTITUTO NACIONAL

INSTITUTO NACIONAL  
CHILE

Señor Rector:

Agradeceré a Ud. tenga a bien aceptar como alumno *medio-pupilo*  
del Instituto Nacional a mi pupilo don *Salvador Allende Gossens*

que ha estudiado en *Liceo de Yquique*  
Nació en *Santiago*  
Tiene *10* años de edad.  
Su padre se llama *Salvador Allende*  
Es de nacionalidad *Chilena*  
Vive en la calle de *Huifamos N.º 2423* (o murió hace \_\_\_\_\_ años)  
Su profesión es *Abogado*  
Su madre se llama *Laura Gossens*  
Es de nacionalidad *Chilena*  
Vive en la calle de *Id.* N.º \_\_\_\_\_ (o murió hace \_\_\_\_\_ años)  
Su apoderado se llama *su padre*  
Vive en la calle de *Id.* N.º \_\_\_\_\_

Acompaño los documentos que acreditan los estudios que ha hecho.  
Santiago, *13 de Mayo* de *1919*

FIRMA DEL APODERADO  
*Salvador Allende*

NOTA.— Todo alumno que desee incorporarse en alguno de los tres primeros años de humanidades o en el curso preparatorio, deberá comprobar su edad con el certificado del oficial del Registro Civil.  
OTRA.— Esta carta deberá ser presentada al señor Rector por el apoderado, acompañado del aspirante a alumno.

Procedencia: Biblioteca del Instituto Nacional (Santiago de Chile).

### 3. ACTA DEL EXAMEN DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA. SEXTO CURSO DE HUMANIDADES. LICEO EDUARDO DE LA BARRA

# LICEO DE VALPARAISO

187

Acta del examen de HISTORIA Y GEOGRAFIA

S E X T O año de Humanidades.

Profesor del ramo: D. RUPERTO BANDERAS L.

Valparaiso, 5 de DICIEMBRE de 1924.-

	D	A	E	
1 ALLENDE GOSENS SALVADOR	-	dos	una	✓
2 ANDRADE BORQUEZ ENRIQUE	-	dos	una	✓
3 BARBER BARRINGTON HERBERT	-	tres	-	✓
4 BARRA GONZALEZ, ARTURO DE LA	una	dos	-	✓
5 BUSTAMANTE CONTRERAS GILBERTO	No a present	do	una	✓
6 CERUTI GARDEAZABAL LUIS	-	dos	una	✓
7 CUBILLOS LEIVA LUIS	dos	una	-	✓
8 FRIEDERICHES WALTHER EURT	-	tres	-	✓
9 HELLER FREIMAN JACOBO	-	una	dos	✓
10 HUCKE ESKWING TERNER	-	tres	-	✓
11 JORQUERA CARVAJAL MANUEL	-	dos	una	✓
12 MACKAY OSORIO RAUL	-	tres	-	✓
13 OLSEN PROVIST OLAV	-	tres	-	✓
14 ORTIZ ALFARO RUBEN	-	una	dos	✓
15 OSSANDON BORJES HUGO	una	dos	-	✓
16 RAMOS VARGAS ROLANDO	-	tres	-	✓
17 TAPIA MUNIZAGA VICTOR	-	tres	-	✓
18 VALLE DOMINGO, JORGE DEL	-	tres	-	✓
19 VERGARA FUGA ARTURO	-	tres	-	✓
20 VOGEL BLAYA JOSE	una	dos	-	✓

*Luis Varis*  
*Ruperto Banderas L.*  
*Alfonso...*

ESTA FOTOCOPIA ES COPIA FIEL DEL DOCUMENTO QUE TUVE A LA OCA Y QUE SE DEVOLVIÓ AL INTERESADO

31 MAY 2004

Procedencia: Biblioteca del Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso.

## 4. CERTIFICADO DEL SERVICIO MILITAR DEL CABO 2.º ASPIRANTE A OFICIAL DE RESERVA SALVADOR ALLENDE GOSENS

## CERTIFICADO DE SERVICIOS

El Jefe de la Sección Archivo General del Ejército que suscribe, certifica que en la documentación en poder del Archivo General del Ejército, se comprueba lo siguiente en relación al CABO 2º ASPIRANTE A OFICIAL DE RESERVA SALVADOR ALLENDE GOSENS:

F E C H A			EJERCITO DE CHILE DETALLE	TIEMPOS		
D	M	A		A	M	D
06	ABR.	1925	Soldado Conscripto Aspirante a Oficial de Reserva en el Escuadrón de Ametralladoras del Regimiento de Caballería N° 4 "Coraceros del General Prieto", dependiente de la 2da. Brigada de Caballería de la División de Caballería. El Comandante del Escuadrón era el Capitán Edmundo Möller Bondeau y los Oficiales eran los Tenientes Armando Staeding Leliva y Santiago Robles Rivera.	-	6	9
15	OCT.	1925	Asciende a Cabo 2º Aspirante a Oficial de Reserva en la misma Unidad.	-	-	18
03	NOV.	1925	Destinado al 3er. Escuadrón del Regimiento de Caballería N° 5 "Lanceros del General Cruz", dependiente de la Brigada Combinada de Taona.	-	-	28
28	NOV.	1925	Baja en conformidad a la Orden Ministerial P.3 N° 920 de 10 de noviembre de 1925. CON VALER MILITAR. Conducta: BUENA. Con residencia en Taona.	-	-	-
Total de servicios.....				-	7	23
SON: SIETE MESES Y VEINTITRES DIAS.-				EJEC.: RCB.		
NOTA:						

SANTIAGO, 25 DE MAYO DE 2006.



Documento cedido por el periodista Eduardo Labarca.

## 5. OBITUARIO DE SALVADOR ALLENDE CASTRO

# Y ARTISTAS

## "El gran conquistador", hoy en el Victoria y Rialto de Viña

Una comedia graciosa y llena de buen humor, sobre los amores de un gallito, que se mite en sociedad y se convierte en la sombra de un mujer elegante, aristocrática y bella.

El protagonista es el sin igual cómico Doner Knaton, a quien acompaña Polly Moran y Jimmy Durante como artistas cómicos y Mona María y Gilbert Roland, en otros papeles principales.

En folletín: "Amor libre", escandalosa película de amores escandalosos.

## DON SALVADOR ALLENDE CASTRO



**Se Arrienda**

Española casa con 7 piezas, 3 baños, en la calle, baño y lavatorio instalados. Fritón. A un paso de Plaza Victoria. SALVADOR DONOSO 1333 San. Hilari.

Verla y Usar de 2 a 4.

**PROFESION RELIGIOSA.**  
En el noviciado de las Religiosas del Sagrado Corazón de Santiago, hará la profesión de sus votos religiosos, mañana a las 10 horas, Sr. Inés Román Valenzuela, ex alumna del Colegio de las Menas Inglesas de esta ciudad.

El Pbro. don Miguel Ulloa, Obispo, predicará en esta hermosa e impresionante ceremonia.

**CREME de REMY**

A base DE ACRETE DIPPEL. El único acete que da brillo y transparencia mate al cutis. Quita las manchas, pecas, arrugas y cicatrices.

A la venta:  
CASA TRAVIESA,  
LA CATEDRAL, VALPISO.  
BOTICA PRINCIPAL y  
Madame Jones, Viña del Mar

**MALON A LA SEÑORA SOFIA CLARO DE RIQUELME.**

Un grupo de amigos pasó a saludar ayer a la señora Sofía Clara de Riquelme, en su residencia del palacio de la Intendencia, con motivo de haber sido su día conmemorativo.

Después del "malón" de la tarde, en el que la señora de Riquelme otorgó recibimiento a sus amigos, les invitó a una comida íntima, en la que se desarrolló en medio de una buena charla.

**COMPRO**

BRILLANTES.  
ESMERALDAS.  
JÓYAS DE VALOR  
PAGANDO COMO VENDEDOR  
También oro, esmaltes y  
Piedras.  
OSVALDO WEBER  
Jeweler especializado  
INDEPENDENCIA 1111  
Cualquier cosa al contado.

Deliciosa impresión ha causado en los círculos políticos, intelectuales y sociales, el fallecimiento del notario público y de honorario de Valparaíso, don Salvador Allende Castro, ocurrido ayer en la tarde en su residencia de Viña del Mar.

Desaparece el señor Allende rodeado de los cariños cuidados que desde hacía largo tiempo le rodeaban su esposa e hijos y sus inextinguibles amigos, que lamentan inconsolablemente su muerte. El excelsito fue hijo del doctor don Ramón Allende Padín, uno de los más destacados juristas del cuerpo médico de esta época, y de la señora Eugenia Castro de Allende.

Fue en su tiempo de abogado en el año 1897 e ingresó a los servicios de la administración, pública como oficial de series del Ministerio de Hacienda; después ocupó las cargos de secretario del Ministerio de Guerra, secretario de la Dirección de Constabularia de los Ferrocarriles del Estado, procurador de la Corte de Apelaciones de Valparaíso y secretario de la Intendencia de esta provincia. Fue abogado del estado Fiscal de Valparaíso.

via, rector de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, y en 1924, fue designado notario público y de hacienda de Valparaíso, cargo que ha desempeñado hasta la fecha.

También el señor Allende cultivaba las bellas letras y colaboró en diversos diarios y revistas del país, haciendo notable por sus vastos conocimientos y la galanteza de su estilo, principalmente en la poesía.

En su muerte ha sido honrado por sus queridos amigos, que se apresuraron a enviarle un telegrama expresando su dolor y condolencia por su gran cultura, fina trato y por una singular elegancia que le atrajo sin cesar el cariño y los afectos verdaderos de todos los que lo conocieron y amaron.

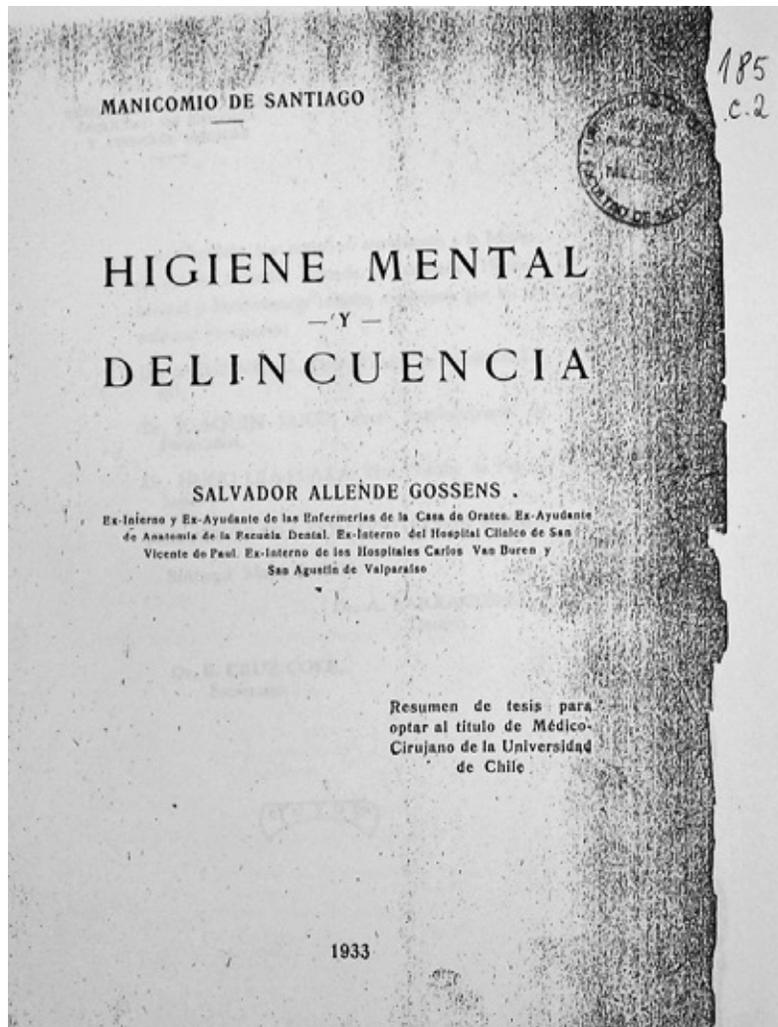
La muerte de don Salvador Allende, lleva al país a distinguidos hijos de nuestra provincia y a muchas instituciones sociales a las que perteneció.

**FALLECIMIENTO.**  
Ha fallecido en esta noche, en el Hotel "María Antonia", de Valparaíso, don Salvador Allende Castro.

# DEL DIA

El Mercurio de Valparaíso, 9 de septiembre de 1932.

6. PORTADA DEL RESUMEN DE LA TESIS DE LICENCIATURA



Procedencia: Museo Nacional de Medicina de Chile.

## 7. SOLICITUD DE INGRESO EN LA MASONERÍA

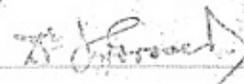
En 2º grado el 7/7/35  
 1ª lectura en 1º grado - 2/10/35  
 2ª > > > 22/10/35  
 3ª > > > 20/10/35



**DECLARACION**

Yo Salvador Allende Gossens  
 de mi libre y espontánea voluntad, y bajo mi palabra de honor me  
 ofrezco como candidato a la SOCIEDAD MASÓNICA, bien impuesto  
 y enterado como estoy del anterior programa, y deseando ser útil a  
 la humanidad.

En testimonio de lo cual firmo la presente con el  
 Señor Señor Jorge Grosse Viallos  
 Valparaíso, 18 de Julio de 1935.

  
J. Grosse Viallos

S. Allende

Documento cedido por el periodista Juan Gonzalo Rocha.

8. INFORME SOBRE SALVADOR ALLENDE PARA LA LOGIA «PROGRESO» 4 DE VALPARAÍSO

Valparaiso, 23 de Setiembre de 1935.

Venerable Maestro:

En desempeño de la comisión que tuvisteis a bien confiarnos, pasamos a dar nuestro informe acerca del candidato don Salvador Allende Gossens.

En hoja anexa se consignan algunos datos particulares que hemos obtenido relativos a dicho profano.

Nuestro juicio sobre su conducta y cualidades morales y la conclusión a que llegamos, son como sigue:

Nació en Santiago el 26 de Junio de 1908, siendo su padre don Salvador Allende Castro y su madre doña Laura Gossens. De meses y hasta la edad de 8 años vive en el norte, donde recibe las primeras nociones de instrucción, al comienzo en un kindergartén y luego, los cursos de preparatoria, en los Liceos de Tacna e Iquique. Vuelto a Santiago, cursa el primer año de Humanidades en el Instituto Nacional; pasara seguida a Valdivia, en cuyo liceo hace el 2º y 3º años y, finalmente, se radica en Valparaiso, donde termina las humanidades, pero no se recibe de bachiller sino un año despues debido a que ingresa al Regimiento Coraceros a hacer su servicio militar en calidad de voluntario. Como estudiante secundario no fué brillante, pero tampoco perdió tiempo. Actuó de profesor durante un año en la Escuela Nocturna del Liceo de Valparaiso que mantenía la Federación de Estudiantes porteños.

El año 1926 ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, donde hace cursos regulares hasta el año de 1933, en que recibe su título de médico, siendo en general un alumno distinguido. Mientras estudia trabaja de inter-

no en la Casa de Crates, de ayudante de anatomía en la Escuela Dental y durante un año colabora gratuitamente en un policlinico de I.W.W. fundado por el Dr. Gandulfo.

Lo que caracteriza la vida universitaria del Sr. Allende es la intensa actividad desarrollada tras los ideales del estudiantado de aquella época, así forma grupos de opinion como "Avance", "el Vanguardia" que abandona en cuanto se transforma en instrumento político. Contribuye a la reposición en su cátedra de profesores meritorios injustamente decalajados, escribe volantes, panfletos, etc.etc..

En Valparaiso es actualmente médico sanitario, Ayudante de Anatomía Patológica del Hospital Van Buren, médico del policlinico denominado el "Socorro Socialista", Secretario Provincial del partido Socialista en Aconcagua y Secretario del Boletín Médico de Chile. No tiene amigos ni enemigos; no hace vida social ni de club. Tiene renta suficiente; vive con su madre y la ayuda.

Está perfectamente orientado sobre las finalidades de la masonería, no se advierte una sola idea errada o desproporcionada con lo que es la institucion que por ahora considera al margen de toda posible crítica. Desea incorporarse a ella para perfeccionarse y para tener hombres comprensivos con quienes pueda tratar ampliamente todos los asuntos que inquietan su espíritu; no espera nada material de la institucion ni tampoco considera conveniente que intervenga como tal en las luchas profanas.

En resumen, V. M. , consideramos que el profano Allende constituye un valioso elemento para nuestra logia y lo recomendamos muy encarecidamente.

D D

(Este informe debe ser tan extenso como fuere posible, de manera que los hñ. puedan formarse por medio de él un juicio más o menos exacto del candidato, y contendrá, a lo menos, amplios datos sobre los siguientes puntos:)

Honradez Acrisolada.-

Capacidad intelectual Muy superior.-

Carácter Gran carácter

Reputación No deja nada que desear.-

Forma de vida La de su edad.-

Establecimientos en los cuales ha recibido su educación Liceos de Tacna, Iquique, Santiago, Valdivia y Valparaíso. Escuela de Medicina.  
Instituciones a que pertenece Sociedades profesionales, Mutual Médica.

Obras meritorias Secretario del Partido Socialista .

Sus amigos más íntimos Jorge, Eduardo y Hugo Grove

Personas conocidas que pueden dar referencias los Hnos. Grove y otros colegas.

Renta Suficiente.-

Otras observaciones -----

Documento cedido por el periodista Juan Gonzalo Rocha.

## 9. «EL PROBLEMA DE LA ALIMENTACIÓN»

Por Salvador Allende, ministro de Salubridad  
*Consigna*, 17 de agosto de 1940

El rubro más importante de la inversión del salario del obrero en todos los países es el de la alimentación. Las especiales condiciones del nuestro, en que el

salario no alcanza al mínimo vital, hacen que el pueblo lo emplee casi íntegramente en la satisfacción de esta necesidad.

Todos aquellos que en diversos países se han preocupado de los problemas sociales dan especial importancia al estudio de la alimentación popular, que es uno de los factores que más influyen en la conservación de la salud del individuo y en su normal desarrollo biológico.

La Sociedad de las Naciones, por intermedio de sus organismos técnicos, ha definido los requisitos teóricos de la alimentación, como: la cantidad mínima y la calidad adecuada de sustancias nutritivas que requiere la mantención de la vida del hombre.

Comparemos la situación real del país, con esas exigencias mínimas, recurriendo a dos fuentes de información: las encuestas que han comprendido grupos familiares pertenecientes en su gran mayoría a la clase obrera, cuyas entradas y salarios varían en una escala que va desde los más pequeños hasta los más subidos (datos directos y concretos aunque fragmentarios) y el análisis de la producción y del comercio de los artículos alimenticios, en que las cifras medias estadísticas son abstractas y no traducen exactamente el problema. El examen atento de las fluctuaciones en torno de los promedios, considerando el volumen concreto de dichas fluctuaciones, dará una imagen más clara.

Científicamente, el organismo necesita un aporte diario determinado de alimentos, que le permite reparar los desgastes, de acuerdo con la edad, sexo y clase de trabajo.

Este aporte, consideradas las exigencias individuales, debe obtenerse mediante el consumo de alimentos de 2.400 calorías diarias para individuo medio que no ejecute esfuerzos musculares y 3.000 o más, en relación con el trabajo muscular. Desde el punto de vista fisiológico, la alimentación diaria debe procurar al ser humano unas proteínas, grasas, hidratos de carbono, vitaminas y sales minerales. Cualquier modificación que rompa la armonía que debe existir entre estos tipos de alimentos (dieta equilibrada) trae, inevitablemente, trastornos en la salud que pueden ser afecciones graves y notorias o carencias ocultas que determinen alteraciones del estado general, difíciles de apreciar, y que requieren exámenes médicos minuciosos para diagnosticarlas. Estas afecciones ocultas tienen mayor importancia porque existen en gran parte de individuos generalmente considerados sanos, en quienes originan alteraciones del carácter y de la conducta, inferioridad vital y menor capacidad de trabajo (...).

Estos alimentos se clasifican, según su aporte principal de energía calórica y

en proporción importante a determinados materiales no elaborables por el organismo humano de acción fisiológica fundamental, en energéticos y protectores.

El organismo desnutrido se convierte en presa fácil de todas las infecciones tuberculosas, tíficas y agudas, sin contar las enfermedades directamente producidas por la mala alimentación como los trastornos intestinales de los lactantes, principal causa de mortalidad infantil, raquitismo, enfermedades nerviosas...

A pesar de que el trabajador chileno invierte en su alimentación y la de su familia una cifra aproximada al 90% de su salario, que en capas de extrema pobreza suele llegar al 100%, él está mal nutrido y la mayoría de la población sufre de hambre fisiológica.

La encuesta efectuada por el Prof. Dragoni en 591 familias le permitió concluir que cerca del 50% no alcanzaba a la ración básica (hombre con trabajo sedentario) de 2.400 calorías. Un 11% estaba entre 2.200 y 2.400 calorías; otro 11% entre 2.000 y 2.200; y un 15% entre 1.500 y 2.000 y no menos del 10% con menos de 1.500 calorías. Cuando se considera que se trata de hombres que viven del esfuerzo muscular en que se requiere un mínimo de 3.000 calorías y cuya exigencia fisiológica en los trabajos sobrepasa las 4.000 calorías, estas cifras parecen increíbles. La estadística demográfica habla implacablemente y explica por qué en Chile la gente enferma más y muere más pronto que en casi ninguna otra parte del mundo.

Comentando estas estadísticas dice el Dr. Burnet: «Para los trabajadores la ración comprendida entre 2.400 y 3.000 calorías corre el riesgo de ser inferior a sus necesidades. Debajo de 2.400 calorías para los trabajadores del músculo la subalimentación es evidente y ya muy peligrosa; por debajo de 2.000 calorías, la situación se presenta grave y debajo de 1.500 calorías ya son raciones de miseria.

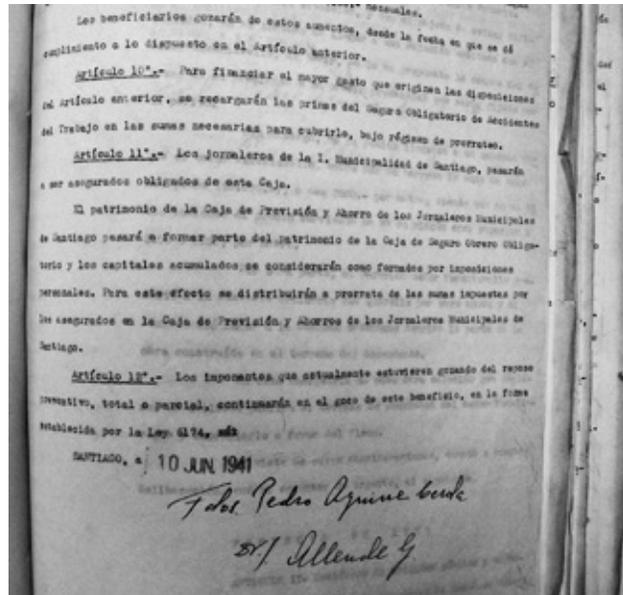
Por esto, considerando los países donde la Sociedad de las Naciones ha hecho encuestas, resulta desalentador comprobar que solo en Chile, China, Marruecos, en capas de población excepcionalmente pobres, y en Polonia, entre los desocupados, se han encontrado raciones inferiores a 2.000 calorías.

De aquellas encuestas se deduce que 3.000 calorías es una cifra baja y 3.500 a 3.800 es una cifra conveniente para un adulto que realiza un trabajo muscular no muy intenso.

Acabamos de constatar —termina el Dr. Burnet— que solamente el 30% de

las familias de la encuesta verificada en Chile percibe más de 3.000 calorías por unidad adulta de consumo».

10. FIRMA DEL PROYECTO DE REFORMA DE LA LEY 4.054 POR EL PRESIDENTE PEDRO AGUIRRE CERDA Y EL MINISTRO DE SALUBRIDAD, SALVADOR ALLENDE



Procedencia: Archivo Nacional de la Administración de Chile. Ministerio de Salud. Tomo 194.

11. PORTADA DEL N.º 1 DE LA PUBLICACIÓN VIDA MÉDICA

# VIDA MEDICA

DIRECTOR:

Dr. Antonio Losada L.

COMITE  
DE REDACCION:

Dr. Roberto Alvarado C.

Dr. Oke France S.

Dr. Rafael Hevia A.

Dr. Nicolás Muñoz H.

AÑO 1

NOVIEMBRE DE 1951

Nº 1

## En el Día del Médico

**D**ESDE Diciembre de 1946, cuando los Médicos de diferentes países se reunieron en La Habana y acordaron —en homenaje a Carlos Finlay— fijar el 3 de Diciembre como "El Día del Médico", todas los años esta fecha adquiere en los países de Panamérica los ribetes de un acontecimiento. En esa oportunidad los Médicos distinguen su intensa actividad —aunque sea simbólicamente— para celebrar diversos actos de confraternidad y de acercamiento espiritual.

En la historia de nuestra profesión, los últimos años adquieren una resonancia indudable. La creación del Colegio Médico en Diciembre de 1948 marcó la unión indisoluble del Cuerpo Médico, al poner en práctica los postulados que han constituido la médula de su existencia: consolidar la unidad gremial, obtener situaciones económicas y sociales dignas de la profesión y hacer respetable al Médico y a su Colegio en todos los sectores nacionales. El primer paso y de enorme trascendencia.

Está ahora en sus trámites finales la discusión del Estatuto del Médico Funcionario, que significa la realización de aquellas aspiraciones. Otro avance en la lucha por lograr mayor respeto para una profesión tantos años olvidada y tan lejos de estar situada en el verdadero lugar que le corresponde dentro del concierto nacional.

El Consejo Regional de Santiago, que presenta esta Revista como un nuevo medio de vinculación con los Médicos, aprovecha este día para hacerles llegar a todos sus saludos y expresarles que los progresos alcanzados hasta hoy en su organización y en el orden gremial son las primeras etapas de una lucha que comienza. Mucho queda por hacer, y las expectativas de un futuro mejor serán realidad siempre que en cada uno de nuestros actos vean el apoyo incondicional y la cooperación más entusiasta de los asociados.

## FIGURAS del momento



**S**ALVADOR ALLENDE, Presidente del Colegio Médico, que ha tenido una actuación brillante en el Congreso, en la lucha por el Estatuto del Médico Funcionario. Su labor incansable, constante y sin vacilaciones ha merecido el reconocimiento del gremio, que hoy está en vísperas de ver cristalizados los anhelos de largos años.

Procedencia: Biblioteca del Colegio Médico de Chile.

## 12. DECLARACIÓN DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

*El Mercurio*, 5 de noviembre de 1951

La crisis económica, política y social en que se debate el país ha llegado a extremos de tal gravedad que requiere de un gran esfuerzo colectivo para resolverla y dar solución a los múltiples y urgentes problemas que ella involucra.

Las clases populares son las que sienten con mayor rigor las consecuencias del estado de incertidumbre y de miseria que sufre la nación. Ciudadanos que

pertenece a las más diversas actividades, que militan en distintos partidos políticos y que pudieran tener discrepancias en asuntos de doctrina observan con honda y patriótica preocupación el estado actual de cosas; pero no han perdido la esperanza, porque tienen confianza en la capacidad combativa y creadora del pueblo de Chile, que ha de encontrar el camino de su liberación.

Casi al término de un Gobierno en cuya gestación se cifraron grandes expectativas, podemos observar que el país se ha detenido y hasta ha retrocedido en su marcha progresiva. La inflación monetaria deja sentir sus efectos sobre las clases asalariadas, pequeños comerciantes, agricultores e industriales. La vida económica se halla entabada y detenida; el aumento del circulante, las colocaciones bancarias y las tasas de interés desvalorizan cada día más nuestro peso y la producción disminuye en relación con el aumento vegetativo de la población, mientras se debilita en forma pavorosa el poder adquisitivo de las masas.

Hay hambre en Chile, hay escasez de los más elementales artículos de subsistencia. Mientras tanto, el arribismo político, la soberbia reaccionaria, la aventura fascista y los intereses económicos foráneos e imperialistas se benefician de la miseria y de la desesperación del pueblo.

La industria, la agricultura y el comercio tienen un mercado interno cada vez más restringido. Los pequeños industriales, comerciantes y productores caen, forzosamente, en las garras de consorcios distribuidores. Hay fraude, hay abuso. Se cometen crímenes con la salud de la población. Se especula con los alimentos, sin que los culpables encuentren su merecido castigo. Hay un clima de inmoralidad en el país.

Nuestro sistema tributario es injusto. Permite que se oculten las ganancias para eludir el pago de las contribuciones y solo los que viven de un sueldo o un salario están efectivamente gravados en sus rentas y aportan un porcentaje considerable de sus exiguos emolumentos al mantenimiento de los gastos públicos.

El crédito está mal distribuido, la agricultura ha dejado de cumplir su función primordial de proveer de alimentos a la población y de materias primas a la industria nacional.

A las causas de fondo de la crisis agraria, derivadas de la estructura semifeudal del latifundio y de la existencia de pequeños agricultores que no disponen ni de créditos, ni de maquinaria, ni de abonos adecuados para explotar sus reducidas pertenencias, se suma la falta de una política orgánica del

Gobierno y de las obras públicas más indispensables. Pero, frente a todo esto, los agricultores privilegiados gozan de los beneficios del sistema de «precios remunerativos».

El déficit de divisas se ha convertido en crónico. Mientras salen de Chile inmensas riquezas en cobre, salitre y otras materias primas necesarias en los mercados internacionales, solo una mínima parte de lo obtenido por su venta queda en el país en calidad de impuestos o salarios y nuestra capacidad de compra en el exterior acusa un decrecimiento constante. Consecuencia de ello es la escasez de productos alimenticios indispensables y de maquinarias para renovar los equipos de la industria nacional, lo que determina una productividad deficiente y cara.

En el marco de la situación expuesta, vemos agudizarse los problemas de la vivienda, de la locomoción colectiva, de los transportes, de la energía eléctrica, de la cultura popular.

Como coronación de todo esto, comprobamos la existencia de un clima de inseguridad y desconfianza por la vigencia de leyes represivas que coartan las libertades políticas y sindicales e impiden la convivencia normal de los chilenos. Mientras a algunos se les supone carentes de patriotismo y capaces de traicionar a su patria y a su pueblo por simpatías a naciones extranjeras, se permite a otros, suficientemente conocidos por la opinión pública, que ejerciten influencias y sirvan de funcionarios e intermediarios de empresas extranjeras. Para los que han entregado nuestras fuentes de materias primas, nuestra energía eléctrica, nuestros servicios de utilidad pública al capitalismo internacional; para los que se oponen a que Chile disponga soberana y libremente del cobre y de sus demás riquezas no existen sanciones legales de ninguna especie.

La crisis económica, política y social a que venimos refiriéndonos tiene su natural corolario en el clima de inmoralidad, escepticismo y cansancio en que vivimos.

### *El camino del pueblo*

En algunos meses más se deberá elegir un nuevo Presidente de la República. Dentro de nuestras normas constitucionales, este acto cívico tiene enorme trascendencia y de él depende un nuevo periodo de la Historia de Chile.

La actual distribución de las fuerzas políticas en torno a la sucesión

presidencial no satisface a la mayoría de los chilenos, que no se siente en ella representada. En el seno de los propios partidos existe descontento por las soluciones que se buscan o proponen y las masas sin partido o permanecen al margen de toda actividad política o se entregan, por exasperación, a soluciones desesperadas. ¡No podrían surgir advertencias más serias para el porvenir de nuestra patria!

Ninguno de los candidatos que hoy aspiran al solio presidencial, ni las combinaciones de fuerzas que los acompañan y prohíjan han tenido el valor de señalar los males que aquejan a Chile, ni de plantear con serena claridad y con voluntad decidida las soluciones pertinentes.

Todos, de un modo o de otro, disfrazan con frases demagógicas sus verdaderos propósitos.

Hablan de nacionalismo los que le niegan a Chile su derecho a disponer soberanamente de sus materias primas. Postulan de demócratas los que llevan en su entraña el virus del despotismo. Hablan de justicia social quienes usufructúan de la riqueza pública en beneficio personal o de su clase. Pontifican sobre la cultura popular los que entran toda iniciativa en favor de la educación de las masas trabajadoras. Ensalzan las libertades públicas y las garantías ciudadanas los que las han atropellado y las atropellan cada vez que ven amenazados sus privilegios económicos o políticos.

Este pavoroso panorama nacional ha hecho meditar hondamente a los socialistas verdaderos, instándolos a crear un movimiento de opinión potente, decisivo que logre encauzar las aspiraciones de la ciudadanía tras los auténticos intereses nacionales. Este propósito no puede ser tan solo de los socialistas: tal idea está más allá de un partido. Es Chile que quiere abrir, con ocasión del cambio de Presidente de la República, los caminos que resuelvan democráticamente sus problemas. Y esto no se conseguirá ni con el retorno de la oligarquía al ejercicio directo del poder, ni con la acción mesiánica e incontrolable de un pseudocaudillo, ni menos con la continuidad de un régimen que burló las aspiraciones populares.

La historia política de Chile se halla jalonada de brillantes y heroicas acciones en que las fuerzas nacionales y antioligárquicas trataron de imponer una nueva y más justa manera de manejar los negocios públicos.

Frescos están aún los recuerdos de los años 1938, 1942 y 1946, cuando el pueblo se impuso sobre sus tradicionales adversarios. Los gobiernos de los presidentes Aguirre Cerda y Ríos representaron un progreso en la vida nacional

y hoy día corresponde, precisamente, llevar adelante, con la mayor decisión, la obra iniciada en estos periodos. El país experimenta las dolorosas consecuencias de que algunos hombres hayan perdido la confianza popular, y destruido su fe, por haber vuelto las espaldas a la trayectoria que comenzaron los presidentes Aguirre Cerda y Ríos. Pero se hallan aún presentes, aunque momentáneamente desorganizados, los elementos populares que condujeron aquellas jornadas. En estos momentos en que el movimiento de masas por el pan y la libertad conmueve a la nación es posible y necesario reivindicar la bandera de combate de 1938, 1942 y 1946.

Solo la unidad de los partidos populares, con los elementos independientes democráticos y de avanzada, pueden crear el cauce de un movimiento cuyos objetivos programáticos sean los de alcanzar soluciones chilenas para los problemas de Chile.

Solo un programa realista y concreto, conducido por el esfuerzo y la voluntad de triunfo de hombres jóvenes, con sentido social y espíritu moderno, pueden determinar y señalar rumbos acertados para el futuro de nuestra patria.

En el país existe formada una conciencia clara sobre las grandes líneas que debe tener una política que resuelva los problemas nacionales con efectiva independencia y soberanía. Lo extraño es, precisamente, que los actuales candidatos a la Presidencia de la República eludan pronunciarse, o lo hagan con eufemismos sospechosos, sobre los asuntos básicos de la vida de Chile. Y es su silencio o su circunspección al respecto lo que más les inhabilita para contar con el apoyo de la multitud de hijos de nuestra tierra que están dispuestos a poner término a las condiciones presentes de hambre y represión.

### *La independencia económica*

Así como a fines del siglo dieciocho y a comienzos del diecinueve los países de América lucharon por su independencia política, hoy todos los países coloniales del mundo luchan por recuperar para sus pueblos el dominio y usufructo de sus riquezas naturales. Chile se encuentra también en la misma encrucijada histórica y, si quiere garantizar su porvenir económico, tiene que movilizar sus esfuerzos para lograr el control de las fuentes de materias primas que constituyen su patrimonio natural. Objetivos inaplazables son, en este sentido, que Chile se haga cargo de la venta del cobre, obtenga por él los más

altos precios que rijan en el mercado internacional, dé preferencia al abastecimiento a la industria manufacturera nacional, a fin de que la mayor parte de las exportaciones salgan elaboradas, y se preocupe de formar mercados estables mediante el intercambio con países que destinen el cobre a fines pacíficos de industrialización.

El cobre es, sin duda alguna, el problema principal de Chile. Sin afriebramiento podemos opinar que, tarde o temprano, la meta de toda política patriótica sobre el cobre tendrá que conducir forzosamente a la nacionalización de Chuquicamata, Potrerillos y Sewell.

Con los recursos provenientes de una política nacional en materia de cobre, salitre, azufre, hierro, petróleo y minerales radioactivos, puede abordarse la modernización de la agricultura, el establecimiento de la industria pesada que necesita la República y la creación de una sólida industria de construcción de habitaciones populares.

Una política agraria que conduzca al abastecimiento del país exige la eliminación del régimen de latifundios y la protección y estímulos a todos los agricultores que aprovechen al máximo sus predios. Una adecuada reforma agraria permitirá a los campesinos sin tierra y los campesinos pobres el usufructo de aquellos terrenos hoy no cultivados o deficientemente aprovechados con el consiguiente incremento de la producción.

Como complemento de una política semejante, habrá que poner orden en materia financiera, atacando el actual proceso inflacionista estabilizando el poder adquisitivo de la moneda, lo que involucra una estabilización de los precios de los artículos de primera necesidad, una severa legislación que sancione los delitos económicos y una orientación del crédito hacia fines productivos de un Banco del Estado.

En cuanto al comercio exterior, habrá que romper el monopolio mercantil interno y externo que asfixia las actividades nacionales. Chile necesita controlar su comercio exterior y comerciar con todos los países del mundo que respeten nuestra soberanía, incrementar sobre bases de recíproca utilidad su comercio con la esfera del dólar, especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica; pero a la vez prestar atención muy preferente al comercio con América Latina, desarrollar el intercambio con el área de la libra esterlina, realizar operaciones en oro y a base de trueque con todos los países del mundo. Hay, en resumen, que fomentar un comercio multilateral orientado hacia la colocación de nuestros productos en las mejores condiciones y a la obtención de los medios que

necesitamos para una industria y una construcción económica modernas.

En este mismo plano, habrá que luchar por dejar sin efecto los convenios internacionales que sean lesivos para el interés nacional, con el fin de evitar que se nos sigan vendiendo a precios muy elevados objetos manufacturados con las materias primas que se sacan de Chile a precios irrisorios.

En el orden tributario se impone una reforma de la legislación vigente que determine una más justa y mejor recaudación de los impuestos y su adecuada utilización por el Estado. El contribuyente debe saber que la parte de sacrificio que él aporta para el mantenimiento de los servicios públicos se emplea para el progreso del país y no se dilapida en gastos desorbitados y superfluos.

Un plan orgánico de obras públicas, de construcción de habitaciones populares, de lucha contra el analfabetismo, de mejoramiento de los servicios de salud en forma que se aproveche íntegramente el alto nivel técnico de nuestros profesionales en la materia, tendrá que encontrar amplia aceptación entre los contribuyentes que deben proporcionar los recursos.

### *Un sentido nacional*

Solo cuando el trabajador tenga conciencia de que trabaja para su patria y para los suyos se sentirá identificado con la suerte de la nación: laborará con confianza, porque sabrá que está construyendo las bases de una verdadera convivencia democrática. En un clima de incertidumbre y desconfianza mueren las mejores iniciativas, se malogran todos los esfuerzos. Leyes como la de «Defensa Permanente de la Democracia», de «sindicación campesina» y de «seguridad interior del Estado» no crean precisamente el clima más adecuado para tal tipo de convivencia. El funcionamiento de las instituciones democráticas con efectivas garantías para la ciudadanía importa la necesidad de derogar dichas leyes, cuya vigencia no tiene en las actuales circunstancias justificación alguna y es incompatible con la realización de una jornada cívica normal.

En el orden de la legislación social se hace urgente la reforma de las leyes 4.054 y 4.055, el establecimiento de un salario mínimo con escala móvil para obreros y campesinos, la indemnización obrera de un mes de desahucio por año de servicios, la jubilación de los empleados particulares, el derecho a sindicalizarse de los funcionarios del Estado y un reajuste automático de sus rentas de acuerdo con el coste de la vida, para los servicios fiscales, semifiscales

y municipales, así como para la participación de obreros y empleados en la dirección y en los beneficios de las empresas en que trabajan.

El Partido Socialista estima que este programa, esbozado en sus líneas generales, no es algo ilusorio. Muy por el contrario, responde a los anhelos nacionales y solo pueden oponerse a él los que defienden mezquinos intereses.

Solo vigorizando nuestra vida económica, política y cultural interna tendremos derecho a ocupar un puesto en el concierto de las naciones libres. Solamente entonces podremos desarrollar una política internacional que se base por sobre cualquiera otra consideración, en las conveniencias de Chile y en la defensa de la soberanía nacional. Ante la realidad de que en el mundo coexisten dos regímenes económicos diferentes, Chile no es ni puede ser un factor decisivo para alterar esta realidad, pero puede y debe actuar para obtener, dentro del marco de estas circunstancias, los máximos beneficios para su independencia y su progreso, lo cual determina que su política internacional sea de paz y entendimiento con todos los pueblos y no de agudización de antagonismos o de fomento de beligerancias. Debemos propiciar relaciones con todas las naciones del mundo, sin exclusiones de ninguna especie; buscar una amplia amistad y una plataforma de acción común con las repúblicas latinoamericanas y un reforzamiento de las vinculaciones diplomáticas y comerciales con los países con los cuales actualmente se mantienen relaciones y con aquellos con los cuales no existen.

Los grandes objetivos de la diplomacia chilena deberán ser: la lucha por la convivencia pacífica de los pueblos, la defensa de los intereses de Chile contra la penetración imperialista y el rechazo de toda influencia foránea en nuestra vida de país independiente y soberano.

El Partido Socialista tiene conciencia, ante el momento histórico que vive la Nación, de su responsabilidad como fuerza política popular y cree interpretar las aspiraciones del pueblo de Chile. Sabe, al mismo tiempo, que solo una acción colectiva audaz e inteligente, que muestre un camino nuevo, podrá enrumbar las aspiraciones nacionales más allá del peligro que entrañan las fuerzas reaccionarias, el mesianismo político y el fracaso de la demagogia izquierdizante.

Es por estas razones que el Partido Socialista hace un llamado fervoroso a los partidos populares, a las fuerzas independientes y progresistas y a los sectores de auténtica izquierda para poner en marcha un gran Movimiento Nacional cuyo abanderado sea un hombre surgido y formado en las angustias y

los afanes mismos de nuestro pueblo, de limpia trayectoria pública, de insobornable fe democrática y que ostente en su vida de luchador iniciativas y realizaciones de beneficio para el país, especialmente para las clases trabajadora y media.

### *El candidato popular*

El Partido Socialista estima que ese hombre es el senador de la República, doctor Salvador Allende. Dirigente universitario que en los años 1930-1931 encabezó la resistencia contra el Gobierno dictatorial del general Ibáñez. Diputado por Valparaíso más tarde y ministro del recordado mandatario don Pedro Aguirre Cerda, senador actualmente y vicepresidente de Senado, ha alcanzado todas las distinciones que el pueblo concede a sus verdaderos representantes. Su labor pública está entroncada en la organización de los grandes movimientos populares de los últimos años en el Partido Socialista a través de sus intervenciones en pro de la libertad y en defensa de las garantías ciudadanas. Su labor parlamentaria y de gobernante se basa en numerosos proyectos y leyes de gran trascendencia y significación para la República.

Suyos son los proyectos de alfabetización obrera y campesina, las reformas al Código del Trabajo y a la Ley de Elecciones a fin de evitar el cohecho y ampliar las bases de sustentación de nuestra democracia.

El proyecto de descentralización administrativa y económica de las provincias es de su iniciativa.

También le pertenece el que radica definitivamente a los colonos, el que subdivide las tierras magallánicas, el que crea las Secciones Norte y Sur de la Corporación de Fomento, el que creó el Colegio Médico y el del Estatuto que regula el trabajo de médicos, dentistas y farmacéuticos.

Autor de la reforma de las leyes 4.054 y 4.055, del proyecto que crea el Servicio Único de Salud Pública y del plan extraordinario de salubridad, durante diez años ha luchado por defender nuestro capital humano y garantizar el cuidado de la salud de tres millones de chilenos.

Durante diez años ha luchado por proteger al obrero y su familia de la inseguridad social a través de una previsión amplia y efectiva.

Los trabajadores ancianos, los inválidos, las viudas de los obreros y los hijos de los proletarios saben que por el tesón del doctor Salvador Allende la reforma

de las Leyes 4.054 y 4.055 será una realidad y que con ella tendrán una efectiva protección económica y médica.

Su labor gremial y su tarea en pro del perfeccionamiento de una medicina social puesta al servicio del país y sus habitantes ha sido ampliamente reconocida por sus colegas, quienes le han otorgado la máxima distinción al hacerlo presidente del Colegio Médico.

Pero su acción más destacada en los últimos tiempos ha sido seguramente su defensa de Chile en el problema del cobre. El debate promovido por su celo ciudadano ha sacudido a la opinión pública y marcado época en la política chilena demasiado cautelosa a veces cuando se trata de tan cuantiosos intereses en juego.

En sus documentados discursos ha mostrado con claridad y valentía la situación desmedrada en que se halla Chile bajo la tutela imperialista y ha denunciado la falta de entereza y decisión de los Gobiernos y del Parlamento para cautelar las riquezas nacionales. Sus denuncias han revelado la maraña de intereses que se mueven en la sombra y que socavan la soberanía y el prestigio de Chile. Sin exageración podemos afirmar que Salvador Allende ha sido el hombre del cobre y de las reformas de las leyes sociales.

La candidatura del senador Salvador Allende no está destinada a transacciones. Es una bandera de lucha limpia y sostenida. Es un camino para que por él marchen las aspiraciones del verdadero pueblo de Chile. Es una meta hacia la cual tendrán forzosamente que converger las voluntades de las fuerzas de auténtica izquierda democrática, hoy desorientadas por la anarquía política imperante.

El Partido Socialista, al lanzar el nombre del senador Salvador Allende a la lucha presidencial, está seguro de que él será el elemento aglutinador de un gran Frente del Pueblo por el imperio de la moral, de la justicia, de la democracia y de la libertad.

### 13. DISCURSO EN EL HOMENAJE DEL COLEGIO MÉDICO

Salvador Allende

*Colegio Médico*, marzo-abril de 1952

Señor decano; señor presidente del Colegio de Médicos de Chile; señores

consejeros; señor presidente del Consejo Regional; señoras; señores; colegas:

Recibir un homenaje, y ser digno de él, es cosa difícil, casi imposible en la trayectoria de una vida humana. Siempre he creído —como médico y como político— que a ningún hombre de lucha le está autorizado en vida ese honor. Y menos a quien estima, como yo, que la suya apenas si está empezando en el camino del servicio a los demás. Pero hay ciertos momentos del acontecer humano —que llamaría yo de momentáneo respiro en el combate— en que es inevitable el recuento de experiencias y la distribución de nuevas tareas. Casi siempre traen estas aparejadas nuevas responsabilidades. Y suele acaecer que estas responsabilidades llegan a revestirse de un ropaje halagador: el de recompensas, el de distinciones y hasta el de un homenaje.

Así concibo la reunión de esta tarde, en el centro cordial de la vieja casa universitaria. Como una nueva responsabilidad, la más grande y emocionante de mi vida, que se dignan entregarme mis compañeros de anhelos y de fe profesional. Nada menos que la de aceptar en persona, y extender hasta los míos, un homenaje de esta altura y esta significación. No podría con todo, aceptarlo, si no viera que él va destinado mucho más lejos que al ser físico de un hombre solo; al reconocimiento de una labor colectiva, a vosotros mismos, a todos nosotros, los médicos con sentido y vida gremial, a los esforzados miembros del Colegio Médico de Chile. Solo así puedo con decoro y hasta con utilidad aceptar este homenaje. Con decoro, porque él se dirige a esa parte de mí mismo que os pertenece íntegramente a vosotros. Con utilidad, porque al destacar en mi acción médica lo que en ella estimáis digno de ser destacado, subrayáis el hondo sentido humano de nuestra profesión, y así lo hacéis ver a quienes vienen después de nosotros: a los colegas recién titulados y a los jóvenes estudiantes que hoy viven la experiencia universitaria.

No cabe otra cosa entre nosotros, profesionales del dolor humano, que debemos llegar a serlo algún día de la alegría y el placer espiritual, verdaderos creadores de júbilo para los hombres del futuro, aquellos que logren escapar de la enfermedad y la miseria y llenen mejor con un trabajo más fecundo, su tránsito por la existencia. Nuestro trabajo es por esencia, por finalidad, por superior orientación científica, un trabajo en común, una tarea entre todos, en la cual son tales los obstáculos y tantas las dificultades que opone el medio económico-social que apenas si coordinando estrechamente nuestro esfuerzo somos capaces, como médicos y como ciudadanos, de sentir que siquiera hemos planteado a la colectividad y a nosotros mismos, con exigente honestidad, los

problemas esenciales de la salud pública, de la previsión social, de la organización sanitaria y de la defensa misma del capital humano de la República.

Tal es el sentido superior con que se proyecta hacia toda la nación el trabajo gremial del Colegio Médico de Chile; no solo el mejoramiento constante de la profesión médica a través de sus métodos de acción técnica y profesional, como el perfeccionamiento moral y científico del médico mismo, sino también de las condiciones médico-sociales en que se desenvuelve la vida chilena. En esa aspiración superior nos hemos encontrado de todas las ideas políticas y de todas las confesiones religiosas. A todos nos ha unido, dentro del Colegio, la gallarda lucha iniciada veinte años ha por la Asociación Médica de Chile para mejorar no solo las condiciones de vida del médico y su labor profesional, sino también sus posibilidades de acción sobre el propio organismo nacional. Y es por ello también que pese a todos los obstáculos que pusieran atraso e ignorancia, pobreza fiscal e incomprensión gubernativa, más allá del interés egoísta de hacer de la medicina una profesión de lustre social y hartazgo económico, en la frontera misma en que se confunden el apostolado diario y silencioso con la satisfacción —también diaria— de luchar por una colectividad nacional más sana, más robusta, más creadora, nos hemos encontrado desde hace largos o cortos años, la mayoría de los presentes. Por eso es que hoy podemos decir, con el escueto orgullo de los hechos, que el médico comienza ya, como profesional y como ciudadano, a corresponder a los sacrificios que la colectividad hiciera para formarlos y a las esperanzas que en él ha depositado la nación.

Pues hemos sabido luchar en la medida de las posibilidades de la profesión y de nuestras propias personas, pero también dentro del marco inexorable de las pavorosas exigencias médico-sanitarias del país, por la solución de grandes problemas concretos, cuyo planteamiento científico y cuyas posibilidades de realización gradual son ya un aporte definitivo al presente y al futuro del país. Esos objetivos los conocéis vosotros y los conozco yo igualmente bien. Los conocen también todos. Pero tal vez sí debamos evocarlos ahora, aun cuando sea solo enunciándolos, a manera de campanada recordatoria que nos diga a cada uno de nosotros cuánto se ha hecho y avanzado en la solución de cada uno de ellos; pero cuánto camino, casi interminable, queda aún que recorrer en esta épica lucha por defender, por mejorar, por prolongar la vida del hombre en cuanto a ser útil a sus semejantes, a sus connacionales, a los que integran como él esta modesta, trabajadora y todavía desesperanzada colectividad chilena.

Hemos luchado, desde el Colegio Médico, desde los Consejos Provinciales

extendidos a lo largo del territorio, por objetivos que ayer parecían imposibles y que hoy han tomado la contextura de toda realización en un proceso de aplicación definitiva al cuerpo social. Hemos luchado por llegar a una previsión única, integral para todos los chilenos, y especialmente para su clase obrera y sus masas campesinas; muestra fehaciente de ello es nuestra brega por la reforma de las Leyes 4.054 y 4.055. Hemos luchado por dar salud a todos los chilenos, y de ello es también testimonio la creación del Servicio Único de Salud Pública. Hemos luchado por un Plan Extraordinario de Salubridad, con el fin de dar preventivamente a la sociedad todos los recursos técnicos y educacionales con que mejorar las condiciones sanitarias en que vive la población. Hemos luchado, finalmente, por un Estatuto para el Médico Funcionario, por uno que le dote de la eficiencia y dignidad indispensables tanto a su profesión misma como a su condición de servidor del Estado. Esta lucha nuestra, la reestructuración del trabajo profesional a base de un mejor rendimiento y una remuneración adecuada en el exigente campo de la Administración Pública, no es empero la más importante, pero sí aquella de la cual pendía en medida más urgente un mejor aprovechamiento para la gran masa asalariada de los servicios y el celo profesional de quienes, como nosotros, somos cada día más y más, unos sencillos trabajadores de la medicina, y menos y menos las selectas y brillantes personalidades que en el pasado prestigiaron a la ciencia médica chilena, como un arte ejercido en beneficio más individual que social.

Permitidme ahora, colegas, compañeros, amigos míos, que os pregunte a vosotros y me interrogue a mí mismo acerca del profundo sentido que hace particularmente noble esta actividad profesional nuestra, ejercida con criterio científico y normas técnicas, en el marco de una sociedad todavía atrasada y desposeída de bienes materiales.

No es cosa de discutir ahora entre nosotros a qué debiera tender, en lo fundamental de sus finalidades, toda sociedad humana. No creo que nadie disienta de que ella debe procurar incesantemente a sus miembros un nivel de salud más alto, un nivel de trabajo más seguro, y más remunerativo, un nivel de instrucción más sólida y más amplia. Pero tampoco podemos disentir en que estas tres aspiraciones que debemos considerar mínimas —salud, trabajo y educación— terminan siendo casi otras tantas utopías si la sociedad misma no comienza por coordinar sus esfuerzos para procurar a cada uno de los suyos la nutrición indispensable, el vestuario siquiera mínimo, la vivienda más modesta.

En este terreno, en este doloroso y categórico terreno, en el cual nos

encontramos todos los médicos, allí donde comienza la imposibilidad actual de nuestra profesión, donde ya técnica y ciencia, preparación y hasta abnegación personales, de poco, de muy poco sirven para hacer frente a las necesidades inmediatas de una población diezmada física y moralmente.

Eso lo sabemos todos los médicos. Lo sabemos cualesquiera que sean nuestros sentimientos religiosos o nuestros ideales políticos; cualesquiera nuestra concepción filosófica del Universo o nuestro concepto particular de la organización y el gobierno de las agrupaciones humanas. Pues en todos nosotros existe, en mayor o menor grado, oscurecido más o menos por el llamado egoísmo propio de los seres humanos, el mismo concepto esencial: el de la defensa del hombre en cuanto a ser humano; el de las posibilidades económicas y sociales que en él alientan; en el futuro mismo que, como personalidad integral, esconde. Tal vez nada haga más grande a la profesión nuestra que esa porfía por defender y acrecentar el capital más precioso, más delicado, más generoso, más inmutable y eterno de todos: el del hombre. A otros, agricultores, agrónomos, investigadores científicos, economistas, hombres de gobierno, les corresponde estudiar y defender el otro capital permanente de la República: su tierra, su medio físico, sus posibilidades agrológicas o mineras. A nosotros nos cabe, para responsabilidad y grandeza nuestra, hacer algo todavía más grande y más urgente: salvaguardar y engrandecer a quien habita ese medio físico, a quien lo transforma y hace producir; a quien le confiere ese acento divino que hay en toda actividad: al hombre, a la criatura de arcilla frágil y perdurable en la cual tiembla, como una llama, la posibilidad creadora, la de hacer de la vida algo igualmente grande y digno de ser vivido por todos.

Esta tarea desmesurada es la que anima, en lo hondo, nuestra actividad técnica y profesional, es la que le confiere tal directa responsabilidad en la vida biológica y espiritual de la nación; es la que hace de ella a la vez una disciplina científica y una misión apostólica; es la que nos coloca a todos los médicos en la avanzada de esta guerra permanente contra las enfermedades y la muerte, contra la miseria y la ignorancia, contra la desigualdad y la injusticia.

Pudiera parecer que ya estoy pisando, con ligereza notoria, el contendiente terreno de las afirmaciones políticas o hasta el excluyente de la convicción partidaria. Pero sé bien, como médico, precisamente como médico, que ello no es así: pues no puede haber política de este o aquel jaez, de este o aquel bando, cuando se trata de rescatar de manos de la muerte a un mayor número de ciudadanos; cuando se quiere mejorar el nivel de la salud y alargar el de la vida

del mayor número de ellos; cuando se aspira a nutrir, a mejorar y a vestir mejor al pueblo de Chile; cuando se pretende domiciliarle como a persona humana y darle la protección biológica que como tal tiene derecho; cuando se anhela asistirle cuando es niño y educarle sanitariamente cuando es adulto, cuando se desea dotarle de las mejores condiciones higiénicas posibles; cuando se persigue, en fin, crear un hombre lo suficientemente sano y robusto como para ser dignamente entregado a manos del educador y pueda este, a su vez, ya perfeccionado e instruido en cuanto a futuro ciudadano, transferido a la colectividad entera para que esta obtenga de él el fruto que debe desprender de sus capacidades propias ya suficientemente desarrolladas.

No podemos ir más allá. No podemos hacer de cada ciudadano una personalidad egregia, un creador destacado, un ciudadano eminente por todo concepto, un varón ilustre ante los ojos de la historia, un héroe epónimo ante los de la posteridad. Pero sí podemos, y debemos, trabajar como artífices de la salud, como arquitectos de la vida fisiológica, en la creación, sencilla pero deslumbradora, de este producto que está más allá de toda fábrica y de todo ingenio industrial: un hombre, un ser capaz de vivir una vida satisfactoria, que por sí sola y por la vía de la reproducción, vaya venciendo, generación por generación, a la muerte.

Así, defendiendo en todo hombre el ser biológico que hay en él, preservando el capital humano que hay en él, es como en último término cumplimos nosotros, los médicos, con nuestro deber profesional. Es en ese alto sentido místico por lo humano, celestial por lo terrestre, en que nos hemos agrupado en el Colegio Médico. Y es en este mismo sentido —si me perdonáis todos vosotros la involuntaria vanidad que pudiera teñir mis palabras— en el que yo acepto, con emoción tan íntima y profunda como los míos, el homenaje que esta tarde el Colegio Médico de Chile rinde en mi persona a todos los que luchan por hacer sano y feliz al hombre de Chile sobre la tierra de Chile.

Pero dejadme ahora, antes de que nos separemos para retornar a la faena y al ensueño diarios, que os diga cuán halagado me siento en este momento; cuánto me conmueve el ver honrado por vosotros en cuanto a médico a quien debiera, en cuanto a político, ser discutido o hasta negado por muchos de vosotros mismos; cuánto me enorgullece el ser objeto de este homenaje por el mismo Colegio Médico que fue la primera de mis más mayores ambiciones políticas y profesionales; cuánto me enaltece recordar que en su creación, como en la de los otros cuatro grandes objetivos concretos a que me he referido, colaboran

compañeros y amigos de tan alto sentido gremial como René García, como Hugo Enríquez, como Luis Opazo, como Héctor Rodríguez, como Guillermo Velasco, Enrique Peredo, Florencio Garín, Onofre Avendaño, Roberto Alvarado, asesores jurídicos como Humberto Cifuentes y Daniel Ramírez; colegas como el Dr. Mardones Restat, ministro de Salubridad; y médicos de la talla y la perseverancia de un Sótero del Río, un Benjamin Viel, un Enrique Laval, un Abraham Schweitzer, un Alfredo Leonardo Bravo, un Gustavo Molina; cuánto me emociona, en fin, colegas y amigos, señoras y señores, pensar que soy yo, combatiente por una patria más próspera y grande, por una vida más justa y más humana, quien recibe, de manos del Colegio Médico de Chile y de su dignísimo presidente actual el Dr. Gustavo Jirón, un homenaje como este.

Estoy cierto que él llega al fondo del corazón de los míos. Para ellos es orgullo y satisfacción sin límites. Para mí, quiero declararlo en voz alta, es todo eso y algo más: la evidencia de que es posible para un médico que viva la vida democrática y disciplinada de su gremio y que lo haga con fe en el futuro de la patria y en el destino del hombre sobre la tierra, obtener la única recompensa que todos podemos ser acreedores: el estímulo de quienes creen en los mismos ideales y luchan en el mismo campo, y con las mismas armas, por llevarlos a una noble realidad.

Gracias profesor Jirón por sus palabras, gracias señor presidente del Colegio Dental por la suyas, gracias Dr. Velasco por vuestras expresiones de estímulo, gracias señor decano por su presencia sobria y elocuente, y gracias a todos Uds. señoras y señores por haber concurrido a este acto de tan honda significación para mí.

14. CARTA A JORGE ALESSANDRI, DIRECTOR GERENTE DE LA COMPAÑÍA  
PAPELERA



Santiago, 12 de julio de 1952.

Señor  
Jorge Alessandri R.  
Presente.-

Estimado amigo Jorge:

Las actividades de mi campaña electoral me obligan a molestarlo, solicitándole un pequeño gran servicio.

He solicitado propuestas para la impresión de varios millones de votos y todos los proponentes hacen presente que los plazos de entrega de éstos, estarán subordinados a la obtención oportuna del papel necesario, de la fábrica bajo su presidencia.

La condición de los impresores está perfectamente justificada, pero Ud. comprenderá que yo no puedo subordinar la entrega oportuna de los materiales electorales de tal importancia a ninguna condición y por eso he creído que el camino más recto y seguro, es el de solicitar directamente de Ud., tome las medidas necesarias para que, en su oportunidad, mis impresores cuenten con el material necesario, ya que la cantidad de éste, se me informa, excede con mucho a su consumo normal.

El servicio que de Ud. espero es, en consecuencia, se sirva disponer lo necesario para que en la segunda quincena de Julio, pueda yo disponer de unos cuarenta y cuatro fardos de papel N° 1 (hilado de 20 kilos) para ser entregados en las condiciones usuales a los impresores con que yo contrate y que oportunamente dará a conocer a Ud.

Agradeciéndole este servicio que tengo la certeza Ud. hará también a los demás candidatos, lo saluda su atento servidor y amigo,

  
Salvador Allende.

Procedencia: Biblioteca Nacional de Chile.

## 15. «LOS ARTISTAS Y ESCRITORES DEL FRENTE DEL PUEBLO LLAMAN A VOTAR POR SALVADOR ALLENDE»

*Las Noticias de Última Hora*, 3 de septiembre de 1952

Como intelectuales y artistas, entendemos que las creaciones del espíritu necesitan para desarrollarse de una atmósfera de paz, de libertad y de justicia, en la cual puedan ser satisfechas las necesidades del mayor número y florecer la personalidad humana sin privilegio ni atropello. Creemos que ello requiere un mundo alejado de la guerra, la miseria, la desigualdad y las discriminaciones raciales, políticas o religiosas. Y pensamos que a todos obliga la lucha que lleva a cabo el pueblo de Chile por transformar a la patria ofendida en una nación

libre, dueña de su destino, capaz de brindar horizonte a todos sus hijos, y de ocupar, entre los países pequeños, un sitio decoroso y respetable.

Estos ideales, hoy más que nunca en juego en la campaña electoral, no están representados en ninguna de aquellas tres candidaturas presidenciales que, sin diferir en nada fundamental, significan un imposible retorno al pasado, la continuidad de la vergüenza o un personalismo desbocado y demagógico.

Estos ideales solo pueden cobrar realidad a través de una política popular, concebida y aplicada por el pueblo. Es precisamente la que da a la candidatura del doctor Allende su sentido nacional y su alcance histórico. Pues en Chile no será posible la democracia mientras no sean nacionalizadas sus principales fuentes de producción y distribuida la tierra entre quienes la trabajan.

Una política basada en estos principios significa el fin del atraso, la ignorancia que engendra el régimen feudal de la tierra y que agrava hasta sus increíbles extremos la deformación de nuestra economía en beneficio del gran capital monopolista extranjero. Esa política asegura el florecimiento de una cultura nacional inspirada en nuestras mejores tradiciones. Y ella también garantiza la supervivencia del espíritu chileno frente a la invasión —por medio de libros, revistas, películas, grabaciones musicales, obras plásticas, programas radiales— de una pseudocultura extraña a nosotros, cuyo fin es la propaganda de la guerra, del odio, de la morbosidad y de la comercialización de los sentimientos humanos.

Como trabajadores de la cultura y como ciudadanos, nos corresponde también la lucha contra las leyes represivas, y en especial contra la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, infamatoria de la conciencia nacional, que quita a los chilenos el derecho a vivir con dignidad en su propia patria y que impide a alrededor de cuarenta mil electores sufragar en las próximas elecciones presidenciales.

Saludamos en el doctor Salvador Allende a uno de los nuestros. Su importante libro, *La realidad médico-social chilena*, su lucha en la profesión y el gremio médico, su obra en el Gobierno del Frente Popular, su acción constructiva en el Parlamento, su actuación de veinte años en la política chilena y el denuedo y vigor con que ha tomado en sus manos la traicionada bandera de las reivindicaciones populares lo hacen un digno abanderado del poderoso movimiento democrático que abre ahora un nuevo camino hacia el futuro de Chile.

Llamamos a todos los escritores, artistas plásticos, actores de teatro y cine,

músicos, cultores de la danza y folkloristas, llamamos a los chilenos y chilenas de todas las actividades nacionales, a dar junto a nosotros la gran batalla del 4 de septiembre, por la victoria de Salvador Allende, por la victoria del Programa del Frente del Pueblo, y a continuar luego la lucha permanente por los objetivos del Frente del Pueblo.

*Santiago, 3 de septiembre de 1952*

LUIS DURAND, escritor / PABLO NERUDA, Premio Nacional de Literatura, Premio Mundial de la Paz / ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA, poeta, Premio Nacional de Literatura / CAMILO MORI, Premio Nacional de Arte / VÍCTOR TEVAH, director de la Orquesta Sinfónica Nacional / PEDRO DE LA BARRA, dramaturgo, Premio Nacional de Arte / MIREYA LAFUENTE, pintora / ANTONIO ACEVEDO HERNÁNDEZ, dramaturgo / JUAN DE LUIGI, escritor / ALEJANDRO LIPSCHUTZ, investigador y ensayista / LILY GARAFULIC, escultora / JOSÉ VENTURELLI, pintor / MARÍA MALUENDA, actriz / PEDRO LOBOS, pintor / MARTA COLVIN, escultora / TOMÁS LAGO, escritor / INÉS MORENO, actriz / MIREYA LATORRE, actriz / PEDRO ORTHOUS, director teatral / MARIO ARANCIBIA, cantante / VOLODIA TEITELBOIM, escritor / ROBERTO PARADA, actor / CARMEN BUNSTER, actriz / ÁNGEL CERUTTI, músico / RUBÉN AZÓCAR, escritor / JUVENCIO VALLE, poeta, Premio Municipal de Poesía / MARTA JARA, escritora / MANUEL EDUARDO HUBNER, escritor / LUIS ENRIQUE DÉLANO, escritor / ZOILO ESCOBAR, poeta / RUBÉN SOTOCONIL, actor / DANIEL BELMAR, escritor, Premio Municipal de Novela / LUIS CLAVERO, músico / GRACIELA OLMOS PIÑA, pintora / ENRIQUE GAJARDO, director teatral / NICOMEDES GUZMÁN, escritor / JORGE LILLO, actor, director teatral / CARLOS HERMOSILLA, A. plástico / JOSÉ MIGUEL VARAS, escritor / CARLOS RUIZ, pintor / MOISÉS MIRANDA, músico / CLAUDIO SOLER, poeta / ANDRÉS SABELLA, poeta / SARA SHARIM, actriz / JULIO SALCEDO, escritor / PEDRO PLONKA, poeta / AQUILES SEPÚLVEDA, escritor / GUILLERMO NÚÑEZ, escenógrafo / JULIO MONCADA, poeta / RENÉ GALLINATO, pintor / TEÓFILO CID, escritor / ADOLFO BERCHENKO, pintor / WALTER DUHALDE, pintor / SERGIO VILLEGAS, escritor / HERNAN RAMÍREZ, historiador / HÉCTOR DEL CAMPO, escenógrafo / HERNÁN CAÑAS FLORES, poeta / LUCY LORSACH, pintora / EDMUNDO DE LA PARRA, escritor / MARÍA CANEPA, actriz / NICANOR PARRA, poeta / OSVADO SALAS, pintor / JORGE SOZA, escritor / CARLOS SOTOMAYOR, pintor / JULIO

ANTONIO VÁSQUEZ, escultor / LOLA FALCÓN, fotógrafo de arte / FERNANDO CUADRA, dramaturgo / FRANCISCO COLOANE, escritor / FANNY FISHER, actriz / MARIO FERRERO, poeta / JULIO ESCÁMEZ, pintor / RAÚL ITURRA FALCKA, escritor / JULIO ITURRA FALCKA, plástico / JUAN MATEUCCI, músico / CARLOS MALDONADO, pintor / INÉS VALENZUELA, escritora / ARMANDO SOLARI, poeta / SERGIO SOTOMAYOR, pintor / JUAN FRANCISCO ARAYA, músico / JULIO BÓRQUEZ, pintor / RAMÓN CARMONA, poeta / XIMENA CRISTI, pintora / CARLOS BOUVY, recitador / JUAN LENIN ARAYA, escritor / MARÍA TERESA FRICKE, actriz / VICENTE GONZÁLEZ ARANCIBIA, pintor / FLORA DÍAZ, actriz / CARLOS DELGADO MEZA, plástico / ELÍAS BROBNY, actor / GRACIELA KICHINEWSKY, actriz / ALBERTO LUDWIG, pintor / ÁNGEL PIZARRO, poeta / LADISLAO SOMOZA, actor / JUAN HORMAZÁBAL, músico / ÓSCAR NAVARRO, escenógrafo / GRETE HOFFMAN, actriz / LIONEL ROA, músico / GONZALO ROJAS, poeta / FRANKLIN QUEVEDO, escritor / FRANCISCO MARTÍNEZ, actor / CARLOS FERNÁNDEZ, actor / SERGIO BRAVO, escenógrafo / HUGO GOLDSACK, poeta / MARCOS PORTNOL, actor / ERNESTO ESLAVA, escritor / OMAR CARRILLO, actor / RAMÓN HURTADO, músico / FRANCISCO VELASCO NÚÑEZ, pintor / ALBERTO VILLEGAS, actor / ENRIQUE PINO, músico / BERNANDO TRUMPER, escenógrafo / ERASMO PALACIOS, pintor / MARINA PINTO, escultora / VERÓNICA CERECEDA, dramaturga / EDMUNDO LAZO, poeta / GUSTAVO POBLETE, pintor / JIM MENDOZA MAC RAY, pintor / GABRIEL MARTÍNEZ, director teatral / ABRAHAN ROJAS, músico / ARABELLA PLAZA, pianista / MARGOT GUERRA, pintora / FERNANDO PEZOA, poeta / IRMA ASTORGA, poetisa / JOSÉ DE RHOKA, pintor / ROBINSON SAAVEDRA, poeta / VICENTE PARRINI, escritor / NICASIO TANGOL, escritor / PABLO DE RHOKA, escritor / MARGARITA AGUIRRE, escritora / GABRIEL ARAYA, actor / JACK BROWN, músico / PETRONIO ROMO, actor radial / ELIANA MAYERHOLZ, actriz radial / POMPEYO SAAVEDRA, artista radial / TEODOSIO SAAVEDRA, artista radial / ROLANDO CARRASCO, director teatral / MAX ENRIQUE MIRAND, director de radioteatro.

## 16. DISCURSO ANTE LA MUERTE DE STALIN

Salvador Allende

*El Siglo*, 16 de marzo de 1953

## *El hombre que encarnó una doctrina*

Señoras, sr. presidente del PC, señores, camaradas y amigos:

Nadie podrá negar que en la vida de la Unión Soviética hay un paralelo entre el líder del pueblo y un camino de realizaciones que establece la inmortalidad de una idea, de un hombre y de un país.

Los trabajadores ganaron su revolución y frente al deseo y la intriga del capitalismo para hacer fracasar este triunfo, apareció la respuesta del pueblo.

Y por las anchas montañas; por los caudalosos ríos, desde las estepas siberianas a Sebastopol; desde Leningrado al Mar Caspio nubes de revolución, de victoria, de derrotas, de guerra y de paz se confundieron con las fuerzas que trabajan en los campos, en las minas, en las universidades y en las usinas, madurando así la cosecha de la Revolución de Octubre.

Una nación de pasado, de presente y de futuro gloriosos para el pueblo resumió el misticismo de su alma en la entereza patriótica con que afrontó al enemigo invasor y dio al mundo entero el ejemplo de una doctrina de triunfo que se había hecho carne en el corazón de las multitudes.

Y en la revolución, en la paz constructora como en la guerra defensiva, fue guiada por un hombre que encarnó un ideal, un esfuerzo y una voluntad inquebrantables de darle a millones de trabajadores de su patria la vida de bienestar que merecen todos los trabajadores del mundo y que en la sexta parte de la tierra, como árbol de frutos generosos, habían plantado ellos mismos guiados por la mano de este líder que hasta el momento de su muerte estuvo al frente de las más fecundas realizaciones.

## *Símbolo de paz y construcción*

Stalin fue para el pueblo ruso bandera de revolución, de ejecución creadora, de sentimiento (ilegible) agrandado hasta la paternidad.

Símbolo de paz edificante y de heroísmo sin límites cuando el nazismo pretendió hollar el suelo soviético.

Y en la guerra, junto a la trinchera, se levantó la escuela de enseñanza primaria y superior.

Junto al mortero que defendía el territorio, Stalin pidió a su pueblo que construyera la usina que sobre los hombros del soldado ciudadano iba

desplazándose hacia otros territorios.

Junto a los hospitales de sangre, nació la ciencia y se desarrolló la experiencia para el mañana.

Parece que la voz de este hombre, venerado por su pueblo, estuviera diciendo siempre, en todos los instantes: «Hay que luchar para la paz y defenderse para la paz, estudiar y trabajar para la paz, aun en medio del fragor de la guerra».

Y es así como, acorde a estos principios de laborar para la paz, responde Stalin a las preguntas que le hiciera el senador norteamericano Harold Staasen la noche del 9 de abril de 1947. A su pregunta sobre la posibilidad de colaboración entre los sistemas norteamericano y soviético hecha por Staasen, responde: «Naturalmente que pueden colaborar. Las diferencias entre ellos no son de tanta importancia como la cooperación. Los sistemas en Alemania y EE.UU. eran iguales, pero la guerra se interpuso entre ellos. Los sistemas de EE.UU. y la Unión Soviética son distintos, pero no nos hemos lanzado a la guerra el uno contra el otro y la Unión Soviética no tiene este propósito. Si durante la guerra pudieron cooperar ¿por qué no podrán hacerlo ahora en la paz?».

Así definía Stalin su política de paz. Por medio de la cooperación de los pueblos.

Pero Stalin ha muerto.

### *La personalidad del gran líder*

Y de él quedan para la humanidad y para los obreros del mundo las expresiones más características de su personalidad.

Quedan sus decisiones de revolucionario, sus actividades teóricas, sus posiciones de gobernante y sus actitudes de estadista.

Y también, más allá de las facturas del hombre público, están las cualidades y los valores personales que hicieron de Stalin un realizador.

En Stalin vemos cómo la perseverancia hizo de él un instrumento de la transformación revolucionaria que ha experimentado Rusia.

### *En la dura lucha revolucionaria*

Desde los años de la Revolución, cuando exiliado en Siberia, la fe y la

necesidad de creer en un destino más amplio para el pueblo ruso dominaron a sus quebrantos físicos engendrados por la prisión.

De un Stalin enfermo renace un hombre que pospone las delicadezas de la salud al destino que le depara la revolución.

Desmadejando los adjetivos, podríamos decir que la objetividad de sus acciones, la crudeza de sus críticas a sus propios sistemas de administración, junto a su perseverancia, dan al líder soviético las características de su fisonomía de gobernante.

¿Por qué esta objetividad casi deshumanizada? Porque una transformación tan honda como la que experimentara el pueblo ruso no podía construirse sobre ensueños, sino sobre crudas realidades.

### *En la construcción socialista*

El año 1927, celebrando el décimo aniversario de Octubre, Stalin, en un sentido de objetividad rotundo, plantea un vuelco a las erradas premisas de los que buscaban solo un sentido económico y social al proceso revolucionario.

En una franca actitud doctrinaria y compenetrado en la seguridad de la dialéctica, declara que ha quedado atrás la era de la estabilidad del capitalismo y que ha comenzado la era de su hundimiento... y agrega: «La Revolución de Octubre no es solo una revolución en el campo de las relaciones económicas y político-sociales. Es al mismo tiempo una revolución en los cerebros, una revolución en la ideología de la clase obrera».

Esta premisa va a ser el punto de partida de una vieja polémica doctrinaria, que en el tiempo va a dar la razón al jefe soviético y a demostrar que su objetividad desde el campo teórico al de las realizaciones es una sola línea de acción.

Este es el revolucionario que sabía que el destino de su pueblo no podía detenerse.

En la acción, el revolucionario da paso a la firme personalidad del gobernante.

### *La socialización de la agricultura*

Con una perseverancia propia de la característica de su raza, ya que es un georgiano, y con la seguridad del estadista, toma la bandera de lucha en el campo teórico y práctico y acentúa la crítica a los sistemas del trabajo.

En lo que él llama el Frente del Trigo, plantea una fuerte crítica al sistema que no permite aprovisionar al país en su demanda por la lentitud de su producción. El fuerte desarrollo industrial aumenta la población de las ciudades, nueva gente se incorpora al desarrollo de la industria y de la manufactura, pero no hay trigo. Sus opositores plantean la disminución del desarrollo industrial para acondicionarlo a la producción agropecuaria de consumo, pero él insiste en que, variando el sistema, es posible aprovisionar las necesidades trigueras del país y planifica la revolución mecanizada de la agricultura, llevándola de las grandes extensiones de tierra, o *kulaks*, a la labor de las granjas colectivas.

En esto hay, además, una profunda fuerza teórica, ya que los koljoses expresan la unidad socialista de la propiedad de la tierra con los hombres que la trabajan. No hay por una parte propietarios ni por otra, trabajadores a salario para el terrateniente.

### *Su fe en el marxismo-leninismo*

Difícil es para nosotros, tan lejos en lo material, poder aquilatar con mediana certeza cuándo influyó más en el destino de su pueblo, si cuando su palabra de crítica constructiva demolía a sus adversarios o cuando su actitud de realización asombraba al mundo corrigiendo los propios errores, en un afán humano y digno de superarse.

Pero, por sobre todos estos aspectos casi hieráticos de su personalidad, están su fe inmensa en la doctrina de Marx y Lenin, su irrevocable conducta marxista, que lo llevará en momentos decisivos para Rusia a efectuar una interpretación realizadora de las tesis de sus faros doctrinarios.

¿Por qué esa fe en el marxismo?

Porque como doctrina para la liberación del pueblo ha expresado ya su veredicto a la humanidad. Y Stalin, comprendiendo que la Revolución de Octubre estaba cimentada en la fuerza doctrinaria que le diera Lenin, el gran guía, tuvo que afrontar la fuerza de las críticas del mundo capitalista con el respaldo indudable del marxismo.

Porque había triunfado con Lenin, había logrado cambiar el espíritu de un

pueblo avasallado y lo encaminaba a su transformación económica, político-social y cultural.

### *Todo lo hacía al servicio del pueblo*

Allí tenía el mundo la respuesta, allí tenían los impugnadores del marxismo la contestación efectiva a tantos anhelos de fracaso, fraguados en las cancillerías del capitalismo. Allí estaba el pueblo ruso defendiendo su tiempo, con la estampa de Lenin en los ojos y con el fuego del marxismo en el corazón.

Y en la mente del hombre que guiaba a Rusia hacia su destino, la perseverancia, la objetividad y la fe en la doctrina cerraban, junto a otra característica de su personalidad, el cuadrilátero de un hombre que llenaría medio siglo del mundo con su fisonomía tranquila de apariencia, pero llena de un hervor inquietante por el destino del pueblo soviético.

Y la cuarta fase de este hombre ha de ser acaso la más fuerte... su absoluta convicción de que lo que hacía, aun exponiéndose a los más violentos ataques que gobernante alguno recibiera, desde los tiempos de César o de Napoleón, cuanto hacía —repito— llevaba en él la seguridad que estaba bien realizado, porque destruía todo asomo de revivir en las estepas la sombra del capitalismo y planteaba en los músculos y en la conciencia del pueblo ruso la certeza de un destino alcanzado por la fuerza de su revolución.

Y si un gobernante como Stalin usa la energía en su grado extremo, para solidificar su concepto revolucionario, es posible que hasta la historia que se escriba desde otros ángulos recoja sus acciones con la imparcialidad de una ciencia y exprese su veredicto para quien obró en bien del pueblo, desde el sitio en que lo coloca la revolución del pueblo.

### *Proyección internacional de su obra*

No cabe duda de que en cada una de las acciones de un gobernante de la sexta parte del mundo ha de verse siempre una repercusión internacional.

Y, decimos esto, porque para solaz del capitalismo, muchas veces los movimientos revolucionarios cayeron en luchas fratricidas.

Sin embargo, más allá de las críticas a que se exponen siempre las posiciones

extremas, más allá de posiciones discutibles, la dureza con que Stalin plantea a su pueblo el problema internacional permite muy pronto limitar los campos ideológicos y económicos.

Y sus palabras tienen vigencia permanente cuando dice: «El mundo está dividido en dos campos: el que forman un pequeño puñado de naciones civilizadas, que poseen el capital financiero y explotan a la inmensa mayoría de la población del planeta y el campo de los pueblos oprimidos y explotados de las colonias y de los países dependientes, que forman esta mayoría. Las colonias y los países dependientes, oprimidos y explotados por el capital financiero, constituyen una formidable reserva y la más importante fuente de fuerzas para el imperialismo».

### *El rol del proletariado en este momento histórico*

Y también sus conceptos tienen real validez para nosotros cuando opina: «La lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos, de los países coloniales y dependientes contra el imperialismo, es el único camino por el que pueden emanciparse de la opresión y de la explotación».

Sus expresiones son quemantes para analizar la actitud de la burguesía: «Antes —dice Stalin— la burguesía se consideraba la cabeza de la nación, defendía los derechos y la independencia de la nación, colocándolos “por encima de todo”. Ahora no ha quedado ni rastro del “principio nacional”. Ahora la burguesía vende los derechos y la independencia de la nación. La bandera de la independencia nacional y de la soberanía nacional ha sido arrojada por la borda, no cabe duda de que esta bandera tendréis que recogerla vosotros, los representantes de los partidos comunistas y democráticos, y llevarla adelante, si queréis ser patriotas de vuestro país, si queréis convertirlos en la fuerza dirigente de la nación. Nadie más puede recogerla».

### *Posición de socialistas y comunistas ante el imperialismo y la guerra*

Así va desgranando el líder soviético su teoría y su acción frente a cada uno de los problemas de Rusia y ante los hondos conflictos mundiales.

Mientras tanto, se asoma en el universo el peligro de una nueva guerra.

La necesidad del capitalismo de crearse nuevas formas para influir en las economías débiles concentra las fuerzas políticas en gobiernos autocráticos y de conquista. Nacen el fascismo, con el fracaso del socialismo italiano, y el nazismo de la quiebra de las fuerzas de Alemania. Para el mundo parecen nuevas expresiones de nuevos sistemas. Acaso fórmulas salvadoras de las masas, las que engañadas en sus comienzos por realizaciones materiales, habitaciones, caminos, estadios, escuelas industriales... suponen que han llegado los (ilegible) y dan camino al endiosamiento de los gobernantes.

Pero el marxismo y su expresión dinámica que es la dialéctica entregan al mundo, a través de la palabra y de las luchas socialistas y comunistas, la verdad que esconde esa nueva careta del capitalismo.

### *La política de frentes populares*

No hay disparidad entre el imperialismo armamentista y de conquista con el imperialismo económico del dólar y de la libra.

Es solo una contradicción que los llevará a devorarse. Será la lucha de un banquero contra otro banquero, de un terrateniente contra otro terrateniente, una disputa de clientela, una riña de prestamistas.

Y los prestamistas quisieron repartirse el mundo.

Es en esa época cuando nace un llamado a todos los hombres libres para luchar en contra del fascismo.

Corresponde indudablemente a la mano de Stalin la incorporación de la burguesía progresista en la lucha contra el fascismo. Y esta posición de los Frentes Populares permite el desarrollo de las actividades internas de los países hacia zonas de mayor desenvolvimiento económico, político y social.

No queremos, para evitar se nos suponga incondicionales, asignar al propio Stalin el nacimiento de esta nueva política internacional, que si bien permitió a los Partidos Comunistas del mundo incorporarse a una lucha más objetiva en favor de las masas, fue acremente resistida por los sectores retardatarios de la burguesía, que veían en su incorporación a la llamada revolución burguesa una atadura momentánea que luego les sería difícil desatar sin mostrar al pueblo su verdadera faz reaccionaria.

## *La entrevista de Stalin y Davies*

Es en esos días, meses antes de estallar la guerra, cuando se efectúa la famosa entrevista en que Stalin se abriera al mundo, concertada con el embajador de EE. UU. en Moscú, Joseph Davies.

Puede decirse que, así como Pedro *el Grande* abrió una ventana hacia Europa, Stalin en esa fecha histórica [decidió] que el mundo llegara hasta la Unión Soviética en camino de fraternidad y que esta fuera al mundo con igual sentido.

Mantener esta posición hasta llegar a afrontar la guerra es tarea que un gobernante no puede desconocer desde su principio.

Antes de llegar los tanques alemanes a Polonia, lo había dicho desde el Presídium de los Sóviets.

## *La responsabilidad de los gobiernos burgueses en la 2.ª Guerra Mundial*

El 26 de enero de 1934, al hacer un análisis de las crisis en los países capitalistas, resumía sus tesis en las siguientes frases: «Tal es el problema, que como se ve, las cosas marchan hacia una nueva guerra imperialista. Claro es que no hay razón para creer que la guerra puede proporcionar una salida efectiva. Al contrario, la guerra ha de complicar todavía más las cosas. Más aún, desencadenará con seguridad la revolución y pondrá en juego la existencia misma del capitalismo en una serie de países, como ocurrió en la primera guerra imperialista. Y si, a pesar de la experiencia de la primera guerra imperialista, los políticos burgueses se aferran a la guerra, como el náufrago a una tabla, significa que han perdido definitivamente la cabeza, que se han metido en un callejón sin salida y que están prontos a precipitarse al abismo».

Tales fueron las palabras de Stalin cuatro años antes de estallar la Segunda Guerra Mundial imperialista.

No dejó tampoco de advertir a su pueblo que la Unión Soviética sería atacada. Y lo dijo el 10 de marzo de 1939.

«No tememos las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a contestar con dos golpes a cada golpe de los autores de la guerra que traten de atentar contra la inviolabilidad de las fronteras soviéticas».

Y agregó refiriéndose a la pasividad de las cancillerías europeas: «En la

política de no intervención se trasluce la aspiración, el deseo, de no impedir que los agresores, Japón y Alemania, se enreden en una guerra con la Unión Soviética».

### *La industrialización socialista*

Le correspondió a este guía del pueblo ruso vivir en el siglo de las definiciones de todo orden. Se ha definido el camino de las filosofías, de las ciencias, de las elites y de la vida de los pueblos.

Comienza Stalin por definir la forma que ha de tener la economía en la Unión Soviética al estimar que se hace necesario levantar una serie de ramas industriales como fundamento para las bases de una economía socialista. Lenin le sirve de guía y basándose en sus principios elabora Stalin la doctrina de la industrialización socialista, cuyo primer punto ha de ser la base de la fortificación económica de Rusia.

«La esencia de la industrialización —dice Stalin— no consiste en el simple incremento de la industria, sino en el desarrollo de la industria pesada y ante todo de lo que constituye su alma, la construcción de maquinarias, ya que solamente la creación de la industria pesada y la construcción de maquinaria propia asegura la base material para el socialismo y conduce al país del socialismo a una situación de independencia con relación al mundo capitalista».

### *Los planes quinquenales*

Esta premisa ha de servir para la elaboración de los planes quinquenales. Cuatro de ellos dieron a la Unión Soviética la fortaleza que le permitió resistir el cerco capitalista y la guerra de invasión a su pueblo. El quinto plan quinquenal está en ejecución y el término de su realización será el año 1955.

Los planes quinquenales rusos, aparte de su espíritu de superación de cantidad y calidad, tienen un profundo sentido revolucionario, porque permanentemente cambian y desarrollan la técnica y su modalidad hacia nuevas formas de acción más efectivas y más consecuentes con la economía socialista en construcción.

Los primeros planes quinquenales, sobre todo en el problema industrial, en

las ramas siderúrgica, de electrificación y en el trabajo de las minas, dieron resultados asombrosos que admiraron al propio pueblo ruso y asombraron definitivamente a los propios economistas del capitalismo.

El sentido de emulación y el fuerte desarrollo del potencial orgánico del trabajo que llevan en sí los planes quinquenales permitieron que con muy pocas variaciones ellos se desarrollaran durante los periodos de guerra y de preguerra.

No se construyen en la Unión Soviética un metro de alambre, una tuerca, sin que tenga una justificación para la economía del pueblo soviético.

Esto que parece un raciocinio ingenuo es de una sencillez aplastante para la convicción que necesita tener el pueblo de que todo su esfuerzo, por pequeño que sea, está encaminado a la elaboración de una economía de fundamentos permanentes.

### *El actual quinquenio*

Es, acaso, el último plan quinquenal el que expresa en cada una de sus tareas el más fuerte desarrollo socialista que ha adquirido la economía soviética.

Es condición importantísima para lograr un fuerte desarrollo de la producción siderúrgica —dicen los fundamentos del último plan quinquenal— utilizar mejor el potencial que ya se explota en las empresas metalúrgicas. Para este fin se proyecta seguir acelerando los procesos de la elaboración metalúrgica, la automatización del control de estos procesos y la mecanización en las empresas metalúrgicas de los trabajos que absorben mucha mano de obra.

### *No solo cantidad: también calidad*

No en vano el jefe soviético insistía siempre en mejorar la calidad de la producción como una condición fundamental para estabilizar la economía y la potencialidad técnica rusa.

El último plan quinquenal también establece normas precisas sobre este punto, en las que no puede negarse se encuentra la inspiración de Stalin.

«Los intereses de la economía nacional —dicen las tesis de este plan quinquenal— exigen la ampliación continua del surtido en todas las ramas de la industria y un gran mejoramiento de la calidad de la producción. Es

completamente intolerable la tendencia de algunas a sobrepasar el plan de incremento de la producción a costa de la calidad y del surtido de los artículos que deben fabricar. La elevación de la calidad de la producción es una tarea primordial para nuestra industria».

### *Objetivo del aumento de la producción: mayor bienestar de las masas*

La distribución de los productos, las formas y sistemas de transporte tienen en cada plan quinquenal y especialmente en el último tareas profundas y definitivas. Y muchas de ellas revolucionarias, sobre todo en lo que se refiere a transporte fluvial, donde el plan quinquenal hasta 1955 plantea incluso la posibilidad de satisfacer las necesidades locales por medio del transporte utilizando los pequeños ríos.

La sanidad pública, la cultura del pueblo, el bienestar económico de los obreros son aspectos fundamentales en cada una de las tesis que se desarrollan en estos planes de la economía soviética.

Literalmente, reproduzco uno de estos aspectos. El referente al salario y al rendimiento del trabajo.

Dice el texto: «El salario real de los obreros y los empleados aumentará durante el quinquenio en no menos del 35%, teniendo en cuenta la rebaja de los precios al por menor. Las asignaciones del Estado para el seguro social de los obreros y empleados aumentarán durante el quinquenio en un 30%, aproximadamente, en comparación con 1950. La elevación del rendimiento del trabajo de los koljoses, el ascenso de la producción koljosiana y el incremento de la producción agropecuaria asegurarán la elevación de los ingresos en metálico y en especie (expresados en dinero) de los koljosianos en un 40%, por lo menos».

Estas son, fundamentalmente, las tareas que se impone la Unión Soviética en cinco años de superación que para este último plan comenzaron en 1951 y que van a traer a esta patria de los trabajadores un alto nivel cultural y material, que solamente es posible a los pueblos alcanzar cuando ellos mismos rigen sus destinos.

### *Su aporte cultural*

Es difícil hablar del guía de una nación que tiene la altura de Stalin sin referirse a sus propias palabras.

Cuánto ha quedado de él en la economía, en la política, en lo social y en la cultura. Imposible sería saberlo. Su acción se desborda y se mezcla con la vida y la acción de millones de hombres.

Ellos le deben sin deuda de conciencia, sino con deuda de alegría, los horizontes magníficos de una existencia grande para este presente y un futuro esplendoroso para las generaciones venideras.

La cultura y la ciencia han tenido en este guía del pueblo ruso altas expresiones. Él planteó una posición revolucionaria consecuente con el desarrollo de una vida socialista. Esta línea que trazara hace algunos lustros es la que ha servido de fundamento al gran desarrollo cultural y científico de Rusia.

### *Fundamentos de su teoría*

Su posición teórica está basada en la siguiente premisa: la supresión del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual no puede obtenerse más que sobre la base de la elevación del nivel cultural y técnico de la clase obrera hasta el nivel de los ingenieros y de los técnicos.

No hay ninguna razón para dudar que esta elevación cultural y técnica de la clase obrera puede destruir los fundamentos del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y de que solo ella puede asegurar esta gran productividad del trabajo y esta abundancia de artículos de consumo que son necesarios para el socialismo.

Y acaso para comprender todo el desarrollo científico de Rusia solo sea necesario recordar lo dicho por Stalin en la primera conferencia de los Stajanovistas: «La ciencia —dijo Stalin— se llama ciencia precisamente porque no reconoce ídolos, porque no teme abandonar las cosas viejas cuando ya no sirven, porque escucha atentamente la voz de la experiencia y de la práctica».

La madurez de un hombre que guía a su pueblo hacia la consolidación de su acción revolucionaria se expresa como en el caso de Stalin por sus sólidos fundamentos teóricos y prácticos en el campo de la economía, de la política, de la acción internacional y de las ciencias.

## *Inmortalidad de Stalin*

Stalin ha muerto. Hay muda protesta en las conciencias y congoja en las almas.

Hombres de la Unión Soviética: nosotros, los socialistas, compartimos vuestro luto que tiene conmoción universal.

Mujeres de la Unión Soviética: nosotros, los socialistas, interpretamos vuestro luto porque para vosotras es el sufrimiento que impone la partida sin retorno del padre, del camarada, del amigo y protector.

Jóvenes de la Unión Soviética: nosotros estiramos hacia vosotros los brazos para alcanzar vuestra desesperanza y daros nuevas fuerzas, porque el silencio del líder de la juventud es, también, el silencio de todas vuestras canciones.

Niños de la Unión Soviética: vosotros, crecidos en las realidades, por amargas que ellas sean, seguramente creeréis que vuestro padre Stalin ha muerto y en el recuerdo de su ejemplo crecerán vuestros brazos que en la arcilla del trabajo afianzarán la grandeza del mañana.

Los proletarios de todos los países inclinan sus banderas, rasgadas por sus luchas, para entibiar el futuro en su recuerdo y en su afecto.

Camaradas del Partido Comunista, nosotros sabemos que hay sombra y dolor en vuestros corazones, que es ancha y profunda vuestra angustia.

Vuestro consuelo, el saber que hay hombres que no mueren.

Stalin es uno de ellos.

### 17. «LA LUCHA DEL PUEBLO DE CHILE POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL»

Por Salvador Allende, vicepresidente del Senado chileno y presidente del Frente del Pueblo

*Pravda*, 11 de agosto de 1954

Traducido por Pedro Hernández, traductor-intérprete jurado de lenguas eslavas

Удобряет уции

В Советском Союзе много лет назад начали применять в сельском и лесном хозяйстве удобрения... Удобрения, особенно азотные, играют большую роль в развитии сельского хозяйства...

ОБЕД в Посольстве Великобритания

Вчера, 11-го апреля, Чрезвычайный и Полномочный Посол Великобритании в СССР Дэвид Лайон принял обед по случаю годовщины Победы в Великой Отечественной войне... Обед состоялся в Посольстве Великобритании в Москве...

БОРЬБА НАРОДА ЧИЛИ ЗА НАЦИОНАЛЬНУЮ НЕЗАВИСИМОСТЬ

Самуэлю АЛЬЕНДЕ. В последние годы в стране Чили разгорелась борьба за национальную независимость... Народ Чили борется против империализма и за свободу, независимость и социальную справедливость...



Extendiéndose por una estrecha y larga franja de tierra a lo largo de la costa sudamericana del Océano Pacífico, Chile cuenta con unos seis millones de habitantes. Desde el punto de vista económico podríamos incluir nuestro país entre los llamados dependientes o débilmente desarrollados.

Exportamos materias primas e importamos productos industriales, así como petróleo, gasolina, azúcar y productos básicos de alimentación. Nuestro país posee industria pesada, pero está solo empezando a desarrollarse.

La economía nacional de Chile se basa principalmente en los ingresos de la producción minera. La exportación de minerales (cobre, hierro, salitre y azufre) proporciona el 83% de la reserva de divisas, constituyendo la exportación de cobre el 61%. Las grandes empresas mineras de Chile se encuentran en poder de monopolios extranjeros, principalmente estadounidenses, las cuales constituyen cerca del 80% de la extracción de cobre en el país.

En opinión de los especialistas, Chile ocupa el primer puesto en el mundo capitalista por el tamaño de sus reservas de cobre. La producción alcanzó su

mayor nivel en 1943-1945, llegando a las 480.000 toneladas anuales, lo que constituye cerca de la cuarta parte del consumo de cobre en los países capitalistas en tiempo de paz. Sin embargo, en el país existe solo una fábrica de enriquecimiento, que tiene capacidad suficiente para tratar lo que producen solo los yacimientos medios y pequeños controlados por el comité nacional. Las compañías estadounidenses exportan el mineral de cobre extraído sin transformar. Estas compañías no llevan a cabo en nuestro país ni la fundición, ni el refinado, ni el tratamiento del cobre.

La producción de la mercancía y el establecimiento de precios siempre estuvieron en manos de los trust y cárteles internacionales, principalmente en manos de monopolios estadounidenses: Anaconda Copper Mining Corporation y Kennecot Copper Corporation. A fin de obtener los beneficios máximos deciden arbitrariamente los precios del cobre.

Este año los yacimientos de nuestro país producen solo 230.000 toneladas de cobre. Esto se explica por las dificultades en la venta de las reservas acumuladas, que en los primeros meses de 1953 ya alcanzaban las 140.000 toneladas.

Aparte de otros factores, la tragedia de Chile es que, en virtud del acuerdo militar bilateral con los EE. UU., no podemos vender cobre ni a la Unión Soviética, ni a la República Popular China, ni a las democracias populares. De este modo se nos impide comerciar con países que constituyen casi la mitad del planeta.

El dominio de los monopolios del cobre estadounidenses destruye los fundamentos de la economía chilena. Basta decir que para Chile la reducción de la producción de cobre en 1954 va a significar la disminución significativa de los ingresos, el reforzamiento de la inflación y la desvalorización de nuestra divisa. Asimismo, no podremos importar una serie de mercancías vitales para satisfacer las necesidades del país. El coste de la vida en Chile ha crecido solo durante el último año en un 52% y los precios sobre los productos de alimentación en un 74%. Hace dos años el precio del dólar era de 140 pesos chilenos y ahora cuesta 330 pesos. Es fácil imaginarse lo que esto significa para los que viven de un salario.

Otro de los artículos principales de exportación de Chile es el salitre, un fertilizante nitroso. El único país del mundo que posee salitre en estado natural es nuestro país. Aquí, igual que en la industria del cobre, los monopolios extranjeros, junto con algunos sectores del capital nacional se preocupan solo de sus beneficios, sin pensar en los intereses del país.

La política de los monopolios en el sector de producción del salitre ha tenido como resultado que el salitre natural, el mejor fertilizante del mundo, ha sido despojado de sus mercados tradicionales. Además, el salitre, al igual que el cobre, entró en la lista de materiales calificados como «estratégicos», por lo que se le cerraron los mercados de la URSS, las democracias populares y la República Popular China. La situación en nuestra industria del salitre es todavía más difícil que en la industria del cobre.

En cuanto a nuestra agricultura, hay que subrayar que en nuestro país la tierra se encuentra en muy pocas manos. El 87% de la tierra la poseen menos de dos mil propietarios. Por otro lado, el 40% de la población vive de la agricultura. El sistema de propiedad de la tierra tiene un carácter semifeudal y, sin duda, de todos los trabajadores es el campesino el que vive en las peores condiciones.

El carácter atrasado de nuestra agricultura, su baja productividad, el uso insignificante de los recursos de tierras ha conllevado que la producción agrícola de Chile no cubra las necesidades internas del país, y esto nos obliga cada año a importar productos de alimentación por una cantidad que supone aproximadamente el 20% de nuestro presupuesto. La baja productividad agrícola se refleja seriamente en el nivel de alimentación de nuestro pueblo. Hay que señalar, además, que los grandes terratenientes no solo tienen fuerza económica, sino que controlan el poder político en el país.

El análisis de la situación económica en Chile muestra convincentemente la apremiante necesidad de cambios radicales en la estructura política, económica y social del país. Movidos por el amor a la patria, los patriotas chilenos crearon con esta finalidad el Frente del Pueblo. Su programa es fundamentalmente antiimperialista y antifeudal. Precisamente por esto el Frente del Pueblo se ha convertido en la base de un amplio movimiento por la liberación nacional.

El Frente del Pueblo es un movimiento profundamente patriótico, dirigido a la lucha por la liberación política y económica de nuestro país. Forman parte de él los partidos Socialista, Comunista y Democrático. Esta no es una unión transitoria, temporal de las fuerzas populares. Es una organización permanente en la que cada partido, conservando su independencia, ha asumido solemnemente su compromiso ante el pueblo chileno.

El programa del Frente es bastante amplio, para que en él se unan, teniendo como núcleo a la clase obrera, los campesinos y propietarios progresistas, mujeres y jóvenes, funcionarios y artesanos, pedagogos e intelectuales, profesores, comerciantes e industriales, para quienes son queridos los intereses

nacionales.

El Frente del Pueblo lucha por un cambio estructural de la economía que permita la utilización de nuestros recursos naturales y una amplia industrialización del país, una reforma agraria que traiga cambios radicales en el sistema de propiedad de la tierra y en las condiciones de vida de quienes la trabajan. El Frente del Pueblo lucha por el restablecimiento de relaciones normales entre Chile y la URSS, la República Popular China y las democracias populares. Es necesario también que nuestro país se libere de las obligaciones internacionales que nos atan en el ámbito militar y político y limitan nuestra independencia y soberanía.

En lo que respecta a la política interior, el Frente del Pueblo repudia cualquier discriminación política y por eso impulsa la derogación de la ley reaccionaria llamada «Ley de Defensa Permanente de la Democracia», cuyas disposiciones impiden el desarrollo de la libertad política, libertad de actuación de los sindicatos y ha privado al Partido Comunista de Chile y sus miembros de sus derechos civiles. El Frente del Pueblo ha exigido proporcionar al Partido Comunista y a sus miembros los mismos derechos de que gozan los demás partidos. Afirmamos que las ideas y principios no pueden erradicarse de la conciencia y corazón de la gente mediante leyes represivas. Las ideas no se pueden matar.

Hace más de dos años que el Frente del Pueblo lleva a cabo una lucha enconada e ininterrumpida. Durante todo este tiempo hemos dado a conocer nuestro programa, nuestro trabajo y la actividad de nuestro grupo parlamentario en la prensa, en los centros obreros, en las asambleas públicas y en la radio. Estamos convencidos de que hemos planteado al pueblo, con un sentimiento de total responsabilidad, una tarea difícil pero patriótica, que debemos llevar a cabo en nuestra lucha contra el imperialismo y la oligarquía feudal. Cada día se amplían nuestras filas. En todos los rincones de nuestra patria hay miles y miles de nuestros compatriotas que dan apoyo al Frente en su lucha por la independencia nacional.

Las tareas que tenemos ante nosotros nos exigen grandes esfuerzos. En el ámbito de la vida internacional cada hombre y cada mujer de Chile deben comprender que los pueblos pueden desarrollarse y alcanzar todo el desarrollo de su trabajo creativo solo en situación de paz. Es necesario destruir las fronteras y barreras artificiales que se levantan en interés del imperialismo.

Por la experiencia de Guatemala, el pueblo de Chile sabe con qué métodos

actúan las fuerzas de la reacción. El Frente del Pueblo ha unido a las masas de ciudadanos chilenos para prestar apoyo moral a Guatemala y condenar los regímenes dictatoriales de los países del Caribe que defiende la compañía United Fruit, los cuales reciben una gran ayuda del Departamento de Estado de EE. UU. El pueblo de Chile sabe que todas las discrepancias pueden solucionarse mediante diálogo y acuerdos y entiende que el apoyo a la paz en Corea e Indochina es una tarea común para todos nosotros.

Asia y África se despiertan. Latinoamérica hará lo mismo para alcanzar su liberación económica. En Chile el Frente del Pueblo continuará yendo a la cabeza de esta lucha.

Queremos la paz y no queremos la guerra; queremos respeto a nuestra soberanía y no un vasallaje dependiente; queremos justicia social y no explotación.

En la vida interna del país debemos liberar nuestros recursos naturales y reforzar nuestro desarrollo industrial. Tenemos que comerciar con todos los países del mundo.

La reforma agraria debe cambiar el sistema de propiedad de la tierra. Deberá cambiar la vida sin esperanza y miserable de nuestro campesino, proporcionarle en su totalidad los derechos de ciudadano, darle posibilidades reales para aumentar su consumo, abrirle las puertas de la cultura.

Así es como el Frente del Pueblo mira al futuro.

## 18. ÚLTIMO DISCURSO ANTES DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Extracto del discurso pronunciado por Salvador Allende por cadena radial la noche anterior

*El Siglo*, 3 de septiembre de 1958

Somos nosotros los únicos capaces de prolongar la historia de Chile con un sentido renovador, poniendo al servicio del futuro lo mejor de nuestra tradición, de nuestras instituciones, de lo que hemos hecho y conquistado con valor; de permanencia en nuestra trayectoria democrática.

Con nuestro triunfo Chile entrará por segunda vez en la Historia. El triunfo de la Candidatura Presidencial del Pueblo no solo traerá el comienzo de una nueva era en el acontecer político interno, sino que producirá un fuerte impacto

en el plano internacional y americano, que debemos valorar en su trascendental magnitud.

Nuestra victoria es y será el signo de que nuestro país se apresta para ofrecer su concurso dirigente al proceso de incorporar a la América Latina como protagonista y actor en la Historia contemporánea.

Atrás quedaron los tiempos en que nuestra gran comunidad de pueblos era usada como simple instrumento al servicio de intereses foráneos.

Nuestro triunfo señala la reconquista de la dignidad patria, la consolidación y el afianzamiento de nuestra independencia nacional. Dignidad e independencia que pondremos al servicio de la gran causa de los pueblos subdesarrollados del mundo, que en las más diversas regiones del planeta se levantan en esta hora convulsionada para exigir y reclamar un puesto en el concierto de las naciones.

En esta cita Chile ya no estará ausente.

Vuestro triunfo del jueves está indicando que el pueblo de Chile se ha erguido sereno y altivo como lo mostrara en otras ocasiones de nuestra historia, dispuesto, como entonces, a aceptar el desafío de los revolucionarios tiempos que vivimos; resuelto a entrar con paso firme en esta nueva era de su existencia nacional. Y honrado me siento en estos momentos trascendentales de ser su leal y ya victorioso abanderado.

En esta, la última ocasión en que me dirijo al país como candidato presidencial, quiero dedicar algunas palabras a aquellos ciudadanos que hoy me escuchan desde el refugio de sus hogares, que no son mis partidarios y que han depositado su confianza en otros hombres y otros movimientos. Todos ellos pueden estar seguros de que el Gobierno Popular no estará inspirado por ningún ánimo revanchista o resentimiento bastardo.

En el nuevo Chile que queremos construir, todos los hijos de nuestra tierra, honestos y patriotas, gozarán de un clima de respeto y libertad y podrán caminar unidos en el gran esfuerzo común de trazar para todos un mejor porvenir.

A todos mis partidarios, al trabajador del campo, de la mina y la fábrica, al empleado, el maestro, el profesional, al técnico y al artista; a la mujer, la madre y la muchacha; al industrial, el agricultor y el comerciante; al estudiante y la juventud, en fin a todo ese ser anónimo y multitudinario que constituye nuestro pueblo, a todos los hombres que han depositado en mí su confianza, a todos cuantos entregaron tan generosamente tantas energías, tantos esfuerzos y sacrificios, a los que recortaron pesos de sus salarios, a los que estrecharon mis manos y me fortalecieron con su adhesión, a los que abnegadamente formaron

este gran ejército de voluntad, decisión y esperanza, a todos ellos llegue mi emocionada gratitud.

Con su ejemplo, me han enseñado a ser más fuerte, más firme y más fervoroso.

Soy y tengo un poco de cada uno de ustedes. Lo que me han dado es lo mejor que hay en mí. A todos, simple y emocionadamente: GRACIAS.

#### 19. ACTA DE PROCLAMACIÓN COMO CANDIDATO PRESIDENCIAL DEL FRENTE DE ACCIÓN POPULAR

*Arauco*, n.º 36. Enero de 1963

En Santiago de Chile, a 27 de enero de 1963, en el Salón de Honor del Congreso Nacional, reunidos en la Asamblea Presidencial del Pueblo, convocada por el FRAP en conformidad al Acuerdo Político de la Conferencia de Las Vertientes, del 27 de febrero de 1962, 245 delegados, debidamente acreditados como representantes de los partidos Democrático Nacional, Radical Doctrinario, Vanguardia Nacional del Pueblo, Alianza Nacional de Trabajadores, Socialista y Comunista, el Movimiento Independiente de Izquierda, la Asociación de Economistas de Izquierda, el Instituto Popular, el Movimiento Cívico Popular y el Baluarte del Pueblo.

#### DECLARAN:

Su decisión irrevocable de conducir al pueblo, a todos los chilenos, a todos los patriotas, hombres, mujeres y jóvenes, a la gran victoria política que se expresará concretamente en la elección, el 4 de septiembre de 1964, de un ciudadano de sus filas como Presidente de la República, y en la instauración, en seguida, de un Gobierno Popular, nacional y revolucionario, capaz de construir las bases de una verdadera democracia; su determinación de realizar las transformaciones que el pueblo exige perentoriamente para hacer efectivas la justicia social, los derechos al trabajo, a la alimentación, a la habitación y a la educación integral, y al pleno desarrollo y ejercicio de los derechos familiares, políticos y sociales.

Su determinación de defender la soberanía nacional, la independencia política y económica de Chile, la devolución al patrimonio nacional de nuestras

riquezas básicas, fuentes de recursos para la edificación de una Patria Nueva, creadora, progresista, ejemplar.

Su determinación de cumplir sin claudicaciones el programa del Frente de Acción Popular, aprobado en la Asamblea Nacional de noviembre de 1962, que resume los anhelos de las grandes mayorías nacionales, de todo el pueblo de Chile.

Su determinación de defender virilmente, con fervorosa y patriótica voluntad, la unidad del Movimiento Popular y de asumir plena responsabilidad política en la marcha hacia el Poder y el cumplimiento de los fines del Gobierno Popular, con la insobornable resolución de cumplir fielmente los compromisos contraídos con el pueblo.

Su decisión amplia, sincera, generosa, de llamar a todos los ciudadanos de la patria, por sobre las fronteras de los partidos tradicionales, a los trabajadores de las fábricas y de las oficinas, de las minas, del campo y del litoral, a las mujeres dueñas de casa, a los jóvenes estudiantes, a sumarse a esta cruzada de redención nacional y popular, que tiene un solo y gran objetivo: crear un nuevo horizonte luminoso al pueblo de Chile, redimir a la patria, liberar a la nación de sus enemigos contumaces: el imperialismo y la oligarquía nacional.

Y ACUERDAN:

Proclamar como candidato presidencial del pueblo al Dr. Salvador Allende Gossens, líder probado, dirigente político de una conducta intachable al servicio del pueblo trabajador, bandera de victoria, gran soldado de la causa popular, patriota consecuente de férrea voluntad.

El Dr. Salvador Allende, proclamado en este instante solemne como candidato Presidencial del Pueblo, contrae ante el pueblo de Chile, ante la historia, el compromiso irrevocable de cumplir el Programa del Frente de Acción Popular, de presidir un Gobierno que dé al pueblo justicia, bienestar, cultura, libertad, independencia, dignidad nacional y paz.

En nombre de la Asamblea Presidencial del Pueblo firman la presente acta:

Luis Corvalán, Salvador Allende, Pedro Nolasco Cárdenas, Mario Garay, Luis Minchel, Mamerto Figueroa, Humberto Mewes, Raúl Ampuero, José González, Teodoro Ruiz, Ernesto Rejman, Carlos Vasallo, Gonzalo Martner y Héctor Behm.

## 20. DISCURSO ANTE LA MUERTE DEL PAPA JUAN XXIII

Salvador Allende, Senado de Chile, 5 de junio de 1963

Publicado en: *Arauco*, n.º 50. Marzo de 1964

Alzo mi voz, ante este homenaje que se rinde al Papa Juan XXIII, en nombre de lo que encarno y represento.

Estas palabras no son dictadas por el formulismo político, la cortesía de la convivencia, el respeto a las ideas y sentimientos ajenos o la congoja natural que acompaña a la muerte.

Alzo mi voz para vaciar la expresión nacida de la entraña misma de las masas populares, los pobres, los explotados, aquellos que, con fe o sin ella, con creencias dogmáticas o espontáneamente elaboradas, se agrupan en la familia humana que me ha conferido el alto honor de ser su abanderado.

El examen de la extraordinaria personalidad de Angelo Giuseppe Roncalli Mazzola nos coloca desde ya ante un panorama tan rico en hechos y virtudes que el espíritu parece perderse cuando elige cualesquiera de sus facetas. Giovanni y Maria Anna, sus padres, campesinos de Sotto il Monte, braceando como los pobres ante la vida; el recorrido a pie de 12 kilómetros que, con sus libros bajo el brazo, hacía todos los días el *bambino* Roncalli para seguir los estudios de la escuela primaria; su preferencia natural para officiar de cura de aldea; sus notables condiciones de inteligencia, unidas a la sencillez, que lo inducen a ocultar su calidad de indiscutido primer alumno; su servicio como voluntario, a comienzos del siglo, en el regimiento de infantes «Lombardía», del cual egresa con el grado de sargento; su incorporación al Ejército en 1914, como capellán en la Primera Guerra Mundial; su admirable carrera diplomática; sus anécdotas preñadas de humanidad; sus encíclicas; su amor a los pobres, su coraje moral; su cálida sencillez campesina; su fortaleza en la lucha contra la enfermedad y la muerte; todo el decurso de su vida da sendero y abre puerta hacia el estudio, análisis y ponderación de su augusta personalidad.

He creído que la grandeza del Vicario que desaparece, después de sus cortos cuatro años de pontificado, descansa de manera fundamental en haber sabido, como nadie antes que él en la Iglesia, comprender e interpretar a las presentes generaciones y en haber tenido la sabiduría y el valor para proclamar claramente ante el mundo su pensamiento.

Es incuestionable que cada generación representa, en el desarrollo de los

pueblos, una expresión de su vitalidad. Sin embargo, ciertas etapas resultan más polémicas que otras y se caracterizan por un impulso espontáneo de creación y no por conservar dócilmente el aporte recibido. Hay otros períodos notoriamente «acumulativos», cuyo papel es de simple prolongación del ritmo del pasado.

La observación de la realidad demuestra de modo palmario que, desde el primer cuarto de este siglo, las generaciones son «polémicas» o creadoras. Sin embargo, también el tiempo presente se caracteriza por la sordera de algunos sectores sociales ante los estímulos de lo espontáneo, por su renuencia para acometer los designios de la auténtica vocación. Es así como parte del mundo sestea y se aloja en instituciones, sistemas, modos de sentir y pensar caducos, secos, muertos, que carecen de afinidad y sintonía con el temperamento y el imperativo de las nuevas generaciones.

Quiero sostener aquí que el más grande mérito de Juan XXIII consiste en haber señalado a la Iglesia una posición, un camino que concuerda, desde su punto de vista, con la pulsación de los tiempos que corren.

No conocía el mundo, mediante las encíclicas, otro lenguaje que el de dividir a los hombres entre buenos y malos, entre fieles e infieles.

No podríamos tampoco ocultar, en esta solemne oportunidad, que la exclusión de los no creyentes en los mensajes papales no había tenido la misma gradación. Así, el mundo socialista aparecía ante ellos o como orbe inexistente o como un estado de cosas inicuo o depravado. La encíclica *Divini Redentoris*, de 19 de marzo de 1937, del Papa Pío XI, condenando al socialismo, es la más violenta imprecación contra la Unión Soviética y México, pues califica los sistemas de ambos países como expresiones supremas de la perversidad.

Es Juan XXIII quien, asombrando al universo, invita al Concilio Ecuménico del Vaticano, en octubre de 1962, a los «herejes» de los siglos pasados y recientes, a las Iglesias anglicana, protestante, ortodoxa rusa y griega, en fin, a todas, a participar como observadores del Concilio. Cuando los más altos dignatarios de estas comunidades religiosas lo visitan en el Vaticano, Juan XXIII abandona el Trono Papal, se sienta como si fuera uno de entre los muchos, en una silla cualquiera, y, convertido en Angelo Giuseppe Roncalli, en el adolescente de Sotto il Monte, en el sargento Roncalli, en el buen cura de aldea, dialoga, conversa, intercambia criterios e ideas. En una hora de acercamiento, aventa siglos de odiosa y enconada separación.

Es Juan XXIII quien, en su encíclica *Paz en la Tierra*, se dirige «a los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos, obispos y demás

ordinarios, en paz y comunión con la sede apostólica, el clero y fieles de todo el mundo», y —quiero subrayarlo— «a todos los hombres de buena voluntad». Al colocar a la Iglesia en un nivel supranacional, el Pontífice se dirigió a los fieles e infieles, a los creyentes y no creyentes, y para estos últimos tuvo la feliz denominación de «los hombres de buena voluntad».

El Papa colocó a todas las naciones en un mismo plano, sea su régimen político el capitalista y liberal, sea que estuvieran regidas por cualquier tipo de socialismo.

Cuando el humilde campesino de Bérgamo traspasa los linderos de la inmortalidad, estimo de mi deber, por lo que siento en mi espíritu y por lo que sienten en el suyo los chilenos que comparten mis sentires y quererres, señalar con emoción los hitos más altos del pensamiento del Papa de los pobres.

Para ello recurro a las páginas de su encíclica cumbre, *Paz en la Tierra*.

Para condenar la segregación política, la persecución del pensamiento, que imperó en nuestro país durante diez años muy próximos y que aún está establecida en muchas latitudes en nombre de la «democracia», el Papa dijo textualmente: «De la misma dignidad de la persona humana proviene el derecho a tomar parte activa en la vida pública y contribuir a la consecución del bien común. Derecho fundamental de la persona humana es también la defensa jurídica de sus propios derechos, defensa eficaz, imparcial y regida por los principios objetivos de la justicia».

Contra los gobernantes que impiden a sus ciudadanos visitar otros países, con el pretexto de que no sean contaminados, afirma Juan XXIII: «Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y residencia dentro de la comunidad política de la que es ciudadano; y también tiene derecho a emigrar a otras comunidades políticas. El hecho de pertenecer a una determinada comunidad no impide de ninguna manera el ser miembro de la familia humana y pertenecer en calidad de ciudadano a la comunidad mundial».

Contra la segregación racial, cáncer y vergüenza de nuestro tiempo, el Papa dijo textualmente: «Las mutuas relaciones entre las comunidades políticas han de estar reguladas por la verdad, la cual exige, antes que nada, que de estas relaciones se elimine toda huella de racismo; y que, por tanto, se reconozca como principio sagrado e inmutable que las comunidades políticas, por dignidad de naturaleza, son iguales entre sí; de donde se sigue un mismo derecho a la existencia, al propio desarrollo y a los medios necesarios para lograrlo».

Al referirse al poder inmenso de la propaganda internacional y de los medios

de información, que en América están en una sola mano, el Papa dijo así: «Se deben excluir aquellos métodos de información con los cuales, violando los preceptos de la justicia y la verdad, se hiere injustamente la fama de una nación».

Al leer esta frase y comprobar que la inmensa e incontrarrestable maquinaria informativa internacional vive empeñada en infamar sin tregua a un pueblo pequeño en número y grande en corazón, en alma y espíritu, no puedo menos de asociar esta declaración con el hecho de que el Sumo Pontífice mantuvo inalterables las cordiales relaciones diplomáticas del Vaticano con la República de Cuba; las mismas que el Papado no tiene, en cambio, con los Estados Unidos de Norteamérica, ni aun bajo la égida de un Presidente católico.

Contra el armamentismo y las armas nucleares, el Papa dijo: «Así pues, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que de un lado y otro las naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscritas, que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual, con mutuas y eficaces garantías».

Contra todo tipo de imperialismo y por el principio de autodeterminación de los pueblos, el Papa sostuvo que la moral prohíbe que una nación lesione la libertad, integridad y seguridad de otra; que cada país tiene el derecho, según sus expresiones literales, «de administrarse libremente y de mantenerse neutral frente a los conflictos entre otras naciones».

Proclama también que «pertenece a las naciones menores el derecho a promover su propio desarrollo económico», y dijo en forma textual: «Así, pues, es necesario que las naciones más florecientes, al socorrer en variadas formas a las más necesitadas, respeten con gran esmero las características propias de cada pueblo y sus instituciones tradicionales y se abstengan de cualquier intención de predominio».

Contra la exclusión de un país de más de 600 millones de habitantes de las Naciones Unidas, la República Popular China, el Papa se pronunció indirectamente al decir: «Deseamos que la Organización de las Naciones Unidas pueda ir acomodando cada vez mejor su estructura y sus medios a la amplitud y nobleza de sus objetivos».

Al hacer notar que las cuestiones mundiales interesan a todos los pueblos, expresa textualmente que «tales cuestiones solamente puede afrontarlas una autoridad pública cuyo poder, forma e instrumentos sean suficientemente

amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la Tierra».

Contra la división de la familia humana, so pretexto de regímenes distintos, propugnada mediante la consigna del «mundo libre» como contraposición del «mundo socialista»; contra esa implacable *guerra fría* que inunda calles, caminos, senderos, mansiones, tolderías, espectáculos, la música, el arte, la academia, los libros, el cine, las revistas —incluso las infantiles—, las ondas y el aire; contra esa abismante división que, más alta que las montañas que nos rodean, mantiene a nuestra patria separada de la mitad del mundo, extranjera a la mitad de la civilización, el Papa dijo estas palabras: «Jamás podrá deshacerse la unidad de la sociedad humana, puesto que esta consta de hombres que participan igualmente de la dignidad natural. De ahí la necesidad que brota de la misma naturaleza que el hombre que se atiende debidamente al bien universal, o sea, al que se refiere a toda la familia humana».

El Sumo Pontífice extrayendo la humanidad de su mensaje de los años vividos junto al arado, en el surco, en la cosecha; de la convivencia con sus compañeros de armas, hijos del pueblo en los cuarteles del «Lombardia»; nutriéndose del manantial inagotable del dolor humano, compartido en las trincheras con el sargento Roncalli; testificando en su peregrinaje sin pausa por hospitales, orfanatos, hospicios, cárceles, suburbios y barriadas donde las lágrimas tienen su mejor refugio, el Papa, dirigiéndose a todas las naciones de la tierra, cualesquiera que sean los regímenes que las gobiernan, dijo textualmente así: «La convivencia humana es y tiene que ser considerada sobre todo como una realidad espiritual; como comunicación de conocimientos en la luz de la verdad; como ejercicio de derechos y cumplimiento de obligaciones; como impulso y reclamo hacia el bien moral; como noble disfrute en común de la belleza en todas sus legítimas expresiones; como permanente disposición a comunicar los unos a los otros lo mejor de sí mismos; como anhelo de una mutua y siempre más rica asimilación de valores espirituales. Valores en los que se encuentran su perenne vivificación y su orientación de fondo las manifestaciones culturales, el mundo de la economía, las instituciones sociales, los movimientos y las teorías políticas, los ordenamientos jurídicos y todos los demás elementos exteriores en los que se articula y se expresa la convivencia en su incesante desenvolvimiento».

Colocada frente al hombre y sus derechos, la encíclica *Paz en la Tierra*, ajena a toda reticencia, respalda de manera categórica la sustancia misma de los grandes movimientos que los pueblos desarrollan en muchas latitudes en pro de

su liberación. Las acusaciones de disociadores, agentes del desorden, usufructuarios de la demagogia, en fin, de enemigos de la civilización cristiana, la familia y la sociedad con que se ha calificado y califica a los hombres y organizaciones que propugnamos un nuevo orden social, político y económico, han sido sepultadas por el Pontífice, al definir con claridad meridiana los derechos humanos.

Juan XXIII dice sobre el hombre y sus derechos estas palabras que literalmente reproduzco: «Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la atención médica, a los servicios sociales necesarios. De ahí el derecho a la seguridad en caso de enfermedad, de invalidez, de viudez, de vejez, de paro y de cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad».

Agrega: «Todo ser humano tiene el derecho natural al debido respeto a su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas, para cultivar cualquier arte y, finalmente, para tener una objetiva información de los sucesos públicos. También nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de la cultura, y, por tanto, el derecho a una instrucción fundamental y una formación técnico-profesional, de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia comunidad política. Y para esto se debe facilitar el acceso a los grados más altos de la instrucción, según la capacidad de cada uno, de tal manera que los hombres, en cuanto es posible, puedan ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conforme a sus aspiraciones y a las capacidades adquiridas».

El hijo de Maria Anna no podía olvidar a la mujer. Cuando sostiene que en la mujer «se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad» y asevera con pasión que «ella no puede ser considerada y tratada como un instrumento», está denunciando y proscribiendo los derechos infames que el dinero de los poderosos se ha atribuido, en el mundo capitalista, para explotar su miseria y convertirla a veces en mercadería de un placer fugaz.

Cuando exige para ella la paridad de derechos, así en el ámbito de la vida doméstica como en el de la acción pública, está proclamando por primera vez, desde el solio pontifical, que la misión de la mujer supera también las fronteras del hogar. Y no puedo olvidar aquí que, en el terreno de las cotidianas realidades,

ante los más modernos sistemas de productividad ideados por el poder financiero, que abre los desiertos de la cesantía a la mujer que, durante la vigencia de su contrato de trabajo, celebra matrimonio para ser esposa y madre, el Pontífice expresa su anatema a procedimientos tan repetidos como insólitos.

No deseo en esta oportunidad referirme a las palabras de la encíclica relativas a las relaciones entre católicos y no católicos en el campo económico, social y político.

No quiero subrayar tampoco el plano de igualdad en que el Pontífice coloca a los no creyentes que adhieren el régimen capitalista y a aquellos otros que, a la inversa, comparten la idea socialista. Igualdad de trato que, por desgracia, no se ve aún practicada por quienes profesan el cristianismo más en el ritual externo que en su sustancia. Lo dicho, sin considerar que, en el campo de las realizaciones, se advierte mayor cercanía y afinidad entre el pensamiento del Pontífice y el de quienes propugnan soluciones de avanzada.

Tampoco me detendré en la aprobación que da el Papa a la colaboración de los católicos con los no católicos, cuando se trata de iniciativas justas y beneficiosas para la comunidad. Podría ello ser interpretado como un aprovechamiento, en el orden inmediato, de la evocación del Vicario de Cristo.

Señores senadores, hay una palabra que, nacida en la entraña misma de la existencia humana, en lo más profundo de la célula, del átomo, respiran todas las bocas ansiosas de ella, expresan todas las manos que se levantan para ensalzarla y palpita en todos los corazones generosos: PAZ.

Y esa palabra —maldita para los que con ella trafican— estaba dormida en muchas conciencias.

Fue la vara mágica de un campesino, el toque vivificante de un Pastor el que logró despertar del letargo a esa inagotable fuente de amor que encierran las tres letras del vocablo bendito.

Porque, en el mundo convulsionado en que vivimos, no se puede hablar de paz cristiana o liberal, paz musulmana o comunista. Hay una sola paz, suprema e indivisible, en toda la familia humana. Juan XXIII supo interpretar esa armonía universal con el poderoso diapasón de su ejemplo de bondad.

Los ojos del mundo convergen en la plaza de San Pedro, la de los estrados solemnes, cuyas fuentes no están entonando el himno del agua, sino la melodía del llanto frente a las multitudes congregadas. Los ojos del mundo están contemplando el palacio de la cristiandad, que él tantas veces recorrió; el de la cúpula monumental; el de la Capilla Sixtina, con su «Juicio Final» y la

«Creación del Hombre»; el de «La Pietá», donde el canto gregoriano está grabado en cada centímetro. El genio de Miguel Ángel pareciera revivir para ofrendar todos sus tesoros al hombre que entregó a la Humanidad ese otro tesoro más valioso: la esperanza de paz.

Hoy día, cuando las campanas doblan a muerto, cuando en Occidente las multitudes gritan *peace* y las de Oriente claman *mir*, es más necesario que nunca tornar la mente hacia este Príncipe de la Paz.

Sé que el saludo de los musulmanes, los que tienen a Alá por Dios y a Mahoma por profeta, es *salam alikam*, que quiere decir «la paz reine en vosotros». Sé que Juan XXIII hizo vivo el milenarismo proverbio chino «La verdad está en todas partes y todos los pies conducen a ella».

Sé que en estos instantes los fieles de todas las religiones, los que peregrinaron con Mahoma, Confucio o Gandhi, los ateos y los idólatras, los que van en busca del Nirvana, todos, absolutamente todos, sufren la pérdida de un valor universal.

Juan XXIII fue la encarnación del amor entre los hombres.

Los peregrinos de la plaza de Roma han visto apagarse la luz en una de las ventanas del Vaticano.

Amó a todos y todo, menos el odio.

Angelo Roncalli ha muerto... Los negros, los blancos, los amarillos, la policromía multifacética de la Humanidad lo lloran.

Angelo Roncalli ha muerto. En el panorama que se extiende ante mis ojos veo su figura, su niñez, Sotto il Monte; veo su vida y oigo el diálogo eterno que mantuvo con los pobres, con quienes tienen hambre y sed de pan y de justicia.

El plano de mi formación ideológica, que reconoce y exalta los grandes del espíritu, no me impide advertir que el paso por esta tierra del *bambino*, del sargento Roncalli, del hijo de Giovanni y Maria Anna, del buen cura de los humildes, del Papa de *Pacem in Terris*, un trasunto del caminar por los senderos de Samaria, por las orillas del Tiberíades, de Jesús de Nazaret, del hijo de José y de María, del Maestro de Galilea, que, contemplado desde la perspectiva de la fe o de la de su excelsa personalidad humana, trajo hace dos mil años, en el Sermón de la Montaña, un mensaje de liberación para los que sufren y de paz y amor para todos los hombres de buena voluntad.

Honorable Senado:

He volcado nuestra emoción por la pérdida que toda Humanidad lamenta.

He de cumplir además, un deber histórico de chileno. Nuestro movimiento

popular, dentro de sus luchas, ha mantenido inalterable la posición sociológica fundamental que desde el solio de los Pontífices ha enunciado el Papa Juan XXIII.

Por ello, en esta solemne oportunidad, afirmo y proclamo que, cualesquiera que sean las vicisitudes que nos reserven las jornadas de lo porvenir, reiteraremos en la acción y ejecutaremos en los hechos los principios que Juan *el Bueno*, con grandeza insuperable, ha sabido magnificar.

## 21. CARTA A ORLANDO LETELIER



Santiago, julio 1°. de 1963.-

Señor don  
ORLANDO LETELIER .-  
WASHINGTON.-  
EE.UU. de A.

Muy estimado Orlando:

He vivido durante estas semanas últimas un período de intensa movilidad a través del país, de modo que no había alcanzado a tratar con algunos dirigentes - en la más absoluta de las intimidades por ahora- la cuestión de mi viaje.- De ahí mi silencio. Ahora, que ya veo claro, me apresuro a escribirle.

Debo, antes que nada, agradecerle la forma tan eficaz e inteligente en que Ud. ha actuado. En efecto, se trata de un asunto que tiene matices y para cuyo enfoque Ud. se ha revelado eximio.- Además, también le pido haga llegar a su señora mi reconocimiento por la hospitalidad que se ha servido ofrecerme.-

Estamos conformes en las ventajas de mi visita a EE.UU. y, por lo mismo, deseamos darle el verdadero carácter que ella tendrá: la expresión de una mano tendida hacia todos los sectores del mundo, sin polarizaciones prejuiciosas.- Es decir: cualquier gestión cuya ha de basarse en el hecho de que, en la misma gira de mi ida a ese país, visitaré - tal vez previamente- Brasil; Gran Bretaña - donde deseo establecer contacto con el líder laborista Wilson-; la Kau; Israel ( si logro superar la incompatibilidad de la simultaneidad de concurrir a ambas naciones), y la URSS. Además, quizá, si el tiempo me lo permite, me dé un salto hasta Australia.-

Por lo mismo, en mi respuesta a nuestros compañeros de Montly Review, también les insisto con claridad sobre este punto.-

Resulta obvio que para mi revista el más alto interés poder actuar en el ambiente universitario norteamericano, sometiéndome al programa de conferencias proyectado, en principio, por nuestros amigos.- La idea básica de que hable sobre las expectativas de una revolución pacífica me parece correcta y útil para nuestras finalidades. Además, buscaría otros temas que presentaran caracteres análogos, pero que mostraran algunas variaciones y matices. De este modo, no incurriría en una simple reiteración.- La fecha de la conferencia en New York, el 14 de Noviembre no me merece objeciones y adoptaré las medidas necesarias para regular mi tiempo.-

Respecto de mi contacto con el Departamento de Estado



deseo considerar la cuestión con parsimonia y creo que habrá que volver sobre la materia más adelante.- En todo caso, habrá que tener en cuenta que soy miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado y que, por lo mismo, si yo lo deseo, podría prescindir de esta condición, con lo cual la máquina oficialista de ambos países tendría que entrar en acción.- Le pido, pues, no avanzar mayormente, sin perjuicio de que Ud. me haga llegar sus sugerencias.-

He tomado debida nota de sus demás observaciones, que me parecen del todo atinadas y que revelan otras posibilidades, en cuanto a contactos, de mi viaje, y que, a la vez, abren favorables expectativas para romper la cortina de prejuicios con que se trata de neutralizar el poderío del movimiento popular.-

La campaña recientemente ha comenzado a adquirir forma. Sin perjuicio del papel decisivo que en el proceso que pretendemos desencadenar corresponderá a los partidos, estamos convencido de que se requiere cumplir en el país una masiva movilización.- Esto que, dicho así, parece obvio, plantea una serie de complicaciones, pues en el fondo se trata de hacer que las gentes no solo voten sino adquieran conciencia exacta de su responsabilidad de protagonistas de la vida nacional. Hay que plantear procedimientos para lograr lo que nos proponemos. Pero estos procedimientos deben ser nuevos del todo, pues nuestra meta: una revolución ineludible, pero pacífica, es también original, a tal punto que, según se asegura, carece de precedente histórico. Modestamente hemos echado sobre nuestros hombros una misión sencilla: derogar la historia y abrir una válvula desconocida... Nuestros adversarios siguen su línea. La DC. cristiana habla un lenguaje próximo al nuestro, pero nos separan hechos concretos: su carencia de definición frente al imperialismo y - también- la circunstancia de que, al parecer, la sentencia bíblica se está dando al revés. Dios dispone un programa; pero la clientela que la DC. está agrupando bajo su alero, el derechismo mimetizado, llevará a estas gentes a otro campo, aun que sus directivas se encuentren inspiradas de fines diversos. La porfía de los hechos será lo que tiene que ser y no lo que algunos quisieran.- El Frente democrático ha tomado el toro por las astas y se ha lanzado a la provocación primaria, cavernícola y gabrielifera. Es decir: no hemos sido nosotros los factores determinantes de un clima que, a mi juicio, resultará engorroso - por no decir imposible- evitar.-

Para dar a la campaña y al futuro gobierno un sentido de eficacia, se ha creado "OCEPLAN" (Oficina Central de Planificación), que encarará todo a partir de una planificación técnica y moderna. Esperamos que hemos allegado, así, un factor que subraya la seriedad de nuestras actitudes y que brindará oportunidades a las gentes que han acumulado experiencias útiles en labores importantes, para que traigan a nuestro medio sus luces.- Oceplan no



-3-

implicará, por motivo alguno, suprimir el sentido genuinamente popular y masivo de nuestro movimiento. Los técnicos requieren de la herramienta - a mi modo de ver insustituible- que implica una nación en marcha creadora.- Espero lograremos conjugar ambos aspectos, ya que esta armonización no coloca en clara ventaja frente a todos los grupos en pugna. Nadie dispone del pueblo, como base lógica de sustentación, en las mismas proporciones que nosotros. Por lo tanto, acentuando las proyecciones de este factor tan único como poderoso nada podrá constituir obstáculo para que, al fin, Chile rompa su frustración.-

Ya que Ud. ha asumido generosamente el papel de "manager" mio en las gestiones de mi visita, le ruego siga preocupado de ella, procurando informarme en detalle, a fin de ir concretando todos los elementos y cerrando el círculo.-

Acepte las seguridades de mi mayor afecto,

Salvador  
P.D. Para Fredel (H. ?)  
En mano mis afectos.  
L.F.L.

Procedencia: Archivo Nacional de Chile. Fondo Orlando Letelier del Solar.

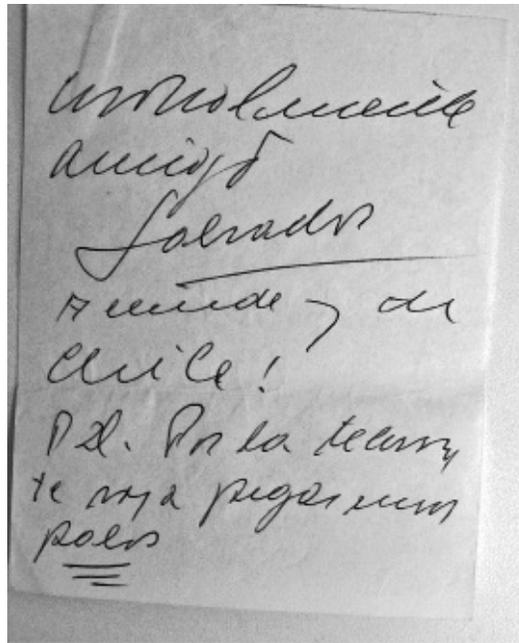
22. NOTA MANUSCRITA DIRIGIDA A EDUARDO FREI EN JULIO DE 1964

fiducias.  
proias por ser  
poco paciori  
Si que es ex  
pucior legit  
ma, sincer  
de tu accion.  
por tan bien

que te voy  
a ganar.  
cuando es  
tan en la hon  
rada feccion  
& tu ostolas en  
pued. claro que  
lo respis de  
ran mas a tu que

a mi, se dijo  
a los jueces  
fundamental-  
mente, que  
te parecieran,  
) que desisto  
de mejoras  
mejor, porque

que me queda  
pelear con  
la madre.  
Tendría que  
dejar la defen-  
siva -  
Jueces cari-  
ñosos a mamá  
1 en un



Un momento  
amigo  
Salvador  
Allende y de  
Chile!  
P.D. Por la televisión  
te voy a pegar unos  
palos

Procedencia: Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva.

## TRANSCRIPCIÓN

«Eduardo:

Gracias por tu preocupación. Sé que es expresión legítima y sincera de tu amistad. Estoy tan bien que te voy a ganar. Cuando estuve en la Universidad Técnica y tú estabas enfermo, claro que los resfríos te duran más a ti que a mí, le dije a los jóvenes demócratacristianos que te saludaran y que deseaba te mejoraras luego, porque no me gusta pelear con la sombra. Tencha agradece tu deferencia.

Saludos cariñosos a Maruja y los tuyos, cordialmente amigo,

Salvador

(Allende y de Chile)

P.D.: Por la televisión te voy a pegar unos palos».

23. «A VOTAR POR EL FUTURO DE CHILE»

Salvador Allende

*El Siglo*, 30 de agosto de 1964

El grado de madurez que el proceso popular ha alcanzado en Chile se aprecia

de modo muy concreto con esta edición de *El Siglo*. La prensa obrera es una expresión de los esfuerzos que los trabajadores libran por alcanzar en la vida nacional las proyecciones a que tienen derecho. *El Siglo*, al llegar a la mayoría de edad como diario —justamente a cinco días de la elección presidencial—, revela que su ardua trayectoria no ha sido en vano: por primera vez en la historia de nuestra Patria se dan las condiciones requeridas para que, al fin, se elija un Gobierno que represente de modo genuino los anhelos de las mayorías nacionales hasta ahora al margen de las ventajas de ser chileno.

El movimiento popular, que me ha asignado la suprema responsabilidad cívica de hacerme su candidato a la Primera Magistratura, ofrece características muy reales, derivadas de nuestra estructura social, de nuestras tradiciones ciudadanas y de la idiosincrasia de nuestras gentes.

Nadie desconoce que nuestra Patria es hoy un país en que se comprueban todos los elementos que, en conjunto, configuran el subdesarrollo. En una época en que los progresos científicos y técnicos aseguran en forma inigualada el aprovechamiento de la naturaleza y sus dones resulta fuera de lógica que haya regiones de la Tierra en que perduren, por un lado, graves riesgos sociales, concretos y cotidianos para la generación presente, y, por otro, la carencia de expectativas auspiciosas para las generaciones que vendrán.

En Chile, la inmensa mayoría de los habitantes no se encuentra al margen del oprobio de la cesantía, abierta o disfrazada por las remuneraciones insuficientes; la desnutrición es hecho generalizado, comprometiendo hasta el destino biológico de la raza; la vivienda es inadecuada y numéricamente inferior a las necesidades; la enfermedad podría disminuir considerablemente, ya que la salud no ha de depender del dinero del que se disponga, sino que es el más elemental de los derechos del hombre; la alta cuota de mortalidad es susceptible de disminuir en mucho, evitando que miles y miles de criaturas y niños mueran de males curables; el analfabetismo, que condena a la ceguera intelectual a tal vez cuarenta de cada cien compatriotas, no tiene justificación alguna; la falta de acceso al perfeccionamiento cultural, técnico o artístico —que frustra a inmensa cantidad de nuestra juventud— es del todo superable; y no puede imponerse la melancolía y la tristeza a las masas, al no brindarles las expectativas de un esparcimiento físico e intelectual que las compense del trabajo constante.

Si hoy nuestro cuadro nacional es sombrío, nada hace que pueda mirárselo como más promisorio para el porvenir si perdura el mismo régimen oligárquico que hasta hoy predominó para beneficio de un grupo exiguo de privilegiados y

para angustia, miseria y enfermedad para los demás. De continuar las cosas como están, mañana se vivirá peor que hoy: nuestra población crece todos los años en un 2,5% acumulativo y la riqueza de que se dispone solo se incrementa en alrededor de 1%. Día que pasa, retroceden los niveles de vida de la comunidad.

El pueblo chileno, a través del movimiento popular, demuestra su decisión de superar el fracaso y de asir a dos manos la tarea de hacer de nuestra Patria lo que debe ser: madre generosa para todos y no solo para muy escasos.

El movimiento popular, que abarca una amplia gama de partidos, marxistas y no marxistas, y cada día a más vastos sectores independientes, es algo más que un proceso político: es un extraordinario movimiento social. Implica, en síntesis, elegir un Gobierno que establezca un régimen que cumpla una decisiva transformación de las estructuras políticas, económicas y culturales y las cuales, según lo certifica el drama que cada ciudadano vive, se han tornado tan injustas como ineficaces.

Los observadores extranjeros que ahora están llegando a presenciar la próxima elección nos han hecho notar una circunstancia que pone de realce la magnitud, mérito y magníficas expectativas que imponen inconfundible sello histórico a la labor que el movimiento popular ha llevado a cabo: en Chile —ni aun las fuerzas más retardatarias en el sentido económico y político— se atreven a defender lo que existe como sistema social. Cual más cual menos, todo el lenguaje proselitista se inspira en conceptos «revolucionarios». Es dable afirmar que la acción que hemos desplegado ha abierto los ojos a los más y ha cubierto de vergüenza a quienes, sin atreverse a confesar su nombre, se cobijan en caretas reformistas falsas. Hemos demolido, sin violencia y solo exhibiendo la verdad, a los grupos clásicos de la reacción que hoy, con la premura del naufragio, buscan ansiosamente la clandestinidad de nuevas fisonomías.

La elección presidencial, por consiguiente, es una alternativa absoluta entre la derecha en retirada, siempre derecha bajo nuevo rostro, y nosotros. Jamás nadie podrá racionalmente negar un hecho: los sectores que han prosperado al amparo de un régimen no pueden hallarse exentos de ligazones y de compromisos y, por tanto, no son sinónimos de cambios ni de reformas serias y menos de revolución, sea o no en libertad.

Nosotros haremos un Gobierno para el 90% de los chilenos. Democratizaremos al país, haciendo que cada chileno, no solo en el acto de votar sino día a día, participe en la conducción del destino nacional. Gobernaremos

para que nuestras gentes no experimenten el dolor actual y para que no vivan bajo la zozobra de la incertidumbre por el porvenir.

Chile es un país con vocación de libertad. Sabemos que nuestro papel es liberar efectivamente al hombre común de las grandes trabas económicas y espirituales que lo alienan. Un pueblo hecho Gobierno está en condiciones de alcanzar estas metas. No se derogarán nuestros derechos individuales, sino que abriremos la ancha ruta de los derechos sociales. Respetaremos nuestra juridicidad y todo cuanto emprendamos y alcancemos será a través de ella. No implantaremos un régimen socialista, sino que forjaremos el camino para un incesante progreso. Democratizar Chile; superar nuestros resabios feudales; derogar los monopolios que impiden las iniciativas de trabajo creador y recuperar nuestras riquezas básicas en manos de extranjeros que nos privan de recursos financieros que nos son esenciales son un programa que ningún hombre honesto puede rechazar.

La agresión publicitaria monstruosa de que se nos hace objeto, desde adentro y aun desde el extranjero, no puede amilanar a los chilenos: por el contrario, todo pueblo digno —como siempre lo fuimos— reacciona con tanta energía como tranquilidad responsable ante estos impactos. El voto —que iguala a todos— es la gran arma de que dispone el pueblo. Insto a mis compatriotas a que el 4 de septiembre voten bien y con afán de historia.

#### 24. CARTA AL EX PRESIDENTE BRASILEÑO JOÃO GOULART



Santiago, agosto 25 de 1965.-

SEÑOR DON  
JOAO GOULART.-  
MONTEVIDEO.-

Mi distinguido Presidente y compañero:

Aprovecho el cordial intermedio de Tiago de Melo para transmitirle, una vez más, los sentimientos de mi más absoluta solidaridad con la causa de liberación del pueblo brasileño que Ud. encarna en esta hora tan dura para la inmensa mayoría de sus compatriotas. Desearía encontrar algunas expresiones capaces de contribuir a que su tarea personal reciba nuevos estímulos y sea enriquecida. Pero, me limitaré a afirmarle que aquí en Chile seguimos con angustiada sensibilidad las alternativas que se cumplen en su tierra.

Esta fuera de sitio que entre yo en un análisis de los acontecimientos. Basta con apreciar las cosas con mirada clara y sin prejuicios ni sectarismos. Día que transcurre adquiere más consistencia en nuestros espíritus el convencimiento de que los hechos acaecidos en Brasil han permitido poner en evidencia muy precisa, cuales son los factores que frustran el desarrollo latinoamericano. Por lo mismo, la tremenda experiencia de Uds. nos evitará a los demás países fracasos seguros y también evitará, en fíltimo término, no escaso dolor a nuestras gentes. Esta noción del propio sacrificio para bien y homenaje de los más constituye, para los espíritus fuertes y para las almas generosas, factor reconfortante. Le encarezco, querido compañero, aliente Ud. la certidumbre de que cada chileno - de que cada hijo del pueblo nuestro no edgado por la ignorancia y la miseria y no confundido por la mixtificación y la mentira publicitaria masiva- sabe que en Brasil se cumple un proceso que forma parte de su propio proceso y de su propia carne.

Tiago de Melo está, seguramente, en condiciones de dar a Ud. una visión correcta y desapasionada sobre Chile y su nuevo régimen y que se me figura no resultará alentadora. Las contradicciones, a mi juicio, se han dejado sentir con mucha más rapidez de la esperada, aun por los espíritus más optimistas y por lo mismo, la revolución en libertad marcha hacia una etapa de imprevisibles consecuencias y en la que, hasta hoy, el único rasgo saliente y comprobable es la acentuación imperialista por los convenios del cobre y cuya aprobación legislativa nos esforzamos en impedir, dentro de las características del sistema que, hasta hoy, impone su signo en la vida cívica nacional.- Diríase que, por desgracia o por fortuna, hay un momento en que la vorágine publicitaria y las revoluciones terminológicas tienen que encarnar los hechos. Y, entonces, surge nitida la verdad, certificando que las cosas son como son y no como la mentira quisiera que fuesen.

La partida de Tiago de Melo es, para sus amigos, una pérdida que imaginamos transitoria solamente. Pero, en todo caso, el pueblo brasileño ha tenido en Chile alguien que ha mostrado en forma muy positiva todas sus características intelectuales y artísticas y, además, a alguien incansable difusor de la realidad de su lucha de hoy. Espero que este alejamiento se



compense por los frutos de lastareas que ahora Tiago encarará para beneficio de su patria y del proceso popular de America Latina.■

Le reitero, pues, los sentimientos de mi mejor afecto y el vivo deseo que alentamos de ser utiles a la causa de su Patria.■

Reciba un fraternal abrazo de su amigo y compañero

*Salvador Allende G.*  
Salvador Allende G.

Procedencia: Archivo Nacional de Brasil (Brasilia). Cedida por João Vicente Goulart, hijo del Presidente.

## 25. CARTA A LOS SOBRINOS DE VÍCTOR PEY



Santiago 6. Octubre. 65

Americo Loreau, Raul (y con su  
suada y querida pequeña Diana).

Hace dos  
meses o más el tío Victor me dijo que tenía  
una carta que todos me habían escrito,  
que me permitiera mandársela... he usado  
oportunidades de salir pero hasta ahora  
el tío Victor me <sup>la</sup> entregó.

Querido de especial, lo siento ante  
todo - y es difícil sin poder contestarles  
lo que todos me decían. Además así fue que  
quise demostrarles mi agradecimiento que  
se hayan acordado de mí y pedidos que  
escritas de sus peticiones que  
la carta al tío Victor.

Están muy preocupados por  
la enfermedad de mamá Virginia y  
que ojalá cumpla de que ella y Diana  
estén completamente bien. Pienso que todos



estarian omni tontos y que acompañara a papa Paul.

Alora, tienen Uds. Roman y Paul una buena tarea, prepárense de la misma forma e ir mirando día a día como se va comiendo en su persona que tendría como lo tienen Uds. oleas, mantos, dolores y gras. Como leucocitos que se quedan de los agujeros a Virginia a ecidias a Diana.

En el momento que llegara a la playa, cuando Uds. sepan cuando debe ser necesario, Uds. se sientan pero ella se tendría al crear el cuerpo comido que tienen Uds.

En pocos días más nos que están en Airo. Necesito de mañana y tomar por. Pa así a verlo para que nosotros - Tenga un día sero de comer a Diana.

Se tendrá un día más al Hospital de Airo que hija Piedad. Enclayada de un modo que protuber. Airoe comido al ter si Uds y sus



una buena amiga de Vds. Es buena  
madre y sabe manejar - les podrá enseñar  
Anuncios Roxane y Raúl, que ha contactado con  
los amigos de esta carta. Fungo como modelo de  
Vos. y me he esforzado para que todos puedan  
leerla.

Le pido a todos mis carísimos amigos  
a Roxane y Raúl - Díganles que con  
la enfermedad de sus papás - Así como  
ellos pronto. A papá Raúl que a los niños  
"divinos o grandes" no se les olviden y por  
lo tanto ya está listo el material (pequeña  
pequeña buena vida)

Roxane y Raúl: mis cariños para Vds,  
mis grandes amigos y un fuerte beso  
para Diana. -

Sobrados  
(Su Chichit)

Cedida por Víctor Pey.

## TRANSCRIPCIÓN

Santiago 6 octubre 65

Queridos Roxane y Raúl (y mi estimada y querida pequeña Diana):

Hace dos meses o más el tío Víctor me dijo que tenía una carta que ustedes me habían escrito y que me prometió mandármela. En varias oportunidades le reclamé pero hasta ahora el tío Víctor no me la entrega.

Cansado de esperar, (ilegible) ante ustedes y les escribo sin poder contestarles lo que ustedes me decían. Además, no he querido demorarme más

en agradecerles que se hayan acordado de mí y pedirles me escriban de nuevo, pero sin entregarle la carta al tío Víctor.

Estuve muy preocupado por la enfermedad de mamá Verónica y me alegro mucho de que ella y Daniela estén completamente bien. Pienso que ustedes estarían muy tristes y que acompañaron a papá Raúl.

Ahora tienen Uds., Roxane y Raúl, una buena tarea, preocuparse de la niña Diana e ir mirando día a día cómo se irá convirtiendo en una personita que tendrá como lo tuvieron ustedes: alegría, llanto, dolores y goces. Como hermanitos más grandes deben ayudar a Verónica a cuidar a Diana.

En el verano tienen que llevarla a la playa y cuando Uds. sepan nadar deberán enseñarle. Uds. se reirán pero ella le tendrá al mar el mismo miedo que tuvieron ustedes.

En pocos días más creo que estaré en Arica. Necesito descansar y tomar sol. Pasaré a verlos para que hablemos. Tengo muchos deseos de conocer a Diana.

En enero iré dos meses al hospital de Arica mi hija Beatriz. Trabajaré haciendo su práctica. Quiere mucho al tío Víctor y será una buena amiga de ustedes. Es buena nadadora y sabe navegar. Les podrá enseñar.

Queridos Roxane y Raúl: me ha costado mucho escribirles esta carta. Tengo muy mala letra y me he esforzado para que Uds. puedan leerla.

Les pido saluden muy cariñosamente a Verónica y Raúl. Díganles que (ilegible) la enfermedad de su mamá. Que espero verlos pronto. A papá Raúl que a los niños «chicos o grandes» no se les regaña y por lo tanto ya estará listo el katamarán (pequeña broma seria).

Roxana y Raúl: mi cariño para Uds., mis grandes amigos, y un largo beso para Diana.

Salvador  
(Tío Chicho)

*Agradezco a Coral Pey su amable ayuda para «descifrar» la letra de Salvador Allende.*

26. CARTA A BENJAMÍN PRADO, PRESIDENTE DEL PDC

Santiago, 29 de septiembre de 1970

Señor  
Senador Benjamín Prado  
Presidente del Partido Demócrata Cristiano  
Presente

Estimado presidente y amigo:

El Partido Demócrata Cristiano me hizo llegar, por su intermedio y de miembros del Consejo Nacional, un documento —posteriormente dado a conocer al país— que expone la posición de esa colectividad ante la reciente elección presidencial y el próximo Congreso Pleno.

Valorizo en alto grado el procedimiento de discutir de nuestros puntos de vista de un modo público, porque esto significa un diálogo democrático que, por estar inspirado en nuestra común preocupación por el futuro de Chile, debemos hacer siempre cara al pueblo.

Desearía que, durante mi mandato, el diálogo entre el Gobierno y la oposición pudiera hacerse siempre con la franqueza y la claridad de hoy.

La reiteración que la Democracia Cristiana hace en el documento que usted me entregó de su disposición moral de reconocer la primera mayoría que obtuve el 4 de septiembre es, a mi parecer, una actitud plenamente concordante con la conducta ejemplar que ante el país mostró su candidato presidencial, señor Radomiro Tomic, desde la noche misma de la elección.

Me parece igualmente importante el significado que su partido otorga al resultado electoral, cuando señala que «es una interpretación de los profundos anhelos de cambio social» que existe en el país. A esto debe agregarse la expresión de que su partido quiere «contribuir a crear las condiciones que aseguren un cauce democrático y libre al proceso de cambios económicos-sociales que Chile debe continuar».

Es significativa la reafirmación que la Democracia Cristiana hace de los postulados que sustentó durante la campaña, al manifestar «su determinación de avanzar a la completa sustitución del capitalismo en nuestro país». Este concepto muestra una coincidencia central con el pensamiento básico de las fuerzas sociales y políticas de la Unidad Popular que, a través de mi candidatura, señala con su voluntad de iniciar en Chile la construcción de una nueva sociedad.

Por lo mismo, pienso que mi futuro Gobierno puede contar, tal como ustedes lo anuncian en su documento, con el apoyo de la Democracia Cristiana para

todas las medidas que contribuyan al bienestar del pueblo, sin que esto implique ni identidad ni total coincidencia en los planteamientos de fondo. Ni en las estrategias definidas ante el país.

Señalados estos hechos, que se deducen claramente de lo expresado por ustedes, quiero reconocer el legítimo derecho que asiste a la Democracia Cristiana para plantear ante el país sus puntos de vista sobre el futuro Gobierno.

Daré, con franqueza igual a la de ustedes, una respuesta a los planteamientos que me han formulado. Lo hago por un deber de conciencia y apreciando las responsabilidades que pasan sobre quien tendrá la obligación de conducir los futuros destinos de Chile por voluntad del pueblo, que —no dudo— ratificará el Congreso Pleno.

Estoy plenamente consciente de mi deber, frente a todos los sectores políticos y sociales del país, de exponer mi pensamiento y mis propósitos ante cualquier requerimiento legítimo que se me haga.

Concuerdo con ustedes en la necesidad de garantizar la plena subsistencia de un régimen de convivencia democrática y de libertades públicas. El país entero conoce la posición que invariablemente he mantenido en defensa de los principios democráticos y cómo cada acto de mi vida política ha sido de total consecuencia entre lo que pienso, lo que digo y lo que hago. Creo, por lo tanto, tener derecho a esperar que mi permanente actitud democrática garantiza por sí lo que será la futura conducta de mi Gobierno. Puedo afirmar que igual disposición existe de parte de la Unidad Popular y de cada uno de los partidos y movimientos que la constituyen, lo que se expresa tanto en los acuerdos programáticos manifestados ante el país, como en los propósitos que animarán el futuro Gobierno y las fuerzas políticas y sociales que lo integrarán.

Además de lo anterior, considero que el definitivo y básico aval democrático en Chile ha sido y es el pueblo, expresado en sus trabajadores, sus estudiantes, sus soldados, sus maestros, sus profesionales, los que viven de su propio esfuerzo, hombres, mujeres y jóvenes que han luchado por generaciones y siguen luchando por mantener y consolidar nuestras libertades. Ha sido el pueblo chileno quien ha conquistado los derechos públicos de que gozamos, quien se ha movilizado en defensa de la autonomía universitaria, quien ha obtenido las garantías sindicales, quien ha combatido por la libertad de pensamiento, de opinión y de prensa.

Este mismo pueblo es el que se expresó el 4 de septiembre dando la mayoría a un conglomerado popular y unitario, generado por la concurrencia de varios

partidos y movimientos —cabal evidencia de pluralismo democrático—, y que fue capaz de entregar a la opinión pública un programa de gobierno que nos proponemos llevar adelante en un régimen que ampliará las libertades públicas, que se encauzará en el orden jurídico, que garantizará el ejercicio de la oposición y que respetará todas las condiciones que caracterizan nuestra fisonomía nacional.

Este pueblo ha tomado la victoria con un ánimo de profunda responsabilidad y ejemplar disciplina, desmintiendo con su conducta reflexiva, serena y alerta todas las especulaciones en el sentido de que su triunfo desencadenaría en el país un clima de caos, desorden y acciones antisociales. Toda la opinión pública ha sido testigo de esta conducta patriótica y moral intachable del pueblo, en notorio contraste con la de un pequeño grupo que recurre al terrorismo —tal como se lo expresé a Uds. oportunamente—, que ha tratado de minar nuestra economía, sembrar el pánico financiero y la intranquilidad, con fines que nadie puede considerar beneficiosos para el país.

En la hora de la victoria, el pueblo ha demostrado su grandeza; la ha recibido sin asomo de soberbia, sabiendo que asume una responsabilidad histórica de la cual debe mostrarse digno. Ella no puede ser empañada por ningún espíritu de desquite ni de prepotencia.

Fiel a esta limpia disposición de ánimo, ninguna medida del Gobierno Popular estará alentada por un propósito revanchista o persecutorio, ni en la aplicación de su política general, ni en el terreno administrativo, en el que — como siempre lo hemos exigido de todos los regímenes— se respetará la carrera funcionaria.

Será ese mismo pueblo el que, ejerciendo en forma directa y efectiva sus legítimos derechos, se incorporará a la gran tarea nacional que nos espera.

Será este pueblo el que juzgará soberana, libre y democráticamente a mi Gobierno y que, al final de mi período constitucional, emitirá una vez más su veredicto inapelable. El futuro del país y la orientación de los gobiernos posteriores dependerán de la opinión de ese pueblo acerca de la conducta de cada partido ante los postulados de democracia, libertad y justicia y ante las aspiraciones mayoritarias de la ciudadanía.

Nuestro programa expresa textualmente que «el Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo». Y agrega que «la libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y

los derechos de sindicalización y organización regirán efectivamente sin las cortapisas con que las limitan actualmente las clases dominantes».

El pluralismo político e ideológico es consustancial con el carácter mismo de la Unidad Popular y con nuestro reiterado propósito de que se haga efectivo en todos los ámbitos de la vida nacional, sean estos institucionales, sindicales, comunitarios, educacionales, culturales, informativos o de cualquier otro tipo.

El programa de la Unidad Popular expresa que el sufragio universal, secreto y directo generará libremente todos los organismos de representación popular.

El mismo programa garantiza los derechos de la oposición. Forma concreta de esta garantía es la libre existencia de los partidos políticos, su participación directa en todos los procesos electorales, su derecho a contar con medios propios inviolables para su funcionamiento y difusión y la oportunidad de acceso a los medios de comunicación que permitirán —dentro del amplio espíritu de mi Gobierno— la expresión de todas las corrientes ideológicas.

Por lo demás, personeros de la Unidad Popular tomaron hace ya tiempo la iniciativa parlamentaria para estatuir constitucionalmente los derechos de los partidos políticos.

La libre divulgación de las ideas, a través de todos los medios de difusión —libros, prensa, radio, televisión, etc.— ha sido un principio que hemos defendido en forma invariable, como continuaremos haciéndolo. En este campo hemos evidenciado concretamente nuestra posición al tratarse, por ejemplo, el régimen de la Televisión Nacional, propugnando la consagración de las disposiciones que cautelen su rol democrático y no excluyente.

Siempre hemos sostenido una real y verdadera libertad de prensa, en conformidad al derecho del pueblo a estar informado amplia, veraz y oportunamente; hemos señalado las actuales restricciones y hemos combatido todo intento liberticida en esta materia. Hemos defendido, igualmente, los derechos de los periodistas y su dignidad profesional. Pero no creemos que la cooperativización de los medios informativos —que pudiere ser procedente en algunos casos específicos, según las reivindicaciones de los trabajadores de la prensa y sus relaciones con las respectivas empresas— deba ser necesariamente la solución generalizada.

Hemos sostenido que todas las transformaciones políticas, económicas y sociales se harán a partir del orden jurídico actual y con respeto a un Estado de Derecho.

Las organizaciones sociales, sean estas sindicatos, juntas de vecinos, centros

de madres o cualesquiera otras, funcionarán libres, democrática y autónomamente, sin desmedro de las funciones propias y exclusivas de los tres poderes del Estado. Nuestro programa contempla, por lo demás, disposiciones encaminadas a garantizar la independencia de estos poderes.

He señalado insistentemente la limpia tradición patriótica, democrática y profesional de nuestras Fuerzas Armadas y he planteado mi propósito de cumplir con la obligación nacional de facilitarles su perfeccionamiento técnico y respetar su función específica, para hacer cada vez más eficaz su misión de cautelar la soberanía y la integridad territorial del país.

Creo que un concepto más moderno de la seguridad nacional y de las necesidades de Chile hace aconsejables la integración y el aporte de las Fuerzas Armadas en algunos aspectos básicos de nuestro desarrollo, sin que ello involucre desvirtuar su función profesional, ni distraerlas de su papel esencial en defensa de la soberanía.

El reconocimiento del rol estrictamente profesional y de la función exclusiva que corresponde desempeñar a las Fuerzas Armadas y a las Fuerzas de Orden es un concepto que repetidas veces se ha expresado.

Pero ninguna consideración política me llevará a permitir que se pongan en debate público en este momento las funciones de nuestras Fuerzas Armadas y aspectos internos de su organización. Ello constituiría una falta de respeto a mí mismo y a las tradiciones que representan nuestros institutos armados.

Debo expresar, al respecto, que soy intransigente defensor de las prerrogativas del Jefe del Estado. Afirmo que, como Primer Mandatario, ni siquiera la Unidad Popular tendrá derecho a intervenir en la designación de los Altos Mandos, porque esto es una atribución privativa del Presidente de la República, y seré celoso cautelador de mis atribuciones constitucionales.

Nunca nadie ha cuestionado la calidad de Generalísimo de las Fuerzas Armadas que por mandato constitucional asume el Presidente de la República. Esa condición, consustancial a nuestro régimen jurídico, no admite intermediario en las relaciones entre los Altos Mandos y el Jefe del Estado.

En innumerables discursos, entrevistas e intervenciones frente a educadores, estudiantes, artistas e intelectuales he planteado con absoluta claridad nuestros puntos de vista acerca de la cultura y la educación.

Si hay un ámbito de la vida nacional donde la plena vigencia del pluralismo debe manifestarse más concretamente, este es el de la educación y cultura. En el área educacional este principio debe imperar en la estructura, sistemas de

admisión, planes de estudio y confección de textos relativos a la enseñanza fiscal y particular.

La necesidad de hacer efectiva la preocupación preferente del Estado por la educación nos lleva a concebir una enseñanza fiscal más amplia, más moderna, más concordante con la realidad y las necesidades del país.

No dudamos de que toda la educación, libre y voluntariamente, ha de adscribirse al cultivo de ciertos valores comunes inalienables, como los del amor a la patria y a la humanidad, a la libertad, al pueblo y por tanto, a una auténtica democracia. Por cierto, se empeñará asimismo en el desarrollo de las más diversas manifestaciones de la cultura nacional, que concebimos abierta a todos los aportes del saber universal, a los avances de la revolución científico-técnica contemporánea y dispuesta a difundir al máximo el conocimiento, el arte y la literatura, las conquistas de lo mejor del espíritu humano, a fin de hacerlos accesibles a nuestra juventud, a las capas más anchas del pueblo, de la sociedad chilena.

El pluralismo ideológico y el respeto a todas las creencias religiosas forman parte de nuestras mejores tradiciones, están incorporados a nuestra convivencia como resultado del esfuerzo y de la lucha del pueblo y son de la esencia de nuestra idiosincrasia. Toda orientación encaminada a desarrollar una cultura y una educación auténticamente nacionales debe contemplar, por lo tanto, la plena consagración de estos valores.

Los integrantes de la Unidad Popular, y yo personalmente, hemos sido permanentes defensores de la autonomía universitaria, expresada tanto en lo académico y lo administrativo como en lo financiero. Siempre hemos sostenido que las comunidades universitarias, en el ejercicio de sus prerrogativas autónomas, deben cautelar que ninguna contingencia las aparte de su deber de dar cabida a todas las tendencias y expresiones ideológicas. Tuve oportunidad de exponer todas estas ideas en el diálogo cordial y positivo que sostuve recientemente con los miembros del Consejo de Rectores de Universidades, reunidos en Concepción.

Me he referido, en las líneas precedentes, a los diversos aspectos tratados en el documento de la Democracia Cristiana que ustedes me entregaron, sin adecuar en forma alguna, ni en el fondo ni en la forma, las posiciones que sustentamos a consideraciones de conveniencia política inmediata. Al dar a conocer estos pensamientos, solo he ratificado lo que en tantas oportunidades expresara en nombre de la Unidad Popular.

Creo, sin embargo, que todo lo anterior sería insuficiente, si no lo integrara en la esencia de la tarea que emprenderá mi gobierno.

Para nosotros, no basta la consagración formal en los textos constitucionales o legales de los principios democráticos y libertarios. Interesa por sobre de todo que el pueblo, que todos y cada uno de los chilenos, tenga acceso directo al ejercicio real de estos derechos. Y para lograrlo es necesario realizar un proceso de transformaciones profundas de las estructuras políticas, económicas y sociales, que es el verdadero sentido de una revolución. Pero los conductores y responsables de este movimiento renovador debemos salvaguardar siempre el contenido genuinamente democrático del quehacer revolucionario.

La Unidad Popular, como conglomerado que agrupa a cristianos, laicos y marxistas, el programa que hará efectivo y los principios que alientan su acción y sus procedimientos son un auténtico reflejo del espíritu nacional. Estos conceptos están presentes en las líneas que hemos definido tanto respecto de nuestra política económica y social.

Como lo señala claramente nuestro programa, que se difundió a través de todo Chile a fin de que cada uno de los que estaba con nosotros o contra nosotros supiera a qué atenerse, el Gobierno Popular se planteó una doble tarea.

Por una parte, preservar y hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores.

Por otra, transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado, con un nuevo sistema económico, donde el pueblo tenga el real ejercicio del poder.

La Reforma Constitucional que impulsará mi Gobierno para llevar a la práctica la transformación de nuestras instituciones, de acuerdo a los planteamientos programáticos expuestos, contendrá la consagración en la Carta Fundamental de los derechos esenciales cuya total vigencia he reafirmado.

En muchas de estas ideas hay coincidencia con lo que su partido y su candidato presidencial, señor Radomiro Tomic, plantearon al país durante la reciente campaña. Tanta, que la propaganda derechista intencionadamente presentaba a ambas postulaciones como similares en su significado político con el fin de obtener ventajas para su propio candidato.

Pero lo cierto es que el resultado de las elecciones, en que yo obtuve la primera mayoría y el candidato de la Democracia Cristiana un número muy significativo de votos, demuestra que un alto porcentaje de los chilenos concuerda con la necesidad de avanzar en el proceso de sustitución del sistema

capitalista que impera en nuestro país.

Examinando el programa de la Democracia Cristiana, es posible observar, entre otras materias, claras coincidencias respecto al nuestro en lo relativo a reforma constitucional, organización de un nuevo sistema económico y recuperación de los recursos básicos para Chile.

Todo ello nos permite concluir la posibilidad de que nuestros esfuerzos se completen cuando el Gobierno Popular asuma la responsabilidad ejecutiva y concrete la reforma constitucional basada en los principios anteriormente destacados. Tal esfuerzo puede realizarse en el marco de la independencia que legítimamente sustenta su partido frente a lo que yo represento.

Al dar respuesta al documento de la Democracia Cristiana, soy consecuente con la conducta pública que he mantenido toda una vida y con la dignidad que corresponde a quien tendrá el honor de ocupar el cargo de Presidente de la República.

Deseo dejar constancia de la dimensión ética que significó para mí la inmediata actitud de Radomiro Tomic en la misma noche del 4 de septiembre. Por eso, recordando el momento en que hablé desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile, mientras jóvenes demócratacristianos y jóvenes de la Unidad Popular se confundían en las calles con generosa esperanza, deseo poner énfasis en que comparto las palabras de Tomic: «Ni un paso atrás; cien adelante».

Finalmente, expreso que he puesto este documento en conocimiento de todos los jefes de partidos y movimientos integrantes de la Unidad Popular, quienes lo han ratificado de forma unánime.

Me complazco en reiterar la significación moral que tiene este intercambio público de opiniones.

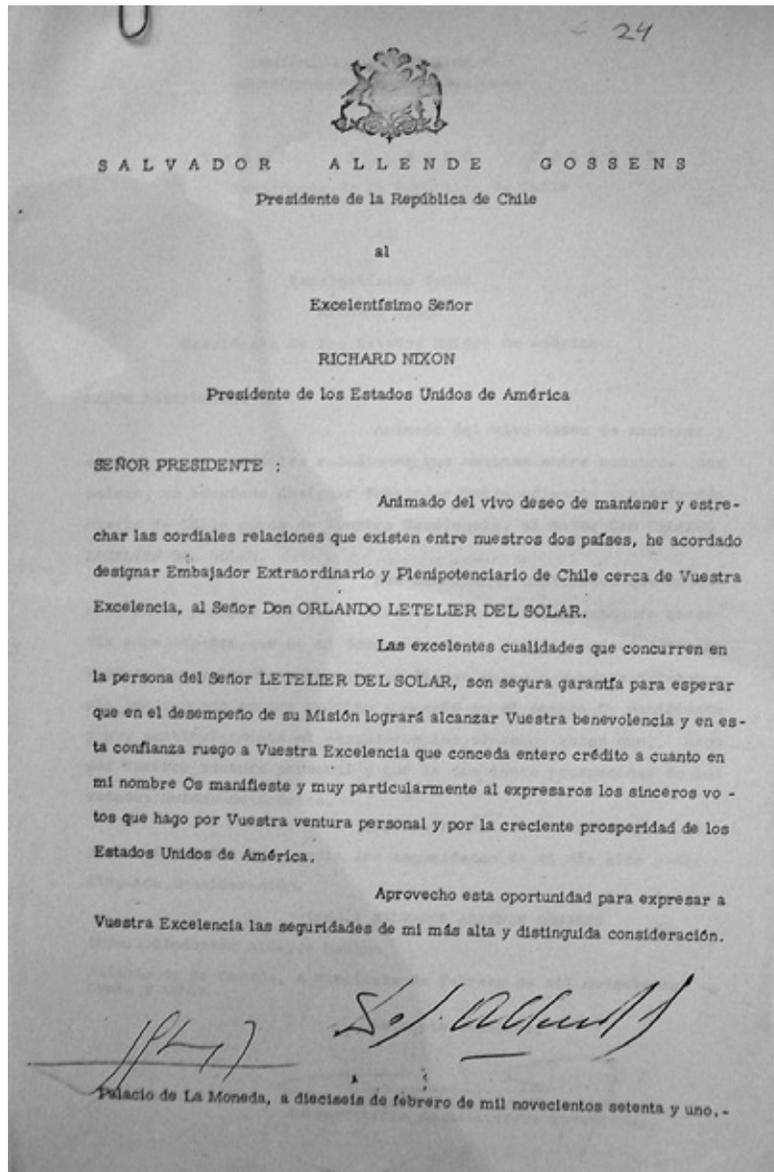
Ruego, señor presidente de la Democracia Cristiana, transmitir mis saludos más cordiales a los miembros de la directiva y a todos los militantes de su partido.

Se despide de usted, atentamente,

Salvador Allende G.

Procedencia: Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva.

## LETELIER COMO EMBAJADOR EN ESTADOS UNIDOS



Procedencia: Archivo Nacional de Chile. Fondo Orlando Letelier del Solar.

## 28. DISCURSO DE NIXON EN LA PRESENTACIÓN DE LAS CARTAS CREDENCIALES DE LETELIER

THE PRESIDENT'S REPLY  
TO THE REMARKS OF THE  
NEWLY APPOINTED AMBASSADOR  
OF CHILE  
ORLANDO LETELIER DEL SOLAR  
UPON THE OCCASION OF THE PRESENTATION OF  
HIS LETTER OF CREDENCE

Mr. Ambassador:

I take great pleasure in accepting the Letter from President Salvador Allende which accredits you as Ambassador Extraordinary and Plenipotentiary to the United States of America. I also accept the Letter of Recall of your distinguished predecessor, Mr. Domingo Santa Maria.

Chile's democratic traditions are indeed well-known, as you point out, and the Chilean people have just cause for pride in their nation's historical adherence to democratic procedures.

The beliefs of the American people regarding democracy, cherished and vigorously defended in the almost two hundred years of this nation's independence, are also well-known. It is, inevitably, our hope that the blessings we perceive in free and democratic processes will be preserved where they now exist and will flow to an ever greater number of the peoples of the world.

We do not, however, seek to impose our beliefs on others, recognizing that perhaps the most important freedom of all is that of selecting one's own path, of determining one's own destiny. The path represented by the program of your government is not the path chosen by the people of this country, but we recognize the right of any country to order its own internal affairs.

At perhaps the most revolutionary period in our own history, our Declaration of Independence spoke of "a decent respect to the opinions of mankind", recognizing even in those early days of our history that each free

and independent nation bears a responsibility toward its neighbors and its fellow members of the world community. I am sure you will agree, Mr. Ambassador, that no nation can in good conscience ignore the rights of others or the international norms of behavior essential to peace and mutually fruitful intercourse. For our part, this government and this nation stand pledged to mutual respect for independence, diversity, and international rights and obligations.

Mr. Ambassador, the years which you have already spent in this country afford you a particular qualification for the task with which you have been honored. I note with pleasure your kind remarks concerning the values of the American people, and the importance you place on frank and positive dialogue. Only through such dialogue can the differing interests of nations be accommodated.

- 4 -

In welcoming you and your family back to the United States, I thank you for, and warmly reciprocate, your personal good wishes to me, my family, and the people. You may be sure that I share your desire for world peace, and for the best possible relations between the United States and Chile.

March 2, 1971

Procedencia: Archivo Nacional de Chile. Fondo Orlando Letelier del Solar.

## TRADUCCIÓN

DISCURSO DEL PRESIDENTE NIXON DURANTE LA PRESENTACIÓN DE LAS CARTAS CREDENCIALES DEL NUEVO EMBAJADOR DE CHILE, ORLANDO LETELIER

Señor Embajador:

Tengo el placer de aceptar la carta del Presidente Salvador Allende que le acredita como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en los Estados Unidos de América. También acepto la carta de retirada de su distinguido predecesor, el señor Domingo Santa María.

Las tradiciones democráticas de Chile son verdaderamente bien conocidas, como usted ha señalado, y el pueblo chileno tiene un justificado orgullo por la histórica adhesión de su país a los procedimientos democráticos.

Las convicciones del pueblo americano respecto a la democracia, apreciadas y vigorosamente defendidas durante los casi doscientos años de independencia

de la nación, son también bien conocidas. Esta es, inevitablemente, nuestra esperanza de que los beneficios que percibimos en los procesos democráticos y libres serán preservados donde ahora existen y comprenderán incluso a un número mayor de pueblos en el mundo.

Sin embargo, no ambicionamos imponer nuestras creencias a otros, reconociendo que quizás la más importante libertad es la de elegir nuestro propio camino y determinar nuestro propio destino. El camino representado por el programa de su Gobierno no es el camino elegido por el pueblo de este país, pero nosotros reconocemos el derecho de todo país a ordenar sus propios asuntos internos.

Y quizás el periodo más revolucionario de nuestra propia historia, nuestra Declaración de Independencia habló de «un razonable respeto a las opiniones de los hombres», reconociendo incluso en aquellos tempranos días de nuestra historia que cada nación libre e independiente tiene una responsabilidad hacia sus vecinos y los otros miembros de la comunidad de naciones.

Señor Embajador, estoy seguro de que estará de acuerdo en que ninguna nación puede en conciencia ignorar los derechos de otros o las normas internacionales de conducta esencial hacia la paz y de mutuo y fructífero trato. Por nuestra parte, este Gobierno y su nación están comprometidos con el mutuo respeto hacia la independencia, la diversidad y los derechos y obligaciones internacionales.

Señor Embajador, los años que usted ya ha pasado en este país le proporcionan una calificación singular para la tarea con que usted ha sido honrado. He escuchado con placer sus amables comentarios acerca de los valores del pueblo americano y la importancia que usted concede al diálogo sincero y positivo. Solo a través de ese diálogo pueden conciliarse los intereses dispares de las naciones.

En la bienvenida a su familia y usted en el regreso a Estados Unidos, le agradezco calurosamente sus buenos deseos hacia mi familia, hacia el pueblo y hacia mí. Puede estar seguro de que comparto su deseo por la paz mundial y por las mejores relaciones posibles entre los Estados Unidos y Chile.

2 de marzo de 1971

Traducción del autor

Estocolmo, octubre de 1971.

Excelentísimo Señor Presidente:

Entre nuestros dos países existen excelentes y amistosas relaciones. En estos últimos tiempos, estas relaciones se han fortalecido y extendido, especialmente en lo que respecta al desarrollo de nuestra colaboración económica.

Con grande y entera simpatía sigo los esfuerzos de V.E., encaminados a fortalecer la independencia nacional de Chile, a fomentar su desarrollo económico y a crear una justicia social para el pueblo chileno. Estoy convencido de que esta actitud frente a los pueblos necesitados será la que guiaré la actuación de V.E. en la importante Conferencia Mundial sobre el Comercio y Desarrollo que en 1972 se celebrará bajo los auspicios de V.E.

Permítame expresar acuí a V.E. mis más sinceras felicitaciones con motivo de la merecida elección de Pablo Neruda para el Premio Nobel de Literatura de este año.

Con el fin de estudiar de cerca las perspectivas para el desarrollo de la colaboración entre nuestros

Al Excelentísimo Señor Doctor Salvador Allende Gossens  
Presidente de la República de Chile

Gobiernos, visita en estos días Chile el Señor Lennart Klackenber, Viceministro de Relaciones Exteriores de Suecia. Es mi deseo que la información que en dicha visita pueda recoger el Sr. Klackenber, y las conversaciones que sostenga, sean fructíferas y conduzcan a resultados que puedan servir de base para las decisiones del Gobierno y del Riksdag suecos respecto al desarrollo de la colaboración sueco-chilena.

Finalmente, permítame V.E. expresarle mis deseos personales de éxito en su importante liderazgo.

Saluda a V.E. muy cordialmente,

Olof Palme

Procedencia: Archivo Nacional de Suecia (Estocolmo). Cedida por el historiador Fernando Camacho Padilla.

30. MENSAJE A LOS TRABAJADORES DEL EDIFICIO DE LA UNCTAD

MENSAJE A LOS TRABAJADORES DE  
UNCTAD III

COMPAÑEROS:

Desde el mes de Junio del presente año, profesionales, técnicos y obreros chilenos han aportado lo mejor de sí mismos para levantar la obra monumental de los edificios de UNCTAD III, en los cuales habrá de tener lugar uno de los más importantes torneos internacionales de los últimos tiempos. Entre los muros que aquí comienzan a alzarse, se escuchará la voz de las naciones que luchan por emerger del subdesarrollo y el estagnamiento, por dar término a la arbitraria estructura del comercio y el sistema financiero internacionales, hasta hoy destinados al beneficio de las naciones poderosas, en desmedro de las débiles.

Ustedes han comprendido el significado trascendental de esta obra. Hace algunos meses, esto era sólo un terreno baldío. Hoy empieza a ser la realidad que inicialmente nos propusimos. Por ello, estos tijerales me permiten, asociándome a la alegría que nos embarga, ratificar en ustedes mi profunda fe en los trabajadores chilenos. Reciban el reconocimiento de su Compañero Presidente.

¡Muchas gracias y sigan adelante!

¡VENCEREMOS!

SALVADOR ALLENDE GOSSENS  
Presidente de la República

SANTIAGO, NOVIEMBRE DE 1971.-

Cedido por el arquitecto Miguel Lawner.

31. DOCUMENTO DEL ASCENSO A GENERAL DE BRIGADA AÉREA DE ALBERTO BACHELET



El Presidente de la Republica de Chile

Por cuanto, he tenido a bien en conferir el grado de Secretario  
de Fijaciones Alfonso de la Fuerza Armada de Chile de  
acuerdo con el Honorable Senado, al Comandante en Jefe (1)  
Don Alberto A. Buchalet Montecinos  
que cumple con los requisitos exigidos por la Ley

Por tanto, ordeno se le reconozca como tal y se le conceda las  
privilejios que por este Tulo le corresponden para lo cual le hizo  
expedir el presente despacho, firmado de mi mano, signado con el sello de  
Gobierno y referendado por el Ministro de Estado en el Departamento de  
Defensa Nacional y del que se tomara copia en las oficinas respectivas.

Dado en Santiago de Chile, a cuatro dias  
del mes de Junio de mil novecientos veintiseis.

Ministro de Defensa Nacional

Presidente de la Republica

Ministro del Fomento  
Santiago a p. 42 del libro  
de Tulos 2000

Comandante en Jefe de la  
Fuerza Armada  
Tercera seccion

10 de Agosto de 1926

10 de Agosto de 1926

*[Signature]*  
Ministro del Fomento

*[Signature]*  
Comandante en Jefe de la  
Fuerza Armada

Procedencia: Fondo Ernesto Galaz. Archivo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile.

32. CARTA DE EDUARDO FREI



Santiago, Octubre 19 de 1972.

Excmo. señor  
Salvador Allende Gossens  
Presidente de la República  
Presente.

Estimado Presidente y amigo:

Quiero expresarle mi gratitud más profunda por la atención que Ud. tuvo de enviarme su Edecán hasta mi casa para manifestarme sus personales condolencias por la muerte de mi madre.

Igualmente le agradezco la concurrencia de su Edecán al cementerio y la corona de flores que en su nombre y de su señora recibimos.

Por todas estas razones le reitero mi profunda gratitud.

Reciba Ud. y señora Tencha nuestro saludo.

Eduardo Frei Montalva.

Procedencia: Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva.

### 33. CARTA DE DIMISIÓN DEL GENERAL CARLOS PRATS



MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL

Santiago, 23 de Agosto de 1973.

Excmo.Sr.Presidente  
Dr.don Salvador Allende Gossens  
La Moneda.-

Excmo.Sr.Presidente:

V.E. - al asumir la Presidencia de la República - tuvo a bien designarme Comandante en Jefe Titular del Ejército, cargo que ejercía interinamente desde el asesinato del Sr.Gral. Schneider (Q.E. P.D.).

V.E. no me conocía anteriormente; de modo que tal nombramiento se fundamentó exclusivamente en su respeto por la jerarquía y verticalidad del mando en las Fuerzas Armadas.

En el discurso que pronuncié, el 26 de Octubre de 1970, en el sepelio del Gral. Schneider dije textualmente: "Chile enfrenta una encrucijada de su destino que lo obliga a optar sólo entre dos alternativas dinámicas, para la realización nacional; la de la violencia trastrocadora o la del sacrificio solidario".

Comprendí que el Ejército ya había dejado de ser un compartimento estanco de la comunidad nacional y que las presiones, tensiones y resistencias - propias de un proceso de cambios profundos que debía realizarse dentro de las normas constitucionales y legales vigentes - inevitablemente iban a perturbar cada vez más intensamente, la tradicional marginación del Ejército del quehacer político contingente.

Me tracé, entonces, como objetivos fundamentales de mi acción de mando, luchar, por una parte, por afianzar la cohesión intrainstitucional y garantizar la verticalidad del mando, para encauzar la marcha del Ejército en los moldes doctrinarios profe-

//



MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL

2.-

sionistas, que se desprenden del rol constitucional asignado a la fuerza pública. Por otra parte, concentré mis esfuerzos en la planificación y ejecución de un plan de desarrollo institucional que constituía un imperativo inaplazable, para surtir la eficiencia operativa de las grandes unidades que articulan el despliegue institucional.

Contribuí a los lineamientos señalados por V.E., para una participación realista de las Fuerzas Armadas en las grandes tareas del desarrollo del país, que tienen trascendente incidencia en la Seguridad Nacional, bajo la inspiración del nuevo concepto de "soberanía geoestratégica".

Diez meses atrás, la agudización creciente de la lucha política y social interna indujo patrióticamente a V.E. a requerir la participación de las Fuerzas Armadas en funciones de Gobierno, sin que ello implicara compromiso partidista alguno para los representantes militares. V.E. me honró designándome Ministro del Interior, en una etapa en que era necesario cautelar la vigencia del estado de derecho, asegurando la realización imparcial del importante proceso de renovación del Parlamento. Durante los catorce días en que V.E. se ausentó del país, en una gira de relieve mundial, me asignó el honor y la responsabilidad de la Vicepresidencia de la República.

Volvía a mis funciones estrictamente profesionales hasta que, hace unas semanas, nuevamente V.E. requirió mi presencia en el Ministerio de Defensa Nacional, en su sincero afán patriótico de evitar la tragedia incommensurable de un enfrentamiento fratricida, a lo que se veía inmediatamente arrastrado el país, en medio de una gravísima crisis económica. Acepté tal nueva responsabilidad sinceramente convencido de que era un deber patriótico contribuir a su clara y firme decisión de ordenar el proceso de cambios y continuarlo enmarcado en definidos cánones constitucionales y legales, lo que requería de una urgente apertura parlamentaria.

Al correr de los dos años diez meses, que he estrozado, he soportado con antorcha toda clase de ataques, injuriosos, calumniosos e infamantes - provenientes de quienes se empeñan en ensenar o derrocar al Gobierno constitucional que V.E. dirige - en la convicción de que, en el seno de la Institución que comando, predominaría la comprensión de la inten-

//



MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL.

1.-

cionalidad de baja política que inspiraba la campaña en mi contra.

Al apreciar - en estos últimos días - que, quienes me designaban, habían logrado perturbar el criterio de un sector de la oficialidad del Ejército, he estimado un deber de soldado, de sólidos principios, no constituirme en factor de quiebre de la disciplina institucional y de dislocación del estado de derecho, ni de servir de pretexto a quienes buscan el derrocamiento del Gobierno constitucional.

Por tanto, con plena tranquilidad de conciencia, me permito presentarle la renuncia irrevocable de mi cargo de Ministro de Defensa Nacional y, a la vez, solicitarle mi retiro absoluto de las filas del Ejército, al que serví con el mayor celo vocacional durante más de cuarenta años.

Agradezco profundamente la alta confianza que V.E. depositó en mí, pese a su convencimiento de mi absoluta prescindencia política y lo reitero las consideraciones del sincero respeto que V.E. sabe que le profeso, por el sentido de responsabilidad personal con que conduce los destinos del país.

Igualmente, por su digno intermedio, me permite hacer llegar mis reconocimientos a las autoridades de Gobierno y asesores suyos que - al margen de sus banderas políticas - supieron apreciar mi colaboración de soldado esencialmente profesional, en las tareas ministeriales que desempeñé.

Saluda a V.E. con aprecio y respeto

CARLOS PRATS GONZALEZ  
General de Ejército

Procedencia: Archivo de la Fundación Salvador Allende.

34. INFORME DE LA POLICÍA DE INVESTIGACIONES SOBRE SU MUERTE

REPÚBLICA DE CHILE  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES  
PREFECTURA DE "SANTIAGO"  
BRIGADA DE HOMICIDIOS  
jha.-

M E M O R A N D U M

SERVICIO DE GUARDIA DEL DIA 11 AL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1973  
OFICIAL DE TURNO. DETECTIVE 1º JULIO NAVARRO LABRA  
OFICIAL DE GUARDIA. DETECTIVE 1º JORGE MAEGER AGUILAR  
AYUDANTE - GUARDIA. DETECTIVE 5º JOSE CUADRA ROMERO  
AYUDANTE - GUARDIA. DETECTIVE 5º MARCOS RAMIREZ BENAVIDES  
FOTOGRAFO FORENSE. CARLOS SERRANO GONZALEZ  
PLANIMETRISTA. ALEJANDRO OSSANDON CARVAJAL.  
CHOPER DE TURNO. JAVIER ROJAS MARTINEZ.

1

16,20 Horas  
Suicidio del  
Presidente de la  
República. Doctor:  
SALVADOR ALLENDE  
GOSENS.-

"A la hora anotada al margen, personal de Guardia de esta Unidad, Detective 1º Julio Navarro Labra asesorado por el Inspector Pedro Espinoza Valdéz, de esta Brigada de Homicidios y Peritos Balísticos; Jorge Almazabal Mardones y Carlos Davinson, Planimetrista;

Alejandro Ossandón Carvajal, Fotógrafo Forense; Enrique Contreras Riquelme, todos del Laboratorio de Policía Técnica de Investigaciones y el experto en huellas Subinspector Néstor Henríquez Carvajal, en cumplimiento a órdenes impartidas por el General Sergio Arellano, del Ejército de Chile, se trasladaron a calle Morandé N° 80, en cuyo segundo piso, en un Salón que corresponde al llamado "La Independencia" de 11,35 metros de largo por 6 metros de ancho, ubicado en el ala nor-oriental del Palacio Presidencial, se constató el suicidio con arma de fuego del Presidente de la República Excelentísimo señor Doctor SALVADOR ALLENDE GOSENS.-

"Yacía sentado sobre un diván de terciopelo, de color rojo granate, adosado al muro oriente del Palacio, entre dos ventanales que miran hacia la calle Morandé, con la cabeza y tronco levemente inclinados hacia el lado derecho; miembros superiores ligeramente extendidos; extremidades inferiores extendidas y un tanto separadas. Ropas en orden, cuyas características son las siguientes:

"Chaqueta de tweed color gris, atonada en el botón inferior de dos que tiene la prenda, pullover de cuello subido gris con figuras geométricas pa durcas; camiseta de sport blanca; pantalones color marcos go; calcetines blancos y bajo estos slip del mismo color; zapatos de color negro; calcetines stretch de color azul; cinturón de cuero de color negro. Al registro de sus vestimentas, en el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta, se encontró un pañuelo de seda de lunares rojo con fondo azul; en el bolsillo izquierdo del pantalón se encontró una llave marca "Plood", un papel blanco con membrete que se lee "Presidencia de la República Edecán", bajo esta leyenda un número escrito a mano de teléfono N° 484209. En su muñeca izquierda un reloj de metal blan-

///..

...// Co con pulsera del mismo color, marca "Galga Coulter"; automático, Nº 1.298.766, con dos calendarios en la pulsera metálica del año 1973, propaganda Panamatur.

"Se observó un fusil ametralladora Nº 1651, sin marca visible, extendido por la parte del cañón y el mecanismo de disparo apoyado en el sillón y el resto, culata abatible apoyada en el antebrazo y en la región abdominal. En la culata de madera, en la tapa izquierda una placa de metal amarillo, de forma rectangular que se lee: "A SALVADOR DE SU COMPAÑERO DE ARMAS, FIDEL CASTRO."

"Al examen externo policial, se observó en la región mentoniana una herida erosivo-contusa, estrellada que corresponde a orificio de entrada de proyectil, en cuyo borde se aprecia discreta cantidad de hajo carbonoso. En el arco superciliar derecho, otra herida al parecer de salida de proyectil o de esquirlas óseas. En la región del parietal izquierdo, herida de salida de bala que produjo estallido en la bóveda craneana. De estas heridas ha escurrido masa encefálica y gran cantidad de sangre que ha impregnado la chaqueta en su parte delantera, hombro y parte posterior del hombro derecho. Hay fractura comminuta en el maxilar superior e inferior, fractura nasal y frontal.

"A su lado izquierdo, a la altura del muslo y sobre el cojín un pedazo de masa encefálica. Livideces instalándose en el plano correspondiente. Rigidez incipiente a la altura del maxilar. Data de muerte aproximada al término del examen finalizado a las 18,00 horas, se estimó en cuatro horas y media y su causa probable: "Traumatismo craneo-encefálico por herida a bala de tipo suicida".-

"A la inspección ocular del sitio de suceso, se observó que en este sofá el cadáver aprisiona con su codo izquierdo un casco de acero superpuesto en uno de fibra, con iniciales interiores manuscritas con lajiz de pasta de color azul: "DMP"; el barbiquejo desabrochado, en sus bordes inferiores se observan manchas de sangre chorreo y contacto; también restos de masa encefálica, trozos de cabello y varios fragmentos de esquirlas óseas. Inmediatamente al lado izquierdo del casco, un cargador de 25 cartuchos (descargado), de metralleta, sobre su base enumerada del 10 al 25 y de 5 en 5, en el que existen varias manchas de sangre por salpicaduras, restos de masa encefálica y fragmentos de esquirlas óseas.

"Bajo el cadáver, entre los glóteos y parte de la región posterior, un abrigo de color beige, el que también se encuentra manchado con sangre por escurrimiento. Sobre este sillón y colgando desde el muro correspondiente, hay un gobelino de gran tamaño que representa una escena medioeval agrícola, donde se aprecian innumerables restos de masa encefálica con trozos de cabello en toda su extensión hacia arriba y ligeramente en ángulo a la derecha de este gobelino en su parte más alta han manchado el muro hasta la esquina nor-oriental del ventanal que allí existe en una altura aproximada de 3,50 metros.-

"Continuando con la inspección, se observó, que el salón, sitio de suceso, de 11,35 metros de largo por 6 metros de ancho, tiene tres puertas de acceso, cada una de dos batientes. Una de ellas en el muro norte dirigida hacia la calle Moneda; otra en el muro poniente casi al llegar al muro norte y la última en el muro sur y muy próxima al ventanal sur del salón.

///...

.../// "El piso de este salón se encuentra en su totalidad cubierto por una alfombra color beige. El mobiliario está compuesto de cuatro sillones y un sofá de cuatro cuerpos tapizados en felpa amarilla, que ocupa la parte central del salón; inmediatamente al frente del sillón en que yacía el cadáver del Presidente. El sofá adosado al muro poniente a ambos lados de este, dos lámparas de pie, de madera tallada. En el borde superior del respaldo, en uno de sus cuatro cojines, a nivel de la costura existe una quemadura de forma irregular, que circunda a un orificio y sobre este un proyectil presumiblemente Cal. 7 o 7,62 mm. Sobre este y enclavado en el muro se encuentra un cuadro que representa "La Jura de la Independencia", que tiene en su borde inferior una placa metálica, que dice "Original de Pedro Subercaseux. Donado por los herederos de Miguel Zañartu Iñiguez." en cumplimiento de su voluntad. Al centro de este conjunto de sillones, en el piso, hay una alfombra de regular tamaño, de fondo rojo oscuro y sobre esta próximo al sofá, dos esquirilas óseas de forma irregular y de regular tamaño. Completan el menaje de esta sala, un biombo de color rojo ubicado al frente y próximo de la puerta sur que da a un gran comedor. Hacia el poniente de este biombo y adosado al muro sur, un mueble tipo closet, con cajoneros de estilo muy antiguo.

"En el piso y muy próximo a la puerta sur ya descrita, a 30 Centímetros del muro del mismo lado y a 80 centímetros de la ventana sur-oriente, dos vainillas calibre. 7 o 7,62 mm.-

"El arma encontrada en el sitio de suceso con su cargador puesto, quedó en poder del General de Ejército, don Javier Palacios, para su remisión a la Fiscalía Militar. Se deja constancia que esta arma no fue descargada por insinuación del perito balístico, señor Carlos Davinson, de modo que se ignora el número de cartuchos que había en su cargador y si había algún cartucho en su recámara. A este fusil se le efectuó el peritaje correspondiente en huellas.-

"De las informaciones proporcionadas por el personal militar ubicado en el lugar de los hechos, se logró establecer que el médico de la Presidencia de la República, doctor: Patricio Guijón Klein, que en el momento de ocurrir los hechos se encontraba en la sala, próximo a la puerta ubicada en el muro poniente, con la intención de salir del salón. Al sentir el estampido, se habría dado vuelta y percatado que el Presidente se había disparado con arma anteriormente descrita; fusil que según propia declaración, quedó entre las piernas del Primer Mandatario, con la culata apoyada en el piso y el cañón a la altura de la región abdominal. Por lo imprevisto de la acción y el nerviosismo lógico de la situación, tomó el fusil y lo dejó en la posición que en definitiva fue encontrado y fijado por funcionarios de esta Brigada de Homicidios. No se le tomó declaración al doctor Guijón por no entorpecer las averiguaciones del interrogatorio a que será sometido por la Fiscalía Militar.-

"El General de Ejército, don Javier Palacios, manifestó que al ser informado del hecho y concurrir a constatarlo, había encontrado en el piso, sobre la alfombra, a los pies del cadáver, un par de lentes ópticos, marca "Mustang", NO 52022, con marco plástico de color oscuro. Las especies descritas anteriormente que componen los efectos personales del Presidente Doctor : SAU VADOR ALLENDE, el arma, usada en este hecho, el proyectil y las vainillas, fueron entregadas al General Javier Palacios, el que haría remitirlos a la Fiscalía Militar.

///...///

.....//// *mi quinientos mil* 1327  
"De los dorsos de ambas manos del cadáver, el perito balístico Carlos Davinson, extrajo muestras de nitratos carbonosos para el análisis correspondiente, muestras que quedaron en su poder y de cuyo resultados dará cuenta directa a la Fiscalía Militar.

"En los momentos en que se practican estos exámenes e inspección, el fuego circundaba por sus costados este salón y por consejo del cuerpo de Bomberos que ahí se encontraban tratando de sofocar el siniestro; estas inspecciones oculares se hicieron con premura, de manera que no permitió hacer un examen prolijo del lugar mismo en busca de otro proyectil, ya que por la cantidad de vainillas se presume la existencia de otros. Con el objeto de agotar este trámite se solicitó al General Palacios fuera cerrado este salón si la acción del fuego así lo permitía para continuar mañana con este rastreo e inspección ocular. Además, la falta de luz artificial no permitió más prolijidad en el trabajo policial."

SANTIAGO, 12 de Septiembre de 1973



*[Firma]*  
JULIO NAVARRA LABRA  
Detective-10  
Oficial de Turno

*[Firma]*  
WALDO MONTECINOS CACERES  
COMISARIO-JEFE

Procedencia: Causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago de Chile.

### 35. CONCLUSIONES DE LA EXHUMACIÓN REALIZADA EN 2011

### **Análisis del caso**

Las características morfológicas (determinadas por antropología y odontología), biológicas (ADN) y del contexto indican que se trata de los restos esqueléticos de Salvador Allende, Presidente de la República de Chile al momento de su muerte durante el ataque militar, terrestre y aéreo, al Palacio presidencial, Casa de la Moneda el 11 de septiembre de 1973.

El estudio de los restos esqueléticos exhumados de tumba secundaria el día 23 de mayo de 2011 muestra que:

- 1.- El protocolo de autopsia de 1973 no describe lesiones traumáticas en el cadáver a excepción de las presentes en el segmento anatómico correspondiente a la cabeza. El estudio de la osamenta en el Laboratorio descarta la presencia de lesiones traumáticas a nivel del postcráneo.
- 2.- El protocolo de autopsia de 1973 señala la presencia de un orificio de entrada de proyectil de arma de fuego de forma estrellada, en la región submentoniana, a la izquierda de la línea media e inmediatamente por detrás de la mandíbula; rodeado de ahumamiento en distribución ajustada a las características de un disparo a contacto incompleto. La reconstitución de la mandíbula -fragmentada en 3 partes- en el Laboratorio confirma la presencia de múltiples fracturas, más evidentes en la rama izquierda, con un patrón propio de la lesión por energía cinética con efecto de cavidad temporal por paso de proyectil de arma de fuego.
- 3.- El protocolo de autopsia de 1973 describe, en la base del cráneo, un orificio de trayecto de proyectil balístico ubicado inmediatamente anterior al cuerpo del esfenoides, en el segmento correspondiente al piso anterior de la base del cráneo. El estudio de los huesos en el Laboratorio establece que -después de traspasar el tejido blando- el proyectil penetra por la fosa anterior y genera la destrucción del esplanocráneo. Tanto el paso

<sup>26</sup> Di Maio, 1999, pg. 199 "...en todas las heridas por contacto, hollín, pólvora, monóxido de carbono y metales vaporizados del proyectil, el fulminante y la vainilla, se encuentran depositados dentro y a lo largo del tracto de la herida".

47  
 MIL-7  
 506

físico del proyectil como la expansión de los gases que lo acompañan en un disparo a contacto firme o a casi contacto (*Informe de Heñico*), fragmenta en múltiples partes el cráneo, del cual se recuperaron 32 fragmentos.

4.- El Informe de autopsia de 1973 establece la salida del proyectil balístico por la mitad posterior de la parte alta de la bóveda craneana, la que se evidencia al reconstituir los colgajos de cuero cabelludo que dejan un orificio redondeado de bordes ligeramente evertidos y ampliamente desgarrados, localizado a nivel del tercio posterior de la sutura interparietal. El estudio actual de la osamenta en el Laboratorio da cuenta que la no recuperación de todos los fragmentos craneales impide determinar con precisión el punto exacto por donde salió el proyectil; sin embargo, al reconstruir su posible trayectoria, se infiere que el punto de salida se encuentra localizado en el tercio medio del parietal izquierdo.

5.- La autopsia en fresco del cadáver documentó una sola entrada con una sola salida de un proyectil de arma de fuego. Pero, a partir del análisis balístico y el estudio de la escena se originó la duda de si pudo o no existir compromiso de la cabeza o cara por un segundo proyectil de arma de fuego<sup>13</sup>. Aunque nunca se recuperó, ni en la escena ni en el cuerpo, un segundo proyectil de arma de fuego que pudiera relacionarse, algunas heridas en cara descritas en el Protocolo de Autopsia y el estudio del sitio del suceso<sup>13</sup>,<sup>14</sup> han dado origen a la hipótesis del paso de otro proyectil de arma de fuego por las estructuras craneofaciales.

No se plantea tal duda en el Protocolo de la primera autopsia ni se describen en ella lesiones que sugieran la posibilidad del paso de un segundo proyectil de arma de fuego de alta velocidad: se puede descartar otra salida en la cara por la ausencia de una gran herida de salida en la cara —que habría sido similar en magnitud a la observada en el cuero cabelludo parietal—. También en contra de esta posibilidad el que se hayan mantenido indemnes los globos oculares, como describe en la necropsia.

6.- Además, es nuestra experiencia observar en casos como el que nos ocupa heridas similares a las cuestionadas en la cara, para las cuales existe explicación científica<sup>14</sup> por la alta energía cinética involucrada en este tipo de disparos que producen desgarros de tejido blando: En las lesiones en cabeza por proyectil de arma de fuego se pueden presentar desgarros de la piel facial lejos de la herida de entrada, en la región de los ojos y

<sup>13</sup> El peritaje balístico, Informe N° 88 del 25 de febrero de 1974, indica en su punto 3.3.4 que "la existencia de 2 impactos de proyectil en el muro oriente y la presencia de dos vainillas del mismo tipo y calibre ambas disparadas por la misma arma y encontradas próximas entre sí, cerca de la puerta sur, permiten suponer la posibilidad de dos disparos en corta sucesión. Esta hipótesis tiene solamente deducción balística, ya que el Informe de autopsia no consigna esta posibilidad, aunque tampoco la excluye".

<sup>14</sup> *Examen Externo Policial*: i. En la región mentoniana se evidencia una herida erosiva contusa estrechada que corresponde a orificio de entrada de proyectil... ii. En el arco superior ciliar derecho, se evidencia otra herida al parecer de salida de proyectil o de esquirla ósea. iii. En la región del parietal izquierdo, herida de salida de bala que produjo estallido de la bóveda craneana. iv. De estas heridas, ha escurrido masa encefálica... Hay fractura comminada en el maxilar superior, inferior, fractura nasal y frontal.

<sup>15</sup> *Protocolo de necropsia*: ...perfora luego paladar en su parte posterior y media determinando su estallido, con múltiples fracturas del maxilo óseo...con formación de un desgarró cutáneo, que compromete el dorso de la nariz en su mitad superior y la región cilio- palpebral interna derecha (Fragmento entre dos barras inclinadas que parece corresponder al examen externo del cadáver foja 3). Ambos párpados del ojo derecho se presentan equimóticos, de color amoratado azulejo, y especialmente el superior. Una lesión análoga de 2 cm. de diámetro, se constata en el párpado superior izquierdo en su parte media. Por dentro de ella hay un pequeño desgarró superficial de 1 cm. por dentro de este últimos se observa se observa otra análogo de forma semilunar de 3 cm. (foja 2 bajo el título Examen Externo)

<sup>14</sup> M. Faller-Marquardt and S. Pollak *Desgarros de la piel lejos de la herida de entrada en disparos a la cabeza*. Abstract accesible en <http://www.springerlink.com/content/ekalrdbduy1f3n/>

en los pliegues nasolabiales. Se observan particularmente en los casos de disparos dentro de la boca pero también en heridas localizadas en la boca, la frente o la región submentoniana. Los desgarros siguen esencialmente las líneas de tensión de la piel y las líneas de expresión de la cara y son aparentemente causadas por la expansión subcutánea o la expansión intraoral de los gases de la boca del cañón y/o las fuerzas radiales de la bala, que producen abombamiento e hiperextensión de los tejidos blandos faciales, especialmente con fusiles y escopetas, aunque también con revólveres y pistolas.

Tales lesiones también pueden ser causadas por los fragmentos de hueso provenientes de las fracturas de los huesos frágiles de la cara que se convierten en misiles secundarios.

7.- De todos modos, la presencia de dos proyectiles en la pared posterior al sitio de hallazgo del cuerpo obligó a estudiar los aspectos balísticos del arma concernida. Este estudio indica que, al disparar el arma de fuego con el selector de disparo en posición automática, efectivamente pudo producirse la salida de dos proyectiles en un solo disparo: otra cosa sería imposible por la pérdida inmediata de la conciencia inexorablemente causada por la magnitud de las lesiones en Sistema Nervioso Central, que conlleva la desaparición de la presión ejercida por el dedo sobre el gatillo.

Dicho de otro modo, el daño observado en el cráneo es causado en un solo evento, que pudo involucrar uno o varios proyectiles (Informe de Balística): si hubo un segundo proyectil de arma de fuego, las trayectorias fueron estrechamente consecutivas y sobrepuestas, siguiendo ambos proyectiles la misma trayectoria ya descrita —mandíbula, fosa anterior, cerebro y calota parietal—.

La ausencia de amplios fragmentos óseos de cara y de región parietal no permite confirmar ni descartar tal posibilidad a partir de los cambios morfológicos en el hueso; en los tejidos de cara y cráneo disponibles para estudio en la presente exhumación no se observan cambios morfológicos que indiquen el paso de otro proyectil de arma de fuego que describa trayectoria distinta.

8.- El Informe de Balística indica que los resultados analíticos son consistentes con los residuos de disparo de una herida por proyectil de arma de fuego de alta velocidad a corto rango con entrada bajo el mentón y salida en la parte alta del cráneo y la distribución de los residuos de disparo determinados por ICP —MS obedece a la difusión de gases del disparo por el sistema aéreo de la cara (cavidad oral, rinofaringe y senos paranasales).

9.- Los cambios morfológicos en las manos indican que el arma fue sostenida con la mano izquierda (ahumamiento presente en ella) y que la mano derecha se vio expuesta a los gases que salen por la portezuela diseñada para su eyección.

10.- En cuanto al mecanismo de la muerte en el examen de los órganos internos en la autopsia en fresco, llama la atención la presencia de livideces en moderada cantidad, la ausencia de coágulos en el corazón —que solamente contiene escasa sangre líquida— y la presencia de hemorragias subendocárdicas en el tabique del ventrículo izquierdo. Todos estos son signos propios de un síndrome de corazón vacío que describe la literatura forense como secundaria a una muerte instantánea por lesión del Sistema Nervioso Central. La presencia de apenas pequeñas hemorragias a pesar de tener extensas fracturas en la base del cráneo y la cara es consistente con aspiración sanguínea terminal en los pulmones.

11.- En el contenido del estómago no se describe olor *sui generis* y sólo hay material semilíquido sin elementos reconocibles. No se encontró etanol en sangre.

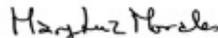
cumple, están presentes en este caso hechos que la literatura forense considera indicadores de suicidio: la ausencia de lesiones diferentes a las de cara y cabeza, la ausencia de signos de lucha –uñas fracturadas (pudimos observar dos que se preservaron, cabellos arrancados, equimosis y otras lesiones traumáticas), la presencia de una lesión suficientemente seria para no permitir posibilidades de supervivencia (previsión de no salvamento), con un arma de alta potencia, en una zona vital como cara y cabeza apuntando al Sistema Nervioso Central y el hallazgo del arma en las manos de la víctima, condición que se cumple más fácilmente si la persona se encuentra en posición sentada al momento del disparo<sup>16</sup>. No hay historia de enfermedad mental de tipo depresivo. También reviste importancia la determinación por Balística indicando que las características del arma, un fusil AK – 47, calibre 7.62 permiten su uso para causar una lesión como la aquí vista de manera autoinfligida. Todo esto en el contexto de los hechos acaecidos a lo largo de la mañana del 11 de septiembre de 1973.

**Causa de muerte:** Lesión perforante de la cabeza por proyectil de arma de fuego de alta velocidad a contacto.

**Forma medicolegal de la muerte:** Suicidio

  
Francisco EXTEBERRÍA  
Médico Forense

  
Isabel MARTÍNEZ ARMUO  
Arqueóloga Forense

  
Mary Luz MORALES  
Patóloga Forense

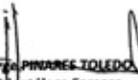
  
Edgar RUEDA GUEVARA  
Odontólogo Forense

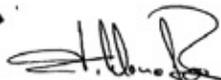
  
Ángel María MEDINA BELARANO  
Antropólogo Forense

  
David John PRYOR  
Consultant in Forensic Ballistics

  
Germán TAPIA COPPA  
Médico Forense

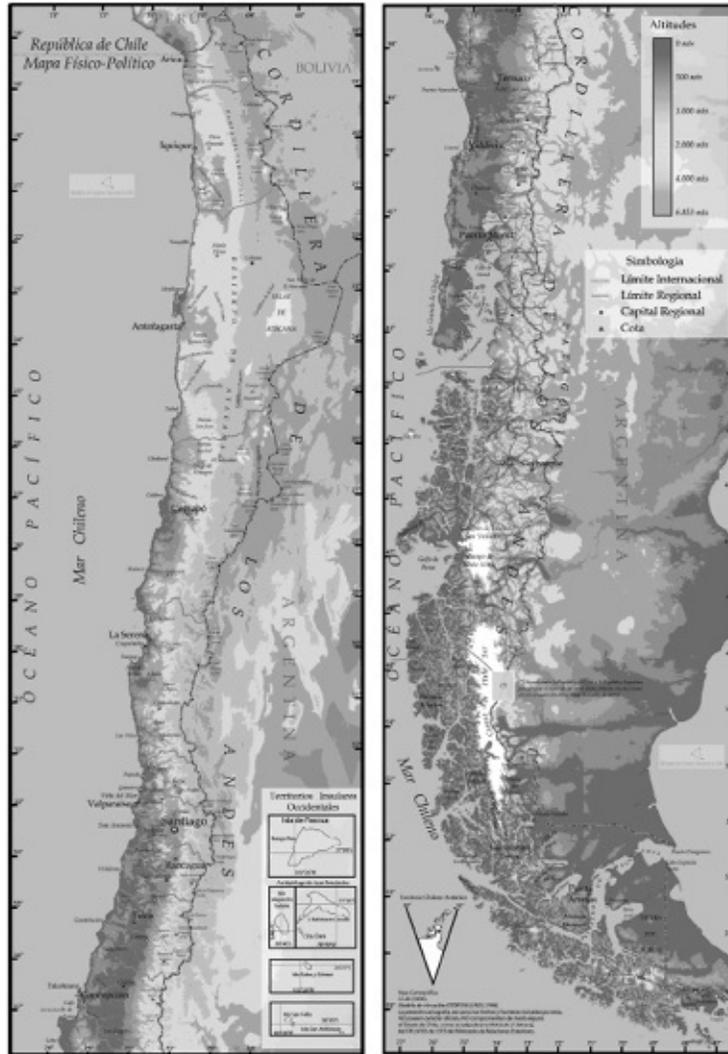
  
Douglas UBELAKER  
Antropólogo Forense

  
Jorge PINARES TOLEDANO  
Odontólogo Forense

  
Felipe DONOSO  
Comité Internacional de la Cruz Roja  
Observador

<sup>16</sup> Di Maio, 1999, *Suicidio por armas de fuego* pg. 477.





Procedencia: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

## Fuentes, bibliografía y testimonios

### 1. DOCUMENTACIÓN PRIMARIA

#### 1.1. *Museo Nacional de Medicina (Santiago de Chile)*

Resumen de la tesina *Higiene mental y delincuencia*, defendida por Salvador Allende en mayo de 1933.

#### 1.2. *Biblioteca del Instituto Nacional (Santiago de Chile)*

Solicitud de ingreso de Salvador Allende firmada por su padre en mayo de 1919.

#### 1.3. *Biblioteca del Liceo Eduardo de la Barra (Valparaíso)*

Certificado del examen de Historia y Geografía de sexto curso de Humanidades (diciembre de 1924).

#### 1.4. *Archivo Nacional de la Administración (Santiago de Chile)*

Proyecto de reforma de la Ley 4.054 firmado el 11 de junio de 1941 por el Presidente Pedro Aguirre Cerda y el ministro Salvador Allende. Tomo 194 del Ministerio de Salud.

#### 1.5. *Archivo del Servicio Electoral de la República de Chile (Santiago de Chile)*

Resultados de las elecciones parlamentarias de 1937, 1945, 1953, 1961 y 1969 y de las presidenciales de 1952, 1958, 1964 y 1970.

#### *1.6. Biblioteca Nacional de Chile (Santiago de Chile)*

*Biografía del Presidente Allende.* Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1972.

*Informe del señor presidente del Senado acerca de su reciente viaje a Pascua y Tahití.* Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Sesión 65.<sup>a</sup> Martes, 12 de marzo de 1968.

FRAP: *Programa del Gobierno Popular.* Santiago de Chile, s. f.

ALLENDE, Salvador: *Persecuciones políticas en Brasil.* Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Sesión 16.<sup>a</sup> Miércoles, 6 de enero de 1965.

MAPU: *Informe político rendido por Jacques Chonchol.* Santiago de Chile, 1969.

*Encuentro del Presidente de la República, compañero Salvador Allende, con los participantes extranjeros de la Operación Verdad, realizado en el gran comedor del Palacio de La Moneda.* Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1971.

*Conferencia de prensa sobre la nacionalización del cobre. 14 de octubre de 1971.* Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1971.

*Participación del Presidente de la República, compañero Salvador Allende, en el programa de la cadena norteamericana NBC Meet the Press. Santiago, 31 de octubre de 1971.* Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República. Santiago de Chile, 1971.

ALLENDE, Salvador: *Homenaje a la memoria del comandante Ernesto Che Guevara.* Diario de Sesiones del Senado de la República de Chile. Miércoles, 18 de octubre de 1967.

Carta de Salvador Allende a Jorge Alessandri, director gerente de la Compañía Papelera (julio de 1952).

#### *1.7. Archivo Nacional de Chile. Fondo Orlando Letelier del Solar (Santiago de Chile)*

Carta de Salvador Allende a Orlando Letelier del 1 de julio de 1963.

Carta de Salvador Allende al Presidente Richard Nixon del 16 de febrero de 1971.

Discurso de Orlando Letelier al presentar las cartas credenciales a Nixon (2 de marzo de 1971).

Discurso de Nixon al recibir las cartas credenciales de Orlando Letelier (2 de marzo de 1971).

Informe remitido por Orlando Letelier al Gobierno de Chile el 2 de marzo de 1971.

Informe remitido por Orlando Letelier al canciller Clodomiro Almeyda el 23 de marzo de 1971.

Informe remitido por Orlando Letelier al Presidente Salvador Allende el 15 de abril de 1971.

Informe remitido por Orlando Letelier al canciller Clodomiro Almeyda el 5 de agosto de 1971.

### *1.8. Archivo de la Fundación Salvador Allende (Santiago de Chile)*

ALLENDE, Salvador: *La contradicción de Chile: régimen de izquierda, poder económico de derecha*. Talleres Olmos. Santiago de Chile, 1943.

Carta de Pablo Neruda a Salvador Allende de septiembre de 1970.

ALLENDE, Salvador: *Síntesis de la labor ministerial*. Santiago de Chile, 1940.

Carta del general Carlos Prats al Presidente Salvador Allende del 23 de agosto de 1973.

*El proceso al Partido Comunista. Discursos de los senadores Salvador Allende y Humberto Martones*. Santiago de Chile, 1956.

Texto del periodista Carlos Jorquera escrito en 1998.

ALLENDE, Salvador: *Punta del Este. La nueva estrategia del imperialismo*. Diálogo. Montevideo, 1967.

### *1.9. Archivo Histórico de la Casa Museo Eduardo Frei Montalva (Santiago de Chile)*

Carta de Hernán Santa Cruz a Salvador Allende del 7 de julio de 1964.  
Carta de Hernán Santa Cruz a Eduardo Frei del 8 de julio de 1964.  
Carta de Hernán Santa Cruz a Eduardo Frei del 9 de julio de 1964.  
Nota manuscrita dirigida por Salvador Allende a Eduardo Frei en julio de 1964.  
Carta del Presidente Lyndon Johnson a Eduardo Frei de noviembre de 1964.  
Carta de Salvador Allende a Benjamín Prado del 29 de septiembre de 1970.  
Carta de Eduardo Frei al Presidente Salvador Allende del 19 de octubre de 1972.  
Carta de Eduardo Frei a Henry Kissinger del 28 de septiembre de 1978.

#### *1.10. Documentos facilitados por el periodista Juan Gonzalo Rocha (Santiago de Chile)*

Solicitud de ingreso de Salvador Allende en la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso (julio de 1935).  
Informe sobre Salvador Allende para valorar su ingreso en la Logia «Progreso» 4 de Valparaíso (septiembre de 1935).

#### *1.11. Archivo del periodista Eduardo Labarca*

Certificado del servicio militar del cabo 2.º aspirante a oficial de reserva Salvador Allende Gossens (1925).

#### *1.12. Causa rol 77-2011 del 34.º Juzgado del Crimen de Santiago de Chile*

Declaración de Roberto Sánchez, coronel retirado de la Fuerza Aérea, realizada el 6 de mayo de 2011.  
Declaración de Mario López Tobar, general retirado de la Fuerza Aérea, realizada el 4 de abril de 2011.  
Declaración de Reinaldo Romero Jara, titular del casino de la base militar de Carriel Sur en septiembre de 1973, realizada el 3 de octubre de 2011.  
Declaración del doctor Patricio Guijón realizada en 2011.  
Brigada de Homicidios de la Prefectura de Santiago de la Dirección General de Investigaciones: Memorándum del 12 de septiembre de 1973 sobre la muerte

del Presidente Salvador Allende.

Declaración de Víctor Manuel Riquelme, voluntario del cuerpo de Bomberos de Santiago de Chile en 1973, realizada el 4 de mayo de 2011.

Declaración de Hortensia Bussi ante la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación el 12 de agosto de 1990.

### *1.13. Archivo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Fondo Ernesto Galaz (Santiago de Chile)*

Documento que acredita el ascenso a general de brigada aérea de Alberto Bachelet firmado por el Presidente Salvador Allende.

### *1.14. Archivo Nacional de Brasil (Brasilia)*

Carta de Salvador Allende al ex Presidente brasileño João Goulart del 25 de agosto de 1965.

### *1.15. Archivo Nacional de Suecia (Estocolomo)*

Carta del Primer Ministro sueco Olof Palme a Salvador Allende (octubre de 1971).

## 2. PUBLICACIONES PERIÓDICAS

### *2.1. Chile*

Valparaíso: *El Mercurio de Valparaíso, Núcleo, El Socialista y Lucha Obrera.*

Concepción: *Bandera roja y El Sur.*

Copiapó: *El Diario de Atacama.*

Santiago de Chile: *La Nación, Punto Final, Ercilla, El Siglo, El Mercurio, La Tercera, Las Noticias de Última Hora, Consigna, El Andamio, La Protesta, Acción Directa, Revista Médica de Chile, Arauco, Hoy, Apsi, Análisis, Chile*

*Hoy, Boletín del Partido Socialista, Acción, Vida Médica, Colegio Médico, Zig Zag, Revista de Historia y Ciencias Sociales, Cuadernos de la Fundación Pablo Neruda, Pluma y Pincel, Mensaje, Alternativa, Clarín, La Prensa, El Rebelde, Revista de la Universidad Técnica del Estado, Política y Espíritu, Ramona, Puro Chile, Principios, Claridad, Democracia, Qué Pasa, Boletín del Comité Central del PS y Cuadernos de la Realidad Nacional.*  
Exilio: *Chile-América* (Roma), *Literatura chilena en el exilio* (Los Ángeles) y *Cuadernos Casa de Chile* (México).  
Diarios digitales: [elclarin.cl](http://elclarin.cl), [elsurco.cl](http://elsurco.cl), [cambio21.cl](http://cambio21.cl) y [elmostrador.cl](http://elmostrador.cl)

## 2.2. Otros países

España: *Abc, El País, El Periódico de Catalunya, El Mundo, Utopías/Nuestra Bandera y Cuadernos de Pedagogía*. Archivo Histórico de la Agencia EFE (Universidad Rey Juan Carlos I, Madrid): *Diario 16, Arriba, Madrid, Ya y Nuevo Diario*.

Argentina: *La Opinión y Clarín*.

Uruguay: *Marcha*.

México: *Excelsior y Siempre*.

Francia: *Le Monde*.

Italia: *La Stampa*.

Cuba: *Bohemia*.

Estados Unidos: *Los Angeles Times, The New York Times y Time*.

Unión Soviética: *Pravda*.

## 3. RECOPIACIONES DE DISCURSOS Y DOCUMENTOS DE SALVADOR ALLENDE

### 3.1. Archivo Salvador Allende (ASA), coordinado por Alejandro Witker

*América Latina: un pueblo continente*. ASA, n.º 1. UNAM. Santiago de Chile, 1990.

*Las tareas de la juventud*. ASA, n.º 2. Universidad Pedagógica Nacional. México, 1990.

*Salvador Allende cercano*. ASA, n.º 3. Universidad Autónoma Chapingo.

- Chapingo (México), 1990.
- Rumbo de liberación*. ASA, n.º 5. Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco. México, 1990.
- El Partido Socialista de Chile*. ASA, n.º 6. México, 1990.
- La vía chilena al socialismo*. ASA, n.º 7. México, 1988.
- Los trabajadores y el Gobierno Popular*. ASA, n.º 8. Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo. Morelia (México), 1990.
- El Gobierno popular*. ASA, n.º 9. Tlaxcala (México), 1990.
- Salvador Allende: Frente al mundo*. ASA, n.º 11. UNAM. México DF, 1990.
- De cara a la verdad. Diálogos con la prensa*. ASA, n.º 12. ILESCO-IELCO. México DF-Santiago de Chile, 1993.
- Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973*. ASA, n.º 13. Guadalajara (México), 1989.
- Los días del Presidente Allende*. ASA, n.º 14. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. México, 1991.
- La solidaridad mundial con Chile*. ASA, n.º 15. Instituto Politécnico Nacional. México, 1990.
- Historia documental del PSCH. 1933-1993. Signos de identidad*. ASA, n.º 18. IELCO. Concepción, 1993.

### 3.2. Otras obras

- DEBRAY, Régis: *Conversación con Allende*. Siglo XXI. México, 1971.
- El pensamiento político de Salvador Allende*. Quimantú. Santiago de Chile, 1971.
- La conspiración contra Chile*. El Corregidor. Buenos Aires, 1973.
- La gira de Chile*. Quimantú. Santiago de Chile, 1973.
- La revolución chilena*. EUDEBA. Buenos Aires, 1973.
- La vía chilena al socialismo*. Fundamentos. Madrid, 1971.
- MARTNER, Gonzalo (comp.): *Salvador Allende. 1908-1973. Obras Escogidas*. Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Presidente Allende (España). Santiago, 1992.
- MODAK, Frida (coord.): *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI*. Plaza & Janés. México, 1998.
- QUIROGA, Patricio (comp.): *Salvador Allende Gossens. Obras escogidas. 1933-*

1948. Vol. I. LAR. Santiago de Chile, 1988.  
—; *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*. Crítica. Barcelona, 1989.  
*Salvador Allende. Discursos*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1975.  
*Salvador Allende: Un Estado democrático y soberano. Mi propuesta a los chilenos*. Ediciones Allende Vive. Santiago de Chile, 2003.  
WITKER, Alejandro: *Salvador Allende. 1908-1973. Prócer de la liberación nacional*. UNAM. México, 1980.

#### 4. BIBLIOGRAFÍA

##### 4.1. Obras sobre Salvador Allende

AGNIC, Ozren: *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2008.  
ALLENDE, Beatriz y CASTRO, Fidel: *Homenaje a Salvador Allende*. Galerna. Buenos Aires, 1973.  
AMORÓS, Mario: *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*. PUV. Valencia, 2008.  
BENÍTEZ, Hermes H.: *Las muertes de Salvador Allende*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2006.  
BOIZARD, Ricardo: *El último día de Allende*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1973.  
*Cuando septiembre se llama Allende*. Asociación Social y Cultural Promemoria de Salvador Allende. Madrid, 2006.  
FARIÁS, Víctor: *Antisemitismo y eutanasia*. Maye. Santiago de Chile, 2005.  
GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Christian: *Candidatura de Salvador Allende Gossens, año 1952*. Tesina de licenciatura. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1997.  
JORQUERA, Carlos: *El Chicho Allende*. BAT. Santiago de Chile, 1993.  
LABARCA, Eduardo: *Salvador Allende. Biografía sentimental*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007.  
LABARCA, Miguel: *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración*. CESOC. Santiago de Chile, 2008.  
LAVRETSKI, J.: *Salvador Allende*. Progreso. Moscú, 1978.  
LAWNER, Miguel; SOTO, Hernán y SCHATAN, Jacobo (eds.): *Salvador Allende*.

- Presencia en la ausencia*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008.
- LIGERO, Juan y NEGRETE, Juvencio: *Allende: la consecuencia de un líder*. LAR. Santiago de Chile, 1986.
- MARTÍNEZ, Jesús Manuel: *Salvador Allende*. Nobel. Oviedo, 2009.
- MOULIAN, Tomás: *Conversación interrumpida con Salvador Allende*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998.
- NOLFF, Max: *Salvador Allende. El político. El estadista*. Documentas. Santiago de Chile, 1993.
- PEY, Víctor (coord.): *Salvador Allende: Higiene mental y delincuencia. Respuesta al libro difamatorio de Víctor Farías*. Fundación Presidente Allende y CESOC. Santiago de Chile, 2005.
- PUCCIO, Osvaldo: *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado*. Emisión. Santiago de Chile, 1985.
- RIVEROS, Cecilia: *Salvador Allende: un líder para la izquierda chilena. 1952-1970. Prólogo para un epílogo*. Tesis de licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 2006.
- ROCHA, Juan Gonzalo: *Allende masón*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2001.
- ROJAS, Alejandra: *Salvador Allende. Una época en blanco y negro*. El País Aguilar. Buenos Aires, 1998.
- Salvador Allende. Fragmentos para una historia*. Fundación Salvador Allende. Santiago de Chile, 2008.
- Salvador Allende. Vida política y parlamentaria*. Ediciones de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Santiago de Chile, 2008.
- SOTO, Óscar: *El último día de Salvador Allende*. El País Aguilar. Madrid, 1998.
- SUÁREZ BASTIDAS, Jaime: *Allende. Visión de un militante*. Ocho Libros. Santiago de Chile, 2008.
- TIMOSSI, Jorge: *Grandes Alamedas. El combate del Presidente Allende*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1974.
- VENEROS, Diana: *Allende. Un ensayo psicobiográfico*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2003.
- VIAL, Gonzalo: *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*. Universidad Finis Terrae y Centro de Estudios Bicentenario. Santiago de Chile, 2005.
- YOCELEVZKY RETAMAL, Rubén Alfredo: *Salvador Allende Gossens en la memoria de sus hermanos masones*. Occidentales. Santiago de Chile, 2012.

#### 4.2. Biografías, memorias, libros de conversaciones, otras selecciones documentales

- AGUIRRE SILVA, Leónidas: *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2001.
- ALMEYDA, Clodomiro: *Reencuentro con mi vida*. Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1987.
- AMORÓS, Mario: *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*. PUV. Valencia, 2007.
- ARANCIBIA CLAVEL, Patricia et alii: *Jarpa. Confesiones políticas*. La Tercera-Mondadori. Santiago de Chile, 2002.
- AYLWIN, Patricio: *El reencuentro de los demócratas. Del golpe al triunfo del No*. Ediciones B. Santiago de Chile, 1998.
- BOETSCH G. H., Eduardo: *Recordando con Alessandri*. Universidad Nacional Andrés Bello. Santiago de Chile, s. f.
- BOYE, Otto: *Hermano Bernardo. 50 años de vida política de Bernardo Leighton*. CESOC. Santiago de Chile, 1999.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos: *Casa del Olivo. Autobiografía (1949-2003)*. Tusquets. Barcelona, 2004.
- CHONCHOL, Jacques: *Chili: de l'échec a l'espoir*. Les Éditions du Cerf. París, 1976.
- COLLINS, María Antonieta y CASTRO, Juanita: *Fidel y Raúl, mis hermanos. Memorias de Juanita Castro*. Aguilar. Madrid, 2009.
- CORREA, Raquel y SUBERCASEAUX, Elizabeth: *Ego sum Pinochet*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1990.
- CORREA, Raquel: *Preguntas que hacen historia: 40 años entrevistando (1970-2010)*. Catalonia. Santiago de Chile, 2010.
- CORVALÁN, Luis: *De lo vivido y lo peleado. Memorias*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997.
- ; *Camino de victoria*. Sociedad Impresora Horizonte. Santiago de Chile, 1971.
- ; *Chile: 1970-1973*. Sofía Press. Sofía, 1978.
- Cuba-Chile. Encuentro simbólico entre dos procesos históricos*. Ediciones Políticas. Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. La Habana, 1972.
- DONOSO PACHECO, Jorge (comp.): *Tomic. Testimonios*. Emisión. Santiago de Chile, 1988.

- ECHEVERRÍA, Mónica y CASTILLO, Carmen: *Memorias movedizas. Chile en la vida de dos mujeres*. La Fábrica. Madrid, 2003.
- El Partido Comunista de Chile y el Gobierno de la Unidad Popular*. INDAL, n.º 9. Caracas, 1973.
- EYZAGUIRRE, Jaime: *O'Higgins*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1946.
- FALLACI, Oriana: *Entrevista con la historia*. Noguer. Barcelona, 1999.
- FARIÁS, Víctor: *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*. 6 tomos. CEP. Santiago de Chile, 2000.
- GARCÉS, Joan E.: *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación*. Siglo XXI. Madrid, 1995.
- GAZMURI, Cristián: *Eduardo Frei Montalva y su época*. Tomo II. Aguilar. Santiago de Chile, 2000.
- GAZMURI, Jaime y MARTÍNEZ, Jesús Manuel: *El sol y la bruma*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2000.
- GONZÁLEZ CAMUS, Ignacio: *Renán Fuentealba. En la génesis de la Concertación*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007.
- GONZÁLEZ PINO, Miguel y FONTAINE TALAVERA, Arturo: *Los mil días de Allende*. 2 tomos. Centro de Estudios Públicos. Santiago de Chile, 1997.
- GONZÁLEZ VERA, José Santos: *Cuando era muchacho*. Nascimento. Santiago de Chile, 1951.
- GUMUCIO, Rafael Agustín: *Apuntes de medio siglo*. CESOC. Santiago de Chile, 1994.
- GUTIÉRREZ REVUELTA, Pedro y GUTIÉRREZ, Manuel J. (eds.): *Pablo Neruda. Yo respondo con mi obra*. Universidad de Salamanca. Salamanca, 2004.
- JADRESIC, Alfredo: *Historia de Chile en la vida de un médico*. Catalonia. Santiago de Chile, 2007.
- JARA, Joan: *Víctor. Un canto inconcluso*. Fundación Víctor Jara. Santiago de Chile, 1993.
- KALFON, Pierre: *Allende. Chile: 1970-1973*. Foca. Madrid, 1999.
- KISSINGER, Henry: *Mis memorias*. Atlántida. Buenos Aires, 1979.
- KORNBLUH, Peter: *Pinochet: los archivos secretos*. Crítica. Barcelona, 2004.
- La vía chilena al socialismo*. Siglo XXI. México, 1973.
- LAFFERTE, Elías: *Vida de un comunista. Páginas autobiográficas*. Santiago de Chile, 1961.
- LAZO, Carmen y CEA, Carmen: *La negra Lazo: memorias de una pasión política*. Planeta. Santiago de Chile, 2005.

- MARAMBIO, Max: *Las armas de ayer. La Tercera-Debate*. Santiago de Chile, 2007.
- MARÍN, Gladys: *La vida es hoy*. Edebé. Santiago de Chile, 2002.
- MARRAS, Sergio: *Confesiones*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1988.
- MARTNER, Gonzalo: *El pensamiento económico del Gobierno de Allende*. Universitaria. Santiago de Chile, 1971.
- MERINO, José Toribio: *Bitácora de un almirante. Memorias*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1999.
- MILLAS, Orlando: *En tiempos del Frente Popular. Memorias*. CESOC. Santiago de Chile, 1993.
- ; *Memorias. 1957-1991. Vol. IV. Una digresión*. CESOC. Santiago de Chile, 1996.
- MOULIAN, Luis y GUERRA, Gloria: *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista utópico*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2000.
- NERUDA, Pablo: *Confieso que he vivido. Memorias*. Seix Barral. Barcelona, 1979.
- OYARZÚN, María Eugenia: *Augusto Pinochet: diálogos con su historia*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1999.
- PALESTRO R., Mario: *La República independiente de San Miguel*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998.
- PINOCHET, Augusto: *Camino recorrido. Memorias de un soldado*. Tomos 1 y 2. Instituto Geográfico Militar. Santiago de Chile, 1991.
- PINOCHET DE LA BARRA, Óscar (ed.): *Eduardo Frei M. Obras Escogidas (1931-1982)*. Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar. Santiago de Chile, 1993.
- POLITZER, Patricia: *Altamirano. Melquíades*. Santiago de Chile, 1990.
- Pombo. Un hombre en la guerrilla del Che*. Política. La Habana, 1996.
- PRATS, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*. Pehuén. Santiago de Chile, 1985.
- PUJADAS, Ignacio: *Joan Alsina. Xile al cor. Aedos*. Santiago de Chile, 1976.
- PUJADES, Ignasi: *Vida, comiat i mort de Joan Alsina*. Proa. Barcelona, 2001.
- RETAMAL ÁVILA, Julio: *Aylwin: La palabra de un demócrata*. Planeta. Santiago de Chile, 1990.
- RODRÍGUEZ, Aniceto: *Entre el miedo y la esperanza*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995.

- SALAZAR, Gabriel: *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas*. Debate. Santiago de Chile, 2011.
- SANTA CRUZ, Hernán: *Cooperar o perecer. El dilema de la comunidad mundial*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1984.
- SCHNAKE, Erich: *Un socialista con historia. Memorias*. Aguilar. Santiago de Chile, 2004.
- SCHNEIDER ARCE, Víctor: *General Schneider. Un hombre de honor. Un crimen impune*. Ocho Libros. Santiago de Chile, 2010.
- SEOANE, Juan: *Los viejos robles mueren de pie. Relato autobiográfico de un policía leal*. Editorial Universidad Bolivariana. Santiago de Chile, 2009.
- SILVA HENRÍQUEZ, Raúl: *Memorias. Tomo II*. Copygraph. Santiago de Chile, 1994.
- SOTO, Hernán y VILLEGAS, Sergio: *Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1999.
- TEITELBOIM, Volodia: *Un hombre de edad media*. Sudamericana. Santiago de Chile, 2000.
- TORO, Carlos: *La Guardia muere, pero no se rinde... mierda*. Partido Comunista de Chile. Santiago de Chile, 2007.
- VALDÉS, Gabriel: *Sueños y memorias*. Taurus. Santiago de Chile, 2009.
- VARAS, Florencia: *Andrés Zaldívar. Exilio en Madrid*. Fundación CIPIE. Madrid, 1983.
- ; *Gustavo Leigh. El general disidente*. Aconcagua. Santiago de Chile, 1979.
- VIAL, Gonzalo: *Pinochet. La biografía*. Tomo I. El Mercurio-Aguilar. Santiago de Chile, 2002.
- WAISS, Óscar: *Chile vivo. Memorias de un socialista. 1928-1970*. Centro de Estudios Salvador Allende. Madrid, 1986.
- WILLOUGHBY, Federico: *La guerra. Historia íntima del poder en los últimos 55 años de política chilena. 1957-2012*. Mare Nostrum. Santiago de Chile, 2012.
- ZAPIOLA, José: *Recuerdos de treinta años*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1945.
- ZERÁN, Faride: *Tiempos que muerden. Biografía inconclusa de Fernando Castillo Velasco*. LOM Ediciones-ARCIS. Santiago de Chile, 1998.
- ; *Desacatos al desencanto*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997.

#### 4.3. Otras obras

- AMORÓS, Mario: *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida*. Cuarto Propio. Santiago de Chile, 2004.
- ; *Sombras sobre Isla Negra. La misteriosa muerte de Pablo Neruda*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2012.
- AMPUERO D., Raúl: *La izquierda en punto muerto*. Orbe. Santiago de Chile, 1969.
- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis y VICUÑA MACKENNA, Benjamín: *La dictadura de O'Higgins*. América. Madrid, 1930.
- ANGELL, Alan: *Partidos políticos y movimiento obrero chileno*. Era. México, 1974.
- ARMIJO BRESCIA, María Alejandra (ed.): *La psiquiatría en Chile. Apuntes para una historia*. Santiago de Chile, 2010.
- ARRATE, Jorge e HIDALGO, Paulo: *Pasión y razón del socialismo chileno*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1989.
- ARRATE, Jorge y ROJAS, Eduardo: *Memoria de la izquierda chilena. Tomo I (1850-1970)*. Javier Vergara Editor. Santiago de Chile, 2003.
- ARRIAGADA, Genaro: *De la vía chilena a la vía institucional*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1974.
- AZÓCAR, Pablo: *Pinochet. Epitafio para un tirano*. Popular. Madrid, 1999.
- BARROS ARANA, Diego: *Historia general de Chile. Tomo XII*. Rafael Jover Editor. Santiago de Chile, 1892.
- BIANCHINI, Maria Chiara: *Chile, memorias de La Moneda. La (re) construcción de un símbolo político*. UAM-IEPALA. Madrid, 2012.
- BITAR, Sergio: *Chile 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*. Pehuén. Santiago de Chile, 1995.
- BITAR, Sergio y PIZARRO, Crisóstomo: *La caída de Allende y la huelga de El Teniente. Lecciones de la historia*. Las Ediciones del Ornitorrinco. Santiago de Chile, 1986.
- BRAVO LIRA, Bernardino: *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile. 1924-1973*. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1978.
- BRUNA, Susana: *Chile: La legalidad vencida*. Era. México, 1976.
- CANCINO TRONCOSO, Hugo: *Chile: La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo. 1970-1973*. Aarhus University Press. Aarhus (Dinamarca), 1988.
- CASALS ARAYA, Marcelo: *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de*

- construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo». 1956-1970.* LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2010.
- CASANUEVA VALENCIA, Fernando y FERNÁNDEZ CANQUE, Manuel: *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile.* Quimantú. Santiago de Chile, 1973
- CASTELLS, Manuel: *La lucha de clases en Chile.* Siglo XXI. Buenos Aires, 1974.
- CASTILLO VELASCO, Jaime: *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena.* Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1973.
- Chile, 1970-1973. Lecciones de una experiencia.* Tecnos. Madrid, 1975.
- Chile bajo la junta. Economía y sociedad en la dictadura militar chilena.* Zero. Madrid, 1976.
- Chile. Denuncia y Testimonio.* Taller. Santo Domingo, 1976.
- ¡Chile desclasificado! Documentos secretos del FBI, Pentágono & CIA.* Vol. I. Ernesto Carmona Editor. Santiago de Chile, 1999.
- Chile: El diálogo o las armas.* INDAL, n.º 12. Caracas, 1975.
- Chile, hacia el socialismo.* Zero. Madrid, 1971.
- Chile visto por Mensaje. 1971-1981.* Aconcagua. Santiago de Chile, 1981.
- COLLIER, Simon y SATER, William F.: *Historia de Chile. 1808-1994.* Cambridge University Press. Madrid, 1998.
- CORDOVA-CLAURE, Ted: *¿Chile sí?* Ediciones de la Flor. Buenos Aires, 1973.
- CORREA, Sofía *et alii*: *Historia del siglo XX chileno.* Sudamericana. Santiago de Chile, 2001.
- CORVALÁN MARQUEZ, Luis: *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre.* CESOC. Santiago de Chile, 2000.
- CRUZ-COKE, Ricardo: *Historia electoral de Chile, 1925-1973.* Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1984.
- CRUZ-COKE MADRID, Ricardo: *Historia de la medicina chilena.* Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995.
- CRUZ SALAS, Luis: *La República Socialista del 4 de junio de 1932.* Ediciones Tierra Mía. Santiago de Chile, 2002.
- DAVIS, Nathaniel: *Los dos últimos años de Salvador Allende.* Plaza & Janés. Madrid, 1986.
- DE RAMÓN, Armando *et alii*: *Biografías de chilenos. Miembros de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Tomo 1.* Ediciones de la Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1999.
- DE RAMÓN, Armando: *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000).* Catalonia. Santiago de Chile, 2004.

- DE RIZ, Liliana: *Sociedad y política en Chile (de Portales a Pinochet)*. UNAM. México, 1979.
- DINAMARCA, Manuel: *La República socialista chilena: orígenes legítimos del Partido Socialista*. Documentas. Santiago de Chile, 1987.
- DOONER, Patricio: *Crónica de una democracia cansada. El Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Santiago de Chile, 1985.
- DORFMAN, Ariel: *Más allá del miedo: el largo adiós a Pinochet*. Siglo XXI. Madrid, 2002.
- DRAGO, Tito: *Chile. Un doble secuestro*. Complutense. Madrid, 1993.
- DRAKE, Paul W.: *Socialismo y populismo. Chile: 1936-1973*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1992.
- DUHAMEL, Olivier: *Chili ou la tentative*. Gallimard. París, 1974.
- El Gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*. UNAM. México, 1976.
- ESCOBAR Miguel, Enrique et alii (eds.): *De Casa de Orates a Instituto Psiquiátrico. 150 años de historia*. Sociedad Chilena de Salud Mental. Santiago de Chile, 2002.
- Escuela Blas Cuevas: *Revista del centenario*. Valparaíso, 1971.
- FALCOFF, Mark: *Modern Chile. 1970-1989. A critical history*. Transaction. New Jersey, 2002.
- FALETTO, Enzo et alii: *Génesis histórica del proceso político chileno*. Quimantú. Santiago de Chile, 1972.
- FARNSWORTH, Elizabeth et alii: *Chile: el bloqueo invisible*. Periferia. Buenos Aires, 1974.
- FAÚNDEZ, Julio: *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*. Ediciones BAT. Santiago de Chile, 1992.
- FERMANDOIS, Joaquín: *Chile y el mundo. 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1985.
- FIGUEROA, Virgilio: *Diccionario histórico y biográfico de Chile. Vol. 1*. Kraus Reprint. Nendeln (Liechtenstein), 1974.
- FIGUEROA ORTIZ, Enrique y SANDOVAL AMBIADO, Carlos: *Carbón: cien años de historia (1848-1960)*. CEDAL. Santiago de Chile, 1987.
- FONTAINE ALDUNATE, Arturo: *Todos querían la revolución. Chile, 1964-1973*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1999.

- FRANCIS, Michael J.: *La victoria de Allende*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1972.
- GALEANO, Eduardo: *Días y noches de amor y de guerra*. Laia. Barcelona, 1979.
- GANSER, Daniele: *Los ejércitos secretos de la OTAN. La Operación Gladio y el terrorismo en Europa occidental*. El Viejo Topo. Barcelona, 2010.
- GARCÉS, Joan E.: *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Siglo XXI. Madrid, 1996.
- ; *Desarrollo político y desarrollo económico. Los casos de Chile y Colombia*. Tecnos. Madrid, 1972.
- ; *1970. La pugna política por la Presidencia en Chile*. Universitaria. Santiago de Chile, 1971.
- ; *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Ariel. Barcelona, 1976.
- GARRETÓN, Manuel Antonio *et alii*: *Por la razón sin la fuerza. Análisis y textos de los bandos de la dictadura militar*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1998.
- GAUDICHAUD, Franck: *Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2004.
- GIL, Federico G.: *El sistema político de Chile*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1969.
- GÓMEZ L., Juan Carlos: *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile. 1925-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2004.
- GONZÁLEZ, Mónica: *La conjura. Los mil y un días del golpe*. Ediciones B. Santiago de Chile, 2000.
- GONZÁLEZ AGUAYO, Gonzalo *et alii*: *Teoría y praxis internacional del Gobierno de Allende*. UNAM. México, 1974.
- GONZÁLEZ CAMUS, Ignacio: *El día en que murió Allende*. CESOC. Santiago de Chile, 1993.
- GRAYSON, George: *El Partido Demócrata Cristiano chileno*. Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1968.
- GUELFÍ, Carlo *et alii*: *Las multinacionales en América Latina*. Cambio 16. Madrid, 1977.
- GUILISASTI, Sergio: *Los partidos políticos chilenos*. Nascimento. Santiago de Chile, 1964.
- GURRIARÁN, José Antonio: *¿Caerá Allende?* DOPESA. Barcelona, 1973.

- HITCHENS, Christopher: *Juicio a Kissinger*. Anagrama. Barcelona, 2002.
- JOBET, Julio César: *Historia del Partido Socialista de Chile*. 2 tomos. Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile, 1971.
- JOXE, Alain (pres.): *Le Chili sous Allende*. Gallimard. París, 1974.
- KRAMER, Andrés M.: *Chile. Historia de una experiencia socialista*. Península. Barcelona, 1974.
- LABARCA, Eduardo: *Chile al rojo. Reportaje a una revolución que nace*. Ediciones de la Universidad Técnica del Estado. Santiago de Chile, 1971.
- LAMOUR, Catherine: *Allende: la nueva sociedad chilena*. DOPESA. Barcelona, 1972.
- LIRA MASSI, Eugenio: *La cueva del Senado y los 45 senadores*. TE-ELE. Santiago de Chile, 1968.
- LÓPEZ TOBAR, Mario: *El 11 en la mira de un Hawker Hunter*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1999.
- MAESTRE, Juan: *Chile: Revolución y contrarrevolución*. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1973.
- MAGASICH, Jorge: *Los que dijeron no. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*. 2 volúmenes. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008.
- MAIRA, Luis: *Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular*. CIDE. México, 1984.
- MALLAFE, Rolando *et alii*: *Historia de la Universidad de Chile*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1992.
- MARTÍNEZ CORBALÁ, Gonzalo: *Instantes de decisión. Chile, 1972-1973*. Grijalbo. México, 1998.
- MARTNER, Gonzalo: *El Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973. Una evaluación*. LAR. Santiago de Chile, 1988.
- MATTELART, Armand y MATTELART, Michelle: *Frentes culturales y movilización de masas*. Anagrama. Barcelona, 1977.
- MELLER, Patricio: *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1996.
- MILLAS, Hernán: *Anatomía de un fracaso (la experiencia socialista chilena)*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1973.
- MILOS, Pedro: *Frente Popular en Chile. Su configuración: 1935-1938*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008.
- MINÀ, Gianni: *Un continente desaparecido*. Península. Barcelona, 1996.

- MIRES, Fernando: *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. Siglo XXI. México, 1988.
- MOLINA JOHNSON, Carlos: *Chile: los militares y la política*. Santiago de Chile, 1989.
- MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto: *Fórmula para el caos. La caída de Salvador Allende (1970-1973)*. Debate. Santiago de Chile, 2008.
- MORAGA, Fabio: *Muchachos casi silvestres: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno. 1906-1936*. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 2007.
- MOSS, Robert: *El experimento marxista chileno*. Editora Nacional Gabriela Mistral. Santiago de Chile, 1974.
- MOULIAN, Tomás: *Chile Actual. Anatomía de un mito*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 1997.
- ; *Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2006.
- ; *La Democracia Cristiana en su fase ascendente*. FLACSO. Santiago de Chile, 1986.
- ; *La forja de las ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*. Akhilleus. Santiago de Chile, 2009.
- MOULIAN, Tomás y GARRETÓN, Manuel Antonio: *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile: 1970-1973*. Editorial Universitaria Centroamericana. San José (Costa Rica), 1978.
- MOULIAN, Tomás y TORRES DUJISIN, Isabel: *Discusiones entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la derecha en Chile, 1938-2010*. Akhilleus-ARCIS. Santiago de Chile, 2011.
- MOYANO BARAHONA, Cristina: *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del Partido-mito de nuestra Transición (1969-1973)*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile, 2009.
- NOVOA MONREAL, Eduardo: *¿Vía legal hacia el socialismo? El caso de Chile, 1970-1973*. Editorial Jurídica Venezolana. Caracas, 1978.
- ; *La batalla por el cobre. Comentarios y documentos*. Quimantú. Santiago de Chile, 1972.
- OPASO, Cristián (comp.): *Frei, Allende y la mano de la CIA. Informes del Senado de los Estados Unidos*. Las Ediciones del Ornitórrinco. Santiago de Chile, s.f.
- PALA, Giaime y NENCIONI, Tomasso (eds.): *El inicio del fin del mito soviético*.

- Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga.* El Viejo Topo. Barcelona, 2008.
- PETRAS, James: *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno.* Amorrortu. Buenos Aires, 1974.
- PINTO VALLEJOS, Julio (coord.): *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular.* LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2005.
- ¿Por qué cayó Allende? Autopsia del Gobierno popular chileno.* Rodolfo Alonso Editor. Buenos Aires, 1974.
- POWER, Margaret: *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973.* Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile, 2008.
- PURCELL, Fernando y RIQUELME, Alfredo: *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global.* RIL Editores. Santiago de Chile, 2009.
- QUEZADA LAGOS, Fernando: *La elección presidencial de 1970.* Santiago de Chile, 1985.
- QUIROGA Z., Patricio: *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende.* Aguilar. Santiago de Chile, 2001.
- RIQUELME SEGOVIA, Alfredo: *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia.* Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile, 2009.
- ROXBOROUGH, Ian et alii: *Chile: El Estado y la revolución.* El Manual Moderno. México, 1979.
- RUIZ-TAGLE P., Jaime: *La participación de los trabajadores en las empresas del área de propiedad social: Chile 1970-1973.* Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano. Santiago de Chile, 1982.
- SAGUES JIMÉNEZ, Nicolás: *Los partidos de izquierda y el Frente Popular.* Tesis para optar al grado académico de licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, 1998.
- SAN FRANCISCO, Alejandro y SOTO, Ángel: *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000.* Centro de Estudios Bicentenario. Santiago de Chile, 2005.
- SANTONI, Alessandro: *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político.* RIL Editores y USACH. Santiago de Chile, 2011.
- SAPAG M., Pablo: *Chile, frente de combate de la guerra civil española.* Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED. Alzira, 2003.
- SCHERER GARCÍA, Julio: *Pinochet. Vivir matando.* Aguilar. México, 2000.

- SIERRA, Lucas: *Cien años de enseñanza de la Medicina en Chile*. Santiago de Chile, 1934.
- SILVA, Miguel: *Los cordones industriales y el socialismo desde abajo*. Santiago de Chile, 1998.
- SMIRNOW, Gabriel: *La revolución desarmada (Chile, 1970-1973)*. Era. México, 1977.
- SOBEL, Lester A. (ed.): *Chile & Allende*. Facts on File. Nueva York, 1974.
- SUÁREZ, Luis: *Entre el fusil y la palabra*. UNAM. México, 1980.
- TAUFIC, Camilo: *Chile en la hoguera*. Corregidor. Buenos Aires, 1974.
- TOURAINÉ, Alain: *Vida y muerte del Chile popular*. Siglo XXI. México, 1974
- URIBE, Armando: *Carta abierta a Agustín Edwards*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2002.
- URZÚA, Germán: *Historia política electoral de Chile (1931-1973)*. Santiago de Chile, 1986.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica: *Nacionales y gremialistas. El «parto» de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. LOM Ediciones. Santiago de Chile, 2008.
- VALENCIA AVARIA, Luis: *Anales de la República*. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1986.
- VALENZUELA, Arturo: *El quiebre de la democracia en Chile*. FLACSO. Santiago de Chile, 1989.
- VARAS, Augusto (comp.): *El Partido Comunista en Chile*. FLACSO-CESOC. Santiago de Chile, 1988.
- VERA CASTILLO, Jorge (ed.): *La política exterior chilena durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende. 1970-1973*. Ediciones IERIC. Santiago de Chile, 1987.
- VERDUGO, Patricia: *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973*. Sudamericana. Santiago de Chile, 1998.
- ; *La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva*. Tabla Rasa. Madrid, 2004.
- VIDALES, Carlos: *Contrarrevolución y dictadura en Chile*. Tierra Americana. Bogotá, 1974.
- VIDIGAL XAVIER DA SILVEIRA, Fabio: *Frei, el Kerensky chileno*. Cruzada. Buenos Aires, 1968.
- VITALE, Luis et alii: *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende y Pinochet*. CESOC. Santiago de Chile, 1999.

- VIVES, Pedro A.: *El Chile de Allende*. Historia 16. Cuadernos del Mundo Actual, n.º 63. Madrid, 1994.
- WHELAN, James R.: *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile. 1833-1988*. Zig Zag. Santiago de Chile, 1995.
- ZAPATA, FRANCISCO (comp.): *Frágiles suturas. Chile a treinta años del Gobierno de Salvador Allende*. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile, 2006.

## 5. TESTIMONIOS

- BALMES, José (1927): llegó a Chile en el *Winnipeg* en 1939. Destacado pintor, militante comunista y amigo de Salvador Allende.
- CHONCHOL, Jacques (1926): ingeniero agrónomo, primer secretario general y candidato presidencial del MAPU y ministro de Agricultura del Gobierno de Allende entre noviembre de 1970 y noviembre de 1972.
- CORTÉS, Manuel (1942): miembro del GAP, la escolta personal de Allende integrada por militantes del MIR y del Partido Socialista. Cumplió las funciones de conductor del Presidente.
- ESPEJO, Patricia (1940): integrante de la secretaría de La Moneda que conducían Miria Contreras y Beatriz Allende.
- INSUNZA, Jorge (1936): miembro de la Comisión Política del Partido Comunista desde 1965, diputado entre 1969 y 1973 y responsable de Propaganda de la Unidad Popular en la campaña presidencial de 1970.
- JERIA, Ángela (1926): viuda del general de brigada aérea Alberto Bachelet, responsable de la Secretaría Nacional de Distribución en 1973, quien falleció en marzo de 1974 en la Cárcel Pública de Santiago a consecuencia de las torturas sufridas.
- LAWNER, Miguel (1928): arquitecto, militante comunista, director ejecutivo de la Corporación de Mejoramiento Urbano durante el Gobierno de Allende.
- MORALES, Victoria (1940): viuda de José Tohá.
- MOREL, Isabel (1932): viuda de Orlando Letelier.
- PASCAL ALLENDE, Andrés (1944): sobrino de Salvador Allende y miembro de la Comisión Política del MIR desde diciembre de 1967.
- PEY, Víctor (1915): ingeniero de origen español, llegó a Chile en el *Winnipeg* en 1939. Gran amigo de Salvador Allende. En 1973 era el propietario del diario *Clarín*, el más leído de Chile.

PUCCIO HUIDOBRO, Osvaldo (1952): hijo de Osvaldo Puccio y actual presidente de la Fundación Salvador Allende.

SOTO, Óscar (1935): médico personal de Allende y militante socialista.

TOHÁ, Carolina (1965): hija de José Tohá y actual alcaldesa de Santiago de Chile.

VIDAL, Virginia (1932): periodista del diario comunista *El Siglo* entre 1966 y 1973.

ZEPEDA, Pablo (1951): miembro del GAP.

## Ilustraciones



Con el mandil de la masonería junto a un retrato de su abuelo paterno, el doctor Ramón Allende Padín.  
*Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Laura Gossens Uribe, su madre. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Salvador Allende Castro, su padre. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Letrero de su consulta médica en Valparaíso en los años treinta. *Imagen cedida por la familia Allende Bussi.*



En la playa Mansa de Caldera en 1936. *Imagen cedida por el historiador Vidal Naveas Droguett. Biblioteca Municipal de Referencias Históricas de Atacama (Copiapó).*



De izquierda a derecha, Rolando Merino, Óscar Schnake y Salvador Allende en un desfile de las Milicias Socialistas en 1940. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Con sus hijas en el Estadio Nacional alrededor de 1950: Carmen Paz (a su derecha), Isabel (a su izquierda) y Beatriz. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Con sus acompañantes durante su primer viaje a la URSS en 1954. En el paseo Stalin, a orillas del río Volga, en Stalingrado. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Imagen de la campaña electoral de 1961 en la que fue elegido senador por Valparaíso. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Imagen de la campaña presidencial de 1964 en la que le correspondió el número 1 en el sorteo del Registro Electoral. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Junto a Pablo Neruda en una de sus campañas electorales. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El histórico símbolo del FRAP en 1964 y de la UP en 1970. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Con el Presidente Eduardo Frei (a su izquierda) en octubre de 1970 en el funeral del general René Schneider, asesinado por la ultraderecha con la complicidad de la CIA. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El Presidente Allende y Hortensia Bussi saludan desde uno de los balcones de La Moneda el 3 de noviembre de 1970. Fotografía de Luis Poirot. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Con su esposa y sus nietos. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Con Zoila Rosa Ovalle, la «mamá Rosa», la campesina que le cuidó en su infancia y a la que quiso como su otra madre. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Miria Contreras, *la Payita*, saluda desde la derecha de la imagen. Justo detrás de Allende está Osvaldo Puccio Giesen, su *secretario privado* durante dos décadas. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Saludando a un grupo de mujeres mapuches. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



En una concentración de la Unidad Popular. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Con el arzobispo de Santiago de Chile, el cardenal Raúl Silva Henríquez, con quien mantuvo una relación de respeto y cordialidad. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Durante sus mil días como Presidente mantuvo un diálogo permanente con los trabajadores. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El 24 de octubre de 1971 inauguró el nuevo edificio de la Escuela Blas Cuevas de Valparaíso, fundada por su abuelo paterno justo un siglo antes. *Imagen cedida por Neif Lavín, director de la Escuela Blas Cuevas-Ramón Allende.*



Con Fidel Castro en el aeropuerto de La Habana en diciembre de 1972. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El Gobierno de la Unidad Popular puso en marcha el programa para el reparto diario de medio litro de leche a todos los niños chilenos. *Archivo de la familia Puccio Huidobro.*



Con su gabinete en agosto de 1973. A su derecha, Orlando Letelier. A su izquierda, Clodomiro Almeyda. Sentado, a la izquierda de la imagen, el general Carlos Prats. Fotografía de Naúl Ojeda. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El cuerpo inerte de Allende fue sacado de La Moneda hacia las seis de la tarde del 11 de septiembre de 1973. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



Mujeres de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD) durante el funeral oficial de Salvador Allende, celebrado el 4 de septiembre de 1990. *Archivo Histórico de la AFDD.*



En 2008, 35 años después de su muerte, fue elegido mediante una votación popular por la audiencia de Televisión Nacional de Chile como el ciudadano más importante de la historia del país. Fotografía de Luis Poirot. *Archivo fotográfico de la Fundación Salvador Allende.*



El nombre de Salvador Allende preside el Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político levantado en el Cementerio General de Santiago de Chile. Autor: Mario Amorós.